

STEPHEN KING

BILLY SUMMERS

acerqué a Cassie.

con el pecho así d

poco respiraba. La

ndo se marchaba

ado un tiro a ese h

re porque yo sal

estábamos luchand

a ni Cassie y solo teni

ncionaba. No siemp

una mu

y acabo

taba seguro de que

ra Skyline Drive 19,

tá en la lavandería ab

u hermana ha muerto

y probé si tenía aliento

án unos agentes. Le dije

STEPHEN KING

BILLY SUMMERS

Traducción de Carlos Milla Soler

PLAZA  JANÉS

En recuerdo de Raymond y Sarah Jane Spruce

Una vez anduve perdido, pero ahora he sido hallado.

Amazing Grace

Billy Summers, sentado en el vestíbulo del hotel, espera el coche que viene a recogerlo. Es viernes al mediodía. Aunque está leyendo un cómic en formato digest titulado *Archie y sus amigos y amigas*, está pensando en Émile Zola, y en la tercera novela de este, su primer éxito, *Thérèse Raquin*. Piensa que es en gran medida el libro de un autor joven. Piensa que Zola apenas empezaba a excavar lo que acabaría siendo un profundo y fabuloso filón. Piensa que Zola era —es— la versión angustiosa de Charles Dickens. Piensa que eso sería una buena tesis para un ensayo. Aunque tampoco es que haya escrito nunca ninguno.

A las doce y dos minutos se abre la puerta y entran dos hombres en el vestíbulo. Uno es alto, de pelo negro, y luce un tupé de los años cincuenta. El otro es bajo y lleva gafas. Los dos van trajeados. Todos los hombres de Nick van trajeados. Billy conoce al alto de sus visitas al oeste. Trabaja para Nick desde hace mucho tiempo. Se llama Frank Macintosh. Por el tupé, algunos de los hombres de Nick lo llaman Frankie Elvis, o —ahora que tiene una pequeña calva en la coronilla— Elvis Solar. Pero no delante de él. Billy no conoce al otro. Debe de ser de la ciudad.

Macintosh le tiende la mano. Billy se pone en pie y se la estrecha.

—Eh, Billy, cuánto tiempo. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo, Frank.

—Te presento a Paulie Logan.

—Hola, Paulie. —Billy da un apretón de manos al más bajo.

—Encantado de conocerte, Billy.

Macintosh le coge el cómic de *Archie*.

—Ya veo que sigues leyendo cómics.

—Sí —contesta Billy—. Sí. Me gustan bastante. Los divertidos. A veces leo los de superhéroes, pero no me gustan tanto.

Macintosh hojea el cómic y enseña algo a Paulie Logan.

—Fíjate qué chicas. Tío, con estas podría meneármela.

—Betty y Veronica —informa Billy al tiempo que recupera el cómic—. Veronica es la novia de Archie, y Betty quiere serlo.

—¿También lees libros? —pregunta Logan.

—Alguno que otro, en los viajes largos. Y revistas. Pero sobre todo cómics.

—Bien, bien —dice Logan, y guiña un ojo a Macintosh. No es muy sutil, y Macintosh frunce el ceño, pero a Billy no le molesta.

—¿Listo para acompañarnos? —pregunta Macintosh.

—Claro. —Billy se guarda el cómic en el bolsillo trasero. Archie y sus exuberantes amigas. También eso podría ser tema de un ensayo por escribir. El solaz que el lector encuentra en unos cortes de pelo y unas actitudes inmutables. Riverdale, y el hecho de que ahí el tiempo se haya detenido.

—Vamos, pues —dice Macintosh—. Nick nos espera.

Conduce Macintosh. Logan anuncia que él viajará detrás porque es bajo. Billy prevé que se dirijan hacia el oeste, porque es donde se encuentra la parte elegante de esta ciudad, y a Nick Majarian le gusta vivir a lo grande tanto en casa como fuera. Y no se aloja en hoteles. Sin embargo, ponen rumbo al noreste.

A unos tres kilómetros del centro, acceden a una zona que, por lo que Billy ve, es de clase media baja. Tres o cuatro peldaños por encima del parque de caravanas donde él se crio, pero no elegante ni mucho menos. Sin grandes casas con verja, de eso aquí no hay. Es un barrio de bungalows con franjas de hierba regadas por aspersores giratorios. La mayoría son de una sola planta. La mayoría están bien cuidados, aunque unos cuantos necesitan una mano de pintura y la maleza invade el césped de algunos jardines. En una casa ve una ventana rota cubierta con un cartón. Delante de otra, un gordo en bermudas y camiseta de tirantes, instalado en una tumbona de Costco o Sam's Club, bebe cerveza y los observa pasar. En Estados Unidos corren buenos tiempos desde hace unos años, pero quizá eso cambie pronto. Billy conoce esta clase de barrios. Son un barómetro, y este ha empezado a decaer. La gente que vive aquí trabaja en sitios en los que hay que fichar.

Macintosh se detiene en el camino de acceso a una casa de dos plantas con calvas en el césped. Es de un amarillo apagado. No está mal, pero nadie diría que es la clase de residencia que Nick Majarian elegiría para vivir, ni siquiera durante unos días. Parece más bien la vivienda de un operario o un empleado de aeropuerto de bajo nivel, casado con una mujer aficionada a recortar cupones y padre de dos hijos, que paga la hipoteca cada mes y va a la bolera los jueves por la noche para jugar en la liga patrocinada por el bar del barrio.

Logan baja del vehículo y abre la puerta a Billy. Este deja su *Archie* en el salpicadero y sale.

Precedidos por Macintosh, suben al porche. Fuera hace calor, pero dentro hay aire acondicionado. Nick Majarian está de pie en el corto pasillo que conduce a la cocina. Viste un traje que probablemente cueste casi tanto como una mensualidad de la hipoteca de esa casa. Lleva el cabello ralo aplanado contra el cráneo, nada de tupés. Tiene la cara redonda y un bronceado de Las Vegas. Es robusto, pero cuando estrecha a Billy entre sus brazos, este se da cuenta de que ese vientre prominente está duro como una piedra.

—¡Billy! —exclama Nick, y le besa las dos mejillas. Besazos sonoros y efusivos. Luce la mejor de sus sonrisas—. ¡Billy, Billy, tío, cuánto me alegro de verte!

—Yo también me alegro, Nick. —Mira alrededor—. Por lo general, te alojas en sitios más elegantes que este. —Guarda silencio por un momento—. Si no te importa que te lo diga.

Nick se ríe. Tiene una carcajada encantadora y contagiosa a la altura de su sonrisa. Macintosh se suma a las risas y Logan sonrío.

—Tengo otro sitio en el lado oeste. Por poco tiempo. Podríamos decir que estoy cuidándoles la casa. Hay una fuente en el jardín, con un niño desnudo en el centro, uno de esos... ¿cómo se llaman?

Querubines, piensa Billy, pero se lo calla, limitándose a mantener la sonrisa.

—Da igual, un niño pequeño que mea agua. Ya lo verás, ya lo verás. No, Billy, esta no es mi casa. Es la tuya. Si decides aceptar el trabajo, claro.

Nick le enseña la casa.

—Totalmente amueblada —dice, como si la estuviera vendiendo. Quizá en cierto modo así es.

Esta casa en particular tiene dos plantas. Arriba hay tres dormitorios y dos cuartos de baño, el segundo pequeño, probablemente para los niños; abajo, una cocina, un salón y un comedor, este último tan exiguo que en realidad es más bien un rincón para comer. La mayor parte del sótano se ha convertido en una larga sala enmoquetada con un televisor grande en una punta y una mesa de ping-pong en la otra. Sistema de iluminación con rieles. Nick la llama «zona de recreo», y es ahí donde se sientan.

Macintosh les pregunta si les apetece tomar algo. Añade que hay gaseosa, cerveza, limonada y té helado.

—Yo quiero un Arnold Palmer —responde Nick—. Mitad y mitad. Con mucho hielo.

Billy dice que eso mismo le parece bien. Charlan de trivialidades hasta que llegan las bebidas. El tiempo, qué calor hace aquí en la frontera sur. Nick se interesa por cómo le ha ido el viaje a Billy. Billy dice que bien, pero no añade dónde ha tomado el avión, y Nick no lo pregunta. Nick comenta qué me dices del puto Trump, y Billy responde qué me dices. Ahí empiezan a agotárseles los temas de conversación, pero da igual, porque Macintosh regresa ya con dos vasos altos en una bandeja, y en cuanto se marcha, Nick va al grano:

—Cuando llamé a tu hombre, Bucky, me dijo que tenías previsto retirarte.

—Me lo estoy pensando. Llevo en esto mucho tiempo. Demasiado.

—Es verdad. ¿Qué edad tienes, por cierto?

—Cuarenta y cuatro.

—¿Te has dedicado a esto desde que colgaste el uniforme?

—Prácticamente. —Está casi seguro de que Nick ya sabe todo eso.

—¿Cuántos han sido en total?

Billy se encoge de hombros.

—No lo recuerdo con exactitud. —Diecisiete. Dieciocho, contando el primero, el hombre del brazo enyesado.

—Según Bucky, puede que aceptes uno más si el precio vale la pena.

Espera a que Billy pregunte. Billy se abstiene, así que Nick continúa:

—El precio de este vale mucho la pena. Si accedes, podrías pasarte el resto de la vida en algún sitio cálido. Tomando piña colada en una hamaca.

—Despliega otra vez esa amplia sonrisa—. Dos millones. Quinientos mil por adelantado, el resto después.

El silbido de Billy no forma parte de la pantomima, que él no considera una pantomima sino su *lado tonto*, el que muestra a tipos como Nick, Frank y Paulie. Viene a ser como un cinturón de seguridad. No te lo pones porque preveas que vas a tener un accidente, pero nunca se sabe quién puede aparecer en sentido contrario por tu carril en un cambio de rasante. Esto también se aplica a la carretera de la vida, donde la gente vira en cualquier sitio y conduce por donde no debe en la autopista.

—¿Por qué tanto? —Lo máximo que le han pagado por un encargo es setenta mil—. No será un político, ¿verdad? Porque a eso no me dedico.

—Nada más lejos.

—¿Es una mala persona?

Nick se ríe, meneando la cabeza y mira a Billy con genuino afecto.

—Siempre me sales con la misma pregunta.

Billy asiente con la cabeza.

Puede que el *lado tonto* sea solo una fachada, pero esto es cierto: solo se ocupa de mala gente. Es lo que le permite dormir por las noches. De más está decir que se ha ganado la vida *trabajando* para mala gente, sí, pero

Billy no ve ningún dilema ético en que cierta mala gente le pague por matar a otra mala gente. En esencia, se considera un basurero provisto de arma.

—Es muy mala persona.

—Vale...

—Y los dos millones no los pago yo. Esta vez soy solo el intermediario, que cobra lo que podríamos llamar una comisión por representación. No se descuenta de lo tuyo, lo mío va aparte. —Nick se inclina hacia delante y junta las manos entre los muslos. Adopta una expresión seria, sin apartar la mirada de los ojos de Billy—. El objetivo es un francotirador profesional, como tú. Solo que él nunca pregunta si la víctima es buena o mala persona. No hace esas distinciones. Si el precio lo vale, acepta el trabajo. Lo llamaremos Joe. Hace seis años, o quizá siete, da igual, ese tal Joe eliminó a un chico de quince años que iba camino del colegio. ¿Era el chico una mala persona? No. De hecho, era un estudiante ejemplar. Pero alguien quería transmitir un mensaje a su padre. El chico era el mensaje. Joe era el mensajero.

Billy se pregunta si la historia será cierta. Podría no serlo, tiene algo de fabulación de cuento de hadas, pero por alguna razón parece real.

—Quieres que asesine a un asesino. —Como si estuviese aclarándose las ideas.

—Tal cual. Joe está ahora en chirona. En la Cárcel Central de Los Ángeles. Acusado de agresión e intento de violación. Lo del intento de violación, para serte sincero, tiene su gracia, a menos que seas una chica #MeToo. Confundió a una escritora que estaba en Los Ángeles por un congreso... una escritora *feminista*... con una puta. Le hizo una proposición deshonestas, ella lo roció con gas pimienta, él le soltó un guantazo en los dientes y le dislocó la mandíbula. Seguro que la mujer vendió otros cien mil

libros por eso. Debería haberle dado las gracias en lugar de denunciarlo, ¿no crees?

Billy no contesta.

—A ver, Billy, párate a pensarlo. Ese hombre se ha cargado a Dios sabe cuántos tíos, algunos de cuidado, y va y una bollera feminista le rocía con gas pimienta. Tienes que verle el lado cómico.

Billy esboza una sonrisa de cumplido.

—Los Ángeles está en la otra punta del país.

—Exacto, pero antes de ir *allí* estuvo *aquí*. No sé por qué estuvo aquí ni me importa, pero sí sé que ese Joe andaba buscando una partida de póquer y alguien le dijo dónde encontrarla. Porque, para que lo sepas, nuestro amigo Joe se las da de tahúr y apuesta fuerte. Abreviando, perdió mucho dinero. Cuando el gran ganador salió a eso de las cinco de la madrugada, Joe le pegó un tiro en la tripa y se quedó no solo con su dinero, sino con *todo*. Alguien intentó detenerlo, seguramente otro panoli que había jugado en la misma partida, y Joe también le pegó un tiro.

—¿Los mató a los dos?

—El gran ganador murió en el hospital, pero no antes de identificar a Joe. El tío que intervino se salvó. También identificó a Joe. ¿Y sabes qué más?

Billy niega con la cabeza.

—Imágenes de las cámaras de seguridad. ¿Ves por dónde van los tiros?

Billy lo ve con claridad.

—La verdad es que no.

—En California lo detuvieron por agresión. Eso no se lo quita nadie. El intento de violación probablemente se desestime. Tampoco es que se la llevara a rastras a un callejón ni nada por el estilo; de hecho, incluso propuso *pagarle*, joder, así que quedará en requerimiento sexual. Por una

cosa así el fiscal no se tomará grandes molestias. Teniendo en cuenta el tiempo que ha pasado ya detenido, puede que le caigan noventa días en la cárcel del condado. Deuda saldada. Pero *aquí* se trata de un asesinato, y a este lado del Mississippi eso se lo toman muy en serio.

Billy lo sabe. En los estados republicanos mandan al otro barrio a los asesinos sin escrúpulos. A él le trae sin cuidado.

—Y el jurado, después de ver las imágenes de las cámaras de seguridad, sin duda decidiría aplicarle la aguja al bueno de Joey. Lo entiendes, ¿no?

—Claro.

—Ha pedido a su abogado que se oponga a la extradición, como no es de extrañar. Sabes qué es la extradición, ¿no?

—Claro.

—Bien. El abogado de Joe está dejándose la piel para conseguirlo, y el tipo no es un picapleitos de tercera. Ya ha logrado un aplazamiento de treinta días en una vista, y utilizará este tiempo para buscar otras maneras de retrasarlo, pero al final perderá. Y Joe está en una celda de aislamiento, porque alguien intentó pincharle. El bueno de Joey lo desarmó y de paso le rompió la muñeca, pero donde hay un tío con un pincho, puede haber una docena.

—¿Un asunto de bandas? —pregunta Billy—. ¿Los crips, quizá? ¿Se la tienen jurada?

Nick se encoge de hombros.

—A saber. Por ahora, Joe tiene sus propias dependencias privadas, no ha de cebarse con el resto de la piara, dispone del patio para él solo durante media hora. *Además*, entretanto, el abogado se pone en contacto con cierta gente. El mensaje que transmite es que ese individuo revelará algo sonado a menos que se libre del cargo de asesinato.

—¿Existe esa posibilidad? —Billy preferiría pensar que no, incluso si el hombre al que mató el tal Joe después de la partida de póquer era mala persona—. ¿Los fiscales podrían retirar la petición de pena de muerte, o quizá incluso rebajarlo a homicidio o algo así?

—No está mal, Billy. Al menos vas bien encaminado. Pero, por lo que yo he oído, Joe quiere que se retiren todos los cargos. Debe de tener algún as en la manga.

—Cree que puede negociar para librarse del cargo de asesinato.

—Dice el hombre que se ha librado de eso mismo sabe Dios cuántas veces —comenta Nick, y se ríe.

Billy no.

—Yo nunca le he pegado un tiro a nadie por haber perdido dinero en una partida de póquer. No juego al póquer. Y no *robo*.

Nick mueve la cabeza en un vigoroso gesto de asentimiento.

—Ya lo sé, Billy. Lo tuyo es la mala gente. Solo estaba vacilándote un poco. Bebe.

Billy bebe. Está pensando: Dos millones. Por un solo trabajo. Y está pensando: ¿Dónde está la pega?

—Alguien debe de estar muy interesado en impedir que ese tipo saque a la luz lo que esconde.

Nick forma una pistola con los dedos y apunta a Billy como si este hubiera hecho una deducción extraordinaria.

—Eso mismo, tú lo has dicho. El caso es que he recibido un mensaje de cierto tipo de aquí, a quien conocerás si aceptas el trabajo, y el mensaje es que busquemos a un francotirador profesional, el mejor entre los mejores. Para mí, ese es Billy Summers, joder, y no hay más que hablar.

—Quieres que liquide a ese tipo, pero no en Los Ángeles. Aquí.

—Yo no. Yo solo soy el intermediario, recuérdalo. Es otra persona. Alguien con unos bolsillos muy profundos.

—¿Dónde está la pega?

Nick activa la sonrisa. Vuelve a señalar a Billy con la mano en forma de pistola.

—Directo al grano, ¿eh? Directo al puto grano. Solo que en realidad no es una pega. O quizá sí, según como lo veas. Es el tiempo, ¿sabes? Vas a estar aquí...

Abarca con un gesto de la mano la pequeña casa amarilla. Quizá también el barrio en que se encuentra, que, como Billy descubrirá, se llama Midwood. Quizá toda la ciudad, que se halla al este del Mississippi y justo por debajo de la línea Mason-Dixon.

—... una temporada.

4

Hablan un rato más. Nick le explica que ya han elegido la posición, con lo que se refiere al lugar desde donde Billy disparará. Le dice que no tiene por qué tomar una decisión hasta que vea el sitio y reciba más información. Se la facilitará Ken Hoff. Es el tipo que vive en la ciudad. Nick añade que hoy Ken está fuera.

—¿Sabe qué uso? —No equivale a aceptar el encargo, pero es un gran paso en esa dirección. Dos millones básicamente por quedarse esperando de brazos cruzados y disparar un solo tiro. Cuesta rechazar un trato como ese.

Nick asiente con la cabeza.

—De acuerdo, ¿y cuándo me reuniré con ese Hoff?

—Mañana. Te llamará esta noche a tu hotel, para decirte la hora y el sitio.

—Si acepto, necesitaré alguna tapadera para justificar mi estancia aquí.

—Está todo pensado, y es genial. Idea de Giorgio. Te pondremos al corriente mañana por la noche, después de la reunión con Hoff.

Nick se pone en pie y le tiende la mano. Billy se la estrecha. Le ha dado la mano otras veces y nunca le ha gustado, porque Nick es mala persona. Pero cuesta no sentir un poco de simpatía por él. Nick también es un profesional, y esa sonrisa surte efecto.

5

Paulie Logan lo lleva de regreso al hotel. Paulie no habla mucho. Pregunta a Billy si le molesta que ponga la radio. Cuando Billy contesta que no, Paulie sintoniza una emisora de rock suave. En cierto momento dice:

—Loggins and Messina, esos son los mejores.

Salvo por el impropio que lanza a otro conductor que le corta el paso en Cedar Street, a eso se reduce su conversación.

A Billy le da igual. Está pensando en todas las películas de atracos que ha visto en las que los protagonistas que planean un último golpe. Si el cine negro es un género, «un último golpe» es un subgénero. En esas películas, el último golpe siempre sale mal. Billy no es atracador, ni trabaja con una banda, ni es supersticioso, pero eso del último golpe lo inquieta de todos modos. Podría ser porque el precio es muy alto. O porque no sabe quién corre con los gastos ni por qué. O incluso por la historia que le ha contado Nick sobre el estudiante ejemplar de quince años a quien liquidó su objetivo.

—¿Vas a quedarte? —pregunta Paulie al detener el coche en la entrada del hotel—. Porque ese tal Hoff te conseguirá la herramienta que necesitas. Podría haberlo hecho yo mismo, pero Nick no ha querido.

¿Va a quedarse?

—No lo sé. Puede ser. —Hace una pausa mientras se apea—. Es probable.

6

En su habitación, Billy enciende el portátil. Cambia la marca de tiempo y comprueba la VPN, porque a los hackers les encantan los hoteles. Podría buscar en Google los juzgados del condado de Los Ángeles —debe de haber un registro público de las vistas por extradición—, pero hay maneras más sencillas de conseguir lo que quiere. Y lo quiere. Ronald Reagan tenía razón al decir: «Confía pero verifica».

Billy accede a la web de *Los Angeles Times* y paga por una suscripción de seis meses. Utiliza una tarjeta de crédito que pertenece a una persona imaginaria llamada Thomas Hardy, pues Hardy es el escritor preferido de Billy. Al menos entre los naturalistas. Una vez dentro, busca: «Escritora feminista» y añade «intento de violación». Encuentra media docena de artículos, cada uno más corto que el anterior. Aparece una foto de la autora feminista, que está como un tren y tiene mucho que decir. La presunta agresión se produjo en la terraza del hotel Beverly Hills. El presunto autor, cuando lo detuvieron, tenía en su posesión múltiples documentos de identidad y tarjetas de crédito. Según el *Times*, su verdadero nombre es Joel Randolph Allen. En 2012 eludió una acusación de violación en Massachusetts.

Así que Joe se libró por los pelos, piensa Billy.

A continuación visita la web del periódico de esta ciudad, vuelve a utilizar a Thomas Hardy para salvar el muro de pago y busca: «Víctima asesinato partida póquer».

Encuentra la noticia, y la foto de las cámaras de seguridad que la acompaña es bastante incriminatoria. Una hora antes, la luz no habría sido tan buena como para mostrar el rostro del malhechor, pero la marca de tiempo al pie de la foto indica las 5.18. El sol aún no ha salido, pero falta poco, y la cara del individuo del callejón se ve con toda la nitidez que uno desearía si fuera fiscal. Con la mano en el bolsillo, espera frente a una puerta en la que se lee: ZONA DE CARGA, NO OBSTRUIR EL PASO, y si Billy formara parte del jurado, posiblemente votaría a favor de la aguja sin más prueba que esa. Porque Billy Summers es un experto en lo que se refiere a premeditación, y eso es lo que está viendo ahí.

La noticia más reciente en el periódico de Red Bluff cuenta que Joel Allen ha sido detenido en Los Ángeles por cargos sin conexión con ese hecho.

Nick piensa que Billy interpreta las cosas de manera literal, a ese respecto Billy no alberga la menor duda. Como todos los demás para los que ha trabajado durante los años que lleva en el oficio, Nick cree que Billy, al margen de su habilidad inigualable como francotirador, es un poco lento, tal vez incluso autista. Nick acepta el *lado tonto* porque Billy pone especial empeño en no exagerarlo. No se queda boquiabierto, no mira con los ojos vidriosos, no manifiesta una evidente estupidez. Un cómic de *Archie* hace maravillas. Tiene la novela de Zola que ha estado leyendo enterrada en el fondo de la bolsa de viaje. ¿Y si alguien registrara su bolsa y la descubriera? Billy diría que la encontró en el bolsillo del respaldo de un avión y se la quedó porque le gustaba la chica de la cubierta.

Se plantea buscar el caso del estudiante ejemplar de quince años, pero no dispone de datos suficientes. Podría pasarse toda la tarde en Google y no encontrarlo. Incluso si lo descubriera, le resultaría imposible tener la certeza de que ese era el chico de quince años en cuestión. Le basta con saber que el resto de la historia de Nick concuerda.

Pide un bocadillo y una tetera. Cuando llegan, se sienta junto a la ventana a comer y leer *Thérèse Raquin*. Piensa que es una mezcla entre James M. Cain y los cómics de terror de los años cincuenta de la editorial EC. Después de su comida tardía, se acuesta con las manos detrás de la cabeza, bajo la almohada, donde percibe el frescor que se oculta ahí. Que, como la juventud y la belleza, no dura demasiado. Verá qué tiene que decir ese Ken Hoff, y si eso también concuerda, cree que aceptará el trabajo. La espera se le hará difícil, eso nunca se le ha dado bien (una vez probó con el zen, no le dio resultado), pero por una paga de dos millones de dólares puede esperar.

Billy cierra los ojos y se duerme.

A las siete de la tarde, disfruta de una cena del servicio de habitaciones y ve *La jungla de asfalto* en el portátil. Va de un último golpe fallido, cómo no. Suena el teléfono. Es Ken Hoff. Le comunica dónde se reunirán mañana por la tarde. Billy no necesita anotarlo. Las notas pueden ser peligrosas, y tiene buena memoria.

Como la mayoría de los actores de cine —por no hablar de los hombres con quienes Billy se cruza por la calle que emulan a esos actores—, Ken Hoff tiene un asomo de barba, como si se hubiera olvidado de afeitarse durante tres o cuatro días. En el caso de Hoff, que es pelirrojo, le confiere un aspecto poco afortunado. No se lo ve recio y duro; más bien da la impresión de que se haya quemado por efecto del sol.

Están sentados a una mesa bajo una sombrilla en la terraza de un restaurante llamado Sunspot Café. Se encuentra en la esquina de Main con Court. Billy supone que entre semana el establecimiento tiene mucho público, pero ese sábado por la tarde, dentro, no hay casi nadie, y disponen de las mesas dispersas en el exterior para ellos solos.

Hoff tendrá unos cincuenta años, o cuarenta y cinco mal llevados. Está tomando una copa de vino. Billy ha pedido un refresco bajo en calorías. No cree que Hoff trabaje para Nick, porque Nick está radicado en Las Vegas. Pero Nick mueve muchos hilos, y no todos en el oeste. Puede que Nick Majarian y Ken Hoff estén conectados de algún modo o tal vez Hoff tenga vínculos con el tío que va a pagar por el trabajo. Siempre en el supuesto de que el trabajo llegue a hacerse, claro.

—Ese edificio de la acera de enfrente es mío —dice Hoff—. Tiene solo veintidós pisos, pero son suficientes para convertirlo en el segundo más alto de Red Bluff. Será el tercero más alto cuando construyan el Higgins Center. Ese tendrá treinta. Y un centro comercial. En ese también tengo participación, pero este... este es totalmente mío. Se reían de Trump cuando decía que iba a arreglar la economía, pero las cosas van sobre ruedas. Sobre ruedas.

A Billy le traen sin cuidado Trump y la economía de Trump, pero examina el edificio con interés profesional. Está casi seguro de que es el sitio desde donde se supone que tiene que disparar. Se llama Torre Gerard. Billy considera que llamar «torre» a un bloque de solo veintidós plantas es un poco presuntuoso, pero imagina que en esta ciudad de pequeños edificios de ladrillo, en su mayoría venidos a menos, probablemente parece una torre. En el césped de la parte delantera, bien cuidado y regado, se alza un letrero en el que se lee: OFICINAS Y APARTAMENTOS DE LUJO DISPONIBLES. Incluye un número de teléfono. Da la impresión de que el letrero lleva ahí bastante tiempo.

—No se ha llenado tanto como preveía —dice Hoff—. La economía va viento en popa, sí, a la gente le sale el dinero por el culo, y 2020 será aún mejor, pero te sorprendería saber hasta qué punto todo eso lo mueve internet, Billy. ¿Te importa que te llame Billy?

—En absoluto.

—Conclusión: este año voy un poco justo de dinero. Tengo problemas de liquidez desde que compré acciones de WWE, pero, con tres filiales, ¿cómo iba a negarme?

Billy no tiene ni idea de qué está hablando. ¿De algo relacionado con la lucha profesional, quizá? ¿O con el espectáculo de Monster Jam que

anuncian a todas horas por televisión? Como es evidente que Hoff piensa que debería saberlo, Billy asiente como si así fuera.

—Aquí en la ciudad, los ricachos de toda la vida opinan que estiro más el brazo que la manga, pero hay que apostar por la economía, ¿o no? Hay que tirar los dados cuando se está en racha. Para ganar dinero hace falta dinero, ¿a que sí?

—Sin duda.

—Así que hago lo que tengo que hacer. Y oye, reconozco algo bueno en cuanto lo veo, y este trato me beneficia. Es un poco arriesgado, pero necesito un apoyo. Y Nick me ha asegurado que si a ti te cogen... sé que no te cogerán, pero si te cogieran, mantendrías la boca cerrada.

—Sí. Así sería. —A Billy nunca lo han cogido, y no tiene intención de que lo cojan esta vez.

—El código de la carretera, ¿no es así?

—Sin duda. —Billy tiene la impresión de que Ken Hoff ha visto demasiadas películas. Algunas del subgénero «último golpe», seguramente. Comienza a impacientarse y espera que el tipo vaya al grano de una vez. Aquí fuera hace calor, incluso bajo la sombrilla. Y bochorno. Este clima es para los pájaros, piensa Billy, y posiblemente ni a ellos les gusta.

—Te he conseguido una oficina agradable en la cuarta planta, hace chaflán —informa Hoff—. Tres espacios. Despacho, recepción, una cocina pequeña. Una cocina, ¿qué te parece eso? Estarás bien por mucho que se alargue esto. Más a gusto que un arbusto. No voy a señalarla con el dedo, pero seguro que sabes contar hasta cuatro, ¿verdad?

Claro, piensa Billy, tampoco es que me chupe el dedo.

El edificio es cuadrangular, la típica caja de galletas con ventanas, así que de hecho en la cuarta planta hay dos suites que hacen esquina, pero Billy sabe a cuál se refiere Hoff: la de la izquierda. Traza una diagonal

desde la ventana a lo largo de Court Street, que tiene solo dos manzanas. La diagonal, la trayectoria de la bala que saldrá de su arma si acepta el trabajo, termina en la escalinata del juzgado del condado. Es un edificio desparramado de granito gris. Los escalones, veinte por lo menos, suben hasta una plaza en cuyo centro se alza la Dama de la Justicia con los ojos vendados, sosteniendo su balanza. Entre las muchas cosas que nunca dirá a Ken Hoff: la Dama de la Justicia se basa en Iustitia, una diosa romana más o menos inventada por el emperador Augusto.

Billy vuelve a posar la mirada en la suite de la esquina de la cuarta planta y traza de nuevo la diagonal con los ojos. Calcula que la distancia entre la ventana y la escalinata es de unos quinientos metros. Se trata de un disparo que es capaz de ejecutar incluso con vientos fuertes. Siempre y cuando disponga de la herramienta idónea, claro está.

—¿Qué tiene para mí, señor Hoff?

—¿Eh?

Por un momento el *lado tonto* de Hoff queda a plena vista. Billy contrae el dedo índice de la mano derecha. El gesto podría interpretarse como «ven», pero no en este caso.

—¡Ah! ¡Ya! Lo que pediste, ¿no? —Mira alrededor, no ve a nadie, pero baja la voz de todos modos—. Un Remington 700.

—El M24. —Esa es la designación del ejército.

—¿M...? —Hoff se lleva la mano al bolsillo trasero, saca la cartera y recorre el contenido de los compartimentos con el pulgar. Extrae un papel y lo consulta—. M24, exacto.

Hace ademán de guardar de nuevo el papel en la cartera, pero Billy tiende la mano.

Hoff se lo entrega. Billy se lo guarda en el bolsillo.

Más tarde, antes de ir a ver a Nick, lo tirará al váter en la habitación del hotel. Uno no deja cosas anotadas. Espera que el tal Hoff no acabe siendo un problema.

—¿Óptica?

—¿Eh?

—El visor. La mira.

Hoff parece azorado.

—Es la que has pedido.

—¿Eso también lo tiene anotado?

—En el papel que acabo de darte.

—De acuerdo.

—Tengo el... esto, la herramienta en...

—No necesito saber dónde. Ni siquiera he decidido si voy a aceptar el trabajo. —Pero sí lo ha decidido—. ¿Hay servicio de seguridad en el edificio? —Otra pregunta de su *lado tonto*.

—Sí. Claro.

—Si acepto el trabajo, seré yo quien suba la herramienta a la cuarta planta. ¿Estamos conformes, señor Hoff?

—Sí, claro —responde Hoff con visible alivio.

—Entonces creo que ya hemos terminado. —Billy se pone en pie y le tiende la mano—. Encantado de conocerlo. —No es así. Billy no sabe hasta qué punto confía en ese hombre, y ese ridículo asomo de barba le da grima. ¿Qué mujer querría besar una boca rodeada de púas rojas?

Hoff le da un apretón.

—Lo mismo digo, Billy. Esto es solo un apuro momentáneo por el que estoy pasando. ¿Has leído un libro que se titula *El viaje del héroe*?

Billy lo ha leído, pero niega con la cabeza.

—Deberías, deberías. Me salté todo el rollo literario para llegar a la parte importante. Directo al meollo, así soy yo. Fuera chorradas. No recuerdo el nombre del tío que lo escribió, pero dice que todo hombre ha de pasar por una etapa de prueba antes de llegar a héroe. Para mí, esta es esa etapa.

Por proporcionar un rifle de largo alcance y un puesto de observación a un asesino a sueldo, piensa Billy. No está muy seguro de que Joseph Campbell incluyera eso en la categoría del héroe.

—Bueno, espero que la supere.

2

Billy supone que, si se queda, al final se buscará un coche, pero por ahora no conoce la ciudad y gustosamente deja que Paul Logan lo lleve del hotel a la casa que está «cuidando» Nick. Es la supermansión que Billy esperaba ayer, una monstruosidad construida de cualquier manera en lo que parece un jardín de una hectárea. La verja del camino de acceso, largo y curvo, se abre cuando Paulie toca el dispositivo que tiene en la visera con el pulgar. En efecto, hay un querubín orinando de forma incesante en un estanque, y otro par de estatuas (soldado romano, doncella de pecho desnudo) alumbradas por focos ocultos ahora que ha anochecido. La casa también cuenta con su propia iluminación exterior, para exhibir mejor sus deplorables excesos. A Billy se le antoja el hijo bastardo de un supermercado y una megaiglesia. Eso no es una casa, es el equivalente arquitectónico de un pantalón de golf rojo.

Frank Macintosh, alias Frankie Elvis, está esperando en el interminable porche para recibirlo. Traje oscuro, sobria corbata azul. Viéndolo, nadie

adivinaría que comenzó su carrera partiendo piernas para un prestamista. Naturalmente, eso fue hace mucho, antes de ascender a primera división. Baja hasta la mitad de la escalera con la mano extendida, como el señor de la casa. O el mayordomo del señor de la casa.

Nick está otra vez esperando en el pasillo, mucho más suntuoso que el de la modesta casa amarilla de Midwood. Si bien Nick tiene una complexión robusta, el hombre que lo acompaña es descomunal, supera con creces los ciento treinta kilos. Se trata de Giorgio Piglielli, conocido entre los mandos intermedios de Nick en Las Vegas como Georgie Pigs (tampoco delante de él). Si Nick es el consejero delegado, Giorgio es su director ejecutivo. El hecho de que estén los dos aquí, tan lejos de su base de operaciones, induce a pensar que la comisión por representación, como lo llamó Nick, debe de ser muy alta. A Billy le han prometido dos millones. ¿Cuánto habrán prometido a esta gente, o cuánto se habrán embolsado ya? Alguien está muy preocupado por Joel Allen. Alguien que probablemente tiene una casa como esta, o incluso más fea. Cuesta creer que sea posible, pero seguramente lo es.

Nick da una palmada en el hombro a Billy.

—¿A que piensas que este gordo es Giorgio Piglielli?

—Desde luego que lo parece —responde Billy con cautela, y Giorgio suelta una carcajada tan oronda como él.

Nick asiente. Vuelve a lucir su mejor sonrisa.

—Lo sé, pero en realidad es George Russo, tu agente.

—¿Agente? ¿Como en una inmobiliaria?

—No, no de esos. —Nick se ríe—. Ven al salón. Tomaremos algo, y Giorgio te lo explicará. Como te dije ayer, el sitio es una pasada.

El salón es tan largo como un coche cama. Cuenta con tres lámparas de araña, dos pequeñas y una grande. Los muebles son bajos y de formas aerodinámicas. Otros dos querubines sostienen un espejo de cuerpo entero. Hay un reloj de pie que parece avergonzado de estar aquí.

Frank Macintosh, el rompepiernas convertido en sirviente, les lleva unas bebidas en una bandeja: cerveza para Billy y Nick y lo que parece una malteada de chocolate para Giorgio, quien por lo visto tiene la firme determinación de ingerir todas las calorías posibles antes de morir a los cincuenta. Elige el único sillón en el que cabe. Billy se pregunta si será capaz de levantarse sin ayuda.

Nick alza el vaso de cerveza.

—Por nosotros. Por que esta colaboración nos haga felices y nos deje satisfechos.

Brindan por eso, y a continuación Giorgio dice:

—Me comenta Nick que el asunto te interesa, pero aún no te has comprometido. Todavía estás en lo que podríamos llamar «fase exploratoria».

—Así es —dice Billy.

—Bueno, a efectos de esta conversación, imaginemos que formas parte del equipo. —Giorgio sorbe su malteada de chocolate con la pajita—. Tío, qué buena. No hay nada mejor en una noche calurosa.

Se lleva la mano al bolsillo de la chaqueta del traje —Tela suficiente para vestir a un orfanato, piensa Billy— y saca una cartera, que tiende hacia Billy.

Billy la coge. Es de la marca Lord Buxton. Bonita pero no de lujo. Tiene alguna que otra rozadura y arañazo en la piel y se ve un poco ajada.

—Echa un vistazo dentro. Ese serás tú en este villorrio de mala muerte.

Billy eso hace. Setenta dólares más o menos en el compartimento correspondiente. Unas cuantas fotos, en su mayoría de hombres que podrían ser amigos y mujeres que podrían ser novias. Nada que indique que tiene esposa e hijos.

—Quería añadirte a ti en una con Photoshop —dice Giorgio—. En el Gran Cañón o algo así, pero, según parece, nadie tiene una foto tuya, Billy.

—Las fotos pueden traer problemas.

—De todos modos —interviene Nick—, la mayoría de la gente no lleva fotos suyas en la cartera. Ya se lo dije a Giorgio.

Billy sigue examinando el contenido de la cartera, leyéndolo como si fuese un libro. Como si fuese *Thérèse Raquin*, que ha terminado mientras cenaba en su habitación. Si se queda aquí, su nombre será David Lockridge. Tiene una Visa y una Mastercard, las dos emitidas por el Seacoast Bank de Portsmouth.

—¿Cuáles son los límites del dinero de plástico? —pregunta a Giorgio.

—Quinientos en la Master, mil en la Visa. Tienes un presupuesto ajustado. Claro que, si tu libro se vende tan bien como esperamos, eso podría cambiar.

Billy fija la mirada primero en Giorgio y después en Nick. Se pregunta si se trata de una trampa, si habrán descubierto que su *lado tonto* es pura apariencia.

—¡Es tu agente *literario*! —exclama Nick casi a gritos—. ¿A que es la bomba?

—¿Esa es mi tapadera, una identidad de escritor? Venga, pero si ni siquiera acabé el instituto. Por Dios, me saqué el graduado escolar en el desierto, y fue un regalo del Tío Sam por esquivar artefactos explosivos y muyíes en Faluya y Ramadi. No funcionará. Es un disparate.

—No, es genial —asegura Nick—. Tú escúchalo, Billy. ¿O debería empezar a llamarte Dave?

—Nunca vas a llamarme Dave si esta es mi tapadera.

Eso le toca de muy cerca, demasiado cerca. Es aficionado a la lectura, sin duda. Y a veces sueña con escribir, aunque nunca lo ha probado en serio salvo por algún que otro retazo de prosa, que después siempre ha destruido.

—No daré el pego, Nick. Sé que ya habéis puesto esto en marcha... —Sostiene la cartera en alto—. Y lo siento, pero no funcionará. ¿Qué voy a decir si alguien me pregunta de qué trata el libro?

—Dame cinco minutos —dice Giorgio—. Diez, como mucho. Y si sigue sin gustarte, cada uno por su lado y tan amigos.

Billy duda que eso sea verdad, pero le pide que continúe.

Giorgio deja el vaso vacío de malteada de chocolate en la mesa que tiene junto a su sillón (probablemente una Chippendale) y eructa. Pero cuando centra toda la atención en Billy, este ve lo que Georgie Pigs es en realidad: una mente esbelta y atlética enterrada en el mar de grasa que lo matará en unos pocos años.

—Ya sé que de buenas a primeras suena raro, por la clase de tío que eres, pero *sí* dará el pego.

Billy se relaja un poco. Todavía creen lo que ven. Al menos en ese sentido está a salvo.

—Te quedarás aquí como mínimo seis semanas y como máximo, quizá, seis meses —dice Giorgio—. Depende de cuánto tarde el abogado del panoli en quedarse sin cuerda en su lucha contra la extradición. O hasta que crea que el cargo de asesinato es negociable. Se te paga por el trabajo, pero también se te paga por el tiempo. Eso lo entiendes, ¿no?

Billy asiente con la cabeza.

—Lo que significa que necesitas una razón para estar aquí en Red Bluff, y no es una ciudad turística precisamente.

—Cierto —afirma Nick, y hace una mueca semejante a la de un niño ante un plato de brócoli.

—También necesitas una razón para estar en ese edificio en la calle del juzgado. Estás escribiendo un libro, esa es la razón.

—Pero...

Giorgio alza una gruesa mano.

—Tú crees que no funcionará, pero yo te digo que sí. Y voy a explicarte cómo.

Billy se muestra escéptico, pero ahora que ha superado el miedo a que hayan visto que su *lado tonto* es mero camuflaje, le parece adivinar adónde quiere ir a parar Giorgio. El plan podría tener posibilidades.

—He hecho mis indagaciones. He leído un montón de revistas literarias, más una tonelada de material por internet. He aquí tu tapadera. David Lockridge se crio en Portsmouth, New Hampshire. Siempre quisiste ser escritor, pero a duras penas terminaste el instituto. Trabajaste en la construcción. Seguiste escribiendo, pero eras un juerguista. Bebías mucho. Pensé en añadirte un divorcio, pero lo descarté porque me pareció que complicaría mucho la historia.

Para un tipo que sabe de armas pero poco más, piensa Billy.

—Por fin empiezas a trabajar en algo bueno, ¿vale? En los blogs que he leído hablan mucho de escritores a los que de pronto se les enciende la chispa, y eso es lo que te pasa a ti. Escribes un montón de páginas, unas setenta, quizá cien...

—¿Sobre qué? —En realidad Billy comienza a divertirse, pero procura no exteriorizarlo.

Giorgio intercambia una mirada con Nick, que se encoge de hombros.

—Eso aún no lo he decidido, pero ya se me ocurrirá al...

—¿Mi propia vida, tal vez? La vida de Dave, quiero decir. Existe una palabra para eso...

—Autobiografía —prorrumpe Nick, como si fuera un concursante de *Jeopardy*.

—Eso podría funcionar —dice Giorgio. Su rostro dice: «Vas bien encaminado, Nick, pero deja esto a los expertos»—. O tal vez sea una novela. Lo que importa es que nunca hablas de ello por orden de tu agente. Un asunto confidencial. Estás escribiendo, eso no lo mantienes en secreto, todo el mundo con el que te cruces en el edificio sabrá que el vecino del cuarto está escribiendo un libro, pero nadie sabe de qué trata. Así no te liarás.

Como si fuera a pasarme, piensa Billy.

—¿Cómo llegó David Lockbridge aquí desde Portsmouth? ¿Y cómo acabó en la Torre Gerard?

—Esa es mi parte preferida —comenta Nick. Habla como un niño que escucha una de sus historias predilectas antes de dormirse, y Billy no cree que esté simulando o exagerando. Nick respalda incondicionalmente el plan.

—Buscaste agentes por internet —prosigue Giorgio, aunque de pronto titubea—. Sueles conectarte a internet, ¿no?

—Claro —contesta Billy. Está casi seguro de que sabe más de ordenadores que cualquiera de esos dos gordos, pero tampoco comparte esa información—. Uso el correo. A veces juego en el teléfono. Además, hay una aplicación para cómics. Te los descargas. Eso lo hago con el portátil.

—Vale, bien. Buscas agentes. Envías cartas para anunciar que estás trabajando en ese libro. La mayoría de los agentes dicen que no, porque se quedan con los superventas como James Patterson y la chica de Harry

Potter. Leí en un blog que es la pescadilla que se muerde la cola: necesitas un agente para que te publique, pero hasta que no has publicado no hay manera de que encuentres un agente.

—Pasa como en el cine —interviene Nick—. Vemos a los actores famosos, pero en realidad todo está en manos de los agentes. Son ellos los que tienen el verdadero poder. Dicen a los actores qué hacer, y vaya si lo hacen.

Giorgio espera pacientemente a que Nick termine y luego continúa:

—Por fin un agente dice que sí, vale, qué carajo, le echaré un vistazo, envíame los dos o tres primeros capítulos.

—Tú —dice Billy.

—Yo. George Russo. Leo las páginas. Alucino. Se las enseño a unas cuantas editoriales que conozco...

Y una mierda, piensa Billy; se las enseñas a unos cuantos editores que conoces. Pero eso puede arreglarse si hace falta.

—... y también alucinan, pero no pagarán una gran suma, quizá incluso una cantidad de siete cifras, hasta que el libro esté acabado. Porque eres una incógnita. ¿Sabes qué significa eso?

Billy está peligrosamente a punto de responder que sí, claro, porque empieza a sentir un vivo interés ante la perspectiva. En realidad, podría ser una excelente tapadera, sobre todo por el compromiso de confidencialidad en cuanto al proyecto. Y podría resultarle divertido hacerse pasar por lo que en cierto modo siempre ha querido ser.

—Significa que soy puro humo.

Nick exhibe su sonrisa más radiante. Giorgio asiente con la cabeza.

—Casi. Pasa un tiempo. Yo espero más páginas, pero Dave no entrega nada. Espero un poco más. Sigue sin llegar una sola página. Subo a verte a la tierra de la langosta, ¿y qué me encuentro? El tío anda de juerga en juerga

como el puto Ernest Hemingway. Cuando no está trabajando, está por ahí con sus amigotes o resacoso. El consumo de sustancias y el talento van de la mano, ya se sabe.

—¿En serio?

—Hecho demostrado. Pero George Russo está decidido a salvar a ese tío, al menos hasta que termine el libro. Habla con una editorial para que lo contrate y pague un anticipo de, digamos, treinta o quizá cincuenta mil dólares. No es un dineral, pero tampoco calderilla; además, la editorial puede exigir la devolución si el libro no llega antes de cumplirse determinado plazo, lo que llaman fecha de entrega. Pero verás, Billy, he aquí la cuestión: el cheque va a *mi* nombre, no al *tuyo*.

Ahora Billy lo ve todo claro, pero deja que Giorgio se extienda:

—Pongo ciertas condiciones. Por tu propio bien. Tienes que abandonar la tierra de la langosta y a todos esos amigos tuyos que empujan el codo y le dan a la coca. Tienes que irte a algún sitio lejos de ellos, algún pueblucho o ciudad de mala muerte donde no haya nada que hacer o, si lo hubiera, no haya nadie con quien hacerlo. Te digo que voy a alquilarte una casa.

—La que vi, ¿no?

—Exacto. Más importante aún, voy a alquilarte también una oficina, e irás allí todos los días laborables a sentarte en un despachito y aporrear el teclado hasta que acabes ese libro tan confidencial. Tú aceptas las condiciones, si no, tu puerta al éxito se cerrará.

Giorgio se recuesta. El sillón, aunque robusto, emite un leve gemido.

—Ahora, si me dices que es mala idea o incluso si me dices que es buena idea pero te ves incapaz de llevarla a cabo de una manera convincente, damos el asunto por zanjado.

Nick alza una mano.

—Billy, antes de que digas nada, quiero plantear otra cosa por la que este es un buen plan. Tendrás trato con los vecinos de tu planta, y también con otras muchas personas del edificio. Te conozco, y tienes otro don, aparte de esa habilidad tuya para darle a una moneda a quinientos metros.

Como si fuera capaz de eso, piensa Billy. Eso no lo habría hecho ni Chris Kyle.

—Te llevas bien con la gente sin necesidad de hacerte amigo de nadie. Te sonríen cuando te ven acercarte. —Y a continuación, como si Billy lo hubiera negado, exclama—: ¡Lo he visto! Hoff me ha dicho que hay un par de puestos de comida ambulantes que paran delante del edificio a diario, y cuando el tiempo lo permite, la gente hace cola y se sienta al aire libre en los bancos a comer. Tú podrías ser una de esas personas. La espera no tiene por qué ser tiempo perdido. Puedes utilizarlo para ganarte la aceptación del personal. En cuanto se pase la novedad de que estás escribiendo un libro, serás solo un trabajador más que empieza a las nueve y se vuelve a su casita de Midwood a las cinco.

Billy concibe esa posibilidad.

—Así que, cuando llega por fin el día, ¿eres un desconocido? ¿El intruso que debe de haberlo hecho? Ajá, llevas ahí varios meses, has charlado con la gente en el ascensor, juegas al póquer con unos empleados de la agencia de cobro a morosos de la primera planta para ver quién paga los tacos.

—Sabrán de dónde salió la bala —aduce Billy.

—Claro, pero no inmediatamente. Porque al principio todo el mundo estará buscando a ese intruso. Y porque habrá una táctica de distracción. También porque siempre has sido un puto Houdini a la hora de desaparecer después del disparo. Para cuando las cosas empiecen a calmarse, tú ya estarás muy lejos.

—¿Cuál es la táctica de distracción?

—Ya hablaremos de eso más tarde —dice Nick, lo que induce a Billy a pensar que tal vez aún no haya tomado una decisión al respecto. Aunque con Nick nunca se sabe—. Hay tiempo de sobra. De momento... —Se vuelve hacia Giorgio, alias Georgie Pigs, alias George Russo. «Todo tuyo», dice con la mirada.

Giorgio se lleva otra vez la mano al bolsillo de la descomunal chaqueta del traje y saca el móvil.

—Únicamente tienes que decirlo, Billy..., me refiero a la clave de acceso de tu banco en el extranjero preferido..., y te enviaré quinientos de los grandes. Nos llevará cuarenta segundos. Un minuto y medio si la conexión es lenta. También dinero de sobra para ir tirando de momento en un banco de aquí.

Billy advierte que tratan de inducirlo a tomar una decisión apresurada y visualiza fugazmente a una vaca camino del matadero, pero tal vez no sea más que una reacción paranoica fruto de la sustanciosa paga. Tal vez el último trabajo de una persona no debería ser el más lucrativo; tal vez debería ser el más interesante. Pero le gustaría conocer un último detalle.

—¿Por qué está metido en esto Hoff?

—Es su edificio —responde al instante Nick.

—Sí, pero... —Billy arruga el entrecejo, adoptando una expresión de profunda concentración—. Me ha dicho que hay muchas oficinas vacías en el edificio.

—Aun así, la oficina de la esquina es excelente —asegura Nick—. Tu agente, Georgie, aquí presente, le ha pedido que la alquile, lo cual nos deja fuera del asunto.

—También es quien consigue el arma —añade Giorgio—. Puede que ya la tenga. En todo caso, no podrán vincularla a nosotros.

Eso Billy ya lo sabe, por la forma en que Nick ha evitado que lo vieran con él —ni siquiera en el porche de esa finca con verja—, pero no está del todo satisfecho. Porque Hoff le parece un charlatán, y un charlatán no es la clase de persona que quieres cerca cuando estás planeando un asesinato.

4

Más tarde esa misma noche. Cerca de las doce. Billy está tendido en la cama de la habitación del hotel, con las manos bajo la almohada, deleitándose con ese frescor tan efímero. Ha dicho que sí, por supuesto, y cuando uno le dice que sí a Nick Majarian, no hay vuelta atrás. Ahora es el protagonista de la historia de su propio último trabajo.

Ha pedido a Giorgio que le mande los quinientos mil dólares a un banco del Caribe. Ahora mismo hay una buena cantidad de dinero en esa cuenta y, cuando Joel Allen muera en la escalinata de ese juzgado, habrá mucho más. Suficiente para vivir de eso durante mucho mucho tiempo si se comporta con prudencia. Y lo hará. No tiene gustos caros. El champán y los servicios de acompañantes nunca han sido lo suyo. En otros dos bancos —locales— David Lockridge contará con dieciocho mil dólares de los que echar mano. Es más que suficiente para ir tirando, pero no tanto como para activar las alarmas de las autoridades federales.

Sí había hecho otro par de preguntas. La más importante era: cuando llegara el momento, ¿de qué plazo dispondría entre el aviso y la ejecución?

—No mucho —ha contestado Nick—, pero tampoco será en plan «Estará ahí dentro de quince minutos». Lo sabremos justo después de que se ordene la extradición, y recibirás una llamada. Serán veinticuatro horas como mínimo, quizá tres días o incluso una semana. ¿De acuerdo?

—Sí —ha dicho Billy—. Siempre y cuando entendáis que no puedo garantizar nada si son solo quince minutos. O incluso una hora.

—Eso no pasará.

—¿Y si no lo entran por la escalinata del juzgado? ¿Y si utilizan otra puerta?

—Hay otra puerta —ha explicado Giorgio—. Es por donde acceden los empleados del juzgado. Pero desde la cuarta planta también tendrás línea de visión, y solo hay unos sesenta metros más de distancia. Puedes hacerlo, ¿no?

Podía, y así lo ha dicho. Nick ha levantado una mano como para espantar una mosca molesta.

—Será en la escalinata, cuenta con ello. ¿Alguna otra cosa?

Ha respondido que no tenía más dudas, y ahora está aquí tendido, dándole vueltas, mientras espera a que lo venza el sueño. El lunes se instalará en la casita amarilla, que le ha alquilado su agente. Su agente *literario*. El martes verá la oficina que Georgie Pigs también le ha alquilado. Cuando Giorgio le ha preguntado qué haría allí, Billy le ha dicho que empezaría por descargarse ComiXology en el portátil. Y quizá unos cuantos juegos.

—Procura escribir algo entre historieta e historieta —ha dicho Giorgio, medio en broma, medio en serio—. Ya me entiendes, para ponerte en la piel del personaje. Interpretar el papel.

Puede que lo haga. Tal vez lo haga. Aunque lo que escriba no sea muy bueno, le servirá para matar el tiempo. Él ha sugerido la idea de la autobiografía. Giorgio ha propuesto que fuera una novela, no porque crea a Billy capaz de escribirla, sino para que Billy pueda contestar eso cuando alguien le pregunte, ya que alguien le preguntará. Probablemente muchos álguienes, a medida que vaya conociendo gente en la Torre Gerard.

Empieza a entrarle el sueño cuando de pronto lo despierta una buena idea: ¿por qué no combinar las dos cosas? ¿Por qué no una novela que en realidad sea una autobiografía, escrita no por el Billy Summers que lee a Zola y a Hardy e incluso se ha abierto paso a través de *La broma infinita*, sino por el otro Billy Summers? ¿El *alter ego* a quien llama su *lado tonto*? ¿Sería posible? Cree que sí, porque conoce a ese Billy tanto como se conoce a sí mismo.

Podría intentarlo, piensa. Con tanto tiempo y sin otra cosa que hacer, ¿por qué no? Está planteándose cómo empezar cuando por fin se duerme.

Billy Summers, sentado de nuevo en el vestíbulo del hotel, espera el coche que viene a recogerlo.

Es lunes a mediodía. Tiene la bolsa de viaje y el maletín del portátil junto a la silla y lee otro cómic, este titulado *Archie Especial: Amigos para siempre*. Hoy no piensa en *Thérèse Raquin*, sino en lo que podría escribir en esa oficina de la cuarta planta que nunca ha visto. No se ha formado una clara idea, pero le ronda la cabeza una primera frase y se aferra a ella. Esa frase podría enlazarse a otras. O no. Está preparado para el éxito, pero también para la decepción. Así hace él las cosas, y hasta la fecha le ha dado un resultado más que aceptable. Al menos en el sentido de que no está en la cárcel.

A las doce y cuatro minutos, Frank Macintosh y Paulie Logan entran en el vestíbulo con sus trajes. Intercambian apretones de mano. Parece que al tupé de Frank le han cambiado el aceite.

—¿Tengo que pasar por recepción?

—Ya nos hemos ocupado.

—Pues vamos.

Billy guarda el cómic de Archie en el bolsillo lateral de su bolsa y la coge.

—No, no —dice Frankie—. Déjasela a Paulie. Le conviene hacer ejercicio.

Paulie mantiene el dedo corazón contra la corbata como si fuera un alfiler, pero coge la bolsa. Salen y van hasta el coche. Frank se sienta al volante; Paulie, detrás. Lo llevan a Midwood, a la casita amarilla. Billy contempla las calvas del césped y piensa que lo regará. Si no hay manguera, comprará una. Hay un coche en el camino de acceso, un utilitario Toyota que parece tener ya unos años, pero con los Toyota nunca se sabe.

—¿Mío?

—Tuyo —dice Frank—. No es gran cosa, pero tu agente te asigna un presupuesto ajustado, supongo.

Paulie deja la bolsa de Billy, se saca un sobre del bolsillo de la chaqueta, extrae un llavero y abre la puerta. Vuelve a dejar las llaves en el sobre y se lo entrega a Billy. Escrito en el anverso, se lee: «Evergreen Street 24». Billy, que ayer no se fijó en el letrero de la calle, ni se ha fijado hoy, piensa: Ya sé dónde vivo.

—Las llaves del coche están en la mesa de la cocina —dice Frank. Vuelve a estrecharle la mano, así que eso es un adiós. Para Billy, tanto mejor.

—Trátala bien —dice Paulie.

Menos de sesenta segundos más tarde, ya se han ido, cabe suponer que de regreso a la supermansión con el querubín que mea incesantemente en el descomunal jardín delantero.

Billy sube al dormitorio principal y abre la bolsa de viaje encima de una cama de matrimonio que parece recién hecha. Cuando se dispone a guardar sus cosas en el armario, ve que ya está aprovisionado de camisas, un par de jerséis, una sudadera y dos pantalones de vestir. En el suelo hay un par de zapatillas deportivas nuevas. Todo parece de su talla. En la cómoda encuentra calcetines, calzoncillos, camisetas, vaqueros Wrangler. Llena el único cajón que queda vacío con sus propias cosas. No son muchas. Pensaba comprar más ropa en el Walmart que había visto de camino allí, pero, por lo que ve, no será necesario.

Baja a la cocina. Las llaves del Toyota están en la mesa junto a una tarjeta en relieve donde se lee: KENNETH HOFF y EMPRENDEDOR. Emprendedor, piensa Billy. He ahí una palabra que te describe. Vuelve la tarjeta y al dorso ve una breve nota con la misma letra del sobre que contenía las llaves de la casa: *Si necesitas algo, solo tienes que llamar*. Constan dos números, el del trabajo y un móvil.

Abre el frigorífico y ve que está abastecido de productos básicos: zumo, leche, huevos, beicon, unos cuantos paquetes de fiambre y quesos, un envase de plástico con ensalada de patata. Hay un estante con agua mineral Poland Spring, un estante con Coca-Cola y un pack de seis de Bud Light. Abre el congelador y no puede evitar sonreír, porque el contenido dice mucho sobre Ken Hoff. Es soltero y, hasta el divorcio (Billy está seguro de que ha habido al menos uno), lo alimentaron y le dieron de beber mujeres, empezando por una madre que es probable que lo llamara Kenny y se asegurara de que se cortaba el pelo cada dos semanas. El congelador está a rebosar de platos preparados Stouffers y pizzas, más dos cajas de minihelados, de esos que vienen ensartados en un palo. No hay verduras, ni frescas ni congeladas.

—No me gusta ese tipo —dice Billy en voz alta. Ya no sonríe.

No. Ni le gusta el papel de Hoff en este asunto. Aparte del hecho de que Hoff quedará demasiado expuesto una vez realizado el trabajo, hay algo que Nick no le ha contado. Puede que no tenga importancia. Puede que sí. Como Trump dice al menos una vez al día: «¿Quién sabe?».

3

Hay una manguera en el sótano, enrollada y polvorienta. Esa tarde, cuando el calor del día empieza a aflojar un poco, Billy la arrastra afuera y la conecta al grifo instalado en la fachada lateral de la casa. Mientras está regando la hierba en el jardín delantero, en vaqueros y camiseta, se acerca un hombre desde la casa de al lado. Es alto, su camiseta, de un blanco cegador, contrasta con su piel, muy negra. Lleva dos latas de cerveza.

—Hola, vecino —dice—. Le traigo una fresca para darle la bienvenida al barrio. Jamal Ackerman. —Sostiene las dos cervezas en una de sus grandes manos y le tiende la otra.

Billy se la estrecha.

—David Lockridge. Dave. Y gracias. —Corta el agua de la manguera—. Venga adentro. O podemos sentarnos en los peldaños. La verdad es que aún no he puesto en orden la casa. —Aquí no necesita el *lado tonto*; en Midwood puede ser más él mismo.

—Los peldaños del porche ya sirven —dice Jamal.

Se sientan. Abren las latas: *pssst*. Billy ladea la suya hacia la de Jamal y dice:

—Gracias.

Beben. Observan el césped.

—Hará falta algo más que agua para revivir ese desastre —comenta Jamal—. Tengo fertilizante Miracle-Gro, por si quiere echar un poco. El mes pasado había una oferta de dos por uno en la sección de jardinería del Walmart, y me sobra.

—Puede que le tome la palabra. Yo mismo tengo prevista una visita al Walmart. A lo mejor compro un par de sillas para el porche. Pero seguramente no antes de la semana que viene. Ya sabe, con casa nueva y tal.

Jamal se ríe.

—Vaya que si lo sé. Esta es la tercera en la que vivo desde que me casé en 2011. La primera era la de la madre de mi mujer. —Finge un estremecimiento. Billy sonrío—. Tengo dos hijos, de diez y de ocho años. Un niño y una niña. Cuando le den la lata, porque se la darán, péguales un grito y mándelos a casa.

—Si no rompen los cristales de las ventanas o le prenden fuego a la casa, no me molestarán.

—¿La ha comprado o está de alquiler?

—De alquiler. Me quedará una temporada, no sé cuánto. Estoy... me da un poco de corte soltarlo así sin más, pero estoy escribiendo un libro. O al menos intentándolo. Parece que existe la posibilidad de que me lo publiquen, incluso podría dar un buen dinero, pero tengo que ponerme las pilas. Dispongo de un despacho en el centro. En la Torre Gerard, ¿sabe? O eso creo. Iré a verlo mañana.

Jamal lo mira con los ojos muy abiertos.

—¡Un escritor! ¡Aquí en Evergreen Street! ¡Caray!

Billy se echa a reír y meneas la cabeza.

—Calma, amigo. De momento soy solo un aspirante.

—¡Aun así, tío! Uau. Ya verá cuando se lo diga a Corinne. Una noche de estas tiene que venir a cenar. Así podremos contar a la gente que lo

conocimos cuando...

Alza una mano. Billy se la choca. «Te llevas bien con la gente sin necesidad de hacerte amigo de nadie», había dicho Nick. Es verdad, no apariencia. A Billy le gusta la gente y le gusta mantenerla a cierta distancia. Parece una contradicción, pero no lo es.

—¿De qué va, el libro?

—No puedo decirlo. —Aquí es donde empieza el trabajo de revisión. Quizá Giorgio crea que lo sabe todo porque ha leído unas cuantas revistas literarias y algún que otro texto publicado en internet, pero se equivoca—. No porque sea un gran secreto ni nada por el estilo, sino porque debo guardármelo. Si empiezo a hablar de ello... —Se encoge de hombros.

—Ya, lo entiendo. —Jamal sonríe.

Y, por tanto, sí. Así de sencillo.

4

Esa noche, Billy enciende el gran televisor de la sala de juegos y curioseas un rato en Netflix. Sabe que la plataforma causa furor en estos tiempos, pero, con tantos libros por leer, nunca se ha molestado en investigarlo. También hay mucho que ver, según parece. Tan solo el volumen del material donde elegir lo intimida y decide irse a la cama temprano en lugar de ver algo. Antes de quitarse la ropa, consulta el móvil y encuentra un mensaje de texto de su nuevo agente.

GRusso: 9 h en Torre Gerard. No vengas en coche. Uber.

Billy no tiene ningún teléfono a nombre de David Lockridge —ni Giorgio ni Frank Macintosh se lo han proporcionado—, y tampoco un desechable. Decide utilizar el personal solo por esta vez. Debería bastar con

el cifrado de la aplicación de mensajería. Además, Giorgio lo borrará. Es un profesional. Y Billy tiene algo importante que decir.

BillyS: OK. No traigas a Hoff.

Se deslizan unos puntos mientras Giorgio redacta su respuesta. No le lleva mucho tiempo.

GRusso: Tengo que llevarlo. Lo siento.

Y los puntos desaparecen. Fin de la conversación.

Billy se vacía los bolsillos y mete el pantalón en la lavadora junto con todo lo demás. Lo hace despacio, con expresión ceñuda. No le gusta Ken Hoff. De hecho, no le gustaba antes de que abriera la boca siquiera. Reacción visceral. Lo que los padres y abuelos de Giorgio habrían llamado *reazione istintiva*. Pero Hoff está metido en el asunto. El mensaje de Giorgio lo deja claro: «Tengo que llevarlo». No es propio de Nick y Giorgio dejar participar a un lugareño en sus asuntos, y menos tratándose de una situación a vida o muerte como esta. ¿Participa Hoff porque es su edificio? ¿Ubicación, ubicación, ubicación, como les gusta decir a los agentes inmobiliarios? ¿O porque Nick no es de la ciudad?

En opinión de Billy, nada de eso lo justifica. «Este año voy un poco justo de dinero», había dicho Hoff, pero Billy supone que hace falta algo más que cierta falta de liquidez para involucrarse en una conspiración de asesinato. Desde el primer momento, Billy ha sentido —por el asomo de barba varonil, el polo Izod, los Dockers con los bolsillos un poco raídos, los mocasines Gucci con los talones gastados— que Hoff era de los que, en una sala de interrogatorio, enseguida cedían si les ofrecían un trato. Al fin y al cabo, a eso se dedicaban los Ken Hoff de este mundo, a los tratos.

Se acuesta y se queda a oscuras con las manos debajo de la almohada, mirando la nada. Hay tráfico en la calle, pero no mucho. Se pregunta cuándo dos millones de dólares empiezan a no parecer suficiente, cuándo

empiezan a parecer un mal negocio. La respuesta está clara: cuando ya es demasiado tarde para echarse atrás.

5

Billy va en Uber a la Torre Gerard, como se le ha indicado. Hoff y Giorgio esperan enfrente. Hoff, con su vello facial hirsuto como púas, tiene aún aspecto (al menos en opinión de Billy) de vagabundo más que de tío molón, pero por lo demás luce un traje veraniego y una corbata de color gris apagado. «George Russo», por su parte, parece más corpulento que nunca con su desafortunada camisa verde, sin remeter, y unos vaqueros con unos fondillos tan amplios que podría sacarse de ellos tela para una pequeña tienda de campaña. Billy supone que así es como considera ese gordo que ha de vestirse un agente literario de altos vuelos de visita en una ciudad provinciana. Entre los pies tiene el maletín del portátil.

Hoff parece haber moderado su campechanía de vendedor, al menos un poco. Posiblemente a petición de Giorgio. Aun así, no puede resistir la tentación de dirigirle un desenfadado saludo militar: *mon capitaine*.

—Encantado de verte, Billy. El guardia de seguridad que está de servicio esta mañana, y casi todos los días laborables, es Irv Dean. Querrá ver tu carnet de conducir y sacarte una foto rápida. ¿Algún inconveniente?

Como es inevitable si pretenden seguir adelante, Billy niega con la cabeza.

Todavía cruzan el vestíbulo en dirección a los ascensores unas cuantas personas camino del trabajo. Algunas llevan traje, y parte de las mujeres calzan esos zapatos de tacón alto que a Billy le parecen zapatos de Cenicienta, pero, para su sorpresa, muchos visten de manera informal,

incluso con camisetas de marca. No sabe dónde trabajan, pero probablemente no atienden al público.

El hombre sentado tras una especie de mostrador de conserjería en el centro del vestíbulo es robusto y mayor. Tiene las arrugas en torno a los labios tan marcadas que parece una marioneta de ventrílocuo de tamaño natural. Billy supone que es un poli retirado, a solo dos o tres años de la jubilación total. Su uniforme consiste en un chaleco azul en el que se leen las palabras SEGURIDAD POLK bordadas en dorado. Un servicio barato. Una prueba más de que Hoff pasa apuros. Grandes apuros, incluso si sus estrecheces se deben de manera exclusiva a este edificio.

Hoff pone el turbo de su encanto y se acerca al viejo con una sonrisa y la mano tendida.

—¿Qué tal, Irv? ¿Todo en orden?

—Todo bien, señor Hoff.

—¿Tu mujer en plena forma?

—Se resiente un poco de la artritis, pero por lo demás bien.

—Este es George Russo, lo conociste la semana pasada, y te presento a David Lockridge. Va a ser nuestro escritor residente.

—Mucho gusto, señor Lockridge —saluda Dean. Una sonrisa ilumina su rostro, dándole un aire más juvenil. No mucho, pero sí un poco—. Espero que encuentre aquí buenas palabras.

Billy piensa que es un comentario amable, quizá el mejor posible.

—Eso mismo espero yo.

—¿Y de qué va el libro, si no es indiscreción?

Billy se lleva un dedo a los labios.

—Información confidencial.

—Ya, me hago cargo. Tiene una oficina pequeña pero agradable en la cuarta planta. Creo que le gustará. Debo tomarle una foto para la tarjeta de

identificación del edificio, si no tiene inconveniente.

—En absoluto.

—¿Tiene carnet de conducir?

Billy entrega el carnet de David Lockridge. Dean utiliza un teléfono móvil con el rótulo TORRE GERARD en Dymo en la parte de atrás para fotografiar primero el carnet y después al propio Billy. Ahora hay un retrato suyo en el servidor de este edificio, recuperable por cualquiera con acceso autorizado o con aptitudes de hacker. Billy se dice que da igual, es su último trabajo, pero de todos modos no le gusta. Le da mala espina.

—Tendré lista su tarjeta cuando salga. Deberá utilizarla si no hay nadie aquí en el mostrador. No tiene más que colocarla sobre este lector. Nos gusta saber quién hay en el edificio. Yo estaré aquí la mayor parte del tiempo, o Logan cuando yo no esté, y cuando estemos uno u otro, nosotros mismos registraremos la entrada.

—Entendido.

—También puede utilizar la tarjeta en el parking de Main. Es válida durante cuatro meses. Lo ha pagado su..., esto, agente. Con esa tarjeta se levantará la barrera en cuanto yo introduzca sus datos en el ordenador. Si está pensando en aparcar en la calle, los días que haya sesiones en el juzgado, ni lo intente. —Eso explica el Uber—. En el parking no hay plazas asignadas, pero casi todos los días encontrará una en la planta baja o en la primera. Ahora mismo el edificio no está muy concurrido. —Dirige una mirada de disculpa a Ken Hoff y enseguida vuelve a centrar la atención en el nuevo inquilino—. Si puedo hacer algo por usted, solo tiene que marcar el uno en el teléfono de su despacho. Hay fijo instalado. También de eso se ha encargado su agente.

—El señor Dean nos ha ayudado mucho —dice Giorgio.

—¡Es su trabajo! —exclama Hoff jovialmente—. ¿O no, Irv?

—Muy cierto.

—Saluda a tu mujer de mi parte, dile que espero que se mejore. Según dicen, las pulseras de cobre ayudan. Esas que anuncian por televisión, ¿sabes?

—Quizá las pruebe —responde Dean, pero no se lo ve muy convencido, lo cual habla bien de él.

Cuando pasan junto al mostrador, Billy ve que el hombre de Seguridad Polk tiene en el regazo un ejemplar de *Sports Illustrated* dedicado a los bañadores femeninos. En la portada aparece una chica escultural, y Billy toma nota mental de que ha de comprarlo. A su *lado tonto* le gusta el deporte, y le gustan las chicas.

Suben en ascensor hasta la cuarta planta y salen a un pasillo vacío.

—En esa dirección hay una asesoría contable —informa Hoff a la vez que señala—. Dos oficinas comunicadas. También un bufete de abogados. Por este otro lado hay un dentista. Creo. A menos que se haya trasladado. Supongo que se ha ido, porque la placa ya no está en la puerta. Tendré que preguntárselo al agente inmobiliario encargado de los alquileres. El resto de la planta está vacío.

Uy, este tío está en verdaderos apuros, vuelve a pensar Billy. Se arriesga a mirar de soslayo a Giorgio, pero Giorgio —*George*— mantiene la mirada fija en la puerta tras la que ya no hay ningún dentista. Como si hubiera algo que ver ahí.

Casi al final del rellano, Hoff se lleva la mano al bolsillo de la chaqueta y saca una tarjeta llave en una funda de tela con las letras TG estampadas en dorado en la parte delantera.

—Esta es la tuya. Más dos de repuesto.

Billy acerca al lector una de las tarjetas y entra en lo que sería una pequeña recepción si eso fuese una oficina en activo. El ambiente está

cargado. Viciado.

—¡Vaya por Dios, a alguien se le ha olvidado encender el aire acondicionado! Esperad un segundo.

Hoff pulsa un par de botones en el termostato de la pared y experimenta un momento de inquietud al ver que no ocurre nada. El aire fresco empieza a salir con un zumbido de la unidad interior, instalada cerca del techo. Billy advierte que Hoff encorva los hombros en un gesto de alivio.

La habitación contigua es un amplio despacho que podría hacer las veces de sala de reuniones. No tiene escritorio, solo una mesa alargada con capacidad quizá para seis personas si se sentaran hombro con hombro. Encima hay una pila de cuadernos Staples, una caja de bolígrafos y un teléfono fijo. En ese espacio —su estudio, supone Billy— hace aún más calor que en la antesala, porque entra el sol de la mañana. Tampoco se han tomado la molestia de bajar las persianas. Giorgio se sacude el cuello de la camisa contra la piel.

—¡Uf!

—Se enfriará rápido, enseguida —asegura Hoff, visiblemente azorado—. Es un sistema de climatización excelente, lo último. Ya empieza, ¿lo notáis?

A Billy le trae sin cuidado la temperatura del despacho, al menos de momento. Se coloca a la derecha del ventanal que da a la calle y recorre con la mirada la diagonal hasta la escalinata del juzgado. Luego traza otra diagonal hasta la pequeña puerta situada más allá. La que utilizan los empleados del juzgado. Se imagina la escena: un coche de policía, o quizá un furgón con el rótulo DEPARTAMENTO DEL SHERIFF o POLICÍA MUNICIPAL en el lateral. Se apean los agentes. Dos como mínimo, tal vez tres. ¿Cuatro? Poco probable. Abrirán la puerta del lado de la acera si es un coche, las puertas traseras si es una furgoneta. Verá a Joel Allen salir del

vehículo. Reconocerlo no representará el menor problema: será el que vaya flanqueado por los polis y esposado.

Cuando llegue el momento —si llega—, ese disparo será pan comido.

—¡Billy! —Al oír la voz de Hoff, se sobresalta, como si despertara de un sueño.

El promotor inmobiliario está en el umbral de la puerta de un espacio mucho menor. Es la cocina. Cuando Hoff advierte que ha captado la atención de Billy, señala alrededor con la palma de la mano en alto, mostrando las comodidades modernas de la oficina como una modelo en *El precio justo*.

—Dave —corrige Billy—. Me llamo Dave.

—Eso. Perdona. Mea culpa. Dispones de una cocina pequeña con dos fuegos, sin horno, pero hay un microondas para palomitas de maíz, empanadas, platos precocinados, lo que sea. La vajilla y los cacharros están en los armarios. Hay un pequeño fregadero para lavar los platos. Mininevera. Sintiéndolo mucho, no cuentas con cuarto de baño independiente; los aseos están al final del pasillo, pero al menos los tienes de este lado. A un paso. Y luego está esto.

Saca una llave del bolsillo y alarga el brazo hacia el panel de madera rectangular situado encima de la puerta que comunica el despacho-sala de reuniones y la cocina. Hace girar la llave y empuja el panel, que bascula hacia arriba. El hueco interior es de unos cuarenta centímetros de altura, un metro veinte de longitud y unos sesenta centímetros de profundidad. Está vacío.

—Espacio de almacenamiento —dice Hoff, e incluso imita el gesto de disparar un rifle invisible—. La llave es para que puedas dejarlo bien cerrado los viernes, cuando el servicio de limpieza...

Billy está a punto de decirlo, pero Giorgio se le adelanta, y mejor así, porque en principio es él quien piensa, no Billy Summers.

—Aquí nada de servicio de limpieza. Ni los viernes ni ningún otro día. Se trata de un proyecto literario confidencial, ¿recuerdas? Dave puede mantener el sitio limpio él solo. Es un tipo muy limpio, ¿a que sí, Dave?

Billy asiente con la cabeza. En efecto, es un tipo muy limpio.

—Díselo a Dean, díselo al otro guardia de seguridad... Logan, ¿no?... y díselo a Broder. —Dirigiéndose a Billy, aclara—: Steven Broder. El portero del edificio.

Billy asiente y archiva el nombre.

Giorgio coge el maletín del portátil que hay encima de la mesa y, tras apartar los utensilios para escribir a mano (gesto que a Billy se le antoja triste y, a la vez, en cierto modo simbólico), abre la cremallera.

—Un MacBook Pro. Lo mejor que puede comprarse, última generación. Es un regalo que te hago. Puedes utilizar el tuyo si lo prefieres, pero esta maravilla... no se puede pedir más. Sabes cómo funciona, ¿verdad? Probablemente lleva un manual de instrucciones o algo...

—Ya me las arreglaré.

Eso no será problema, pero otra cosa sí podría serlo. Si Nick Majarian no ha amañado este precioso torpedo negro para usarlo como una especie de espejo mágico en el que ver lo que Billy escribe en esta habitación, es que ha pasado por alto el detalle. Y a Nick no se le escapa casi nada.

—Bah, es coser y cantar. Por cierto, eso me recuerda una cosa —dice Hoff, y entrega a Billy otra de sus tarjetas en relieve, junto con la llave del altillo situado sobre la puerta de la cocina—. La contraseña del wifi. Totalmente seguro. Como la cámara acorazada de un banco.

Chorradas, piensa Billy mientras se guarda la tarjeta en el bolsillo.

—Bien —dice Giorgio—, me parece que eso es todo. Ahora te dejamos con tus tareas creativas. Vamos, Ken.

Hoff parece reacio a marcharse, como si pensara que debería haber algo más que enseñar.

—Llámame si necesitas algo, Bi... Dave. Lo que sea. ¿Entretenimiento, quizá? ¿Una tele? ¿Tal vez una radio?

Billy niega con la cabeza. Se ha descargado una biblioteca musical considerable en el móvil; la mayor parte, country. Tiene muchas cosas que hacer en los próximos días, pero en algún momento encontrará un rato para pasar sus canciones a este excelente portátil nuevo. Si Nick decide escuchar, puede ponerse al día sobre las novedades de Reba y Willie y todos los bullangueros amigos de Hank Junior. Y quizá al final sí escriba ese libro. En su propio portátil, que le inspira confianza. Aunque adoptará medidas de seguridad en los dos, el nuevo y el suyo personal, que es un viejo amigo.

Giorgio se lleva por fin a Hoff, y Billy se queda solo. Vuelve junto al ventanal y desde ahí traza las dos diagonales: la que termina en la ancha escalinata de piedra y la que termina en la puerta de los empleados. Una vez más imagina lo que ocurrirá, viéndolo de forma vívida. Los hechos del mundo real nunca son tal como uno los ve en su cabeza, pero en este oficio todo empieza siempre con una representación visual. En ese sentido es como la poesía. Las situaciones cambiantes, las variables inesperadas, las modificaciones... De todo eso tendrá que ocuparse a su debido tiempo, pero el punto de partida es una representación visual.

Su teléfono emite la notificación de un mensaje de texto.

GRusso: Perdona por H. Ya sé que es un poco gilipollas.

Billy S: ¿Es necesario que vuelva a verlo?

GRusso: No lo sé.

Billy preferiría algo más concluyente, pero de momento se conformará con eso. No le queda más remedio.

6

Cuando regresa a lo que supone que ahora es su casa, lleva en el bolsillo su nueva identificación de acceso al edificio a nombre de David Lockridge. Mañana irá a trabajar en su nuevo coche de segunda mano. En el porche, apoyado en la puerta, ve un saco de fertilizante para césped Miracle-Gro con una nota pegada: *¡He pensado que podría irle bien! Jamal A.*

Billy dirige un gesto con la mano hacia la casa contigua, aunque no sabe si hay alguien que lo vea; todavía falta media hora para las doce del mediodía. Es probable que tanto Ackerman como su mujer estén en el trabajo. Se lleva el saco adentro, lo deja en el pasillo y luego va en coche al Walmart, donde compra dos teléfonos desechables (el de uso y el de recambio) y un par de lápices USB, pese a que seguramente solo necesitará uno; podría guardar la obra completa de Émile Zola en un único lápiz y apenas ocuparía un rincón del espacio disponible.

En un impulso, compra también un portátil barato AllTech, que guarda en el armario de su dormitorio, sin sacarlo de la caja. Paga en efectivo los teléfonos y los lápices USB. Utiliza la Visa de David Lockridge para el portátil. No tiene ningún plan inmediato para los teléfonos desechables, puede que ni siquiera llegue a usarlos. Todo depende de su estrategia de salida, que en este momento no es más que un atisbo.

En el camino de regreso se detiene en el Burger King, y cuando llega a la casa amarilla, hay delante un par de niños en bicicleta. Un chico y una

chica, uno blanco y la otra negra. Deduce que la niña debe de ser la hija de Jamal y Corinne Ackerman.

—¿Es usted el vecino nuevo? —pregunta el niño.

—Sí —contesta Billy, y piensa que tendrá que acostumbrarse a serlo. Incluso podría ser divertido, porque en Evergreen Street puede estar más cerca de su verdadero yo—. Me llamo Dave Lockridge. ¿Y tú?

—Danny Fazio. Esta es mi amiga Shanice. Yo tengo nueve años; ella, ocho.

Billy da la mano a Danny y luego a la niña, que lo mira con timidez mientras su mano morena desaparece en la blanca de él.

—Encantado de conoceros. ¿Cómo van las vacaciones de verano?

—El programa de lectura de verano está bien —dice Danny—. Dan una pegatina por cada libro que lees. Yo tengo cuatro. Shanice tiene cinco, pero la alcanzaré. Ahora vamos a mi casa. Después de comer, unos cuantos iremos al parque a jugar al Monopoly. —Señala en esa dirección—. Shan trae el tablero. Yo elijo siempre el coche de carreras.

Niños solos en el siglo XXI, piensa Billy, maravillado, eso sí es raro. Solo entonces se fija en un hombre gordo que hay a dos casas de la suya —camiseta de tirantes, bermudas, zapatillas manchadas de hierba—, observándolo. Y atento a su comportamiento con esos niños.

—Bueno, hasta luego, cocodrilo —dice Danny, y sube a la bicicleta.

—No pasaste de caimán —responde Billy, y los dos niños se ríen.

Esa tarde, después de una siesta —supone que está autorizado a echarse una siesta por las tardes ahora que es escritor—, saca el pack de seis Buds de la nevera. Lo deja en el porche de los Ackerman con una nota que dice: *Gracias por el fertilizante. Dave.*

Aquí ha empezado con buen pie. ¿Y en el centro? Cree que también. Eso espera.

Salvo quizá por Hoff. Hoff lo mosquea.

7

Esa noche, mientras Billy echa el fertilizante, Jamal Ackerman se acerca con dos de las cervezas que han salido de la nevera de Billy. Jamal viste un mono verde con el nombre bordado en oro a un lado del pecho y el rótulo EXCELLENT TIRE al otro. Lo acompaña un niño pequeño con una lata de Pepsi.

—Eh, señor Lockridge —saluda Jamal—. Este hombrecito es mi hijo, Derek. Dice Shanice que ya se conocen.

—Sí, iba con otro hombrecito que se llamaba Danny.

—Gracias por las cervezas. Oiga, ¿qué es eso que está usando? Parece el cedazo para la harina de mi mujer.

—Eso es precisamente. He pensado en comprar un carro esparcidor en el Walmart, pero para este supuesto césped... —Contempla una pequeña calva y se encoge de hombros—. Demasiado gasto para tan poco rendimiento.

—Según parece, eso sirve. Incluso puede que lo pruebe yo mismo. Pero ¿y la parte de detrás? Es mucho más grande.

—Primero hay que cortar el césped, y no tengo cortacésped. Todavía.

—Podemos prestarle el nuestro, ¿no, papá? —dice Derek.

Jamal alborota el cabello del niño.

—Cuando quiera.

—No, eso ya es abusar —responde Billy—. Compraré uno. Siempre en el supuesto de que consiga adelantar con el libro que intento escribir y me quede aquí.

Se acercan al porche y se sientan en los escalones. Billy abre la cerveza y bebe. Le sienta de maravilla, y lo dice.

—¿De qué va el libro? —pregunta Derek. Está sentado en medio.

—Es un secreto. —Sonríe al decirlo.

—Ya, pero ¿es realidad o ficción?

—Un poco de cada.

—Ya está bien —interviene Jamal—. No es de buena educación curiosear.

Una mujer se acerca desde una de las casas de la otra acera. Unos cincuenta y cinco años, canosa, carmín de color vivo. Sostiene un vaso de tubo y camina en una línea no del todo recta.

—Esa es la señora Kellogg —informa Jamal en voz baja—. Viuda. Perdió a su marido el año pasado. Un derrame cerebral. —Contempla con aire pensativo el lamentable césped de Billy—. Mientras cortaba el césped, de hecho.

—¿Es esto una fiesta, y puedo apuntarme? —pregunta la señora Kellogg.

Pese a que aún está en la acera y no sopla la menor brisa, Billy percibe el olor a alcohol en su aliento.

—Siempre y cuando no le importe sentarse en los escalones. —Billy se pone en pie y le tiende la mano—. Dave Lockridge.

Y ahora se aproxima también el hombre que antes permanecía atento a la interacción de Billy con Shanice y Danny. Se ha cambiado la camiseta de tirantes y las bermudas por unos vaqueros y una camiseta de *Masters del Universo*. Lo acompaña una rubia alta y flaca con bata y zapatillas. De la casa contigua vienen —con lo que parece una bandeja de brownies— la mujer y la hija de Jamal. Billy los invita a pasar adentro, donde pueden sentarse en sillas de verdad.

Bienvenido al barrio, piensa.

8

El tipo de la camiseta de *Masters del Universo* y su mujer rubia y flaca son los Ragland. También aparecen los Fazio —aunque sin su hijo— y los Peterson, del otro extremo de la manzana, con una botella de vino tinto. El salón se llena. Es una agradable fiesta improvisada. Billy se lo pasa bien, en parte porque no tiene que esforzarse en proyectar su *lado tonto*, en parte porque esa gente le cae bien, incluso Jane Kellogg, que está bastante entonada y tiene que ir una y otra vez al cuarto de baño, que ella llama «excusado». Y para cuando todos se han marchado —temprano, porque mañana hay que trabajar—, Billy sabe que se integrará bien aquí. Despertará interés, porque está escribiendo un libro, lo que resulta exótico, pero eso pasará. Hacia mediados del verano, siempre en el supuesto de que Joel Allen no se presente antes a su cita con una bala, será uno más en la calle. Un vecino más.

Billy se entera de que Jamal es el capataz del taller mecánico Excellent Tire, y Corrie —el mundo es un pañuelo—, taquígrafa en el juzgado. Se entera de que Diane Fazio vigila a Shanice durante las vacaciones de verano mientras Jamal y Corrie trabajan. El hermano de Shanice, Derek, está en unas colonias de día y en agosto se irá a un campamento de baloncesto. Se entera de que los Dugan, que abandonaron la casa amarilla muy repentinamente el pasado octubre («Salieron pitando», como lo expresa Paul Ragland), eran unos «estirados», y, por consiguiente, Dave Lockridge es un cambio a mejor. Después del asesinato, dirán a la prensa que parecía buen hombre. Eso a Billy no le importa. Se considera un buen hombre, solo

que tiene un trabajo sucio. Al menos, piensa, nunca he disparado contra un chico de quince años de camino al colegio. En el supuesto de que Joel Allen, alias Joe, realmente hiciera una cosa así.

Antes de acostarse, saca de la caja el portátil AllTech, lo enciende y busca en Google «Ken Hoff». Es toda una personalidad en Red Bluff. Pertenece a la Orden de los Alces. Pertenece al Rotary Club. Presidió la delegación local de la Cámara Júnior. Estuvo al frente del Partido Republicano local durante el ciclo electoral de 2016, y aparece una foto de Ken, anterior al asomo de barba, con una gorra roja en la que se lee: MAGA, las siglas de la consigna de campaña de Trump: *Make America Great Again*. Antes formaba parte del consejo de urbanismo municipal, pero dejó el puesto en 2018 tras ser acusado de conflicto de intereses. Es propietario de media docena de edificios en el centro, incluida la Torre Gerard, lo que, supone Billy, lo convierte en una especie de Mini Yo de Donald Trump. Es dueño de tres canales de televisión, uno aquí, en Red Bluff, y dos en Alabama. Los tres están afiliados a World Wide Entertainment, y eso explica la alusión a la WWE. Está divorciado no una, sino dos veces, lo que conlleva la sangría de las pensiones alimentarias. El proyecto de construir un campo de golf se descartó el año pasado. El proyecto de levantar otro edificio en el centro está en suspenso. Como también la concesión de la licencia para un casino solicitada por Hoff. En conjunto, es la imagen de un hombre cuyo imperio comercial de pacotilla se tambalea. Un empujón, y rodará precipicio abajo.

Billy se acuesta y se queda con la mirada fija en la oscuridad y las manos bajo la almohada. Empieza a entender la atracción de Nick hacia Ken Hoff y la de Ken Hoff hacia Nick. Nick puede ser encantador (he ahí la mejor de sus sonrisas) y es más inteligente que el patán medio, pero, cuando se lo conoce bien, es una hiena, y lo que mejor hacen las hienas es observar

a la manada a su paso y elegir al animal que cojea. El que pronto quedará rezagado. Ken Hoff es el chivo expiatorio. No por el asesinato, para eso tendrá una coartada a prueba de bomba, pero cuando la poli empiece a buscar al individuo que ordenó el asesinato, no encontrará a Nick. Encontrará a Ken. Billy decide que le trae sin cuidado.

Ya ha agotado la reserva de frescor de debajo de la almohada, así que se vuelve hacia el lado derecho y se duerme casi de inmediato.

Ser un buen vecino cansa.

Al día siguiente, Billy conecta el MacBook nuevo en el despacho de la cuarta planta y descarga una aplicación de solitario. Hay una decena de versiones distintas. Elige Canfield y lo programa para que intercale una pausa de cinco segundos entre movimientos. Si Nick o Giorgio deciden acceder a su ordenador y controlar sus actividades (o encargan la tarea a Frankie Elvis, quizá), no tendrán ni idea de que el aparato está jugando solo.

Billy se acerca a la ventana y echa un vistazo. Hay vehículos aparcados a ambos lados de Court Street; muchos son coches patrulla. En la terraza del Sunspot Café, bajo las sombrillas, las mesas están ocupadas por gente que come donuts y brioches. Unas cuantas personas descienden por la ancha escalinata del juzgado, pero otras muchas suben, algunas al trote, exhibiendo su buena forma aeróbica; otras, despacio. La mayoría de estas últimas son abogados, reconocibles por los maletines cuadrados y grandes. Pronto se iniciarán las sesiones.

Como para subrayarlo, un pequeño autobús —en otro tiempo rojo, ahora de un rosa desvaído— avanza despacio y con dificultad entre el denso tráfico de la calle, rebasa la escalinata y se detiene delante de la puerta más pequeña situada en el extremo derecho del gran edificio de piedra. Se pliega

la puerta del autobús. Se apean primero un poli, luego un grupo de presos con uniformes de color naranja en fila india y después otro poli. Los reos rodean el morro chato del autobús. La puerta de personal se abre y los hombres de naranja entran en el edificio, donde esperarán su turno de comparecencia. Interesante, y digno de consideración, pero Billy cree que Nick tiene razón: cuando llegue Allen, subirá custodiado por la escalinata de la entrada principal. Aunque eso da igual. En ambos casos el disparo es casi idéntico. Lo importante es que, en días laborables, Court Street es una calle concurrida. Puede que por la tarde ronde menos gente por allí, pero la mayoría de las vistas se celebran por la mañana.

«Siempre has sido un puto Houdini a la hora de desaparecer después del disparo», dijo Nick. «Para cuando las cosas empiecen a calmarse, tú ya estarás muy lejos.»

Más le valía, porque desaparecer formaba parte del trabajo por el que le pagaban. Una parte importante. Nick sin duda sabe que recurrir a Billy conlleva ciertas ventajas en caso de que la pifie con la desaparición. No tiene amigos ni parientes que puedan presionarlo —o ser *utilizados* con ese fin— para que dé el nombre de quien lo ha contratado, y aunque Nick tal vez piense que Billy no es ninguna lumbrera, sabe que su francotirador a sueldo tiene inteligencia suficiente para comprender que puede facilitar un nombre a cambio de una rebaja de asesinato a homicidio o incluso a homicidio sin premeditación. Cuando uno dispara contra un hombre con un rifle de largo alcance desde la cuarta planta de un edificio donde llevaba apostado semanas o meses, está claro cuáles serán los cargos. Eso es premeditación en grandes letras rojas, y solo podrá interpretarse como asesinato.

Con todo, si detuvieran a Billy, el fiscal sí tendría algo que proponer, y Nick eso también lo sabría. En este estado se aplica la pena de muerte. Un

fiscal inteligente bien podría ofrecer a Billy la posibilidad de conmutar la aguja por una cadena perpetua en el centro penitenciario de Rincon. Si hablase. Billy supone que, llegados a ese punto, en realidad podría dejar a Nick al margen. Podría delatar a Ken Hoff, porque Hoff no viviría mucho si la poli atrapaba a Billy Summers saliendo de la Torre Gerard. Quizá Hoff no viviera mucho en ningún caso. En los tratos con Nick Majarian, los chivos expiatorios tenían poco futuro.

Aun así, tal vez Billy tampoco viviera mucho, porque más vale prevenir que curar. Podría caerse por una escalera en la cárcel con las manos esposadas a la espalda. Podrían apuñalarlo en la ducha con un cepillo de dientes afilado o encajarle una pastilla de jabón en la garganta. Ante un hombre, quizá incluso dos, tendría posibilidades de defenderse, pero ¿frente a una panda de neonazis de los 88 o tres o cuatro tiarrones de People Nation? No. Y, en todo caso, ¿quiere pasarse la vida en la cárcel? Tampoco. Mejor muerto que enjaulado. Supone que Nick eso también lo sabe.

Todo eso no será un problema si no lo detienen. Nunca lo han cogido, ha salido impune diecisiete veces, pero nunca se ha hallado en una situación como esta. No es como disparar desde un callejón con un coche cerca para que te saque de ahí y la mejor ruta para salir de la ciudad ya meticulosamente trazada.

¿Cómo se desaparece después de abatir a un hombre desde la cuarta planta de un edificio de oficinas en el centro de una ciudad, justo enfrente de un enjambre de policías municipales y del condado? Billy sabe cómo iría en una película: el francotirador malo utilizaría un supresor de fogonazo y silenciador. Eso, en este caso, no es posible. Hay demasiada distancia, y si falla al primer intento, no tendrá una segunda oportunidad. Además, estará el inconfundible estampido de la bala al romper la barrera del sonido. Eso los silenciadores no pueden evitarlo. Por otra parte, Billy tiene una manía

personal: nunca se ha fiado de los chupetes, sin más. Añade uno de esos artilugios al extremo de un buen rifle y te arriesgas a marrar el tiro. Así que será sonoro, y aunque quizá no se identifique de inmediato de dónde procede, cuando la gente supere el sobresalto inicial y alce la vista, verá una ventana en la cuarta planta a la que le falta un pequeño círculo de cristal. Porque esas ventanas no se abren.

Los problemas no amilanan a Billy. Al contrario, lo motivan. Tal como sin duda motivaba a Houdini la perspectiva de algunas fugas peligrosas: verse encadenado en el interior de una caja fuerte y lanzado al río East, o suspendido de un rascacielos con una camisa de fuerza. Billy todavía no ha concebido un plan completo, pero tiene un comienzo. Las dos primeras plantas del parking estaban algo más llenas de lo que Irv Dean había indicado, tal vez hoy el juzgado tenga una agenda especialmente apretada, pero cuando Billy ha llegado al tercer nivel, tenía plazas donde elegir. Dicho de otro modo, privacidad, y la privacidad es buena. Billy está seguro de que Houdini habría coincidido con él en eso.

Vuelve a la mesa, donde el caro Mac Pro sigue jugando a Canfield. Enciende su propio portátil y entra en Amazon. En Amazon puede comprarse cualquier cosa.

Delante de la Torre Gerard hay un tramo de bordillo en el que se lee: ZONA DE APARCAMIENTO SOLO PARA VEHÍCULOS AUTORIZADOS. A las once y cuarto, para ahí una furgoneta con un enorme sombrero mexicano pintado en el lateral. Debajo del sombrero se lee: LA MANDUCA DE JOSÉ. Y debajo, en español: ¡TODOS COMEN! La gente

empieza a salir del edificio en dirección a ella como hormigas atraídas por el azúcar. Al cabo de cinco minutos, estaciona otra furgoneta detrás de la primera. En el lateral de esta se ve una caricatura de un niño sonriente que engulle una hamburguesa doble con queso. A las once y media, mientras la gente hace cola para comprar hamburguesas y patatas fritas y tacos y enchiladas, aparece un puesto ambulante de perritos calientes.

Hora de comer, piensa Billy. Y también de conocer a unos cuantos vecinos más.

Ante el ascensor esperan cuatro personas, tres hombres y una mujer. Todos visten de manera formal y todos rondan los treinta y tantos, la mujer quizá incluso tenga unos años menos. Billy se acerca a ellos. Uno le pregunta si es el nuevo escritor residente del edificio... como si Billy hubiera sustituido a uno anterior. Contesta que sí y se presenta. Los demás hacen lo propio: John, Jim, Harry, Phyllis. Billy pregunta dónde es mejor la comida. John y Harry sugieren el puesto mexicano.

—Unos tacos de pescado excelentes —asegura John.

Jim dice que las hamburguesas no están mal y que los aros de cebolla merecen un sobresaliente. Phyllis añade que ella tiene la mira puesta en uno de los perritos calientes con chili de Petie.

—Nada es alta cocina —comenta Harry—, pero siempre es mejor que traerlo de casa.

Billy pregunta por la cafetería de la acera de enfrente y los cuatro mueven la cabeza en gesto de negación. La unanimidad instantánea resulta cómica a Billy, que no puede contener una sonrisa.

—Ahí ni por asomo —dice Harry—. Al mediodía está hasta los topes.

—Y es cara —añade John—. No sé los escritores, pero cuando trabajas para un bufete emergente, tienes que apretarte el cinturón.

—¿Hay muchos abogados en el edificio? —pregunta Billy a Phyllis cuando se abren las puertas del ascensor.

—Pregúnteselo a ellos, no a mí —contesta—. Yo trabajo en Crescent Accounting, la asesoría contable. Atiendo el teléfono y verifico las declaraciones de renta.

—Los picapleitos abundamos —confirma Harry—. Hay unos cuantos en las plantas segunda y tercera, y algunos más en la quinta. Me parece que en la sexta hay un despacho de arquitectura recién abierto. Y me consta que en la séptima hay un estudio de fotografía. Material comercial para catálogos.

—Si este edificio fuera una serie de televisión —dice John—, la llamarían *Los jóvenes abogados*. Los bufetes importantes están en su mayoría a dos o tres calles de aquí, al otro lado del juzgado, en Holland Street y Emery Plaza. Nosotros nos quedamos cerca y recogemos las migajas de los peces gordos.

—Y esperamos a que los peces gordos se mueran —añade Jim—. Casi todos los abogados de los bufetes de solera son dinosaurios que visten trajes con chaleco y hablan como Boss Hogg.

Billy recuerda el letrero de la entrada: OFICINAS Y APARTAMENTOS DE LUJO DISPONIBLES. Daba la impresión de que llevaba ahí bastante tiempo y, al igual que Hoff, despedía cierto tufillo a desesperación.

—Imagino que el alquiler es una ganga.

Harry apunta a Billy con el dedo.

—Has dado en el blanco. Cuatro años a un precio que raya en lo increíble. Y el alquiler se mantendrá incluso si el dueño del edificio, Hoff, se llama, se va a la quiebra. Es un contrato blindado. Nos da tiempo a los principiantes para ir asentándonos.

—Además —dice Jim—, un abogado que pringa con su propio contrato de alquiler merece ir a la ruina.

Los jóvenes abogados se ríen. Phyllis sonríe. Las puertas se abren en el vestíbulo. Los tres hombres toman la delantera, con la mente puesta ya en la comida. Billy cruza el vestíbulo con Phyllis, sin tantas prisas. Es una mujer agraciada, pero no destaca, más margarita que peonía.

—Siento curiosidad... —dice él.

Ella sonríe.

—Es la herramienta del escritor, ¿no? ¿La curiosidad?

—Sí, supongo. Veo a mucha gente vestida de manera informal. Como aquellos. —Señala a una pareja que se acerca a la puerta. El hombre viste vaqueros negros y una camiseta de Sun Ra. La mujer que lo acompaña luce una blusa premamá que exhibe su vientre de embarazada más que ocultarlo. Lleva el pelo en una coleta descuidada recogida con una goma roja—. No me diga que esos dos son abogados o ayudantes de arquitecto. Imagino que podrían ser del estudio fotográfico, pero hay toda una multitud.

—Trabajan para Business Solutions, la empresa de la primera planta. *Toda* la primera planta. Es una agencia de cobro a morosos, uno de esos sitios que apestan. —Arruga la nariz como si en efecto percibiera un mal olor, pero Billy no pasa por alto un asomo de envidia en su voz. Vestirse para el éxito quizá tenga su encanto al principio, pero con el paso del tiempo debe de convertirse en una pesadez, sobre todo para las mujeres: bien peinadas, bien maquilladas, zapatos de tacón. Sin duda esta mujer agraciada de la asesoría contable de la cuarta planta piensa de vez en cuando que sería un gran alivio permitirse cierto descuido: unos vaqueros y una blusa sin mangas, un toque de carmín, y a correr.

—No hace falta ir de punta en blanco cuando uno se pasa el día al teléfono en una oficina sin tabiques —comenta Phyllis—. Los deudores no

los ven cuando les dicen que aflojen la pasta o el banco les embargará la casa. —Se detiene justo antes de la puerta y se queda pensativa—. Me pregunto cuánto cobran.

—Supongo que no les llevan la contabilidad en la asesoría.

—Supone bien, señor Lockridge. Pero, si su libro es un éxito, ténganos en cuenta. Nosotros también somos una empresa nueva. Creo que llevo una tarjeta en el bolso...

—No se moleste —dice Billy, tocándole la muñeca antes de que empiece a rebuscar en serio—. Si el libro es un éxito, me limitaré a recorrer el pasillo y llamar a su puerta.

Ella le sonríe y lo evalúa con la mirada. No lleva anillo de compromiso ni de boda en el dedo anular de la mano izquierda, y Billy piensa que en otra vida ese sería el momento en que le propondría ir a tomar una copa después del trabajo. Ella podría decir que no, pero esa mirada, desde debajo de las pestañas, junto con la sonrisa, lo induce a pensar que diría que sí. En todo caso, no se lo propondrá. Conocer a la gente, sí. Inspirar y sentir simpatía a cambio, sí. Intimar, sin embargo, no. Intimar es mala idea. Intimar es peligroso. Quizá cuando se retire, eso cambie.

3

Billy pide una hamburguesa completa y va a sentarse a un banco de la plaza con Jim el Abogado, que en realidad se llama Jim Albright.

—Prueba uno de estos —ofrece al tiempo que le tiende un grueso aro de cebolla—. Están deliciosos, joder.

Así es. Billy dice que va a por una ración para él, y Jim Albright le responde que es lo mejor que puede hacer. Billy recibe sus aros en un

pequeño recipiente de papel, junto con unas cuantas bolsas de ketchup, y vuelve a sentarse con Jim.

—¿Y de qué va el libro, Dave?

Billy se lleva un dedo a los labios.

—Es ultrasecreto.

—¿Aunque firmáramos un acuerdo de confidencialidad? Es la especialidad de Johnny Colton. —Señala a uno de sus colegas, que se encuentra junto a la furgoneta de comida mexicana.

—Ni por esas.

—Admiro tu discreción. Pensaba que a los escritores les encanta hablar de aquello en lo que están trabajando.

—Me parece que los escritores que hablan mucho seguramente escriben poco —dice Billy—, pero como en realidad soy el único escritor al que conozco, son solo conjeturas. —Acto seguido, y no solo por cambiar de tema, añade—: Fíjate en aquel tío, el que está delante del puesto de perritos calientes. Semejante indumentaria no se ve todos los días.

El hombre a quien señala se ha reunido con algunos colegas ante la furgoneta de comida mexicana. Llama la atención incluso entre los demás empleados de Business Solutions. Lleva un pantalón dorado de estilo paracaídas que devuelve a Billy a su infancia en Tennessee, cuando algunos aspirantes a listillo urbano se vestían así para ir al baile del viernes por la noche en la pista de patinaje. Por encima viste una camisa con estampado de cachemira, como las que llevaban los grupos de rock de la Invasión Británica en los vídeos antiguos de YouTube. Remata el conjunto un sombrero de copa baja y plana. Por debajo del mismo, asoma un exuberante cabello negro que le cae hasta los hombros.

Jim se ríe.

—Ese es Colin White. Todo un figurín, ¿eh? Gay hasta la médula y más alegre que una tarde de domingo en París. En general, los empleados de BS se relacionan solo entre ellos. Como se ganan las habichuelas exigiendo el pago de deudas a personas que están con la soga al cuello, no gozan de gran popularidad, y lo saben; a Colin, en cambio, le gusta mariposear. —Jim meneaba la cabeza—. Al menos a la hora de comer. No puedo evitar preguntarme cómo será después de fichar, cuando hostiga a viudas y a veteranos en la ruina para sacarles los últimos centavos. Debe de ser bueno en lo suyo, porque en esa empresa hay mucha rotación de personal y él lleva aquí más tiempo que yo.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Dieciocho meses. A veces Col viene a trabajar con falda escocesa. ¡En serio! A veces con capa. También tiene un conjunto a lo Michael Jackson... Ya sabes, en plan oficial de caballería con charreteras y botones de latón.

Billy asiente con la cabeza. En estos momentos, Colin White sostiene una caja de cartón con un par de tacos dentro. Se para a hablar con Phyllis, y ella, al oír su comentario, echa la cabeza atrás y se ríe.

—Es un encanto —dice Jim, al parecer con afecto sincero.

Phyllis se aleja y va a sentarse con otras mujeres. A Colin White le hacen un hueco un par de compañeros suyos. Antes de sentarse, coloca un pie detrás del otro y ejecuta un rápido giro del que el Enguantado se habría enorgullecido. Billy le calcula una estatura de uno setenta y cinco, uno setenta y ocho como mucho. Otra pieza del plan. Tal vez. Nivel tres en el parking, quizá más ordenadores portátiles, y ahora Colin White. Un ave de raro plumaje.

Esta tarde pone el Mac Pro a jugar solo al cribbage, con un intervalo de cinco segundos entre cada movimiento del Jugador 1. También lo programa para que el Jugador 2 gane al Jugador 1 todas las veces. Eso debería entretener a cualquier curioso durante una hora o así. A continuación, enciende su Mac, vuelve a Amazon y compra dos pelucas: una rubia de pelo corto y una negra de pelo largo. En otras circunstancias, pediría que se las enviaran a un punto de recogida, pero en este trabajo no tiene sentido, en vista de que, el día del asesinato, identificarán a David Lockridge como el francotirador antes de que se ponga el sol.

Una vez resuelto el asunto de las pelucas, coloca uno de los cuadernos Staples en blanco junto a su portátil e inicia un recorrido virtual por casas y pisos en alquiler. Encuentra unas cuantas posibilidades, pero la investigación sobre el terreno tendrá que esperar hasta que le llegue el pedido de Amazon.

Son solo las dos cuando concluye su búsqueda virtual de casa, demasiado temprano para dar el día por terminado. Ha llegado el momento de empezar a escribir de verdad. Ha pensado mucho en eso. Al principio se dijo que utilizaría su propio ordenador para esa tarea. Usar el Pro podría implicar que su jefe —y posiblemente su «agente literario»— leyese por encima de su hombro, lo que lo lleva a pensar en las telepantallas de 1984. ¿Recelarían Nick y Giorgio si miraban y no veían ningún texto? Billy cree que quizá sí. No dirían nada, pero quizá intuyeran que Billy sabe más de espionaje y hackeo de lo que le conviene que sepan.

Y existe otra razón para escribir en el Pro, pese a que tal vez lleve instalado algún programa de vigilancia. Es un desafío. ¿De verdad puede escribir una versión novelada de su propia vida desde la perspectiva de su

lado tonto? Arriesgado, pero cree que quizá sí. Faulkner adoptó el punto de vista de un tonto para escribir *El ruido y la furia*. *Flores para Algernon*, de Daniel Keyes, es otro ejemplo. Probablemente hay más.

Billy interrumpe el cribbage automatizado y crea un documento nuevo de Word. Lo titula **La historia de Benjy Compson**, un guiño a Faulkner que seguro que ni Nick ni Giorgio captan. Durante unos segundos permanece con la mirada fija en la pantalla en blanco mientras se tamborilea en el pecho con los dedos.

Este riesgo es absurdo, piensa.

Este es el último trabajo, piensa, y escribe la frase que ha estado reservando en su cabeza para esta ocasión.

El hombre con el que vivía mi madre llegó a casa con un brazo roto.

La observa durante casi un minuto y después sigue escribiendo.

Ni recuerdo cómo se llamaba. Pero estaba muy enfadado. Supongo que fue antes al hospital porque llevaba un yeso. Mi hermana

Billy menea la cabeza y lo arregla para mejorarlo. O al menos eso cree.

El hombre con el que vivía mi madre llegó a casa con un brazo roto. Supongo que fue antes al hospital porque llevaba un yeso. Mi hermana intentaba hacer unas galletas y las quemó. Supongo que se olvidó controlar el tiempo. Cuando el hombre llegó a casa estaba muy enfadado. Mató a mi hermana y ni recuerdo cómo se llamaba.

Mira lo que ha escrito y piensa que puede hacerlo. Es más, quiere hacerlo. Antes de empezar a escribir, habría dicho: «Recuerdo lo que pasó, pero solo un poco». Solo que ahora hay más. Incluso ese breve párrafo ha descorrido el cerrojo de una puerta y ha abierto una ventana. Recuerda el olor a azúcar quemado, y el humo que escapaba del horno, y el lado desportillado del fogón, y las flores en una taza de té encima de la mesa, y el canturreo de un niño fuera: «Una patata dos patatas tres patatas *cuatro*». Recuerda las sonoras pisadas de las botas de aquel hombre al subir los escalones de la entrada. Aquel hombre, aquel novio. Y ahora incluso recuerda cómo se llamaba. Era Bob Raines. Recuerda que cuando oyó al

hombre golpear con los puños a su madre pensó: «Bob es una lluvia. Bob es una lluvia sobre mamá». Recuerda que más tarde ella sonrió y dijo: «Bob no quería hacerlo». Y: «Ha sido culpa mía».

Billy escribe durante una hora y media, deseando acelerar pero conteniéndose. Si Nick o Giorgio o incluso Elvis están mirando, deben ver al *lado tonto* avanzar despacio. Esforzarse en cada frase. Al menos no tiene que escribir las palabras mal adrede; las que el ordenador no corrige de manera automática las subraya en rojo.

A las cuatro guarda lo que ha escrito y apaga el ordenador. Descubre que espera con impaciencia el momento de retomar el hilo mañana.

Quizá, después de todo, sí sea un escritor.

5

Cuando Billy regresa a Midwood, encuentra una nota clavada en la puerta con una chincheta. Es una invitación a comer costillas, ensalada de col y tarta de cereza en casa de los Ragland, ahí al lado. Va porque no quiere que lo tomen por una persona poco sociable, pero sin gran entusiasmo ante la perspectiva de una conversación de sobremesa, acompañada de unas latas de birra, en torno a si los estudiantes comunistas tal y los sucios inmigrantes cual. Le sorprende descubrir que Paul y Denise Ragland votaron a Hillary Clinton y no soportan a Trump, a quien llaman «el Presidente Llorón». Lo cual demuestra una vez más, supone Billy mientras vuelve a casa, que no se puede juzgar a un hombre por su camiseta de tirantes.

Ya está absorto en una serie de Netflix titulada *Ozark*, a punto de ver el tercer episodio, cuando le suena el móvil —el móvil de David Lockridge—

con un mensaje de texto. George Russo, el siempre solícito agente, quiere saber cómo le ha ido el primer día.

DLock: Bastante bien. He escrito un poco.

GRusso: Me alegra oírlo. Aún te convertiremos en un best seller. ¿Puedes pasarte el jue noche? A las 19 h, a cenar. N quiere hablar contigo.

Nick sigue en la ciudad, pues, y probablemente ya tiene mono de Las Vegas.

DLock: Claro. Pero sin H.

GRusso: Por supuesto.

Eso está bien. Billy piensa que podría vivir muchos años y morir feliz sin volver a ver a Ken Hoff. Apaga el televisor y se va a la cama. Concilia el sueño con facilidad y, en algún momento en la antesala del amanecer, se sume con la misma facilidad en una pesadilla. Que mañana plasmará por escrito, como Benjy Compson. Cambiando los nombres para proteger al culpable.

6

El hombre con el que vivía mi madre llegó a casa con un brazo roto. Supongo que fue antes al hospital porque llevaba un yeso. Mi hermana intentaba hacer unas galletas y las quemó. Supongo que se olvidó controlar el tiempo. Cuando el hombre llegó a casa estaba muy enfadado. Mató a mi hermana y ni recuerdo cómo se llamaba. Empezó a gritar en cuanto entró. Yo estaba en el suelo de la caravana, montando un puzle de 500 piezas que una vez terminado serían 2 gatitos jugando con un ovillo. Olía el alcohol que él bebía a pesar del humo de las galletas y más tarde me enteré de que se metió en una pelea en la taberna de Wally. Debió de perder porque también tenía el ojo morado. Mi hermana

Catherine, se llamaba, aunque no es ese el nombre que escribiré... Casi, pero no. Catherine Ann Summers, que tenía apenas nueve años el día que

murió. Rubia. Menuda.

Mi hermana Cassie estaba sentada en la mesa donde comíamos, coloreando su libro. Cumpliría 10 años en 2 o 3 meses y la hacía ilusión tener una edad con 2 números en lugar de solo 1. Yo tenía 11 y supongo que cuidaba de ella.

El novio gritaba y apartaba con las manos el humo que había empezado a salir justo antes de que él entrara, y preguntaba que hacéis que hacéis y Cathy

Billy se apresura a borrar eso con la esperanza de que en ese momento no haya nadie mirando.

Cassie dijo estaba haciendo galletas y se habrán quemado lo siento. Y él dijo eres una pequeña zorra estúpida me cuesta creer que seas tan estúpida.

Abre la puerta del horno y sale más humo. Si tuviéramos un detector de humo se dispararía pero en la caravana no teníamos. Cogió un trapo de cocina y empezó a sacudirlo hacia el humo. Yo me habría levantado para abrir la puerta de la calle pero ya estaba abierta. El novio metió la mano en el horno para sacar la bandeja de galletas. La cogió con la mano sana pero se le resbaló el trapo y se quemó y las galletas de distintas formas que yo ayudé a Cassie a recortar acabaron todas desparramadas por el suelo. Cassie se agachó para recogerlas y fue entonces cuando él empezó a matarla. O a lo mejor murió en el acto cuando él la pegó con el yeso en la cabeza y ella voló y se estampó contra la pared. Al menos cayó redonda aunque a lo mejor todavía estaba viva solo que entonces él empezó a darla patadas con aquellas botas que siempre llevaba botas de motero las llamaba mi madre.

Para la estás matando dije pero él no paró hasta que dije para hijo de puta matón gallina de mierda NO HAGAS DAÑO A MI HERMANA. Y me eché sobre él y me tumbó de un empujón

Billy se levanta y se acerca a la ventana del despacho que ahora es —supone— su estudio de escritura. La gente sube y baja por la escalinata del juzgado, pero él no los ve. Entra en la pequeña cocina a beber agua. Derrama un poco, porque le tiemblan las manos. No le tiemblan cuando va a disparar, entonces siempre tiene el pulso firme, pero ahora sí. No mucho, pero sí lo suficiente para derramar un poco de agua. Se nota la boca y la garganta secas, y apura el vaso.

Todo ha acudido de nuevo a él y todo lo avergüenza. Dejará lo que ha escrito acerca del intento de abalanzarse sobre Bob Raines, porque añade un barniz de fantasía heroica a la verdad, que es casi insoportable. No se

abalanzó sobre Bob Raines mientras este asestaba puntapiés a su hermana y la pisoteaba y aplastaba aquel frágil torso suyo en el que ya nunca cobrarían forma unos pechos. Se suponía que Billy tenía que cuidar de ella. «Cuida de tu hermana» era lo último que su madre decía siempre antes de marcharse al trabajo en la lavandería, pero él no cuidó de ella. Echó a correr. Echó a correr para salvar la vida.

Pero en ese momento ya tenía la idea en la cabeza, piensa mientras vuelve a la mesa y al portátil. Debía de tenerla, porque no corrí hacia nuestra habitación.

—Corrí hacia la de ellos —dice Billy, y reanuda el relato por donde lo ha dejado.

Y me eché sobre él y me tumbó de un empujón y me levanté y corrí por la caravana hacia la habitación de ellos al fondo y cerré de un portazo al entrar. Él enseguida empezó a aporrear la puerta, insultándome de mil maneras y dijo si no abres esta puerta ahora mismo Benjy vas a arrepentirte cabronzuelo. Solo que yo sabía que daba igual si abría la puerta o no porque me haría lo mismo que a Cassie. Porque ella estaba muerta, eso lo sabía incluso un niño de 11 años.

El novio de mi madre antes era militar y tenía su baúl a los pies de la cama tapado con una manta. Aparté la manta y abrí el baúl. Él tenía un candado pero casi nunca lo usaba, puede que nunca. Si lo usara ahora yo no estaría escribiendo esto porque estaría muerto. Y si esa arma suya no estuviera cargada estaría muerto pero yo sabía que lo estaba porque él la guardaba cargada por si se presentaba lo que él llamaba algún atraca-matraca-dor.

Atraca-matraca-dor, piensa Billy. Por Dios, cómo vuelve todo.

Reventó la puerta como yo estaba casi seguro que haría

No casi seguro, piensa Billy; lo sabía. Porque era de conglomerado. Cathy y yo los oíamos trajar casi todas las noches. También por la tarde, si mi madre llegaba a casa temprano. Pero eso era otro aspecto de la historia del que prescindiría.

y cuando entró yo estaba sentado con la espalda contra los pies de la cama y le apuntaba con su arma. Era una pistola de 9 mm con un cargador de 15 cartuchos Parabellum. Por entonces yo eso no lo sabía claro pero sabía que pesaba mucho y la

sostuve con las dos manos contra el pecho. Dijo dame eso mierdecilla inútil no sabes que los niños no han de jugar con armas.

Entonces disparé, al centro de la masa. Se quedó allí plantado en la puerta como si no pasara nada pero yo sabía que sí pasaba porque vi saltar la sangre de su espalda. Noté el retroceso de la pistola contra el pecho

Billy recuerda que dejó escapar un *oh*. Y que eructó. Y más tarde tenía un cardenal encima del esternón.

y se desplomó. Me acerqué a él y me dije que a lo mejor tenía que pegarle otro tiro. Si tenía que hacerlo lo haría. Era el novio de mi madre pero se portaba mal. ¡Era un mal tipo!

—Solo que estaba muerto —dice Billy—. Bob Raines estaba muerto.

Por un momento se plantea borrar todo lo que ha escrito, es espantoso; sin embargo, opta por guardarlo. No sabe qué pensarían los demás, pero a él le parece bueno. Y le parece que está bien que sea espantoso, porque a veces la verdad es espantosa. Supone que ahora es un escritor de verdad, porque ese es un pensamiento de escritor. Émile Zola podría haber pensado lo mismo cuando escribió *Thérèse Raquin*, o cuando Nana enferma y toda su belleza se corrompe.

Se nota la cara caliente. Vuelve a la cocina y se la salpica con agua; luego se queda inclinado sobre el pequeño fregadero con los ojos cerrados. Rememorar el momento en que disparó a Bob Raines no lo altera, pero le duele acordarse de Cathy.

«Cuida de tu hermana.»

Escribir está bien. Siempre ha deseado hacerlo, y ahora lo hace. Está bien. Pero ¿quién iba a decir que dolía tanto?

Suena el teléfono fijo y se sobresalta. Es Irv Dean, para anunciarle que tiene un paquete de Amazon. Billy dice que bajará de inmediato a recogerlo.

—Oiga, esa empresa vende de todo —comenta Irv.

Billy coincide con él, y piensa: No sabe usted ni la mitad.

No son las pelucas, que, incluso con la entrega rápida de Amazon, no llegarán hasta mañana. Lo que ha recibido hoy cabría en el altillo situado sobre la puerta que comunica el despacho con la cocina, pero Billy no tiene intención de guardarlo ahí; todas sus compras de Amazon irán a la casa amarilla de Midwood.

Abre el paquete y saca uno por uno los objetos que ha pedido. Una caja de Fun Time Ltd., de Hong Kong, contiene un bigote confeccionado con vello humano real. Rubio, como una de las pelucas que ha encargado. Es un tanto poblado; cuando llegue el momento lo recortará. Quiere disfrazarse, no llamar la atención. Al lado hay unas gafas de montura de concha con las lentes sin graduar. Son asombrosamente difíciles de encontrar. Se pueden adquirir gafas de lectura en cualquier farmacia, pero Billy tiene una agudeza visual de 20/10 y las lentes graduadas, por mínimo que sea el aumento, le provocan dolores de cabeza. Se las prueba y advierte que le quedan ligeramente sueltas. Podría ajustar las patillas, pero no lo hará. Si le resbalan un poco por la nariz, le conferirán un aire intelectual.

Por último, el artículo más caro, el elemento esencial. Es una barriga de embarazada de silicona, vendida por Amazon pero fabricada por una empresa que se llama MomTime. Era cara porque es regulable, lo que permite a quien la lleva aparentar cualquier fase de gestación entre los seis y los nueve meses. Se acopla con velcro. Billy sabe que esas barrigas postizas son una herramienta conocida para robar en tiendas, se advierte al personal de seguridad de los grandes almacenes para que estén atentos. Pero Billy no ha venido a esta pequeña ciudad para robar en ninguna tienda, y cuando llegue el momento de usarla, no será una mujer quien se la ponga.

Eso le corresponderá a él.

Billy se presenta en la supermansión prestada de Nick un poco antes de las siete. Ha leído en algún sitio que los invitados bien educados llegan con cinco minutos de antelación, ni más ni menos. En esta ocasión, es Paulie quien se encarga del recibimiento. Una vez más, Nick espera en el vestíbulo, para no estar a la vista de algún dron de las fuerzas del orden que pudiera pasar por allí, cosa poco probable pero no imposible. Tiene la sonrisa a intensidad máxima y extiende los brazos para estrechar a Billy.

—Chateaubriand en el menú. Tengo cocinero, no sé qué hace en esta ciudad de mala muerte, pero es buenísimo. Te encantará. Y deja un hueco. —Mantiene a Billy a la distancia de un brazo y baja la voz para hablarle en un ronco susurro—. Me ha llegado el rumor de que hay suflé Alaska de postre. Debes de estar cansado de cenas de microondas, ¿no? ¿No?

—Pues sí —dice Billy.

Aparece Frank. Con su camisa rosa y su pañuelo ascot al cuello, y el pelo peinado en ondas y bucles resplandecientes que se elevan por encima de un pico entre las entradas a lo Eddie Munster, parece el matón que muere primero en una película de gánsters. Trae unas copas y una botella verde grande en una bandeja.

—Champi. Moé y Chandón.

Deja la bandeja y retira el corcho de la botella. Sin *pop* ni borboteo. Puede que Frankie Elvis no sepa francés, pero su técnica de descorche es magnífica. También su manera de servir.

Nick alza una copa. Los otros lo imitan.

—¡Por el éxito!

Billy, Paulie y Frank chocan sus copas y beben. El champán se le sube a Billy gratamente a la cabeza de inmediato, pero rechaza otra copa.

—Tengo que conducir. No quiero que me paren.

—Así es Billy —dice Nick a sus compinches—. Siempre dos pasos por delante.

—Tres —corrige Billy, y Nick se ríe como si fuera lo más gracioso que ha oído desde que murió el humorista Henny Youngman. Sus compinches lo emulan como corresponde.

—Muy bien —dice Nick—. Ya está bien de agua con burbujas. *Mangiamo, mangiamo.*

Es una buena cena: sopa de cebolla francesa para empezar, después ternera marinada en vino tinto y, para acabar, el prometido suflé Alaska. La sirve una mujer con uniforme blanco muy seria, excepto el postre, que lo trae personalmente el cocinero contratado en un carrito entre los aplausos y cumplidos de rigor. Él da las gracias con un gesto de asentimiento y se marcha.

Nick, Frank y Paulie llevan el peso de la conversación, que trata básicamente sobre Las Vegas: quién actúa allí, quién construye allí, quién busca una licencia para abrir un casino. Como si no entendieran que Las Vegas es un lugar obsoleto, piensa Billy. Es probable que no lo entiendan. No hay señales de Giorgio. Cuando la sirvienta entra con los licores de sobremesa, Billy los rehúsa con un gesto de negación. Nick también.

—Marge, Alan y tú ya podéis marcharos —dice Nick—. Ha sido una cena excelente.

—Gracias, pero acabamos de empezar a limpiar la...

—Ya nos preocuparemos mañana de eso. Ten. Dale esto a Alan. Para el viaje de vuelta, habría dicho mi viejo. —Le pone unos billetes en la mano. Ella dice entre dientes que así lo hará y se vuelve para marcharse—. Y otra cosa, Marge.

La mujer se vuelve.

—No has estado fumando en la casa, ¿verdad?

—No.

Nick asiente con la cabeza.

—No os entretengáis, ¿vale? Billy, tú y yo nos retiraremos al salón para un pequeño brindis de despedida. Vosotros, chicos, buscad algo que hacer.

Paul dice a Billy que ha sido un placer verlo y se encamina hacia la puerta de la calle. Frank sigue a Marge a la cocina. Nick deja caer la servilleta entre los restos esparcidos de su postre y conduce a Billy al salón. La chimenea, en un extremo, es lo bastante grande para asar al Minotauro dentro. Hay estatuas en hornacinas y un mural de techo que parece una versión porno de la Capilla Sixtina.

—Magnífico, ¿no? —comenta Nick mientras mira alrededor.

—Desde luego —conviene Billy, pensando que si tuviera que pasar mucho tiempo en ese salón, muy posiblemente enloquecería.

—Siéntate, Billy, tómate un respiro.

Billy se sienta.

—¿Dónde está Giorgio? ¿Ha vuelto a Las Vegas?

—Ah, puede que esté allí —dice Nick—, o puede que esté en Nueva York o en Hollywood hablando con gente del cine sobre el gran libro de un autor al que representa.

En otras palabras, no es asunto tuyo, piensa Billy. Lo que, en cierto modo, le parece bien. Al fin y al cabo, él no es más que un empleado. Lo que en las antiguas películas del Oeste que le gustaban al señor Stepenek llamaban «pistolero a sueldo».

Al pensar en el señor Stepenek, le viene a la cabeza una chatarrería con mil coches —a un niño le parecían mil, y quizá en realidad fueran tantos—, con sus parabrisas agrietados destellando bajo el sol. ¿Cuántos años hacía que no pensaba en un cementerio de automóviles? La puerta al pasado se ha abierto. Podría cerrarla y echar el cerrojo, pero no quiere. Que entre el viento. Es frío pero refrescante, y en la habitación en la que ha estado viviendo el ambiente está cargado.

—Eh, Billy. —Nick se hace crujir los dedos—. La Tierra llamando a Billy.

—Aquí me tienes.

—¿Ah, sí? Por un momento he pensado que te había perdido. Oye, ¿en serio estás escribiendo algo?

—Sí —dice Billy.

—¿Hechos reales o inventado?

—Inventado.

—No sobre Archie Andrews y sus amigos, ¿verdad? —dice con una sonrisa.

Billy niega con la cabeza, también sonriente.

—Dicen que mucha gente que escribe una novela por primera vez utiliza sus propias experiencias. «Escribe sobre lo que sabes», recuerdo eso de la clase de Lengua y Literatura del último año en el instituto, el de Paramus. Adelante, Espartanos, así se llamaba el equipo. ¿Es tu caso?

Billy mueve la mano en un gesto oscilante. Luego, como si acabara de ocurrírsele la idea, dice:

—Eh, no estaréis vigilando lo que escribo, ¿verdad? —Una pregunta peligrosa, pero no puede contenerse—. Porque no querría...

—¡No, por Dios! —dice Nick, aparentando no mera sorpresa, sino asombro, en realidad, y Billy sabe que miente—. ¿Por qué íbamos a hacerlo, aunque pudiéramos?

—No lo sé, es solo que... —Se encoge de hombros—. No me gustaría que nadie curioseara. Porque no soy escritor, solo pretendo hacer el papel. Y matar el tiempo. Me incomodaría que alguien lo viera.

—Has puesto contraseña en el portátil, ¿no?

Billy asiente.

—Entonces nadie lo verá. —Nick se inclina hacia delante y fija sus ojos castaños en los de Billy. Baja la voz como ha hecho al anunciarle lo del suflé Alaska—. ¿Es subido de tono? ¿Con tríos y tal?

—No, qué va. —Una pausa—. La verdad es que no.

—Mete un poco de sexo, te lo aconsejo. Porque el sexo vende. —Deja escapar una risita y se acerca a un mueble bar al otro lado del salón—. Voy a tomarme un trago de coñac. ¿Quieres?

—No, gracias. —Espera a que Nick vuelva—. ¿Se sabe algo de Joe?

—Seguimos en las mismas. Su abogado está apelando contra la extradición, como ya te dije, y todo está en suspenso, quizá porque el juez de Johnny se ha ido de vacaciones, quién sabe.

—Pero ¿no está contando lo que sabe?

—Si hablase, me enteraría.

—Tal vez podría tener un accidente en la cárcel. No llegar a ser extraditado siquiera.

—Lo tienen muy bien cuidado. Lo han apartado de la población general, ¿recuerdas?

—Ah, sí. Es verdad.

«Eso no podía ser más oportuno» es un comentario que Billy no hace. Quedaría un poco demasiado inteligente.

—Ten paciencia, Billy. Instálate. Dice Frankie que te relacionas con tus vecinos de Midwood.

Así es. Él no ha visto a Frank en el barrio, pero Frank sí lo ha visto a él. Nick controla a su antojo el flamante portátil de Billy y también lo vigila en su casa provisional. Billy vuelve a pensar en *1984*.

—Pues sí.

—¿Y en el edificio?

—Allí también, claro. Sobre todo al mediodía. En las furgonetas de comida.

—Eso está muy bien. Ten paciencia. Intégrate en el paisaje. Pasa a formar *parte* del paisaje. Eso se te da de maravilla. Seguro que en Irak se te daba bien.

Se me da bien en todas partes, piensa Billy. Al menos desde que maté a Bob Raines.

Es hora de cambiar de tema.

—Dijiste que habría una táctica de distracción. Que ya hablaríamos de eso en otro momento. ¿Ha llegado el momento?

—Sí. —Nick toma un poco de coñac, se enjuaga la boca como si se tratase de un colutorio y traga—. Resulta que estoy dando vueltas a una idea que quería estudiar contigo. La táctica de distracción consistiría en un par de flashpots. ¿Sabes lo que son?

Billy lo sabe, pero niega con la cabeza.

—Los usan los grupos de rock. Hay un estallido y un gran destello de luz. Como un géiser. Cuando esté seguro de que Joe va a venir al este, colocaré un par cerca del juzgado. Uno en el callejón de detrás de esa cafetería de la esquina, eso lo tengo claro. Paulie propuso que colocáramos

otro en el parking, pero está demasiado lejos. Además, ¿qué terrorista va a volar un puto parking?

Billy no intenta disimular su alarma.

—Poner esos artefactos no será trabajo de Hoff, ¿verdad?

Con el segundo trago de coñac, Nick no se molesta en enjuagarse; se limita a tragarlo de golpe. Tose, y la tos se convierte en risa.

—¿Cómo? ¿Crees que le encargaría un trabajo así a un *grande figlio di puttana* como ese? ¿Me tomas por tonto? Sería triste que tuvieras esa opinión de mí. No, vienen un par de mis hombres. Buenos chicos. De fiar.

Billy piensa: No quieres que Hoff coloque los flashpots, porque eso podría llevar hasta ti, pero no te importa que proporcione el arma y la coloque en la guarida del francotirador, porque eso llevará hasta mí. ¿Tan tonto te piensas que soy?

—Cuando llegue el momento, yo es probable que esté en Las Vegas, pero Frankie Elvis y Paul Logan se quedarán aquí con los otros dos hombres que haré venir. Si necesitas algo, ellos se ocuparán. —Se inclina de nuevo hacia delante, firme y sonriente—. Va a ser todo un espectáculo. Suena la detonación del arma, que asusta a todo el mundo. Luego se disparan los flashpots... *BUM, BUM...* y en ese momento todo aquel que no estuviera ya corriendo echa a correr y a gritar como un poseso. ¡Hombre armado activo! ¡Atentados suicidas! ¡Al Qaeda! ¡Estado Islámico! ¡Lo que sea! Pero ¿qué es lo *mejor* de todo? A no ser que alguien se rompa una pierna al salir corriendo, no habrá más heridos que Joel Allen. Ese es su nombre verdadero. Cunde el pánico en Court Street, y eso me lleva al asunto del que quería hablarte.

—Vale.

—Ya sé que tienes por costumbre planear tus propias huidas, y siempre se te ha dado bien... un puto Houdini, como te dije... pero a Giorgio y a mí

se nos ha ocurrido una idea. Porque... —Nick menea la cabeza—, tío, esta vez podría complicarse, incluso para ti e incluso si provocamos el pánico en la calle con la pirotecnia. Cosa que haremos. Si ya tienes algo pensado, adelante. Pero si no...

—No tengo nada previsto. —Aunque poco le falta. Billy exhibe la amplia sonrisa de su *lado tonto*—. Siempre dispuesto a escuchar, Nick.

2

Llega a su casa —ahora, supone, eso es para él la casa amarilla, al menos durante un tiempo— a las once. Todas las compras de Amazon están en el armario. Se habrían quedado ahí hasta que lo avisaran de que Allen partía hacia el este desde Los Ángeles, pero la situación ha cambiado. Billy no las tiene todas consigo.

La peluca negra puede seguir ahí de momento, pero se lleva lo demás al coche y lo guarda en el maletero. Mañana no pasará todo el día en el despacho de la cuarta planta, y eso no representa el menor problema. La ventaja de ser el escritor residente de la Torre Gerard es que no es el típico machaca con un horario fijo. Puede llegar tarde y marcharse temprano. Puede darse un paseo si le viene en gana. Si alguien le pregunta, puede contestar que está desarrollando una nueva idea. O investigando. O, sencillamente, tomándose un respiro de un par de horas. Mañana recorrerá a pie las nueve manzanas hasta el número 658 de Pearson Street. Es una casa de tres plantas situada en el límite del centro municipal. Billy ya la ha visto en la web de Zillow, pero no le basta con eso. Quiere verla con sus propios ojos.

Cierra el coche y vuelve a entrar. Ha traído el lustroso MacBook Pro nuevo del despacho y lo ha dejado en la mesa de la cocina. Lo abre y lee lo que ha escrito como Benjy Compson. Son solo un par de páginas, que terminan donde Benjy pega un tiro a Bob Raines. Lo lee tres veces e intenta ver el texto como debe de haberlo visto Nick. Porque Nick lo *ha* leído; después del comentario en broma sobre los escritores que utilizan sus propias experiencias, a Billy no le cabe ninguna duda.

Le da igual que Nick conozca su infancia; seguramente ya se ha informado al respecto. Lo que a Billy le preocupa es proteger su *lado tonto*, al menos de momento. No podrá dormir hasta que se asegure de que en esas dos o tres páginas no hay nada que lo presente como alguien demasiado inteligente. Así que lo repasa por cuarta vez.

Al final cierra el portátil. No cree que el texto contenga nada que no pudiera haber escrito un estudiante mediocre de Lengua y Literatura, partiendo del supuesto de que la mayor parte de eso ocurrió realmente. La ortografía es buena en general, y la puntuación en cierta medida aceptable, pero Nick atribuiría eso a la autocorrección. Aunque Word no es capaz de detectar la diferencia entre «ay» y «hay», el programa siempre marca «de el» y sugiere la sustitución por «del», subraya en rojo las erratas e incluso indica los errores gramaticales más clamorosos. Los tiempos verbales del texto son a veces inconsistentes, lo cual ya está bien, porque eso no está al alcance del ordenador. Aunque probablemente llegará el día en que también eso lo señale.

Pero Billy no las tiene todas consigo.

Nunca ha tenido motivos para desconfiar de Nick, que es sin duda una mala persona, pero siempre ha sido sincero con Billy. Ahora no está siendo sincero, o no habría negado haber clonado el Pro. Ya de entrada no lo habría clonado. Billy intuye que aún puede considerar fiable este trabajo —le han

ingresado en su cuenta bancaria el primer pago, una cuarta parte del total, quinientos mil dólares, un pastón—, pero todo este asunto le huele mal. No muy mal, solo un poco. Es como una de esas tomas que a veces se ven en las películas en que la cámara se ladea ligeramente para crear una sensación de desorientación. «Plano aberrante» es como llaman a dicha inclinación en el mundo del cine, y es la impresión que le genera este trabajo. No tanto como para abandonarlo, cosa que en todo caso quizá no podría hacer ahora que ha aceptado, pero sí lo suficiente para preocuparlo.

Y a eso se suma el plan de huida con el que le ha salido Nick. «Si ya tienes algo pensado, adelante», ha dicho. «Pero si no, Giorgio y yo hemos tenido una idea que podría salir bien.»

La idea no le inquieta porque sea mala, que no lo es. Es buena. Sin embargo, desaparecer una vez realizado el trabajo siempre ha sido responsabilidad de Billy, y el hecho de que Nick se meta en sus asuntos de esa manera es... en fin...

—Aberrante —musita Billy a la cocina vacía.

Nick ha explicado que hace seis semanas, cuando la posibilidad de este trabajo parecía cobrar forma, envió a Paul Logan a Macon y le encargó que comprara una furgoneta Ford Transit, no nueva pero que tampoco tuviera más de tres años. La Transit era el vehículo de confianza del Departamento de Obras Públicas, el DOP, de Red Bluff. Billy ya ha visto varias, pintadas de amarillo y azul con el lema ESTAMOS AQUÍ PARA SERVIR en los costados. La Transit marrón que compró Frank en Georgia se encuentra en un garaje de las afueras de la ciudad, pintada con los colores del DOP y con el lema del DOP.

—Ya tendré una idea bastante clara de cuándo se acerca la extradición de Allen —ha dicho Nick antes de tomar otro sorbo de coñac—. Los hombres de los que te he hablado, los que van a venir, empezarán a ir de

aquí para allá en esa furgoneta, aparentando siempre estar ocupados pero sin *hacer* nada en realidad. Nunca se quedarán demasiado tiempo en ningún sitio, pero siempre rondarán cerca del juzgado y la Torre Gerard. Una hora aquí, dos horas allá. En otras palabras, integrándose en el paisaje. Como tú, Billy.

El día de la llegada de Allen, ha explicado Nick, esa furgoneta falsa del DOP estaría aparcada a un paso de la Torre Gerard, en la esquina. Los falsos operarios municipales tal vez abrirían una boca de alcantarilla y simularían realizar algún trabajo dentro. Cuando sonara el disparo, y las explosiones de los flashpots, la gente saldría corriendo en todas las direcciones. Incluidos quienes estaban en la Torre Gerard e incluido Billy Summers, que se dirigiría a toda prisa a la esquina y montaría en la parte de atrás de la furgoneta. Allí se pondría un mono del DOP.

—La furgoneta da la vuelta y se encamina hacia el juzgado —ha dicho Nick—. La poli está ya en el lugar. Mis hombres y tú os apeáis y preguntáis si podéis hacer algo para ayudar. Colocar caballetes para bloquear la calle o algo así. En medio de tanto alboroto, resultará de lo más natural. ¿Te das cuenta?

Billy se daba cuenta. Era audaz y estaba bien pensado.

—La poli...

—Probablemente nos digan que nos larguemos —apuntó Billy—. Somos empleados municipales pero civiles. ¿No es así?

Nick se ha echado a reír y ha aplaudido.

—¿Lo ves? El que piense que eres tonto anda muy equivocado. Mis hombres dirán: «Sí, agentes», y se marcharán en la furgoneta. Y tú seguirás viaje. Después de cambiar de vehículo, claro.

—Viaje ¿adónde?

—A De Pere, en Wisconsin, a mil quinientos kilómetros de aquí. Allí hay un refugio. Te quedas un par de días, te relajas, compruebas que el resto del pago se ha ingresado en tu cuenta, piensas en cómo vas a gastar el dinero... Después de eso, te las arreglas solo. ¿Qué te parece?

Le parecía bien. ¿Demasiado bien? ¿Un posible montaje? Improbable. Si en este asunto van a tenderle una trampa a alguien, es a Ken Hoff. El problema de Billy con el ofrecimiento imprevisto de Nick es que nunca ha tenido que depender de otras personas para desaparecer. Eso no le gusta, pero no era el momento de decirlo.

—Déjame que lo piense, ¿vale?

—Cómo no —ha dicho Nick—. Hay tiempo de sobra.

3

Billy saca la bolsa de viaje del armario del dormitorio principal. La deja encima de la cama y descorre la cremallera. Parece vacía, pero no lo está. A lo largo del fondo, el forro tiene una tira de velcro. Levanta el forro y extrae un pequeño estuche plano. Es de esos que las personas cultas —aquellas que leen textos de mayor dificultad que los cómics de Archie y la prensa amarilla que venden en las cajas de los supermercados— podrían llamar plumier. Contiene una cartera con tarjetas de crédito y un carnet de conducir a nombre de Dalton Curtis Smith, de Stowe, Vermont.

Billy ha tenido otras muchas identidades y carteras durante su trayectoria profesional —no una identidad distinta por cada uno de los asesinatos (los llama así porque es lo que han sido) pero sí al menos una docena— hasta la actual, la de un individuo ficticio llamado David Lockridge. Algunas de sus identidades anteriores iban acompañadas de

buenos documentos de identificación; los de otras no lo eran tanto. Las tarjetas de crédito y el carnet de conducir que hay en la cartera de David Lockridge son desde luego muy buenos, pero el material que contiene el estuche gris plano es aún mejor. Es oro puro. Reunirlo ha sido un trabajo de cinco años, una obra realizada con sumo esmero que se remonta al día en que decidió que con el tiempo abandonaría un oficio que lo convierte — justo es reconocerlo— en una mala persona más.

Dalton Smith no es solo una cartera Lord Buxton con un carnet de conducir de Vermont dentro; Dalton Smith es prácticamente una persona real. La Mastercard, la American Express y la Visa se utilizan todas con regularidad. Lo mismo que la tarjeta de débito del Bank of America. No a diario, pero sí con la frecuencia suficiente para que las cuentas no acumulen polvo. Su solvencia crediticia no es excelente, lo que podría llamar la atención, pero es muy buena.

Incluye una tarjeta de donante de sangre de la Cruz Roja, la tarjeta de la seguridad social y el carnet de miembro del Grupo de Usuarios de Apple, todo a nombre de Dalton. Aquí no hay *lado tonto*; Dalton Curtis Smith es un técnico informático autónomo con una ocupación paralela bastante lucrativa que le permite ir a donde lo lleve el viento. La cartera contiene también fotos de Dalton con su mujer (se divorciaron hace seis años), Dalton con sus padres (muertos en el consabido accidente de tráfico cuando Dalton era adolescente), Dalton con su hermano, del que se ha distanciado (no se hablan desde que Dalton averiguó que había votado a Nader en las elecciones del año 2000).

El plumier contiene la partida de nacimiento de Dalton, y referencias. Algunas son de personas y pequeñas empresas cuyos ordenadores ha reparado; otras son de sus caseros en Portsmouth, Chicago e Irvine. Su hombre de confianza en Nueva York, Bucky Hanson, ha creado algunas de

esas referencias; Bucky es la única persona de quien Billy se fía plenamente. Otras las ha creado él mismo. Dalton Smith nunca se queda mucho tiempo en un sitio, es un culo inquieto, pero, cuando se instala, es muy buen inquilino: ordenado y silencioso, siempre paga el alquiler puntualmente.

Para Billy, Dalton Smith, con sus referencias discretas pero impecables, es tan sublime como un campo nevado sin una sola huella. Le disgusta la idea de afear esa maravilla poniendo a Dalton a trabajar, pero ¿no se creó a Dalton Curtis Smith precisamente para eso? Sí. Un último trabajo, el *consabido* último trabajo, y Billy puede desaparecer en una nueva identidad. Probablemente no para toda la vida, pero incluso eso sería posible, en el supuesto de que consiga salir de esta ciudad sin quemarse; el anticipo de quinientos mil ya ha ido de aquí para allá y ha acabado en la cuenta de Dalton en Nevis, y medio kilo es la principal señal de que Nick no se trae nada raro entre manos. Cuando termine el trabajo, recibirá el resto.

La foto del carnet de conducir de Dalton muestra a un hombre de aproximadamente la edad de Billy, quizá uno o dos años más joven, pero es rubio en lugar de moreno. Y lleva bigote.

A la mañana siguiente, Billy aparca en la tercera planta del parking cercano a la Torre Gerard. Después de introducir ciertas modificaciones en su aspecto, se va a pie en dirección contraria. Es el viaje inaugural de Dalton Smith.

En una ciudad pequeña, las distancias cortas pueden representar notables cambios. Pearson Street se encuentra a solo nueve manzanas del parking de Main Street, quince minutos a paso enérgico (la Torre Gerard todavía se alza lo bastante cerca para verla con claridad), pero es un mundo distinto de aquel en el que hombres con corbata y mujeres con zapatos de tacón ocupan sus puestos y comen en restaurantes de esos en los que el camarero entrega una carta de vinos junto con el menú.

Hay una tienda de alimentación en una esquina, pero está cerrada. Como muchos barrios en declive, este es un desierto en cuestión de comida. Ve dos bares, uno cerrado y el otro con aspecto de ir tirando a duras penas. Una casa de empeños que a la vez ofrece los servicios de cobro de cheques y concesión de pequeños préstamos. Un poco más allá, un triste centro comercial. Y una hilera de casas que intentan en vano parecer de clase media.

Billy deduce que el motivo del declive de la zona es el solar que se extiende justo enfrente de la casa que ha elegido. Es un amplio terreno cubierto de escombros y basura. Lo atraviesan unas vías de ferrocarril oxidadas, casi invisibles entre la alta maleza y la hierba pagana propia del verano. Unos letreros dispuestos a intervalos de quince metros indican PROPIEDAD MUNICIPAL y PROHIBIDO EL PASO y PELIGRO, NO ENTRAR. Advierte las ruinas desiguales de un edificio de ladrillo que en otro tiempo debió de ser una estación de tren. Quizá también paraban ahí las líneas de autobús: Greyhound, Trailways, Southern. Ahora el transporte terrestre de la ciudad se ha desplazado a otra parte, y este barrio, que quizá fue un lugar de mucho ajetreo en las últimas décadas del siglo pasado, padece una especie de enfermedad pulmonar obstructiva crónica municipal. Un carrito de la compra herrumbroso yace volcado en la otra acera. Prendido de una rueda, un calzoncillo hecho jirones aletea por efecto del

mismo viento caliente que alborota el cabello de la peluca rubia de Dalton Smith de Billy y le agita el cuello de la camisa, cuyo golpeteo nota contra la garganta.

Casi todas las casas necesitan una mano de pintura. Algunas tienen delante el cartel de SE VENDE. También al número 658 le hace falta una capa de pintura, pero el cartel de delante anuncia: PISOS AMUEBLADOS EN ALQUILER. Incluye el teléfono de una agencia inmobiliaria. Billy lo anota; luego recorre el acceso de cemento agrietado y observa los timbres. Pese a ser una casa de solo tres plantas, hay cuatro botones. El segundo desde arriba es el único acompañado de un nombre: JENSEN. Llama al timbre. A esa hora del día es probable que no haya nadie en casa, pero tiene suerte.

Unos pasos descienden por la escalera. Una mujer más bien joven escruta a través del cristal sucio de la puerta. Lo que ve es a un hombre blanco que lleva una bonita camisa con el cuello desabrochado y pantalón de vestir. Es rubio, de pelo corto. Tiene el bigote bien recortado. Lleva gafas. Está bastante gordo, no obeso, pero camino de serlo. No parece mala persona; parece una buena persona a la que iría bien perder entre diez y quince kilos, así que le abre la puerta, aunque no del todo.

Como si no pudiera abrirla de un empujón y estrangularte ahí mismo en el recibidor, piensa Billy. No hay coche en el camino de acceso ni aparcado junto al bordillo, lo que significa que tu marido está en el trabajo, y esos tres timbres sin identificación inducen claramente a pensar que eres la única persona en esta vieja casa victoriana de imitación.

—No compro nada a vendedores a domicilio —dice la señora Jensen.

—No, señora, no soy vendedor. Soy nuevo en la ciudad y busco piso. Parece que este podría estar dentro de mi presupuesto. Solo quería saber si es un barrio agradable. Me llamo Dalton Smith.

Le tiende la mano. Ella le da un mecánico apretón por cumplir y retira la suya. Pero está dispuesta a hablar.

—Bueno, la zona no es ninguna maravilla, como puede ver, y el supermercado más cercano está a tres kilómetros, pero mi marido y yo no hemos tenido problemas serios. A veces entran chicos a esa antigua estación, probablemente para beber y fumar porros, y a la vuelta de la esquina hay un perro que se pasa media noche ladrando, pero eso es prácticamente lo peor. —Se interrumpe, y Billy ve que baja la mirada para comprobar si lleva anillo de casado, que no lleva—. *Usted* no ladra por las noches, ¿verdad, señor Smith? Me refiero a fiestas y música a todo volumen.

—No, señora. —Sonríe y se toca el vientre. Se ha hinchado la barriga de embarazada falsa al nivel equivalente a unos seis meses—. Pero me gusta comer.

—Porque el contrato de alquiler incluye una cláusula sobre el exceso de ruido.

—¿Puedo preguntarle cuánto paga de alquiler?

—Eso queda entre mi marido y yo. Si quiere vivir aquí, tendrá que tratar el asunto con el señor Richter. Es quien administra el edificio. Y otros dos en esta misma manzana... aunque este es el que mejor está. *Creo*.

—Lo entiendo perfectamente. Perdona por preguntar.

La señora Jensen se distiende un poco.

—Le diré que no le conviene la segunda planta. Eso es una sauna, incluso cuando sopla el viento desde enfrente, cosa que ocurre casi siempre.

—No tiene aire acondicionado, deduzco.

—Deduce bien. Pero, cuando llega el frío, la calefacción no está mal. Tiene que pagarla, claro. La electricidad también. Todo consta en el contrato. Si ya ha alquilado antes, supongo que conoce la rutina.

—Vaya que si la conozco. —Alza la vista al cielo y por fin arranca una sonrisa a la mujer. Ahora puede preguntar lo que de verdad le interesa—. ¿Y abajo? ¿Hay un apartamento en el sótano? Porque parece que hay timbre...

La sonrisa de ella se ensancha.

—Ah, sí, y está bastante bien. Amueblado, como dice el cartel. Aunque con lo básico, ya se imaginará. Yo quería ese, pero mi marido pensó que se nos quedaría pequeño si nos aprueban la solicitud. Estamos intentando adoptar un niño.

Billy se asombra. La mujer acaba de revelar un aspecto esencial de su corazón —del corazón de su *matrimonio*— después de resistirse a revelar cuánto pagan de alquiler su marido y ella. Cosa que él ha preguntado no porque realmente le interese, sino para ganar credibilidad.

—En fin, buena suerte. Y gracias. Si ese señor Richter y yo nos ponemos de acuerdo, quizá vuelva usted a verme. Que pase un buen día.

—Lo mismo digo. Encantada de conocerlo.

Esta vez ella le tiende la mano para darle un verdadero apretón, y Billy vuelve a acordarse de lo que dijo Nick: «Te llevas bien con la gente sin necesidad de hacerte amigo de nadie». Está bien saber que da resultado incluso con unos kilos de más.

Cuando se aleja por la acera, ella levanta la voz.

—¡Seguro que el piso del sótano es fresco incluso cuando más calor hace! ¡Ojalá lo hubiésemos cogido nosotros!

Él alza el pulgar y se encamina hacia el centro. Ha visto todo lo que necesita ver y ha tomado una decisión. Este es el sitio que quiere, y Nick Majarian no tiene por qué enterarse.

A medio camino llega a una tienda, poco más que un hueco en la fachada, donde venden caramelos, tabaco, revistas, refrescos y teléfonos

desechables en blísteres. Compra uno, que paga en efectivo, y se sienta en el banco de una parada de autobús para ponerlo en funcionamiento. Lo utilizará mientras sea necesario, y luego se deshará de él. También de los otros. En el supuesto de que el trabajo se realice, la poli sabrá de inmediato que fue David Lockridge quien asesinó a Joel Allen. Descubrirán entonces que David Lockridge es un alias de un tal William Summers, un veterano de la Infantería de Marina con aptitudes de francotirador y víctimas de francotirador. Averiguarán asimismo la relación entre Summers y Kenneth Hoff, el cabeza de turco designado. Lo que no deben descubrir es que Billy Summers, alias David Lockridge, ha desaparecido adoptando la identidad de Dalton Smith. Tampoco Nick puede enterarse de eso.

Llama a Bucky Hanson a Nueva York y le dice que le envíe la caja con el rótulo «Precauciones» a su dirección de Evergreen Street.

—Así que ha llegado el momento, ¿eh? ¿Ahora sí vas a colgar los guantes?

—Eso parece —responde Billy—, pero ya hablaremos.

—No lo dudes. Pero procura que no sea a través de una llamada a cobro revertido desde el calabozo de una ciudad sureña de tres al cuarto. Eres mi hombre, colega.

Billy pone fin a la llamada y hace otra. A Richter, el agente inmobiliario que administra el 658 de Pearson.

—Por lo que se ve, está amueblado. ¿Eso incluye el wifi?

—Un segundo —dice el señor Richter, aunque transcurre más bien un minuto. Billy oye un susurro de papeles. Al final, Richter contesta—: Sí. Se instaló hace dos años. Pero no hay televisión, eso tiene que aportarlo usted.

—De acuerdo —responde Billy—. Me lo quedo. ¿Qué le parece si me paso por su oficina?

—Podríamos quedar en la propia finca, y le enseño el piso.

—No hará falta. Solo quiero una base de operaciones mientras estoy en esta parte del país. Podría ser un año, podrían ser dos. Viajo mucho. Lo importante es que el barrio parece tranquilo.

Richter se echa a reír.

—Desde que demolieron la estación, lo es, no le quepa duda. Pero la gente de la zona quizá cambiaría un poco más de ruido por un poco más de comercio.

Quedan en verse el lunes siguiente, y Billy regresa a la tercera planta del parking, donde tiene el Toyota aparcado en un ángulo ciego que no capta ninguna cámara de seguridad. Si es que alguna capta algo; a Billy le parecen bastante cascadas. Se quita la peluca, el bigote, las gafas y la barriga postiza de embarazada. Después de guardarlo todo en el maletero, recorre la corta distancia hasta la Torre Gerard.

Llega a tiempo de comprarse un burrito en la furgoneta de comida mexicana. Se lo come en compañía de Jim Albright y John Colton, los abogados de la cuarta planta. Ve a Colin White, el dandi que trabaja para Business Solutions. Hoy está monísimo con un traje de marinero.

—Hay que ver cómo viste ese tío —comenta Jim, y se ríe—. Siempre va como un pincel, ¿no?

—Sí —coincide Billy, y piensa: Un pincel más o menos de mi estatura.

5

Llueve todo el fin de semana. El sábado por la mañana, Billy va al Walmart, donde compra un par de maletas baratas y mucha ropa barata de la talla de su orondo personaje Dalton Smith. Paga en efectivo. El dinero en efectivo es amnésico.

Esa tarde se sienta en el porche de la casa amarilla a observar la hierba del jardín. A observarla más que mirarla sin más, porque casi la ve rebrotar. No está en su casa, ni en su ciudad ni en su estado; se marchará sin volver la vista atrás y sin lamentarlo. Aun así, experimenta cierto orgullo de propietario por su obra. No hará falta cortarla en un par de semanas, quizá hasta agosto, pero puede esperar. Y cuando esté ahí fuera cortando el césped, en pantalón de deporte y camiseta sin mangas (quizá incluso de tirantes), con pomada de cinc en la nariz, se hallará un paso más cerca de sentir cierta raigambre en ese lugar. De confundirse con el paisaje.

—¿Señor Lockridge?

Se vuelve en dirección a la casa contigua. Los dos niños, Derek y Shanice Ackerman, de pie en *su* propio porche, lo miran a través de la lluvia. Es el niño quien ha hablado.

—Mi mamá acaba de hacer galletas de azúcar. Me ha dicho que le diga si quiere unas pocas.

—Estaría bien —dice Billy.

Se levanta y corre bajo la lluvia. Shanice, la niña de ocho años, lo coge de la mano sin mostrarse en absoluto cohibida y lo lleva adentro, donde a Billy, al oler las galletas recién hechas, le ruge el estómago.

Es una casita limpia, ordenada y acogedora. En el salón hay un centenar de fotos enmarcadas, diez o doce de las cuales ocupan un lugar de honor sobre el piano. Corinne Ackerman, en la cocina, saca la bandeja del horno en ese momento.

—Hola, vecino. ¿Quieres una toalla para el pelo?

—No hace falta, gracias. He esquivado las gotas.

Ella se ríe.

—Entonces coge una galleta. Los niños van a tomarlas con leche. ¿Te apetece un vaso? También hay café, si lo prefieres.

—La leche está bien. Solo un poco.

—¿Un chupito? —pregunta ella con una sonrisa.

—Eso mismo. —Sonríe también.

—Pues siéntate.

Billy se sienta con los niños. Corinne deja un plato de galletas en la mesa.

—Cuidado, aún están calientes. David, las que te lleves serán de la próxima hornada.

Los niños echan mano a las suyas. Billy coge una. Está dulce y deliciosa.

—Impresionante, Corinne. Gracias. Ideal para un día lluvioso.

Ella da a sus hijos sendos vasos grandes de leche, y a Billy uno pequeño. Se sirve también uno pequeño para ella y va a acompañarlos. La lluvia tamborilea en el tejado. Pasa un coche con un susurro.

—Ya sé que su libro es un secreto —dice Derek—, pero...

—No hables con la boca llena —le regaña Corinne—. Estás esparciendo las migas.

—Yo no —dice Shanice.

—No, tú lo estás haciendo más bien —confirma Corinne. Luego, mirando de soslayo a Billy, se corrige—: Haciéndolo mejor.

A Derek no le interesa la gramática.

—Pero dígame una cosa. ¿Hay sangre en el libro?

Billy piensa en Bob Raines, cuando cae hacia atrás. Piensa en su hermana con todas las costillas rotas —sí, todas las putas costillas— y el pecho hundido.

—No, no hay sangre. —Da un bocado a la galleta.

Shanice alarga la mano para servirse otra.

—Puedes coger esa —dice su madre—, y una más. Tú también, D. Las otras son para más tarde y para el señor Lockridge. Ya sabéis que estas le gustan a vuestro padre. —Dirigiéndose a Billy, dice—: Jamal trabaja seis días por semana y hace horas extras cuando puede. A los Fazio no les importa vigilar a este par cuando nosotros no estamos. No es un mal barrio, pero tenemos la mira puesta en algo mejor.

—Subir de nivel —puntualiza Billy.

Corinne se ríe y asiente.

—Yo no quiero mudarme nunca —dice Shanice. Luego, con la encantadora solemnidad de los niños, añade—: Tengo *amigos*.

—Y yo —afirma Derek—. Eh, señor Lockridge, ¿sabe jugar al Monopoly? Shan y yo vamos a echar una partida, pero solo dos no tiene gracia y mamá no quiere jugar.

—Eso es, mamá no quiere —confirma Corinne—. Es el juego más aburrido del mundo. Pedidle a vuestro padre que juegue con vosotros esta noche. Lo hará si no está muy cansado.

—Para eso faltan *horas* —protesta Derek—. Yo me aburro ahora mismo.

—Yo también —dice Shanice—. Si tuviera móvil, podría jugar al Crossy Road.

—El año que viene —dice Corinne, y alza la vista al techo en un gesto que induce a Billy a pensar que la niña lleva ya tiempo haciendo campaña para conseguir el teléfono. Quizá desde los cinco años.

—¿*Usted* juega? —pregunta Derek, aunque sin muchas esperanzas.

—Pues sí —dice Billy, y a continuación se inclina sobre la mesa y fija la mirada en Derek Ackerman—. Pero te advierto que se me da muy bien. Y juego para ganar.

—¡Y yo! —Derek sonríe por debajo de un bigote de leche.

—¡Y yo! —exclama Shanice.

—No os dejaría ganar solo porque seáis niños y yo una persona mayor —asegura Billy—. Os dejaría tocados con mis propiedades en alquiler y luego os liquidaría con mis hoteles. Si vamos a jugar, vale más que tengáis eso en cuenta ya de entrada.

—¡Vale! —dice Derek, y se levanta de un salto, con lo que casi derrama el resto de su leche.

—¡Vale! —exclama Shanice, y también se levanta de un salto.

—¿Lloraréis cuando os gane, niños?

—¡No!

—¡No!

—Bien. Mientras eso quede claro...

—¿Estás seguro? —le pregunta Corinne—. Esa partida puede alargarse todo el día, créeme.

—No si soy yo el que tira los dados —contesta Billy.

—Jugaremos abajo —dice Shanice, y vuelve a cogerlo de la mano.

La sala del sótano es del mismo tamaño que la de la casa de Billy, pero solo la mitad es la leonera de un hombre. En esa parte, Jamal ha instalado un espacio de trabajo con herramientas colgadas de la pared. Hay también una sierra de cinta, y Billy advierte con aprobación que el interruptor de encendido lleva un candado. En la mitad de la sala correspondiente a los niños hay juguetes y libros de colorear desperdigados. Ve un pequeño televisor conectado a una consola barata que funciona con cartuchos. Billy supone que es una compra de subasta de jardín. Los tableros de los juegos de mesa están apilados contra una pared. Derek coge la caja del Monopoly y coloca el tablero en una mesa de tamaño infantil.

—El señor Lockridge es demasiado grande para nuestras sillas —dice Shanice con cara de consternación.

—Me sentaré en el suelo. —Billy aparta una silla y se sienta. Bajo la mesa, apenas tiene hueco para las piernas cruzadas.

—¿Qué ficha prefiere? —pregunta Derek—. Yo normalmente, cuando jugamos solo Shan y yo, me quedo el coche de carreras, pero se lo dejo a usted si lo quiere.

—Da igual. ¿A ti cuál te gusta, Shan?

—El dedal —dice ella. Luego, un tanto a regañadientes, añade—: A no ser que lo quiera usted.

Billy se queda el sombrero de copa. Empieza la partida. Al cabo de cuarenta minutos, cuando le toca tirar de nuevo a Derek, este llama a su madre:

—¡Mamá! ¡Necesito consejo!

Corinne baja por la escalera y, plantándose en jarras, examina el tablero y la distribución del dinero del Monopoly.

—No querría tener que deciros, chicos, que estáis en apuros, pero estáis en apuros.

—Yo se lo he advertido —dice Billy.

—¿Qué querías preguntarme, D? Recuerda que tu madre, en su día, aprobó por los pelos Economía Doméstica.

—A ver, mi problema es este —dice Derek—. Él tiene dos de las verdes, Pacific y Pennsylvania, pero yo tengo North Carolina. El señor Lockridge dice que me da novecientos dólares por ella. Eso es el triple de lo que yo he pagado, pero...

—¿Pero? —dice Corinne.

—¿Pero? —repite Billy.

—Pero entonces él puede poner casas en las verdes. ¡Y ya tiene *hoteles* en Plaza Park y el Muelle!

—¿Y? —dice Corinne.

—¿Y? —repite Billy. Está sonriendo.

—Tengo que ir al baño y, además, estoy casi en bancarrota —dice Shanice, y se levanta.

—Cielo, no hace falta que anuncies tus visitas al baño. Basta con que digas: «Perdonad un momento».

Shanice, con la misma solemnidad encantadora de antes, dice:

—Voy a *empolvarme la nariz*, ¿vale?

Billy suelta una carcajada. Corinne se ríe también. Derek no presta atención. Observa el tablero y luego alza la vista para mirar a su madre.

—¿Vendo o no? ¡Casi me he quedado sin dinero!

—Eso es lo que se conoce como elección de Hobson —dice Billy—. En otras palabras, tienes que decidir si corres un riesgo o te quedas como estás. Entre tú y yo, D, creo que en cualquier caso estás hundido.

—Me parece que tiene razón, cielo —confirma Corinne.

—Menuda suerte ha tenido —comenta Derek a su madre—. Ha caído en Parking Gratuito y se ha quedado todo el dinero, que era un *pastón*.

—Además, juego muy bien —aclara Billy—. Reconócelo.

Derek intenta mantener una expresión ceñuda, pero no lo consigue. Sostiene en alto la tarjeta de título de propiedad verde.

—Mil doscientos.

—¡Hecho! —exclama Billy, y entrega el dinero.

Al cabo de veinte minutos, los críos están en bancarrota y la partida ha terminado. Cuando Billy se pone en pie, le crujen las rodillas, y los niños se ríen.

—Como habéis perdido, recogéis vosotros el tablero, ¿de acuerdo?

—Así es como juega también papá —dice Shanice—. Pero él a veces nos deja ganar.

Billy, sonriente, se inclina.

—Yo no.

—Abusón —dice la niña, y deja escapar una risita tapándose la boca con las manos.

Danny Fazio, acompañado de un tintineo, baja por la escalera con un chubasquero amarillo y las botas de goma abiertas como embudos.

—¿Puedo jugar?

—La próxima vez —responde Billy—. Mi política es no dar una paliza a unos críos más de una vez por semana.

Es solo una broma más, lo que estos niños tal vez llamarían «vacilar», pero de repente ve galletas quemadas esparcidas por el suelo delante de la cocina de su caravana y el yeso del brazo de Bob Raines golpeando a Cathy en la cara, y ya no tiene gracia. Los tres niños se ríen porque para ellos sí la tiene. Ninguno ha visto a su hermana pisoteada por un ogro borracho con una sirena descolorida en el brazo.

Arriba, Corinne le da una bolsa de galletas y dice:

—Gracias por hacer que se lo pasen tan bien en un día lluvioso.

—Yo me lo he pasado igual de bien.

Así es. Justo hasta el final. Cuando llega a casa, tira las galletas a la basura. Corinne Ackerman es buena cocinera, pero ahora se siente incapaz de comer galletas. No soporta ni mirarlas.

El lunes va a ver al agente inmobiliario, que tiene la oficina en el triste centro comercial a tres manzanas del número 658. La agencia de Merton Richter ocupa unos bajos, un pequeño espacio dividido en dos, entre un salón de bronceado y el estudio de tatuaje Jolly Roger. Aparcado delante

hay un todoterreno, bastante viejo, con una pegatina a un lado (AGENCIA INMOBILIARIA RICHTER) y un largo arañazo al otro. El tipo mira por encima las referencias de Dalton Smith, creadas de forma tan meticulosa, y se las devuelve junto con un contrato de alquiler. Los sitios donde Billy tiene que firmar se han resaltado en amarillo.

—Podría usted decirme que es un poco caro con respecto al precio de mercado —comenta Richter, como si Billy hubiera protestado—, y quizá tenga razón, pero solo un poco, teniendo en cuenta los muebles y el wifi. Y si pensamos que en la calle no está permitido aparcar hasta pasadas las seis de la tarde, el camino de acceso resulta una gran ventaja. Lo compartiré con los Jensen, claro...

—Tengo previsto dejar el coche en un parking municipal la mayor parte del tiempo. Me vendrá bien el ejercicio. —Se da unas palmadas en la barriga postiza—. El alquiler parece en efecto un poco alto, pero me lo quedo.

—Sin verlo —dice Richter, asombrado.

—La señora Jensen me habló bien.

—Ah, entiendo. En todo caso, si estamos de acuerdo...

Billy firma el impreso y extiende su cheque inicial como Dalton Smith: primer mes, último mes, y un depósito en garantía que es un puto abuso a menos que la batería de cocina sea All-Clad, haya porcelana de Limoges en lugar de loza, y las pantallas de las lámparas sean de Tiffany.

—Técnico informático, ¿eh? —comenta Richter al tiempo que guarda el cheque en el cajón de su escritorio. Empuja por encima de la mesa un sobre con la palabra LLAVES escrita y luego da unas palmadas a su viejo PC como si se tratara de un perro que no le sirve de gran cosa pero no se separa de él—. A mí desde luego no me vendría mal un poco de ayuda con este trasto remolón.

—Ahora no estoy de servicio —dice Billy—, pero puedo darle un consejo.

—¿Cuál?

—Sustitúyalo antes de perderlo todo. ¿Me tramitará el alta de la calefacción, la luz, el agua y el cable?

Richter sonríe como si fuera a entregar un premio a Billy.

—No, todo eso es cosa suya, amigo. —Y le tiende la mano.

Billy podría preguntar a Richter qué hace para ganarse la comisión —el contrato es a todas luces un impreso descargado de internet con los detalles específicos añadidos—, pero ¿qué importancia tiene? Ninguna.

7

A Billy le gustaría retomar su relato (llamarlo «libro» le parece prematuro, aparte de que quizá traiga mala suerte), pero tiene otras cosas que hacer. El martes, cuando ya han abierto los bancos, va al SouthernTrust y retira parte del dinero para gastos que le han ingresado en la cuenta de David Lockridge. Visita tres tiendas de distintas cadenas y compra otros tres portátiles, todos en efectivo, todos baratos y de marcas desconocidas como el AllTech. También compra un televisor de mesa económico. Eso lo paga con la tarjeta de crédito de Dalton Smith.

El siguiente punto de la lista es alquilar un coche con opción a compra. Deja su Toyota en un parking en la otra punta de la ciudad, lejos de la zona en la que vive como David Lockridge, porque no quiere correr el riesgo de que alguien del edificio lo vea con el disfraz de Dalton Smith. El riesgo sería mínimo, a esa hora del día todas las abejas obreras deberían estar en la

colmena, pero correr riesgos, por pequeños que sean, es una estupidez. Así es como trincan a más de uno.

Después de ponerse la peluca, las gafas, el bigote y la gran barriga, pide un Uber para que lo lleve a McCoy Ford, en el límite occidental de la ciudad. Allí alquila un Ford Fusion por un plazo de treinta y seis meses. El concesionario le recuerda que, si supera los diecisiete mil kilómetros al año, pagará un recargo considerable. Billy duda que vaya a circular más de quinientos kilómetros siquiera con él. Lo importante es que Billy dispone de un vehículo que Nick conoce, y ahora Dalton Smith dispone de un vehículo que Nick *no* conoce. Es una medida de precaución, por si Nick estuviera planeando algo raro, pero va más lejos. Significa mantener a Dalton Curtis Smith al margen de lo que va a ocurrir en la escalinata de ese juzgado. Mantenerlo limpio.

Billy aparca el coche nuevo al lado del viejo (distinto parking, mismo ángulo ciego en una planta superior) el tiempo suficiente para trasladar el televisor y los portátiles nuevos al Fusion. También las maletas baratas que guardó anoche en el maletero del Toyota. Contienen ropa barata del Walmart. Va en el Fusion hasta el 658 de Pearson Street y aparca en el camino de acceso, que es un simple tramo asfaltado en cuyo centro asoma la hierba. Confía en que la señora Jensen lo vea instalarse, y ella no lo defrauda.

¿La ve Dalton Smith mirar desde su ventana de la primera planta? Billy decide que no. Dalton es un obseso de la informática, absorto en su mundo. Con visible esfuerzo, sube resoplando dos de las maletas hasta la puerta y abre con su nueva llave. Nueve escalones descendentes lo llevan a la puerta del piso recién alquilado por Dalton Smith, donde utiliza otra llave. La puerta da directamente al salón. Deja caer las maletas en la moqueta y se

pasea por el piso para echar un vistazo a los cuatro espacios, cinco si se cuenta el cuarto de baño.

«Los muebles están bastante bien», dijo Richter. No es verdad, pero tampoco son espantosos. Acude a su mente la palabra «genéricos». La cama es de matrimonio, y cuando Billy se tiende en ella, chirría, pero no se le clava ningún muelle, así que por ese lado bien. Hay un sillón delante de una mesa concebida a todas luces para un pequeño televisor como el que ha comprado en Discount Electronics. El sillón es relativamente cómodo, aunque el estampado cebra de la tapicería es casi una pesadilla. Tendrá que taparlo con algo.

En conjunto, el sitio le gusta. Se acerca a la única ventana, que es estrecha y se encuentra a ras del césped. Es casi como mirar por un periscopio, piensa Billy. Esa perspectiva tiene su gracia. Por alguna razón, resulta acogedora. Le caen bien sus vecinos de Midwood, en especial los Ackerman, de la casa de al lado, pero cree que este piso le gusta más. Transmite una sensación de seguridad. Hay un sofá viejo que también parece cómodo, y decide que lo desplazará hasta donde está el sillón del estampado cebra, para poder sentarse en él y mirar la calle. Es posible que los transeúntes que pasen por la acera echen una ojeada a la casa, pero pocos prestarán atención a la ventana de ese sótano y lo verán observarlos. Es una guarida, piensa. Si tengo que esconderme, es aquí donde me conviene estar, no en un refugio de Wisconsin, porque este sitio es realmente una madriguera *bajo tie*...

A su espalda oye un ligero golpeteo, más bien un tamborileo, en realidad. Se vuelve y ve a la señora Jensen de pie en la puerta, que ha dejado abierta, repiqueteando con las uñas en la jamba.

—Hola, señor Smith.

—Ah, hola. —Su voz de Dalton Smith es un poco más aguda que la que utilizan Billy Summers y David Lockridge. Acompañada de un leve resuello, quizá una pizca de asma—. Me pilla en plena mudanza, señora Jensen. —Señala las maletas.

—Como vamos a ser vecinos, ¿por qué no me llamas Beverly?

—De acuerdo, gracias. Yo me llamo Dalton. Perdona que no te ofrezca café ni nada, aún no me he aprovisionado...

—Lo entiendo perfectamente. Las mudanzas son una locura, ¿a que sí?

—Y que lo digas. El lado bueno es que, como viajo mucho, tengo pocas cosas. He visto más moteles de los que querría. Pasaré el resto de esta semana en Lincoln, Nebraska, luego me voy a Omaha. —Billy ha comprobado que, si uno miente sobre los viajes de trabajo y los destinos son ciudades de magnitud e importancia secundarias en el panorama económico, la gente se lo cree—. Tengo unas cuantas cosas más que traer, así que si me perdonas...

—¿Necesitas ayuda?

—No, ya me las arreglo. —Luego, como si lo reconsiderara, añade—: Bueno...

Salen al Fusion. Billy le entrega los tres ordenadores de marcas desconocidas. Con las cajas en los brazos, parece una repartidora de Domino's.

—Caray, mejor será que no se me caigan, son nuevecitos. Y seguro que cuestan una fortuna.

Cuestan solo unos novecientos dólares, pero Billy no la contradice. Le pregunta si pesan demasiado.

—Qué va. Menos que la cesta de la colada con la ropa mojada. ¿Vas a conectarlos todos?

—En cuanto tenga luz, sí —responde Billy—. Con esto hago mi trabajo. Al menos una parte. En general subcontrato. —«Subcontratar» es una de esas palabras altisonantes que podrían significar cualquier cosa.

Saca a peso la caja que contiene el televisor. Recorren el camino de acceso, cruzan la puerta abierta y bajan por la escalera.

—Sube cuando estés un poco instalado —propone Beverly Jensen—. Pondré la cafetera. Y puedo ofrecerte un donut, si no te importa que sea de ayer.

—Nunca digo que no a un donut. Gracias, señora Jensen.

—Beverly.

Billy sonríe.

—Beverly, sí. Entro una maleta más y estoy contigo.

Bucky le ha enviado la caja, la que lleva el rótulo «Precauciones». Contiene el iPhone de Dalton Smith, y en cuanto ha descargado el Fusion, Billy lo utiliza para hacer unas cuantas llamadas de Dalton Smith. Para cuando se ha tomado una taza de café y se ha comido un donut en casa de los Jensen, en la primera planta, escuchando con aparente fascinación mientras Beverly le habla de los problemas de su marido con el jefe de la empresa donde trabaja, tiene ya suministro eléctrico en su nuevo piso.

Su guarida bajo tierra.

Se queda en el 658 hasta media tarde, sacando la ropa barata de las maletas, encendiendo los ordenadores baratos y comprando en el Brookshire, a un par de kilómetros de allí. Salvo por una docena de huevos y un poco de mantequilla, prescinde de alimentos perecederos. La mayor parte de lo que

compra es comida que se conservará bien cuando él no esté: latas y congelados. A las tres, coge el Fusion para volver al tercer nivel del parking número 2 y, tras asegurarse de que nadie lo observa, se quita las gafas y el vello facial postizo. Cuando se desprende de la barriga falsa, siente un alivio extraordinario, y cae en la cuenta de que tendrá que aplicarse un poco de talco para que no se le irrite la piel.

Vuelve en el Toyota al parking número 1 y a continuación regresa a la cuarta planta de la Torre Gerard. No trabaja en el relato ni juega en el ordenador nuevo. Se limita a sentarse a pensar. No hay ningún rifle en la oficina, nada más letal que un cuchillo de mondar en un cajón de la cocina, con eso basta. Pueden pasar semanas o incluso meses hasta que Billy necesite un arma. Puede que el asesinato ni siquiera llegue a materializarse, ¿y representaría eso algún problema? En términos económicos, sí. Perdería uno coma cinco kilos. En cuanto a los quinientos mil que ya ha cobrado, ¿exigiría su devolución la persona que ha encargado el asesinato, esa para la que Nick actúa como intermediario?

—Pues lo tiene crudo —dice Billy. Y se ríe.

9

Mientras vuelve, *a rastras*, al parking, Billy piensa en la bigamia.

Nunca ha estado casado, y mucho menos con dos mujeres al mismo tiempo, pero ahora sabe cómo debe de sentirse uno en esa situación. En una palabra, exhausto. Vive no solo dos vidas distintas, sino tres. Para Nick y Giorgio (también para Ken Hoff, a quien detesta), es un asesino a sueldo llamado Billy Summers. Para los ocupantes de la Torre Gerard, es un aspirante a escritor llamado David Lockridge. Lo mismo para los vecinos

de Evergreen Street, en Midwood. Y ahora, en Pearson Street —a nueve manzanas de la Torre Gerard y a siete seguros kilómetros de Midwood—, es un friki de la informática con sobrepeso llamado Dalton Smith.

Si se para a pensarlo, tiene incluso una cuarta vida: la de Benjy Compson, que no es Billy solo en la justa medida para que Billy pueda analizar unos recuerdos dolorosos que normalmente elude.

Empezó a escribir el relato de Benjy en un ordenador muy posiblemente (no, con toda certeza) clonado porque suponía un reto, y porque este es el legendario *último trabajo*, pero ahora entiende que existía una razón más profunda, más auténtica: quiere que lo lean. Quien sea, incluso un par de rufianes de Las Vegas como Nick Majarian y Giorgio Piglielli. Ahora entiende —antes no, antes ni siquiera se había parado a pensarlo— que cualquier escritor que publica su obra está tentando al peligro. Es parte del encanto. *Miradme. Os estoy mostrando lo que soy. Me he desnudado. Me estoy exponiendo.*

Mientras se acerca a la entrada del parking, absorbo en esos pensamientos, alguien le toca el hombro y lo sobresalta. Se vuelve y ve a Phyllis Stanhope, la mujer de la asesoría contable.

—Lo siento —dice, y da un paso atrás—. No quería asustarte.

¿Ha visto algo al sorprenderlo con la guardia baja? ¿Un asomo de la persona que es en realidad? ¿A eso se debe el paso atrás? Tal vez. Si es así, Billy intenta contrarrestarlo con una sonrisa distendida y la absoluta verdad.

—No pasa nada. Solo estaba en las nubes.

—¿Pensando en tu libro?

En la bigamia.

—Exacto.

Phyllis se sitúa a su altura. Lleva el bolso colgado de un hombro. También carga con una mochila de niño en la que aparece Bob Esponja y se

ha cambiado los zapatos de tacón por unas zapatillas de deporte y calcetines blancos.

—No te he visto al mediodía. ¿Comes en tu escritorio?

—He andado de aquí para allá. Todavía estoy intentando instalarme. Además, he mantenido una larga charla con mi agente.

Es cierto que ha hablado con Giorgio, aunque no ha sido una larga charla. Nick ha regresado a Las Vegas, pero Giorgio se ha quedado en la supermansión y ha traído a los dos hombres nuevos; Reggie y Dana, se llaman. Billy no cree que Nick y Georgie Pigs se estén confabulando contra él exactamente, pero este asunto es muy importante para ellos, y a Billy le extrañaría que no extremaran la cautela. Le asombraría, de hecho. A quien puede que sí tengan vigilado es a Ken Hoff. El chivo expiatorio en capilla.

—Además, un escritor trabaja incluso cuando no está sentado a su mesa.
—Se lleva un dedo a la sien.

Ella le devuelve la sonrisa. Es una sonrisa agradable.

—Seguro que eso dicen todos.

—La verdad es que ando un tanto bloqueado, parece.

—A lo mejor es por el cambio de escenario.

—A lo mejor.

No cree que en realidad se trate de un bloqueo. No ha escrito nada aparte de ese primer episodio, pero tiene el resto justo ahí. En espera. Quiere alcanzarlo. Significa algo para él. No es llevar un diario, no es un intento de reconciliarse con una vida que ha sido en muchos sentidos desdichada y traumática, no es una revelación íntima, aunque puede que en último extremo equivalga a una confesión. Tiene que ver con el poder. Por fin ha encontrado una forma de poder que no se deriva del cañón de un arma. Eso le gusta, al igual que la vista desde la ventana a ras de suelo de su nuevo piso.

—En todo caso —dice cuando llegan a la entrada del parking—, tengo previsto aplicarme. A partir de mañana.

Ella enarca las cejas.

—Mermelada ayer, mermelada mañana...

Él se suma y terminan juntos la frase:

—Pero nunca mermelada hoy.

—Sea como sea, estoy impaciente por leerlo. —Empiezan a subir por la rampa. Se percibe un grato frescor después del sol de justicia de la calle. Ella se detiene a medio camino de la primera curva—. Yo me quedo aquí. —Pulsa el mando de la llave. Las luces de posición de un pequeño Prius azul responden. Dos adhesivos flanquean la matrícula: NOSOTRAS PARIMOS, NOSOTRAS DECIDIMOS y CREE A LAS MUJERES.

—Con eso ahí, te arriesgas a que te lo rayen —comenta Billy—. Este es un estado profundamente republicano.

Ella levanta el bolso y le dirige una sonrisa muy distinta de esa con la que lo ha saludado. Esta es una sonrisa a lo Harry el Sucio.

—También es un estado en el que permiten llevar armas ocultas, así que si alguien intenta arrancar mis pegatinas, más le vale que yo no ande cerca.

¿Es pura fanfarronería? ¿La pequeña contable adoptando una pose de chica mala ante un hombre en el que podría estar interesada? Quizá sí, quizá no. En cualquier caso, la admira por ser tan franca sobre sus convicciones. Por ser valiente. Así es como actúa una buena persona. Al menos cuando muestra lo mejor de sí.

—Bueno, nos vemos por el barrio —dice Billy—. El mío está unas plantas más arriba.

—¿No has encontrado nada más cerca? ¿En serio?

Podría responder que es porque hoy ha llegado tarde, pero cabría la posibilidad de que le saliese el tiro por la culata, porque siempre aparca en

la tercera planta. Alza un pulgar.

—Arriba hay menos probabilidades de que te abollen el coche y se den a la fuga.

—¿O te arranquen las pegatinas?

—Yo no llevo ninguna —dice Billy, y añade la absoluta verdad—: Me gusta pasar inadvertido. —Luego, movido por un impulso (y rara vez es un hombre impulsivo), añade lo que se ha prometido no decir—: Algún día podríamos ir a tomar algo. ¿Quieres?

—Sí. —Sin vacilar, como si estuviera esperando que él planteara la pregunta—. ¿Qué tal el viernes? Hay un sitio que está bien a dos calles de aquí. Pagamos a medias. Prefiero pagar a medias cuando salgo a tomar una copa con un hombre. —Guarda silencio un momento—. Al menos la primera vez.

—Me parece una política prudente. Conduce con cuidado, Phyllis.

—Phil. Llámame Phil.

Billy dirige un gesto de despedida a sus luces de posición antes de subir el resto de la rampa hasta el tercer nivel. Hay un ascensor, pero le apetece caminar. Quiere preguntarse por qué coño ha hecho lo que acaba de hacer. O por qué se prestó a la partida de Monopoly con Derek y Shanice Ackerman, sobre todo sabiendo que querrán la revancha el próximo fin de semana y que es probable que los complazca. ¿Qué ha sido de su tendencia a mostrarse cordial pero evitar las relaciones estrechas? ¿Puedes formar parte del paisaje cuando estás en primer plano?

La respuesta breve es no.

Trascurre el verano. Días calurosos y húmedos de sol cegador se intercalan con repentinas tormentas eléctricas, algunas atroces, con granizo como piedras. Se desatan dos tornados, pero en las afueras, no en el centro ni en Midwood. Cuando las tormentas remiten, las calles despiden vaho y se secan enseguida. La mayoría de los apartamentos de las plantas superiores de la Torre Gerard están vacíos, ya sea porque continúan desocupados o porque los inquilinos los han abandonado en busca de climas más frescos. En cambio, la mayor parte de las oficinas están a pleno rendimiento, con todo su personal, porque son empresas recién creadas que aún pugnan por consolidarse. Algunas, como el bufete del rellano donde Billy tiene el despacho, ni siquiera existían hace dos años.

Billy y Phil Stanhope van a tomar una copa como han acordado, en un bar agradable, revestido de madera, contiguo a lo que, supone Billy, es uno de los mejores restaurantes de Bluff, donde la especialidad de la casa son los filetes. Ella toma un whisky con soda («La bebida preferida de mi padre», dice). Billy opta por un Arnold Palmer, aclarando que no va a probar el alcohol, ni siquiera una cerveza, mientras trabaje en el libro.

—No sé si soy realmente un alcohólico, eso está por verse —dice—, pero he tenido problemas con la bebida. —Le expone una historia de fondo

que le han proporcionado Nick y Giorgio: demasiada bebida en New Hampshire con demasiados amigos juerguistas.

Aunque pasan una media hora bastante agradable, Billy percibe que el interés de ella en él —es decir, como algo más que un amigo— no es tan fuerte como esperaba. Piensa que se debe al abismo existente entre el contenido de sus vasos. Tomar whisky con un hombre que tiene ante sí una mezcla de té helado con limonada es como beber sola, y quizá la propia Phil tenga un problema con la bebida (el color que asoma rápidamente a sus mejillas mientras apura su vaso es indicio de que podría ser así). O llegue a tenerlo, en años venideros. Es una lástima que las cosas sean como son, porque a Billy no le importaría llevársela a la cama, pero dejarlo en una relación de amigos reduce el riesgo de complicaciones. Con Phil, no se diluirá completamente en un segundo plano —existe una simpatía mutua—, pero ninguna unidad forense encontrará jamás sus huellas dactilares en el dormitorio de ella. Eso es bueno. Para los dos. Aun así, incluso este nivel de cercanía, intercambiar someros perfiles biográficos (el de ella real, el de él falso), es excesivo, y él lo sabe.

La historia de fondo de Dalton Smith no incluye problemas con la bebida, y por tanto puede tomarse una cerveza en el porche trasero del número 658 de Pearson en compañía del marido de Beverly. Don Jensen trabaja para una empresa de paisajismo llamada Growing Concern. Coincide plenamente en sus opiniones con ese otro Don, el que se aloja en el caserón mucho más suntuoso del 1600 de Pennsylvania Avenue. Concuerda con ese otro Don sobre todo en lo que se refiere al tema de la inmigración («No quiero ver Estados Unidos pintado de marrón», dice), a pesar de que gran parte de la mano de obra de Growing Concern se compone de extranjeros indocumentados que no saben inglés («Aunque sí saben de vales de comida», dice). Cuando Billy señala la contradicción,

Don Jensen le quita importancia con un gesto («Los actores de cine vienen y van, pero los espaldas mojadas se quedan para siempre», dice). Pregunta a Billy cuál es su próximo destino, y Billy dice que pasará un par de semanas en Iowa City. Después irá a Des Moines y a Ames.

—Desde luego, no pasas mucho tiempo aquí —dice Don—. Es como tirar el dinero del alquiler.

—El verano es siempre mi época de más actividad. Y necesito un sitio donde asentarme. En otoño me verás más.

—Brindo por eso. ¿Quieres otra cerveza?

—No, gracias —responde Billy, y se pone en pie—. Tengo que trabajar.

—Obseso —dice Don, y le da una afectuosa palmada en la espalda.

—Culpable de todos los cargos —dice Billy.

En Evergreen Street, los Ragland —Paul y Denise— lo invitan a comer pollo a la barbacoa de Big Clucks. De postre, Denise sirve tarta de fresa, hecha en su propia cocina. Está deliciosa. Billy repite. Los Fazio —Pete y Diane— lo invitan el viernes a pizza, que comen en la sala de juegos de abajo, viendo *En busca del arca perdida* con Danny Fazio y los hijos de los Ackerman, de la casa de enfrente. La película tiene en ellos el mismo efecto que tuvo en Billy y Cathy cuando fueron a verla de reestreno al antiguo Bijou. Jamal y Corinne Ackerman, en su casa, lo agasajan con unos tacos y un pastel de seda de chocolate. Está delicioso. Billy repite. Ha engordado dos kilos. Como no quiere que lo tomen por el vecino gorrón, compra una parrilla en el Walmart, utilizando una de las tarjetas de crédito a nombre de David Lockridge, e invita a las tres familias, además de a Jane Kellogg, la viuda que vive en el otro extremo de la manzana, a comer hamburguesas y perritos calientes en el jardín de atrás. Que, como el de delante, ha revivido bajo su supervisión.

Prosiguen las partidas de Monopoly de los fines de semana. Ahora atraen a niños de todo el barrio, no solo de Evergreen Street, que compiten por destronar al campeón. Billy los despluma a todos. Un sábado, Jamal Ackerman toma asiento junto al tablero, reclamando el coche de carreras como ficha («Vamos, América Blanca», dice a Billy con una sonrisa). Resiste un poco más que los niños, pero no mucho. Al cabo de setenta minutos, está en bancarrota, y Billy se regodea. Es Corinne quien por fin lo derrota, el último sábado antes de que se reanuden las clases en los colegios. Todos los niños, que no han parado de entrometerse, aplauden cuando Billy se declara en bancarrota. También Billy. Corinne hace una reverencia y luego toma una foto del tablero, en la que Billy procura no dejarse ver. No es que tenga una gran trascendencia. Viven en los tiempos de los móviles con cámara, y seguramente su imagen ha quedado registrada en el de Derek. Es probable que también en el de Danny Fazio. Los hijos de los Ackerman miran a Billy con los ojos brillantes mientras aplauden. Estas partidas se han convertido en algo importante para Derek y Shanice. Para todos los niños, pero sobre todo para ellos, porque ya estaban cuando empezaron las partidas de los sábados. El propio *Billy* se ha convertido en alguien importante para ellos, y va a defraudarlos. No cree (porque no puede o porque se niega) que vaya a romperles el corazón cuando mate a Joel Allen, pero sabe que se sorprenderán y quedarán conmocionados. Desilusionados. Indignados. Billy puede decirse que si no les pasa con él, les pasará con otra persona (y se lo dice), pero no logra engañarse. No es así como se comporta una buena persona. Sin embargo, la situación es inamovible. Cada vez se aferra más a la esperanza de que Allen eluda la extradición, o que lo maten en la cárcel, o incluso que escape, con lo que todo quedará en nada.

Entre semana come en la plaza cercana a la Torre Gerard, si no hace demasiado calor. Se propone entablar relación con Colin White, el de la ropa llamativa. En una primera impresión, White no es un gay estereotípico, sino una verdadera caricatura, un personaje cómico salido de una telecomedia de los años ochenta. Recurre sin cesar al cuchicheo, los gestos exagerados y las miradas con los ojos en blanco. Llama a Billy «cariño» y «cielo». En cuanto Billy traspasa esa fachada, descubre a un hombre de gran ingenio. De un ingenio *afilado*. Y cuando no pone los ojos en blanco, estos observan con aguda percepción. Más adelante, una vez realizado el trabajo, correrán muchas descripciones de David Lockridge. Algunas, incluida la de Phillys Stanhope, serán aceptables, pero Billy cree que la de este hombre será la más precisa. Se propone utilizar a Colin White, pero entretanto ha de tener cuidado con él. Billy tiene su *lado tonto*; cree que Colin White tiene su *lado cabroncete*. El ladrón conoce a los de su condición.

Un día, mientras están sentados en un banco a la escasa sombra que hay en la plaza a la hora del almuerzo, Billy pregunta a Colin cómo puede dedicarse a embaucar a la gente para sacarle unos pavos cuando en esencia, reconozcámoslo, es un buen tío y, para colmo, gay a más no poder. Colin se lleva la mano a un lado de la cara, mira a Billy con los ojos muy abiertos en una expresión de ingenuidad, y dice: «Bueno... digamos que... *cambio*». Baja la mano. La sonrisa afable (realzada por un ligerísimo toque de brillo de labios) desaparece. También el deje afectado. La voz que sale del delicado Colin White, vestido hoy con el pantalón dorado de estilo paracaídas y la camisa con estampado de cachemira, es la de un abogado de mala uva.

—Señora, no sé a quién le ha estado dando coba, pero yo soy inmune. Se le ha acabado el tiempo. ¿Quiere conservar el coche? Porque si cuelgo

sin recibir nada de usted, y *no me refiero solo a una promesa*, mi próxima llamada será a la empresa de recuperación de impagos con la que trabajamos. Llore todo lo que quiera, también soy inmune a eso. —En efecto, lo parece—. Necesito sesenta pavos en mi pantalla en los próximos diez minutos. Cincuenta como mínimo, y solo porque esta mañana me he levantado con el pie derecho. —Se interrumpe y mira a Billy con los ojos muy abiertos (realzados por una pizca de delineador)—. ¿Te ayuda eso a entenderlo?

Lo ayuda. No lo ayuda, sin embargo, a entender si Colin White es buena o mala persona. Quizá sea las dos cosas. Ese concepto siempre ha inquietado a Billy.

2

Ese verano recibe mensajes de texto de su «agente» en el teléfono de David Lockridge, a veces uno por semana, a veces dos.

GRusso: Tu editor aún no ha tenido ocasión de leer tus últimas páginas.

GRusso: He llamado a tu editor pero no estaba en la oficina.

GRusso: Tu editor sigue en California.

Y así sucesivamente. El que está esperando, el que significará que un juez de California ha aprobado la extradición de Allen, será **Tu editor quiere publicar**. Cuando Billy lo reciba, iniciará sus preparativos finales.

El último mensaje de Giorgio será: **El cheque está en camino.**

3

Nick regresa de Las Vegas a mediados de agosto. Llama por teléfono a Billy y le dice que se presente en la supermansión cuando anochezca, instrucción que Billy en realidad no necesita. Se sientan a cenar a las nueve y media. No hay servicio. Nick cocina él mismo: ternera a la parmigiana, nada del otro mundo, pero el pinot noir está bueno. Billy toma solo una copa, consciente de que ha de conducir de vuelta.

Están presentes Frankie, Paulie y los nuevos, Reggie y Dana. Elogian de forma exagerada la comida, incluido el postre, que es un bizcocho de supermercado con crema batida, sea Cool Whip o Dream Whip. Billy reconoce el sabor. Comió no poca de niño, los viernes por la noche en casa de los Stepenek, que Robin, Gad y él, junto con los demás chicos acogidos, llamaban la Casa de la Pintura Interminable.

Ese lugar acude a su mente con frecuencia en los últimos días. Robin también. Estaba loco por aquella chica. Pronto escribirá sobre ella, aunque le cambiará el nombre por uno parecido. Rikki o tal vez Ronnie. Cambiará todos los nombres, excepto quizá el de la chica tuerta.

La mayor parte de la cuadrilla de Nick, los hombres a quienes Billy considera rufianes de Las Vegas, tienen nombres terminados en «-ie», como los personajes de una película de Coppola o Scorsese. Dana Edison es distinto. Es un pelirrojo con un pequeño moño apretado en la nuca que compensa lo que ha perdido en la parte de delante: su frente parece más bien una pista de aterrizaje. Frankie Elvis, Paulie y Reggie son hombres corpulentos. Dana es menudo y contempla el mundo a través de unas gafas con montura al aire. A primera vista, podría tomárselo por un individuo inofensivo, un pusilánime, pero detrás de las lentes hay unos ojos azules y fríos. Ojos de tirador.

—¿Aún no hay noticias de Allen? —pregunta Billy cuando terminan de cenar.

—Pues sí que las hay. —Después, dirigiéndose a Paulie, añade—: No enciendas esa puta bomba fétida aquí. Está prohibido fumar. El incumplimiento es causa de rescisión inmediata del contrato, más una multa de mil dólares.

Paulie Logan mira el puro que se ha sacado del bolsillo de la camisa rosa de marca Paul Stuart como si no supiera de dónde ha salido y vuelve a guardárselo mascullando una disculpa.

—Allen comparece en el juzgado a primeros de septiembre, el martes después del día del Trabajo. Su abogado intentará conseguir otra prórroga. ¿Se la concederán? —Nick levanta las manos con las palmas hacia arriba—. Puede ser, pero, por lo que me dicen mis amigos de Los Ángeles, el juez es un cabrón, un viejo cascarrabias.

Frank Macintosh se ríe, pero, ante la mirada adusta de Nick, se interrumpe en el acto y cruza los brazos a la altura del pecho. Nick lleva casi toda la noche de un humor de perros. Billy cree que quiere volver a Las Vegas, a escuchar a alguna vieja gloria —Frankie Avalon o tal vez Bobby Rydell— cantar «Volare».

—Según me dicen, Billy, el verano aquí ha sido lluvioso. ¿Es verdad?

—Va y viene —contesta Billy, pensando en el césped de Midwood. Está tan verde como el fieltro de una mesa de billar nueva. Incluso la hierba de delante de Pearson 658 presenta mejor aspecto, y al otro lado de la calle los contornos desiguales de ladrillo de la estación de tren en ruinas quedan ocultos por la maleza crecida.

—Cuando viene, viene con fuerza —dice Reggie—. No es como en Las Vegas, jefe.

—¿Puedes disparar con lluvia? —pregunta Nick—. Eso es lo que quiero saber. Y quiero la verdad, nada de fantasías optimistas.

—A menos que llueva a cántaros, sin duda.

—Bien. Bien. Esperemos que ese día no vuelquen los cántaros. Acompáñame a la biblioteca, Billy. Quiero hablar contigo un poco más. Luego puedes irte a casa para acostarte temprano y dormir tus horas. Vosotros, chicos, buscad algo que hacer. Paulie, si te fumas eso fuera, que no me encuentre la colilla mañana en el jardín.

—De acuerdo, Nick.

—Porque miraré.

Paul Logan y los tres hombres importados de Las Vegas salen juntos. Nick lleva a Billy a una habitación revestida de libros desde el suelo hasta el techo. Unos curiosos focos direccionales iluminan desde arriba colecciones encuadernadas en piel. A Billy le encantaría echar una buena ojeada a esas estanterías —está casi seguro de que ve las obras completas de Kipling y Dickens—, pero el Billy que Nick conoce no haría una cosa así. El Billy que Nick conoce se sienta en un sillón de orejas y, con los ojos muy abiertos, fija en Nick su mirada de persona dispuesta a escuchar.

—¿Has visto por ahí a Reggie y a Dana?

—Sí. De vez en cuando.

Van en una furgoneta del DOP. Una vez los vio aparcados frente a la Torre Gerard, donde se instalan los puestos de comida al mediodía. Estaban manipulando la tapa de una boca de alcantarilla. En otra ocasión se encontraban en Holland Street; arrodillados, alumbraban la cloaca a través de la rejilla de desagüe con sus linternas. Vestían monos grises, gorras, botas de trabajo.

—Los verás más a menudo. ¿Dan el pego?

Billy se encoge de hombros.

Nick reacciona con un gesto impaciente.

—¿Qué quiere decir eso?

—Dan el pego.

—¿No llaman la atención más de la cuenta?

—No, por lo que yo he visto.

—Bien. Bien. Ahora la furgoneta está en la cochera. No la sacan todos los días, o al menos todavía no, pero quiero que la gente se acostumbre a verlos rondar.

—Que se integren en el paisaje —dice Billy con la mejor sonrisa de su *lado tonto*.

Nick lo apunta formando un arma con los dedos. Es un gesto característico suyo, como Billy sabe, extraído probablemente de algún número de cabaret de Las Vegas, pero a Billy no le gusta que lo apunten ni siquiera con una pistola imaginaria.

—Eso mismo. ¿Hoff te ha entregado ya el arma?

—No.

—¿Lo has visto?

—No, y tampoco tengo muchas ganas.

—Vale. —Nick deja escapar un suspiro y se desliza la mano entre el cabello—. Seguramente querrás regular la mira, ¿no? ¿Disparar unas cuantas veces en el campo?

—Es posible —dice Billy, aunque no se arriesgará a disparar, ni siquiera en uno de esos rincones perdidos donde todas las señales de stop están acribilladas a balazos. Puede ajustar el rifle con una aplicación de iPhone y un dispositivo láser que venden en Amazon.

Nick se inclina hacia delante con las manos cruzadas ante su considerable vientre. Adopta una expresión de interés cordial. A Billy se le antoja una impostura.

—¿Cómo te va en...? ¿Cómo se llama? ¿Midwood?

—Midwood, sí. Bastante bien.

—Aquello es un nido de mierda, ya lo sé, pero la paga lo merece.

—Sí —dice pensando que en realidad es un barrio bastante agradable.

—¿Llevas una vida discreta?

Billy asiente. No hace falta que Nick sepa nada sobre las partidas de Monopoly, o las reuniones en su jardín trasero, o la copa que tomó con Phil Stanhope. Ni ahora ni nunca.

—¿Has vuelto a pensar en el plan de fuga que te comenté? Porque, como ves, los chicos estarán listos cuando llegue el momento. Reggie no es ingeniero aeroespacial, pero Dana es una cabeza pensante. Y los dos son buenos conductores.

—Solo tengo que ir corriendo hasta la esquina, ¿no? Y montar en la parte trasera de la furgoneta.

—Exacto, y ponerte uno de esos monos que llevan los empleados municipales. Preguntáis a la poli si podéis ayudar con el control de la multitud o algo así. —Como si Billy hubiera olvidado todo eso—. Si dicen que sí... lo más seguro es que digan que no, pero si dicen que sí... echáis una mano. En cualquier caso, estarás fuera del estado y camino de Wisconsin para cuando anochezca. Quizá antes. Bueno, ¿qué opinas?

Billy se imagina a sí mismo no de camino a Wisconsin, sino muerto en la cuneta de una carretera secundaria entre latas de cerveza y cajas de Big Mac tiradas. Esa imagen es muy nítida.

Sonríe —con una *amplia* sonrisa— y dice:

—Pinta bien. Mejor que cualquier cosa que pudiera haberseme ocurrido a mí.

Lo cual es mentira: su propio plan de fuga, después de darle muchas vueltas, le parece sólido. Entraña riesgos, pero son mínimos. Nick no

necesita conocerlo. Puede que después se cabree, pero, a decir verdad, ¿hasta qué punto puede cabrearse una vez concluido el trabajo?

Nick se pone en pie.

—Bien. Encantado de ayudarte a escapar, Billy. Eres un buen hombre.

No, no lo soy, y tú, tampoco.

—Gracias, Nick.

—El último trabajo, ¿eh? ¿Eso va en serio?

—Sí.

—Pues ven aquí, *bambino*, y dame un abrazo.

Billy lo complace.

No es que no confíe en Nick, piensa de regreso a la casa amarilla. Es solo que se fía más de sí mismo. Siempre ha sido así, y siempre lo será.

4

Un par de días más tarde, llaman a la puerta de su pequeña oficina. Billy ha estado escribiendo, abstraído en un pasado que es en parte el de Benjy Compson, pero sobre todo el suyo. Guarda el trabajo, cierra el ordenador y abre la puerta. Es Ken Hoff. Da la impresión de haber perdido cinco kilos desde que Billy lo vio en junio. El asomo de barba se ve más desaliñado que nunca. Quizá todavía crea que le confiere aspecto de protagonista de una película de acción, pero a Billy le parece más bien un hombre que se pasa un día sobrio y cinco borracho. Su aliento no ayuda. El chicle de menta que está mascando no camufla el olor del par de copas que ha tomado en el camino, a las once menos veinte de la mañana. Lleva el nudo de la corbata impecable, pero la camisa arrugada y el faldón un poco salido por un lado. Este es un problema andante, piensa Billy.

—Hola, Billy.

—Soy Dave, ¿recuerda?

—Ah, sí, Dave, claro. —Hoff mira por encima del hombro para asegurarse de que en el rellano no hay nadie que pueda haber oído su error —. ¿Puedo pasar?

—Claro, señor Hoff. —No va a llamar Ken al hombre que en esencia es su casero. Se hace a un lado.

Hoff echa otra ojeada por encima del hombro y entra. Se quedan en lo que sería la recepción si realmente se tratase de la oficina de una empresa. Billy cierra la puerta.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Nada, gracias. —Hoff se humedece los labios, y Billy advierte que ese hombre le tiene miedo—. Solo he venido a ver si todo está... ya sabes, en orden. Si necesitas algo.

Lo ha enviado Nick, piensa Billy. ¿El mensaje? Has empezado con mal pie con Billy y es nuestro hombre in situ, así que arréglalo.

—Solo una cosa —dice Billy—. Se asegurará de que la mercancía esté a punto cuando la necesite, ¿no? —Se refiere al M24. Lo que Hoff llamó «Remington 700».

—Eso está bajo control. Bajo control, amigo mío. ¿Lo quieres ya o...?

—No. Uno de nuestros amigos le avisará cuando llegue el momento. Hasta entonces guárdelo en lugar seguro.

—No hay problema. Está en mi...

—No quiero saberlo. Todavía no. —Cada día tiene bastante con su inquietud, piensa. Evangelio según san Mateo. Lo que quiere hoy es seguir con lo que estaba haciendo. No tenía ni idea de lo bien que puede llegar a sentirse uno al escribir.

—Sí, claro. Oye, ¿quieres que vayamos a tomar una copa algún día?

—No sería buena idea.

Hoff sonríe. Tal vez sea una sonrisa encantadora cuando está en su medio, pero ahora no lo está. Ahora está en una oficina en compañía de un asesino a sueldo. Eso es parte del problema, pero no todo. Hoff es un hombre que siente que las paredes se estrechan en torno a él, y Billy no cree que sea porque sospecha que quizá lo utilicen como chivo expiatorio. Debería saberlo, pero no lo sabe. Quizá ni siquiera pueda concebirlo, del mismo modo que Billy no puede concebir la existencia, como objetos reales, de agujeros negros a gran distancia en el espacio.

—No pasaría nada. Al fin y al cabo, eres *escritor*. Desde el punto de vista social, estás en mi zona.

A saber qué quiere decir eso, piensa Billy.

—No convendría de cara al futuro. No le convendría a usted. Podría contestar a cualquier pregunta, decir que no tenía la menor idea de lo que yo me proponía aquí en realidad, pero sería mejor que no llegaran a hacerle esas preguntas.

—Pero no hay mal rollo *entre nosotros*, ¿verdad, Billy?

—Me llamo Dave. Tiene que acostumbrarse a eso o se le escapará. Y claro que no hay mal rollo, ¿por qué iba a haberlo? —Billy, con los ojos muy abiertos, le dirige una mirada de su *lado tonto*.

Surte efecto. Esta vez la sonrisa de Hoff es ligeramente más encantadora, porque no asoma la lengua para lamerse los labios al mismo tiempo.

—Dave ahora y para siempre. No volveré a olvidarlo. ¿Seguro que no necesitas nada? Porque, oye, soy el dueño del Carmike Cinema, en el centro comercial Southgate, nueve salas, el año que viene tendremos IMAX. Podría conseguirte un pase si...

—Eso estaría muy bien.

—Estupendo. Te lo traeré esta tar...

—¿Por qué no lo envía por correo? Aquí o a la dirección de Evergreen Street. La tiene, ¿verdad?

—Sí, claro. Me la dio tu agente. En verano ponen todas las películas importantes, ¿sabes?

Billy asiente con la cabeza como si se muriera de ganas de ir a ver a un puñado de actores con supertrajes.

—Y otra cosa, Dave, tengo un contacto en una agencia de acompañantes. Chicas muy amables, muy discretas. Jóvenes. Con mucho gusto, yo...

—Mejor no. No hay que llamar la atención, ¿recuerda? —Abre la puerta. Hoff no es solo un problema; Hoff es un accidente a punto de ocurrir.

—¿Irv Dean te trata bien?

El guardia de seguridad que trabaja durante el día en el vestíbulo.

—Sí. A veces compramos billetes de rasca y gana de un dólar y competimos el uno contra el otro.

Hoff suelta una risotada demasiado estridente; luego vuelve a mirar por encima del hombro para comprobar si podrían haberlo oído. Billy se pregunta si Colin White y los demás empleados de Business Solutions tienen a Ken Hoff en su lista de llamadas. Probablemente no. La gente a la que Ken debe dinero —y *debe* dinero, Billy está seguro— no llama por teléfono. Llegado un punto, sencillamente se presentan en tu casa, ahogan a tu perro en la piscina y te rompen los dedos de la mano con la que no extiendes los cheques.

—Bien, eso está bien. ¿Y Steve Broder? —pregunta. En respuesta a la cara de incompreensión de Billy, aclara—: El portero del edificio.

—Ni siquiera lo he visto —dice Billy—. Oye, Ken, gracias por pasarte.
—Billy rodea los hombros de la camisa arrugada del hombre, lo acompaña al rellano y lo dirige hacia los ascensores.

—No hay de qué. Y en cuanto necesites la mercancía, ahí la tendrás.

—No lo dudo.

Hoff empieza a alejarse por el rellano, pero, justo cuando Billy cree que se ha librado de él, vuelve. Ya sin ocultar la desesperación en la mirada. Habla en voz baja:

—¿Sin malos rollos, pues? O sea, si te he ofendido de alguna manera, o te he cabreado, te pido disculpas.

—Nada de malos rollos —asegura Billy. Pensando: Este tipo podría estallar. Y si eso ocurre, no será Nick Majarian quien esté en la zona cero. Seré yo.

—Porque necesito esto —dice Hoff. Todavía en voz baja. Con su olor a chicle Certs y alcohol y colonia Creed—. Es como si yo fuera un *quarterback* y los receptores estuvieran cubiertos, pero de pronto se abriera una brecha, se abriera como por arte de magia, y yo... ya me entiendes, yo...

En medio de esta metáfora entrecortada, se abre la puerta del bufete del rellano. Jim Albright sale y se dirige al cuarto de baño. Ve a Billy y alza una mano. Billy levanta la suya en respuesta.

—Me hago cargo —dice Billy—. Todo saldrá bien. —Y como no se le ocurre qué más decir, añade—: *Touchdown* a la vista.

A Hoff se le ilumina el rostro.

—¡Tercera y línea de meta! —dice. Agarra la mano de Billy, se la estrecha vigorosamente y se aleja por el pasillo intentando ofrecer una imagen de desenfado.

Billy lo observa hasta que entra en el ascensor y se pierde de vista. Quizá debería salir corriendo de aquí, piensa. Comprar una tartana a nombre de Dalton Smith y salir corriendo.

Pero sabe que no lo hará, y el millón y medio restante es solo la mitad de la razón. Lo que lo espera en el despacho/sala de reuniones es la otra mitad. Tal vez más de la mitad. El mayor deseo de Billy no es jugar al Monopoly o beber cerveza con Don Jensen o acostarse con Phil Stanhope o disparar contra Joel Allen. Su mayor deseo es escribir. Se sienta y enciende el ordenador. Abre el documento en el que ha estado trabajando y se sumerge en el pasado.

Me acerqué a él y me dije que a lo mejor tenía que pegarle otro tiro. Si tenía que hacerlo lo haría. Era el novio de mi madre pero se portaba mal. Parecía muerto pero tenía que asegurarme así que me lamí bien la mano y me arrodillé a su lado. Puse la mano húmeda delante de su boca y su nariz para ver si aún respiraba. No respiraba así que supe con toda seguridad que estaba muerto.

Sabía qué debía hacer a continuación, pero primero me acerqué a Cassie. Me hacía esperanzas pero sabía que también ella estaba muerta. Tenía que estarlo, con el pecho así de aplastado. Pero me lamí bien la mano y la puse delante de su boca pero ella tampoco respiraba. La sostuve entre mis brazos y lloré, pensando en lo que mi madre siempre decía cuando se marchaba a la lavandería, cuida de tu hermana. Pero no cuidé de ella. Debería haberle pegado un tiro a ese hijo de puta antes, así sí habría cuidado de ella. Y de paso habría cuidado de mi madre porque yo sabía que él a veces la pegaba y ella se reía de su ojo morado o su labio partido y decía estábamos luchando Benjy y me di un golpe en la cara. Como si yo fuera a creérmelo. Eso no se lo creía ni Cassie y solo tenía 9 años.

Cuando terminé de llorar fui al teléfono. Funcionaba. No siempre era así pero aquel día sí porque el recibo estaba pagado. Llamé al 911 y contestó una mujer.

La saludé y dije me llamo Benjy Compson y acabo de matar al novio de mi madre después de matar él a mi hermana. La mujer me preguntó si estaba seguro de que había muerto. Dije que sí. Ella me preguntó cuál es tu dirección hijo. Dije es Skyline Drive 19, en el parque de caravanas Hillview. Ella dijo está tu madre. Dije no, está en la lavandería abierta las 24 horas de Edendale donde trabaja. Me preguntó estás seguro de que tu hermana ha muerto. Le dije que sí porque él la ha pisoteado y le ha aplastado el pecho. Dije me he lamido la mano y he probado si tenía aliento y no lo tenía. Ella dijo de acuerdo hijo quédate donde estás y enseguida llegarán unos agentes. Le dije gracias señora.

Se podría pensar que la policía estaría ya de camino por el disparo y tal, solo que el parque de caravanas estaba en el límite del pueblo y la gente siempre andaba disparando

a los ciervos y los mapaches y las marmotas en sus jardines. Además, eso era Tennessee. Allí la gente disparaba sus armas a todas horas, en Tennessee eso es como un pasatiempo.

Me pareció oír algo, como si a lo mejor el novio de mi madre estuviera levantándose para echarse sobre mí pese a estar muerto. Sabía que no podía hacerlo solo que estaba acordándome de una película en la que me colé. Colé también a Cassie conmigo y ella se tapaba los ojos en las partes más sangrientas y luego tuvo pesadillas y supe que había hecho mal en llevarla. No sé por qué la llevé. Me parece que dentro de la gente hay una especie de maldad y a veces sale como sangre o pus. Echaría marcha atrás lo de esa película si pudiera pero no lo de pegarle un tiro al novio. Era una persona mala, muy mala para matar a una niña inofensiva. Lo habría hecho incluso si por eso hubiese acabado en el reformatorio.

En todo caso los zombis solo existen en las películas de terror. Ese estaba más muerto que una piedra. Me pregunté si debía tapar a Cassie con una manta o algo así pero pensé que mejor no, eso sería triste y horroroso, así que llamé a la lavandería abierta las 24 horas. Había un papel con el número pegado a la pared donde estaba colgado el teléfono. En la lavandería abierta las 24 horas contestó una mujer y dije me llamo Benjy Compson y tengo que hablar con mi madre Arlene Compson, que trabaja en los escurridores. Preguntó es una emergencia. Dije sí señora lo es. Ella dijo esta mañana estamos muy ocupados, cuál es esa gran emergencia. Lo que me pareció propio de una persona metomentodo y estirada, quizá solo por lo alterado que yo estaba, pero no lo creo. Dije mi hermana está muerta. Esa es la gran emergencia. Ella dijo Dios mío estás seguro y yo dije déjeme hablar con mi madre por favor. Porque ya estaba harto de esa metomentodo.

Esperé y al final mi madre se puso al teléfono sin aliento y dijo Benjy ¿qué ha pasado? Más vale que esto no sea una broma. Y yo pensé que sería mejor para todos nosotros que sí fuera una broma pero no lo era. Dije que su novio llegó muy borracho con el brazo enyesado y mató a Cassie e intentó matarme a mí pero yo le pegué un tiro. Dije ya viene la policía, oigo las sirenas, así que ven a casa y no les dejes que se me lleven a la cárcel porque era él o yo.

Salí al peldaño más alto de la caravana, que en realidad no tenía peldaños sino bloques de cemento que el último novio de mi madre, el de antes del novio malo, convirtió en peldaños. Ese se llamaba Milton y estaba bien. Ojalá se hubiese quedado pero se marchó. No quería cargar con la responsabilidad de dos niños, dijo mi madre. Como si fuera culpa nuestra. Como si hubiésemos pedido que nos trajeran al mundo. El caso es que salí a esos peldaños porque no quería estar dentro de la caravana con personas muertas. Seguía preguntándome si Cassie de verdad estaba muerta y diciéndome sí, de verdad lo está.

Llegaron los primeros polis y yo estaba contándoles lo que había pasado cuando apareció mi madre. Los polis intentaron impedirle entrar pero ella entró igualmente y cuando vio a Cassie gritó y gimió y siguió así tanto tiempo que me tape los oídos con las

manos. Y estaba enfadado con ella. Pensé qué te creías que iba a pasar. Ya nos había pegado antes igual que te pegaba a ti así que qué te creías que iba a pasar. Tarde o temprano las personas malas hacen cosas malas, eso lo sabe hasta un niño.

Para entonces todos los vecinos habían salido y miraban. Uno de los polis era amable. Me sentó en el coche patrulla donde los vecinos no me veían tan fácilmente y me dio un abrazo. Dijo ay unos caramelos en la guantera, quieres uno, y le dije no, gracias. Dijo bien Benjy cuéntame lo que ha pasado. Y se lo conté. No sé cuántas veces lo conté pero fueron unas cuantas. El caso es que empecé a llorar y el poli me dio otro abrazo y me dijo que era un niño valiente y pensé que ojalá mi madre tuviera un novio como ese hombre.

Mientras yo estaba en el coche patrulla y contaba lo que había pasado, llegaron más polis y una furgoneta en la que se leía UNIDAD FORENSE DE LA POLICÍA DE MAYVILLE. Un poli de la furgoneta tomó fotos y yo vi algunas más tarde en el juzgado pero no de los cadáveres. No sé porque en el juzgado la gente pensó que yo no podía ver las fotos de cadáveres que ya había visto en persona. Pero lo que quiero decir es que una de las fotos que tomó ese hombre llegó al periódico. Se veían las galletas que había hecho mi hermana, desparramadas por el suelo. Debajo decía la mataron por unas galletas. Eso nunca lo he olvidado, porque era cruel y real al mismo tiempo.

Tuve que ir al juzgado. No había un juez sino 3 personas. Eran 2 hombres y 1 mujer que parecían maestros y hablaban como maestros. Aparte de ellos en la sala solo estábamos yo y mi madre y los polis que llegaron primero a la caravana, lo que llamaban «el lugar de los hechos». No teníamos un abogado como en la serie Ley y orden ni lo necesitábamos. La mujer dijo que yo era un niño valiente y le dijo a mi madre que me mandara a terapia. Mi madre contestó que le parecía buena idea, luego me dijo a mí que algunas personas se pensaban que el dinero crecía en los árboles.

Íbamos a marcharnos y pensé que ya había terminado pero entonces 1 de los hombres dijo un momento, señora Compson. Tengo que decirle una cosa. Tengo que decir que usted habrá de cargar con parte de la culpa de esta tragedia. Luego le contó un cuento de un escorpión que suplicó a una rana de buen corazón que lo ayudara a cruzar un río impetuoso pero a medio camino el escorpión picó a la rana y la rana dijo porque has hecho eso, ahora nos ahogaremos los dos y el escorpión dijo picar forma parte de mi naturaleza y tú ya sabías que era un escorpión cuando me dejaste montar en tu lomo.

Luego el hombre dijo usted cargó con un escorpión señora Compson y este mató a su hija pequeña con su picadura. Podría haber perdido también a su hijo. No lo ha perdido pero el trauma lo acompañará durante el resto de su vida. Le sugiero que la próxima vez que se cruce con un escorpión lo aplaste con el pie en lugar de llevarlo a cuestras.

Mi madre se puso roja y le dijo como se atreve. Yo nunca habría puesto en peligro a mis hijos si hubiera sabido que podía pasar algo así. El hombre dijo conserva usted la custodia del pequeño Benjamin porque no podemos demostrar nada. Pero me sorprendería que el

señor Russell no le diera avisos de su naturaleza violenta, quizá solo algunos, quizá muchos.

Mi madre se echó a llorar y al verla también a mí me entraron ganas de llorar. Ella dijo es usted muy injusto, ahí sentado en su pedestal. ¿Cuándo fue la última vez que tuvo que hacer 40 horas de trabajo pesado para llevar comida a casa? Él dijo esto no tiene nada que ver conmigo, señora Compson. Usted ha perdido a una hija por una mala elección, no pierda también a su hijo. Esta vista queda cerrada.

2

En algún momento del verano —su época de múltiples identidades—, Billy relee el relato de Bob Raines y la posterior vista. Luego se acerca a la ventana y observa el juzgado, donde un coche de la oficina del sheriff se ha detenido junto al bordillo. Dos polis con el uniforme marrón del condado se apean de la parte delantera. Uno abre la puerta de atrás, y esperan a que salga el hombre de dentro. El reo, larguirucho, lleva unos vaqueros de estilo carpintero con los fondillos holgados y una sudadera de color morado vivo —que abriga demasiado para un día como este— con el emblema de los Razorbacks de Arkansas. Incluso a quinientos metros, Billy tiene la impresión de que es un comemierda. Los polis lo sujetan cada uno por un brazo y lo llevan por la ancha escalinata a rendir cuentas de su delito. Es exactamente el disparo que Billy tendrá que hacer cuando llegue el momento (si es que llega), pero apenas lo ve. Está pensando en su relato.

Se propuso contarlos desde la perspectiva de su *lado tonto*, pero la narración ha evolucionado en un rumbo distinto, y solo se ha dado cuenta al leerlo en frío. El *lado tonto* está presente, sin duda, cualquier lector (Nick y Giorgio, por ejemplo) diría que el hombre que lo ha escrito limita sus lecturas básicamente a la revista *Star*, el periódico sensacionalista *Inside View* y los cómics de Archie, pero hay algo más. Es la voz del *lado infantil*.

Billy no tenía intención de escribir con esa voz —al menos conscientemente—, pero es lo que ha hecho. Es como si hubiera emprendido una regresión en estado hipnótico. Tal vez en eso consiste escribir, cuando realmente importa.

¿*En serio* importa, cuando las únicas personas que verán el texto son él y un par de rufianes de Las Vegas que quizá ya hayan perdido el interés?

—Importa —dice Billy a la ventana—. Porque es mío.

Sí, y porque es verdad. Ha cambiado un poco los nombres —Cassie en lugar de Cathy, y su madre se llamaba Darlene, no Arlene—, pero casi todo es verdad. La voz del niño es auténtica. Esa voz nunca tuvo ocasión de hablar, ni siquiera durante la vista en el juzgado. Contestó a las preguntas que se le formularon, pero nadie se interesó en saber qué había sentido al sostener entre los brazos a Cathy con el pecho aplastado. Nadie se interesó en saber qué había sentido cuando le dijeron «cuida de tu hermana» y fracasó en la tarea más importante del mundo. Nadie se interesó en saber cómo se sintió al acercar la mano húmeda a la nariz y la boca de su hermana, albergando esperanzas aun a sabiendas de que no quedaba esperanza. Nadie supo jamás que, por efecto del retroceso del arma, eructó como si no hubiese hecho más que beberse una gaseosa muy deprisa. Ni siquiera el poli que lo abrazó le hizo esas preguntas, y qué alivio experimenta al dejar hablar a esa voz.

Vuelve ante el MacBook abierto y se sienta. Mira la pantalla. Piensa: Cuando llegue a la parte de la Casa de los Stepenek —solo que la llamaré «Casa de los Speck»—, puedo dejar que esa voz sea un poco más adulta. Porque yo era un poco más adulto.

Billy empieza a teclear, al principio despacio, luego va cobrando velocidad. El verano prosigue en torno a él.

Después de la vista yo y mi madre volvimos a casa. Enterramos a Cassie. No sé quién enterró al novio ni me importa. En otoño volví al colegio donde algunos niños empezaron a llamarme Bang Bang Benjy y ese año repetí curso. No me castigaron por pelearme pero hice campana muchas veces y mi madre dijo que tenía que espabilar si no quería que se me llevarán a una casa de acogida. No era eso lo que yo quería así que al año siguiente me esforcé más y aprobé. Cuando me enviaron a Casa de los Speck no fue por mi culpa, fue por culpa de mi madre.

Empezó a beber mucho después de la muerte de Cassie, sobre todo en casa pero a veces se iba a los bares y a veces traía un hombre a casa con ella. Para mí esos hombres eran todos como el novio malo, en otras palabras eran unos capullos. No sé por qué mi madre volvía siempre con esa clase de hombres después de lo que había pasado pero eso hacía. Era como un perro que vomita y luego lo lame. Ya sé cómo suena eso, pero no pienso retirarlo.

Ella y esos hombres, había al menos tres o quizá cinco, entraban en el dormitorio y ella decía que solo estaban luchando pero por supuesto para entonces yo ya tenía edad suficiente y sabía que estaban follando. Entonces una noche cuando ella estaba bebiendo en la caravana se fue al 7-11 a por una caja de galletas de queso y en el camino de vuelta la pararon. La acusaron de conducir borracha y la encerraron en el calabozo durante 24 horas. También esa vez consiguió quedarse conmigo, pero le retiraron el carnet durante seis meses y tuvo que ir a la lavandería en autobús.

Una semana después de recuperar el carnet la pararon por conducir borracha otra vez. Hubo otra vista, esta vez solo para hablar de mí, pero, adivina, ¡el mismo hombre que contó el cuento del escorpión y la rana estaba sentado a la mesa junto con 2 nuevos! Dijo usted otra vez. Mi madre dijo así es, yo otra vez y usted ya sabe que perdí a mi hija. Sabe por lo que he pasado. El hombre dijo lo sé y según parece no ha aprendido usted la lección, señora Compson. Mi madre dijo usted nunca ha estado en mi pellejo. Esa vez mi madre tenía un abogado pero él apenas dijo nada. Después, mi madre lo puso verde y le preguntó para qué servía. El abogado dijo no me ha proporcionado usted gran cosa con la que trabajar, señora Compson. Ella dijo está despedido. Él dijo no puede despedirme porque me voy yo.

Cuando volvimos a la sala del juzgado al día siguiente dijeron que tendría que quedarme en acogida en Casa de los Speck porque no era una madre apta. Ella dijo son unos farsantes y lucharé hasta llegar al Tribunal Supremo. El hombre que contó el cuento de la rana y el escorpión dijo ha estado bebiendo. Mi madre dijo bésame el culo pedazo de gordo cabrón. Él no contestó a eso pero dijo tiene usted 24 horas para reunir las cosas de Benjy,

señora Compson, y para despedirse. Será importante para él que usted esté sobria cuando lo haga. Luego él y los otros 2 se marcharon.

Fuimos a casa en autobús. Mi madre dijo vamos a escaparnos, Benjy. Iremos a otra ciudad y nos cambiaremos de nombre. Empezaremos de cero. Pero al día siguiente todavía seguíamos allí y ese fue mi último día en el parque de caravanas Hillview, el último día que viví con mi madre. Un poli del condado vino a llevarme a Casa de los Speck. Ojalá hubiese sido el poli que me abrazó, pero era otro. Aunque el ayudante del sheriff Malkin tampoco era mala persona.

En cualquier caso, mi madre no causó problemas porque estaba sobria. Dijo al poli he ido dejando lo de hacerle la maleta porque no quería pensar que esto pasaría de verdad. Deme 15 minutos. El poli dijo no ay inconveniente y esperó mientras ella llenaba de ropa un petate. Esperó afuera. Luego ella me preparó dos sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada y los metió en una bolsa y me dijo que me portara bien. Entonces se echó a llorar y también yo lloré. Era culpa suya que yo tuviera que irme, todo era culpa suya, ella fue la que cargó con el escorpión y ella era la que se emborrachaba sin parar y la que lo achacaba a la muerte de Cassie, pero yo lloré porque la quería.

Cuando salimos, el poli dijo que probablemente podría llamar cuando llegara a Casa de los Speck, en Evansville. Mi madre me pidió que llamara a la señora Tillitson, la vecina de al lado, y le dijo al poli es porque en estos momentos no tenemos línea. Lo que significaba que una vez más no se había pagado el recibo. El ayudante Malkin dijo que eso parecía un buen plan y que abrazara a mi madre. Eso hice. Le olí el pelo porque siempre olía bien. Tardamos unas 2 horas en llegar a Evansville. Me senté delante. Detrás de los asientos delanteros, había una malla de alambre que convertía la parte trasera en una jaula. El poli dijo que si no me metía en problemas nunca tendría que viajar ahí atrás. Me preguntó si me metería en problemas y yo dije que no pero estaba pensando que cuando uno va a una casa de acogida en un coche patrulla ya está metido en problemas.

Me comí uno de los sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada y vi que mi madre también había metido en la bolsa un huevo relleno y al verlo me eché a llorar otra vez, pensando en sus manos mientras lo preparaba. El poli me dio unas palmadas en el hombro y dijo ya lo irás superando, hijo. Según su placa se llamaba F. W. S. MALKIN. Le pregunté qué quería decir F. W. S. porque pensé que se refería a una especie de trabajo especial. Dijo que ese era su nombre, Franklin Winfield Scott Malkin, pero dijo puedes llamarme Frank, Benjy.

Para entonces ya no lloraba pero el debió darse cuenta de que estaba triste y quizá también asustado porque alargó el brazo y me dio una palmada en el hombro y dijo saldrás adelante. Ahí ay muchos buenos chicos. Todos se llevan bien y si tú te esmeras, también te llevarás bien con ellos. Conozco todos los hogares de acogida de la zona de los tres condados y el de los Speck no es el peor. Tampoco es el mejor pero nunca hemos tenido

problemas con ellos. He visto cada cosa, no quieras saberlo. Tú pórtate bien y sigue la corriente y todo irá bien.

Dije echo de menos a mi madre. Él dijo claro que la echas de menos y cuando levante cabeza habrá otra vista y podrás irte a casa. Mientras tanto, ella puede venir los miércoles por la tarde y los sábados o los domingos a cualquier hora hasta las 7. Cuando hables con ella, acuérdate de decírselo.

Solo que mi madre nunca levantó cabeza. Siguió bebiendo y encontró un novio que le daba meta y cuando uno se engancha a eso casi nunca levanta cabeza porque anda a rastras la mayor parte del tiempo. Al principio venía a verme bastante, luego de vez en cuando, luego casi nunca y luego dejó de venir. La última vez que vino le faltaban varios dientes y tenía el pelo sucio. Dijo no me gusta que me veas así Benjy y yo dije a mí tampoco me gusta. Dije estás hecha un asco. Por entonces yo era un adolescente, y los adolescentes dicen cualquier cosa para hacer daño cuando les han hecho daño a ellos.

La Casa de los Speck estaba en el campo. Era una ruina pero grande como una mansión con habitaciones por todas partes, 3 plantas. Puede que 4. Se veía bien por fuera pero por dentro era vieja y tenía corrientes de aire y goteras y en invierno hacía frío. Era más fría que echar un polvo a una puta en una nevera, decía Ronnie pero yo no sabía que era vieja cuando llegué allí, pensé que era nueva porque ruinoso o no estaba pintada de un color rojo vivo con detalles azules. Muy pronto descubrí que los niños acogidos por los Speck la pintaban cada año y en pago recibían 2 dólares por hora. Un año era verde con detalles blancos y luego amarilla con detalles verdes. ¡Entenderéis por qué Ronnie y yo la llamábamos la Casa de la Pintura Interminable! El año que me marché para incorporarme a la Infantería de Marina volvía a ser roja y azul. Ronnie decía es solo la pintura lo que sostiene esta ruina farragosa, Benjy. Eso era broma, ella siempre andaba bromeando, pero también era verdad. Diría que la mayoría de las bromas tienen algo de verdad, y por eso hacen gracia.

El ayudante F. W. S. dijo que los Speck no eran ni los peores ni los mejores, y resultó ser verdad. Llevaba allí 5 años cuando tuve edad para alistarme en la Infantería de Marina y a veces la señora Speck me azotaba a un lado de la cabeza con una toalla o un paño de cocina, pero nunca me pegó con la mano y nunca pegó a ninguno de los niños pequeños como Peggy Pye que tenía 6 años y le habían cegado un ojo con un cigarrillo. Cuando me azotaba lo merecía. Vi al señor Speck pegar a los niños solo un par de veces. Una cuando Jimmy Dykeman rompió una contraventana a pedradas, otra cuando sorprendió a Sara Peabody bailando alrededor de Peggy y cantando Peggy Pye, Peggy Pye, te lo juro, querría verte muerta, Peggy Pye la tuerca. El señor Speck le dio un bofetón en la cara por eso. Sara era una niña malvada, una mala persona. Una vez cuando le pregunté qué quería ser de mayor dijo voy a ser fulana y a follar con hombres famosos para sacarles el dinero. Luego se rio como si fuera broma así que quizá lo era.

Los Speck no eran ni buena gente ni mala gente, eran solo personas que vivían del dinero que recibían del estado de Tennessee. Pasaban todas las inspecciones. Íbamos al colegio en autobús, y cuando decidí alistarme en la Infantería de Marina, el señor Speck me acompañó a una vista para que pudiera emanciparme de mi madre y a otra para que él pudiera ser mi tutor legal. Así él podría firmar la instancia y yo incorporarme a filas a los 17 años y medio en lugar de esperar hasta los 18. Pensé que a lo mejor mi madre se presentaba en la vista de emancipación pero no vino, ¿y cómo iba a venir si no sabía que se celebraba? Yo se lo habría dicho pero se había marchado del parque de caravanas y también del piso donde vivió durante un tiempo con el novio que la convirtió en adicta a la meta. Después de esas 2 vistas el señor Speck me dijo Dios te ayude ahora que puedes hacer lo que quieras, Benjy. Yo dije no creo en Dios y él dijo ya creerás, tiempo al tiempo.

Qué aprendí en la Casa de la Pintura Interminable: no ay solo 2 clases de personas, las buenas y las malas, como pensaba cuando era un niño que sacaba de la televisión casi todas sus ideas sobre el comportamiento de la gente. Ay tres clases. El tercer tipo de personas sigue la corriente y así todo le va bien, como me aconsejó el ayudante del sheriff F. W. S. Malkin. Esa es la clase de personas que más abunda en el mundo y creo que son personas grises. No te hacen daño (al menos intencionadamente) pero tampoco te ayudan mucho. Te dicen haz lo que quieras y que Dios te ayude.

Creo que en este mundo tienes que ayudarte a ti mismo.

Cuando llegué a la Casa de la Pintura Interminable, éramos 14 niños contándome a mí. Ronnie dijo que mejor así porque el número 13 daba mala suerte. La menor era Peggy Pye, que a veces aún se orinaba encima. Había unos gemelos, Timmy y Tommy, que tenían 6 o 7 años. El mayor era Glen Dutton, que tenía 17 y entró en el ejército no mucho después de mi llegada. Pero no necesitó que el señor Speck se convirtiera en su tutor legal y firmara por él, lo hizo su madre porque Glen dijo que le enviaría la paga. Glen nos dijo a mí y a Ronnie esa zorra firmaría por entregarme a los mojamés como esclavo si hubiera dinero por medio. Glen era grande y decía tacos todo el tiempo, incluso más que Ronnie que juraba como un carretero, pero nunca se metía con los chicos más pequeños. Además era un pintor de primera, siempre en el andamio más alto.

Cuando el ayudante Malkin detuvo su coche patrulla en el camino de acceso, casi me cegó lo que había en la parcela de al lado. Eran coches para desguace, por lo que yo veía, no solo unos pocos si no cientos. Subían hasta arriba del todo de la ladera y pronto averigüé que también bajaban por la ladera del otro lado, cada vez más viejos y oxidados. El sol se reflejaba en todos los parabrisas de los coches que aún tenían parabrisas. Más o menos a medio kilómetro de la Casa de los Speck había un taller de chapa hecho de metal acanalado verde. Yo oía a los trabajadores dentro utilizar taladros neumáticos y llaves inglesas. En la parte delantera un letrero decía PIEZAS DE AUTOMÓVIL SPECK y REPARACIONES MENORES y LA MEJOR COMPRA AL PRECIO MÁS BAJO.

El ayudante Malkin dijo que era del hermano de Speck, un espanto, ¿no? Por muy poco queda fuera del límite del condado, que es la razón por la que se lo permiten. Tu Speck está justo *dentro* del límite del condado, razón por la que tuvo que levantar una alambrada a los lados y en la parte de atrás. Te lo digo para que no mires esa valla y pienses que vas a una cárcel. El cementerio de coches es un sitio peligroso, Benjy. El acceso está prohibido por algo. Ni se te ocurra ir, ¿entendido? Dije que sí pero por supuesto fui. Yo y Glen y Ronnie y Donnie. Yo y Ronnie solos y a veces con Donnie después de que Glen se marchara al ejército, luego casi siempre yo solo cuando Ronnie se fugó. A veces me pregunto adónde fue. Espero que esté bien. Aquello era triste sin ella. Quizá por eso me alisté en la Infantería de Marina, pero si he de ser sincero, posiblemente me habría alistado de todos modos.

Los 5 años que fui un Chico Speck me bastaron para ver cambiar de color la Casa de la Pintura Interminable 3 veces. Ay algunos hechos destacados de mi época allí, como cuando me expulsaron durante unos días del colegio por pelearme cuando dos niños me llamaron Bang Bang Benjy, lo que ya había ocurrido muchas veces pero aquella vez me hartó. Eran mayores pero seguí luchando incluso después de que uno me dejará un ojo morado y el otro casi me rompiera la nariz. A este, Jared Klein se llamaba, lo agarré por el pantalón y se lo bajé para que todo el mundo viera su calzoncillo manchado de orina. Se burlaron mucho de él por eso, cosa que tenía bien merecida.

Otro hecho destacado es cuando Peggy Pye tuvo que ir al hospital por una pulmonía. Una semana después, o quizá 10 días, la señora Speck nos reunió en el salón para rezar porque dijo que Peggy había fallecido e ido al cielo para estar con Jesús y ahora ya veía con los dos ojos. Donnie Wigmore dijo que esperaba que allí la comida fuese mejor y el señor Speck le respondió guárdate tus gracias si no quieres que te suelte un bofetón. El caso es que rezamos por el alma de Peggy y Ronnie tuvo que taparse la boca con la mano para no reírse por lo que Donnie había dicho solo que a la vez lloraba. Otros niños también lloraban porque Peggy era la «mascota» de todos. Yo no lloré pero me sentí mal. Más adelante cuando yo y Ronnie y Glen y Donnie estábamos en Demo Derby, Ronnie lloró un poco más. Glen la abrazó y Ronnie dijo que Peg era un encanto, ¿no?, y Glen dijo que desde luego lo era.

Luego ella me abrazó a mí y yo la abracé a ella y esa fue una consecuencia feliz de la muerte de Peggy porque yo estaba enamorado de Ronnie Givens. Sabía que de eso no podía salir nada porque ella era 2 años mayor y estaba colada por Glen, pero uno no puede dejar de sentir lo que siente. Los sentimientos son como la respiración, entran y salen.

Demo Derby, en honor a las carreras de destrucción, era como llamábamos a la chatarrería de detrás de la Casa de la Pintura Interminable y al lado de Piezas de Automóvil Speck. Era nuestro sitio especial. Con la advertencia de que no nos acercáramos allí teníamos aún más ganas de ir. Ronnie dijo que era como el Árbol de la

Fruta Prohibida del que Eva no debía comer en el Jardín del Edén. Glen abarcó con la mano las filas y filas de coches de desguace con aquellos parabrisas que reflejaban la luz y convertían el sol en cientos de soles y dijo esto sí es un vergel de puta madre, ante lo que yo y Ronnie nos reímos.

Cuando íbamos allí buscábamos los mejores coches, como los Cadillac y los Lincoln y los BMW, o una vez había una vieja limusina Mercedes sin toda la parte de atrás. Glen siempre llevaba una escoba y golpeaba los asientos un par de veces antes de que entráramos para espantar a los ratones si había. Una vez salió una rata enorme. Donnie estaba con nosotros y dijo ahí va el señor Speck y nos partimos de risa. El caso es que nos sentábamos dentro de esos coches y nos imaginábamos que estaban enteros e íbamos a algún sitio.

Entrábamos fácilmente en el Demo Derby porque había un agujero en la alambrada en el rincón del fondo del patio y una vez Glen dijo a saber cuántos putos niños acogidos habrán cruzado este agujero y dónde estarán ahora. Todos nos reímos de eso pero luego Ronnie dijo que seguramente en ningún sitio bueno. Donnie se rio también de eso, pero yo y Glen no. Lo miré y él me miró a mí y los dos estábamos pensando «ningún sitio bueno».

A veces Glen se sentaba al volante y hacía ver que conducía y Ronnie se sentaba al lado. A veces era al revés, y cuando Glen ocupaba el asiento del copiloto decía a gritos cosas como EH RONNIE NO ATROPELLES A ESE PUTO PERRO y Ronnie daba un volantazo y fingía cambiar de dirección. Glen se dejaba caer de lado con la cabeza en el regazo de ella y Ronnie lo apartaba de un empujón y decía ponte el cinturón capullo.

Yo siempre me sentaba atrás, con Donnie si él nos acompañaba pero casi siempre solo. Que era lo que prefería. Un par de veces Glen trajo una lata de cerveza que nos pasamos hasta terminarla. Luego Ronnie nos daba caramelos Certs para disimular el olor en el aliento. Una vez Glen trajo 3 latas y se nos subió un poco a la cabeza y Ronnie giró el volante a uno y otro lado y Glen dijo no vaya a pararte la pasma, nena. Ellos se rieron de eso pero yo no porque a mi madre la paró la pasma de verdad y no tuvo gracia.

Donnie fumaba. No sé si la misma persona que le conseguía a Glen la cerveza le conseguía el tabaco a Donnie, pero tenía un paquete de Marlboro guardado detrás de un tablón suelto debajo de su cama. Fumaba sobre todo en la parte de atrás de la casa, junto a la cocina, pero un día sacó los pitillos cuando estábamos sentados en una ranchera Buick Estate vieja y enorme haciendo como si fuéramos a Las Vegas donde jugaríamos a la ruleta y a los dados. Ronnie dijo ni se te ocurra encender uno aquí con todos esos hierbajos secos y gasolina derramada. Donnie dijo tienes la regla o qué. Glen se dio media vuelta y cerró el puño y dijo retira eso si no quieres comerte los dientes. Más adelante, cuando yo estaba en Faluya, vi al sargento West disparar un RPG contra un refugio insurgente en la parte de la ciudad que llamábamos Porción de Pizza y voló hasta el cielo por toda la munición que contenía. Fue una suerte que no acabáramos todos muertos porque no nos lo esperábamos. Eso me lleva a pensar que Donnie también fumaba a

veces en el cobertizo de suministros, donde los Speck guardaban toda la pintura. Posiblemente eso era mucho más peligroso que hacerlo en el Demo Derby.

Donnie lo retiró pero Ronnie le dio un buen puñetazo a Glen en el hombro. No necesito que salgas en mi defensa Dutton, dijo.

Cuando Ronnie te llamaba por el apellido, sabías que estaba enfadada. Se volvió hacia el asiento trasero y dijo no necesito tener la regla para que me preocupe el riesgo de un incendio Wigmore porque tengo esto. Tendió el brazo y enseñó la lustrosa cicatriz de una quemadura. Todos la habíamos visto antes. Le subía desde medio antebrazo hasta prácticamente el hombro. Y es que sus padres murieron quemados en un incendio doméstico. Ronnie saltó desde una ventana de la primera planta en el último momento con el brazo quemado y llamas en la pierna de ese lado y el pelo. Así es como acabó en la Casa de la Pintura Interminable de los Speck cuando su única pariente, una tía, dijo yo no me la quedo. La única vez que visitó a Ronnie en el hospital dijo he criado a los dos míos, un par de vándalos, y con eso tengo bastante. Ronnie decía que no se lo echaba en cara.

Sé qué puede hacer el fuego, dijo. Si alguna vez me olvido solo tengo que mirarme este brazo para recordarlo. Donnie dijo que lo sentía, y yo también lo sentía. No tenía nada de qué disculparme, es solo que me sentía mal porque ella se quemó pero a la vez me alegraba porque no había sido en la cara, que era preciosa. En cualquier caso seguimos todos tan amigos después de eso, aunque Donnie Wigmore nunca fue tan amigo mío como Ronnie y Glen.

4

—Pasamos buenos ratos en el Demo Derby —dice Billy.

Mira otra vez el juzgado desde la ventana. Agosto ha dado paso a septiembre, pero el aire aún vibra por efecto del calor. Lo ve elevarse de la calle en ondas. Le recuerda la forma en que vibraba por encima del gran incinerador situado detrás de la cocina de la Casa de la Pintura Interminable.

Los Speck eran los Stepenek, Ronnie Givens era Robin Maguire, Glen Dutton era Gadsden Drake. Debieron de llamarlo Gadsden por la Compra de Gadsden, suponía Billy. Cuando aún estaba en la Infantería de Marina, leyó el libro *Slavery, Scandal and Steel Rails*, que explicaba la adquisición

de ese árido pedazo de tierra, llamado La Mesilla por aquel entonces, a México. Lo leyó en Faluya, entre las operaciones Resolución Vigilante, en abril de 2004, y Furia Fantasma, en noviembre. Gad contó que su madre, antes de morir de cáncer de pulmón, le había dicho que su padre, desaparecido hacía mucho tiempo, había sido profesor de historia, así que tenía cierta lógica. «Puede que yo no sea el único Gadsden del mundo —dijo una vez cuando estaban en Demo Derby, haciendo como si fueran a algún sitio—, pero seguro que no hay más de una docena. Con Gadsden como nombre de pila, claro.»

Billy ha cambiado los nombres de sus amigos, pero Demo Derby fue siempre Demo Derby, y es verdad que pasaron allí buenos ratos antes de que Gad se incorporara a filas y Robin se marchara a... ¿qué fue lo que le dijo?

—A buscar fortuna con las botas de siete leguas —dice. Eso era. Solo que las suyas no eran botas de siete leguas, sino unas de ante gastadas con elásticos laterales dados de sí.

La amé entre la chatarra, piensa Billy, y vuelve a la mesa para escribir uno o dos párrafos más antes de dar el día por concluido.

El fin de semana del día del Trabajo tienen lugar dos incidentes. Uno es estúpido y alarmante; el otro proyecta luz sobre la persona un tanto desagradable en la que Billy nunca tuvo intención de convertirse. Juntos, lo llevan a cobrar conciencia de que cuanto antes se vaya de Red Bluff, mejor. Jamás debería haber aceptado un trabajo con un plazo de ejecución tan largo, piensa cuando acaba ese fin de semana, pero no había forma de saberlo.

Saber ¿qué? Por un lado, que los Ackerman y los demás vecinos de Evergreen Street le tomarían tanta simpatía. Por otro, que él les tomaría simpatía a ellos.

El sábado de ese puente se organiza un desfile en el centro. Billy y los Ackerman van en una furgoneta que Jamal ha pedido prestada a Excellent Tire. Shanice va cogida de la mano de su madre a un lado y de la de Billy al otro mientras pasan entre la muchedumbre y encuentran un hueco en la esquina de Holland con Maine. Cuando llega el desfile, Jamal levanta a su hija en hombros y Billy carga en los suyos a Derek. Le resulta agradable sostener al niño ahí arriba.

El desfile está bien, e incluso cargar con un niño que luego sabrá que ha estado sentado en los hombros de un asesino está bien... más o menos. El

incidente estúpido y alarmante, el *descuido*, se produce el domingo. A un paso de Midwood, situado en las afueras de Red Bluff, se encuentra Cody, un pueblo semirrural donde a finales del verano, durante dos semanas, se instala una pequeña y decrepita feria en busca de una última inyección de ingresos antes de que los niños vuelvan al colegio.

Como Jamal aún tiene la furgoneta y el domingo hace buen tiempo, qué mejor que una visita a la feria con los niños. Paul y Denise Ragland, los vecinos de su calle, los acompañan. Los siete recorren plácidamente el paseo central comiendo salchichas italianas dulces y bebiendo refrescos. Derek y Shanice montan en el tiovivo, el tren y las tazas locas. Los señores Ragland se van a jugar al bingo. Corrie Ackerman lanza dardos a globos llenos de agua y gana una cinta para el pelo con lentejuelas en la que se lee: LA MEJOR MAMÁ DEL MUNDO. Shanice le dice que está guapa, como una princesa.

Jamal prueba a derribar botellas de leche de madera y no gana nada, pero hace subir hasta lo más alto el peso de Mida su Fuerza y suena la campana. Corrie aplaude y dice: «Mi héroe». Por esta proeza recibe un sombrero de copa de cartón con una flor de papel prendida de la cinta. Cuando se lo pone, Derek se ríe con tales ganas que tiene que cruzar las piernas y echar a correr hacia el retrete portátil más cercano para no mojarse el pantalón.

Los niños suben en unas cuantas atracciones más, pero Derek no quiere montar en el Gusano Wonky porque, según él, es para niños pequeños. Billy sube con Shan y queda tan encajado en el hueco que, al final del recorrido, Jamal tiene que tirar de él como del corcho de una botella. Todos se ríen al verlo.

Cuando van camino de reunirse con los Ragland, pasan por delante de la barraca de tiro Dead-Eye Dick. Media docena de hombres prueban suerte

con escopetas de aire comprimido, disparando a cinco hileras de blancos que se mueven en sentidos opuestos, así como a pequeños conejos de hojalata que se asoman y se esconden. Shanice señala un flamenco rosa gigante en lo alto de la estantería de trofeos y dice:

—Me encantaría tenerlo en mi habitación. ¿Puedo comprarlo con mi paga?

Su padre explica que no está en venta, que hay que ganarlo.

—¡Pues gánalo, papá! —dice la niña.

El encargado de la barraca de tiro viste una camisa de rayas, un canotier ladeado con garbo y un bigote rizado postizo. Podría formar parte de un cuarteto de barbería. Oye a Shanice y hace una seña a Jamal para que se acerque.

—Haga feliz a su hijita, caballero. Tumbe tres conejos o cuatro pájaros de la fila de arriba y ella se irá a casa con Freddy el Flamenco.

Jamal se ríe y paga cinco pavos por veinte intentos.

—Prepárate para una decepción, cielo —advierte—, pero a lo mejor gano para ti uno de los premios más pequeños.

—Tú puedes, papá —dice Derek con convicción.

Billy observa a Jamal llevarse la escopeta al hombro y sabe que, con suerte, conseguirá una de las tortugas de peluche, el premio de consolación por dos dianas.

—Ve a por los pájaros —aconseja Billy—. Ya sé que los conejos son más grandes, pero solo puedes dispararles sin preparación cuando asoman de pronto.

—Si tú lo dices, Dave.

Jamal dispara diez veces a los pájaros de la hilera superior y atina exactamente a ninguno. Baja la mira, acierta a un par de lentos alces de

hojalata de la fila inferior y acepta una tortuga. Shanice la contempla sin gran entusiasmo, pero da las gracias.

—¿Y usted, jefe? —pregunta a Billy el hombre del cuarteto de barbería. Se han marchado casi todos los demás clientes—. ¿Quiere intentarlo? Cinco pavos son veinte disparos, y solo tiene que dar a cuatro pajaritos para que esta niña, su preciosa amiga, sea la feliz dueña de Frankie el Flamenco.

—Pensaba que se llamaba Freddy —dice Billy.

El tipo de la barraca sonrío y se inclina el canotier de paja hacia el lado contrario.

—Frankie, Freddy o Felicia hacen feliz a una niña.

Shanice le dirige una mirada esperanzada, pero se queda en silencio. Es Derek quien lo convence de que cometa esa estupidez al decir:

—Según el señor Ragland, todos estos juegos son un engaño y nadie gana los premios grandes.

—Pues vamos a probarlo —dice Billy, y planta el billete de cinco.

El hombre del cuarteto de barbería carga un puñado de perdigones y entrega la escopeta a Billy. Ahora hay varios hombres más y dos mujeres ante el mostrador de la barraca. Billy se aparta un poco para dejarles espacio, pero también porque ha observado que los pájaros de hojalata — como los blancos de los otros cuatro niveles— reducen un poco la velocidad antes de perderse de vista. Probablemente hace falta engrasar la cadena de transmisión. Lo cual es un indicio de pereza. El propietario de la caseta debería pagar por eso.

—¿Vas a ir a por los pájaros, Dave? —pregunta Derek. Hace tiempo que dejaron de llamarle señor Lockridge—. ¿Como le has dicho a papá?

—Por supuesto —dice Billy.

Respira hondo, expulsa el aire, vuelve a respirar y exhala, lo repite por tercera vez y en esta ocasión contiene el aliento. No intenta siquiera utilizar

la mira de la pequeña escopeta, que está absurdamente desalineada. Se limita a arrimar la cabeza a la culata de la escopeta y dispara rápidamente: *pam-pam-pam-pam-pam*. Falla el primer tiro; con los otros cuatro abate cuatro pájaros de hojalata. Sabe que está cometiendo una estupidez y debería dejarlo, pero no puede resistir la tentación de tumbar uno de los conejos cuando asoma de su madriguera.

Los Ackerman aplauden. También los otros tiradores. Y también, justo es reconocerlo, el hombre del cuarteto de barbería antes de coger el flamenco rosa y entregárselo a Shanice, que lo abraza y se ríe.

—¡Uau, Dave! —exclama Derek. Le brillan los ojos—. ¡Qué pasada!

Ahora Jamal me preguntará dónde aprendí a disparar así, piensa Billy. Y a continuación se dice: ¿Cómo sabes que eres un idiota? Porque si todos te miran, como están mirándote ahora, eres un idiota.

En realidad es Corrie quien se lo pregunta cuando reanudan el paseo hacia la carpa del bingo. Billy le dice que fue en el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales en la Reserva. Que tenía un don. Decirle que mató al menos a veinticinco muyíes en Faluya, disparando desde las azoteas durante los nueve días de la Operación Furia Fantasma, sería mala idea.

Ah, ¿tú crees?, se pregunta con un sarcasmo muy impropio de él, tanto de pensamiento como de palabra.

El otro incidente —el control de personalidad— ocurre el lunes, el verdadero día festivo. Como es un escritor autónomo que decide su propio horario, puede tomarse un respiro cuando quiere y también trabajar cuando otros disfrutan de un día de descanso asignado por orden federal. La Torre Gerard está prácticamente vacía. La puerta del vestíbulo no se ha cerrado con llave (esa gente confiada de la frontera sur) y no hay nadie en el mostrador de seguridad. Cuando el ascensor pasa por la primera planta, no oye el vocerío de los empleados de Business Solutions levantándose la

moral unos a otros ni timbres de teléfonos. Por lo visto, también los deudores tienen el día libre, bien por ellos.

Billy escribe durante dos horas. Ya casi ha llegado a Faluya, y empieza a preguntarse qué debería contar sobre eso: un poco, mucho o quizá nada en absoluto. Apaga el ordenador y decide pasarse por Pearson Street, restablecer su existencia con Beverly Jensen y su marido, quien sin duda se habrá tomado el día libre. Va allí en el coche de alquiler, con la peluca, el bigote y la barriga de embarazada falsa colocados. Don está cortando el césped del jardín. Beverly, sentada en la escalera de la entrada, viste un desafortunado pantalón corto de color verde lima. Los tres pasan un rato de palique, hablando de lo caluroso que ha sido el verano, de lo mucho que se alegran de que haya terminado y del inminente viaje de Dalton Smith a Hunstville, Alabama, donde instalará un sistema informático de última generación en la nueva sede de Equity Insurance. No debería requerirle mucho tiempo. Después de eso, dice, espera quedarse aquí una temporada.

—Desde luego, esto tuyo es un no parar —comenta Don.

Billy coincide con él y después pregunta a Beverly por su madre, que vive en Missouri y no anda bien de salud. Ella suspira y dice que sigue más o menos igual. Billy añade que espera que se mejore pronto, y Beverly responde que también ella lo espera. Al mismo tiempo, Billy mira por encima del hombro de Beverly y ve que Don mueve la cabeza en un lento gesto de negación. El hecho de que prefiera ocultar a su mujer lo que piensa sobre las posibilidades de supervivencia de su suegra despierta simpatía en Billy. Piensa que Don Jensen nunca diría a su mujer que ese pantalón verde lima la hace gorda.

Baja a su piso del sótano, agradablemente fresco. David Lockridge tiene su libro, y Dalton Smith, sus portátiles. Puede que el trabajo de Smith no tenga gran importancia, pero como quizá en algún momento del futuro sí la

tenga, y mucha, lo lleva a cabo con sumo cuidado (pese a que después de trabajar en el relato de Benjy Compson le resulta aburrido y mecánico). Para terminar, revisa rápidamente las tres pantallas. 10 FAMOSAS CELEBRIDADES QUE ESTUVIERON A PUNTO DE MORIR, ESTOS 7 ALIMENTOS PUEDEN SALVARTE LA VIDA, LOS 10 PERROS MÁS INTELIGENTES. Buenos ciberanzuelos. Los cuelga en facebook.com/ads. La verdad es que podría ganarse la vida con esto, pero ¿quién querría eso?

Apaga los ordenadores, lee un poco (ahora está dándose un atracón de Ian McEwan) y luego va a ver qué hay en la nevera. La nata líquida aún se conserva, pero la leche se ha agriado. Decide visitar el Zoney's Go-Mart para sustituirla. Se encuentra a Don y a Beverly todavía en el porche, compartiendo una lata de cerveza, y les pregunta si quieren algo.

Beverly le pide que mire si tienen palomitas Pop Secret.

—Esta noche vamos a ver algo en Netflix. Serás bienvenido, si te animas.

Está a punto de decir que sí, advierte con consternación. Pero opta por decirles que va a acostarse temprano porque saldrá camino de Alabama a primera hora de la mañana.

Va a pie hasta el triste y pequeño centro comercial. El todoterreno azul de Merton Richter con el araño en un costado ha desaparecido y la agencia está cerrada. También lo están el salón de bronceado Nu You, Hot Nails y el estudio de tatuaje Jolly Roger. Más allá del Hot Nails hay una lavandería abandonada y un bazar multiprecio con un letrero en el escaparate donde se lee: VISITE NUESTRO NUEVO LOCAL EN PINE PLAZA. El Zoney's se encuentra al final de todo. Billy saca la leche de la nevera. No hay palomitas Pop Secret, pero sí Act II, de modo que coge una caja de estas. La dependienta es una mujer de mediana edad teñida con henna que parece atravesar una mala racha en la vida desde hace tiempo,

quizá veinte años o así. Le ofrece una bolsa y Billy la rechaza. Zoney's utiliza bolsas de plástico, que son malas para el medio ambiente.

En el camino de regreso, pasa por delante de dos jóvenes que están frente a la lavandería abandonada. Uno es blanco. El otro es negro. Los dos llevan sudaderas con capucha, de esas con bolsillos canguro delante. Los bolsillos se deforman por el peso de lo que contienen. Cuchichean con las cabezas juntas. Dirigen a Billy idénticas miradas de atenta valoración cuando pasa. No los mira directamente pero los ve con toda claridad de reojo. Como él no afloja la marcha, siguen cuchicheando. Bien podrían llevar carteles colgados al cuello anunciando: PARA CELEBRAR EL DÍA DEL TRABAJO, VAMOS A ATRACAR EL ZONEY'S DEL BARRIO.

Billy sale del pequeño y triste centro comercial y vuelve a la calle. Percibe que lo miran. No tiene nada que ver con la telepatía, a menos que sea la telepatía corriente de alguien que ha sobrevivido a una zona en guerra perdiendo solo medio pulgar de un pie y ganando un Corazón Púrpura (del que se deshizo hace tiempo).

Piensa en la mujer que le ha cobrado la compra, una madre con mala suerte, a juzgar por su aspecto. Su suerte tampoco va a cambiar en este día festivo. Billy ni se plantea volver atrás para enfrentarse a ellos —en vista de sus tensas expresiones, sería una buena manera de acabar muerto—, pero sí contempla la posibilidad de llamar al 911. Solo que no hay teléfonos públicos en los alrededores, ya no, y el móvil que lleva encima es el de Dalton Smith. Si llama a la policía, lo quemará. Después arderá el resto de su identidad, porque ¿de qué está hecha? Solo de papel.

Vuelve al edificio e informa a Beverly de que no tenían Pop Secret. Ella se conforma con Act II. En Pearson Street hay poco tráfico incluso en los momentos de mayor ajetreo, y ese día aún hay menos. Aguza el oído por si suena algún disparo. No oye ninguno. Lo cual no significa nada.

Billy descargó la aplicación del periódico local poco después de llegar a esta ciudad que está impaciente por dejar atrás, y al día siguiente consulta si ha habido un atraco en el Zoney's. Encuentra la noticia en la sección de información local, solo una breve nota en medio de una recolección de noticias menores. Dice que dos ladrones armados con pistolas se marcharon con algo menos de cien dólares (que incluirían los míos y los de Beverly, piensa Billy). La dependienta, Wanda Stubbs estaba sola en la tienda en el momento de producirse el hecho. La trasladaron al hospital Rockland Memorial, donde la atendieron de una herida en la cabeza y le dieron el alta. Así que uno de aquellos canallas le había pegado, probablemente con la culata del arma, y probablemente porque, desde su punto de vista, no vaciaba la caja lo bastante rápido.

Billy puede decirse que podría haber sido mucho peor (y eso hace). Puede decirse que el atraco se habría desarrollado más o menos de la misma manera aunque él hubiera llamado al 911 (y eso hace). Lo cual no cambia el hecho de que se sienta como el sacerdote y el levita que pasaron por la otra acera antes de que llegara el buen samaritano y arreglara las cosas.

Billy leyó la Biblia de cabo a rabo mientras estaba en el ejército, todos los marines recibían una si la pedían. Lo ha lamentado a menudo, y esta es una de esas ocasiones. La Biblia contiene un relato para echar por tierra cada subterfugio e intento de negación. La Biblia —tanto el Nuevo Testamento como el Antiguo— no perdona.

Yo y el señor Speck fuimos a Chattanooga, que fue donde me alisté en la Infantería de Marina. Pensaba que tendría que ir a una base de la Infantería de Marina para alistarme, pero era solo una oficina en un centro comercial entre una tienda de aspiradoras y un sitio donde hacían la declaración de renta. Encima de la puerta había una bandera con el lema NOOGA STRONG estampado en una de las barras. En la ventana había una foto de un marine que decía LOS POCOS LOS ORGULLOSOS y ¿TIENES LO QUE HAY QUE TENER?

El señor Speck dijo ¿estás seguro de que quieres hacer esto Benjy? y yo dije sí, pero no lo estaba. Dudo que uno esté seguro de nada a los 17 años y medio aunque finjas para no quedar como un tonto de remate.

El caso es que entramos y hablamos con el sargento primero Walton Fleck. Me preguntó porque quería ser marine y dije para servir a mi país, aunque la verdadera razón era para salir de la Casa de los Speck y de Tennessee y empezar una vida que no pareciera tan triste. Glen y Ronnie se habían ido y Donnie tenía razón al decir que solo la pintura permanece.

Después el sargento primero Fleck me preguntó si me consideraba lo bastante duro para ser marine y yo dije que sí a pesar de que tampoco estaba seguro de eso. Luego me preguntó si me creía capaz de matar a un hombre en una situación de combate y dije que sí.

El señor Speck dijo puedo hablar un momento con usted, sargento, y el sargento Fleck dijo que sí podía. Me mandaron afuera y el señor Speck se sentó frente al escritorio y empezó a hablar. Podría haber contado al sargento yo mismo lo que pasó con el novio malo de mi madre, pero supongo que era mejor oírlo de un «adulto responsable». Con todo lo que he pasado, ya entonces y después, he de preguntarme si eso existe.

Al cabo de un rato me hicieron entrar otra vez y escribí lo que había ocurrido en el espacio donde ponía Información Personal. Luego firmé en cuatro sitios, apretando con fuerza como me dijo el sargento. Cuando acabé me dijo que me presentara el lunes. Dijo que a veces el trámite se alargaba meses pero yo había llegado en el momento oportuno. Dijo que el lunes me harían el ASVAB y el reconocimiento médico junto con el otro «nuevo pez». El ASVAB es un examen de aptitud que los ayuda (a los Marines) a saber qué puedes hacer y si eres más o menos listo.

Me preguntó si tenía algún tatuaje y dije que no. Me preguntó si llevaba gafas para algo y dije que no. Dijo también otras cosas, como trae tu tarjeta de la seguridad social y si llevas algún pendiente quítatelo. Luego dijo (eso me pareció gracioso pero mantuve la expresión seria) no te olvides de ponerte unos calzoncillos. Dije vale. Él dijo si tienes algún problema

que no has anotado ahí, mejor será que me lo digas ahora y te ahorres el viaje. Dije que no lo tenía.

El sargento Fleck me estrechó la mano y dijo si tienes pensado irte de juerga para celebrarlo mejor será que te vayas de juerga este fin de semana porque a partir del lunes cuando hagas el examen vas a ser el señor Asuntos que Atender. Dije vale. Él dijo esa no es manera de contestar, quiero oírte decir sí sargento primero Fleck. Así que eso dije y él me estrechó la mano y dijo que estaba encantado de conocerme. «Y a usted también caballero», dijo al señor Speck.

En el camino de vuelta, el señor Speck dijo ese sargento iba de duro pero no creo que haya matado a nadie como hiciste tú, Benjy. No tenía pinta de eso.

Para entonces Ronnie ya se había marchado (con sus botas de 7 leguas) hacía 4 o 5 meses, pero antes de irse me dejó meterle mano en el Demo Derby. Estuvo de fábula, pero cuando quise ir más lejos se rio y me apartó de un empujón y dijo no tienes edad para eso pero quería dejarte algo de recuerdo. Dije que lo recordaría, y no lo he olvidado. No creo que uno olvide a la primera chica que le da un beso de verdad. Me dijo

4

Billy se interrumpe ahí, y mira hacia la ventana por encima del portátil. Robin le dijo que, cuando por fin encontrara un sitio donde instalarse, escribiría a los Stepenek para darles su dirección; así sus amigos de la Casa de la Pintura Interminable podrían ponerse en contacto con ella. Dijo a Billy que hiciera lo mismo cuando se marchase.

«Me da que no tardarás en ponerte en camino —dijo aquel día en el Mercedes destrozado. Le había dejado desabrocharle la camisa, hasta ahí le había permitido llegar, y estaba abotonándosela otra vez mientras hablaba, ocultando todo aquel esplendor—. Pero esa idea tuya de ofrecerte a la máquina de la guerra... eso tienes que replanteártelo, Billy. Eres demasiado joven para morir. —Le besó la punta de la nariz—. Y demasiado guapo.»

Billy empieza a escribir esto, omitiendo solo que tuvo la erección más dura, más dolorosa y más maravillosa de su vida durante aquella brevísima

sesión de magreo, cuando suena un mensaje de texto en su teléfono de David Lockridge. Es de Ken Hoff.

Tengo algo para ti. Quizá haya llegado el momento de dártelo.

Y como es probable que tenga razón en eso, Billy contesta **Vale**.

Hoff responde: **Me pasaré por tu casa.**

No, no y no. ¿Hoff en su casa? ¿Al lado de la de los Ackerman, con esos niños con quienes Billy juega al Monopoly los fines de semana? Llevará el rifle envuelto en una manta, eso por descontado, como si cualquiera con medio cerebro y un solo ojo no fuera a saber qué había dentro.

No, escribe. Walmart. El aparcamiento del Garden Center. Esta tarde 7.30.

Espera, observando los puntos mientras Hoff compone su respuesta. Si piensa que el lugar de encuentro es negociable, va a llevarse una sorpresa. Pero cuando llega el mensaje, es breve: **Vale**.

Billy apaga el ordenador sin siquiera terminar la última frase. Da el día por concluido. Hoff ha envenenado el pozo, piensa. Solo que sabe que no es así. Hoff no es más que Hoff y no puede evitar serlo. El verdadero veneno es el arma. El desenlace se acerca.

A las 7.25 Billy estaciona el Toyota de David Lockridge en la sección del gigantesco aparcamiento del Walmart correspondiente al Garden Center. Cinco minutos después, a las siete y media en punto, recibe un mensaje de texto:

No te veo, demasiados coches, sal y hazme una seña.

Billy sale y hace una seña, como si acabara de ver a un amigo. Un clásico Mustang descapotable de color rojo cereza —no se le ocurre ningún coche más adecuado para Ken Hoff— avanza por uno de los pasillos y se detiene junto al vehículo, más modesto, de Billy. Hoff se apea. Tiene mejor aspecto que la última vez que Billy lo vio, y no le huele el aliento a alcohol. Lo cual es bueno, teniendo en cuenta la mercancía con la que carga. Viste un polo (de marca, naturalmente), unos chinos planchados y mocasines. Hace poco que se ha cortado el cabello. Con todo, el Ken Hoff esencial sigue ahí, piensa Billy. La colonia cara que lleva no camufla el olor de la ansiedad. No está hecho para las grandes tensiones, y entregarle un arma a un asesino a sueldo conlleva una tensión considerable.

Al final no trae el rifle envuelto en una manta, y Billy está dispuesto a concederle unos puntos por eso. Lo que Hoff saca del maletero del Mustang es una bolsa de golf de tartán de la que asoman cuatro palos. Resplandecen a la luz menguante del día.

Billy coge la bolsa y la coloca en su propio maletero.

—¿Algo más?

Hoff arrastra sus mocasines con borla. Luego dice:

—Quizá sí. ¿Podemos hablar un momento?

Tal vez sea prudente saber qué le ronda a Hoff por la cabeza, de modo que Billy abre la puerta del acompañante del Toyota e indica a Hoff que suba. Hoff así lo hace. Billy rodea el coche y se sienta al volante.

—Solo quiero pedirte que le digas a Nick que soy de fiar. ¿Puedes hacerlo?

—De fiar ¿en qué sentido?

—En todos los sentidos. Con eso. —Señala con un pulgar hacia atrás, refiriéndose a la bolsa de golf del maletero—. Basta con que te asegures de que sepa que soy un tío legal.

Has visto muchas películas, piensa Billy.

—Dile que está todo en orden. Algunas de las personas a las que debo dinero están contentas. En cuanto hagas tu trabajo, estarán todas contentas. Dile que nos separaremos tan amigos y que cada uno seguirá por su camino. Si alguna vez me preguntan, no sé nada de nada. Tú eres solo un escritor al que alquilé una oficina en uno de mis edificios.

No, piensa Billy, no me alquilaste una oficina a mí, se la alquilaste a mi agente, y George Russo es en realidad Giorgio Piglielli, alias Georgie Pigs, conocido colaborador de Nikolai Majarian. Tú eres el vínculo y lo sabes, razón por la que estamos manteniendo esta conversación. Todavía crees que podrás escaquearte cuando el trabajo esté hecho. Tienes derecho a pensarlo, supongo, porque eso es lo tuyo, el escaqueo. El problema es que dudo que seas capaz de escaquearte al cabo de diez horas en una sala de interrogatorios con varios polis acosándote sin descanso. Quizá no llegues ni a cinco, si te tientan con un trato. Me parece que te romperías como un huevo.

—Atiende un momento. —Billy procura adoptar un tono amable pero, o eso espera, directo y claro: son solo dos hombres hablando sin tapujos en un Toyota. ¿De verdad es cosa de Billy Summers hacer entrar en vereda a este estorbo en forma de hombre? ¿No se supone que él es solo el mecánico, el que puede desaparecer como Houdini una vez realizado el encargo? Ese había sido siempre el trato, pero por dos millones...

Entretanto Hoff lo mira con desazón. Necesita que lo tranquilice, que le administre el jarabe calmante. Debería haber sido tarea de George, a George se le dan bien esas cosas, pero Georgie Pigs no está aquí.

—Sé que no estás acostumbrado a estas cosas...

—¡No! ¡No lo estoy!

—... y sé que estás nervioso, pero no hablamos de un actor de cine o de un político o del Papa de Roma. Hablamos de un mal tío.

Como tú, dice el rostro de Hoff, ¿y por qué no? El hecho de que Billy ganara un flamenco rosa para una monada de niña con lazos en el pelo no importa. No es lo que se conoce como circunstancia atenuante.

Billy se vuelve para mirar al otro hombre a la cara.

—Ken, tengo que hacerte una pregunta. No te lo tomes como algo personal.

—Claro, adelante.

—No llevarás escondido un micro o algo así, ¿verdad?

Billy no necesita más respuesta que la cara de horror de Hoff e interrumpe su confuso balbuceo de protesta.

—Bien, vale, te creo. Solo tenía que preguntarlo. Ahora atiéndeme. Nadie va a organizar un operativo especial por este individuo. No habrá una gran investigación. Te harán unas cuantas preguntas, buscarán a mi agente y descubrirán que es un fantasma que te engañó con una documentación convincente, y en eso quedará todo. —Créetelo—. ¿Sabes qué dirán? No de cara a la prensa o a la televisión, sino entre ellos.

Ken Hoff mueve la cabeza en un gesto de negación. No aparta la mirada de Billy en ningún momento.

—Dirán que fue un asesinato entre bandas o una venganza, y el autor, quienquiera que fuese, le ahorró a la ciudad el coste de un juicio. Me buscarán a mí, no me encontrarán, y el asunto se archivará como otro caso sin resolver. Menudo pedazo de basura nos hemos quitado de encima, dirán. ¿Entiendes?

—Bueno, si lo pintas así...

—Sí. Así es como lo pinto. Vete a casa. Ya me ocupo yo del resto.

De pronto Ken Hoff se inclina hacia él, y por un momento Billy piensa que va a soltarle un guantazo. En cambio, Hoff lo abraza. Esta noche tiene mejor aspecto, pero su aliento dice otra cosa. No apesta a alcohol, pero apesta.

Billy sobrelleva el abrazo, pese al mal aliento y demás. Incluso se lo devuelve hasta cierto punto. Luego dice a Hoff que se marche ya, por lo que más quiera. Hoff se apea del coche, lo que es un alivio (un *gran* alivio), pero al instante se inclina hacia Billy. Sonríe, y esa sonrisa parece sincera, como si surgiese de su interior. Por lo visto, hay un interior.

—Sé una cosa de ti.

—¿Qué cosa, Ken?

—Ese mensaje que me has enviado. No has escrito «garden center», con la «g» y la «c» en minúscula. Lo has escrito con la «G» y la «C» en mayúscula. Y la manera de expresarte hace un momento: «operativo», «quienquiera», «el coste de un juicio». No eres tan tonto como quieres hacer ver, ¿verdad?

—Soy lo bastante listo para saber que saldrás bien de esto si lo presentas de manera sencilla. No sabes de dónde saqué el rifle y no tienes ni idea de lo que planeaba hacer con él. Y punto.

—Vale. Otra cosa. A modo de aviso, digamos. ¿Conoces Cody?

Claro que lo conoce. Es el pueblo donde se organizó la feria de poca monta a la que fueron. Por un momento Billy piensa que Hoff va a decirle que allí se fijaron en él, por su puntería. Es una reacción paranoica, pero antes de un trabajo la paranoia es el estado habitual.

—Sí. No está lejos de donde vivo.

—Exacto. El día que hagas el trabajo, habrá una táctica de distracción en Cody.

La única táctica de distracción de la que Billy tiene noticia son los flashpots, uno en el callejón de detrás del Sunspot Café, el otro en algún sitio cerca del juzgado. Cody está a *kilómetros* del juzgado, y en todo caso Nick nunca habría informado a este panoli sobre la colocación de los flashpots.

—Una táctica de distracción ¿de qué tipo?

—Un incendio. Puede que en un almacén, por allí hay muchos. Ocurrirá antes de que tu hombre... tu blanco... llegue al juzgado. No sé cuánto antes. He pensado que preferirías saberlo por si te llega una alerta al móvil o al ordenador o a donde sea.

—Vale, gracias. Y ya es hora de que te largues.

Hoff alza los pulgares y vuelve a su coche de niño rico. Billy espera a que se vaya y luego regresa a Evergreen Street, conduciendo con cuidado, consciente de que lleva en el maletero un rifle de largo alcance.

¿Un incendio en un almacén de Cody? ¿En serio? ¿Lo sabe Nick? Billy no lo cree: Nick lo habría avisado de algo que podría alterarle el ritmo. Pero *Hoff* sí lo sabe. La cuestión es si él, Billy, va a hablar o no a Nick o a Giorgio sobre este giro inesperado. Piensa que se lo guardará. Lo meditará en su corazón, como María meditó tras el nacimiento del niño Jesús.

Ha aconsejado a Hoff que presente las cosas de manera sencilla. Pero ¿hasta qué punto es posible esa sencillez cuando los polis, después de tres o cuatro horas de interrogatorio, empiezan a preguntarte cómo has pagado a todos los acreedores que te iban detrás? Para entonces ya estarían llamándolo Ken en lugar de señor Hoff, porque eso es lo que hacen cuando huelen la sangre. ¿De dónde ha salido el dinero, Ken? ¿Se te ha muerto un tío rico, Ken? Aún estás a tiempo de librarte de esto. ¿Hay algo que quieras contarnos, Ken? ¿*Ken*?

Billy está pensando en la bolsa de golf y los palos que hay dentro con el arma. ¿Es la bolsa de Hoff? Si lo es, ¿se le ha ocurrido limpiar las cabezas de los palos, por si tienen sus huellas? Mejor no pensarlo. Hoff se lo ha buscado solito.

Pero ¿no puede decirse eso mismo de Billy? Piensa una y otra vez en el plan de fuga de Nick. Es demasiado bueno para ser verdad, motivo por el que Billy ha decidido no utilizarlo, y sin comunicárselo a Nick. Porque, veamos, si vas a deshacerte del hombre que medió en el trato y proporcionó el arma, ¿por qué no deshacerte también del hombre que utilizó el arma? Billy no quiere creer que Nick haría una cosa así, pero reconoce un hecho incuestionable: por negarse a creer ciertas cosas, Ken Hoff se ha metido en una situación de la que casi con toda seguridad no va a salir jamás.

¿Y de quién ha sido la idea del incendio en un almacén de Cody el día del asesinato? De Nick, no; de Hoff, tampoco. ¿De quién, entonces?

Todo eso es preocupante, pero mientras entra en el camino de acceso de su casa, ve un elemento positivo: el césped tiene un aspecto magnífico.

6

Durante la mayor parte de agosto, Billy durmió bien. Conciliaba el sueño pensando únicamente en lo que escribiría al día siguiente. Solo soñó alguna que otra vez con Faluya y las casas en cuyos patios ondeaban bolsas de basura verdes prendidas en lo alto de las palmeras. (¿Cómo habían llegado ahí arriba? ¿*Por qué* estaban ahí arriba?) Ya no era su historia; ahora era la historia de Benjy. Esas dos líneas habían empezado a separarse, lo cual estaba bien. Una vez vio en YouTube una entrevista a Tim O'Brian en la que hablaba de *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*. Decía

que la ficción no era la verdad, era el camino hacia la verdad, y Billy ahora lo entiende, en especial cuando se trata de escribir sobre la guerra, ¿y no era eso de lo que iba básicamente su relato? Besarse en aquel Mercedes destrozado con Robin Maguire, alias Ronnie Givens, no había sido más que una tregua. Casi todo lo demás era lucha.

Esta noche, con el verano ya atrás y el otoño a punto de llegar, yace en vela, inquieto. No por el arma de la bolsa de golf. Está pensando en el trabajo que ha accedido a realizar con esa arma. Por norma, nunca va más allá de los dos aspectos básicos: pegar el tiro y ahuecar el ala. En esta ocasión es distinto, y no solo porque es la última vez que planea quitar una vida por dinero. Es distinto porque percibe un tufo, tal como lo percibió en el aliento de Hoff cuando lo envolvió en aquel torpe e inesperado abrazo.

Alguien se ha puesto en contacto con Hoff, piensa, y enseguida cae en la cuenta de que no es así. *Nadie* se ha puesto en contacto con Hoff, porque Hoff no es nadie. Puede que él *crea* que es alguien, con sus promociones inmobiliarias y sus cines y su Mustang descapotable rojo, pero no es más que un pez grande en un estanque pequeño, y tampoco tan grande. Y este es un asunto de envergadura. Se está pagando a mucha gente. Al propio Hoff, sin ir más lejos. Algunas de sus deudas ya se han saldado y, según parece, piensa que en cuanto caiga Joe Allen se liquidarán todas. Y luego está Nick, y los hombres que Nick ha asignado a esta operación. No son un pelotón, pero poco les falta. Y quizá sí sean un pelotón. Puede que haya otros de los que Nick no le ha hablado.

Nadie se ha puesto en contacto con Hoff. Alguien se puso en contacto con *Nick* y le dijo que incorporara a Hoff al equipo. Billy recuerda que, cuando conoció a Hoff en el Sunspot Café, pensó que Nick y Hoff debían de estar asociados. Ahora tiene casi la certeza absoluta de que no es así. Hoff quería una licencia para un casino, pero no se la dieron. ¿Le habría

ocurrido si mantuviera una estrecha relación con Nick, que se conoce los chanchullos necesarios para lograr esas cosas? Un casino era una licencia para imprimir dinero, al fin y al cabo, y Hoff necesita dinero.

¿Es ese alguien que hay detrás de esto el mismo que ha avisado a Hoff de ese hipotético incendio en un almacén de Cody? Es posible. Probable.

Y pensemos en Joel Allen, ahora encarcelado en Los Ángeles. Está bajo protección, cabe suponer que más a gusto que un arbusto. Un abogado lucha por conseguirle la extradición. ¿Por qué, si Allen debe de saber que al final lo enviarán aquí? No es porque la comida sea mejor en el condado de Los Ángeles. ¿Es para ganar tiempo? ¿Para intentar llegar a un acuerdo con ese alguien que ha puesto en marcha toda esta locura, quizá utilizando a su abogado como intermediario?

Ese alguien debe de saber que, con el tiempo, trasladarán a Allen aquí, y cuando llegue, Billy Summers lo abatirá antes de que pueda negociar con lo que sabe. Ese alguien debe de saber que existe el riesgo de que Allen tenga una póliza de seguro: fotos, grabaciones, quizá una confesión por escrito (Billy no logra imaginar de qué puede tratarse). Pero ese alguien debe de considerar que el riesgo ha de asumirse, y que es un riesgo aceptable. Ese alguien podría estar en lo cierto. Probablemente lo está. Los individuos como Allen no se buscan pólizas de seguro; los individuos como Allen se sienten invulnerables. Puede que sea bueno como asesino a sueldo, pero los delitos que lo han llevado a su actual pozo de mierda son delitos cometidos por impulso.

Además, el señor Alguien quizá considere que no tiene alternativa. Sea cual sea el secreto, pinta mal. No puede permitirse que Allen comparezca en juicio en un estado con pena de muerte. No con un as en la manga con el que pueda negociar.

Por fin el sueño empieza a vencer a Billy. Antes de sucumbir, dedica su último pensamiento al Monopoly, a la forma en que uno intenta evitar la bancarrota vendiendo sus propiedades una por una. Casi nunca da resultado.

7

Está subiéndose a su coche a la mañana siguiente cuando Corrie Ackerman atraviesa su propio jardín y el de él. Lleva una bolsa marrón que contiene algo que emana un aroma delicioso.

—He preparado unas magdalenas de arándanos. Shan y Derek comen caliente en el colegio, pero les gusta llevarse un pequeño extra. Han sobrado estas dos. Son para ti.

—Qué detalle —dice él al tiempo que coge la bolsa—. ¿Seguro que no quieres guardar al menos una para dársela a Jamal cuando vuelva a casa?

—Ya le he puesto una a él, pero quiero que estas dos te las comas tú, ¿entendido?

—Creo que puedo cumplir esa misión —contesta Billy con una sonrisa.

—Estás más delgado. —Guarda silencio un momento—. Te encuentras bien, ¿no?

Billy, sorprendido, se mira. ¿Está más delgado? Eso parece. Un agujero del cinturón que antes no usaba ahora le hace su servicio. Luego vuelve a mirarla a ella.

—Estoy bien, Corrie.

—Se te ve bastante sano, pero no me refería a eso. O no me refería solo a eso. ¿Va bien el libro?

—Viento en popa.

—Entonces quizá solo necesitas comer más. Alimentos saludables. Verdura y hortalizas amarillas, no solo pizzas y tacos para llevar. A largo plazo, la comida de soltero es peor que el alcohol. Ven a cenar esta noche. A las seis. Voy a preparar pastel de carne. Añado un montón de zanahorias y guisantes.

—Pinta bien —dice Billy—. Siempre y cuando no te suponga una carga.

—Nada de eso, y necesito darte las gracias. Has sido muy bueno con mis hijos. Shanice está enamorada de ti desde que ganaste el flamenco para ella. —Baja la voz, como para revelar un secreto—. Le cambió el nombre, ha pasado de Frankie a Dave.

En el viaje en coche hacia el centro, Billy piensa en eso de que Shan le haya cambiado el nombre a su flamenco, y lo complace, pero al mismo tiempo lo avergüenza, pues el nombre, al fin y al cabo, es falso.

8

Esa tarde, al salir de la Torre Gerard, recorre a pie un par de manzanas en dirección a Pearson Street. Se detiene brevemente para echar un vistazo a un callejón estrecho donde hay un par de contenedores. Cree que servirá. Se da media vuelta y se dirige al parking.

Más tarde, de regreso a Midwood, para en el Walmart. Desde que llegó a Midwood, siempre para ahí, parece. Mientras está en la cola de la caja con la cesta de la compra, vuelve a pensar en abandonar este trabajo. Desaparecer sin más. Solo que Nick iría tras él, y no para que le devolviera sin más la considerable suma que ya ha pagado a cuenta. A Billy se le da bien desaparecer, pero Nick nunca dejaría de buscarlo. Empezaría enviando

a un rufián a interrogar a Bucky Hanson, y ese interrogatorio sería brutal, porque Nick imaginaría que si alguien conocía el paradero de Billy Summers, sería su agente en Nueva York. Bucky podría acabar sin uñas. Podría acabar muerto. No se merece ni lo uno ni lo otro.

Nick también enviaría a sus hombres, probablemente a Frankie Elvis y a Paul Logan, al barrio. Interrogarían a los Fazio y a los Ragland. También a Jamal y a Corrie. ¿A los niños, tal vez? Era improbable, pues que unos adultos hablaran con niños atraería una atención no deseada, pero la sola idea de que esos dos interrogaran a Shan y a Derek le revuelve el estómago.

Hay otras dos cuestiones. Nunca ha abandonado un trabajo, esa es la primera. Joel Allen se lo ha buscado, esa es la segunda. Es mala persona.

—¿Señor? Es usted el siguiente.

Billy vuelve a la cola de la caja del Walmart.

—Perdone, estaba distraído.

—No se preocupe, a mí me pasa todo el tiempo —dice la cajera.

Vacía la bolsa. Contiene fundas para las cabezas de los palos de golf de color verde vivo con rótulos como ¡PUM! y ¡ZAS!, un kit de limpieza de armas, un juego de cucharas de cocina de madera, un enorme lazo rojo con las palabras FELIZ CUMPLEAÑOS en purpurina, una cazadora liviana con el logo de los Rolling Stones en la espalda y una fiabrera. La cajera marca en último lugar la fiabrera, luego la sostiene en alto para mirarla mejor.

—¡Sailor Moon! ¡Esto va a encantarle a alguna niña!

A Shan Ackerman le encantaría, piensa Billy, pero no es para ella. En un mundo mejor sí lo sería.

Esa noche, después de cenar con los Ackerman (el pastel de carne de Corrie está delicioso), baja a su sala de juegos del sótano y extrae el arma de la bolsa de golf. Es un M24, como especificó, y parece en buen estado. Lo desmonta, coloca las piezas en la mesa de ping-pong, más de cinco docenas en total, y las limpia una por una. Encuentra la mira telescópica en uno de los bolsillos con cremallera de la bolsa de golf. El otro bolsillo contiene un cargador con cinco cartuchos: Sierra MatchKing de punta hueca y cola de bote.

Solo necesitará uno.

10

Cuando entra en el vestíbulo de la Torre Gerard, a las diez menos cuarto de la mañana siguiente, lleva colgada al hombro izquierdo la correa de la bolsa de golf. Ha llegado tarde expresamente para que todos los gerbos trabajadores estén corriendo en sus norias. Irv Dean, el guardia de seguridad entrado en años, aparta la mirada de su revista —hoy es *Motor Trend*— y le dirige una sonrisa.

—¿Vas de aventura golfista, Dave? ¡Vaya con la vida del escritor!

—Yo no —responde Billy—. Me parece el deporte más aburrido del universo. Son para mi agente. —Ladea la bolsa para que Irv vea el gran lazo en el costado, con su rótulo de purpurina. Está por encima del bolsillo lateral, que ahora contiene un cargador en lugar de una veintena de tees.

—Pues es todo un detalle por tu parte. ¡Un regalo caro!

—Ha hecho mucho por mí.

—Ya, eso he oído. Solo que el señor Russo no parece precisamente apto para el campo de golf. —Irv extiende las manos frente a él para dar forma a

la enorme barriga de Giorgio.

Billy tiene una explicación preparada para eso.

—Sí, seguramente caería muerto de un infarto al tercer hoyo si fuera a pie, pero tiene un carrito de golf adaptado. Me contó que aprendió a jugar en la universidad, cuando estaba mucho más delgado. Y, ¿sabes qué?, una vez me convenció para que fuera a jugar con él, y no veas cómo le pega a la bola.

Irv se pone en pie, y durante un momento inquietante Billy piensa que al viejo se le han activado por una última vez los reflejos de poli y se propone inspeccionar los palos, lo que salvaría la vida a Joel Allen y posiblemente acabaría con la de Billy. En lugar de eso, se vuelve de costado y se da unas palmadas con las dos manos en el trasero, nada desdeñable.

—De aquí viene la fuerza. —Irv se da otra palmada para mayor énfasis—. Justo de aquí. Pregúntale a cualquier defensa de la NFL o a cualquier bateador capaz de anotarse un *home run*. Pregúntale a José Altuve. Uno sesenta y ocho, pero tiene el culo como una piedra.

—Eso será. George desde luego tiene un pandero de aúpa. —Billy endereza la funda verde de uno de los palos—. Que tengas un buen día, Irv.

—Igualmente. Eh, ¿cuándo es el cumpleaños? Le mandaré una tarjeta o algo así.

—La semana que viene, pero puede que no esté aquí. Se ha ido a la costa oeste.

—Palmeras y chicas guapas junto a la piscina —dice Irv al tiempo que se sienta—. Estupendo. ¿Esta noche te quedas hasta tarde?

—No lo sé. Ya veré cómo me va.

—Vaya con la vida del escritor —repite Irv, y abre la revista.

En su despacho, Billy retira una de las fundas verdes; es la del rótulo ¡PAF! Del cañón de la Remington asoma una varilla de cortina que ha aserrado para adaptarla a la longitud conveniente. En la punta de la varilla ha pegado con celo la cazoleta de una cuchara de madera. Con la funda verde bien ajustada alrededor, se parece lo suficiente a la cabeza de un palo de golf. Saca la culata, el cañón y el cerrojo del 700. Luego aparta dos de los palos para poder sacar la fiambarrera, que ha envuelto con un jersey para ahogar cualquier tintineo. Dentro se encuentran los componentes de menor tamaño: el capuchón posterior, la aguja percutora, el botador, la base de alza y todo lo demás. Coloca el arma desmontada, más el cargador de cinco balas, la mira Leopold y un cúter para cristal en el altillo situado entre el despacho y la pequeña cocina. Lo cierra y se guarda la llave en el bolsillo.

Ni siquiera intenta escribir. Eso se ha terminado hasta que esta mierda quede atrás. Aparta el MacBook en el que está escribiendo su relato y abre el suyo. Introduce la contraseña, una simple combinación de números y letras que ha memorizado (no existe ninguna reveladora nota adhesiva oculta con la contraseña anotada), y abre un archivo titulado EL ZORRO ROSA. El zorro rosa en cuestión es, naturalmente, Colin White, de Business Solutions. Contiene una lista de diez vistosos conjuntos que le ha visto lucir a Colin en el trabajo.

Es imposible prever qué se pondrá Colin el día que entreguen a Joel Allen en el juzgado, y Billy ha decidido que da igual. No solo porque la gente cree a sus ojos cuando sus ojos les engañan, sino porque tiene que ser el pantalón de estilo paracaídas. A veces Colin lo combina con una camisa hippy de hombros anchos, a veces con una camiseta en la que se lee MARICAS POR TRUMP, a veces con una de sus numerosas camisetas de

grupos de música. Da igual, porque el Colin que la gente vea llevará encima una cazadora con el logo de los labios de los Rolling Stones en la espalda. Nunca ha visto a Colin con una cazadora así, no durante el caluroso verano recién acabado, pero una prenda de esas características sería sin duda propia de él. Y si el día del disparo hace calor, como tiende a ocurrir aquí en otoño, la cazadora seguirá siendo adecuada. Es una declaración de moda.

Cuando los hombres de Nick en la falsa furgoneta del DOP vean pasar a Billy corriendo sin detenerse para entrar, no pensarán: Billy Summers se larga; echarán un vistazo al pantalón de estilo paracaídas y al cabello negro hasta los hombros y pensarán: Ahí va el maricón con uno de sus llamativos conjuntos, saliendo por piernas.

Eso espera Billy.

Usando todavía su propio portátil, hace una compra en Amazon, especificando que la entrega sea al día siguiente.

Transcurre una semana. Espera recibir noticias de Giorgio, pero no llega nada. El viernes por la noche invita a sus vecinos a una barbacoa en el jardín, y después, durante un rato, Jamal, Paul Ragland y él se pasan la pelota de béisbol detrás de la casa mientras los niños juegan al pilla-pilla, agachándose bajo los lanzamientos de Paul y Jamal, que son auténticos cañonazos. Pese a que el guante que Jamal ha encontrado para Billy es de *catcher* y bien acolchado, al cabo de un rato, mientras friega los pocos platos, todavía le escuece la mano. Es entonces cuando suena el teléfono.

Va primero al de David Lockridge, pero no es ese. Luego al de Billy Summers, pero tampoco es ese. Solo queda, pues, el que no esperaba que sonase. Por fuerza ha de ser Bucky, desde Nueva York, porque es el único que tiene el número de Dalton Smith. Sin embargo, cuando coge el móvil de la alacena del salón, se percata de que está equivocado. El número constaba en el impreso que rellenó para Merton Richter, el agente inmobiliario, y se lo dio también a Beverly Jensen, la vecina de arriba.

—¿Sí?

—Hola, vecino. —No es Beverly; es su marido—. ¿Qué tal por Alabama?

Por un momento, Billy no sabe de qué le habla Jensen. Se queda paralizado.

—¿Dalton? ¿Se ha cortado?

Cae en la cuenta. Se supone que está en Huntsville, instalando un sistema informático para Equity Insurance.

—No, aquí estoy. ¿Que qué tal? Pues pasando calor.

—Pero, aparte de eso, ¿hace buen tiempo?

Billy no tiene ni remota idea del tiempo que hace en Huntsville, probablemente muy parecido al de aquí, pero quién sabe. Si hubiese albergado la menor sospecha de que Don Jensen podía llamar, lo habría consultado.

—Nada especial —contesta—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Verás, nos preguntábamos quién demonios eres realmente, imagina que dice Don. La barriga postiza quizá engañara a la mayoría de la gente, pero mi mujer lo notó desde el primer momento.

—Te cuento —dice Don—. La madre de Bev empeoró ayer y ha muerto esta tarde.

—Vaya. Lo siento mucho. —Es verdad que Billy lo siente. Quizá no «mucho», pero sí al menos «hasta cierto punto». Beverly no es Corrie Ackerman, pero es buena persona.

—Ya, Bev se ha quedado destrozada. Está en el dormitorio, haciendo la maleta y llorando a lágrima viva, llorando a lágrima viva y haciendo la maleta. Mañana volamos a St. Louis; allí alquilaremos un coche en el aeropuerto e iremos hasta ese pueblucho, Diggins, se llama. No es solo el entierro, hay toda una serie de asuntos que atender. Pasaremos un tiempo allí. —Don suspira—. Me horroriza el gasto, pero un abogado de la madre leerá el testamento el martes, y puede que nos caiga un dinero. Es lo que da a entender ese hombre, pero ya conoces a los abogados.

—No sueltan prenda —dice Billy.

—Exacto, no sueltan prenda. Aun así, Annette era una persona ahorradora, digamos, y Bev es su única hija.

—Ah.

—El hecho de que posiblemente pasemos allí un tiempo es la razón por la que te llamo. Bev quería saber si no tienes inconveniente en que meta una llave de casa por debajo de la puerta de tu piso. Cuando vuelvas de Alabama, ¿serías tan amable de echar un vistazo a nuestra nevera y regar las plantas de Bev, la cinta y la balsamina? Le chiflan, incluso les pone nombre, ¿te lo puedes creer? Si pasas fuera más de una semana, son un quebradero de cabeza. No conocemos a mucha gente por aquí.

Porque *no* hay mucha gente por ahí, piensa Billy. También piensa que la situación le favorece. Más que favorecerle, es un golpe de suerte extraordinario. Dispondrá de la casa de Pearson Street para él solo, a menos que los Jensen regresen antes de que Joel Allen abandone California.

—Si no puedes...

—Sí puedo, y lo haré con mucho gusto. ¿Hasta cuándo crees que estaréis fuera?

—Imposible saberlo. Una semana por lo menos, quizá dos. Tengo permiso en el trabajo. Sin sueldo, claro está, pero si hay dinero en juego...

—Claro. Lo entiendo. —Esto se pone cada vez mejor—. Y no os preocupéis por las plantas. Tengo previsto volver pronto, y en esta ocasión me quedará un tiempo.

—Estupendo. Me ha pedido Bev que te diga que puedes coger de la nevera lo que quieras. Para que se estropee, mejor consumirlo, dice. Aunque es posible que la leche se pase igualmente.

—Sí —dice Billy—. Ese mismo problema tengo yo. Buen viaje.

—Gracias, Dalton.

—No hay de qué —dice Billy.

2

Esa noche, tendido en la cama con las manos debajo de la almohada, Billy contempla el brumoso rectángulo de luz amarillenta que proyecta en el techo la farola de delante de la casa de los Fazio. Siempre se le olvida comprar cortinas. Se lo propone y luego se le va de la cabeza. Quizá ahora, sin nada que hacer salvo esperar, se acuerde.

Confía en que el período de espera sea breve, no solo porque la ausencia de Don y Beverly es muy oportuna, sino porque las horas que pase en la Torre Gerard van a hacérsele eternas sin trabajar en el relato de Benjy. A continuación viene Faluya, y Billy ya sabe parte de lo que quiere contar, algunos de los vívidos detalles que quiere plasmar. Aquellas bolsas de basura hechas jirones prendidas de las palmeras, que ondeaban como banderas agitadas por el viento caliente. Que los muyíes se presentaban en taxi a combatir contra la Infantería de Marina y salían de dentro en tropel como payasos de un cochecito en el circo. Solo que los payasos del circo no salen con las armas en ristre. Que niños con camisetas de 50 Cent y Snoop Dogg hacían de repartidores de munición, corriendo como flechas entre los escombros con sus maltrechas zapatillas Nike o Chuck Taylor. Que un perro con tres patas cruzaba al trote Jolan Park con media mano humana entre los dientes. Billy ve con toda claridad el polvo blanco en las patas del perro.

Las piezas están ahí, pero le será imposible montarlas hasta que concluya este trabajo. Según William Wordsworth, los mejores textos tienen su origen en las emociones fuertes rememoradas desde la tranquilidad. Billy ha perdido la tranquilidad.

Finalmente se adormece, pero lo despierta el suave tono de un mensaje entrante a altas horas de la madrugada. Por lo general, ni lo habría oído, pero ya no duerme profundamente, sus sueños son meras volutas. En el ejército siempre era así.

En la mesita de noche tiene tres teléfonos cargándose dispuestos en una hilera: el de Billy, el de Dave y el de Dalton. La pantalla que se ha iluminado es la del suyo.

DblDom: Llámame. Le sigue un número con prefijo de Las Vegas. **DblDom** es el Double Domino, el hotel casino de Nick. En la zona horaria de Billy son las tres de la madrugada. En Las Vegas, Nick probablemente está preparándose para irse al catre.

Billy llama. Nick contesta y le pregunta cómo le va. Billy dice que le va bien, salvo por el hecho de que son las tres de la madrugada.

Nick suelta una carcajada jovial.

—Es la mejor hora para llamar, la gente siempre está en casa. Acaban de comunicarme que es muy posible que nuestro amigo vaya hacia allí el miércoles que viene. Habría sido el lunes, pero tiene una ligera intoxicación, seguramente autoprovocada. El coche lo llevará hasta su hotel, donde pasará la noche. ¿Me sigues?

Billy lo sigue. El hotel de Allen será la cárcel del condado.

—A la mañana siguiente irá hacia donde estás tú para la C. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí. —La comparecencia.

—¿Te consiguió nuestro amigo pelirrojo lo que querías?

—Sí.

—¿Todo en orden?

—Sí.

—Excelente. Tu agente te enviará un mensaje más, y a partir de ese momento estarás sobre aviso. Después te irás de vacaciones. ¿Entendido?

—Sí —responde Billy.

—Te conviene pagar el recibo de este teléfono y de cualquier otro que hayas estado utilizando. ¿Me sigues?

—Sí —contesta Billy.

Resulta cargante que Nick le pregunte una y otra vez si lo entiende, pero tiene su lado positivo. Nick todavía piensa que habla con un individuo cuyo cerebro está permanentemente en penumbra. Destruir el teléfono de Billy Summers, destruir el teléfono de David Lockridge, destruir cualquier desechable que se haya agenciado desde el principio, recibido. El móvil que conservará es aquel del que Nick no sabe nada.

—Ya hablaremos —dice Nick—. Quédate el teléfono un tiempo, si quieres, pero borra el mensaje que te he enviado. —Y cuelga.

Billy borra el mensaje, se acuesta y se queda dormido en menos de un minuto.

3

Ese fin de semana refresca. Parece que por fin llega el otoño. Billy ve los primeros toques de color en los árboles de Evergreen Street. El domingo por la tarde toca Monopoly, Billy contra tres niños, más otros cinco o seis alrededor del tablero que no paran de meter baza. Normalmente los dados lo favorecen, pero hoy no. Saca tres dobles y acaba en la cárcel tres turnos consecutivos, un fenómeno estadístico insólito casi a la altura de acertar los seis números de la lotería Mega Millions. Resiste lo suficiente para que dos de sus adversarios vayan a la quiebra y luego pierde ante Derek Ackerman.

Cuando la banca se queda con su última propiedad hipotecada, los niños alardean y se echan sobre él, entonando: «Perdiste, perdiste, y el vodka te bebiste». Corrie baja a ver a qué viene tanto alboroto y, entre carcajadas, les ordena que se aparten de él, que lo dejen respirar.

—¡Te ha machacado! —se regodea Danny Fazio—. ¡Te ha machacado un *niño*!

—Pues sí —reconoce Billy, también entre risas—. Si hubiese conseguido todas las estaciones en vez de ir a la cárcel...

Becky, la amiga de Shan, le hace una pederreta y todos se ríen un poco más. Luego suben al salón, donde Jamal está viendo un partido de béisbol de la fase final, y comen tarta. Shan se sienta a su lado en el sofá con el flamenco en el regazo. En la séptima entrada, se duerme con la cabeza apoyada en el brazo de Billy. Corrie le pide que se quede a cenar, pero Billy rehúsa el ofrecimiento con el pretexto de que a lo mejor llega a tiempo a la sesión de tarde del cine. Le apetece ver *Deadly Express*.

—Yo vi el tráiler —dice Derek—. Parece que da miedo.

—Como muchas palomitas —contesta Billy—. Así no tengo miedo.

Billy no va al cine, sino que escucha una reseña en un podcast mientras va en coche al parking donde espera el Ford Fusion. Más vale prevenir que curar. Conduce con el Fusion hasta el 658 de Pearson Street y guarda el disfraz de Dalton Smith en el armario. Luego sube al piso de arriba y riega la cinta y la balsamina de Bev Jensen. La cinta va viento en popa, pero a la balsamina se la ve bastante mustia.

—Ahí tienes, Daphne —dice Billy. El pequeño letrero ante la balsamina la identifica por ese nombre. La cinta se llama, a saber por qué, Walter.

Billy cierra con llave y se va de la casa con una gorra de visera para cubrirse el cabello, que ahora no es rubio. También se pone gafas de sol,

pese a que es casi de noche. Regresa al Fusion, vuelve a Midwood, ve la televisión, se acuesta. Se duerme casi de inmediato.

4

El lunes por la tarde llaman a su puerta. Billy abre con desaliento, temiendo que sea Ken Hoff, pero no es Hoff. Es Phyllis Stanhope. Sonríe, aunque tiene los ojos enrojecidos e hinchados.

—¿Quieres llevar a una chica a cenar? —Así sin más—. Mi novio me ha dejado y necesito animarme un poco. —Se interrumpe y luego añade—: Invito yo.

—No hace falta —contesta Billy. Presiente adónde podría ir a parar esto, y quizá no sea muy buena idea, pero le da igual—. Con mucho gusto me haré cargo de la cuenta, y si de verdad te incomoda, podemos pagar a medias otra vez.

Pero no pagan a medias. Billy corre con el gasto. Piensa que es posible que ella haya decidido celebrar el fin de su relación acostándose con él, y los tres destornilladores que se toma —dos antes de la cena y uno durante— no hacen más que alimentar sus sospechas. Billy le ofrece la carta de vinos, pero ella la rechaza.

—Si bebes, no mezcles —dice—. Eso es de...

—¿Quién teme a Virginia Woolf? —apunta Billy, y ella se ríe.

Apenas prueba la cena. Explica que la escena de la ruptura ha sido algo desagradable, la primera parte en persona y la segunda por teléfono, y no tiene apetito. Lo que de verdad quiere son esas copas. Al margen de si pagar a medias la incomoda o no, desde luego necesita envalentonarse con unos cuantos tragos para lo que viene a continuación, que ahora parece no solo

posible, sino inevitable. Y él lo desea. Hace tiempo que no está con una mujer. Mientras Billy paga la cuenta con una de sus tarjetas de crédito a nombre de David Lockridge, se acuerda de los niños echándose sobre él y entonando: «Perdiste, perdiste, y el vodka te bebiste». Y apenas unos días después, ahí tiene a esa bebedora de vodka, una perdedora en el amor.

—Vamos a tu casa. No quiero ir a la mía y ver su aftershave en el estante del cuarto de baño.

Bueno, piensa Billy, puedes ver el aftershave en el mío. Incluso puedes usar mi cepillo de dientes.

Cuando llegan a la casa amarilla de Evergreen Street, ella echa un vistazo valorativo alrededor, lo elogia por el póster de *Doctor Zhivago* que compró en una tienda de segunda mano del centro y le pregunta si tiene algo de beber. Billy tiene un pack de seis cervezas en la nevera. Le ofrece un vaso y Phil dice que beberá de la lata. Billy lleva dos al salón.

—Pensaba que habías dejado el alcohol mientras escribías.

Él se encoge de hombros.

—Las promesas están para incumplirlas. Además, no estoy de servicio.

Nada más abrir las cervezas, ella dice:

—Qué calor hace aquí dentro.

Y empieza a desabrocharse la blusa. Las latas seguirán abiertas en la mesita de centro por la mañana, casi intactas.

El sexo está bien, al menos para Billy. Cree que para ella también, pero con las mujeres cuesta saberlo. A veces prefieren que dejes de esforzarte tanto y te corras para poder dormirse, pero si Phil finge, finge muy bien. Llegado un punto justo antes de que él pueda seguir aguantándose, ella emite un *mmm* contra su hombro y le clava las uñas con tanta fuerza que casi le hace sangre.

Cuando él se retira a su lado de la cama, Phil le da una palmada en el hombro como para decir «buen chico».

—Por favor, no me digas que esto ha sido un polvo por compasión.

—No lo ha sido, te lo aseguro —dice él—. No te preguntaré si ha sido un polvo por venganza.

Ella se ríe.

—Mejor.

Luego se da la vuelta en su lado, alejándose de él. Al cabo de cinco minutos, está roncando.

Billy permanece despierto durante un rato, no porque ella ronque —son ronquidos femeninos, casi un ronroneo—, sino porque su mente se resiste a desconectar. Piensa que la manera en que ella ha aparecido y luego lo ha acompañado a casa parece algo salido de una novela de Zola, donde todos los personajes han de ser plenamente utilizados y hacen una última aparición, como para la ovación final. Confía en que su propio relato no haya terminado, pero supone que esta parte casi toca a su fin. Si completa el trabajo y cobra, iniciará una nueva vida (quizá como Dalton Smith, quizá con otra identidad). Tal vez una vida mejor.

Es consciente desde hace un tiempo, posiblemente desde que empezó a escribir el relato de Benjy, de que ya no puede seguir con esta vida sin asfixiarse. La idea —no, el *concepto*— de que solo mata a malas personas ya no da más de sí. Hay buenas personas en las casas de esta misma calle. No va a matar a ninguna de ellas, pero supone que sí matará algo dentro de ellas cuando se enteren de la verdadera razón por la que estaba aquí.

¿Es demasiado poético? ¿Demasiado romántico? Billy cree que no. Llegó un desconocido y se convirtió en un vecino, pero he aquí el desenlace: fue un desconocido hasta el final.

A eso de las tres, Billy despierta al oír a Phil vomitar en el cuarto de baño. Tira de la cadena. Corre el agua. Vuelve a la cama. Lloro un poco. Billy finge que sigue dormido. El llanto se interrumpe. Los ronquidos empiezan de nuevo. Billy se duerme y sueña con bolsas de basura que ondean prendidas de palmeras.

5

Lo despierta poco después de las seis el olor a café. Phil está en la cocina, descalza y envuelta en una de las camisas de él.

—¿Cómo has dormido? —pregunta Billy.

—Bien. ¿Y tú?

—A pierna suelta. Y ese café huele de maravilla.

—Te he robado una aspirina. Sospecho que anoche tomé una copa de más. —Le dirige una mirada mitad risueña, mitad avergonzada.

—Mientras no me hayas robado el aftershave...

Ella se ríe. Los ligues de una noche pueden dar paso a mañanas horripilantes. Billy ha padecido un par de esas, pero cree que esta vez las cosas pueden ir bien, y mejor así. Phil es una mujer agradable.

Cuando él se ofrece a preparar unos huevos revueltos, ella hace una mueca y niega con la cabeza. Billy la obliga a comerse unas tostadas sin mantequilla. Después le cede el dormitorio y el cuarto de baño para que pueda ducharse y vestirse en privado. Cuando sale, tiene buen aspecto. Lleva la blusa un poco arrugada, pero por lo demás está presentable. Más adelante tendrá una anécdota que contar, piensa Billy. Mi Noche con un Asesino. Si es que decide contarla, claro. Puede que prefiera no hacerlo.

—¿Me llevas a casa, Dave? Quiero cambiarme.

—Con mucho gusto.

Phil se detiene en la puerta y le apoya una mano en el brazo.

—No fue sexo por venganza.

—¿No?

—A veces una chica solo quiere que la deseen. Y tú me deseabas...
¿no?

—Sí.

Ella mueve la cabeza en un enérgico gesto de asentimiento, como para dar por zanjado el asunto.

—Y yo te deseaba a ti. Aunque me parece que va a ser la única vez. Nunca hay que decir de esta agua no beberé, pero es mi impresión.

Billy, que sabe que va a ser la única vez, asiente.

—¿Amigos? —pregunta Phil.

Billy la abraza y le da un beso en la mejilla.

—Hasta el final.

Todavía es temprano, pero en Evergreen Street la gente madruga. En la acera de enfrente, Diane Fazio está sentada en una mecedora en el porche. Arrebujada en una bata rosa de lana, sostiene una taza de café en una mano. Billy abre a Phil la puerta del acompañante de su Toyota. Cuando rodea el coche hacia el lado del conductor, Diane le dirige un gesto amigable con el pulgar en alto.

Billy no puede evitar sonreír.

Cuando llegan las furgonetas de comida a la hora del almuerzo, Billy baja a tomar un taco y una Coca-Cola. Jim Albright, John Colton y Harry Stone —

Los Jóvenes Abogados, como personajes de una serie de televisión o una novela de Grisham— le hacen señas para que vaya a sentarse con ellos, pero Billy dice que prefiere comer en su mesa y seguir trabajando un rato más.

Jim alza un dedo y recita:

—«Nadie, en su lecho de muerte, ha dicho: “Lamento no haber pasado más tiempo en la oficina”. Oscar Wilde, poco antes de irse a la otra vida».

Podría decir a Jim que, según se cuenta, las verdaderas últimas palabras de Oscar Wilde fueron: «O se va ese papel pintado, o me voy yo», pero se limita a sonreír.

Lo cierto es que no quiere estar en compañía de esos hombres ahora que el trabajo es inminente, no porque no le caigan bien, sino porque sí le caen bien. Y, por lo que se ve, Phil se ha tomado el día libre. Espera que también se tome libres el miércoles y el jueves, pero posiblemente eso es mucho pedir.

Su teléfono de Dalton empieza a sonar justo en el momento en que vuelve a entrar en la oficina. Es Don Jensen.

—¡Dollen, amigo mío! ¿Has vuelto?

—Sí.

—¿Qué tal? ¿Cómo están Daffy y Woller?

—Los tres estamos bien. ¿Y vosotros? —Como una cuba, así es como está Don, a juzgar por su voz, pese a que es poco más del mediodía.

—Tío, nunca he estado mejor. —En lugar de «mejor» pronuncia *meor* —. Bevvie también. ¡Saluda, Bevvie!

A lo lejos, pero claramente audible porque grita, Beverly dice:

—¡Eh, hola, cariñín!

Prorrumpe en una risotada. Así que también ella ha estado bebiendo. No están precisamente de duelo, ninguno de los dos.

—Bevvie te manda saludos —dice Don.

—Sí, ya la he oído.

—Dollen... tío... —Baja la voz—. Somos ricos.

—¿En serio?

—El abogado ha leído el testamento esta mañana, y la madre de Bevvie se lo ha dejado todo. Las acciones y el dinero de las cuentas. ¡Casi *doscientos mil dólares*!

De fondo se oyen los vítores de Bevvie, y Billy no puede por menos que sonreír. Quizá vuelva al duelo cuando se le pase la borrachera, pero en este preciso momento esos dos vecinos de un barrio no muy deseable de la ciudad están de celebración, y Billy lo entiende.

—Fenomenal, Don. De verdad, fenomenal.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en casa esta vez? Por eso te llamo, Dollen.

—Bastante, seguramente. Me han ofrecido un nuevo contrato para...

Don no lo deja acabar.

—Bien, muy bien. Sigue regando a Daffy y a Woller, porque... ¿sabes qué?

—¿Qué?

—¡Adivina!

—¿Cómo voy a adivinarlo?

—¡Inténtalo, mi amigo informático, inténtalo!

—Os vais a Disneyland.

Don se ríe con tal estridencia que Billy se aparta el teléfono del oído con una leve mueca, pero todavía sonríe. A unas personas decentes les ha ocurrido un hecho afortunado, y Billy no puede evitar alegrarse, al margen de cuál sea su propia situación. Se pregunta si Zola escribió alguna vez un incidente similar. Probablemente no, pero Dickens, ahora que...

—Has estado cerca, Dollen, has estado cerca. ¡*Nos vamos de crucero!*
De fondo, Beverly lanza un grito de júbilo.

—¿Vas a quedarte un mes? ¿Quizá incluso seis semanas? Porque...

En ese momento Beverly agarra el teléfono, y de nuevo Billy tiene que sostenerlo a cinco centímetros de distancia para protegerse el tímpano maltratado.

—¡Si no, deja que se mueran! ¡Puedo permitirme otras nuevas! ¡Un invernadero entero!

Billy tiene tiempo para darle el pésame y la enhorabuena; luego vuelve a ponerse Don al aparato.

—Y cuando volvamos, nos mudaremos. Se acabó la espectacular vista de ese puto solar de la acera de enfrente. No es que esté despreciando tu piso, Doll. Es el que Bevvie siempre ha querido.

—¡Ya no! —exclama Bev.

—Regaré a Daphne y a Walter —dice Billy—, por eso no os preocupéis.

—¡Te pagaremos, Señor Obseso de la Informática y Canguro de Plantas! ¡Nos lo podemos permitir!

—No hace falta. Sois buenos vecinos.

—Tú también, Dollen, tú también. ¿Sabes qué estamos bebiendo?

—¿Champán, quizá?

Billy tiene que apartarse el teléfono del oído una vez más.

—¡Has dado de pleno en el puto clavo!

—No os paséis —dice Billy—. Saluda otra vez a Beverly de mi parte, ¿me oyes? Lamento su pérdida, pero me alegro por lo que habéis ganado.

—Se lo diré, cuenta con ello. Un millón de gracias, tío. —Guarda silencio un momento y, cuando vuelve a hablar, parece casi sobrio. Admirado—. *Doscientos mil dólares.* ¿Te lo puedes creer?

—Sí —dice Billy.

Pone fin a la llamada y se recuesta en la silla del despacho. Él va a embolsarse mucho más de doscientos mil, pero piensa que Don y Beverly Jensen son los verdaderos ricos. No cabe duda: los verdaderos ricos. Sentimental, pero cierto.

7

A la mañana siguiente, cuando entra en el parking a la vuelta de la esquina de la Torre Gerard, suena el móvil de David Lockridge con un mensaje de texto. Espera hasta después de aparcar en la tercera planta y lo lee.

GRusso: El cheque está en camino.

Billy lo duda, son solo las seis y media en la costa oeste, pero entiende que el cheque *estará* en camino muy pronto. Allen viene, probablemente en algún vuelo comercial, esposado a un inspector de la ciudad o a un agente de la policía estatal, y mejor así. Ha llegado la hora de que empiece el espectáculo. La esperanza ya se ha alargado demasiado.

Abre la puerta de atrás del coche y coge del asiento una bolsa de papel de supermercado. Contiene el pantalón de estilo paracaídas y la cazadora de seda con los labios de los Rolling Stones en la espalda. El pantalón no es dorado, pese a que el dorado es el color preferido de Colin White. Después de darle muchas vueltas, ha decidido que sería un poco *demasiado* llamativo. El que ha encargado a Amazon es negro con brillos dorados. No le cabe duda de que a Colin le encantaría.

Billy tiene una explicación preparada por si Irv —cosa improbable pero siempre posible— le pregunta por qué va a trabajar con una bolsa de supermercado, pero Irv está hablando con varias mujeres guapas de

Business Solutions y se limita a saludarlo con aire distraído mientras Billy firma y se encamina hacia los ascensores.

En su despacho, abre la bolsa, revuelve debajo de la ropa y saca un letrero que compró en Staples. Se lee: CERRADO, LO SENTIMOS. Flanquean el mensaje dos caras tristes en caricatura. Debajo hay un espacio en blanco para añadir una breve explicación. Billy, con un rotulador, escribe NO HAY AGUA 3.^a o 5.^a. Agita el letrero unas cuantas veces porque no quiere que el texto se emborrone y después vuelve a guardarlo en la bolsa. Añade la peluca negra de cabello largo y a continuación deja la bolsa en el armario.

En su escritorio, copia el relato de Benjy en un lápiz USB. A continuación, utiliza un programa suicida para destruir todo lo que contiene el MacBook Pro. Ese ordenador se quedará aquí. Ha dejado sus huellas en él y por toda la oficina; a estas alturas, se le escaparía alguna por más que limpiara, pero eso no es problema. Una vez que realice el disparo y vea caer muerto a Joel Allen en la escalinata del juzgado, Billy Summers dejará de existir. En cuanto a su portátil personal... podría liquidarlo también, abandonarlo ahí y utilizar uno de los nuevos AllTech baratos de Pearson Street, pero no quiere. Este lo acompañará.

Al cabo de una hora, llaman a la puerta de la oficina. Atiende, esperando una vez más que sea Ken Hoff, que se está echando atrás quizá, y una vez más se equivoca. En esta ocasión es Dana Edison, uno de los rufianes importados del equipo de Nick en Las Vegas. Hoy no lleva el mono del DOP. Hoy es un hombre anónimo con un pantalón oscuro y una americana

gris. Es menudo, lleva gafas y a simple vista uno pensaría que su lugar está en la asesoría contable Crescent de Phil Stanhope, en la otra punta del pasillo. Al mirarlo con más detenimiento —sobre todo si uno ha sido marine—, se advierte algo distinto.

—Eh, qué hay, colega. —Edison habla en voz baja y con tono educado—. Nick quería que cruzara unas palabras contigo. ¿Te importa si paso?

Billy se hace a un lado. Dana Edison, calzado con unos pulcros mocasines marrones, atraviesa sin el menor empacho la zona de recepción y entra en la pequeña sala de reuniones que Billy utiliza como estudio de escritura. Por no mencionar que es su atalaya de francotirador. Edison se mueve con aplomo y desenvoltura. Echa una ojeada a la mesa, donde está el portátil personal de Billy abierto en medio de una partida de cribbage, luego mira por la ventana. Trazando la línea de fuego que el propio Billy ha trazado muchas veces a lo largo del verano. Solo que el verano ya ha pasado, y se nota el fresco en el aire.

Lo favorece que Edison le deje un poco de tiempo, porque aquí Billy se ha acostumbrado a ser un tipo bastante inteligente llamado David Lockridge, y podría haber cometido un desliz. Pero cuando Edison se vuelve hacia él, Billy ha adoptado ya la cara de su *lado tonto*: ojos muy abiertos, labios un poco separados. No hasta el punto de parecer el tonto del pueblo, pero sí lo suficiente para tomarlo por un hombre que podría pensar que Zola es uno de los archienemigos de Superman.

—Tú eres Dana, ¿no? Nos vimos en casa de Nick.

Él asiente.

—También nos habrás visto a Reggie y a mí rondando en esa pequeña furgoneta municipal, ¿no?

—Sí.

—Nick quiere saber si estás totalmente preparado para mañana.

—Por supuesto.

—¿Dónde está el arma?

—Bueno...

Dana sonríe, enseñando unos dientes tan pequeños y ordenados como todo en él.

—Dejémoslo. Pero está a mano, ¿no?

—Claro.

—¿Tienes un cúter de cristal para esa ventana?

Una pregunta estúpida, pero no importa. Se supone que es un hombre estúpido.

—Por supuesto.

—No te conviene utilizarlo hoy. El sol ilumina este lado del edificio toda la tarde y alguien podría ver el orificio.

—Lo sé.

—Ya, lo suponía. Dice Nick que fuiste francotirador. Mataste a unos cuantos en Faluya, ¿eh? ¿Qué te pareció aquello?

—Bien. —No fue así. Tampoco le gusta esta conversación. Tener a Edison en el despacho es como haber dejado entrar una nube de tormenta pequeña y muy densa.

—Nick quería que me asegurara de que tienes claro el plan.

—Lo tengo claro.

Edison se ciñe al guion.

—Disparas. Al cabo de cinco segundos, diez como mucho, habrá una gran explosión detrás de esa cafetería de ahí.

—Un flashpot.

—Un flashpot, sí. Eso es responsabilidad de Frankie. Al cabo de cinco segundos, diez como mucho, se activará otro detrás de la tienda de prensa y papelería de la esquina. Eso es cosa de Paulie Logan. La gente empezará a

salir por piernas. Tú harás lo mismo, un oficinista más interesado en echar un vistazo a lo que ha pasado y después poner tierra de por medio. Doblas la esquina. Allí estará la furgoneta del DOP. Reggie tendrá abiertas las puertas de atrás. Yo iré al volante. Entrarás y te pondrás un mono lo más deprisa posible. ¿Está claro?

Siempre ha estado claro. Billy no necesita una clase de última hora.

—Sí. Solo una cosa, Dana.

—¿Qué?

—Tengo preparativos que hacer, y en cuanto los ponga en marcha, no habrá vuelta atrás. ¿Seguro que será mañana?

Dana se dispone a hablar, para decir que no cabe duda, pero Billy mueve la cabeza en un gesto de negación.

—Piénsalo antes de hablar. Piénsalo bien, porque, si hay algún cambio, el trato se va al garete. Yo desaparezco y Joel Allen sigue usando sus pulmones. Así que... ¿estás *seguro*?

Dana Edison contempla a Billy con atención, tal vez reevaluándolo. Luego sonríe.

—Tan seguro como de que el sol sale por el este. ¿Algo más?

—No.

—Bien. —Edison, con su andar elástico, se dirige hacia la parte exterior de la oficina. Su moño parece un pomo de color rojo oscuro. En la puerta, se vuelve y observa a Billy con unos ojos brillantes, azules e inexpresivos. Dice—: No falles. —Luego se va.

Billy regresa a su cuarto de escribir y fija la mirada en la partida de cribbage congelada. Está pensando que Dana Edison no ha dicho nada sobre un posible incendio en un almacén de Cody, y sin duda lo habría mencionado si estuviera al corriente. También está pensando en la posibilidad de que si siguiera el plan de Nick, sin duda podría acabar en la

cuneta de una carretera rural con un agujero en la frente. Si eso ocurriera, supone que sería Edison el responsable de abrir ese agujero. ¿Y quién se embolsaría el millón y medio pendiente? Nick, por supuesto. Billy preferiría creer que esas sospechas son mera paranoia, pero después de la visita de Edison lo encuentra un poco más verosímil. A Nick seguro que se le ha pasado por la cabeza, pese a la larga relación profesional que mantienen. Elimina a Ken Hoff, elimina a Billy Summers, y todos los demás pueden lavarse las manos.

Billy cierra el ordenador. Escribir su relato nunca se le ha antojado tan lejano. Qué demonios, hoy no puede ni jugar al cribbage.

9

De camino a casa, para en una ferretería Ace Hardware y compra lo último que necesita: un candado Yale. Cuando llega a su casa —su última noche aquí—, encuentra un papel en el peldaño superior del porche, sujeto con una piedra. Se desliza el maletín del portátil del hombro, coge el papel, lo examina y piensa que es una ovación final de la que podría haber prescindido. Se trata de un dibujo hecho con ceras, obviamente de un niño, pero un niño que revela al menos cierto talento. Es imposible saber cuánto, porque en la actualidad la artista tiene solo ocho años. Al pie ha firmado con su nombre: Shanice Anya Ackerman. En lo alto, en mayúsculas, se lee: ¡PARA DAVE!

El dibujo muestra a una niña pequeña sonriente, de piel marrón oscuro, que luce unas cintas de vivo color rojo en las trenzas africanas. Sostiene en brazos un flamenco rosa, de cuya cabeza se elevan varios corazones. Billy se queda mirándolo largo rato; después lo pliega y se lo guarda en el

bolsillo de atrás. Se ha metido en una situación en la que nunca se habría imaginado. Daría cualquier cosa, incluido un pago de dos millones de dólares, por poder retroceder tres meses en el calendario, hasta el vestíbulo de aquel hotel donde se sentó a leer *Archie y sus amigos y amigas* mientras esperaba que pasara un coche a recogerlo y, cuando Frankie Elvis y Paul Logan entraran, decirles que le presentaran sus disculpas a Nick, porque había cambiado de idea. Pero ya no hay vuelta atrás, solo puede seguir adelante, y cuando piensa en Dana Edison pasándose quizá por el barrio para hacer preguntas, tal vez incluso apoyando esas manos pequeñas y pulcras suyas en los hombros de Shanice, Billy aprieta los labios con tal fuerza que se le desdibujan. Está atrapado en esta situación y solo puede sacarlo un disparo.

Jueves por la mañana. El día señalado. Billy se levanta a las cinco. Come unas tostadas, que acompaña con un vaso de agua. Sin café. Nada de cafeína de ningún tipo hasta que acabe el trabajo. Cuando se apoye el 700 en el hombro y mire a través de la mira telescópica Leupold, quiere tener el pulso absolutamente firme.

Deja el plato de las tostadas y el vaso de agua vacío en el fregadero. En la mesa, dispuestos en una hilera, están los cuatro teléfonos móviles. Extrae las tarjetas SIM de tres —el teléfono de Billy, el de Dave y el desechable— y las mete en el microondas durante dos minutos. Se pone un guante de cocina, extrae los restos chamuscados y los muele en el triturador de basura. Guarda en una bolsa de papel los tres móviles desprovistos de SIM. Añade el teléfono de Dalton Smith, el candado Yale y la sencilla gorra gris con la que fue a Pearson Street cuando dejó allí las cosas de Dalton Smith y regó las plantas de Beverly.

Con el ordenador colgado al hombro, se queda en la puerta unos instantes y mira alrededor. Esta no es su casa, en realidad nunca ha tenido un sitio al que pudiera llamar casa desde que el agente F. W. S. Malkin se lo llevó del 19 de Skyline Drive, en el parque de caravanas Hillview (y no era

nada del otro mundo como casa, sobre todo después de que Bob Raines matara a su hermana), pero supone que es lo más parecido.

—Bien, pues —dice Billy, y sale.

No se molesta en cerrar con llave. No hace falta que la poli eche la puerta abajo. Bastante triste será que, como sin duda ocurrirá, pisoteen el césped que con tanto esfuerzo ha recuperado.

2

Billy no conduce hasta el parking. El parking ya es cosa del pasado. A las seis menos cinco aparca en Main Street, a unas manzanas de la Torre Gerard. A esa hora hay mucho espacio en la propia calle y no ve a nadie en la acera. Lleva el ordenador al hombro y la bolsa de papel en la mano. Deja la llave del Toyota en el contacto. Tal vez lo roben, aunque en realidad no es necesario. Tampoco lo es tirar los tres móviles desactivados en tres alcantarillas distintas, siempre echando una ojeada alrededor para cerciorarse de que no lo observan. Es lo que los marines llamaban «controlar la zona». Tras desprenderse del tercero, comprueba si ha cogido el dibujo de Shan, en el que aparece la niña con el flamenco, el que ha pasado a llamarse Dave. Ahí está. Bien. Quiere conservarlo.

Ataja por Geary Street, se aleja una manzana de la Torre Gerard y llega al callejón al que echó un vistazo. Después de volver a asegurarse de que nadie lo observa (también de que no hay ningún borracho inoportuno durmiendo ahí), Billy entra en el callejón y se agacha detrás del segundo de los dos contenedores. El día de recogida de la basura en la ciudad es el viernes, así que los dos están llenos y apestan. Esconde el ordenador y la

gorra detrás del contenedor; luego rescata de la basura una bola de papel de embalar y los tapa.

Esta parte le preocupa más que el propio disparo. ¿Resulta irónico? No lo sabe. Lo que sí sabe es que no desea perder el ordenador en igual medida que no quiere perder el ejemplar de *Thérèse Raquin* que estaba leyendo cuando llegó a la ciudad (el libro se encuentra a buen recaudo en el 658 de Pearson). Los amuletos son lo que son. Como el zapato de bebé que llevó encima durante la Operación Resolución Vigilante y la mayor parte de Furia Fantasma.

Las probabilidades de que alguien pase por ese callejón, mire detrás del contenedor, retire el papel de embalaje pringoso y robe el portátil son mínimas, y nadie sería capaz de dar con la contraseña, pero el *objeto* en sí es importante. Así y todo, no puede llevarlo consigo, porque no puede salir de la Torre Gerard con él al hombro. Ha visto a Colin White con su móvil, y un par de veces se ha presentado a comer todavía con los auriculares puestos, que deben de ser prácticamente parte de él, pero Billy nunca lo ha visto con un portátil.

Llega a la Torre Gerard a las seis y veinte. La calle, que desemboca en el juzgado, será una colmena llena de abejas obreras más tarde, pero ahora mismo es un cementerio. No ve más que a una mujer soñolienta que coloca el cartel con el menú del desayuno ante el Sunspot Café. Billy se pregunta si el flashpot ya estará instalado más atrás, pero enseguida descarta ese pensamiento. Los flashpots no son problema suyo, como tampoco lo es el incendio que prometió Ken Hoff en Cody. Billy efectuará el disparo pase lo que pase. Es su trabajo y, después de quemar sus naves una tras otra, se propone llevarlo a cabo. No hay alternativa.

Irv Dean no está en el mostrador de seguridad, no llegará hasta las siete, tal vez las siete y media, pero uno de los dos porteros del edificio está

abrillantando el suelo del vestíbulo. Alza la vista mientras Billy se dirige al lector de tarjetas para dejar constancia de su entrada, como un buen chico.

—Eh, Tommy —saluda Billy camino de los ascensores.

—¿Qué haces aquí tan temprano, Dave? Ni Dios se ha levantado aún.

—Expira el plazo de entrega —contesta Billy, y piensa en lo apropiada que es la palabra «expira» para el asunto de hoy—. Es probable que siga aquí cuando Dios se vuelva a la cama.

Tommy suelta una risotada.

—Ánimo, tú puedes.

—Esa es la idea —dice Billy.

3

Lleva las dos bolsas de papel al servicio de hombres de la cuarta planta. Esconde el disfraz de Colin White, sin olvidar la peluca de cabello largo y negro (quizá la parte más importante), en la papelera junto a los lavabos, y lo cubre con toallas de papel. El letrero y el candado van en la puerta. La llave va a su bolsillo, junto con el teléfono de Dalton y el lápiz USB de Benjy Compson.

A medio camino de la oficina, lo asalta una idea molesta. Mientras venía hacia aquí, ha perdido la concentración en algunos momentos, cuando se le iba la cabeza al dibujo de Shan en lugar de tener los cinco sentidos puestos en lo que debía: los preparativos de esta mañana. ¿Ha tirado el teléfono de Dalton a una alcantarilla en lugar de alguno de los otros? La idea lo aterra de tal modo que en ese instante está convencido de que es justo lo que ha hecho, de que, cuando se lleve la mano al bolsillo, encontrará el teléfono de Billy, o el de Dave o ese desechable que no sirve

para nada. Si es así, puede sustituirlo, todas las tarjetas a nombre de Dalton Smith son válidas, pero ¿y si Don o Beverly Jensen lo llaman uno o dos días antes de que FedEx le entregue uno nuevo en el 658 de Pearson? Se preguntarán por qué no contesta. Podría ser intrascendente, pero podría no serlo. Unos buenos vecinos, unos vecinos *agradecidos*, tal vez incluso llamarían a la policía y les pedirían que mandaran a alguien al apartamento del sótano para asegurarse de que no le ha pasado nada.

Agarra el teléfono, y por un momento se limita a sostenerlo en la mano dentro del bolsillo, sintiéndose como un jugador de ruleta que teme mirar la rueda y ver en qué color ha caído la bolita. Lo peor —peor que los inconvenientes que eso podría causarle, incluso peor que el riesgo potencial— es saber que ha actuado con descuido. Ha permitido que su pensamiento vuelva furtivamente a la vida que acaba de dejar atrás.

Se saca el móvil del bolsillo y deja escapar un suspiro de alivio. Es el de Dalton. Ha salido indemne de un posible error. No puede cometer otro. La fatalidad no perdona.

4

Las siete menos cuarto. Billy accede al periódico local mediante su teléfono de Dalton Smith y utiliza una tarjeta de crédito para salvar las barreras de pago. El titular de primera plana está relacionado con las inminentes elecciones del estado, pero hacia el pie de la página, en la parte que habría quedado por debajo del pliegue en los tiempos de los periódicos reales, aparece el titular: PRÓXIMA COMPARECENCIA DE ALLEN, ACUSADO DEL ASESINATO DE HOUGHTON. La noticia empieza: «Después de una prolongada lucha por evitar la extradición, Joel Allen

pasará por fin el primero de muchos días en el juzgado. Los fiscales se proponen acusarlo de asesinato por la muerte de James Houghton, 43, y de agresión con intención homicida al disparar casi fatalmente contra...».

Billy no se molesta en seguir, pero programa el teléfono para recibir nuevas notificaciones del periódico. Se sienta ante el escritorio de la zona de recepción y, en una hoja arrancada de uno de los cuadernos Staples que por lo demás nunca ha usado, escribe en mayúsculas: TENGO UN PLAZO QUE CUMPLIR. POR FAVOR, NO MOLESTEN. Lo pega con celo a la puerta y echa la llave desde dentro.

Saca del altillo las piezas del Remington 700 y las coloca sobre la mesa donde ha estado escribiendo. Al verlas ahí, como en un diagrama en perspectiva explosionada de un manual de armas de fuego, vuelve a su memoria Faluya. Aparta los recuerdos. Es otra vida que dejó atrás.

—No más errores —dice, y monta el rifle.

Cañón, cerrojo, extractor y muelle del botador, cantonera, espaciador para la culata y todo lo demás. Sus manos se mueven con rapidez y casi por voluntad propia. Acude brevemente a su mente un poema de Henry Reed, el que empieza: «Hoy toca el nombre de las piezas. Ayer tuvimos la limpieza diaria». Aparta también eso. Esta mañana se acabaron los dibujos infantiles y la poesía. Más tarde tal vez. Y más tarde tal vez escriba. Ahora tiene que concentrarse en el trabajo y mantener la vista en el premio. El hecho de que el premio ya no le importe demasiado es intrascendente.

La mira es lo último, y una vez más utiliza la aplicación de calibrado para asegurarse de que el arma conserva su precisión. «Centrado», decían ellos. Acciona el cerrojo tres veces, añade un par de gotas de aceite y vuelve a accionarlo. Como prevé disparar una sola vez, no hace falta, pero es lo que le enseñaron. Por último, inserta el cargador y acerroja para

desplazar la bala letal a la recámara. Deja el arma con cuidado (aunque no con veneración, ya no) en la mesa.

Valiéndose de una chincheta, un cordel y un rotulador, traza una circunferencia de cinco centímetros de diámetro en el cristal de la ventana. Entrecruza encima varias tiras de cinta adhesiva y empieza a cortar con el cúter. Mientras delinea una y otra vez el contorno, suena el tono del móvil, pero Billy ni se interrumpe. Tarda un rato porque el cristal es grueso, pero el círculo de vidrio acaba desprendiéndose limpiamente como el corcho de una botella de vino. La brisa fresca de la mañana se cuela por el orificio.

Consulta su teléfono y ve que ha recibido una notificación del periódico. Incendio en un almacén de Cody, nivel de alerta cuatro. Billy se asoma por la ventana y ve ascender una columna de humo negro. No sabe de dónde sacó Ken Hoff esa información, pero acertó de pleno.

Son las siete y media, y está todo lo preparado que puede estar. Todo lo preparado que necesita estar, espera. Se sienta en la silla donde ha estado escribiendo, con las manos cruzadas relajadamente sobre el regazo, y aguarda. Como aguardó en Faluya, a cierta altura y en la orilla del río opuesta al cibercafé del árabe que reveló los planes de los contratistas de Blackwater y desencadenó una tormenta de fuego. Como aguardó en una decena de azoteas, escuchando las detonaciones de las armas y el aleteo de las bolsas de basura prendidas en las palmeras. El corazón le late de forma lenta y acompasada. No está nervioso. Observa el tráfico en Court Street, cada vez más denso. Pronto todas las plazas de aparcamiento estarán ocupadas. Observa entrar a los clientes en el Sunspot Café. Unos cuantos se sientan fuera, donde se sentó Billy hace meses con Ken Hoff. Una unidad móvil del Canal Seis avanza despacio por la calle, pero es la única. O el incendio del almacén ha atraído a las otras o Joel Allen no es una gran

prioridad. Quizá ambas cosas, piensa Billy. Aguarda. El tiempo pasa. Siempre pasa.

5

El personal de Business Solutions empieza a llegar a las ocho menos diez, algunos con vasos de café para llevar. Estarán en plena actividad a las ocho y cuarto, apremiando a gente hasta el cuello de deudas, con las persianas translúcidas de los grandes ventanales bajadas para disuadirlos de apartar la mirada del trabajo aunque sea unos segundos. Algunos se detienen de camino a las puertas del vestíbulo para observar la columna de humo negro que se eleva por encima del juzgado desde Cody. Colin White se encuentra entre ellos. Él no lleva vaso de café; tiene una lata de Red Bull. Hoy viste un pantalón acampanado teñido con nudos y una camiseta de color naranja chillón. No se parece en nada al conjunto que Billy tiene escondido, pero, en medio del revuelo, no debería importar.

Llega más gente, aunque, con el bajo nivel de ocupación del edificio, no demasiada. Casi todos se dirigen al juzgado. A las ocho y media, Jim Albright y John Colton vienen por Court Street y cruzan la plaza. Acarrear grandes maletines. Y detrás de ellos, Phyllis Stanhope. Su abrigo de otoño ha salido por primera vez de la hibernación del armario. Es de color rojo escarlata, lo que lleva a Billy a pensar en Caperucita Roja. Lo asalta un breve pero vívido recuerdo de ella mirándolo desde arriba, instándolo a penetrarla más, mientras él le acaricia los pezones con los pulgares. Lo aparta de su cabeza.

Hay doce personas en la cuarta planta, sin contar al propio Billy: cinco en el bufete y siete en la asesoría contable. La gente del bufete tal vez oiga

el disparo, tal vez no, pero Billy da por hecho que sí oirán el estampido del primer flashpot. Se producirá un breve silencio durante el cual todos se mirarán, diciendo «qué ha sido eso», y luego cruzarán apresuradamente el rellano hacia la asesoría contable Crescent, porque son las ventanas que dan a Court Street. Para entonces se habrá activado ya el segundo flashpot. Todos se apiñarán y mirarán hacia la calle, preguntándose qué ha ocurrido y qué deben hacer. ¿Bajar o quedarse? Habrá distintas opiniones. Piensa que pueden transcurrir hasta cinco minutos antes de que decidan bajar, porque disponen de una vista excelente y todo el barullo tiene lugar en la acera de enfrente, ante el juzgado, o en la esquina, ante la tienda de prensa y papelería. Billy no necesitará cinco minutos. Deberían bastarle tres, tal vez solo dos.

Le suena el aviso de otra notificación en el móvil. El incendio del almacén se ha propagado a un centro de alquiler de trasteros cercano, y van de camino unidades de bomberos de otros distritos. La Interestatal 64 permanecerá cerrada al menos hasta el mediodía. Se recomienda a los automovilistas que utilicen la carretera estatal 47A. A las nueve menos cinco, otra notificación anuncia que el incendio empieza a estar bajo control. Por el momento no se ha informado de heridos ni víctimas mortales.

Ahora Billy está sentado delante de la ventana con el Remington sobre las rodillas. Hace un día claro como el agua, la lluvia que Nick temía no ha caído, la brisa es poco más que un soplo refrescante, el equipo de filmación del Canal 6 está a punto para grabar con objeto de emitir en las noticias del mediodía. ¿Dónde está, pues, la estrella del espectáculo? Billy esperaba que trasladaran a Allen en un vehículo de la oficina del sheriff del condado, más que en un autobús de reclusos, y a las nueve en punto, hora a la que lo acompañarían a una sala de espera hasta que el juez estuviera en situación

de recibirlo, pero pasan ya cinco minutos de las nueve y en Holland Street no se ve ni rastro de ningún vehículo oficial procedente de la cárcel del condado.

Pasan diez minutos y todavía nada. La clientela del Sunspot reunida para el desayuno empieza a marcharse. Pronto la encargada, ya sin aspecto soñoliento, entrará el cartel con el menú del desayuno y lo sustituirá por otro con el del almuerzo.

Son las nueve y cuarto, y el humo que ondea por encima del juzgado parece disiparse. Billy comienza a preguntarse si ha habido algún contratiempo. A la nueve y veinte está seguro de que así es. Tal vez Allen haya caído enfermo o se haya autoprovocado alguna enfermedad. Tal vez lo hayan agredido en la cárcel. Tal vez esté en la enfermería, o incluso muerto. Tal vez haya fingido enloquecer a fin de retrasar la comparecencia. Tal vez *ha* enloquecido de verdad.

A las nueve y media, cuando Billy contempla sus opciones de salida — en cualquier caso, desmontar el arma será lo primero—, aparece en Court Street un todoterreno negro con el rótulo SHERIFF DEL CONDADO en el lateral. Unas luces azules destellan en el techo y tras la calandra. El reducido equipo de filmación de Canal 6, que estaba ocioso, reacciona. De la unidad móvil sale una mujer con un vestido corto exactamente del mismo rojo que el abrigo de otoño de Phil. Sostiene un micrófono en una mano y, en la otra, un pequeño espejo para comprobar su aspecto. El espejo refleja la intensa luz del sol de la mañana en dirección a Billy, que gira la cabeza para que no lo deslumbre.

Dos policías, walkie-talkies en mano, salen del juzgado y descienden al trote por la escalinata de piedra al tiempo que el todoterreno se detiene junto al bordillo. Se abre la puerta del lado del acompañante y se apea un hombre corpulento con un traje marrón y un sombrero vaquero blanco

ridículamente grande. Del lado del conductor baja un poli de uniforme. El equipo de televisión está filmando. La periodista se encamina hacia el hombre corpulento, quien con toda seguridad es el sheriff del condado. Nadie más se atrevería a calarse un sombrero como ese. Los policías del juzgado hacen ademán de cortar el paso a la periodista, pero el hombre corpulento le indica que se acerque. La mujer formula una pregunta y le tiende el micro para captar su respuesta. Billy adivina lo esencial: sabemos manejar a hombres peligrosos como este, se hará justicia, voten por mí en noviembre.

La periodista tiene su declaración y retrocede un paso. El hombre corpulento se vuelve hacia el todoterreno. Se abre la puerta de atrás y sale otro poli de uniforme. Este de tamaño extragrande. Billy se cruza el Remington ante el pecho, observa y espera. El conductor se reúne con el hombre extragrande. Se vuelven para abrir la puerta, y ahora sale Joel Allen. Como es solo la comparecencia y no hay jurado al que impresionar, viste un mono naranja del departamento penitenciario local en lugar de traje. Tiene las manos esposadas al frente.

La periodista quiere formular una pregunta a Allen, probablemente algo perspicaz como fue usted quien lo hizo, pero esta vez el hombre corpulento tiende las manos para evitar que se acerque. Allen sonríe a la mujer y dice algo. Billy no necesita la mira telescópica para ver eso.

El poli descomunal sujeta a Allen por el codo y lo dirige hacia los escalones del juzgado. Empiezan a subir. Billy introduce el cañón del Remington por el orificio en el cristal. Se encaja la cantonera de la culata firmemente en el hueco del hombro y se acoda en las rodillas, un poco separadas. Para un disparo como ese, no necesita más apoyo. Observa por la mira y de pronto la escena de abajo se acerca. Ve las arrugas en el cuello curtido por el sol del hombre corpulento. Ve agitarse el llavero en el

cinturón del poli descomunal. Ve en la parte de atrás de la cabeza de Allen un mechón de cabello castaño claro erizado. Billy traspasará con la bala ese mechón y la alojará en el cerebro que hay debajo. En el secreto que Allen ha estado guardando, el que, según espera, será su as en la manga para salir libre de la cárcel.

Esta vez el súbito recuerdo que lo asalta es el de los niños al abalanzarse sobre él cuando Derek lo gana en esa última partida al Monopoly. Lo aparta de su mente. Ahora están solo Allen y él. Son los únicos en el mundo. Se reduce a eso. Billy toma aire, relajado, lo retiene y dispara.

6

La fuerza de la bala arranca a Allen de las manos del policía que lo custodia. Sale despedido hacia delante con los brazos abiertos y choca contra los peldaños. La parte delantera del cráneo llega antes que el resto del cuerpo. El corpulento sheriff corre a ponerse a cubierto y pierde el ridículo sombrero vaquero. La periodista también pone pies en polvorosa. El cámara se agacha en un acto reflejo, pero no se mueve de su sitio. Lo mismo hace el poli extragrande. Al alegre sargento de los marines que alistó a Billy le habrían encantado esos dos tipos. En especial el extragrande, que lanza una ojeada a Allen y acto seguido se da la vuelta, desenfunda y busca la procedencia del disparo. Ese tío los tiene bien puestos y es rápido, pero Billy ya ha retirado el 700. Lo deja caer al suelo y sale a la recepción del despacho.

Se asoma al pasillo y no ve a nadie. Estalla el primer flashpot. La detonación es muy ruidosa. Billy sale y, mientras corre hacia el servicio, se saca la llave del bolsillo. La introduce en la base del candado Yale y la gira.

Justo cuando entra en el cuarto de baño, oye el griterío en la otra punta del pasillo. Los Jóvenes Abogados, más su asistente y la secretaria, cruzan el pasillo hacia la asesoría contable Crescent, conforme a lo previsto.

Billy se inclina sobre la papelería, aparta las toallas de papel y coge los elementos de su disfraz. Se pone el pantalón de estilo paracaídas encima de los vaqueros, tira del cordón y se lo ciñe mediante un nudo de la abuela. No hay cremallera que subir. Se enfunda la cazadora de los Rolling Stones. A continuación, mirándose en el espejo del lavabo, se coloca la peluca. El cabello negro le cae solo hasta media nuca, pero le oculta la frente hasta las cejas y los lados de la cara.

Abre la puerta del servicio. El pasillo está vacío. Los abogados y los contables (entre ellos, Phil) siguen contemplando pasmados el revuelo de la calle. Pronto decidirán salir del edificio, y al menos unos cuantos bajarán por las escaleras, porque son demasiados para el ascensor, pero todavía no.

Billy abandona el baño y se encamina hacia las escaleras. Oye bullicio más abajo, mucho, pero el tramo de escaleras entre la tercera y la segunda planta está vacío. La gente de esos pisos continúa estupefacta ante las ventanas. No así la de la primera planta, ocupada íntegramente por Business Solutions. Esta, aun sin las persianas translúcidas, no cuenta con la vista panorámica que ofrecen los ventanales de los pisos superiores que dan a la calle. Los oye bajar de forma ruidosa por las escaleras, farfullando. Colin White estará entre ellos, pero nadie debería fijarse en que ahora tiene un doble, porque Billy irá detrás de ellos y nadie se volverá para mirar. Esta mañana, no.

Billy se detiene justo por encima del rellano de la primera planta. Permanece ahí hasta que el tropel ensordecedor ha desaparecido; luego sigue descendiendo hacia la planta baja detrás de un hombre con pantalón cargo caqui y una mujer con un desacertado pantalón a cuadros. Por un

momento se ve obligado a parar, posiblemente a causa de un atasco en la puerta que da al vestíbulo. Se pone nervioso, porque la gente de los pisos superiores no tardará en bajar por esas mismas escaleras. Algunos desde la cuarta planta.

La muchedumbre por fin se pone en movimiento de nuevo, y cinco segundos después —mientras Jim, John, Harry y Phil siguen mirando desde arriba—, él está ya en el vestíbulo. Irv Dean ha abandonado su puesto. Billy lo ve en la plaza, fácil de localizar con el chaleco azul de guardia de seguridad. A Colin White, con su camiseta de color naranja chillón, también se lo distingue fácilmente. Con el teléfono en alto, graba el alboroto: policías que corren por la calle hacia la nube de humo entre el Sunspot Café y la agencia de viajes contigua, policías y alguaciles que gritan a la gente para que vuelva a entrar en el juzgado y se ponga a cubierto, gente que huye de otra nube de humo en la esquina, desgañitándose.

Colin no es el único que graba. Otros, al parecer convencidos de que un iPhone los vuelve invulnerables, hacen lo mismo. Pero son una minoría, como comprueba Billy al salir. La mayoría de la gente solo quiere alejarse. Oye que alguien exclama: «¡Tirador activo!». Algún otro grita: «¡Han puesto una bomba en el juzgado!». Otro vocifera: «¡Hombres armados!».

Billy atraviesa la plaza hacia la derecha y enfila Court Street Place. El corto paseo en diagonal lo llevará a la calle Dos, que pasa por detrás del parking. No está solo. Más de treinta personas lo preceden y otras tantas avanzan detrás de él, todas usando ese atajo para alejarse del caos, pero él es el único que presta atención a la furgoneta del DOP aparcada junto a la acera. Dana está sentado al volante. Reggie, vestido con el mono municipal reglamentario, se encuentra de pie junto a la puerta trasera y escruta a la muchedumbre. Casi todos los que huyen de Court Street hablan por el

móvil. Billy desearía poder fingir que hace lo mismo, pero lleva el teléfono de Dalton Smith en los vaqueros, debajo del pantalón de estilo paracaídas. Una oportunidad desaprovechada, pero no se puede pensar en todo.

Sabe que no debe agachar la cabeza, porque Dana o Reggie podrían reparar en el gesto (más probablemente Dana), pero se acerca a una mujer rechoncha que jadea y sujeta el bolso contra el pecho como si fuera un escudo. Cuando se aproximan a la furgoneta, Billy vuelve la cabeza hacia ella y levanta la voz en una imitación de la de Colin White en las ocasiones en que Colin se pone en plan soy el más gay de todos.

—¿Qué ha *pasado*? Dios mío, ¿qué ha *pasado*?

—Un atentado terrorista, creo —contesta la mujer—. Santo cielo, ¡se han oído *explosiones*!

—¡Lo sé! —exclama Billy—. ¡Dios, lo he oído!

En ese punto ya han dejado atrás la furgoneta. Billy se atreve a echar una ojeada por encima del hombro. Tiene que asegurarse de que no lo miran a él. O lo siguen. No, no lo han visto. La gente que recurre a Court Street Place para alejarse es aún más numerosa; abarrota la acera. Reggie los observa con suma atención, de puntillas, buscando a Billy. Cabe suponer que Dana también. Billy aprieta el paso y, sorteando a la gente, deja atrás a la mujer rechoncha. No corre, pero casi. Dobla a la izquierda en la calle Dos, otra vez a la izquierda por Laurel, luego a la derecha por Yancey. El éxodo queda ya a su espalda. Un joven lo agarra por el hombro porque quiere saber qué demonios ocurre.

—No lo sé —contesta Billy. Se zafa y sigue adelante.

Detrás de él, el sonido de las sirenas se eleva en el aire.

El portátil ha desaparecido.

Billy aparta el papel de embalaje, ahora salpicado con restos de comida china caída del contenedor rebosante, y debajo no hay más que adoquines viejos. Su mente resbala de vuelta a Faluya y el zapato de bebé. De vuelta a Taco cuando este dijo: «Guárdalo bien, hermano». Lo llevó atado por los cordones a la trabilla del cinturón, rebotando contra su cadera junto con los demás objetos que acarreaba. Que todos ellos acarreaban.

No necesita el puto portátil, tiene el lápiz USB con el relato de Benjy, en el que Rudy Bell, alias Taco, y los demás aún no aparecen pero esperan entre bastidores. Puede seguir escribiendo cuando llegue al apartamento del sótano. En el portátil no hay nada que lo relacione con su vida de Dalton Smith, aunque alguien, un superinformático de película, pudiera descifrar la contraseña. La única conexión con su vida de Dalton Smith, aparte de los Jensen, es Bucky Hanson, y solo se ha comunicado con Bucky a través de un teléfono que ya no existe.

Déjalo correr, pues. No tienes elección ni pierdes nada.

Pero lo considera de muy mala suerte. Un mal augurio. Casi parece el compendio final de una mierda de trabajo que debería haber tenido la sensatez de no aceptar.

Descarga un puñetazo en el costado del contenedor con fuerza suficiente para hacerse daño y escucha las sirenas. Ahora mismo la policía le trae sin cuidado: todos los efectivos van camino del juzgado, donde se ha armado un buen jaleo. Pero sí le preocupan Reggie y Dana. Cuando se cansen de esperar, llegarán a la conclusión de que Billy ha quedado atrapado en la Torre Gerard o les ha dado esquinazo. No pueden hacer nada si sigue en el edificio, pero si ha decidido abandonar el plan y largarse por su cuenta, pueden empezar a recorrer las calles en su busca.

No es como el zapato de bebé, piensa Billy. Y demonios, el zapato de bebé tampoco era mágico, solo pensamiento mágico. El desastre que ocurrió después de que lo perdiera no significa nada. Azares de la guerra, muchacho, lo mismo que esto. Alguien ha encontrado el portátil y lo ha robado, ha desaparecido, y tú tienes que esconderte antes de que aparezca esa furgoneta Transit, avanzando lentamente.

Piensa en los ojos pequeños e intensos de Dana Edison detrás de esas gafas con montura al aire. Billy ha superado la inspección de esos ojos una vez y no quiere arriesgarse a dar una segunda oportunidad a ese hombre. Tiene que llegar al apartamento del sótano de Pearson Street, y deprisa.

Billy se pone en pie y se dirige apresuradamente a la boca del callejón. Ve unos cuantos coches pero ninguna furgoneta Transit. Se dispone a doblar a la derecha y de pronto se queda inmóvil, asombrado y furioso ante su propia estupidez. Es como si el *lado tonto* se hubiera convertido en su lado real. Ha estado a punto de dirigirse a Pearson Street todavía con la peluca, la cazadora de los Rolling Stones y el puto pantalón de estilo paracaídas puestos. Como llevar un letrero de neón que dijera: FIJAOS EN MÍ.

Vuelve a adentrarse rápidamente en el callejón, despojándose de la peluca y la cazadora sobre la marcha. Otra vez detrás del contenedor, deshace el nudo de la abuela que le ciñe el ridículo pantalón, se lo baja y se lo quita. Se agacha y lo enrolla todo. Luego empuja el fardo lo más hondo posible bajo las pilas de papel de embalaje sucio... y toca algo. Es duro y delgado. ¿Puede ser la visera de una gorra?

Lo es. ¿De verdad lo ha dejado tan alejado detrás del contenedor? Tira la gorra a un lado y hurga más allá, apoyando el hombro contra el costado herrumbroso del contenedor, en medio de los miasmas de la comida china. Roza algo más con las yemas de los dedos. Sabe qué es y le cuesta creerlo. Se estira aún más, ahora con la mejilla contra el costado herrumbroso del

contenedor, y agarra el asa del maletín del portátil. Lo saca y lo mira con incredulidad. Juraría que no lo ha dejado tan lejos, pero parece que sí lo ha hecho. Se dice que eso no es lo mismo que pensar que ha tirado el teléfono equivocado, no es lo mismo ni mucho menos, pero lo es.

Acceder a quedarse tanto tiempo en esta ciudad fue un error. El Monopoly fue un error. Organizar una barbacoa en el jardín trasero fue un error. ¿Derribar aquellos pájaros de hojalata en la barraca de tiro? Un error. Tener tiempo para pensar y actuar como una persona normal ha sido el mayor error de todos. Él no es una persona normal. Es un asesino a sueldo, y si no piensa como quien es y como lo que es, no saldrá de esta.

Utiliza un trozo no muy sucio de papel de embalaje para limpiar la gorra y el maletín del portátil. Se echa la correa al hombro y se cala la gorra, antes impecable y ahora mugrienta. Se acerca a la salida del callejón y vuelve a asomarse. Un coche patrulla dobla la esquina ruidosamente, con las luces y la sirena encendidas. Billy se echa atrás hasta que pasa. Luego sale y se encamina con paso enérgico hacia Pearson Street y el edificio frente a la estación de ferrocarril demolida. Vuelve a acordarse de Faluya, de las interminables batidas por calles estrechas con el zapato de bebé rebotando contra su cadera. Impaciente por que termine la patrulla. Con ganas de regresar a la relativa seguridad de la base, a menos de dos kilómetros de la ciudad, donde habría comida caliente, touch rugby, quizá una película bajo las estrellas del desierto.

Nueve manzanas, se dice. Nueve manzanas y lo habrás logrado. Nueve manzanas y esta patrulla en particular habrá terminado. Sin película bajo las estrellas, eso era cosa de Billy Summers, pero Dalton Smith tiene YouTube e iTunes en uno de los ordenadores AllTech. Sin violencia, sin explosiones, solo personas haciendo bufonadas. Y besándose al final.

Nueve manzanas.

Ha recorrido siete de esas manzanas, y la parte más moderna de la ciudad ya ha quedado atrás, cuando ve una furgoneta Transit municipal que pasa con lentitud por un cruce más adelante. Billy supone que podría ser otra Transit del DOP, son todas iguales, pero avanza muy despacio y casi se detiene en medio de West Avenue antes de acelerar de nuevo.

Billy se oculta en un portal. Al ver que la furgoneta no da media vuelta, se pone otra vez en marcha, siempre buscando un sitio donde refugiarse por si regresa. Si vuelven y lo ven, es probable que acabe muerto. Lo más parecido que tiene a un arma son las llaves. A menos que, claro está, Nick haya actuado honradamente con él desde el principio. Si así fuera, quizá solo le caería un severo rapapolvo, pero no tiene intención de averiguarlo. En cualquier caso, debe seguir adelante si quiere llegar al apartamento.

Se detiene en el cruce y mira en la dirección en que se ha ido la Transit. No ve nada más que unos cuantos coches y un camión de UPS. Billy cruza la calle al trote, con la cabeza gacha, y no puede evitar pensar en la carretera 10 de Faluya, conocida también como Callejón de los AEI, por los artefactos explosivos improvisados que solían encontrarse allí.

Dobla en Pearson, salva de prisa la última manzana, y ahí está el edificio. Para llegar, tiene que cruzar la calle, y siente un picor delirante en el omóplato derecho como si alguien —sería Dana, por supuesto— estuviera apuntándole con la mira de una pistola silenciada. El viento casi incesante que sopla a través del solar cubierto de escombros arrastra un desplegable publicitario con cupones del periódico local contra uno de sus tobillos. Sobresaltado, da un brinco.

Recorre apresuradamente el camino de acceso del 658, con el pavimento deformado a causa de las temperaturas invernales, y sube por las escaleras. Mira por encima del hombro en busca de la Transit, convencido de que la verá, pero la calle está vacía. Las sirenas han quedado atrás, como el resto de su vida de David Lockridge. Prueba una llave y no entra. Prueba otra y tampoco sirve. Piensa en el teléfono que podría haber perdido y en el portátil que podría haber perdido, tal como perdió el zapato de bebé.

Calma, piensa. Son las llaves de Evergreen Street, que no has sacado del llavero, así que serénate. Casi estás a salvo en casa.

La llave siguiente abre la puerta del vestíbulo. Entra y cierra. Mira hacia la calle a través de un andrajoso visillo de encaje, tejido quizá por Beverly Jensen. No ve nada, no ve nada, ve que un cuervo se posa en los irregulares escombros de la acera de enfrente, ve que el cuervo alza el vuelo, no ve nada, ve a un niño en un triciclo y a su madre caminando pacientemente junto a él, ve otra hoja de periódico que rueda por el asfalto remendado, tiene tiempo para pensar: El asfalto remendado de Pearson Street, y entonces ve la Transit, circulando muy despacio. Billy se queda totalmente inmóvil. Él ve a través del visillo, pero Reggie, en el asiento del acompañante, no ve el interior de la casa. Aunque podría percibir un movimiento repentino tras el visillo de encaje. Billy piensa que el otro seguro que lo advertiría.

La Transit sigue adelante. Billy espera a captar el destello de las luces de freno. No se encienden, y finalmente la furgoneta se pierde de vista. No sabe con certeza si está a salvo, pero cree que sí. Eso espera. Baja por las escaleras y entra en el apartamento. No en casa. Es solo un sitio donde esconderse, pero de momento le basta con eso.

Una tela de color burdeos cubre la única ventana del apartamento del sótano. Billy la descorre en la barra y se sienta, pensando de nuevo que el piso es como un submarino y esa ventana es su periscopio. Permanece en el sofá durante quince minutos con los brazos cruzados delante del pecho, esperando a que regrese la Transit. Puede que incluso se detenga si Dana, que no es ningún tonto, decide que vale la pena inspeccionar el sitio. Cosa poco probable, teniendo en cuenta que hay varios barrios decadentes en torno al centro de la ciudad, pero no imposible.

Billy está cada vez más seguro de que lo buscan con la intención de matarlo.

No dispone de pistola, aunque habría sido bastante sencillo conseguir una. Por lo visto, en la zona organizan ventas de armas casi todos los días de la semana. En cualquier caso, ni se le habría ocurrido pisar el local donde celebrasen la venta cuando en el aparcamiento podría haber comprado un arma fiable pagando en efectivo, sin preguntas. Algún modelo básico, calibre 32 o 38, fácil de ocultar. Pero esta vez no se trata de un descuido; simplemente, no había previsto una situación en la que pudiera necesitarla.

Aunque, piensa, al cambiar el plan sin informar a Nick, deberías haber previsto *algo*.

Si vuelven —es paranoia, pero cabe la posibilidad—, ¿qué puede hacer Billy al respecto? Poca cosa. En la cocina hay un cuchillo de carnicero. Y un tenedor para trincar. Podría utilizar el tenedor con el primero, y sabe que sería Reggie. El más fácil. Luego Dana lo liquidaría a él.

Cuando, al cabo de quince minutos, la furgoneta falsa del DOP no ha vuelto, Billy llega a la conclusión de que se han marchado a otra parte de la ciudad, tal vez a comprobar si está en la casa de Evergreen Street, o bien han regresado a la supermansión para esperar nuevas órdenes de Nick. Corre la cortina, ocultando la vista, y consulta su reloj. Son las once menos veinte. El tiempo vuela cuando uno se lo pasa bien, piensa.

Los canales 2 y 4 emiten las chorradas matutinas de costumbre, pero al pie de la pantalla se desliza una cinta con información sobre el atentado y las explosiones. El verdadero filón es el Canal 6, donde han suspendido la programación de la mañana para dar la noticia en directo desde el lugar de los hechos. Tienen el material para hacerlo porque alguien de la redacción ha enviado una unidad móvil al juzgado para cubrir la comparecencia de Allen, en lugar de mandarla a Cody cuando se ha declarado el incendio en el almacén. Podría haber sido por descuido o mera pereza, uno no acaba como jefe de servicios informativos en una pequeña ciudad fronteriza del sur como Red Bluff por ser Walter Cronkite, pero, en retrospectiva, quienquiera que sea el responsable va a presentarlo como un gran acierto.

UN MUERTO, NINGÚN HERIDO QUE SE SEPA EN LA CATÁSTROFE DEL JUZGADO, se lee en el texto superpuesto al pie de la pantalla. La corresponsal del vestido rojo sigue haciendo su trabajo, aunque ahora desde la esquina de Main Street, porque han acordonado Court Street. Billy tiene la impresión de que están allí todas las fuerzas del orden de la

ciudad, más dos furgonetas del departamento forense y una de la policía estatal.

«Bill —dice la periodista, y cabe suponer que se dirige al presentador del informativo en el estudio—, estoy segura de que más tarde habrá una rueda de prensa, pero por ahora no tenemos ningún dato oficial que comunicar. Permanecemos atentos, eso sí, al lugar de los hechos, y quiero enseñarte algo que George Wilson, mi cámara, haciendo gala de una extraordinaria valentía, ha captado hace unos minutos. George, ¿puedes mostrarlo otra vez?»

George levanta la cámara, la centra en la Torre Gerard y enfoca la cuarta planta. Incluso con el zoom al máximo, la imagen apenas tiembla, y Billy no puede evitar admirarlo por eso. El cámara George se ha mantenido firme al armarse la gorda, ha conservado la serenidad cuando todos alrededor la perdían, ha obtenido imágenes que sin duda se transmitirán a escala nacional, y gracias a su aguda vista probablemente va solo un paso y medio por detrás de la policía en estos momentos. Podría haber sido marine, piensa Billy. Quizá lo fue. Más carne de cañón al servicio del ejército. A saber si me crucé con él en lo que llamábamos el Puente de Brooklyn o me agaché a su lado en el cementerio de Al Jolan mientras soplaban el viento y volaba la mierda.

Se ofrece a los telespectadores del Canal 6, Billy entre ellos, la imagen de una ventana con un orificio realizado por un francotirador. El resplandor del sol en el cristal ayuda, tal como previó Dana.

«Casi con toda seguridad, la bala ha partido de ahí —dice la periodista—, y no deberíamos tardar en saber quién ocupaba esa oficina. Puede que la policía lo haya averiguado ya.»

La imagen pasa al estudio central, donde Bill presenta un aspecto serio acorde con las circunstancias.

«Andrea, queremos reproducir de nuevo tu reportaje original, para aquellos que tal vez acaban de incorporarse a la emisión. Es francamente extraordinario.»

Pasan al vídeo. Billy ve acercarse el todoterreno con las luces de emergencia encendidas. La puerta se abre y el sheriff corpulento se apea. Tiene las orejas grandes, casi tanto como Clark Gable. Da la impresión de que sostienen el ridículo sombrero vaquero. Andrea se acerca y le tiende el micro. Los policías del juzgado hacen ademán de intervenir, pero el sheriff alza la mano en un gesto imperioso para detenerlos a fin de que ella pueda formular su pregunta.

«Sheriff, ¿ha confesado Joel Allen el asesinato del señor Houghton?»

El sheriff sonríe. Tiene un acento tan sureño como las gachas de maíz con berzas.

«No necesitamos una confesión, señora Braddock. Tenemos todo lo que necesitamos para conseguir una condena. Se hará justicia. Cuente con ello.»

La periodista del vestido rojo —Andrea Braddock— retrocede. George Wilson enfoca la puerta del todoterreno justo cuando se abre. Y ahí aparece Joel Allen, como un actor de cine que asoma de su caravana. Andrea Braddock da un paso al frente para hacer otra pregunta, pero, obediente, se echa atrás cuando el sheriff levanta la mano en su dirección.

Así no llegarás a nada, Andrea, piensa Billy. Tienes que imponerte, chica.

Se inclina hacia delante. Ese es el momento, y resulta fascinante verlo desde otro ángulo, desde una perspectiva distinta. Oye el disparo, un nítido restallido. No ve los daños que causa la bala, el montador de vídeo del Canal 6 lo ha difuminado, pero ve que el cuerpo de Allen sale despedido hacia delante y choca contra los escalones. La imagen tiembla y baja cuando el cámara George se agacha en un acto reflejo; luego se estabiliza

otra vez. Después de posarse en el cuerpo un momento, la cámara se desplaza hacia el poli extragrande, que busca la procedencia del disparo.

De pronto, ¡*bum!* Calle arriba, más allá del Sunspot Café. Se oyen gritos. Wilson orienta su ojo mágico hacia allí para mostrar a los transeúntes en plena huida (Andrea Braddock entre ellos, ese vestido rojo es inconfundible) y el humo que se eleva entre el Sunspot y la agencia de viajes de al lado. Andrea se da media vuelta para regresar —Billy ha de concederle puntos por eso— y entonces estalla el segundo flashpot. Ella se encoge, se gira en esa dirección, echa un vistazo y después trota hasta su posición inicial. Está despeinada, el kit de transmisión le cuelga del cable, y se ha quedado sin aliento.

«Explosiones —dice—. Y alguien ha recibido un disparo. —Traga saliva—. Joel Allen, que iba a comparecer ante el juez por el asesinato de James Houghton, *ha sido alcanzado por una bala en la escalinata del juzgado.*»

Todo lo que tenga que decir a partir de ese punto será decepcionante, así que Billy apaga el televisor. Por la noche incluirán entrevistas en Evergreen Street a personas a las que conocía en su vida como Dave Lockridge. No quiere verlas. Jamal y Corinne no permitirán que las cámaras se acerquen a los niños, pero ver a Jamal y a Corinne ya le dolería. Y a los Fazio. A los Peterson. Incluso a Jane Kellogg, la viuda aficionada a la bebida que vive en la misma calle. Le dolería su ira, pero su pena y su perplejidad le harían aún más daño. Dirán que les parecía una persona decente. Dirán que les parecía buena persona, ¿y es vergüenza lo que siente?

—Claro —dice al piso vacío—. Mejor eso que nada.

¿Servirá de algo si Shan y Derek y los otros niños se enteran de que su compañero de Monopoly ha matado a un mal tipo? Le gustaría pensar que sí, pero también está el hecho de que su compañero de Monopoly se hallaba

a cubierto cuando ha disparado contra ese mal tipo. Y le ha disparado en la parte de atrás de la cabeza.

2

Llama a Bucky Hanson y le salta el buzón de voz. Es lo que espera, porque Bucky, cuando ve NÚMERO DESCONOCIDO en la pantalla (Bucky es muy consciente de que no ha de incluir a Dalton Smith entre sus contactos), no contesta aunque esté disponible y piense que su cliente lo llama desde una rústica ciudad de la frontera sur.

—Lláname —dice Billy al buzón de voz de Bucky—. Lo antes posible.

Se pasea por el piso alargado, teléfono en mano. Suena en menos de un minuto. Bucky no pierde el tiempo ni utiliza nombres. Tampoco Billy. Es una precaución arraigada, por más que el teléfono de Bucky sea seguro y el de Billy esté limpio.

—Quiere saber dónde estás y qué demonios ha pasado.

—He hecho el trabajo, eso es lo que ha pasado. Le basta con encender la tele para verlo. —Billy se toca uno de los bolsillos de atrás con la mano libre y nota que lleva una lista de la compra de Dave Lockridge. Tiene tendencia a olvidárselas ahí después de ir al supermercado.

—Dice que había un plan, que ya estaba todo montado.

—Estoy bastante seguro de que era eso, un montaje.

Se produce un silencio mientras Bucky digiere la información. Lleva mucho tiempo trabajando como representante, nunca lo han cogido, y no es tonto.

—¿Cómo de seguro? —dice por fin.

—Lo sabré cuando el tipo pague el resto. O cuando no lo pague. ¿Lo ha hecho?

—Calma. Hace solo un par de horas que se completó el trabajo.

Billy echa una ojeada al reloj de la pared de la cocina.

—Más bien tres, ¿y cuánto se tarda en hacer una transferencia? Vivimos en la era informática, por si te has olvidado. Compruébalo por mí.

—Un momento. —Billy oye las teclas del ordenador a dos mil kilómetros al norte de su apartamento del sótano. Luego Bucky vuelve a la línea—. Todavía nada. ¿Quieres que me ponga en contacto? Tengo acceso por e-mail a través de un servicio anónimo. Probablemente el mensaje le llega al gordo de su compinche.

Billy piensa en Ken Hoff, con cara de desesperación y olor a alcohol a media mañana. Un cabo suelto. Y él, Billy Summers, es otro.

—¿Sigues ahí? —pregunta Bucky.

—Espera hasta las tres más o menos y vuelve a comprobarlo.

—Y si todavía no se ha ingresado, ¿mando el e-mail?

Bucky tiene derecho a preguntarlo. Le corresponden ciento cincuenta mil dólares del millón y medio de Billy. Un buen pellizco, y libre de impuestos, pero hay una pega. No puedes gastar dinero si estás muerto.

—¿Tienes familia? —Desde que trabaja con Bucky, hace ya muchos años, Billy nunca le ha hecho esa pregunta. Por Dios, pero si han pasado cinco años desde la última que se vieron cara a cara. Su relación ha sido estrictamente profesional.

Bucky no parece sorprenderse por el cambio de tema. Y eso es porque sabe que el tema no ha cambiado. Él es el único vínculo entre Billy Summers y Dalton Smith.

—Dos exmujeres, sin hijos. Me separé de la segunda ex hace doce años. A veces me manda una postal.

—Creo que tienes que marcharte de la ciudad. Creo que tienes que coger un taxi e ir al aeropuerto de Newark en cuanto cuelgues.

—Gracias por el consejo. —Bucky no parece furioso. Parece resignado—. Y, de paso, por joderme la vida a lo grande.

—Te lo compensaré. Ese hombre me debe uno y medio. Uno será para ti, yo me encargo.

Esta vez Billy interpreta el silencio como sorpresa.

—¿Hablas en serio? —dice Buck finalmente—. ¿Estás seguro?

—Sí.

En efecto, habla en serio. Siente la tentación de prometerle a Bucky todo el puto dinero, porque ya no lo quiere.

—Si la situación es como crees —dice Bucky—, podrías estar prometiéndome algo que tu jefe no tiene intención de pagarte. Quizá nunca la ha tenido.

Billy vuelve a pensar en Ken Hoff, quien casi podría haber llevado CHIVO EXPIATORIO tatuado en la frente. ¿Pensaba Nick lo mismo de Billy? La idea lo enfurece, y agradece esa sensación. Es mucho mejor que sentir vergüenza.

—Me pagará. Me aseguraré de que así sea. Mientras tanto, tienes que irte más allá de las montañas, muy lejos. Y viaja con otro nombre.

Bucky se ríe.

—Chaval, quien fue cocinero antes que fraile... Tengo un sitio.

—Supongo que sí quiero que envíes un mensaje a través de ese servicio anónimo. Toma nota.

Un silencio. Luego:

—Dime.

—Mi cliente ha hecho el trabajo y ha desaparecido por sus propios medios, punto. Es Houdini, recuerdas, interrogante. Haz la transferencia

antes de medianoche, punto.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Te escribiré al móvil cuando tenga noticias, ¿vale?

—Vale.

3

Tiene hambre, cómo no. No ha probado bocado desde las tostadas, y de eso hace mucho tiempo. En la nevera hay un paquete de carne picada de ternera. Retira el envoltorio de plástico y la huele. Parece que está bien, así que echa aproximadamente un cuarto de kilo en una sartén con un poco de margarina. Mientras está ante el fogón, desmenuzando la carne y revolviéndola, vuelve a tocar casualmente con la mano la lista de la compra que lleva guardada en el bolsillo trasero. La saca y ve que no es ni mucho menos una lista de la compra. Es el dibujo que hizo Shan de ella y el flamenco rosa, el que antes se llamaba Freddy y ahora se llama Dave, aunque Billy supone que no seguirá siendo Dave por mucho tiempo. Está plegado, pero Billy ve que se transparentan los corazones de cera que se elevan de la cabeza del flamenco hacia ella. Sin desplegarlo, se lo guarda de nuevo en el bolsillo.

Ha acumulado provisiones para la estancia, y el armario de al lado del fogón está lleno de latas: sopa, atún, estofado de ternera Dinty Moore, Spam, SpaghettiOs. Coge una lata de salsa de tomate Manwich y la vierte sobre la ternera picada en plena cocción, *plaf*. Cuando empieza a borbotear, introduce dos rebanadas de pan en la tostadora. Mientras espera a que salten, se saca el dibujo de Shan del bolsillo. Esta vez sí lo desdobra.

Debería deshacerse de ese papel. Romperlo, tirarlo al váter. Sin embargo, vuelve a plegarlo y a guardárselo en el bolsillo.

Las rebanadas saltan en la tostadora. Billy las deja en el plato y vierte sobre ellas unas cucharadas de Manwich. Coge una Coca-Cola y se sienta a la mesa. Se come lo que tiene en el plato y vuelve a por el resto. Se lo come también. Se toma la Coca-Cola. Luego, mientras lava la sartén, se le forma un nudo en el estómago y empieza a tener arcadas, corre al baño, se arrodilla delante de la taza del váter y lo vomita todo.

Tira de la cadena, se limpia la boca con papel higiénico y vuelve a tirar de la cadena. Bebe un poco de agua y a continuación se acerca a la ventana periscopio y mira. La calzada está vacía. La acera también. Supone que es lo habitual en Pearson Street. No hay nada que ver salvo el solar vacío con los carteles —PROHIBIDO EL PASO, PROPIEDAD MUNICIPAL y PELIGRO, NO ENTRAR— que custodian los irregulares restos de ladrillo de la estación de tren. El carrito de la compra abandonado ha desaparecido, pero los calzoncillos siguen ahí, ahora prendidos de un matorral. Pasa una vieja ranchera Honda. Luego un Ford Pinto. Billy habría jurado que ya no quedaba ninguno de esos en circulación. Una camioneta. Ninguna furgoneta Transit.

Billy corre la cortina, se tumba en el sofá, cierra los ojos y se duerme. No sueña, al menos que él recuerde.

Lo despierta el móvil. Es el tono de llamada, así que Bucky debe de tener novedades demasiado detalladas para comunicarlas mediante mensaje de texto. Solo que no es Bucky. Es Bev Jensen, y esta vez no se ríe. Esta vez

está... ¿qué? No llorando exactamente; es más bien un sonido como el que emite un bebé cuando está a disgusto. Un gimoteo.

—Eh, hola, qué hay —dice ella—. Espero no... —Traga saliva con un ruido acuoso—, no molestarte.

—No —dice Billy, y se incorpora—. Ni mucho menos. ¿Qué pasa?

En ese momento el gimoteo va a más hasta convertirse en grandes sollozos.

—¡Mi madre ha muerto, Dalton! ¡Ha muerto de verdad!

Joder, piensa Billy, eso ya lo sabía. Sabe asimismo otra cosa. Lo ha llamado llevada por el alcohol.

—Te acompaño en el sentimiento. —Aturdido como está, no se le ocurre nada mejor.

—Te llamo porque no quiero que pienses que soy una persona horrible. Entre las risas, el jolgorio y esos planes de irnos de crucero.

—¿No os vais? —Menuda decepción; Billy esperaba disponer de la casa para él solo.

—Ah, supongo que sí. —Pesarosa, se sorbe la nariz—. Don quiere ir, y supongo que yo también. Tuvimos una breve luna de miel en Cabo San Blas... está en lo que llaman la Riviera de los Paletos... pero desde entonces no hemos ido a ningún sitio. Es solo que... no quería que pensaras que estaba bailando sobre la tumba de mi madre o algo así.

—No pensé eso —asegura Billy. Es la verdad—. Te cayó un dinero inesperado, y estabas eufórica. Lo más natural del mundo.

Ante esto, ella, abandonándose por completo, empieza a llorar y a respirar entrecortadamente y a gorgotear, como si estuviera a punto de ahogarse.

—Gracias, Dalton. —Lo pronuncia *Dollen*, como su marido—. Gracias por tu comprensión.

—Ajá. Quizá deberías tomarte un par de aspirinas y acostarte un rato.

—Puede que sea buena idea.

—Seguro. —Se oye un leve *bing*. Tiene que ser Bucky—. Ahora he de des...

—¿Todo bien por ahí?

No, piensa Billy. Todo es una megacagada, Bev, gracias por preguntar.

—Todo bien.

—Lo de las plantas tampoco lo dije en serio. Me sentiría fatal si encontrara muertas a Daphne y a Walter al volver.

—Las cuidaré bien.

—Gracias. Muchas, muchas, muchas, *muchas* gracias.

—De nada. Tengo que colgar, Bev.

—De acuerdo, Dollen. Y muchas, muchas, mu...

—Ya hablaremos —dice él, y corta la llamada.

El mensaje de texto es de uno de los numerosos alias de Bucky en sus comunicaciones. Es breve.

bigpapi982: Todavía no hay transferencia. Quiere saber dónde estás.

Billy contesta con uno de los alias que usa en sus comunicaciones.

DizDiz77: Sí, claro, y yo quiero la luna.

Para cenar, prepara unos huevos revueltos y calienta una sopa de tomate, y esta vez consigue retenerlo en el estómago. Cuando ha terminado, pone las noticias de las seis, sintonizando la cadena filial de la NBC, porque no quiere ni necesita ver otra vez el vídeo del Canal 6. A un anuncio de Liberty

Mutual sigue su propio retrato. Está en el jardín trasero de Evergreen Street, donde luce una sonrisa y un delantal que dice: ¡NO SOY SOLO UN OBJETO SEXUAL, SÉ COCINAR! Los demás presentes aparecen con los rostros pixelados, pero Billy los conoce a todos. Eran sus vecinos. La instantánea se tomó en la barbacoa que organizó para la gente de la calle, y deduce que la sacó Diane Fazio, porque siempre anda tomando fotos, o con el móvil o con su pequeña Nikon. Advierte que su césped (todavía lo considera suyo) presenta un aspecto magnífico.

El rótulo al pie de la imagen dice: ¿QUIÉN ES DAVID LOCKRIDGE? Está casi seguro de que la poli ya lo sabe. Hoy en día, las búsquedas de huellas por ordenador se hacen en un abrir y cerrar de ojos, y las suyas están archivadas de sus tiempos en la Infantería de Marina.

«La policía cree que este hombre es el responsable del osado asesinato de Joel Allen en la escalinata del juzgado», dice uno de los presentadores. Es el que parece un banquero.

La presentadora, la que parece una modelo de revista, toma el relevo de la narración: «El motivo es por ahora un misterio, como también lo es su forma de huida. De una cosa sí está segura la policía: ha contado con ayuda».

Pues no, piensa Billy. Me la ofrecieron y la rechacé.

«Segundos después del disparo de rifle —dice el presentador banquero—, se han producido dos explosiones, una enfrente del lugar donde estaba apostado el francotirador en la Torre Gerard, y la otra detrás de un edificio de la esquina de Main con Court Street. Según la jefa de policía Lauren Conlee, no eran artefactos explosivos potentes, sino dispositivos pirotécnicos como los que se utilizan en los espectáculos de fuegos artificiales y en algunos conciertos de rock and roll.»

La presentadora modelo de revista prosigue. Billy no entiende por qué pasan del uno al otro de esa manera. Es un misterio. «Larry Thompson se encuentra en el lugar de los hechos, o tan cerca como le permiten estar, porque Court Street sigue acordonada. ¿Larry?»

«Así es, Nora —dice Larry, como si confirmara que en efecto es Larry. A su espalda se ve la cinta policial amarilla, y alrededor del juzgado todavía destellan las luces de emergencia de media docena de coches patrulla—. La policía trabaja ahora sobre la hipótesis de que haya sido una acción de la mafia planeada de manera meticulosa.»

Ahí habéis dado en el clavo, piensa Billy.

«En la rueda de prensa de hoy, la jefa Conlee ha revelado que el presunto francotirador, David Lockridge, probablemente un alias, llevaba instalado aquí desde principios del verano, utilizando una insólita tapadera. Esto es lo que ha declarado.»

Larry Thompson da paso a una secuencia de la jefa de policía en la rueda de prensa. El sheriff Vickery, el del sombrero vaquero ridículo, no está presente. Conlee empieza contando que el francotirador (no se molesta en calificarlo de presunto) se hizo pasar por un escritor que trabajaba en un libro, y Billy apaga el televisor.

Hay algo que lo corroe.

Media hora después, mientras Billy está en el piso de los Jensen, en la primera planta, rociando a Dafne y a Walter con un pulverizador, toma una decisión. No tenía previsto salir del apartamento del sótano el día del atentado; de hecho, su intención era quedarse dentro varios días, quizá

incluso una semana entera. Pero las cosas han cambiado, y no para bien. Hay algo que necesita saber, y con eso Bucky no puede ayudarlo. Bucky ha hecho su trabajo y, si es listo, ya se encontrará a bordo de un avión para alejarse de la zona de combate. Si es que hay combate, claro. Billy aún no sabe hasta qué punto no está siendo víctima de sus propias fantasías, pero tiene que averiguarlo.

Vuelve abajo y se pone el disfraz de Dalton Smith, esta vez tras hinchar casi del todo la barriga de embarazada, e incluye las gafas de montura de concha con las lentes de cristal sin graduar, que estaban esperándolo en la estantería del salón junto a su ejemplar de *Thérèse Raquin*. Ya ha oscurecido, eso juega en su favor. Zoney's está relativamente cerca, cosa que también lo favorece. Lo que no tiene a su favor es la posibilidad de que los hombres de Nick sigan peinando las calles, Frankie Elvis y Paul Logan en un vehículo, Reggie y Dana en otro, y esta noche no será la furgoneta Transit.

Pero Billy considera que es un riesgo que vale la pena asumir, porque ahora sin duda creen que se ha ocultado. Incluso puede que piensen que ha abandonado la ciudad. Y si se cruzan por casualidad, el atuendo de Dalton Smith debería funcionar. O eso espera.

Ha decidido que finalmente sí necesita un móvil desechable, y no se flagela por haber tirado uno totalmente útil esa mañana. Solo Dios puede preverlo todo, y no es un error tan grave como la estupidez de horas antes, cuando ha estado a punto de salir del callejón vestido de Colin White. En el oficio de Billy —un trabajo sucio, sin entrar en detalles—, uno elabora un plan y espera que las cosas que no prevé no se vuelvan en su contra. O lo lleven a una pequeña habitación verde con un gotero conectado al brazo.

No puedo dejar que me cojan, o esas putas plantas se morirán.

En el triste y pequeño centro comercial, todo está cerrado excepto el supermercado Zoney's, y Hot Nails no reabrirá nunca. Los escaparates están cubiertos de jabón y en la parte interior de la puerta hay un aviso legal de quiebra pegado con cinta adhesiva.

Los únicos clientes aparte de él son dos hispanos en la sección de cerveza. Ve una pila de FastPhones entre el expositor de bebidas energéticas y el que contiene cincuenta clases de pastelitos. Billy coge un móvil y lo lleva a la caja. La mujer a la que asaltaron, Wanda algo más, no está tras el mostrador. La sustituye un tipo que parece de Oriente Medio.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. —En su papel de Dalton Smith, procura hablar con un timbre ligeramente más agudo. Es otra manera de recordarse quién se supone que es.

El dependiente marca la compra en la caja. Ascende a poco menos de ochenta y cuatro dólares, e incluyen ciento veinte minutos de regalo. En Walmart le habría salido por treinta pavos menos, pero no puede pedir peras al olmo. Además, en Walmart, uno debe preocuparse por el reconocimiento facial. Ahora está en todas partes. Este establecimiento dispone de videocámaras, pero Billy calcula que las grabaciones se reciclan cada doce o veinticuatro horas. Paga en efectivo. Cuando uno es un fugitivo —o está escondido—, el efectivo manda. El dependiente le desea buenas noches. Billy le desea lo mismo.

Ahora ya está tan oscuro que los pocos coches con los que se cruza llevan los faros encendidos, así que no ve quién hay detrás. Siente la necesidad, o tal vez sea una reacción instintiva, de bajar la cabeza cada vez que se acerca uno, pero eso sería adoptar un comportamiento furtivo. Tampoco puede bajarse la visera de la gorra, porque no la lleva. Quiere que la peluca rubia cumpla su función. Él no es Billy Summers, el hombre a

quien buscan tanto la policía como los rufianes de Nick. Es Dalton Smith, un técnico informático de bajo nivel que vive en el lado pobre de la ciudad y tiene que reacomodarse una y otra vez las gafas de montura de concha en la nariz. Pesa más de la cuenta de tanto comer Doritos y Little Debbies delante de la pantalla de un ordenador, y si engorda otros diez o quince kilos, estará como un pato.

Es un buen disfraz, sin exageraciones, y aun así deja escapar un suspiro de alivio cuando cierra tras él la puerta del vestíbulo del número 658. Baja por las escaleras, apaga la luz del techo y descorre la cortina de la ventana periscopio. Fuera no hay nadie. La calle está vacía. Naturalmente, si han detectado su presencia (está pensando en Reggie y Dana, no en Frankie y Paulie o la policía), podrían estar acercándose por detrás, pero no tiene sentido preocuparse por aquello que uno no puede controlar. Hacerlo es una buena forma de volverse loco.

Billy corre la estrecha cortina, enciende la luz de nuevo y se sienta en el único sillón de la habitación. Es feo, pero, como muchas cosas feas en la vida, también es cómodo. Deja el móvil en la mesita de centro y lo mira, preguntándose si está pensando con claridad o solo dejándose llevar por la paranoia. En muchos sentidos, sería mejor la paranoia. Ha llegado el momento de averiguarlo.

Extrae el teléfono de la caja, inserta la batería y lo enchufa en la toma de la pared. A diferencia del desechable anterior, este es plegable. Un tanto anticuado, pero a Billy le gusta. Con un teléfono plegable, si te molesta lo que te están diciendo, puedes colgar de verdad. Es infantil, quizá, pero curiosamente gratificante. No tarda en cargarse. Gracias a Steve Jobs, que se cabreaba cuando no podía utilizar un aparato nada más sacarlo de la caja, los dispositivos de venta en supermercados como este ya vienen con un cincuenta por ciento de la carga.

El teléfono quiere saber qué idioma prefiere. Billy dice que inglés. Le pregunta si quiere conectarse a una red inalámbrica. Billy dice que no. Activa los minutos por los que ha pagado, realizando la inevitable llamada a la central de FastPhone para completar la transacción. Sus minutos son válidos para los próximos tres meses. Billy alberga la esperanza de que, pasado ese tiempo, esté ya en alguna playa y el único teléfono todavía en su posesión sea el que acompaña a las tarjetas de crédito de Dalton Smith.

En buen puerto. Eso estaría bien.

Se pasa el móvil de una mano a la otra, recordando el día que Frank Macintosh y Paul Logan lo llevaron a la casa de Midwood, un viaje que ahora lamenta haber realizado. Nick estaba allí para recibirlo, pero no fuera. Billy piensa en la primera visita a la supermansión de alquiler, donde Nick también estaba para recibirlo con los brazos abiertos, pero tampoco fuera. Luego piensa en la noche en que Nick le habló de los flashpots e intentó venderle su plan de huida: «Solo tienes que subir a la parte de atrás de la furgoneta, Billy, relajarte y dejarte llevar a Wisconsin». Le ofrecieron champán para empezar y suflé Alaska para terminar. Una pareja, probablemente de la ciudad, un matrimonio quizá, preparó la cena y la sirvió. Esos dos habían visto a Nick, pero, que ellos supieran, bien podía ser un hombre de negocios de Nueva York que había viajado al sur para cerrar algún tipo de trato. Nick entregó algo de dinero a la mujer, y la pareja se marchó.

El teléfono desechable salta de una mano a la otra. De la derecha a la izquierda, de la izquierda a la derecha.

Pregunté a Nick si Hoff iba a colocar los flashpots, piensa Billy, ¿y qué contestó? ¿Cómo lo llamó? «*Grande figlio di puttana*», ¿no? Lo que significaba hijo de puta, o quizá cabrón. Algo así, y la traducción exacta no

tenía gran importancia. Lo que sí importaba era qué dijo Nick a continuación: «Sería triste que tuvieras esa opinión de mí».

Porque el «*grande figlio di puttana*» era el chivo expiatorio designado. Hoff era el dueño del edificio de donde procedía el disparo. Hoff era quien había proporcionado el arma, que estaba ya en poder de la policía y a la que intentarían seguir el rastro hasta el punto de venta. Y si llegaban ahí — mejor dicho, *cuando* llegaran ahí—, ¿qué encontrarían? Seguramente un alias si Hoff tenía un mínimo de sensatez, pero si la policía enseñaba al vendedor la foto de Hoff, fin de la historia. Ken va a parar a una sala de interrogatorios pequeña y sofocante, dispuesto a hacer un trato, *deseoso* de hacer un trato, porque cree que eso es lo que se le da mejor.

Solo que Billy está seguro de que Ken Hoff no llegará a la pequeña sala. Nunca hablará de Nikolai Majarian porque estará muerto.

Billy concibió esa sospecha hace semanas, pero, tras las noticias de las seis, llega a una conclusión a la que debería haber llegado antes, y tal vez lo habría hecho de haber pasado menos tiempo jugando al Monopoly con los niños de Evergreen Street y cuidando del césped y comiendo las galletas de Corinne y de palique con los vecinos. Incluso ahora lo que está pensando se le antoja imposible, pero la lógica es inapelable.

Ken Hoff y David Lockridge no eran los únicos que habían dado la cara.
¿Verdad que no?

Billy envía un mensaje a Giorgio Piglielli, alias Georgie Pigs, alias George Russo, el gran agente literario. Utiliza un alias que sabe que Giorgio reconocerá.

Trilby: Devuélveme el mensaje.

Espera. No hay respuesta, y es una mierda, porque hay dos cosas que Giorgio siempre tiene a mano: el teléfono y algo de comer. Billy lo intenta de nuevo.

Trilby: Necesito hablar contigo inmediatamente. Billy se detiene a pensar y añade: **El contrato especificaba que el pago se realizaría el día de la publicación, ¿no?**

No aparecen unos puntos que indiquen que está leyendo los mensajes o escribiendo una respuesta. Nada.

Trilby: Escribeme.

Nada.

Billy cierra el teléfono y lo deja en la mesita de centro. Lo peor del silencio de Giorgio es que no lo sorprende. Al parecer, sí que tiene un *lado tonto*, y hay algo de lo que no se ha percatado hasta después de realizar el trabajo, cuando ya es demasiado tarde para echarse atrás: Giorgio ha dado la cara junto con Ken Hoff. Giorgio acompañaba a Hoff cuando entraron en la Torre Gerard para enseñar a Billy su estudio de escritor en la cuarta planta. Y no era la primera visita de Giorgio al edificio. «Este es George Russo, lo conociste la semana pasada», dijo Hoff a Irv Dean, el tío de seguridad.

¿Ha regresado Giorgio a Nevada? Y si es así, ¿está dándose atracones y bebiendo batidos en Las Vegas o está enterrado en algún lugar del desierto circundante? Sabe Dios que no sería el primero. Ni el número cien.

Giorgio los llevará hasta Nick aunque esté muerto, piensa Billy. Los dos han formado equipo desde siempre, Nick al frente y Georgie Pigs como *consigliere*. Billy no sabe si es así como llaman realmente a los tipos con las funciones de Georgie, o si solo se lo inventaron en el cine, pero desde luego es lo que el gordo ha sido para Nick: su hombre de confianza.

Aunque no desde siempre, porque la primera vez que Billy trabajó para Nick —era su tercer asesinato a sueldo— fue en 2008, y Giorgio no estaba presente. Nick se ocupó del asunto en persona. Contó a Billy que se trataba de un violador que trabajaba en algunos de los clubes y casinos pequeños de la periferia de la ciudad. Al violador le atraían las mujeres mayores, le gustaba hacerles daño, y al final se le fue la mano y mató a una. Nick averiguó quién era, y quería que lo despachara un profesional de fuera de la ciudad. Según dijo, le habían recomendado a Billy. Encarecidamente.

Cuando Billy fue a Las Vegas por segunda vez, Giorgio no solo estaba presente, sino que concertó el trato. Nick llegó mientras hablaban, dio a Billy un abrazo viril y unas palmadas en la espalda, y luego se quedó sentado en un rincón tomándose una copa y escuchando. Hasta el final, claro. Ese segundo encargo llegó menos de un año después del primero, el del violador. Giorgio explicó que esta vez el objetivo era un productor de cine porno independiente que se llamaba Karl Trilby. Mostró a Billy una foto de un hombre que presentaba un inquietante parecido con el reconocido telepredicador Oral Roberts.

—Trilby, como el sombrero —dijo Giorgio—, y a continuación aclaró el comentario cuando Billy fingió no saber de qué le hablaba.

—No mato a gente solo porque haga películas de gente follando —había dicho.

—¿Y a gente que hace películas de tíos follando a niñas de seis años? —había dicho Nick, y Billy aceptó el trabajo porque Karl Trilby era mala persona.

Billy llevó a cabo otros tres trabajos para Nick, en total cinco sin contar a Allen, casi un tercio de todos los que había realizado. Excluyendo a las docenas de hajis a los que había abatido en Irak, claro. A veces Nick estaba delante cuando Billy recibía la propuesta y a veces no, pero Giorgio

siempre estaba, así que su presencia in situ para el trabajo de Allen, al menos parte del tiempo, no extrañó a Billy. Debería haber recelado. Solo ahora se da cuenta de que era *muy* raro.

Nick puede negar toda participación siempre y cuando Giorgio guarde silencio; Nick puede decir: claro que conozco a ese hombre, pero si actuó así, fue por iniciativa propia. Yo no sabía nada. Incluso si el cocinero y la sirvienta de aquella primera cena lo sitúan con Giorgio y Billy, cosa poco probable, Nick puede encogerse de hombros y decir que fue allí para hablar con Giorgio sobre el negocio del casino, pues la licencia del Double Domino debía renovarse pronto. ¿Y el otro hombre? Que Nick sepa, era solo un amigo de Giorgio. O tal vez un guardaespaldas. Un tipo callado. Dijo que se llamaba Lockridge, pero apenas habló.

Cuando la poli pregunte a Nick dónde estaba cuando Allen fue abatido, puede decir que se encontraba en Las Vegas y presentar testigos de sobra para respaldar su coartada. Además de imágenes de las cámaras de seguridad del casino. Ese material no se recicla cada doce o veinticuatro horas; ese material se archiva durante al menos un año.

Si Giorgio guarda silencio. Pero ¿respetaría Giorgio todo ese rollo de la *omertà* si fuera *él* quien iba a ser extraditado? ¿Si fuera *él* quien se enfrentara a la posibilidad de una inyección letal como cómplice de asesinato?

Georgie Pigs no puede hablar si está bajo dos metros de desierto, piensa Billy. Es la regla principal en asuntos como este.

Deja de lanzarse el teléfono de una mano a la otra y escribe a Giorgio una vez más. Tampoco recibe respuesta. Podría intentar mandar un mensaje o llamar a Nick, pero ¿se fiaría de lo que pudiera decir Nick? No. Lo único que puede inspirar confianza a Billy es una transferencia de un millón y medio a su cuenta en un paraíso fiscal, desde la que posteriormente, por

medio de ciertos tejemanejes electrónicos, se efectuara otra a una cuenta a la que Dalton Smith tenga acceso. Bucky se ocuparía de esa parte cuando llegase al lugar adonde ha decidido ir, pero solo si el dinero está ya ingresado para transferirlo.

Por esta noche, Billy no puede hacer nada más, así que se acuesta. No son ni las nueve, pero ha sido un día largo.

8

Está tumbado con las manos bajo la almohada, en ese hueco de frescor efímero, pensando que es una idea absurda. Totalmente absurda.

Ken Hoff sí, vale. Existe cierta clase de listillo de ciudad pequeña con propensión al negocio rápido que, aun con la mierda hasta el cuello, cree que siempre habrá alguien que le eche un cable. Son embaucadores con una amplia sonrisa y un firme apretón de manos que visten polos Izod y mocasines Bally y podrían venir con el sello *optimista egocéntrico* estampado en la partida de nacimiento. Pero Giorgio Piglielli es distinto. Está matándose a comer, eso desde luego, pero, por lo que Billy ha visto, en la mayoría de los sentidos es un realista a ultranza. Y, sin embargo, participa de pleno en este asunto. ¿Eso por qué?

Billy lo deja correr. Se duerme y sueña con el desierto. Pero no el de su paso por el ejército, donde todo huele a pólvora, cabras, petróleo y gases de escape. El de Australia. Allí hay una roca enorme, Ayers Rock, la llaman, pero su verdadero nombre es Uluru, una palabra que da miedo incluso pronunciarla, que suena como el silbido del viento en los aleros. Un lugar sagrado para los aborígenes que la vieron por primera vez. La vieron, la veneraron, pero nunca se atrevieron a pensar que era de su propiedad.

Entienden que, si hay un dios, es la roca de Dios. Billy nunca ha estado allí, pero ha visto imágenes en películas como *Un grito en la oscuridad* y revistas como *National Geographic* y *Travel*. Le gustaría ir, incluso ha fantaseado con mudarse a Alice Springs, que se encuentra a solo cuatro horas en coche de Uluru, donde la Roca alza su inverosímil cabeza. Vivir allí plácidamente. Escribir, quizá, en una habitación soleada, con un pequeño jardín fuera.

Ha dejado los dos teléfonos en la mesilla de noche junto a la cama, pero cuando se despierta a eso de las tres, para ir a vaciar la vejiga, pulsa el botón de encendido de ambos para ver si ha llegado algo. No hay noticias de Giorgio en el desechable, lo cual no le sorprende. No espera saber nada del gordo nunca más, aunque supone que en un mundo donde un timador puede salir elegido presidente todo es posible. Pero en el móvil de Dalton Smith sí tiene un mensaje. Es una notificación del periódico local. «Destacado hombre de negocios se suicida.»

Billy va al baño; luego se sienta en la cama y lee la noticia. El destacado hombre de negocios es, por supuesto, Kenneth P. Hoff. Uno de sus vecinos de Green Hills había salido a correr por la zona y oyó un disparo que aparentemente procedía del garaje de Hoff. Eso ocurrió alrededor de las siete de la tarde. El vecino llamó al 911. La policía, al llegar, encontró a Hoff al volante de su coche, que estaba en marcha. Tenía un orificio de bala en la cabeza y un revólver en el regazo.

Más tarde, hoy mismo o tal vez mañana, habrá una versión más larga y pormenorizada de la noticia. Resumirá la trayectoria profesional de Hoff. Incluirá las habituales declaraciones de asombro de sus amigos y colegas. Se aludirá a «actuales dificultades económicas», pero sin entrar en detalles, porque eso disgustaría a otras personas influyentes de la ciudad, todavía muy vivas. Sus exmujeres expresarán opiniones sobre él más amables

seguramente que las que compartían con los abogados a cargo de sus divorcios y asistirán de luto al funeral, donde, provistas de pañuelos de papel, se enjugarán los ojos con cuidado para que no se les corra el rímel. Billy no sabe si el periódico dirá que el coche en el que fue hallado era un Mustang descapotable rojo, pero está seguro de que lo era.

La conexión con el atentado de Allen, muy posiblemente el motivo de su suicidio, aparecerá más tarde.

El diario no dará a conocer la probable hipótesis del forense: que el hombre, deprimido, decidió quitarse la vida inhalando monóxido de carbono, pero al final, impaciente, se voló la tapa de los sesos. Billy sabe que no es eso lo que ocurrió. Lo único que no sabe es cuál de los rufianes administró el tiro de gracia. Podrían haber sido Frank o Paulie o Reggie o alguno a quien él ni siquiera conoce, posiblemente llegado de Florida o Atlanta, pero a Billy le cuesta imaginar a otro que no sea Dana Edison, con sus brillantes ojos azules y el moño de color rojo oscuro.

¿Obligó a entrar a Hoff en el garaje a punta de pistola? Tal vez ni siquiera hizo falta, tal vez solo dijo a Hoff que se sentarían en el coche y hablarían de cómo iba a resolverse la situación, y en beneficio de Hoff. Como optimista egocéntrico y chivo expiatorio designado, es posible que Hoff se lo tragara. Se sienta al volante. Dana ocupa el lado del acompañante. Ken dice «cuál es el plan». Dana dice «es este» y le pega un tiro. Luego pone el motor en marcha, sale por la puerta trasera de la casa y se marcha, en silencio, en un carrito de golf. Porque Green Hills es eso, un campo de golf con edificios de apartamentos.

Quizá no sucedió exactamente de esa manera, y quizá no se encargó Edison, pero Billy está casi seguro de que fue así a grandes rasgos. Con lo que solo queda Giorgio, el último elemento de ese asunto inacabado.

Bueno, no. Piensa Billy. También estoy yo.

Vuelve a acostarse, pero esta vez no logra conciliar el sueño. En parte se debe a los crujidos de esa casa de tres plantas. Se ha levantado viento, y, sin la estación de tren para bloquearle el paso, sopla a través del solar y por Pearson Street. Cada vez que Billy empieza a adormecerse, el viento aúlla en los aleros, diciendo *Uluru, Uluru*. O se oye otro crujido semejante a una pisada en una tabla suelta.

Billy se dice que un poco de insomnio no tiene importancia, que mañana podrá dormir todo el día si quiere, no va a ir a ninguna parte, pero las horas de la madrugada son muy largas. Hay mucho que imaginar, y nada bueno.

Se plantea levantarse a leer. Excepto *Thérèse Raquin*, no tiene ningún libro de verdad, pero puede descargarse algo en el portátil y leer en la cama hasta que lo venza el sueño.

De pronto se le ocurre otra idea. Tal vez no sea buena, pero lo ayudará a dormirse. Billy se levanta y saca el dibujo de Shan del bolsillo del pantalón. Lo desdobla. Mira a la niña sonriente con cintas rojas en el pelo. Mira los corazones que se elevan desde la cabeza del flamenco. Recuerda que Shan se quedó dormida a su lado en la séptima entrada de aquel partido de la fase final. Con la cabeza apoyada en su brazo. Billy deja el dibujo en la mesilla de noche, junto a los dos móviles, y no tarda en dormirse.

Billy se despierta desorientado. La habitación está totalmente a oscuras, pues por la persiana de la ventana que da al jardín trasero no se filtra ni un asomo de luz. Por un momento permanece ahí tumbado, aún medio dormido, y de pronto recuerda que no hay ventana, no en esta habitación. Aquí la única ventana está en su nuevo salón. La que llama su periscopio. Esta habitación no es el amplio dormitorio de la planta superior de Evergreen Street, sino el cuarto mucho más pequeño de Pearson Street. Billy recuerda que es un fugitivo.

Saca un zumo de naranja de la nevera, toma solo un par de tragos para que le dure, y después se ducha para quitarse el sudor de ayer. Se viste, vierte leche en un tazón lleno de cereales Alpha-Bits y pone las noticias de las seis de la mañana.

Lo primero que ve es a Giorgio Piglielli. No una fotografía sino un retrato robot, tan asombrosamente fiel que podría pasar por una foto. Billy sabe de inmediato quién ha colaborado con el dibujante de la policía. Irv Dean, el guardia de seguridad de la Torre Gerard, es expolicía, y al parecer conserva intactas sus dotes de observación, al menos cuando no está leyendo *Motor Trend* o examinando pechos y traseros en el número dedicado a la natación de *Sports Illustrated*. En las noticias de cabecera no

aparece nada sobre Ken Hoff. Si la policía ha establecido la conexión con el atentado de Allen, no ha compartido el dato con la prensa. Al menos de momento.

La alegre meteoróloga rubia ofrece una rápida actualización del parte, anunciando que las temperaturas bajarán más de lo habitual para la época del año. Promete un informe más detallado después y da paso a la alegre presentadora rubia de la sección dedicada al tráfico, que advierte a quienes entran en la ciudad desde la periferia que esta mañana esperen retenciones «debido a una mayor presencia policial».

Eso significa controles de carretera. La policía sospecha que el francotirador todavía se encuentra en la ciudad, y en eso aciertan. Sospechan asimismo que el gordo que se hace llamar George Russo sigue también en la ciudad. A este respecto, como Billy sabe, se equivocan. Su antiguo agente literario está en Nevada, seguramente bajo tierra, donde su considerable mole empieza ya a descomponerse.

Después de un anuncio de camionetas Chevrolet, los presentadores vuelven acompañados de un inspector de policía retirado. Le piden que comparta sus conjeturas sobre las posibles causas del homicidio de Joel Allen. El inspector retirado dice: «Solo concibo una. Alguien quería cerrarle la boca antes de que pudiera ofrecer información a cambio de una reducción de condena».

«¿Qué clase de reducción de condena podía esperar?», pregunta la presentadora, una alegre morena. ¿Cómo pueden estar todas tan alegres a estas horas de la mañana? ¿Será por alguna droga?

«Cadena perpetua en lugar de la aguja», contesta el inspector sin detenerse siquiera a pensarlo.

Billy está seguro de que también en eso acierta. La única cuestión es qué sabía Allen, y por qué tenía que ser tan público el asesinato. ¿Como

advertencia para disuadir a otros de compartir la información que poseía Allen? Normalmente a Billy le traería sin cuidado. Normalmente él no es más que el mecánico. Pero la situación en la que se encuentra no tiene nada de normal.

Los presentadores dan paso a un corresponsal que está entrevistando a John Colton, uno de los Jóvenes Abogados, y Billy no quiere verlo. Hace solo una semana Johnny, Jim Albright y él estaban jugándose a los chinos quién pagaba los tacos. Se reían y se lo pasaban bien en la plaza. Ahora John parece atónito y apesadumbrado. Billy llega hasta «todos pensábamos que era una persona decente...» y apaga el televisor.

Enjuaga el tazón de los cereales y comprueba el teléfono de Dalton Smith. Tiene un mensaje de Bucky, solo tres palabras: **Aún sin transferencia**. Es lo que esperaba, pero, unido a la expresión en el rostro de Johnny Colton, no es forma de empezar su primer día de —bien puede llamarlo por su nombre— cautividad.

Si aún no se ha recibido la transferencia, probablemente no llegue nunca. Le pagaron quinientos mil por adelantado, y eso es mucha pasta, pero no es lo que le habían prometido. Hasta esta mañana, Billy, ocupado como estaba, no ha tenido tiempo de indignarse realmente por haber sido víctima de un engaño a manos de alguien en quien confiaba, pero ahora ya no está ocupado y se pone como una fiera. Ha hecho el trabajo, y no solo ayer. Ha estado haciéndolo más de tres meses, y a un coste personal mucho mayor de lo que habría pensado. Se lo han prometido, ¿y quién rompe sus promesas?

—Las malas personas, esas las rompen —dice Billy.

Accede al periódico local. El titular es grande —**¡ASESINATO EN EL JUZGADO!**—, pero probablemente queda más grande y mejor en papel que en la pantalla de su iPhone. El texto no le dice nada que no sepa ya,

pero la foto principal deja claro por qué no estaba presente el sheriff Vickery en la rueda de prensa de la jefa Conlee. La foto muestra el absurdo sombrero vaquero caído en la escalinata, sin sheriff del condado que lo luzca. El sheriff Vickery salió por piernas. El sheriff Vickery puso tierra de por medio. Esa foto vale más que mil palabras. Para él no habría sido una rueda de prensa; habría sido un paseo de la vergüenza.

Con esa foto que explicar, va a hacerte falta mucha suerte para salir reelegido, piensa Billy.

2

Sube al piso de arriba a atender a Daphne y a Walter. De pronto, con el pulverizador en la mano, se detiene y se pregunta si se ha vuelto loco. Se supone que debe regarlas, no ahogarlas. Mira en la nevera de los Jensen y no ve nada que le apetezca, pero hay un paquete de panecillos en el que queda uno. Lo pone a tostar, diciéndose que, si no lo consume, le saldrá moho. Aquí arriba hay ventanas corrientes, y se sienta en una franja de sol a comerse el panecillo y a pensar qué es lo que está eludiendo. El relato de Benjy, por supuesto. Es su única tarea ahora que ha terminado la que lo ha llevado hasta este punto. Pero implica escribir sobre los marines, y hay mucho que contar, empezando por el autobús a Parris Island, el período básico de... sencillamente mucho.

Billy enjuaga el plato que ha utilizado, lo seca, lo guarda de nuevo en el armario y baja. Mira por la ventana periscopio y, como de costumbre, no ve gran cosa. El pantalón que llevaba ayer está en el suelo del dormitorio. Lo coge y palpa los bolsillos, casi con la esperanza de haber perdido el lápiz USB en el camino, pero está ahí junto con las llaves, una de ellas la del

Ford Fusion de alquiler de Dalton Smith, estacionado en un parking al otro lado de la ciudad. En espera hasta que considere que puede marcharse sin correr peligro. «Cuando la pasma no le pise los talones», como dicen en esas películas sobre el último golpe que siempre sale mal.

Da la impresión de que el lápiz USB haya ganado peso. Al contemplar el objeto, un dispositivo de almacenamiento extraordinario que habría parecido ciencia ficción solo treinta años atrás, hay dos cosas que le cuesta creer. Una es la cantidad de palabras que ya ha guardado en él. La otra es que puede haber más. El doble. Cuatro veces más. Diez, veinte.

Abre el portátil que creía haber perdido, un amuleto más caro que un zapato de bebé maltrecho y polvoriento pero, al margen de eso, con la misma función poco más o menos, y lo enciende. Introduce la contraseña, conecta el lápiz USB y arrastra el único documento almacenado hasta la pantalla del portátil. Mira la primera frase —«El hombre con el que vivía mi madre llegó a casa con un brazo roto»— y lo asalta una especie de desesperación. Es un buen texto, está seguro, pero la sensación de ligereza con la que antes se ponía a trabajar se ha convertido ahora en un peso, porque siente la responsabilidad de intentar que el resto esté al mismo nivel, y no sabe hasta qué punto será capaz.

Va a la ventana periscopio y vuelve a contemplar la nada, preguntándose si acaba de descubrir por qué muchos aspirantes a escritor son incapaces de terminar lo que han empezado. Piensa en *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*, seguramente uno de los mejores libros sobre la guerra que se han escrito, quizá *el* mejor. Piensa que escribir es también una especie de guerra, una en la que el autor lucha contra sí mismo. El relato es aquello que llevas y cada vez que añades algo pesa más.

Por todo el mundo hay libros inacabados —memorias, poesía, novelas, planes infalibles para adelgazar o hacerse rico— en cajones de escritorio,

porque el peso del trabajo superó a las personas que trataban de llevar la carga y lo abandonaron.

En otro momento, piensan. Quizá cuando los niños sean un poco mayores. O cuando me retire.

¿Es así? ¿Será una carga demasiado pesada si intenta escribir sobre el viaje en autobús y el corte al cero y la primera vez que el sargento Uppington le preguntó: «¿Quieres chuparme la polla, Summers? ¿Quieres? Porque a mí me pareces un chupapollas.»

¿Le preguntó?

Ah, no, no me lo preguntó, piensa Billy, a menos que fuera lo que se denomina una pregunta retórica. Me gritó a la cara, con su nariz a solo dos centímetros de la mía, su saliva caliente en mis labios, y yo dije: «Señor, no, señor, no quiero chuparle la polla», y él dijo: «¿No te parece mi polla lo bastante buena para ti, soldado Summers, patético recluta soplapollas?».

Cómo vuelve todo, ¿y puede escribirlo todo, aunque sea como Benjy Compson?

Billy decide que no. Corre la cortina y se acerca al portátil con la intención de apagarlo y pasar el día viendo la televisión. *Ellen DeGeneres*, *Hot Bench*, *Kelly and Ryan* y *El precio justo* antes de comer. Luego una siesta y, por la tarde, unos cuantos culebrones. Puede terminar con *John Law*, que blande el mazo como Coolio en los antiguos vídeos musicales y no aguanta chorradas en su sala. Pero, cuando tiende la mano hacia el botón de apagado, lo asalta una idea, como salida de la nada. Es casi como si se la hubieran susurrado al oído.

Eres libre. Puedes hacer lo que quieras.

No físicamente libre, Dios, no. Permanecerá enjaulado en este apartamento al menos hasta que la policía decida retirar los controles de carretera, e incluso entonces lo sensato sería quedarse unos días más por si

acaso. Pero, en lo que se refiere a su relato, es libre de escribir lo que le dé la puta gana. Y *como* le dé la gana. Sin nadie que mire por encima de su hombro, que vigile lo que escribe, ya no tiene por qué fingir que es una persona tonta que escribe sobre una persona tonta. Puede ser una persona inteligente que escribe sobre un hombre joven (ya que eso será Benjy si Billy reanuda la narración), un hombre ingenuo e inculto pero ni mucho menos estúpido.

Puedo prescindir de las chorradas a lo Faulkner, piensa Billy. Puedo escribir *le* en lugar de *la*. Puedo escribir *hay* en lugar de *ay*. Incluso puedo utilizar guiones en los diálogos si me apetece.

Si está escribiendo exclusivamente para sí mismo, puede decir lo que sea importante para él y saltarse el resto. No tiene por qué escribir sobre el pelo al cero, aunque pueda. No tiene por qué escribir sobre Uppington gritándole a la cara, aunque pueda. No tiene por qué escribir sobre el chico —Haggerty o Haverty, Billy no lo recuerda— que tuvo un infarto mientras corría y fue trasladado a la enfermería de la base, y luego el sargento Uppington dijo que estaba bien y quizá lo estaba o quizá había muerto.

Billy descubre que la desesperación ha dado paso a una especie de afán obstinado. Puede que incluso arrogancia. Y si es así, ¿qué más da? Puede contar lo que le dé la gana. Y eso hará.

Empieza con la función «Reemplazar todos» y cambia Benjy por Billy y Compson por Summers.

Inicié mi período básico de instrucción en Parris Island. En principio debía pasar allí tres meses, pero estuve solo ocho semanas. Tuvimos que aguantar los gritos y chorradas

habituales, y algunos reclutas se rajaron o fueron descartados, pero yo no fui uno de ellos. Los rajados y los descartados tal vez tuvieran un sitio al que volver, pero yo no.

La sexta semana era la Semana de la Hierba, cuando aprendimos a desmontar y montar las armas. Me gustó y se me dio bien. Cuando el sargento Uppington nos pedía que hiciéramos lo que él llamaba «carrera de armas», yo siempre quedaba primero. Rudy Bell, a quien por supuesto todo el mundo llamaba Taco, solía ser el segundo. Nunca me ganó, aunque alguna vez estuvo cerca. Por lo general, George Dinnerstein era el último y tenía que tirarse al suelo y hacer veinticinco flexiones para el sargento Uppington, alias A Tomar Por, con el pie de este apoyado en el culo de George. Pero George era buen tirador. No tan bueno como yo, pero podía dar en el centro de la masa de una diana de papel a trescientos metros en tres de cada cuatro disparos. Yo, por mi parte, podía dar en el centro de la masa a setecientos metros cuatro de cada cuatro veces, casi siempre.

Pero durante la Semana de la Hierba no había prácticas de tiro. Esa semana nos limitábamos a desmontar y volver a montar nuestras armas, entonando el Credo del Tirador: «Este es mi rifle. Hay muchos como él, pero este es mío. Mi rifle es mi mejor amigo. Es mi vida». Y demás. La parte que mejor recuerdo es la que dice: «Sin mí, mi rifle no sirve de nada. Sin mi rifle, yo no sirvo de nada».

Lo otro que hacíamos durante la Semana de la Hierba era plantar el culo en la hierba. A veces durante seis horas seguidas.

Billy se interrumpe y sonríe un poco al recordar a Pete Cashman, alias Nabo. Una vez, estando sentados en la hierba alta de Carolina del Sur, Nabo se quedó dormido, y A Tomar Por se arrodilló y le gritó a la cara para despertarlo. «¿Esto te aburre, marine?»

Nabo se levantó de un salto tan rápido y con tal brío que estuvo a punto de caerse y exclamó: «¡Señor, no, señor!» incluso antes de despertarse del todo. Era el colega de George Dinnerstein, y lo apodaron Nabo porque tenía la costumbre de llevarse la mano a la entrepierna y decir a voz en cuello: «Pavo, tócame el nabo». Pero a Up nunca le pidió que se lo tocara.

Los recuerdos se van amontonando como Billy sospechaba que ocurriría —en realidad, lo sabía—, pero no es sobre la Semana de la Hierba sobre lo que quiere escribir. De momento, tampoco quiere escribir acerca de Nabo, aunque quizá más adelante sí. Quiere escribir sobre la Semana 7 y todo lo que sucedió después.

Billy se centra en eso. Pasan las horas, y ni las ve ni las siente. En la habitación reina la magia. La inhala y exhala.

4

Después de la Semana de la Hierba venía la Semana de Disparar. Utilizábamos el M40A, que es la versión militar del Remington 700. Cargador de cinco balas, montado en trípode, cartuchos de cuello de botella de la OTAN.

—Vosotros debéis ver a vuestro blanco, pero vuestro blanco no debe veros a vosotros. —Up nos lo repetía una y otra vez—. Y da igual lo que hayáis visto en las películas, *los francotiradores no trabajan solos*.

Pese a que aquello no era la Academia de Francotiradores, Uppington nos distribuía en parejas, el observador y el tirador. Yo formé equipo con Taco, y George formó equipo con Nabo. Los menciono porque acabamos juntos en Faluya, tanto en Resolución Vigilante en abril de 2004 como en Furia Fantasma ese noviembre. Yo y Taco

Billy se interrumpe y niega con la cabeza, recordándose que su *lado tonto* es cosa del pasado. Borra y empieza otra vez.

Taco y yo alternábamos nuestras funciones durante la Semana de Disparar, yo disparando y él observando, luego él disparando y yo observando. George y Nabo también empezaron así, pero A Tomar Por los obligó a cambiar de táctica.

—Tú disparas, Dinner Winner. Cash, tú solo observas.

—¡Señor, a mí también me gustaría disparar, señor! —vociferó Nabo. Había que vociferar cuando uno se dirigía a A Tomar Por. Era lo propio entre marines.

—Y a mí me gustaría arrancarte las tetas y metértelas por ese patético culo tuyo —contestó A Tomar Por.

De modo que a partir de ese momento George fue el tirador y Nabo fue el observador de la pareja. Siguieron así en la Academia de Francotiradores y en Irak.

Cuando ya casi había terminado la Semana de Disparar, el sargento Uppington nos llamó a Taco y a mí a su despacho, que era poco más que un armario.

—Vosotros dos sois un par de especímenes de puta pena, pero disparáis bien —dijo—. Tal vez podáis aprender a surfear.

Así fue como Taco y yo averiguamos que nos trasladaban a Camp Pendleton, donde terminamos nuestro período básico de instrucción, que para entonces consistía fundamentalmente en disparar, porque estaban preparándonos para ser francotiradores. Volamos a California en United Airlines. Era la primera vez que me subía a un avión.

Billy se interrumpe. ¿Quiere escribir sobre Pendleton? No. Allí no hubo surf, al menos para él. ¿Cómo iba a surfear si no había aprendido a nadar? Se compró una camiseta en la que se leía CHARLIE NO SURFEA y la llevó hasta que era prácticamente un andrajo. La llevaba puesta el día que cogió el zapato de bebé y se lo ató a la trabilla del cinturón en la cadera derecha.

¿Quiere escribir sobre la Operación Libertad Iraquí? No. Para cuando llegó a Bagdad, la guerra había terminado. Eso dijo el presidente Bush, desde la cubierta del portaviones *Abraham Lincoln*. Dijo que se había cumplido la misión, y eso convertía a Billy y los demás marines de su regimiento en «pacificadores». En Bagdad se sintió bien recibido, incluso querido. Las mujeres y los niños lanzaban flores. Los hombres clamaban «*nahn nihubu amerikaan*»: queremos a Estados Unidos.

Ese rollo no duró mucho, piensa Billy, así que olvidémonos de Bagdad, vayamos directos a la acción. Empieza a escribir otra vez.

En otoño de 2003 estaba destinado en Ramadi, pacificando todavía a todo tren, aunque a veces había tiroteos y los mulás habían empezado a añadir «muerte a Estados Unidos» en sus sermones, que se emitían desde las mezquitas y a veces desde las tiendas. Yo formaba parte del 3.er Batallón, también conocido como Caballo Oscuro. Mi compañía era Eco. Por aquel entonces hacíamos muchas prácticas de tiro. George y Nabo estaban en otra parte, pero Taco y yo seguíamos formando equipo.

Un día un teniente coronel a quien yo no conocía se paró a observarnos mientras disparábamos. Yo, con el M40, acertaba a una pirámide de latas de cerveza a ochocientos metros, derribándolas una por una de arriba abajo. Había que darles a baja altura, como para voltearlas, o se caía toda la pila.

El teniente coronel, Jamieson se llamaba, nos dijo a Taco y a mí que lo acompañáramos. Nos llevó en un jeep no blindado hasta una colina con vistas a la mezquita de al-Dawla. Era una mezquita preciosa. El sermón que salía a todo volumen por los altavoces no era tan bonito. Ensartaba las gilipolleces de costumbre: que si los estadounidenses se proponían dejar que los judíos colonizaran Irak, que si el islam se declararía ilegal, que si los judíos controlarían el gobierno y Estados Unidos se quedaría con el petróleo. No entendíamos el idioma, pero «muerte a Estados Unidos» lo decían siempre en inglés, y habíamos visto panfletos traducidos, supuestamente escritos por los principales clérigos. La insurgencia

incipiente los repartía a montones. «¿Moriréis por vuestro país?», preguntaban. «¿Tendréis una muerte gloriosa por el islam?»

—¿A qué distancia está eso? —preguntó Jamieson, señalando la cúpula de la mezquita.

Taco dijo que a mil metros. Yo dije que quizá a novecientos y, procurando dirigirme a Jamieson con respeto, añadí que teníamos prohibido disparar contra emplazamientos religiosos. Por si, claro estaba, era esa la intención del teniente coronel.

—Dios me libre —dijo Jamieson—. Nunca le pediría a un soldado bajo mi mando que apuntara a uno de esos estercoleros sagrados. Pero lo que se oye por esos altavoces es *político*, no religioso. Así pues, ¿cuál de vosotros quiere intentar echar abajo uno? Sin agujerear la bóveda, por supuesto. Eso no estaría bien, y probablemente acabaríamos en el infierno muyí por ello.

Taco me entregó de inmediato el rifle. Yo no tenía trípode, así que apoyé el cañón en el capó del jeep y disparé. Jamieson miraba por unos prismáticos, pero yo no los necesité para ver que uno de los altavoces se precipitaba hacia el suelo, arrastrando el cable. No perforé la bóveda, y la arenga, al menos la que procedía de ese lado de la mezquita, se redujo de manera sensible.

—¡Le has dado! —exclamó Taco—. ¡Vaya que si le has dado a esa mierda!

Jamieson dijo que debíamos salir de allí a toda hostia antes de que empezaran a dispararnos a nosotros, y eso hicimos.

Al volver la vista atrás, pienso que ese día resumió todo lo que iba mal en Irak, la razón por la que «queremos a Estados Unidos» se convirtió en «muerte a Estados Unidos». El teniente coronel se cansó de escuchar aquella sarta interminable de paridas y nos ordenó que disparáramos contra uno de los altavoces, lo cual era una estupidez y no tenía ningún sentido, considerando que había al menos seis más orientados en otras direcciones.

Vi a hombres en las puertas y a mujeres asomadas a las ventanas cuando regresábamos a la base. Sus rostros no eran rostros felices de «queremos a Estados Unidos». Nadie nos disparó —ese día—, pero sus caras anunciaban que el día llegaría. Desde su punto de vista, no habíamos disparado contra un altavoz. Habíamos disparado contra la mezquita. Tal vez no hubiera un agujero en la bóveda, pero habíamos disparado contra sus creencias más profundas.

Nuestras patrullas en Ramadi empezaron a ser cada vez más peligrosas. La policía local y la Guardia Nacional iraquí perdían gradualmente el control a manos de los insurgentes, pero las fuerzas estadounidenses no estaban autorizadas a sustituirlas porque los políticos, tanto en Washington como en Bagdad, se habían comprometido a favorecer el autogobierno. La mayor parte del tiempo lo pasábamos de brazos cruzados en el campamento, con la esperanza de no acabar asignados a labores de protección mientras una cuadrilla de reparación trabajaba en una cañería rota (o destrozada en un acto vandálico) o un grupo de técnicos, estadounidenses e iraquíes, intentaba poner de nuevo en funcionamiento una central eléctrica averiada (o sabotada). Participar en las labores de

protección era exponerte a que te pegaran un tiro, y a finales de 2003 teníamos ya a cinco o seis marines muertos en acto de servicio, y otros muchos heridos. Los francotiradores muyíes daban pena, pero sus artefactos explosivos improvisados nos aterraban.

Todo el castillo de naipes se vino abajo el último día de marzo de 2004.

Bien, piensa Billy, aquí es donde empieza realmente el relato. Y he llegado hasta aquí con un mínimo de gilipolleces, como habría dicho A Tomar Por.

Para entonces nos habíamos trasladado de Ramadi a la base de Camp Baharia, también conocida como Mundo de Ensueño. Estaba en pleno campo, a unos tres kilómetros de Faluya, al oeste del Éufrates. Los hijos de Saddam solían ir a esa zona a descansar y a relajarse, según nos contaron. George Dinnerstein y Nabo Cashman volvían a estar con nosotros en la Compañía Eco.

Mientras jugábamos los cuatro al póquer, oímos tiros procedentes del otro lado de lo que llamábamos el Puente de Brooklyn. No tiros aislados, sino una descarga uniforme.

Por la noche se habían acallado los rumores, y por fin supimos qué había ocurrido, al menos a grandes rasgos. Cuatro contratistas de Blackwater que distribuían comida — también para nuestro comedor en Mundo de Ensueño— decidieron atajar por Faluya en lugar de rodearla, que era el protocolo normal. Les tendieron una emboscada poco antes del puente sobre el Éufrates. Supongo que llevaban su equipamiento antibalas, pero nada pudo salvarlos del fuego concentrado que llovió sobre los dos vehículos Mitsubishi en los que viajaban.

Taco dijo:

—Por Dios, ¿qué les ha hecho pensar que podían cruzar por el centro de la ciudad, como si esto fuera Omaha? Vaya estupidez.

George coincidió con él, pero dijo que, estupidez o no, tenía que haber represalias. Todos pensábamos lo mismo. Matar a esa gente ya fue bastante malo, pero la turba no tuvo suficiente con sus muertes. Sacaron a rastras los cadáveres del interior de los Mitsubishi, los rociaron con gasolina y les prendieron fuego. A dos los descuartizaron como a pollos asados. A los otros dos los colgaron del Puente de Brooklyn como a muñecos de Guy Fawkes.

Al día siguiente, mientras nuestro pelotón se preparaba para salir a patrullar, apareció el teniente coronel Jamieson. Nos ordenó a Taco y a mí que bajáramos de la parte de atrás del Hummer en el que íbamos y nos dijo que lo acompañáramos, porque un hombre quería vernos.

El hombre estaba sentado en una pila de neumáticos en un garaje vacío que apestaba a aceite de motor y gases de escape. Además, hacía un calor insoportable, porque todas las puertas estaban cerradas y en esos garajes no había aire acondicionado. Se puso en pie cuando entramos y nos miró de arriba abajo. Vestía una cazadora de cuero, lo cual era

absurdo en un espacio apestoso cuya temperatura ya debía de rondar los treinta grados. Llevaba en el pecho el emblema del Batallón Caballo Oscuro: PROFESIONALES CONSUMADOS arriba y A POR ELLOS debajo. Pero la cazadora era solo por aparentar. Lo supe nada más verlo, y después Taco comentó lo mismo. Solo había que mirarlo para saber que era un «puto agente de la CIA». Preguntó quién de nosotros era Summers, y dije que era yo. Dijo que se llamaba Hoff.

Billy se interrumpe en el acto, desconcertado. Se le han cruzado los cables y ha mezclado su vida actual con su vida en el ejército. ¿Fue Robert Stone quien dijo que la mente es un mono? Seguro que sí, en *Dog Soldiers*. Aquella novela en la que Stone también decía que los hombres que disparan a elefantes con ametralladoras desde helicópteros Huey inevitablemente van a querer colocarse. En Irak era a los camellos a los que disparaban los soldados. Pero sí, cuando estaban colocados.

Borra la última frase y consulta con el mono que vive entre sus orejas y detrás de su frente. Tras hacer memoria unos segundos, recuerda el verdadero nombre y decide que es un error justificado. Hoff al menos se le parecía.

Dijo que se llamaba Foss. Sin tenderles la mano, volvió a sentarse en los neumáticos, con lo que sin duda se ensuciaría los fondillos del pantalón. Dijo:

—Summers, he oído que eres el mejor tirador de la compañía.

Como no era una pregunta, me quedé allí plantado sin decir nada.

—¿Serías capaz de dar a un blanco en la otra orilla del río, a mil doscientos metros de distancia, desde nuestro lado?

Lancé una rápida mirada a Taco y vi que él también lo había oído, y supe qué significaba. «Nuestro lado» significaba cualquier sitio fuera de la ciudad. Y si había lados, significaba que íbamos a entrar en acción.

—¿Se refiere a disparar contra un blanco humano, señor?

—Sí. ¿Creías que hablaba de una botella de cerveza?

Una pregunta retórica que no me molesté en contestar.

—Sí, señor, sería capaz.

—¿Es la respuesta del marine o tu respuesta, Summers?

El teniente coronel Jamieson frunció un poco el entrecejo al oírlo, como si creyera que no había más respuesta posible que la del marine, pero calló.

—Las dos, señor. No estaría tan seguro en un día de viento, pero él y yo... —Señalé con el pulgar a Taco—. Él y yo podemos corregir la trayectoria en caso de viento. Sería distinto

si hubiera arena en el aire.

—La velocidad del viento prevista para mañana es de cero a diez —informó Foss—. ¿Sería un problema?

—No, señor. —Luego pregunté algo que no era asunto mío, pero debía saberlo—. ¿Estamos hablando de un haji malo, señor?

El teniente coronel dijo que eso no era pertinente, y habría dicho más, pero Foss le dirigió un gesto y Jamieson cerró la boca.

—¿Has hecho blanco alguna vez en un hombre, Summers?

Le dije que no, y era verdad. Hacer blanco suponía tirar a distancia, y cuando yo disparé contra Bob Raines, lo hice desde muy cerca.

—Pues sería una excelente forma de iniciarte en tu carrera, porque sí, hablamos de un haji muy malo. Doy por supuesto que sabéis lo que ocurrió ayer.

—Lo sabemos, señor —contestó Taco.

—Esos contratistas cruzaron por el centro de Faluya porque alguien que consideraban una fuente fiable les dijo que no había peligro. Les dijo que empezaba a notarse buena voluntad hacia los americanos. Además, les ofreció escolta la policía iraquí. Solo que la escolta la formaban insurgentes con uniformes robados, o policías renegados, o policías auténticos que se acobardaron al ver la de mierda que se les venía encima. Y en todo caso no los mataron ellos. De eso se ocuparon cuatro docenas de chicos malos provistos de AK que... ¿vosotros qué creéis, muchachos? ¿Que aparecieron allí por casualidad?

Me encogí de hombros como si no lo supiera y dejé que Taco llevara la voz cantante. Cosa que hizo.

—Parece poco probable, señor.

—Muy poco probable. Esos muyíes estaban todos allí apostados. A la espera. Un par de camionetas bloqueaban la vía principal. Alguien planeó esa emboscada, y sabemos quién fue, porque teníamos pinchado su móvil. ¿Me seguís?

Taco respondió que sí. Yo me limité a encogerme de hombros otra vez.

—Ese alguien era una comadreja con kufiya llamado Ammar Jassim. De sesenta o setenta años, nadie lo sabe con seguridad, probablemente ni él. Tiene una tienda de ordenadores y cámaras que hace las veces de cibercafé, y también de salón recreativo donde los jóvenes del barrio pueden jugar al Pac Man y al Frogger cuando no están montando artefactos explosivos y colocando bombas en las carreteras.

—Conozco ese sitio —dijo Taco—. Pronto Pronto Photo Photo. Lo he visto al pasar de patrulla.

¿Visto? Por Dios, habíamos estado allí, jugando al Donkey Kong y a Madden Football. Cuando entramos, todos los chicos del barrio recordaron de pronto que tenían algún asunto pendiente en otro sitio y escurrieron el bulto. Taco prefirió callarse esa información, igual que yo.

—Jassim es un baazista de la vieja escuela y un capo insurgente de la nueva escuela. Lo queremos. Le tenemos *muchas* ganas. No podemos recurrir a un misil guiado por láser porque nos arriesgaríamos a matar a un puñado de chavales mientras juegan a videojuegos, lo cual nos acarrearía otro montón de mala prensa en Al Jazeera. Eso no nos lo podemos permitir. Tampoco podemos esperar, porque Bush va a dar luz verde a una operación de limpieza en cuestión de días, y si se lo decís a alguien, me veré obligado a mataros.

—No tendrá ocasión —intervino Jamieson—. Los mataré yo antes.

Foss hizo como si no lo oyera.

—En cuanto la mierda empiece a salpicar, Jassim desaparecerá en las callejuelas con el resto de sus compinches de armas. Tenemos que liquidarlo antes de que eso ocurra y castigar a esa puta cabra de Judas para que sirva de escarmiento.

Taco preguntó qué era una cabra de Judas. Podría habérselo explicado yo, pero mantuve la boca cerrada y dejé que Foss hiciera los honores. Después se volvió hacia mí y me preguntó de nuevo si era capaz, y yo dije «señor sí señor». Le pregunté desde dónde tenía que disparar y me lo dijo. Habíamos estado allí antes, acarreando mercancías desde los helicópteros de reabastecimiento. Quise saber si podía cambiar la óptica de mi rifle por una de las nuevas miras Leupold o si tendría que arreglármelas con lo que tenía. Foss miró a Jamieson, y este respondió:

—Nos ocuparemos de eso.

De regreso en los barracones —la patrulla se había marchado sin nosotros—, Taco me preguntó hasta qué punto estaba seguro de que podía realizar ese disparo. Dije:

—Si no puedo, le echaré la culpa a mi observador.

Me dio un puñetazo en el hombro.

—Puto capullo. ¿Por qué siempre te haces el tonto?

—No sé de qué me hablas.

—Ahí lo tienes.

—Es más seguro. Lo que no saben de ti no puede perjudicarte. O volverse en tu contra en el futuro.

Rumió acerca de eso durante un rato. Al final dijo:

—Ya, ese disparo está a tu alcance, pero no me refería a eso. Estamos hablando de un tío real. ¿Estás seguro de que puedes hacerlo? ¿Pegarle un tiro a sangre fría en la sesera y quitarle la vida?

Contesté a Tac que no me cabía la menor duda. No le dije que sabía que podía quitar una vida porque ya lo había hecho antes. Disparé a Bob Raines en el pecho. Fue en la Academia de Francotiradores donde aprendí que siempre hay que apuntar a la cabeza.

Billy guarda lo que ha escrito, se pone en pie y se tambalea un poco, porque le da la sensación de que tiene los pies en otra dimensión. ¿Cuánto tiempo lleva sentado? Consulta el reloj y ve con asombro que han pasado casi cinco horas. Se siente como un hombre que sale de un sueño vívido. Se apoya las manos en los riñones y se despereza, notando un hormigueo en las piernas. Va del salón a la cocina y al dormitorio, y finalmente vuelve al salón. Hace el recorrido una segunda vez, y luego una tercera. El piso le pareció de tamaño idóneo la primera vez que lo vio, el sitio perfecto para ocultarse hasta que las aguas volvieran a su cauce y pudiera marcharse al norte (o tal vez al oeste) en el coche de alquiler. Ahora se le antoja demasiado escaso, como ropa que se le hubiera quedado pequeña. Le apetecería salir y dar un paseo, quizá incluso correr, pero sería una pésima idea incluso con el disfraz de Dalton Smith. Así que se pasea un poco más por el apartamento y, cuando ya no le basta con eso, hace flexiones en el suelo del salón.

Al suelo y hazme veinticinco, piensa en el sargento A Tomar Por diciéndolo. Y si no te importa, apoyaré el pie en tu culo, mancha de semen inútil.

Billy no puede evitar sonreír. Son muchas las cosas que han vuelto a su memoria. Si lo escribiera todo, el relato se alargaría mil páginas.

Después de las flexiones se siente más tranquilo. Piensa en encender la tele para ver cómo va la investigación, o mirar el móvil para comprobar si hay alguna actualización en el periódico (puede que los periódicos estén de capa caída, pero, por lo que ha observado Billy, aún acceden antes a los hechos destacados). Descarta tanto lo uno como lo otro. No está preparado para volver al presente. Piensa en comer algo, pero no tiene apetito. Debería, pero no tiene. Se conforma con una taza de café solo y lo bebe de

pie en la cocina. Luego regresa al portátil y reanuda la narración donde la ha dejado.

6

A la mañana siguiente, el teniente coronel Jamieson en persona nos llevó a Taco y a mí en coche al cruce de la Carretera 10 con la carretera que iba de norte a sur y que los marines llamaban Autopista al Infierno por la canción «Highway to Hell» de AC/DC. Fuimos en la ranchera Eagle del teniente coronel, que usaba exclusivamente él. En la parte de atrás llevaba una calcomanía de un caballo negro con los ojos rojos. No me gustó, porque imaginaba a los observadores iraquíes fijándose en el coche, quizá incluso fotografiándolo.

No había ni rastro de Foss. Había regresado al lugar al que iban los tíos como él después de poner en marcha sus intrigas.

Estacionadas en lo alto de una cuesta, en una rotonda, había dos furgonetas de la Compañía Eléctrica iraquí, o lo que fuera que dijese los trazos curvos que llevaban escritos en los costados. Eran como las furgonetas de servicios públicos estadounidenses, solo que más pequeñas y pintadas de verde manzana en lugar de amarillo. La pintura era mucho más espesa en los flancos, pese a lo cual no ocultaba totalmente el rostro sonriente de Sadam Huseín, como si fuera un fantasma obstinado que se negara a desaparecer. Había también una cesta elevadora con brazo articulado.

En el cruce de carreteras se alzaban dos postes eléctricos provistos de grandes transformadores para reducir el voltaje de la corriente destinada a los barrios residenciales de Faluya y las afueras. Correteaban por allí hombres con kufiya, además de un par con gorros kufi. Todos vestían chalecos de color naranja de operarios. Pero no se veía ningún casco; supongo que la Agencia para la Seguridad y la Salud en el Trabajo no había llegado a la provincia de al-Anbar. Probablemente, desde la otra orilla del río aquellos hombres parecían una cuadrilla heterogénea de empleados públicos como cualquier otra, pero cuando uno se acercaba a menos de sesenta metros, quedaba claro que eran todos de los nuestros. Albie Stark, de nuestro pelotón, se aproximó a mí, agitando su tocado y cantando aquella canción que recomienda no pisar la capa de Superman. Entonces vio al teniente coronel y le dirigió el saludo militar.

—Vete a algún sitio y aparenta que estás ocupado —le ordenó Jamieson—. Y para de cantar, por lo que más quieras. —Se volvió hacia mí y Taco, pero habló a Taco, porque había decidido que Tac era el inteligente—. Repítemelo, soldado de primera Bell.

—Jassim sale casi todos los días a eso de las diez para fumar un pitillo y hablar con sus fervientes admiradores, algunos de los cuales seguramente son de los que abrieron fuego

contra los contratistas. Será el que lleve la kufiya azul. Billy lo elimina. Y se acabó.

Jamie se volvió hacia mí.

—Si lo matas, te propondré para una condecoración. Falla o dale a uno de los que rondan por ahí, lo que sería aún peor, y trasladaré a tu culo la patada de la bota que recibiré en el mío, solo que más fuerte y con más ganas. ¿Entendido, marine?

—Creo que sí, señor.

Lo que yo estaba pensando era que el sargento Uppington habría pronunciado esa frase con mucho más ímpetu y convicción. Así y todo, tuve que reconocerle al teniente coronel el mérito de intentarlo. Meses después, perdió casi toda la cara y la vista a causa de una bomba en la carretera.

Jamieson hizo una seña a Joe Kleczewski. Pertenecía también a nuestro pelotón, al que llamábamos los Nueve Ases. Eran miembros casi todos los «operarios de los servicios públicos». Se habían ofrecido voluntarios para el trabajo. No les quedó más remedio, porque Taco se lo pidió.

—Sargento, ¿entiende lo que debe ocurrir en cuanto Summers dispare?

El Gran Klew sonrió, exhibiendo la mella entre los dientes delanteros.

—Hay que hacerlos bajar lo antes posible y luego salir cagando leches, señor.

Aunque me daba la impresión de que Jamieson estaba nervioso —creo que eso todos lo veíamos—, sonrió. Por lo general, Klew era capaz de arrancar una sonrisa incluso a la persona más impasible.

—Eso más o menos lo resume.

—¿Y si no aparece, señor?

—Siempre podemos aplazarlo hasta mañana. En el supuesto de que el ataque no se produzca mañana, claro. Adelante, marines, y dejaos de gritos de guerra y demás chorradas, si no os importa. —Señaló con el pulgar en dirección al Éufrates y la trampa mortal que constituía la ciudad que se extendía al otro lado—. Como dice la canción, las voces llegan lejos.

Albie Stark y el Gran Klew intentaron apretujarse en la cesta del elevador. En principio cabían dos personas, pero no cuando una era del tamaño de Kleczewski. Estuvo a punto de tirar a Albie por un costado. Se rieron todos menos Jamieson. Podría haber sido una escena de Abbot y Costello.

—Sal de ahí, zoquete —ordenó el teniente coronel a Klew—. Habrase visto. —Dirigió una seña a Nabo, cuyas botas de combate marrones asomaban por debajo del pantalón, que le quedaba corto. Eso también era cómico, porque parecía un niño paseándose por la casa con los zapatos de su padre—. Tú, fantoche. Ven aquí. ¿Cómo te llamas?

—Señor, soy el soldado de primera Peter Cashman, y...

—Nada de saludos militares, cretino, no en plena zona de operaciones. ¿Tu madre te dejó caer de cabeza cuando eras un bebé?

—No, señor, que yo recuerde, se...

—Súbete a la cesta con ese como coño se llame, y cuando lleguéis arriba... —Miró alrededor—. Vaya por Dios, ¿dónde está la puta mortaja?

En rigor, tal vez fuera la palabra apropiada para referirse a aquello de lo que estaba hablando, pero inapropiada en cualquier otro sentido. Vi que Klew se santiguaba.

Albie, todavía en la cesta, miró hacia abajo.

—Esto... creo que la estoy pisando, señor.

Jamieson se enjugó la frente.

—De acuerdo, vale, al menos alguien se ha acordado de traerla.

Ese había sido yo.

—Sube ahí, Cashman. Y desplégala a toda prisa. El tiempo apremia.

La cesta se elevó con un gemido de sistema hidráulico. A su máxima altura, tal vez unos diez o doce metros, se detuvo con un temblor junto a uno de los transformadores. Albie y Nabo danzaron y tiraron de la mortaja hasta que por fin lograron sacarla de debajo de sus pies. A continuación, auxiliados por algún que otro juramento ingenioso —incluidos unos cuantos aprendidos de los niños iraquíes que salían a mendigar caramelos y tabaco—, la desplegaron. El resultado fue un cilindro de lona en torno a la cesta y el transformador. Por arriba se sostenía mediante unos ganchos prendidos de uno de los travesaños del poste, y se abrochaba a lo ancho mediante cierres, como la bragueta de botones de unos Levi's 501. En el exterior llevaba estampados un montón de trazos curvos de color amarillo intenso. Yo no tenía la menor idea de lo que querían decir ni me importaba, siempre y cuando no significaran EQUIPO DE FRANCOTIRADORES EN ACCIÓN.

La cesta bajó, dejando arriba el cilindro. Ciertamente parecía una mortaja ahora que la barandilla de la cesta, de un metro de altura, ya no mantenía separado el contorno. A Nabo le sangraban las manos, y Albie tenía un arañazo en la cara, pero al menos ninguno de los dos había caído de cabeza desde la cesta. En un par de ocasiones poco faltó.

Taco estiraba el cuello para mirar hacia arriba.

—¿Qué se supone que es eso, señor?

—Protección contra la arena —dijo Jamieson. Luego añadió—: Creo.

—No precisamente discreto —comentó Taco.

Estaba mirando por encima del río las casas y tiendas y almacenes y mezquitas hacinados en la orilla opuesta. Era la zona sudoeste de la ciudad, la que llamábamos Queens. Alrededor de un centenar de marines salieron de allí en bolsas para cadáveres. Varios centenares más salieron con menos partes corporales de las que tenían al entrar.

—Cuando quiera tu opinión, te lo haré saber —contestó el teniente coronel, parafraseando una vieja canción—. Coged vuestro equipo y subid ahí a toda mecha. Poneos un par de esos chalecos naranja antes de entrar en la cesta para que, si alguien mira mientras subís, los vea. Los demás, id de aquí para allá aparentando que estáis ocupados. Lo que menos nos interesa es que alguien vea ese rifle. Summers, quédate de

espaldas al río hasta que estéis bajo... —Se interrumpió. No quería decir «hasta que estéis bajo la mortaja», y yo tampoco quería oírlo—. Hasta que estéis a cubierto.

Dije «entendido» y subimos, yo con el M40 ante el pecho y de espaldas a la ciudad, Taco con el material de observador entre los pies. Los francotiradores se llevan la fama, sobre ellos se hacen películas y sobre ellos escribe Stephen Hunter en sus novelas, pero son los observadores quienes de verdad llevan a cabo el trabajo.

No sé a qué huele una mortaja auténtica, pero aquel cilindro de lona apestaba a pescado. Desabroché tres de los cierres laterales para crear una rendija por donde disparar, pero estaba en el sitio equivocado, a menos que mi intención fuera hacer blanco en una cabra que vagase en dirección a Ramadi. Entre los dos conseguimos darle la vuelta, gruñendo y jurando e intentando mantener aquella condenada cosa sujeta a al menos dos de los ganchos del travesaño mientras lo hacíamos. La lona nos azotaba la cara. Apestaba aún más a pescado. Esa vez fui yo quien estuvo a punto de caerse de la cesta. Taco me agarró por el chaleco naranja con una mano y por la correa del rifle con la otra.

—¿Qué hacéis ahí arriba? —preguntó Jamieson alzando la voz.

Desde abajo, lo único que veían los demás eran nuestros pies moviéndose torpemente como los de críos de secundaria que aprendieran a bailar el vals.

—Tareas domésticas, señor —contestó Taco.

—Pues os sugiero que os dejéis de tareas domésticas y os preparéis. Son casi las diez.

—¿Qué culpa tenemos nosotros de que esos dos tarados hayan puesto la rendija mirando en dirección contraria? —me dijo Taco entre dientes.

Comprobé la mira nueva y el rifle —había muchos como él, pero ese era mío— y utilicé una gamuza para limpiarlo todo bien. En el desierto, la arena y el polvo se metían en todas partes. Entregué el arma a Taco para que realizara la segunda comprobación obligatoria. Me la devolvió, se lamió bien la palma de la mano y la asomó a través de la rendija.

—Velocidad del viento cero, Billy. Muchacho, espero que ese cabrón se deje ver, porque no dispondremos de un día mejor que este.

Aparte de mi rifle, el mayor elemento del equipo que teníamos en la cesta era el M151, también conocido como Amigo del Observador. Este

Billy, sobresaltado, sale de su ensoñación y se interrumpe. Se levanta y va a la cocina a echarse agua fría en la cara. Ha llegado a una bifurcación imprevista en lo que, hasta ahora, era una carretera perfectamente recta. Quizá dé igual cuál de los caminos tome, pero quizá no.

Todo tiene que ver con ese M151. Es el telescopio que utilizaba el observador para calcular la distancia desde la boca del cañón hasta el

blanco, y con una precisión sobrecogedora (o al menos a Billy se lo parecía). Esa distancia es la base para la medición del minuto de ángulo, conocido como MOA. Billy no necesitó nada de eso para el disparo con que abatió a Joel Allen, pero en la misión que se le encomendó aquel día de 2004, siempre en el supuesto de que Ammar Jassim saliera de su tienda, la distancia de tiro era mucho mayor.

¿Explica todo eso o no?

Si lo explica, significa que prevé, o al menos espera, que algún día alguien lea lo que está escribiendo. Si no, implica que ha renunciado a esa posibilidad. Esa esperanza. Así pues, ¿qué va a hacer?

De pie frente al fregadero de la cocina, acude a su memoria una entrevista que escuchó por la radio no mucho después de abandonar el desierto. Probablemente en uno de esos programas de la NPR en los que todo el mundo parece inteligente y hasta arriba de Prozac. El entrevistado era un escritor, uno ya entrado en años que fue el no va más en los tiempos en que todos los autores importantes eran blancos, varones y medio alcohólicos. Billy no hubiera sido capaz de recordar quién era por nada del mundo, pero desde luego no se trataba de Gore Vidal —no era lo bastante mordaz— ni de Truman Capote: no hablaba con voz de pato. Lo que *sí* recuerda es lo que dijo ese hombre cuando el entrevistador le preguntó por su proceso. «Siempre tengo presentes a dos personas cuando me siento a escribir: yo y el desconocido.»

Y eso lleva a Billy de nuevo al M151. *Podría* describirlo. *Podría* explicar su función. *Podría* explicar por qué el MOA es aún más importante que la distancia, pese a que las dos medidas van siempre juntas. Podría hacer todo eso, pero solo es necesario si está escribiendo para un desconocido además de para sí mismo. ¿Es así?

Sé realista, se dice Billy. Aquí el único desconocido soy yo.

Pero eso da igual. Puede hacerlo para sí mismo si no queda más remedio. No necesita... ¿cómo llamarlo?

—Validación —susurra mientras vuelve al portátil. Una vez más, reanuda el relato donde lo ha dejado.

7

Aparte de mi rifle, el mayor elemento del equipo que teníamos en la cesta era el M151, también conocido como Amigo del Observador. Taco instaló el trípode, y yo, en la medida de lo posible, procuré no estorbarlo. La plataforma temblaba un poco, y Taco me dijo que me quedara quieto a menos que quisiera meter la bala en el letrero de encima de la puerta de la tienda en lugar de en la cabeza de Jassim. Permanecí tan inmóvil como pude mientras Taco hacía su trabajo, realizando cálculos y mascullando para sí.

Según la estimación del teniente coronel Jamieson, la distancia era de unos mil doscientos metros. Taco, en sus mediciones, tomó como referencia a un niño que botaba una pelota delante de Pronto Pronto Photo Photo y determinó que eran 1.340. Muy lejos para garantizar nada, pero en un día sin viento como aquel de primeros de abril, las probabilidades eran altas. Yo había dado en el blanco a distancias mayores, y todos habíamos oído hablar de francotiradores de talla mundial capaces de atinar al doble de esa distancia. Por supuesto, no podía contar con que Jassim estuviese totalmente inmóvil, como la cabeza de un blanco de papel. Eso me preocupaba, pero el hecho de que fuese un ser humano con un corazón palpitante y un cerebro vivo, no. Era una cabra de Judas que había atraído a cuatro hombres a una emboscada, personas culpables de nada más que de repartir comida. Era un mal tipo y había que abatirlo.

A eso de las nueve y cuarto, Jassim salió de su tienda. Vestía una camisa azul larga parecida a un dashiki y un pantalón blanco holgado. Ese día llevaba un gorro de punto rojo en lugar de la kufiya azul. Era un blanco perfecto. Empecé a alinear el rifle, pero Jassim se limitó a ahuyentar al niño que botaba la pelota dándole un cachete en el trasero y volvió a entrar.

—Me cago en todo —dijo Taco.

Esperamos. En Pronto Pronto Photo Photo entraron algunos jóvenes. Salieron algunos jóvenes. Se reían y correteaban y se perseguían como hacen los jóvenes en todo el mundo, desde Kabul hasta Kansas City. Algunos seguro que habían disparado contra las camionetas de Blackwater con sus AK un par de días antes. Algunos sin duda dispararían contra nosotros siete meses después mientras íbamos de edificio en edificio,

despejándolos. Bien podía ser que algunos estuvieran en lo que llamábamos la Casa de la Risa, donde todo lo que podía salir mal salió mal.

Dieron las diez, luego las diez y cuarto.

—A lo mejor hoy ha salido a fumar a la parte de atrás —dijo Taco.

Por fin, a las diez y media, se abrió la puerta de Pronto Pronto Photo Photo y salió Ammar Jassim con dos de sus jóvenes. Fijé la mira. Los vi reír y hablar. Jassim dio una palmada a uno de ellos en la espalda, y los dos se alejaron rodeándose los hombros con los brazos. Jassim se sacó un paquete de tabaco del bolsillo del pantalón. Observando por el visor, leí Marlboro y vi los dos leones dorados del emblema. Todo resultaba nítido: las cejas pobladas, aquellos labios tan rojos como los de una mujer con carmín, el asomo de barba entrecana.

Taco miraba por el M151, que en ese momento sostenía en la mano.

—El cabrón es clavado a Yasabes Arafat.

—Cállate, Tac.

Centré la retícula en el gorro de punto y esperé a que Jassim se encendiera el cigarrillo. Estaba dispuesto a permitirle una última calada antes de dejarlo fuera de combate. Se llevó un cigarrillo a la boca. Se volvió a guardar el paquete en el bolsillo y sacó un encendedor. No un Bic desechable barato, sino un Zippo. Podía haberlo comprado, en una tienda o en el mercado negro. También podía habérselo robado a uno de los contratistas que habían sido asesinados a tiros, quemados y colgados del puente. Lo abrió con un golpe de muñeca, y un pequeño reflejo en forma de estrella reverberó en la tapa. Vi eso. Lo vi todo. En Pendleton, el brigada Diego Vasquez solía decir que un francotirador de la Infantería de Marina vive para el disparo perfecto. Ese era perfecto. También decía: «Es como el sexo, mis pequeños vírgenes. Nunca olvidaréis vuestra primera vez».

Tomé aire, lo retuve mientras contaba hasta cinco y apreté el gatillo. Noté el retroceso en el hueco del hombro. El gorro de punto de Jassim salió volando y en un primer momento pensé que había fallado, tal vez solo por un centímetro, pero, cuando eres francotirador, un centímetro es como un kilómetro. Se quedó allí plantado con el cigarrillo entre los labios. De pronto el encendedor cayó de entre sus dedos y el cigarrillo cayó de su boca. Fueron a parar a la acera polvorienta. En las películas, la persona que recibe el balazo salta hacia atrás por el impacto. En la vida real casi nunca es así. De hecho, Jassim dio dos pasos al frente. Para entonces yo ya veía que no solo había saltado el gorro; dentro se hallaba la parte superior de la cabeza.

Se postró de rodillas y cayó de bruces. La gente se acercó corriendo.

—La venganza es una puta —dijo Taco, y me dio una palmada en la espalda.

Me volví y grité:

—¡Bajadnos!

La plataforma empezó a descender. Muy lentamente, nos dio la impresión, porque en la otra orilla del río ya se oían disparos. Sonaban como fuegos artificiales. Taco y yo nos

agachamos al quedar por debajo del protector de lona contra la arena, no porque agachándonos se redujera el peligro, sino por instinto. Agucé el oído por si las balas silbaban cerca e intenté prepararme para el impacto, pero no oí nada ni sentí nada.

—¡Salid de ahí, salid! —exclamó Jamieson—. ¡Saltad! ¡Largaos echando leches!

Pero se reía, se lo veía triunfal. A todos. Me dieron tantas palmadas en la espalda, y tan fuertes, que estuve a punto de caerme mientras corríamos de regreso al Mitsubishi sucio en el que el teniente coronel nos había llevado hasta allí. Albie, Nabo, Klew y los demás corrieron hacia las pequeñas furgonetas de la Compañía Eléctrica, una treta que ya no podríamos volver a utilizar. Oíamos gritos al otro lado del río, y había arreciado el fuego.

—¡Ya, chupaos esa! —exclamó el Gran Klew—. ¡Chupaos esa, cabrones! ¡A vuestro hombre acaba de arrollarlo el gran caballo oscuro!

La vieja ranchera del teniente coronel estaba aparcada detrás de las furgonetas de la Compañía Eléctrica iraquí en la rotonda. Abrí la puerta de atrás para meter el rifle y el equipo de Taco.

—Deprisa, joder —dijo Jamieson—. Estamos cortando el paso a esos hombres.

A ver, ha sido usted el que ha aparcado aquí, pensé, pero me lo callé. Eché dentro nuestras cosas. Cuando cerré la puerta, vi algo caído en la tierra. Era un zapato de bebé. Debía de haber sido de niña, porque era rosa. Me agaché a cogerlo y en ese momento una bala disparada a voleo alcanzó la luna blindada del portón. Si no me hubiese inclinado, la bala me habría penetrado en la nuca o la parte de atrás de la cabeza.

—¡Adentro, adentro! —vociferaba Jamieson.

Otra bala disparada a voleo rebotó en el blindaje lateral de la ranchera Eagle. O quizá no tan a voleo; para entonces, los tiradores debían de haberse acercado al río desde su orilla.

Cogí el zapato. Entré en la Mitsubishi, y Jamieson, al arrancar, derrapó y levantó una nube de polvo que las furgonetas tendrían que atravesar. El teniente coronel no pensaba en eso; estaba concentrado en salvar el pellejo.

—Están destrozando a tiros esa cesta elevadora —dijo Taco. Seguía riendo, excitado por el asesinato—. ¿Qué tienes ahí?

Se lo enseñé y dije que creía que me había salvado la vida.

—Guárdalo bien, hermano —dijo Taco—. Y llévalo siempre encima.

Eso hice. Hasta la Casa de la Risa, aquel noviembre. Lo busqué cuando empezábamos a despejar aquella casa en el Sector Industrial y había desaparecido.

Billy por fin apaga, se sitúa ante la ventana periscopio de su submarino rodeado de tierra y desde ahí observa, por encima de la pequeña franja de césped, la calle y el solar de la otra acera donde tiempo atrás se hallaba la estación de tren. No sabe cuánto lleva ahí de pie. Quizá un buen rato. Se nota el cerebro extenuado, como si acabara de terminar el examen más largo y complicado del mundo.

¿Cuántas palabras ha escrito hoy? Podría consultar el contador del documento —ya no el relato de Benjy sino el de Billy—, pero no es tan obsesivo-compulsivo. Han sido muchas, basta con eso, y aún tiene un largo camino que recorrer. Estuvo el ataque de abril, que empezó menos de una semana después de que matara a Jassim, seguido de la retirada cuando los políticos se achantaron. Luego llegó la pesadilla final, que fue la Operación Furia Fantasma. Cuarenta y seis días de infierno. No lo expresará así (si es que llega hasta ese punto) porque es un tópico, pero fue un infierno. Cuya culminación llegó con la Casa de la Risa, que fue como un compendio de todo lo demás. Podría tratar de pasada parte de lo ocurrido, pero no la Casa de la Risa, porque la Casa de la Risa era lo que daba sentido a Faluya. ¿Y cuál era exactamente el sentido? Que no tenía sentido. Era solo una casa más que despejar, salvo por el precio que pagaron.

Por Pearson Street pasan unas cuantas personas a pie. Unos cuantos coches. Uno es un coche patrulla, pero a Billy no le preocupa. Circula tranquilamente, sin rumbo concreto ni prisa por llegar. Sigue asombrándolo que esta parte de la ciudad, tan cerca del centro, parezca tan vacía. En Pearson Street, la hora punta es la hora valle. Supone que la mayoría de la gente que trabaja en el centro se larga a las afueras al final de la jornada, a sitios más agradables como Bentonville, Sherwood Heights, Plateau, Midwood. Incluso a Cody, donde ganó un peluche para una niña. El barrio

del que ahora Billy forma parte ni siquiera tiene nombre, al menos que él sepa.

Necesita ponerse al día. Billy sintoniza el Canal 8, la filial de la NBC, pues prefiere evitar el Canal 6, que seguirá mostrando las imágenes de Allen recibiendo el balazo. En el 8 aparece el rótulo ÚLTIMAS NOTICIAS con una música de violines siniestros y tambores sordos que no augura nada bueno. Billy duda que haya alguna última noticia destacable cuando el asesino sigue suelto. El asesino se ha pasado el día escribiendo un relato que corre el grave peligro de convertirse en un libro.

Resulta que sí que ha habido avances en la investigación, pero nada que Billy no haya previsto y nada que justifique esa música de mal augurio. Uno de los presentadores anuncia que Kenneth Hoff, el hombre de negocios de la ciudad, estaba implicado en la «conspiración para el asesinato cada vez más amplia». La otra presentadora dice que el aparente suicidio de Kenneth Hoff pudo haber sido un homicidio. Holmes, sus deducciones me asombran, piensa Billy.

Los presentadores dan paso a una corresponsal que se encuentra frente a la casa de Hoff, una choza cara que aun así está varios peldaños por debajo de la supermansión alquilada de Nick en la escala de la suntuosidad. La corresponsal es una rubia de piernas largas que parece haber salido de la facultad de Periodismo hace una semana. Explica que se ha «vinculado de forma concluyente» a Kenneth Hoff con el rifle Remington 700 utilizado para matar a Joel Allen. Eso se suma a otros muchos vínculos con el presunto asesino, que ha sido «identificado de forma concluyente» como William Summers, un veterano de la Infantería de Marina que combatió en la guerra de Irak y recibió varias medallas.

La Estrella de Bronce y la Estrella de Plata, piensa Billy. También un Corazón Púrpura con una estrella en la cinta, que indica que fue herido en

combate no una vez sino dos. Entiende que prefieran no revelar esos detalles concretos. Es el villano de la noticia, ¿para qué, pues, enredar las cosas con unos antecedentes heroicos? Enredar las cosas es propio de las novelas, no de la prensa.

Muestran dos fotografías juntas. Una es la que le tomó Irv Dean en el mostrador de seguridad de la Torre Gerard su primer día como escritor residente del edificio. En la otra aparece como recién alistado, con un aspecto solemne y a la vez cándido con su pelo al cero. Se la hicieron el Día de la Foto. En ella se lo ve aún más joven que la corresponsal rubia. Probablemente lo era. Deben de haberla obtenido de algún archivo de la Infantería de Marina, porque Billy no tenía parientes a quienes dar una copia el Día de la Familia.

Según la policía local, es posible que Summers haya huido de la ciudad, dice la corresponsal, y como también es posible que haya huido del estado, el caso ha pasado al FBI. Dicho esto, la rubia devuelve la conexión al estudio, donde los presentadores muestran a continuación un retrato de Giorgio Piglielli, y sí, dan su apodo en la mafia, como si Georgie Pigs fuera un alias con el pudiera estar viajando. Se lo ha vinculado a operaciones del crimen organizado en Las Vegas, Reno, Los Ángeles y San Diego, pero aún no ha sido detenido. El subtexto es: si ve usted a un italiano de mediana edad que ronda los ciento setenta kilos y posiblemente calza zapatos de cocodrilo y bebe un batido, póngase en contacto con las fuerzas del orden locales.

Conclusión, piensa Billy: Hoff está muerto, Giorgio casi con toda seguridad también, y Nick tiene coartadas para parar un tren. Lo que me convierte a mí en el último melón del huerto, el último guisante de la vaina, el último bombón de la caja, que cada cual elija su metáfora.

Después de un anuncio de cierta píldora milagrosa con una veintena de efectos secundarios posibles, algunos letales, ofrecen entrevistas con sus vecinos de Evergreen Street. Billy se levanta para apagar el televisor, pero vuelve a sentarse. Ha navegado bajo pabellón falso y ha hecho daño a esa gente. Tal vez se merece mirar y escuchar mientras expresan su dolor. Y su perplejidad.

Jane Kellogg, la alcohólica oficial de la manzana, no parece perpleja en absoluto. «Supe que escondía algo raro la primera vez que lo vi —dice—. Tenía una mirada furtiva.»

Qué mierda ibas a saber tú, piensa Billy.

Diane Fazio, la madre de Danny, cuenta el horror que sintió al enterarse de que habían permitido a sus hijos pasar el rato con un asesino despiadado.

Paul Ragland se maravilla de lo tranquilo que se lo veía, de su naturalidad. «Realmente pensaba que Dave era un tío auténtico. Parecía de lo más majo. Eso viene a demostrar que no puedes fiarte de nadie.»

Es Corinne Ackerman quien alude a un detalle que todos los demás han pasado por alto. «Claro que es un horror, pero ese hombre contra el que disparó no iba al juzgado por robar en una tienda, ¿no? Según tengo entendido, era un asesino impasible. Si quiere saber lo que pienso, David le ha ahorrado al condado el coste de un juicio.»

Dios te bendiga, Corrie, piensa Billy, y advierte que de hecho se le empañan los ojos, como si estuviera viendo el final de una película en el canal Lifetime donde todo acaba bien. Siempre y cuando la idea que uno tiene del bien incluya una dosis de justicia paralela... y en casos como el Joel Allen, Billy no ve ningún problema en eso.

Antes de pasar al tráfico (continúan las retenciones por los controles policiales, lo siento, amigos) y el tiempo (bajan las temperaturas), hay una última noticia sobre el caso del asesinato en el juzgado, y Billy no puede

evitar sonreír. La razón por la que el sheriff Vickery fue apartado inicialmente de la investigación no es que saliera por piernas cuando el reo fue abatido, sin dejar atrás más que el ridículo sombrero vaquero, o no es la única. El motivo es que hizo entrar al reo en el juzgado por la escalinata en lugar de utilizar la puerta de empleados, situada más abajo. En un principio se sospechó que podía haber formado parte del complot. Posteriormente ha convencido a las autoridades de que no era así, quizá admitiendo que buscaba la atención de la prensa.

Y yo podría haber hecho el disparo en cualquier caso, piensa Billy. Qué demonios, podría haberlo hecho incluso lloviendo, a menos que cayera el diluvio universal.

Apaga el televisor y entra en la cocina para inspeccionar sus existencias de cenas congeladas. Ya está pensado en lo que escribirá mañana.

Se pasa tres días soñando con Faluya.

Billy escribe sobre los Nueve Ases: Taco Bell, George Dinnerstein y Albie Stark, el Gran Klew, Nabo Cashman. Dedicar una mañana a escribir sobre cómo Johnny Capps prácticamente adoptó a una pandilla de niños iraquíes que acudían a mendigarles caramelos y tabaco y después se quedaban a jugar al béisbol. Les enseñaron a jugar Johnny y Pablo Lopez, alias Pie Grande. Un niño, Zamir, de nueve o diez años, solía entonar una y otra vez: «¡Estaba a salvo, cabrón!». Aparte de eso y de «¡Tengo que darle!», parecía no saber una sola palabra en inglés. Un bateador quedaba eliminado porque le daba flojo a la pelota y se la ponía en bandeja al *shortstop*, y Zamir, sentado en el banquillo con su pantalón rojo y su camiseta de Snoop Dogg y su gorra de los Blue Jays, exclamaba: «¡Estaba a salvo, cabrón!». Billy escribe sobre cómo Clay Briggs, el médico militar al que llamaban Pildorero, mantenía una animada y pornográfica correspondencia con cinco chicas de Sioux City. Tac decía que no se explicaba cómo un tío así de feo conseguía tantas nenas. Nabo sostenía que eran nenas *ficticias*, y Albie Stark decía: «¡Estaba a salvo, cabrón!», que no tenía nada que ver con la cuestión de la correspondencia animada y

pornográfica de Pil, pero que siempre provocaba las carcajadas de los demás.

Billy hace ejercicio entre una tanda y otra delante del ordenador: flexiones de pecho, abdominales, elevaciones de piernas, sentadillas con salto. Durante los primeros dos días también corre sin moverse del sitio, extiende los brazos, se golpea las rodillas con las palmas de las manos. Al tercer día, de pronto recuerda —¡eh!— que tiene toda la casa para él solo y, en lugar de correr sin moverse del sitio, sube y baja rápidamente por las escaleras, del sótano a la segunda planta, hasta quedarse sin aliento y tener las pulsaciones a ciento cincuenta. No es que se esté volviendo loco por falta de movimiento, no ha transcurrido ni una semana, pero no está acostumbrado a pasar largos ratos sentado y escribiendo, y estos arranques de ejercicio le evitan el nerviosismo.

El ejercicio también ayuda a pensar, y en una de sus carreras escaleras arriba Billy tiene una idea. No se explica cómo no se le ha ocurrido antes. Usa la llave de los Jensen para entrar en su piso. Echa un vistazo a Daphne y a Walter (las dos están bien) y luego va al dormitorio. Don es un tipo de hombre concreto, le gustan el fútbol y las carreras de NASCAR, le gustan las costillas de cerdo a la barbacoa y el pollo, le gusta tomarse unas birras con los chicos los viernes por la noche. Un hombre así casi con toda seguridad tiene una o dos armas.

Billy encuentra una en la mesilla de noche del lado de la cama de Don. Es un Ruger GP de seis balas, totalmente cargado. Junto al revólver hay una caja de cartuchos de percusión central de calibre 38. Billy no ve ninguna razón para llevárselo abajo; si la policía irrumpe en su casa, no tiene ninguna intención de disparar contra ellos. Pero nunca se sabe cuándo puede venir bien un arma, y no está de más tener una localizada en caso de necesidad. No imagina cuál podría ser el caso, pero cuando uno va

brincando por el alegre camino de la vida, se topa con numerosos giros y recovecos. Nadie lo sabe mejor que él.

Antes de volver abajo al trote, da un toque con el pulverizador a cada una de las plantas de Bev. Oye que el viento se levanta y sopla a través del solar al otro lado de la calle. En el parte meteorológico han dado lluvia y temperaturas más bajas. «Quizá no se lo crean —ha dicho esta mañana jovialmente la mujer del tiempo—, pero de hecho es posible que caiga acompañada de un poco de aguanieve. ¡Supongo que la Madre Naturaleza no entiende de calendarios!»

A Billy le trae sin cuidado si cae lluvia, aguanieve, nieve o chuzos de punta. Él se quedará en su apartamento del sótano haga el tiempo que haga. El relato que está escribiendo se ha adueñado de su vida porque de momento es la única vida que tiene, y ya está bien así.

Ha cruzado dos breves comunicaciones con Bucky Hanson. Anoche le envió el mensaje **¿Estás bien?**, a lo que Bucky respondió **S**. Luego le escribió **¿Han pagado?**, a lo que Bucky respondió, como Billy preveía, **N**. No puede llamar a Giorgio, ni siquiera con el desechable, porque es posible que la policía tenga pinchado su teléfono. ¿Y qué ganaría con arriesgarse? Casi con toda seguridad una voz robótica femenina le diría que el número está fuera de servicio. Porque Giorgio está fuera de servicio. A Billy no le cabe ninguna duda.

En el mundo alternativo de su relato, ha llegado a la Operación Furia Fantasma, en noviembre de 2004. Piensa que esa parte puede llevarle diez días, tal vez dos semanas. Cuando la termine, cuando haya puesto fin al episodio de la Casa de la Risa, liará los bártulos y saldrá de la ciudad. Para entonces ya habrán desaparecido los controles de carretera, quizá ya hayan desaparecido.

Se sienta ante el portátil y mira donde lo dejó. Dos días antes de que se iniciara el ataque, Jamieson ordenó a Johnny y a Pablo que sacaran de la base a los niños del béisbol, y todos comprendieron qué significaba eso: iban a entrar en acción de nuevo, y esta vez seguirían hasta concluir el trabajo.

Billy recuerda que Zamir volvió la vista hacia la verja y exclamó por última vez: «¡Estaba a salvo, cabrón!». Después se marcharon para siempre. Tantos años después, deben de ser adultos. Si es que aún viven.

Empieza a escribir sobre el día que mandaron a sus casas a los niños del béisbol, pero le queda insulso. El pozo se ha secado temporalmente. Guarda el texto, apaga y se acerca a los otros portátiles, los baratos. Los enciende uno tras otro, comprueba que todos los ciberanzuelos están actualizados (EL ÚLTIMO DESEO DE MICHAEL JACKSON ANTES DE MORIR, UN TRUCO SENCILLO PARA SUPERAR LA CIÁTICA, CUÁL SERÍA EL ASPECTO ACTUAL DE LOS MOSQUETEROS ORIGINALES) y también los apaga. Todo va bien en su pequeño mundo. Tiene un plan. Terminará la parte del relato correspondiente a Irak, con la Casa de la Risa como clímax natural. Una vez acabada, hará las maletas y se marchará de esta ciudad gafada. Se irá al oeste, no al norte, y en un futuro no muy lejano hará una visita a Nick Majarian.

Nick le debe dinero.

El plan de Billy dura hasta las doce menos cuarto de la noche. Ha estado viendo una película de acción en calzoncillos y, aunque la trama es sencilla —algo sobre un hombre que busca vengarse de quienes mataron a su perro

—, ha perdido el hilo. Decide dar el día por concluido. Apaga la caja tonta, y cuando se dirige hacia el dormitorio, fuera se oye un sonoro chirrido de derrape de neumáticos y frenos mal mantenidos. Se prepara para el ruido de la colisión, ese estrépito hueco y atronador de un vehículo al estrellarse frontalmente contra un poste eléctrico. En lugar de eso, oye una música tenue y unas carcajadas. Carcajadas de personas en estado de ebriedad, a juzgar por el sonido.

Va a la ventana periscopio y descorre la cortina. Poco más adelante hay una farola, que proyecta el resplandor suficiente para permitirle ver una vieja furgoneta con los costados herrumbrosos. Las ruedas de un lado han quedado sobre la acera, a la altura del solar. Ahora llueve, y con tal intensidad que da la impresión de que los faros de la furgoneta traspasan una cortina de gasa. La larga puerta corredera del lado del acompañante se desliza sobre su riel. La luz interior se enciende, pero Billy solo distingue siluetas a través de la lluvia torrencial. Tres como mínimo, en movimiento. No, hay cuatro. La cuarta está desmadejada, con la cabeza gacha. Dos de ellos sostienen esa silueta por debajo de los brazos, que cuelgan desde los codos como alas rotas.

Se oyen más risas y conversación. Dos hombres sacan de la furgoneta a la silueta desmadejada mientras un tercero se sitúa detrás de ellos como si supervisara la maniobra. La persona inconsciente tiene el cabello largo y oscuro. Probablemente es una chica. Se oyen más risas y conversación. Los dos hombres la llevan a la parte de atrás de la furgoneta y la dejan caer. Ella queda doblada por la cintura con la parte superior del cuerpo en la acera y la inferior en la alcantarilla. Los dos hombres vuelven a montar. La puerta de carga se cierra. Por un momento la vieja furgoneta permanece ahí, al ralentí, traspasando el aguacero con los faros. Finalmente arranca con un chirrido de neumáticos y un eructo de gases de escape. Lleva un adhesivo en la parte

de atrás, pero a Billy le resulta imposible leerlo. La luz de la matrícula, muy débil, parpadea.

Sin duda es una chica. Lleva zapatillas deportivas, una falda tan remangada que deja a la vista casi toda la pierna flexionada, y una cazadora de cuero. La pierna al descubierto queda medio sumergida en el agua de la alcantarilla. Se la ve muy blanca. ¿Puede ser que esté muerta? ¿Se habrían reído esos hombres si así fuera? Después de algunas de las cosas que Billy vio en el desierto (y desde entonces no ha podido dejar de ver), sabe que es posible.

Tiene que ir a por ella, y no solo porque podría morir ahí fuera si no va. Esta parte de la ciudad es tranquila incluso al mediodía entre semana, pero al final alguien pasará y la verá. Tal vez no pare, los buenos samaritanos siempre escasean, pero sin duda avisarán al 911. Gracias a Dios ya es tarde y gracias a Dios no se ha acostado cinco minutos antes. La poli habría llamado a su puerta, habría interrogado a los vecinos de las casas de este lado de Pearson Street para averiguar si alguien había visto cómo abandonaban a la chica y, si hubieran llamado a la una o las dos de la madrugada, no habría tenido oportunidad de ponerse la peluca de Dalton Smith, y menos aún el vientre postizo. Eh, tal vez diría uno de los polis. Su cara me suena, amigo. Creo que debería acompañarnos.

Billy, sin molestarse en ponerse el pantalón y los zapatos, echa a correr escaleras arriba en calzoncillos. Atraviesa el vestíbulo y baja por los escalones de la entrada, dejando la puerta abierta, que bate a causa del viento. Nota que se ha clavado una astilla de buen tamaño en la planta del pie, profundamente, pero nota aún más que hace un *frío* de cojones. No tanto como para que la lluvia se convierta en aguanieve, al menos de momento, pero casi. Tiene carne de gallina en los brazos. Le duele la parte

del pulgar del pie que perdió. Si esa chica está viva, puede que no siga así mucho tiempo.

Billy apoya una rodilla en el suelo y la coge en brazos, tan sobreestimulado por la adrenalina que ni siquiera se da cuenta de si pesa mucho o poco. Con el agua corriéndole por la cara y el pecho desnudo, mira a ambos lados. Los calzoncillos, unos bóxers empapados, se le resbalan por la cadera. No ve a nadie. Gracias a Dios. Chapoteando, regresa al lado de la calle de su edificio, y mientras acarrea a la chica por el camino de acceso, ella gira la cabeza, emite un sonido gutural y arroja un hilo de vómito por el costado y la pierna de Billy. Este lo encuentra sorprendentemente caliente, casi como una almohadilla térmica eléctrica.

Bueno, piensa, desde luego está viva.

Se clava otra astilla en los escalones, pero enseguida está dentro. No puede dejar que la puerta exterior siga batiendo con el viento, así que deposita a la chica en el suelo del vestíbulo y cierra. Cuando se vuelve hacia ella, advierte que tiene los ojos entreabiertos. Ve un gran hematoma amoratado que se extiende por la mejilla y un lado de la nariz. No puede ser como consecuencia del golpe contra el bordillo, porque no ha caído de cara. Además el hematoma resulta demasiado visible para eso.

—¿Quién eres? —farfulla la chica—. ¿Dónde...? —Entonces le sobreviene una arcada. Esta vez el vómito retrocede garganta abajo, y empieza a ahogarse.

Billy se arrodilla detrás de ella y le rodea la cintura con un brazo. Sujetándola por debajo de los pechos, la levanta frente a él. Ahora los putos calzoncillos, mojados por la lluvia y ya de por sí un poco holgados, empiezan a resbalarle por las piernas. Le mete dos dedos en la boca, esperando que no le muerda. Una herida infectada es lo último que necesita. Retira un pedazo de algo, lo lanza al suelo y le ciñe con más firmeza la

cintura. Surte efecto. Pota como una campeona, una vomitona que alcanza la pared del vestíbulo con un *plaf*.

Se acerca un coche, uno que habría sido su perdición apenas tres minutos antes. Billy ve el cristal salpicado de lluvia de la puerta de entrada iluminado por los faros. Se arrodilla, sosteniendo aún a la chica ante sí. Ahora tiene los absurdos bóxers medio caídos hasta las rodillas e incluso le da tiempo de preguntarse por qué dejó de usar los Jockeys modelo slip. Ella cabecea hacia delante, pero Billy cree que el sonido áspero que ahora oye es un ronquido, no una señal de asfixia. Ha vuelto a perder el conocimiento.

La intensidad del haz de los faros aumenta; luego disminuye sin perder velocidad. Billy se pone en pie al tiempo que levanta a la chica. Le coloca un brazo bajo las rodillas, el otro alrededor de los hombros. La cabeza le cuelga hacia atrás. Billy se contonea, y los calzoncillos se le caen hasta los tobillos. Da un paso para desembarazarse de ellos y los aparta con el pie. Parece un número de vodevil horripilante.

El cabello húmedo de la chica gotea y oscila mientras la baja de costado por las escaleras, procurando no perder el equilibrio y caer. Tiene la cara hacia arriba, pálida como la luna. Presenta otro hematoma en la frente, por encima del ojo izquierdo.

Y, madre de Dios, los pies lo están matando. No el medio pulgar perdido, no; ¡el problema son las putas astillas! Llega al final de las escaleras sin caerse y abre la puerta del apartamento con el trasero. La chica empieza a escurrírsele entre las manos, de manera que su cuerpo forma una U flácida. Él, levantando una pierna, la empuja hacia arriba por los riñones y entra tambaleante. Empieza a escurrírsele otra vez. Indiferente a las astillas que se le hincan en los pies enrojecidos por el frío, Billy corre hacia el sofá. Llega justo a tiempo. Ella aterriza con un ruido sordo, deja escapar un gruñido vago y sigue roncando.

Billy se inclina, con las manos apoyadas en las rodillas para dar un respiro a su espalda, que amenaza con acalambrarse. El hedor a vómito que emana de ella le provoca arcadas también a él. Percibe olor a alcohol, aunque ligero.

Bueno, lo ha expulsado, piensa, pero si de verdad se ha pasado con la bebida, debería olerle más el aliento. Él tendría que haberlo percibido en el vestíbulo. Y...

Alza la pierna y olfatea los restos de vómito prácticamente líquido en su propia piel. Advierte solo un levísimo olor a alcohol.

La mira de arriba abajo. Viste una falda vaquera, corta, con el dobladillo deshilachado. Le vería las bragas si llevara, pero no lleva. Ve otra cosa. El exterior de los muslos es pálido —como la luna—, pero tiene la parte interior salpicada de sangre seca.

3

La chica tiene arcadas de nuevo, aunque débiles, y no expulsa más que un hilillo de baba turbia por la comisura de los labios. Luego empieza a tiritar. Cómo no va a tiritar: está empapada. Billy la descalza. Con las zapatillas salen unos pequeños calcetines tobilleros. Tienen un estampado de corazones en el empeine. Tira de ella para incorporarla al tiempo que masculla «Vamos, ayúdame un poco», pese a que sabe que ella no puede ayudarlo. La chica parpadea e intenta hablar. Puede que incluso piense que *está* hablando, que está haciendo todas las preguntas que cualquiera haría en una situación como esa, pero las únicas palabras que Billy distingue son «quién» y «tú». Todo lo demás se reduce a *aaaj* y *uaaa*.

—Eso es bueno —dice Billy—, ya está todo bien, pero no te me mueras.

Aunque incluso ahora, mientras intenta hacer frente a esta jodida situación, Billy comprende que su muerte tal vez simplificaría las cosas. Es una idea deplorable, pero no por ello menos cierta.

Le quita la cazadora, barata, fina, no de piel auténtica, sino de algún material sintético. Debajo lleva una camiseta con el rótulo BLACK KEYS GIRA NORTEAMERICANA 2017 en la pechera. Trata de quitársela y se le queda enganchada en el mentón. Ella gime, y él discierne con claridad tres palabras: «No me *ahogues*».

La chica empieza a resbalar. Billy retira la camiseta justo a tiempo de sujetarla y evitar que caiga al suelo. Lleva ladeado el sencillo sujetador de algodón, un pecho cubierto y el otro fuera, porque el tirante que debería pasar por encima del hombro izquierdo está roto. Desplaza el sujetador hacia abajo, le da la vuelta alrededor del torso y consigue desabrocharlo.

Una vez desvestida de cintura para arriba, Billy puede tumbarla de nuevo. Le quita la falda vaquera empapada y la tira al suelo junto con el resto de la ropa. Ahora está desnuda, excepto por un pendiente; el otro ha desaparecido a saber dónde. Tiene carne de gallina por todo el cuerpo y aún tiritita. Se debe al frío, pero también al shock. Billy vio esa clase de temblores en Faluya, y vio cómo se convertían en convulsiones. Ella no ha sufrido múltiples heridas de bala en las piernas como el pobre Johnny Capps, por supuesto, pero *tiene* manchas de sangre, y ahora Billy también advierte tres hematomas en uno de sus pequeños pechos. Hematomas alargados. Alguien se lo ha agarrado y ha apretado. Con mucha fuerza. Presenta otros dos hematomas en forma de dedo en el lado izquierdo del cuello, y Billy piensa en que ha dicho: «No me *ahogues*».

Por si vuelve a vomitar, Billy la coloca de costado, de cara al respaldo, y luego la empuja hacia el interior del sofá, apartándola del borde, con la esperanza de que no se caiga. Ronca otra vez, un sonido áspero pero acompasado. Y le castañetean los dientes. Es una americana bien jodida, aunque Billy cree que saldrá de esta.

Entra a toda prisa en el cuarto de baño y coge una de las dos toallas grandes. Se arrodilla delante del sofá y le frota la espalda, el trasero, los muslos y las pantorrillas. Lo hace enérgicamente y siente alivio al ver que asoma un poco de color a la pálida piel. La sujeta por un hombro (ahí tiene otro hematoma, pero menor), la coloca cara arriba y empieza otra vez: pies, piernas, vientre, pechos, torso, hombros. Cuando se dispone a secarle la cara, ella levanta las manos en un débil gesto defensivo, pero enseguida las deja caer como si el esfuerzo la superara, como si la superara sin más. Intenta secarle el cabello, pero a ese respecto no va a conseguir gran cosa por lo abundante que lo tiene, y el agua de lluvia de la alcantarilla se lo ha empapado hasta el cuero cabelludo.

Billy piensa: Estoy jodido. Pase lo que pase con este asunto, estoy jodido. Deja la toalla y tiende las manos hacia ella con la intención de ponerla nuevamente de costado para que no se asfixie si vuelve a vomitar, pero cambia de idea. Le desplaza la pierna derecha y se la baja del sofá de modo que el talón queda en el suelo, y la vagina, a la vista. Tiene los labios inflamados, muy rojos, y heridas en varios sitios, una todavía sangrante. En la carne entre la vagina y el recto —conoce la palabra exacta para esa parte del cuerpo, pero, con la tensión del momento, no la recuerda— los desgarrones son peores que en los labios, y sabe Dios qué daños podría haber en el interior. Ve también varias manchas de semen seco, en su mayor parte en el bajo vientre y el vello púbico.

El individuo se ha retirado, piensa Billy, y recuerda que en la furgoneta había tres siluetas, todos hombres, a juzgar por sus risas. Al menos uno de ellos se ha retirado.

Al pensar eso, toma conciencia de su propia situación. Teniendo en cuenta lo que le ha ocurrido a la chica tendida en el sofá, no carece de ironía: está inconsciente, con las piernas abiertas, y los dos desnudos como recién nacidos. ¿Qué pensarían sus vecinos de Evergreen Street ante este cuadro vivo? Ni siquiera Corrie Ackerman, pese a su benevolencia, seguiría defendiéndolo. Imagina el titular en el *Red Bluff News*: ¡EL ASESINO DEL JUZGADO TAMBIÉN VIOLÓ A UNA ADOLESCENTE!

Jodido, piensa. Jodido hasta la médula.

Billy quiere llevarla a la cama, pero antes tiene que ocuparse de otro asunto. Ahora que todo vuelve a estar en calma, cae en la cuenta de que le duelen los pies como mil demonios. Son muchas las cosas que no compró al aprovisionar el apartamento, entre ellas incluye unas pinzas, pero en el cuarto de baño hay tiritas y un poco de agua oxigenada que dejó el inquilino anterior. El desinfectante probablemente lleve mucho caducado, pero a falta de pan...

Andando como puede con el canto de los pies, va a la cocina a por un cuchillo y luego al baño a por lo demás. Las tiritas están decoradas con personajes de *Toy Story*. Se sienta en el suelo junto a la chica, que tiembla y ronca, y, valiéndose del cuchillo, hace asomar las astillas lo suficiente para poder tirar de ellas. Son cinco en total, incluidas dos enormes. Se rocía las heridas sangrantes con agua oxigenada. El escozor lo induce a pensar que quizá sí le sirva de algo. Se cubre las dos heridas mayores con tiritas que probablemente no tardarán en desprenderse. Calcula que son muy viejas, quizá se remonten a dos o incluso tres inquilinos atrás.

Se pone en pie, hace rotaciones con los hombros para distenderlos y luego levanta a la chica. Sin el ímpetu de la adrenalina, calcula que pesa poco más de cincuenta kilos. Cincuenta y cinco como mucho. No precisamente una gran rival para tres hombres. ¿La han violado todos? Billy infiere que, si estaban juntos y uno lo hizo, lo hicieron todos. Se lo preguntará cuando vuelva en sí, pese a que no servirá de mucho. Duda que ella lo recuerde, y lo que querrá saber es por qué él no ha llamado a la policía o la ha llevado al servicio de urgencias más cercano.

La chica empieza a doblarse en forma de U otra vez, y Billy acaba dejándola caer en la cama en lugar de colocarla con delicadeza, como pretendía. Ella abre los ojos un instante, pero los cierra y sigue roncando. No le apetece pugnar más con ella, aunque tampoco quiere dejarla ahí desnuda sin más. Bastante asustada estará ya cuando despierte. Saca una camiseta de la cómoda, se sienta a su lado, la levanta un poco con el brazo izquierdo y le desliza la camiseta por la cabeza con la mano derecha. Sus vagos sonidos de protesta se diluyen en ronquidos cuando él logra metérsela por el cuello y le cubre los hombros.

—Ahora ayúdame. —Le levanta un brazo y, tras un par de intentos fallidos, consigue introducirlo a través de la manga corta—. Un poco de ayuda, ¿vale?

Una parte de ella debe de oírlo, porque alza el otro brazo y finalmente lo pasa por la manga. Vuelve a tenderla, exhala un suspiro y se limpia el sudor de la frente con el brazo. La camiseta queda enrollada por encima de los pechos. Tira de ella por la parte delantera, levanta a la chica y tira por detrás. Aún tiembla y gimotea un poco. Billy le coloca un brazo por debajo de las rodillas, la levanta y le desliza el dobladillo de la camiseta por debajo del trasero y los muslos.

Dios, como vestir a un bebé, piensa Billy.

Espera que no se mee en la cama —solo tiene este juego de sábanas y la lavandería más cercana está a tres manzanas—, pero sabe que es muy posible que ocurra. Al menos casi ha dejado de sangrar. Supone que podría haber sido peor. Podrían haberla desgarrado del todo, o incluso matado. Tal vez era eso lo que se proponían al abandonarla allí de esa manera, pero Billy no lo cree. Cree sencillamente que estaban todos muy borrachos. O colocados con algo potente. Quizá cristal. Los muy gilipollas probablemente han pensado que la chica volvería en sí y se iría a casa, más triste pero con la lección aprendida.

Se pone en pie, se enjuga otra vez la frente y la tapa con la manta. La chica se aferra a ella en el acto, se la sube hasta la barbilla y se vuelve de costado. Mejor así, porque podría vomitar de nuevo. Billy duda que le quede algo que echar, teniendo en cuenta todo lo que ha devuelto en el vestíbulo, pero es imposible saberlo.

A pesar de la manta, sigue temblando.

¿Qué se supone que debo hacer contigo?, piensa Billy. ¿Qué coño se supone que debo hacer contigo? Dime.

Es una pregunta para la que no tiene respuesta. Lo único que sabe es que se ha metido en la madre de todos los líos.

Coge un calzoncillo limpio de la cómoda, con lo que ya solo le queda otro. Va al salón y se tumba en el sofá. Duda que vaya a dormirse, pero si lo consigue, será con un sueño ligero y la oirá si se levanta e intenta marcharse del apartamento. ¿Y qué hará? Impedírselo, por supuesto, aunque solo sea porque hace frío y llueve y, a juzgar por el sonido, sopla un viento casi

huracanado. Pero eso es esta noche. Cuando despierte por la mañana, con resaca y desorientada, en el piso de un desconocido, sin ropa...

La ropa. Todavía en el suelo, húmeda y arrebujada.

Billy se levanta del sofá y la lleva al cuarto de baño. En el camino se detiene a echar una ojeada a la huésped que no ha invitado. Ha dejado de roncar, pero aún tiembla. Un mechón empapado de cabello le cubre una mejilla. Se inclina y se lo aparta.

—Por favor, no quiero —dice ella.

Billy se queda inmóvil, pero, al ver que no dice nada más, entra en el baño. En la puerta hay una percha. Cuelga en ella la cazadora barata. Dispone de media bañera con ducha, de esas que uno encuentra en los moteles baratos. Escurre la falda y la camiseta en la bañera y las deja secar en la barra de la cortina de la ducha. La cazadora tiene tres bolsillos con cremallera, uno pequeño por encima del pecho izquierdo y dos más grandes en diagonal a los lados. El bolsillo del pecho no contiene nada. En uno de los laterales hay una cartera, y en el otro, un móvil.

Retira la tarjeta SIM y, de momento, devuelve el teléfono al bolsillo del que ha salido. Abre la cartera. Lo primero que encuentra es el carnet de conducir. Se llama Alice Maxwell y es de Kingston, Rhode Island. Tiene veinte años. No, se equivoca, acaba de cumplir veintiuno. Las fotografías de carnet de conducir son horrendas por norma, pero la suya es bastante aceptable. O quizá Billy lo piensa solo porque la ha visto con un aspecto mucho peor que el de cualquier foto de carnet. Tiene los ojos azules y muy abiertos. Esboza una sonrisa.

Primer carnet, piensa. Ni siquiera lo ha renovado aún, porque aún incluye la restricción de la una de la madrugada para adolescentes.

Hay una tarjeta de crédito, en la que aparece la firma «Alice Reagan Maxwell» con esmero y claridad. Hay un carnet del Centro de Estudios de

Gestión Administrativa Clarendon, de aquí, de la ciudad, un bono de regalo de AMC (Billy no recuerda si esos eran los cines del difunto Ken Hoff), la tarjeta de una mutua que incluye su grupo sanguíneo (O) y unas fotos de Alice Maxwell mucho más joven con sus amigos de instituto, su perro y una mujer que probablemente sea su madre. Hay también una de un adolescente risueño sin camiseta, tal vez un novio del instituto.

En el compartimento de los billetes encuentra dos de diez, dos de uno y un recorte de periódico. Es la necrológica de un tal Henry Maxwell, «oficio fúnebre en el templo de la Iglesia Baptista de Cristo de Kingston; en lugar de flores, enviar donativos a la Sociedad Estadounidense Contra el Cáncer». En la foto aparece un hombre en la última etapa de la mediana edad. Tiene los carrillos caídos y el pelo ralo, peinado esmeradamente por el cuero cabelludo, por lo demás calvo. El suyo es el aspecto de una de esas personas junto a las que uno pasaría por la calle sin fijarse, pero Billy advierte el parecido familiar incluso en esa foto granulada, y Alice Reagan Maxwell lo quería tanto como para llevar su cartera, con la necrológica dentro. Billy no puede por menos que sentir simpatía por ella ante ese detalle.

Si estudia aquí, y su padre fue enterrado allí, su madre, casi con toda seguridad en Kingston, no se preguntará dónde está su hija, al menos no inmediatamente. Billy deja la cartera en la cazadora, pero coge el móvil y lo guarda en el cajón superior de la cómoda, bajo sus propias camisetas.

Se plantea limpiar el vómito del vestíbulo antes de que se seque, pero lo descarta. Si la chica despierta pensando que él es el causante de que sus partes femeninas le ardan como brasas, le conviene disponer al menos de alguna prueba de que la ha traído de fuera. Por supuesto, eso no la convencerá de que él no se haya aprovechado después, una vez que se

asegurara más o menos de que ella no iba a potarle encima o a despertar y resistirse mientras la montaba.

La chica todavía tiembla. Debe de ser por el shock, ¿no? ¿Será acaso una reacción a lo que esos hombres le han echado en la bebida? Billy ha oído hablar de los reinos, pero no tiene la menor idea de cuáles son los efectos secundarios.

Se dispone a salir. La chica —Alice— gime. Transmite desolación, abandono.

A la mierda, piensa Billy. Probablemente es la peor idea del mundo, pero qué demonios.

Se mete en la cama. Ella está de espaldas. La rodea con un brazo y la estrecha.

—Arrímate, pequeña. No pasa nada. Arrímate, joder, entra en calor, deja de temblar. Mañana te encontrarás mejor. Mañana lo aclararemos todo.

Estoy jodido, vuelve a pensar.

Tal vez fuera consuelo lo que necesitaba, o el calor añadido del cuerpo de Billy, o tal vez la tiritona habría remitido por sí sola. Billy no lo sabe ni le importa. Se alegra cuando el tembleque pasa a ser intermitente y por fin desaparece. También el ronquido desaparece. Ahora oye el golpeteo de la lluvia contra el edificio. Es antiguo, y cuando sopla el viento, las junturas crujen. El sonido resulta extrañamente reconfortante.

Me levantaré dentro de un par de minutos, piensa. En cuanto me asegure de que no va a despertar de pronto y poner el grito en el cielo. Solo un par de minutos.

Sin embargo, se duerme y sueña con que hay humo en la cocina. Huele las galletas quemadas. Debe avisar a Cathy, decirle que tiene que sacarlas del horno antes de que el novio de su madre llegue a casa, pero no puede hablar. No es más que un espectador del pasado.

Al cabo de un rato, Billy despierta sobresaltado en medio de la oscuridad, convencido de que se le han pegado las sábanas y no ha llegado a su cita con Joel Allen, con lo que ha echado a perder el trabajo por el que lleva meses esperando. Entonces oye la respiración de la chica junto a él — respiración, no ronquidos— y recuerda dónde está. Nota el trasero de ella encajado contra su regazo y cae en la cuenta de que tiene una erección, lo cual es totalmente inapropiado dadas las circunstancias. Una atrocidad, de hecho, pero a menudo el cuerpo reacciona ajeno a las circunstancias. Desea lo que desea sin más.

Se levanta a oscuras y va a tientas al baño con una mano ahuecada sobre el abultamiento del calzoncillo, para no golpearse la polla hinchada contra la cómoda y acabar de complicar esa puta noche carnavalesca. La chica, entretanto, no se mueve. La respiración lenta indica que duerme profundamente, y eso es buena señal.

Para cuando está en el baño con la puerta cerrada, la erección ha menguado y puede orinar. El inodoro es ruidoso y la cisterna tiende a perder agua si no se acciona la manivela varias veces, así que se limita a bajar la tapa, apagar la luz y volver a tientas a la cómoda, donde revuelve hasta que palpa la cinturilla elástica de su único pantalón corto de deporte.

Cierra la puerta del dormitorio y cruza el salón con movimientos algo más seguros, porque la cortina de la ventana periscopio sigue descorrida y la farola cercana emite suficiente resplandor para ver.

Mira fuera y solo ve la calle vacía. Aún llueve, pero el viento ha amainado un poco. Corre la cortina y consulta el reloj, que siempre lleva

puesto. Son las cuatro y cuarto de la madrugada. Se pone el pantalón corto, se tiende en el sofá e intenta pensar qué hacer con ella cuando despierte, pero lo asalta una idea y se queda atascado en ella, absurdo pero cierto. Esa idea es que la inoportuna aparición de la chica en su vida probablemente ha puesto fin a sus esfuerzos narrativos, y justo cuando iba tan bien. No puede evitar sonreír. Es como preocuparte de si queda papel higiénico suficiente cuando oyes la sirena de aviso de tornado de la ciudad.

El cuerpo desea lo que desea, y la mente también, piensa, y cierra los ojos. Se propone dar solo una cabezada, pero vuelve a dormirse del todo. Cuando despierta, la chica está de pie ante él, vestida con la camiseta que le puso después de acostarla. Y empuña un cuchillo.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres? ¿Me has violado? Sí, ¿verdad?

Tiene los ojos enrojecidos y el cabello alborotado en todas direcciones. Su fotografía podría ilustrar la palabra «resaca» en el diccionario. Además, parece muerta de miedo, y a Billy no le extraña.

—Te han violado, pero no he sido yo.

El cuchillo es pequeño, el que ha utilizado él para extraerse las astillas de los pies. Lo dejó en la mesita de centro. Alarga un brazo y se lo quita. Lo hace con delicadeza, y ella no protesta.

—¿Quién eres? —pregunta Alice—. ¿Cómo te llamas?

—Dalton Smith.

—¿Dónde está mi ropa?

—Colgada de la barra de la ducha en el cuarto de baño. Te desnudé y...

—¡Me *desnudaste*! —Ella se mira la camiseta.

—Y te sequé. Estabas empapada. Temblabas. ¿Qué tal la cabeza?

—Me duele. Me siento como si me hubiera pasado la noche bebiendo, pero solo tomé una cerveza... y creo que tal vez un gin-ton... ¿Dónde estamos?

Billy baja los pies al suelo. Ella retrocede y levanta las manos en un gesto defensivo.

—¿Te apetece un café?

Alice se detiene a pensarlo, pero no mucho tiempo. Baja las manos.

—Sí. ¿Y tienes una aspirina?

2

Billy prepara café. Ella se toma dos aspirinas mientras espera y luego entra despacio en el baño. Billy oye el pestillo de la puerta, aunque no le preocupa. Un niño de cinco años podría reventar ese pestillo, y uno de diez quizá incluso arrancaría de paso las bisagras del marco.

La chica regresa a la cocina.

—Uf, no has tirado de la cadena.

—No quería despertarte.

—¿Dónde está mi móvil? Lo llevaba en la cazadora.

—No lo sé. ¿Quieres unas tostadas?

Ella hace una mueca.

—No. La cartera está, pero el móvil no. ¿Lo has cogido?

—No.

—¿Me estás mintiendo?

—No.

—Como para fiarme de ti —dice ella con trémulo desdén.

Se sienta y se tira del dobladillo de la camiseta, pese a lo larga que le queda —él mide al menos quince centímetros más— y a que ya tiene tapado todo lo que hay que tapar.

—¿Dónde está mi ropa interior? —Su tono es acusador, incriminatorio.

—El sujetador está debajo de la mesita de centro. Tenía un tirante roto. Quizá pueda hacerle un nudo. Y en cuanto a las bragas, no llevabas.

—Mentira. ¿Qué te has creído que soy? ¿Una puta?

—No.

Lo que Billy cree es que es una chica joven lejos de casa por primera vez, una chica que fue a un sitio que no le convenía donde se encontró con gente que no le convenía. Mala gente que la drogó y se aprovechó de ella.

—Porque no lo soy —asegura la chica, y se echa a llorar—. Soy virgen. O al menos lo era. Esto es un lío. El peor lío en el que me he metido.

—Eso lo entiendo —dice Billy, y con absoluta sinceridad.

—¿Por qué no llamaste a la policía? ¿O me llevaste al hospital?

—Estabas mal, pero no tanto como para liar el petate. Lo que quiere decir...

—Ya sé lo que quiere decir.

—Pensé en esperar hasta que despertaras, para que decidieras tú misma qué querías hacer. Quizá una taza de café te ayude a ver las cosas más claras. Daño no te hará. Por cierto, ¿cómo te llamas? —Era mejor zanjar esa cuestión, no fuera a meter la pata y llamarla por su nombre.

3

Billy sirve el café, dispuesto a esquivarlo si ella se lo lanza a la cara y echa a correr hacia la puerta. No cree que lo haga, está un poco más calmada, pero la situación todavía podría torcerse. Mejor dicho, ya se ha torcido, pero podría empeorar.

No le tira el café. Toma un sorbo y hace una mueca. Aprieta los labios, y Billy ve cómo se le mueven los músculos de la garganta incluso después de tragar.

—Si vas a vomitar otra vez, que sea en el fregadero.

—No voy a... ¿Cómo que otra vez? ¿Cómo llegué aquí? ¿Seguro que no me has violado?

No tiene gracia, pero Billy no puede evitar sonreír.

—Si te hubiese violado, creo que lo sabría.

—¿Cómo llegué aquí? ¿Qué pasó?

Billy toma un sorbo de café.

—Eso sería la parte central de la historia. Empecemos por el principio. Cuéntame qué te pasó a *ti*.

—No me acuerdo. Anoche es el típico agujero negro. Lo único que sé es que me he despertado aquí, con resaca, y que me siento como si me hubieran metido un poste por... ya me entiendes. —Bebe un poco más de café, y esta vez lo traga sin necesidad de contener una arcada.

—¿Y antes de eso?

Alice lo mira, con esos ojos azules muy abiertos, los labios en movimiento. De pronto agacha la cabeza.

—¿Fue Tripp? ¿Me echó algo en la cerveza? ¿En el gin-tonic? ¿En las dos cosas? ¿Es lo que me estás diciendo?

Billy reprime el impulso de alargar el brazo por encima de la mesa y apoyar la mano en la de ella. Ha ganado un poco de terreno, pero, si la toca, casi seguro que lo pierde. No está preparada para que un hombre la toque, y menos uno que no lleva puesto más que un gastado pantalón corto de deporte.

—No lo sé. Yo no estaba presente. Tú sí. Cuéntame, pues, qué pasó, Alice. Hasta donde recuerdes.

Ella se lo cuenta. Y mientras habla, Billy ve el interrogante en sus ojos: si no me violaste tú, ¿por qué me he despertado en tu cama y no en una cama de hospital?

No es una larga historia, ni aun añadiendo algunos antecedentes. En cuanto Alice empieza a hablar, Billy cree que podría contarla él mismo, porque es una historia antigua. Hacia la mitad, ella se interrumpe y abre mucho los ojos. Empieza a hiperventilar y se lleva la mano al cuello mientras el aire entra y sale de su garganta con un silbido.

—¿Es asma?

Billy no vio ningún inhalador, pero podría haber estado en su bolso. Si lo llevaba, ha desaparecido.

Ella niega con la cabeza.

—Ataque de... —silbido—, pánico. —Silbido.

Billy entra en el baño, abre el grifo y moja una toalla pequeña en cuanto comienza a salir agua caliente. La escurre un poco y se la lleva.

—Levanta la cabeza y cúbrete la cara con esto.

Él habría pensado que era imposible que los ojos se le ensancharan aún más, pero de algún modo es lo que ocurre.

—¡Me... —silbido—, ahogaré!

—No. Te despejará.

Billy le echa atrás la cabeza —con suavidad— y le cubre los ojos, la nariz y la boca con la toalla. Luego espera. Al cabo de unos quince segundos más o menos, Alice empieza a respirar de forma más acompasada. Se quita la toalla de la cara.

—¡Ha funcionado!

—Funciona al inhalar la humedad —dice Billy.

Puede que haya algo de verdad en eso, pero probablemente no mucha. El motivo por el que funciona es la *idea* misma de inhalarla. Vio a Clay

Briggs —Pildorero, el médico militar— utilizar varias veces ese método con los novatos (y con algunos veteranos, como Lopez Pie Grande) antes de que regresaran a por otro bocado de la manzana podrida llamada Furia Fantasma. A veces usaba otro truco si la toalla mojada no daba resultado. Billy escuchaba con atención cuando Pil explicaba esos dos trucos para aplacar al mono mental. Siempre se le ha dado bien escuchar y almacenar la información como una ardilla almacena frutos secos.

—¿Y ahora puedes acabar?

—¿Puedo comerme unas tostadas? —Lo pregunta casi con timidez—. ¿Y tienes zumo?

—Zumos no, pero tengo ginger ale. ¿Quieres?

—Sí, por favor.

Billy prepara las tostadas. Sirve el ginger ale en un vaso y añade un cubito de hielo. Se sienta delante de ella. Alice Maxwell le cuenta su trasnochada historia. Es una historia que Billy ya ha oído y leído antes, más recientemente en las obras de Émile Zola.

Después del instituto, Alice pasó un año trabajando de camarera en su pueblo natal, ahorrando para estudiar gestión administrativa. Podría haberlo hecho en Kingston, allí había dos centros supuestamente buenos, pero quería ver un poco de mundo. Y alejarse de mamá, piensa Billy. Es posible que esté empezando a comprender por qué no le exige que avise de inmediato a la policía. En cuanto a por qué el deseo de «ver un poco de mundo» la trajo a esta ciudad anodina... eso Billy no alcanza a entenderlo.

Trabaja a tiempo parcial en la barra de una cafetería de Emery Plaza, a menos de tres manzanas del nido de escritor de Billy en la Torre Gerard, y allí conoció a Tripp Donovan. Este empezó a charlar de trivialidades con ella hace una o dos semanas. La hacía reír. Era encantador. Así que cuando un día la invitó a comer algo al final de la jornada, ella naturalmente aceptó.

A eso siguió una cita para ir al cine, y luego —no perdía el tiempo, ese Tripp— le preguntó si quería ir a bailar a un local a pie de carretera en la Estatal 13. Ella le contestó que no era muy de bailar. Por supuesto, Tripp dijo que él tampoco, que no tenían que bailar, podían simplemente pedir una jarra de cerveza y alargarla mientras escuchaban la música. Le dijo que el grupo que tocaba hacía versiones de los Foghat, ¿le gustaban los Foghat? Alice contestó que sí. Nunca había oído hablar de los Foghat, pero esa misma noche se descargó algo de su música. Era buena. Con un toque de blues, pero básicamente rock and roll puro.

Los Tripp Donovan de este mundo tienen olfato para cierta clase de chicas, como Billy sabe. Son chicas tímidas a las que les cuesta hacer amigos porque no se animan a dar el primer paso. Son chicas moderadamente guapas apabulladas por el modelo de belleza de la televisión, el cine, internet y las revistas del corazón, hasta el punto de que no se consideran moderadamente guapas sino del montón o incluso tirando a feas. Ven sus peores rasgos —la boca muy ancha, los ojos muy juntos— y pasan por alto los buenos. Son chicas a las que las revistas de moda de las peluquerías, y a veces sus propias madres, les han dicho que tienen que perder diez kilos. Se desesperan por el tamaño de sus tetas, sus culos y sus pies. Que les pidan salir es un milagro, pero entonces viene el suplicio de qué ponerse. Esa clase de chica en particular puede llamar a sus amigas para comentar el asunto, pero solo si las tiene. Alice, recién llegada a la ciudad, no tiene. Pero en su cita para ir al cine, a Tripp no parece importarle su ropa o su boca demasiado ancha. Tripp es divertido. Tripp es encantador. Tripp es halagador. Y es un perfecto caballero. La besa después del cine, pero es un beso aceptado, un beso *deseado*, y no lo estropea metiéndole la lengua en la boca o manoseándole los pechos.

Tripp estudia en una de las universidades locales. Billy le pregunta qué edad tiene ese hombre, pensando que posiblemente no lo sepa, pero, gracias a los prodigios de Facebook, sí lo sabe. Tripp Donovan tiene veinticuatro años.

—Un poco mayor para estar aún en la universidad.

—Creo que es estudiante de posgrado. Está con la especialidad.

La especialidad, piensa Billy. Ya.

Por supuesto, Tripp propuso a Alice que se pasara por su choza a tomar una copa antes de ir al local, y por supuesto ella accedió. La mencionada choza es un piso en uno de esos bloques de Sherwood Heights, cerca de la Interestatal. Alice cogió el autobús porque no tiene coche. Tripp la esperaba fuera, el perfecto caballero. La besó en la mejilla y subieron a la segunda planta en ascensor. Era un piso amplio. Solo podía permitírselo, explicó Tripp, porque sus compañeros de piso y él se repartían el alquiler. Los compañeros eran Hank y Jack. Alice desconoce sus apellidos. Dice a Billy que parecían de lo más amables: salieron al salón a saludarla y luego volvieron a una de las habitaciones, donde estaban viendo por televisión algún programa deportivo. O quizá estuvieran con un videojuego, no está segura.

—¿Y ahí es donde tus recuerdos empiezan a ser borrosos?

—No, solo cerraron la puerta al volver a entrar. —Alice se humedece las mejillas y la frente con la toalla.

Tripp le preguntó si quería una cerveza. Alice aclara a Billy que no le gusta la cerveza, pero aceptó una por cortesía. Al cabo de un rato, cuando Tripp vio que no avanzaba con la Heineken, le preguntó si quería un gin-tonic. La puerta de la habitación de Jack se abrió y el sonido del televisor se apagó, y Jack dijo:

—¿He oído a alguien decir gin-tonic?

Así que todos toman gin-tonics, y es en ese punto, según Alice, cuando sus recuerdos empiezan a ser borrosos. Pensó que era porque no estaba acostumbrada al alcohol. Tripp le propuso que se tomara otro. Porque, afirmó, la segunda copa combate la primera. Aseguró que es un hecho sabido. Uno de los compañeros de piso puso música, y Alice cree recordar que bailó con Tripp en el salón, y es ahí donde pierde prácticamente la memoria.

Alza la toalla y respira otra vez a través de ella durante un rato. El sujetador sigue debajo de la mesita de centro, y parece un animal pequeño que ha muerto.

—Ahora te toca a ti —dice ella.

Billy le cuenta lo que vio e hizo, empezando por el chirrido de frenos y neumáticos, y terminando por el momento en que la acostó en la cama.

Ella se queda pensativa y por fin dice:

—Tripp no tiene una furgoneta. Tiene un Mustang. Es el coche con el que pasó a recogerme cuando fuimos al cine.

Billy se acuerda de Ken Hoff, que también tenía un Mustang. Y murió en él.

—Un coche bonito —comenta—. ¿Se puso celosa tu compañera de piso?

—Vivo sola. Es un apartamento pequeño.

En cuanto las palabras salen de sus labios, Billy advierte que cree haber cometido un error al decirle que vive sola. Podría señalar que seguramente Tripp Donovan también lo sabía, pero se lo calla. Alice vuelve a cubrirse la cara con la toalla y respira, pero esta vez un silbido acompaña la aspiración.

—Dámela —dice Billy. Esta vez la moja bajo el grifo de la cocina, atento a ella al mismo tiempo, pero duda que eche a correr hacia la puerta

sin más ropa que una camiseta fina. Regresa—. Pruébalo otra vez. Aspiraciones lentas y profundas.

Cuando se le acompasa la respiración, Billy dice:

—Acompáñame. Quiero enseñarte una cosa.

Salen del piso y la lleva escaleras arriba, hasta el vestíbulo. Señala el vómito medio seco en la pared.

—Eso es de cuando te entré.

—¿De quién es ese calzoncillo? ¿Es tuyo?

—Sí. Estaba a punto de acostarme. Se me resbaló por las piernas mientras intentaba evitar que te ahogaras. La verdad es que fue un tanto cómico.

Ella no sonríe, solo repite que Tripp no tiene furgoneta.

—Será de alguno de sus compañeros de piso, imagino.

Las lágrimas empiezan a rodar por las mejillas de Alice.

—Dios mío. Dios mío. Mi madre no puede enterarse de esto nunca. Ella no quería que viniese.

Billy piensa que él ya lo sabía.

—Volvamos abajo. Te prepararé un desayuno de verdad. Huevos con beicon.

—Beicon no —responde Alice con una mueca, pero no rechaza los huevos.

Revuelve dos huevos y se los coloca delante con otras dos tostadas. Mientras Alice come, él entra en el dormitorio y cierra la puerta. Si huye, que huya. Se ha adueñado de él el fatalismo que sintió durante la Operación

Furia Fantasma, cuando limpiaban la ciudad de insurgentes calle a calle y manzana a manzana. Comprobaba que llevaba el zapato de bebé prendido de la trabilla del cinturón antes de proceder a entrar en cada casa. Cada día que no resultaba herido o muerto aumentaban las probabilidades de que ocurriera al día siguiente. Uno solo podía sacar un número determinado de sietes o alcanzar un número determinado de puntos antes de perder la ronda. El fatalismo se convirtió en una especie de amigo. «Qué coño», decían. «Qué coño, vamos a por ellos.» Ahora lo mismo: qué coño.

Se pone la peluca rubia, el bigote, las gafas. Se sienta en la cama y consulta un par de cosas en el teléfono. Cuando encuentra la información que necesita, entra en el cuarto de baño y se extiende un puñado de talco por el abdomen. Ha descubierto que le alivia las rozaduras. Luego lleva la barriga postiza a la cocina.

Ella lo mira con los ojos muy abiertos, el tenedor suspendido por encima del plato con el último trozo de huevo todavía ensartado. Billy se sostiene el accesorio de poliestireno contra el vientre y se da la vuelta.

—¿Puedes apretarme la correa? A mí siempre me cuesta.

Billy espera. Es mucho lo que depende de lo que ocurra a continuación. Ella podría negarse. Incluso podría atacarlo con el cuchillo que le ha dado para untar la mantequilla en las tostadas. No es precisamente un arma letal, podría haberle causado más daño con el otro cuchillo, el de mondar, si hubiese decidido utilizarlo contra él mientras dormía, pero podría lastimarlo incluso con un cuchillo de mantequilla si empleara toda la fuerza de su brazo y lo clavara en el sitio adecuado.

Alice no lo ataca. En lugar de eso, tira de la correa para apretarla. Se la ajusta más de lo que él ha conseguido nunca, ni siquiera cuando empieza desplazándose la barriga postiza hacia los riñones para ver la hebilla de plástico.

—¿Cuándo has sabido que yo lo sabía? —pregunta ella en voz baja.

—Mientras me contabas tu historia. Estabas mirándome a la cara y he visto que de pronto caías en la cuenta. Luego has tenido el ataque de pánico.

—Eres el hombre que mató...

—Sí.

—Y esto es... ¿qué? ¿Tu escondite?

—Sí.

—¿La peluca y el bigote son tu disfraz?

—Sí. Y la barriga postiza.

Alice abre la boca, pero vuelve a cerrarla. Da la impresión de que se le han acabado las preguntas, pero no respira con silbidos anhelantes, y Billy piensa que ese es otro paso en la dirección correcta. Luego se dice: ¿A quién pretendo engañar? No *hay* dirección correcta.

—¿Te has mirado...? —Señala el regazo de ella.

—Sí. —En voz baja—. Antes de levantarme para ver dónde estaba. Tengo sangre. Y me duele. Sabía que tú... o alguien...

—No es solo sangre. Ya lo verás cuanto te limpies. Al menos uno de ellos no usó protección. Probablemente ninguno.

Alice deja sin comer el trozo de huevo ensartado en el tenedor.

—Voy a salir. A menos de un kilómetro de aquí hay una farmacia abierta las veinticuatro horas, yendo hacia el centro. Iré a pie porque no tengo coche. En este estado se puede comprar la píldora del día después sin receta, acabo de consultarlo en el teléfono para asegurarme. A menos que tengas algún reparo religioso o moral para tomarla, claro.

—No, por Dios. —dice con esa misma voz baja. Se echa a llorar otra vez—. Si me quedo embarazada... —Se limita a menear la cabeza.

—En algunas farmacias también venden ropa interior femenina. Si en esta tienen, te compraré algo.

—Puedo devolvértelo. Tengo dinero. —Eso es absurdo, y ella parece darse cuenta, porque, ruborizada, desvía la mirada.

—Tu ropa está colgada en el baño. En cuanto salga de aquí, puedes ponértela y marcharte. No puedo impedírtelo. Pero escúchame bien, Alice.

Billy tiende la mano y la obliga a volver la cara hacia él. Ella tensa los hombros, pero lo mira.

—Anoche te salvé la vida. Hacía frío y llovía, y estabas inconsciente. Drogada hasta las cejas. Si no hubieses muerto de hipotermia, te habrías asfixiado con tu propio vómito. Ahora voy a poner mi vida en tus manos. ¿Me entiendes?

—¿Fueron esos hombres los que me violaron? ¿Me lo juras?

—No podría jurarlo ante un juez porque no les vi las caras, pero tres hombres te sacaron de esa furgoneta y tú, hasta donde te llega la memoria, estabas con tres hombres en ese piso.

Alice se lleva las manos a la cara.

—Me muero de vergüenza.

Billy queda sinceramente perplejo.

—¿Por qué? Confiaste en ellos y te engañaron. Eso es todo.

—Vi tu foto en las noticias. Mataste a ese hombre de un tiro.

—Así es. Joel Allen era un mal hombre, un asesino a sueldo. —Como yo, piensa Billy, pero hay al menos una diferencia—. Se quedó esperando después de una partida de póquer y disparó contra dos hombres porque había perdido mucho dinero y quería recuperarlo. Uno de ellos murió. Me voy ya, ahora que aún es temprano y hay poca gente en la calle.

—¿Tienes una sudadera?

—Sí. ¿Por qué?

—Póntela encima de eso. —Señala la barriga postiza—. Dará la impresión de que intentas esconder la tripa. Es lo que hacen los gordos.

6

Ha dejado de llover, pero aún hace frío, y Billy se alegra de haber cogido la sudadera. Espera a que pase un coche, que salpica agua, y luego cruza la calle hacia el solar. Ve las marcas del frenazo de la furgoneta. No son tan largas y oscuras como lo habrían sido si el asfalto hubiera estado seco. Apoya una rodilla en el suelo, sabiendo qué busca pero sin esperar encontrarlo en realidad. Aun así, lo encuentra. Se lo guarda en el bolsillo y vuelve a cruzar Pearson Street, porque la acera del lado del solar quedó muy deteriorada por el paso de las máquinas que envió el ayuntamiento para demoler la estación de tren. De eso hace un año o más, a juzgar por cómo ha crecido la vegetación, pero nadie se ha tomado la molestia de arreglar el pavimento.

Toca el pendiente que Alice perdió mientras camina. Cuando la policía lo detenga, irá a parar a un sobre de pruebas, como el resto de sus pertenencias, y probablemente ella nunca lo recupere. Billy está casi seguro de que Alice lo delatará. Tanto si se ha creído que le salvó la vida como si no, sabe que es un asesino buscado por la justicia, y también es posible que crea que podrían acusarla de complicidad por no denunciarlo al tener ocasión.

Pero no, piensa Billy. Es una chica tímida, una chica asustada, y una chica confusa, pero no es una chica tonta. Podría aducir que él la secuestró, y la creerían. Su móvil no funcionará aunque lo busque y lo encuentre, pero el supermercado, Zoney's, está a un paso y puede llamar a la policía desde

allí. Seguramente ya lo ha hecho, y lo detendrán cuando regrese de la farmacia. Coches patrulla con las luces de emergencia encendidas, uno de ellos invadiendo la acera frente a él, con las puertas abriéndose incluso antes de que se detenga el vehículo y los polis saliendo con las armas desenfundadas: Levanta las manos, tírate al suelo, boca abajo, boca abajo.

¿Por qué ha salido, entonces?

Quizá tenga algo que ver con el sueño de anoche. El olor a galletas quemadas. O con Shan Ackerman, quizá, y el dibujo del flamenco que le hizo. Puede que incluso tenga que ver con Phil Stanhope, que habrá contado a la policía que salió con él porque parecía un buen hombre. Un escritor, quizá con futuro, un buen partido para una chica trabajadora. ¿Les contaría que se acostó con él? Si omite esa parte, Diane Fazio no lo hará. Diane los vio salir de la casa, incluso alzó el pulgar en dirección a Billy.

Tal vez esté relacionado con todo eso, pero es probable que se reduzca al hecho de que se vería incapaz de matarla. Le sería imposible. Eso lo convertiría en alguien tan malo como Joel Allen, o el violador de Las Vegas, o Karl Trilby, que hizo películas de hombres follándose a niñas. Así que se ha puesto la peluca y la barriga postizas y las gafas sin graduar, y aquí está, camino de la farmacia bajo la lluvia. Alice Maxwell no solo sabe que es William Summers; también sabe lo de Dalton Smith, la identidad limpia que ha dedicado años a construir.

Esos gilipollas podrían haberla abandonado en otra calle, piensa Billy, pero no. Podrían haberla dejado tirada más abajo en Pearson Street, pero tampoco. Podría echar la culpa al destino, solo que no cree en el destino. Podría decirse que todo ocurre por una razón, pero eso son sandeces para gente incapaz de afrontar la realidad tal cual es. Pura casualidad, eso es, y todo lo demás se ha desprendido de eso. Desde el momento en que abandonaron a la chica, él se hallaba en la misma situación que una vaca en

la rampa de un matadero, sin más alternativa que trotar con las demás hacia la zona de sacrificio. Pero es lo que hay, como también decían en el desierto, o sea, qué coño.

Y ve un pequeño rayo de esperanza: ella le ha dicho que se ponga la sudadera. Seguramente no significa nada, un simple comentario para que él tenga la sensación de que está un poco de su lado, pero quizá sí signifique algo.

Quizá sí.

7

La farmacia es de la cadena CVS. Billy encuentra la píldora del día después en el pasillo de planificación familiar. Cuesta cincuenta dólares, lo cual, supone, es barato en comparación con las alternativas. Está en el anaquel inferior (como para que a las chicas malas que la necesitan les resulte más difícil encontrarla), y cuando se yergue, atisba una mata de cabello rojo e hirsuto dos pasillos más allá. Le da un vuelco el corazón. Vuelve a agacharse y, enderezándose de nuevo lentamente, escruta por encima de las cajas de Vagisil y Monistat. No se trata de Dana Edison, quien, ha decidido Billy, es el peor de todos los rufianes de Nick. Ni siquiera es un hombre. Es una mujer de pelo rojo e hirsuto recogido en una coleta.

Calma, se dice. Te sobresaltas por nada. Dana y los demás están en Las Vegas desde hace tiempo.

Bueno, es una posibilidad.

La ropa interior femenina se encuentra en la pared del fondo. En su mayor parte es para mujeres con pérdidas, pero también hay de otros tipos. Piensa en los bikinis, pero decide que sería un tanto insinuante. Tiene su

gracia, en cierto modo; todavía actúa sobre el supuesto de que ella seguirá allí cuando regrese. Pero ¿qué otro supuesto existe? En efecto *regresará*, porque no tiene otro sitio adonde ir. Dispone del coche en alquiler, pero está a nombre de Dalton Smith.

Coge una caja de culottes Hanes de algodón de tres unidades y se la lleva a la caja al tiempo que busca coches patrulla fuera, pero no ve ninguno. Naturalmente, no aparcarían delante, en cualquier caso. Porque él podría advertir su presencia y quizá atrincherarse allí con rehenes. La dependienta es una cincuentona. Registra sus compras sin comentarios, pero Billy sabe leer las expresiones faciales y adivina que la mujer está pensando que alguien ha tenido una noche ajetreada. Paga con la tarjeta de crédito de Dalton Smith y vuelve a salir bajo la lluvia, ahora una tenue llovizna, esperando a que lo detengan. Fuera solo hay tres mujeres negras que charlan amigablemente. Entran en la farmacia sin mirarlo.

Billy regresa al 658 de Pearson. Se le antoja una larga caminata, porque ahora alberga algo más que un rayo de esperanza, y tal vez la esperanza sea esa cosa con plumas, pero también es esa cosa que hace daño. Podrían estar esperándole cerca o en el propio piso, piensa. Pero no sale corriendo del viejo edificio de tres plantas ningún muchacho de azul, y en el apartamento no hay nadie más que la chica. Está viendo *Today* en la televisión.

Alice lo mira y entre ellos se produce cierta comunicación. Se cambia de mano la bolsa de la farmacia y busca en el bolsillo derecho. Tiende el puño hacia ella y repara en que da un respingo, como si creyera que tiene intención de pegarle. Los hematomas de la cara han alcanzado su máximo esplendor. Claman agresión con lesiones.

—He encontrado tu pendiente.

Abre la mano y se lo enseña.

Alice entra en el cuarto de baño a ponerse las bragas nuevas, pero se deja la camiseta que le llega a las espinillas porque la falda sigue mojada.

—La tela vaquera tarda una eternidad en secar —comenta.

Se toma la pastilla con agua del grifo de la cocina. Él le advierte que los efectos secundarios pueden incluir vómitos, mareos...

—Sé leer. ¿Quién más vive en este edificio? Está tan silencioso como una... Está muy silencioso.

Billy le habla de los Jensen y le cuenta que se han ido de crucero, sin saber ninguno de los dos que seis meses más tarde las líneas de cruceros estarán cerradas, junto con casi todo lo demás. La lleva arriba —ella lo acompaña de relativa buena gana— y le presenta a Daphne y a Walter.

—Las riegas demasiado. ¿Es que quieres ahogarlas?

—No.

—Dales un par de días de descanso. —Se interrumpe—. ¿Aún estarás aquí dentro de un par de días?

—Sí. Es más seguro esperar.

Alice echa un vistazo a la cocina y el salón de los Jensen, evaluándolos como hacen las mujeres. Luego, para sorpresa de Billy, le pregunta si puede quedarse con él. Tal vez quedarse en el apartamento del sótano incluso después de que él se vaya.

—No quiero salir hasta que se me noten menos los moretones —dice—. Da la impresión de que haya tenido un accidente de coche. Además, ¿y si Tripp viene a buscarme? Sabe dónde estudio, y sabe dónde vivo.

Billy piensa que Tripp y sus amigos no querrán saber nada de ella ahora que ya se han divertido. Sí, tal vez recorran Pearson Street para asegurarse

de que el sitio donde la tiraron no está acordonado por la policía, convertido en el escenario de un crimen, y cuando estén sobrios —o bajen del globo en el que iban montados— sin duda consultarán las noticias locales para cerciorarse de que no aparece mencionada, pero no señala esos detalles. El hecho de que Alice se quede resuelve muchos problemas.

De vuelta al sótano, ella dice que está cansada y pregunta si puede echarse una siesta en su cama. Billy le contesta que no hay problema a menos que sienta mareos o náuseas. Si es así, sería mejor que se quedara despierta un rato.

Ella dice que se encuentra perfectamente y entra en la habitación. Finge bien que no tiene miedo a Billy, pero él está casi seguro de que sí se lo tiene. Solo una chiflada no se lo tendría. Sin embargo, también continúa en estado de shock, humillada todavía por lo que le ha ocurrido. Y avergonzada. Billy le ha dicho que no tenía por qué, pero no ha servido de nada. Sin duda más adelante llegará a la conclusión de que pedirle que la deje quedarse ha sido una mala decisión, una muy mala. Pero ahora mismo lo único que desea es dormir. Se trasluce en sus hombros encorvados y en cómo arrastra los pies descalzos.

Billy oye el chirrido del somier. Echa un vistazo al cabo de cinco minutos, y o duerme como un tronco o es una actriz consumada.

Enciende el portátil y vuelve al punto donde lo dejó. Hoy no puedes escribir, piensa, no con todo lo que está pasando. No con esa chica en la habitación de al lado, la que puede despertar y decidir que quiere alejarse a toda prisa de aquí, y de mí.

Solo que además está pensando en el tratamiento de la toalla húmeda de Pil para los ataques de pánico, y en que ha surtido efecto en Alice. Casi un milagro, en realidad. Pero no era la única cura milagrosa de Clay Briggs, ¿verdad que no? Sonriente, Billy empieza a escribir. Al principio la prosa le

parece insulsa, desigual, pero al cabo de un rato cobra ritmo. Pronto ya no piensa para nada en Alice.

9

Clay Briggs —Pil— era médico militar de primera clase. Trataba a cualquiera que necesitara tratamiento, pero era uno de los Nueve Ases de la cabeza a los pies. Era menudo y fibroso. Cabello ralo, nariz aguiluña, gafas pequeñas con montura al aire que siempre andaba limpiando. Llevaba el símbolo de la paz en la parte delantera del casco y durante más o menos una semana, hasta que el comandante lo obligó a quitársela, también una pegatina en la parte de atrás que decía: QUÉ IMPORTA LA LECHE, ¿HAY NENAS?

Los ataques de pánico eran habituales a medida que seguía (y seguía y seguía) Furia Fantasma. En teoría, los marines eran inmunes a esa clase de cosas, pero, por supuesto, no lo eran. La gente empezaba con una respiración ronca, se doblaba por la cintura, a veces se desplomaba. En su mayoría eran buenos soldados que se negaban a admitir que tenían miedo, y decían que se debía al humo y al polvo, porque tanto lo uno como lo otro eran constantes. Pil les daba la razón —es solo el polvo, es solo el humo— y humedecía una toalla para colocársela sobre la cara. «Respira a través de esto —decía—. Te despejará de esa mierda y podrás respirar bien.»

También tenía curas para otras cosas. Algunas eran gilipolleces y otras no, pero todas daban resultado, al menos a veces: aporrear los quistes y las hinchazones con el lomo de un libro para que desaparecieran (lo llamaba la cura de la Biblia), taparse la nariz con los dedos pinzados y entonar *Aaah* para el hipo y los arranques de tos, inhalar los efluvios del Vicks VapoRub para cortar las hemorragias nasales, darse friegas en los párpados con un dólar de plata para curar la queratitis.

—Casi todo son remedios caseros que aprendí de mi abuela en las montañas —me contó una vez—. Utilizo lo que funciona, pero funciona sobre todo porque les *digo* que funciona. —Luego me preguntó cómo iba la muela, porque tenía una al fondo que me estaba dando problemas.

Dije que tenía un dolor de mil demonios.

—Bueno, eso puedo arreglarlo, hermano mío —dijo—. Llevo en la mochila el cascabel de una serpiente de cascabel. Lo compré por eBay. Coges y te lo encajas ahí atrás entre la mejilla y la encía, lo chupas durante un rato, y la muela se te calma enseguida.

Le dije que pasaba y me contestó que tanto mejor, porque llevaba el cascabel en el fondo de la mochila y tendría que vaciarla para sacarlo. Si es que todavía estaba ahí, claro.

Aún ahora, después de tantos años, me pregunto si habría dado resultado. Al final tuvieron que arrancarme esa muela.

La curación más asombrosa de Pil —al menos que yo viera— tuvo lugar en agosto de 2004. Era la etapa de relativa calma entre la Operación Resolución Vigilante de abril y Furia Fantasma, la grande, en noviembre. Durante esos meses, los políticos estadounidenses sufrieron su propio ataque de pánico. En lugar de dejarnos entrar a saco, decidieron conceder a la policía y al ejército iraquíes una oportunidad más para eliminar ellos mismos a los muyíes y restaurar el orden. Los grandes políticos iraquíes dijeron que saldría bien, pero estaban todos en Bagdad. En Faluya, muchos policías y militares eran muyíes.

Durante ese período, apenas entramos en la ciudad. En junio y julio, a lo largo de seis semanas, ni siquiera estuvimos allí; estuvimos en Ramadi, un sitio relativamente tranquilo. Nuestra misión, cuando sí entrábamos en Faluya, era ganarnos «los corazones y las voluntades». Eso significaba que nuestros traductores —nuestros terpres— se dirigían cordialmente en nuestro nombre a los mulás y los caudillos de la comunidad en lugar de gritar «Salid de ahí, cerdos cabrones» por los megáfonos mientras circulábamos rápidamente por las calles, siempre con el temor de ser blanco de sus disparos, sus bombas o sus granadas. Repartíamos caramelos, juguetes y cómics de Superman entre los niños, junto con octavillas para que se las llevaran a casa, pregonando todos los servicios que el gobierno podía proporcionar y la insurgencia no. Los niños se comían los caramelos, cambiaban los cómics y tiraban las octavillas.

Durante Furia Fantasma, nos quedábamos en lo que acabó conociéndose como Lalafaluya (por Lollapalooza) varios días seguidos, durmiendo cuando podíamos en las azoteas, en guardia permanente, atentos a los cuatro puntos cardinales en busca de muyíes encaramados a otras azoteas, dispuestos a causar daños e infligir dolor. Era como la muerte de los mil cortes. Llevábamos centenares de lanzacohetes y otras armas, pero los hajis no parecían acabarse nunca.

En cambio, durante ese verano nuestras patrullas fueron casi como un trabajo de nueve a cinco. Los días que entrábamos para ganarnos «los corazones y las voluntades», nos poníamos en marcha cuando el sol estaba ya alto y regresábamos a la base antes de que oscureciera. Ni siquiera en ese período de tregua convenía estar en Lalafaluya de noche.

Un día, cuando volvíamos, vimos una ranchera Mitsubishi Eagle volcada a un lado de la carretera, todavía humeante. La parte delantera había volado, la puerta del conductor estaba abierta, y se veía sangre en lo que quedaba del parabrisas.

—Joder, ese es el coche del teniente coronel —dijo el Gran Klew.

En la base había un HQC, un Hospital Quirúrgico de Campaña. Desprovisto de laterales, era en esencia un pabellón con un par de ventiladores grandes en cada extremo. Aquel día estábamos casi a cuarenta grados. En otras palabras, como de costumbre. Oíamos gritar a Jamieson.

Pil corrió hacia allí desprendiéndose de la mochila por el camino. Los demás lo seguimos. Había otros dos pacientes en la carpa, los dos bien jodidos, cada uno con lo suyo, pero no tan soberanamente jodidos como Jamieson, porque se tenían en pie. Uno llevaba el brazo en cabestrillo, el otro llevaba la cabeza vendada.

Jamieson estaba en un camastro y le inyectaban algo en el brazo con un gotero, suero Ringer lactato, creo que lo llaman. Donde antes tenía el pie izquierdo, le habían aplicado un vendaje compresivo, pero el pie había desaparecido y la sangre traspasaba ya el vendaje. Tenía desgarrada la mejilla izquierda y ese ojo le sangraba y estaba desplazado en la cuenca. Un par de soldados lo sujetaban mientras un médico intentaba obligarlo a tomar unos comprimidos de morfina, pero el teniente coronel se resistía. Ladeaba la cabeza a un lado y al otro sin parar, con el ojo ileso desorbitado y lleno de terror. Lo posó en Pil.

—¡Duele! —chilló. No quedaba en él nada del autoritario (pero a veces gracioso) teniente coronel de antes. Todo eso lo había engullido el dolor—. ¡Cómo duele! ¡Joder, Dios, joder, cómo *duele*!

—El helicóptero de evacuación está en camino —dijo uno de los médicos—. Cálmese. Tómese esto. Se sentirá mej...

Jamieson alzó una mano ensangrentada y apartó las pastillas de un golpe. Johnny Capps fue a por ellas y las recogió.

—¡Duele! ¡Dueeele! ¡DUEEELE!

Pil se arrodilló junto al camastro.

—Escúcheme, señor. Tengo una cura para el dolor, mejor que la morfi.

El ojo que le quedaba a Jamieson se dirigió hacia Pil, pero dudo que viera algo.

—¿Briggs? ¿Es usted?

—Sí, señor, oficial médico Briggs. Tiene que cantar.

—¡Esto duele mucho!

—Tiene que cantar. Así se evita el dolor.

—Es verdad, señor —dijo Taco, aunque me lanzó una mirada con la que decía: «¿Qué coño?».

—Vamos allá —dijo Pil. Empezó a cantar. Tenía buena voz—. Si hoy al bosque vas... ahora usted.

—¡Duele!

Pil lo sujetó por el hombro derecho. El otro lado de la camisa de Jamieson estaba hecho jirones y la sangre traspasaba la tela.

—Cante y se sentirá mejor. Se lo garantizo. Lo repetiré. Si hoy al bosque vas...

—Si hoy al bosque vas —entonó con voz quebrada el teniente coronel. Luego—: ¿«El picnic de los ositos de peluche»? Pero qué gilipollez es esta, usted se está cachondeando de...

—No, cántelo. —Pildorero miró alrededor—. Que alguien me ayude. ¿Quién se sabe la letra de la puta canción?

Dio la casualidad de que yo la sabía, porque mi madre se la cantaba a mi hermana cuando era pequeña. Una y otra vez hasta que Cathy se dormía.

Yo cantaba de puta pena, pero canté.

—Si hoy al bosque vas, una gran sorpresa te llevarás. Si hoy al bosque vas...

—Mejor que te pongas un disfraz —completó Jamieson. Aún tenía la voz quebrada.

—Joder, y tanto que es mejor —dijo Pil. Luego siguió cantando—: Pues todos los ositos del mundo allí se reunirán...

El hombre de la cabeza vendada se sumó. Tenía una magnífica y potente voz de barítono.

—¡Porque hoy los ositos de peluche celebran su piiic-nic!

—Adelante, teniente coronel —dijo Pil, todavía arrodillado junto a él—. Porque hoy los ositos...

—¡Los ositos de peluche celebran su piiic-nic! —Jamieson repitió casi todo el verso sin la menor melodía, pero sí entonó la primera sílaba de «picnic» tal como la había cantado el hombre de la cabeza vendada, alargándola, y Johnny Capps aprovechó la ocasión para echarle los comprimidos de morfina a la boca, bombas fuera.

Pil volvió la cabeza para mirar al resto de los Nueve Ases. Parecía el puto líder de una banda de música animando al público a participar.

—Si hoy al bosque vas... ¡vamos, *todos juntos*!

Así que los Nueve Ases cantaron la primera estrofa de «El picnic de los ositos de peluche» al teniente coronel Jamieson, en su mayoría solo simulándolo hasta aproximadamente la tercera vez. Para entonces ya se sabían la letra. Los dos heridos sumaron sus voces. Los médicos sumaron sus voces. A la cuarta repetición, Jamieson la cantó entera con la cara bañada en sudor. La gente corría hacia la carpa para ver qué sucedía.

—Me duele menos —dijo Jamieson con la voz ahogada.

—Está haciéndole efecto la morfina —afirmó Albie Stark.

—No es eso —dijo Jamieson—. Otra vez. Por favor. Otra vez.

—Una vez más —dijo Pil—, y cantad con un poco de sentimiento. Es un picnic, no un puto funeral.

Así que cantamos: «Si hoy al bosque vas, una gran sorpresa te llevarás».

Los marines que habían acudido a ver qué ocurría también participaron. Para cuando Jamieson perdió el conocimiento, debíamos de ser unos cincuenta los que entonábamos la puta cancioncilla a pleno pulmón, y no oímos el Black Hawk que descendía para llevarse al teniente coronel Jamieson hasta que estaba prácticamente encima de nosotros, levantando polvareda. Nunca lo he olvidado.

—¿Qué haces?

Billy, sobresaltado, sale de su ensoñación y mira alrededor. Ve a Alice Maxwell de pie en la puerta del cuarto de baño. Los hematomas contrastan con la piel blanca. Tiene el ojo izquierdo medio cerrado a causa de la hinchazón, y le recuerda al teniente coronel, tendido en aquella calurosa carpa donde los ventiladores no servían de una mierda ni a máxima velocidad. Lleva el cabello revuelto.

—Nada. Paso el rato con un videojuego. —Pulsa «Guardar», apaga el ordenador y cierra la tapa.

—Eso era mucho teclear para un videojuego.

—¿Te apetece comer algo?

Ella se lo piensa.

—¿Hay sopa? Tengo hambre, pero no quiero masticar demasiado. Me parece que me he mordido la mejilla por dentro. Debíó de ser mientras estaba inconsciente, porque no lo recuerdo.

—¿De tomate o caldo de pollo con fideos?

—Caldo de pollo, por favor.

Es una buena decisión, porque tiene en la despensa dos latas de caldo de pollo con fideos y solo una de tomate. Calienta la sopa y la sirve en sendos cuencos. Ella repite, «¿y podría tomar una rebanada de pan con mantequilla?». La moja en el caldo de pollo, y cuando ve que Billy la mira por encima de su cuenco vacío, responde con una sonrisa de culpabilidad.

—Cuando tengo hambre, como como un cerdo. Mi madre siempre lo decía.

—Ella no está aquí.

—Gracias a Dios. Diría que estoy loca. Probablemente estoy loca. Me dijo que me metería en líos si me marchaba. Y tenía razón. Primero salgo con un violador, ahora estoy en casa de un...

—Adelante, puedes decirlo.

Pero no lo dice.

—Ella quería que me quedara en Kingston y fuera a la academia de peluquería, como mi hermana. Gerry gana un buen dinero, y decía que también yo podía.

—¿Por qué decidiste venir aquí a estudiar gestión administrativa? Eso no lo entiendo.

—Era el sitio más barato relativamente bueno. ¿Has terminado?

—Sí.

Alice lleva los cuencos y las cucharas al fregadero, y se tira pudorosamente de la camiseta para apartársela del trasero en cuanto tiene las manos libres. Por su manera de andar, Billy deduce que aún le duele bastante. Piensa que debería animarla a cantar la primera estrofa de «El picnic de los ositos de peluche». O podrían cantarla juntos, a dúo.

—¿Por qué sonríes?

—Por nada.

—Es por la pinta que tengo, ¿no? ¿De boxeador después de un combate?

—No, es por una cosa que he recordado de cuando servía en el ejército. Puede que tu ropa ya se haya secado.

—Es posible. —Sin embargo, vuelve a sentarse tal como está—. ¿Te pagó alguien por matar a ese hombre? Sí, ¿verdad?

Billy piensa en el medio millón —menos el dinero para ir tirando— que está a salvo en un banco de un paraíso fiscal. Luego piensa en el millón y medio que no le han pagado.

—Es complicado.

Alice esboza una sonrisa: labios apretados, sin enseñar los dientes.

—¿Qué no lo es?

11

Alice salta de canal en canal en la televisión por cable, de manera ascendente. Se detiene un momento en TCM, donde Fred Astaire baila con Ginger Rogers, y luego sigue adelante. Ve durante un rato un publrreportaje sobre productos de belleza y luego apaga el televisor.

—¿Y tú qué estás haciendo? —pregunta.

Esperar, piensa Billy. No tiene nada más que *hacer*. No puede trabajar en su relato con ella en el salón. Se sentiría observado, y además ella querría saber qué escribía. Piensa que, de todos los sucesos extraños de su vida —han sido unos cuantos—, puede que este momento en Pearson Street sea el más extraño.

—¿Qué hay en la parte de atrás?

—Un jardín pequeño, más allá una zanja de desagüe y unos cuantos árboles dispersos que crecen alrededor, y más allá unos cuantos edificios que podrían ser almacenes. Quizá de cuando los trenes aún paraban aquí. — Señala la ventana periscopio, ahora con la cortina corrida. Vuelve a llover a cántaros y fuera no hay nada que ver—. Ahora los cobertizos están abandonados, creo.

Ella suspira.

—Debe de ser el barrio más muerto de la ciudad.

Billy se plantea decirle que «muerto», igual que «único», son términos absolutos que, por naturaleza, no admiten superlativo. Se abstiene porque

ella está en lo cierto.

Alice mantiene la mirada fija en el televisor apagado.

—Imagino que no tendrás Netflix.

En realidad Billy sí tiene, en uno de los ordenadores baratos, pero de pronto cae en la cuenta de que hay algo mejor.

—Los Jensen tienen. Los vecinos de arriba, ¿sabes? Y hay palomitas de maíz, a no ser que se las comieran todas. Las compré yo mismo.

—Déjame ver si se ha secado la falda.

Entra en el cuarto de baño y cierra la puerta. Billy oye que corre el pestillo, lo que indica que él no ha superado aún el período de prueba. Cuando sale, lleva puesta la falda vaquera y la camiseta de Black Keys. Suben al piso de arriba. Mientras Billy averigua cómo encontrar Netflix en el televisor de los Jensen, que es cuatro veces más grande que el que Billy tiene abajo, Alice observa el jardín trasero desde la ventana del dormitorio.

—Hay una barbacoa —dice al volver—. Está al descubierto y en medio de un charco. El jardín entero es un charco.

Billy le entrega el mando a distancia. Alice estudia las opciones durante unos minutos y por fin pregunta a Billy si le gusta *The Blacklist*.

—No la he visto.

—Entonces empezaremos por el principio.

La premisa de la serie es absurda, pero Billy entra en ella porque el personaje principal, Red Reddington, es divertido y tiene recursos. Siempre va un paso por delante, como desearía ir Billy. Ven tres episodios mientras fuera cae una lluvia torrencial. Billy prepara palomitas de maíz en el microondas de los Jensen, y los dos se dan un atracón. Alice lava el bol y lo deja en el escurridor.

—Si veo más, acabaré con dolor de cabeza —dice—. Tú puedes seguir si quieres. Me parece que me vuelvo abajo.

Con despreocupación. Sin darle importancia. Como si fuéramos compañeros de piso que comparten un dúplex, piensa Billy. Podríamos ser personajes de una telecomedia. *La pareja existencial*. Él responde que también ha tenido suficiente por el momento, aunque piensa que no le importaría volver a por más Red en otra ocasión.

Cierra con llave el piso de los Jensen y vuelven al de Billy. Después de las palomitas, ninguno de los dos quiere cenar. Ven las noticias y toman solo vasos de pudín.

—Comida basura a mogollón —comenta Alice—. Mi madre...

—No empieces —la interrumpe Billy.

El asesinato de Joel Allen ya no es la noticia principal. Se ha producido una explosión de gas en Senatobia, en Mississippi, al otro lado de la línea divisoria, tres muertos y dos heridos graves. Además, la autopista al oeste de Red Bluff está cortada temporalmente debido a una inundación.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte aquí? —pregunta Alice.

El propio Billy ha estado dando vueltas a eso. Si la gente que lo busca —la poli local, el FBI, posiblemente los rufianes de Nick— cree que se ha escondido en la ciudad, puede que piensen que permanecerá oculto cinco o seis días, quizá una semana. En ese caso, intensificarán la vigilancia mañana. Debe quedarse en Pearson Street el tiempo suficiente para inducirlos a creer que en realidad sí se escabulló justo después del asesinato. Si Alice no complica las cosas dándose a la fuga, claro está.

—Cuatro días más. Tal vez cinco. ¿Te viene bien así, Alice? —¿Es la primera vez que la llama por su nombre? No se acuerda.

—He visto lo que costaba esa pastilla —responde ella—. Si me quedo, ¿estaremos en paz?

Podría estar fingiendo, pero Billy no lo cree. Tiene que lamerse las heridas y ha decidido que él no es peligroso. Al menos no para ella. Aunque

sí se ha encerrado en el cuarto de baño para vestirse, así que aún siente cierta desconfianza. Si él tratara de convencerse de lo contrario, estaría engañándose.

—Sí —dice Billy—. Estaremos en paz.

12

Tienen su primera pelea a las diez y media de esa noche. Es por quién va a dormir en la cama y quién va a dormir en el sofá. Billy insiste en que ella ocupe la cama, dice que a él ya le va bien el sofá.

—Eso es sexista.

—¿Dormir en el sofá es sexista? ¿Es broma?

—Ser un hombre caballeroso es sexista. Eres demasiado alto para el sofá. Te colgarán los pies hasta el suelo.

—Los apoyaré aquí. —Da unas palmadas en el brazo del sofá.

—Entonces no te correrá la sangre por las piernas y se te dormirán.

—Fuiste... —Billy titubea en busca de la palabra exacta—. Fuiste agredida. Necesitas descansar. Necesitas *dormir*.

—Quieres el sofá porque crees que si me quedo aquí fuera, en el salón, me escaparé. Cosa que no voy a hacer. Tenemos un trato.

Sí, piensa Billy, y si ella lo cumple, tendremos que hablar de cómo responderá a las preguntas que le hagan cuando me vaya. Se pregunta si Alice sabe qué es el síndrome de Estocolmo. Si no lo sabe, tendrá que explicárselo.

—Lanzaremos una moneda. —Billy se saca veinticinco centavos del bolsillo.

Alice tiende la mano.

—La lanzo yo. No me fio de ti, eres un criminal.

Billy se ríe. Ella no, pero al menos sonrío un poco. Billy piensa que sería una sonrisa magnífica si se relajara.

Le entrega la moneda. Alice le indica que diga qué quiere cuando la moneda esté en el aire y a continuación la lanza con ademán experto. Él pide cruz (siempre pide cruz, lo aprendió de Taco) y sale cruz.

—Te quedas con la cama —dice Billy, y ella no discute. En realidad, parece sentir alivio. Aún camina con mucho cuidado.

Alice cierra la puerta del dormitorio. La luz que sale por la ranura de debajo se apaga. Billy se descalza, se quita el pantalón y la camiseta, y se acuesta en el sofá. Alarga el brazo hacia atrás y apaga la lámpara.

En voz muy baja, desde la habitación, Alice dice:

—Buenas noches.

—Buenas noches —contesta él—, Alice.

Billy está otra vez en Faluya, y el zapato de bebé ha desaparecido.

Pil, Taco, Albie Stark y él se encuentran detrás de un taxi volcado; el resto de los Nueve, detrás de una furgoneta de reparto de pan quemada. Albie yace con la cabeza en el regazo de Taco mientras Pil intenta remendarlo, lo cual es una puta broma, porque no podrían remendarlo ni todos los médicos de la Clínica Mayo juntos. El regazo de Tac es un charco de sangre.

«No es nada, solo me ha rozado», dijo Albie cuando, sorprendidos por los hajis en una emboscada, se agacharon los cuatro detrás del Corolla volcado. Se apretaba un lado del cuello con la mano, pero sonreía. De pronto empezó a respirar con dificultad y la sangre le manó a borbotones entre los dedos.

Una intensa lluvia de fuego cae sobre ellos desde una casa a dos puertas de la esquina, los muyíes disparan desde las ventanas de la planta superior y la azotea, y las balas repican en el chasis del taxi. Tac ha solicitado apoyo aéreo y grita a los que están detrás de la furgoneta de reparto de pan que hay un helicóptero en camino, un par de misiles Hellfire harán callar a esos capullos, en dos minutos, tal vez cuatro, y Pil, de rodillas, con el culo polvoriento en alto, aprieta el cuello de Albie con las manos, pero el

burdeos sigue manando, un nuevo chorro con cada latido de su corazón, y Billy ve la verdad en los ojos desorbitados de Taco.

George, Nabo, Johnny, Pie Grande y Klew devuelven el fuego desde detrás de la furgoneta porque ven que los tipos apostados en la azotea casi disponen del ángulo necesario para alcanzar a Billy y a los otros situados detrás del taxi; es una protección exigua y una geometría letal. Quizá puedan resistir hasta que llegue el Cobra con los Hellfire, quizá no.

Billy busca alrededor el zapato de bebé, pensando que podría haberlo perdido hace solo un momento, pensando que podría estar cerca, pensando que si logra recuperarlo, todo se arreglará por arte de magia, será como cantar «El picnic de los ositos de peluche», pero el zapato no está cerca, y él sabe que no está cerca, pero si lo busca, no tiene que mirar a Albie, que ahora exhala sus últimos alientos e intenta absorber todo el mundo posible antes de abandonarlo, y Billy se pregunta qué está viendo y qué verá cuando pase al otro lado, puertas nacaradas y orillas doradas o solo la nada negra, y desde detrás de la furgoneta Johnny Capps grita: «¡Dejadlo, dejadlo, dejadlo y volved aquí!», pero ellos no lo dejarán, porque eso no se hace, no se deja a nadie atrás, esa era la puta regla más importante del sargento de instrucción Uppington, y el zapato no está aquí, el zapato no está en ningún sitio, lo ha perdido y con él se les ha escapado la suerte, y Albie se va, casi se ha ido, con esos estertores horribles, y Billy tiene un agujero en la bota y se da cuenta de que sangra, le han herido en el puto pi...

Billy se incorpora tan deprisa que casi se cae del sofá. Está en Pearson Street, no en Faluya, y no es Albie quien tiene la respiración entrecortada.

Corre al dormitorio y encuentra a Alice sentada en la cama, agarrándose el cuello con una mano. Presenta un siniestro parecido con Albie cuando este, al principio, pensaba que la bala solo lo había rozado. Sus ojos, muy abiertos, rebosan pánico.

—¡Toa... —silbido—, lla! —Silbido.

Billy entra en el cuarto de baño y coge una. La moja sin esperar a que el agua salga caliente, vuelve y se la coloca sobre la cara, alegrándose de taparle los ojos, tan abiertos que parecen a punto de salirse de las órbitas y quedar colgando sobre las mejillas.

Alice sigue respirando con dificultad.

Billy le canta el primer verso de «El picnic de los ositos de peluche».

Dos silbidos consecutivos son su respuesta.

—¡Repíte conmigo, Alice! ¡Canta! ¡Te despejará! Si hoy al bosque vas...

—Si hoy... al bosque... vas... —Aspira cada una o dos palabras.

—... una gran sorpresa te llevarás.

Debajo de la toalla, Alice mueve la cabeza en un gesto de negación. Billy la agarra por el hombro, el hombro magullado; sabe que le hace daño, pero la agarra de todos modos. Cualquier cosa que le permita llegar a ella.

—De un tirón: una gran sorpresa te llevarás.

—Una gran sorpresa te llevarás... —Silbido.

—No es perfecto, pero no está mal. Ahora los dos versos juntos, y ponle un poco de sentimiento. Si hoy al bosque vas, una gran sorpresa te llevarás. Conmigo. A dúo.

Alice lo repite con él, su mitad del dúo ahogada por la toalla húmeda, donde aparece una sombra con forma de boca cada vez que toma aire.

Billy se sienta al lado de Alice cuando por fin empieza a respirar de manera acompasada. Le rodea los hombros con el brazo.

—Ya estás bien. Ya ha pasado.

Alice se quita la toalla de la cara. Unos rizos mojados de cabello oscuro se le quedan adheridos a la frente.

—¿Qué canción es esa?

—«El picnic de los ositos de peluche.»

—¿Siempre da resultado?

—Sí. —A menos, claro, que te hayan volado media garganta de un tiro.

—Me conviene tenerla en el teléfono. —De pronto se acuerda—. Mierda, me ha desaparecido el teléfono.

—La anotaré en uno de los portátiles —dice Billy, y señala hacia el salón.

—¿Por qué tienes tantos? ¿Para qué son?

—Verosimilitud. Significa...

—Ya sé lo que significa. Parte del disfraz. Como la peluca y la barriga postiza. —Se aparta los rizos húmedos de la frente con el pulpejo de la mano—. He soñado que estaba estrangulándome. Tripp. Pensaba que iba a matarme. Decía «Bájate las bragas» con una voz rara, gutural, distinta de la suya normal. Entonces me he despertado...

—... y no podías respirar.

Ella asiente.

—¿Has visto una película que se titula *Defensa*? ¿De unos tíos que van en canoa?

Alice lo mira como si se hubiera vuelto loco.

—No. ¿Qué tiene que ver la velocidad con el tocino?

—Hay una escena de la película en la que dicen algo parecido a «Bájate las bragas». —Billy, con mucha delicadeza, le toca las marcas a un lado del

cuello—. Ese sueño es un recuerdo recuperado. Posiblemente es lo último que oíste antes de perder el conocimiento del todo, no solo por lo que te echó en la bebida, sino porque te asfixió. Tienes suerte de que no te matara. Supongo que no habría sido adrede, pero habrías acabado muerta igualmente.

—Si hoy al bosque vas, una gran sorpresa te llevarás. Vale, ¿cómo sigue?

—No recuerdo toda la canción, pero la primera estrofa dice así: Si hoy al bosque vas, una gran sorpresa te llevarás. Si hoy al bosque vas, mejor que te pongas un disfraz. ¿Tu madre nunca te la cantó?

—Mi madre no cantaba. Tú tienes buena voz.

—Si tú lo dices.

Se quedan los dos juntos durante un rato. Alice vuelve a respirar con normalidad, y ahora que ha pasado la crisis, Billy cae en la cuenta de que ella no lleva más que la camiseta de Black Keys (que por alguna razón no se vomitó) y él va en calzoncillos. Se pone en pie.

—Vas a estar bien.

—No te vayas. Todavía no.

Billy se sienta de nuevo. Ella se corre para dejarle sitio. Billy se tiende a su lado, al principio tenso, con el brazo bajo la cabeza a modo de almohada improvisada.

—Cuéntame por qué mataste a ese tío. —Un silencio—. Por favor.

—No es precisamente un cuento para dormir.

—Quiero saberlo. Entenderlo. Porque no pareces mala persona.

Siempre me he dicho a mí mismo que no lo soy, piensa Billy, pero desde luego, tras los acontecimientos recientes, está en tela de juicio. Lanza una ojeada de culpabilidad a Dave el Flamenco, en la mesita de noche.

—Lo que digamos aquí quedará entre nosotros —dice ella, y le dirige una sonrisa vacilante.

Como cuento para dormir es una mierda, pero se lo cuenta, empezando por el momento en que Frank Macintosh y Paul Logan fueron a recogerlo al hotel. Se plantea cambiar los nombres (como hizo inicialmente en el relato que ha estado escribiendo) y al final decide que no tiene mucho sentido. Ella conoce a Ken Hoff por las noticias, igual que a Giorgio. Hace una excepción: Nick Majarian se convierte en Benjy Compson. Saber su nombre podría ponerla en peligro en el futuro.

Pensaba que tal vez contarle todo en voz alta le serviría para aclarar las cosas en su cabeza. No ha sido así, pero ella vuelve a respirar de forma acompasada. Está tranquila. Al menos el cuento ha servido para eso. Después de reflexionar un momento, dice:

—Ese Benjy Compson te contrató a ti, pero ¿quién lo contrató a él?

—No lo sé.

—¿Y por qué implicar a ese otro tío, a Hoff? ¿No podría haberte encontrado un arma uno de esos gángsters? ¿Sin que lo descubrieran?

—Porque Hoff es el dueño del edificio, supongo. El sitio desde donde disparé. Mejor dicho, lo era.

—El edificio donde tuviste que esperar una eternidad. Empotrado, como si dijéramos.

Empotrado, piensa Billy. Sí. Como los periodistas que iban y venían en Irak, poniéndose chalecos antibalas y cascos que se quitaban una vez que entregaban sus reportajes y podían volver a casa.

—No fue tanto tiempo.

—Aun así, parece muy complicado.

También a Billy se lo parece.

—Creo que ya puedo volver a dormirme. —Sin mirarlo, añade—: Quédate si quieres.

Billy, consciente de que su cuerpo podría traicionarlo de cintura para abajo, dice que será mejor que se vaya al sofá. Es posible que Alice lo entienda, porque lo mira y asiente con la cabeza; después se vuelve de costado y cierra los ojos.

3

Por la mañana, Alice anuncia que casi se les ha terminado la leche y que los Cheerios a palo seco no están buenos. Como si yo no lo supiera, piensa Billy. Sugiere huevos, y ella dice que solo queda uno.

—No entiendo por qué compraste solo media docena.

Porque no esperaba compañía, piensa Billy.

—Ya sé que no esperabas tener otra boca que alimentar —dice Alice.

—Iré a Zoney's. Allí tendrán leche y huevos.

—Si fueras al Harps de Pine Plaza, podrías comprar unas chuletas de cerdo o algo así. Podríamos asarlas en la barbacoa de atrás si para de llover en algún momento. Y ensalada, de esa que viene en bolsa. No está muy lejos.

Lo primero que piensa Billy es que intenta deshacerse de él para poder fugarse. Luego observa los hematomas amarillentos de su mejilla y su frente, la nariz hinchada que justo empieza a desinflamarse, y piensa no, todo lo contrario. Se está instalando. Tiene intención de quedarse. Al menos de momento.

Visto desde fuera, cabría pensar que es una locura, pero aquí dentro tiene sentido. Podría haber muerto en la alcantarilla de no ser por Billy, y

este no ha dado señal alguna de querer violarla también. Al contrario, fue a comprarle el anticonceptivo de emergencia por si uno de aquellos gilipollas la había dejado embarazada. Además, Billy tiene que pensar en el Ford Fusion de alquiler. Está esperándolo en la otra punta de la ciudad. Ha llegado el momento de traerlo para poder marcharse a Nevada en cuanto considere que no hay peligro.

Aparte, Alice le cae bien. Le gusta la forma en que se está recuperando. Ha tenido un par de ataques de pánico, sí, pero ¿quién no los tendría después de que te droguen y violen en grupo? No ha hablado de reanudar los estudios, no ha mencionado a amigos o conocidos que pudieran estar intranquilos por ella y no ha mostrado la menor preocupación por llamar a su madre (o tal vez a su hermana, la peluquera). Piensa que Alice se encuentra en una especie de paréntesis. Ha puesto su vida en pausa mientras trata de decidir cuál debe ser el siguiente paso. Billy no es psiquiatra, pero tiene la impresión de que en realidad eso también puede ser saludable.

Qué cabrones, piensa Billy, y no por primera vez. Violar a una chica inconsciente, los gilipollas. ¿Quién hace una cosa así?

—Vale, comida. Te quedarás aquí, ¿verdad?

—Verdad. —Como si fuera la conclusión inevitable—. Voy a tomarme los cereales con lo que queda de leche. Tú puedes comerte el huevo. —Lo mira con expresión de incertidumbre—. Si te parece bien. Si no, podemos hacerlo al revés. Al fin y al cabo, son tus provisiones.

—Me parece bien. ¿Me ayudarás otra vez con la barriga después del desayuno?

Alice se ríe. Es la primera vez.

Mientras comen, Billy le pregunta si sabe qué es el síndrome de Estocolmo. Alice no lo sabe, así que se lo explica.

—Si la policía me localiza y me detiene, vendrán aquí. Diles que tenías miedo de marcharte.

—Lo tengo —dice Alice—, pero no porque te tenga miedo a ti. No quiero que la gente me vea así. No quiero que la gente me vea en absoluto, al menos durante un tiempo. Además, no te detendrán. Con todo eso puesto, estás muy distinto. —Alza un dedo en un gesto de advertencia—. *Pero*.

—Pero ¿qué?

—Necesitas un paraguas, porque bajo la lluvia una peluca siempre parece una peluca. El agua queda en forma de gotitas. El pelo real simplemente se moja y se aplana, como si dijéramos.

—No tengo paraguas.

—Hay uno en el armario de los Jensen. Al lado de la puerta, nada más entrar.

—¿Cuándo miraste en el armario?

—Mientras preparabas las palomitas. A las mujeres les gusta ver qué tienen otras personas. —Lo mira por encima de la mesa de la cocina, ella con sus Cheerios, él con su huevo—. ¿De verdad no lo sabías?

El paraguas no solo le protege la peluca rubia de la lluvia, sino que además le cubre la cara, con lo que, al salir de la casa y encaminarse hacia la parada de autobús más cercana, no se siente tanto como un bicho en el portaobjetos de un microscopio. Entiende perfectamente cómo se siente Alice, porque él

se siente igual. Ir a la farmacia fue estresante, pero esto es peor, porque debe desplazarse más lejos. Podría ir andando hasta Pine Plaza, porque está relativamente cerca y la lluvia ha vuelto a aflojar, pero no puede cruzar toda la ciudad a pie. Y hay otra cuestión: cuanto más se acerca el momento de abandonar la ciudad, más teme que lo capturen antes de marcharse.

Más que la poli o los hombres de Nick, le preocupa encontrarse con alguien de su anterior vida como David Lockridge. Se imagina que está en Harps, con su pequeña cesta de la compra en el brazo, y de pronto, al doblar una esquina, se tropieza con Paul Ragland o Pete Fazio. Tal vez ellos no lo reconocerían, pero una mujer sí. Por mucho que Alice diga que se lo ve distinto con la peluca y la barriga postiza, Phil lo reconocería. Corinne Ackerman lo reconocería. Hasta Jane Kellogg lo reconocería incluso. No le cabe la menor duda. Sabe que ese encuentro es estadísticamente improbable, pero son cosas que pasan a todas horas. El caminar termina con el encuentro de los enamorados, como bien sabe todo hijo de hombre sensato.

Antes de salir ha consultado en internet los horarios del autobús y espera el número 3 en Rampart Street, de pie bajo la marquesina de la parada en compañía de otras tres personas, con el paraguas plegado porque dejarlo abierto habría quedado raro. Nadie lo mira. Todos están pendientes del móvil.

Pasa por un momento tenso en el parking cuando el Fusion no arranca; enseguida recuerda que debe mantener el pie en el pedal de freno. Obvio, piensa.

Va en coche a Pine Plaza. Por un lado, disfruta de la sensación de estar al volante; por otro, sucumbe a la paranoia ante la posibilidad de chocar con otro vehículo o atraer de alguna otra manera la atención de la policía (se cruza con dos coches patrulla en el trayecto de cinco kilómetros). En Harps,

compra carne, leche, huevos, pan, galletas saladas, una bolsa de ensalada, aliño y unas cuantas latas. No se encuentra con nadie conocido, y en realidad ¿por qué habría de encontrarse con alguien? Evergreen Street está en Midwood, y los vecinos de Midwood compran en Save Mart.

Paga con la Mastercard de Dalton Smith y regresa en coche a Pearson Street. Aparca en el deteriorado camino de acceso junto a la casa y baja por las escaleras con la compra. El apartamento está vacío. Alice se ha ido.

6

Ha comprado un par de bolsas de tela para cargar la comida —llevan estampado HARPS y ALIMENTOS FRESCOS Y DE PROXIMIDAD— que casi arrastran por el suelo mientras contempla el salón y la cocina vacíos. La puerta del dormitorio está abierta, y ve que tampoco ahí hay nadie, pero la llama de todos modos, pensando que podría haber entrado en el cuarto de baño. Solo que también esa puerta está abierta, y ella, incluso en ausencia de Billy, la habría cerrado si estuviera dentro. Él lo sabe.

Lo que siente no es miedo exactamente. Es más bien... ¿qué? ¿Pena? ¿Decepción?

Supongo que sí, piensa. Es una estupidez, pero ahí está. Ella ha reconsiderado sus opciones, así de sencillo. Sabías que podía ocurrir. O deberías haberlo sabido.

Entra en la cocina, deja las bolsas en la encimera, ve los platos del desayuno en el escurridor. Se sienta a pensar qué hacer a continuación y ve una servilleta de papel sujeta por el azucarero. Alice ha escrito dos palabras: ESTOY ATRÁS.

Vale, piensa, y deja escapar un largo suspiro. Solo está atrás.

Después de guardar lo que va en la nevera, sale y rodea la casa, una vez más con el paraguas. Alice ha sacado la barbacoa del charco y está restregando la parrilla, de espaldas a él. Debe de haber hecho una nueva incursión en el armario delantero de los Jensen, porque el chubasquero verde que lleva puesto tiene que ser de Don. Le llega hasta las pantorrillas.

—¿Alice?

Ella suelta un chillido y da un brinco, con lo que casi vuelca la barbacoa. Billy alarga el brazo hacia Alice para evitar que se caiga.

—¡Vaya susto me has pegado! —protesta ella, y toma una bocanada de aire con un silbido.

—Perdona. No era mi intención sobresaltarte.

—Pues... —silbido—, eso has hecho.

—Canta el primer verso de «El picnic de los ositos de peluche» —bromea, pero solo hasta cierto punto.

—No... —silbido—, me acuerdo.

—Si hoy al bosque vas... —Billy levanta las manos y mueve los dedos para animarla a seguir.

—Si hoy al bosque vas, una gran sorpresa te llevarás —canta Alice. Luego pregunta—: ¿Has traído algo?

—Sí.

—¿Chuletas de cerdo?

—Sí. Al principio he pensado que te habías ido.

—Pues no. Todavía. No habrás comprado estropajos, ¿verdad? Porque este es el último de los vecinos, y está bastante gastado.

—Los estropajos no estaban en la lista. No sabía que iba a darte por limpiar bajo la lluvia.

Alice cierra la tapa de la barbacoa y lo mira con expresión ilusionada.

—¿Quieres ver un poco más de *The Blacklist*?

—Sí —contesta él, y eso hacen. Otros tres episodios.

Entre el segundo y el tercero, Alice se acerca a la ventana y anuncia:

—Está parando. Casi ha salido el sol. Me parece que esta noche podemos hacer barbacoa. ¿Te has acordado de la ensalada?

Esto va a salir bien, piensa Billy. No debería, es un disparate, pero va a salir bien tanto tiempo como sea necesario.

7

Esa tarde sale el sol, aunque lentamente, como si en realidad no quisiera. Alice asa las chuletas, y si bien están un poco quemadas por fuera y un poco rosadas en el centro («No soy muy buena cocinera, lo siento», se disculpa), Billy se come las suyas y roe el hueso. Le saben bien, pero la ensalada le sabe aún mejor. No se da cuenta de lo mucho que necesitaba unas hortalizas hasta que empieza a comerlas.

Suben para seguir viendo *The Blacklist*, pero Alice, inquieta, se va del sofá al sillón de muelles que debe de ser el asiento preferido de Don Jensen cuando está en casa y luego vuelve al sofá. Billy se recuerda que ella ya ha visto antes todos esos episodios, probablemente con su madre y su hermana. A él mismo empieza a aburrirle un poco la serie ahora que ya ha calado a Red Reddington.

—Deberías dejarles algo de dinero —sugiere Alice cuando apagan el televisor y se disponen a bajar—. Por usar Netflix.

Billy responde que lo hará, aunque supone que Don y Bev, tras embolsarse ese dinero caído del cielo, no necesitan ayuda económica precisamente.

Alice le dice que hoy le toca a él ocupar la cama, y Billy, después de una noche en el sofá, no se resiste. Lo vence el sueño casi de inmediato, pero una parte profunda de su cerebro debe de haber interiorizado ya la necesidad de permanecer alerta por si ella sufre un ataque de pánico, porque a las dos y cuarto se despierta por completo al oír los silbidos de Alice en su esfuerzo por respirar.

Ha dejado la puerta entornada por si ocurría. Alarga el brazo, pero se detiene con la mano en el pomo. Alice está cantando, en voz muy baja.

—Si hoy al bosque vas...

Completa la primera estrofa dos veces. Sus inspiraciones anhelantes son cada vez más espaciadas y al final cesan. Billy regresa a la cama.

8

Ninguno de los dos sabe —nadie sabe— que un virus incontrolable va a paralizar Estados Unidos y la mayor parte del mundo dentro de medio año, pero Billy y Alice, ya en su cuarto día en el apartamento del sótano, experimentan anticipadamente el aislamiento en casa. En esa cuarta mañana, cuando Billy ya ha decidido izar velas rumbo al dorado oeste al día siguiente, está haciendo esprints en la escalera, subiendo hasta la segunda planta y volviendo a bajar. Alice ha recogido el apartamento, cosa que apenas era necesaria porque ninguno de los dos es especialmente desordenado. Hecho eso, se ha dejado caer en el sofá. Cuando Billy entra, sin aliento después de media docena de carreras arriba y abajo, ella está viendo un programa de cocina en televisión.

—Pollo asado —dice él—. Tiene buena pinta.

—¿Por qué vas a hacerlo en casa cuando puedes comprar uno igual de bueno en el supermercado? —Alice apaga la tele—. Ojalá tuviera algo que leer. ¿Podrías descargarme un libro? ¿Quizá una novela policíaca? En uno de los ordenadores baratos, no en el tuyo.

Billy no contesta. Se le ha ocurrido una idea, audaz y un tanto escalofriante.

Alice malinterpreta su expresión.

—No he mirado ni nada, sé que es el tuyo porque el maletín está rayado. Los otros parecen recién estrenados.

Billy no está pensando que ella haya intentado curiosear en su ordenador. En cualquier caso, sería incapaz de ir más allá de la solicitud de contraseña. Está pensando en el M151, el telescopio del observador, y en que no explicó su finalidad porque lo que estaba escribiendo era solo para él. Nadie más iba a leerlo nunca. Solo que ahora sí hay alguien, ¿y qué habría de malo, teniendo en cuenta lo que ya sabe de él?

Pero sí habría algo de malo, por supuesto. El efecto que pudiera tener en él. Si a ella no le gustara. Si dijera que era aburrido y pedía algo más interesante.

—¿Qué te pasa? —pregunta Alice—. ¿Por qué pones esa cara?

—Por nada. O sea... he estado escribiendo una cosa. Una especie de biografía. Imagino que no querrás...

—Sí.

Billy no soporta verla sentada con su Mac Pro en el regazo, leyendo las palabras que él ha escrito aquí y en la Torre Gerard, así que se va al piso de

los Jensen a rociar a Daphne y a Walter. Deja en la mesa de la cocina un billete de veinte junto con una nota que dice «Por Netflix» y luego se limita a deambular por la casa. Más bien a pasearse impaciente de un lado a otro, como un futuro padre durante un parto en unos dibujos animados antiguos. Echa un vistazo al Ruger en el cajón de la mesilla de Don, lo coge, lo deja, cierra el cajón.

Ese nerviosismo es absurdo. Alice está estudiando gestión administrativa, no es crítica literaria. Es probable que en el instituto asistiera sonámbula a las clases de Lengua y Literatura, conformándose con bienes y aprobados, y casi con toda seguridad lo único que sabe de Shakespeare es que el nombre rima con «escupir». Billy es consciente de que está infravalorando su inteligencia para proteger su propio ego por si a ella no le gusta el texto, y es consciente de que es una estupidez, porque su opinión debería traerle sin cuidado, el propio relato debería traerle sin cuidado, tiene cosas más importantes de qué ocuparse. Sin embargo, no le trae sin cuidado.

Finalmente vuelve abajo. Ella sigue leyendo, pero cuando aparta la vista de la pantalla, Billy ve, alarmado, que tiene los ojos enrojecidos y los párpados hinchados.

—¿Qué te pasa?

Ella se limpia la nariz con el pulpejo de la mano, un gesto infantil, curiosamente entrañable.

—¿De verdad le pasó esto a tu hermana? ¿De verdad ese hombre... la *pateó* hasta matarla? ¿No te lo has inventado?

—No. Es lo que pasó. —De pronto el propio Billy siente ganas de llorar y no sabe por qué. No lloró al escribirlo.

—¿Por eso me salvaste? ¿Por ella?

Te salvé porque, si te hubiera dejado en la calle, la poli habría acabado viniendo aquí, piensa. Solo que probablemente no es toda la verdad. ¿Nos decimos alguna vez toda la verdad?

—No lo sé.

—Siento mucho que os pasara una cosa así. —Alice se echa a llorar—. Pensaba que lo que me pasó a mí era malo, pero...

—Lo que te pasó a ti *fue* malo.

—... pero lo que le pasó a ella es peor. ¿De verdad le pegaste un tiro?

—Sí.

—Bien. ¡*Bien!* ¿Y te mandaron a una casa de acogida?

—Sí. Puedes dejar de leer si te altera. —Pero Billy no quiere que lo deje, ni lamenta que la altere. Se alegra. Le ha llegado adentro.

Alice agarra el ordenador como si temiera que fuese a quitárselo.

—Quiero leer el resto. —Casi en tono acusador, añade—: ¿Por qué no has seguido con esto en lugar de subir a ver una serie absurda?

—Me incomodaba.

—Ya. Lo entiendo, eso mismo siento yo ahora, así que no me mires. Déjame leer.

Billy quiere darle las gracias por llorar, pero quedaría raro. Opta, pues, por preguntarle qué talla usa.

—¿Qué *talla*? ¿Por qué?

—Cerca de Harps hay una tienda de segunda mano, de Goodwill. Podría traerte un par de pantalones y unas camisetas. Quizá unas zapatillas. No quieres que te vea leer y yo no quiero verte mientras lees. Y debes de estar harta de esa falda.

Ella le dirige una sonrisa traviesa, que la favorece. O la favorecería de no ser por los hematomas.

—¿No te da miedo salir sin el paraguas?

—Iré en coche. Pero recuerda que, si viene la policía y no yo, tenías miedo de marcharte. Dije que te buscaría y te haría daño.

—Volverás —asegura Alice, y anota la talla y el número de pie.

Billy se lo toma con calma en Goodwill, para darle tiempo también a *ella*. No ve a nadie conocido, y nadie le presta especial atención. Cuando regresa, Alice ha terminado. Lo que él ha tardado meses en escribir, ella lo ha leído en menos de dos horas. Tiene preguntas que hacerle. Ninguna guarda relación con el telescopio del observador; hacen referencia a las personas, especialmente a Ronnie y a Glen y «esa pobre niña tuerta» de la Casa de la Pintura Interminable. Dice que le gusta que haya escrito como un niño cuando era niño pero lo haya cambiado al hacerse mayor. Dice que debería seguir escribiendo. Dice que ella se marchará al piso de arriba cuando él escriba, verá la tele y se echará una siesta.

—Estoy cansada a todas horas. Es absurdo.

—No lo es. Tu cuerpo aún está recuperándose de lo que te hicieron esos cabrones.

Alice se detiene en la puerta.

—¿Dalton? —Así lo llama, pese a que sabe que no es su verdadero nombre—. ¿Murió tu amigo Taco?

—Murió mucha gente antes de que aquello acabara.

—Lo siento —dice, y cierra la puerta al salir.

Escribe. La reacción de Alice le levanta el ánimo. No se extiende mucho en el período de relativa calma entre abril y noviembre de 2004, cuando su misión supuestamente consistía en ganarse los corazones y las voluntades y

no se ganaron ni lo uno ni lo otro. Le dedica unos cuantos párrafos más y pasa a la parte que aún le duele.

Después de la muerte de Albie, los retiraron durante un par de días, porque se hablaba de un alto el fuego, y cuando los Nueve Ases (para entonces los Ocho Ases, todos con el nombre ALBIE S. escrito en el casco) regresaron a la base, Billy buscó el zapato de bebé por todas partes, pensando que podría haberse quedado allí. Los demás también buscaron, pero no apareció, y después volvieron a entrar en la ciudad, volvieron a la tarea de despejar casas, y en las primeras tres no hubo ningún problema: dos estaban vacías y una solo la ocupaba un niño de doce o catorce años que levantó las manos y gritó: «¡Desarmado americanos, desarmado, gustar Yankees de Nueva York no disparar!».

La cuarta era la Casa de la Risa.

Billy se interrumpe en ese punto para hacer ejercicio. Piensa que a lo mejor Alice y él se quedarán en Pearson Street algo más de tiempo, tal vez otros tres días. Hasta que él termine con el episodio de la Casa de la Risa y lo que ocurrió allí. Quiere escribir que la pérdida del zapato de bebé no tuvo incidencia alguna, por supuesto que no. También quiere escribir que su corazón aún se niega a creerlo.

Antes de correr arriba y abajo por las escaleras, hace estiramientos, porque no puede ir a un dispensario si tiene un desgarro del ligamento de la corva. No oye el televisor al otro lado de la puerta de los Jensen, así que es probable que Alice esté dormida. Y recobrándose, espera Billy, aunque duda que una mujer se recobre completamente después de una violación. Una experiencia así deja una cicatriz, y algunos días, supone Billy, esa cicatriz duele. Supone que incluso diez años después —veinte, treinta— todavía duele. Quizá sea así, quizá sea de otra manera. Quizá los únicos

hombres que pueden saberlo con certeza son aquellos que también han sido violados.

Mientras corre por las escaleras, piensa en los hombres que la violaron a ella, porque *son* hombres. Alice dijo que Tripp Donovan tiene veinticuatro años, y Billy imagina que Jack y Hank, los compañeros de violación de Donovan, deben de rondar la misma edad. Hombres, no chicos. Malos.

Regresa sin aliento al apartamento del sótano, pero ha entrado en calor y se siente distendido, listo para ponerse de nuevo manos a la obra durante otra hora o quizá incluso dos. Cuando aún no ha cogido el ritmo, el portátil notifica un mensaje. Es de Bucky Hanson, ahora escondido en el Gran Donde Sea. **No se ha transferido el dinero. No creo que llegue a ocurrir. ¿Qué vas a hacer?**

Ir a buscarlo, responde Billy.

11

Esa noche se sienta junto a Alice en el sofá. Ella tiene buen aspecto con sus pantalones negros y su camiseta a rayas. Cuando Billy apaga el televisor y dice que quiere hablar con ella, parece asustarse.

—¿Es algo malo?

Billy se encoge de hombros.

—Tendrás que decírmelo tú.

Alice lo escucha con atención, fijando en él la mirada con los ojos muy abiertos. Cuando Billy termina, ella dice:

—¿Lo harías?

—Sí. Tienen que pagar por lo que te hicieron, pero no es la única razón. Lo que esa clase de hombres hace una vez, lo repite. Puede que tú ni

siquiera seas la primera.

—Correrías un riesgo. Podría ser peligroso.

Billy piensa en el arma que hay en la mesilla de Don Jensen y dice:

—Probablemente no mucho.

—No puedes matarlos. No es eso lo que quiero. Dime que no los matarás.

A Billy no se le ha pasado siquiera por la cabeza. Tienen que pagar, pero también tienen que aprender, y aquellos a quienes se elimina no extraen ninguna enseñanza.

—No —dice—. No los mataré.

—Y la verdad es que Jack y Hank me traen sin cuidado. No fueron ellos quienes fingieron que yo les gustaba y me convencieron de ir a ese piso.

Billy calla, pero a él Jack y Hank no le traen sin cuidado, en el supuesto de que participaran, y basándose en lo que vio en el cuerpo de ella cuando estaba desnuda, está seguro de que al menos uno de ellos participó. Probablemente los dos.

—Pero Tripp no me trae sin cuidado —dice Alice, y apoya la mano en el brazo de Billy—. Si sufriera, me alegraría. Supongo que eso me convierte en mala persona.

—Te convierte en humana —corrige Billy—. Las malas personas tienen que pagar un precio. Y el precio debería ser alto.

Oíamos fuego intenso de armas pequeñas y explosiones en otras partes de la ciudad, pero, hasta que empezó a salpicar la mierda, nuestra zona del barrio de Al Jolan permaneció relativamente en calma. Despejamos las tres primeras casas de nuestra sección, Manzana Lima, sin problemas. Dos estaban vacías. En la tercera había un niño, desarmado y sin explosivos adosados al cuerpo. Lo obligamos a quitarse la camiseta para asegurarnos. Lo mandamos a la comisaría acompañado de un par de soldados de infantería que iban en esa dirección con sus propios prisioneros. Sabíamos que era probable que el niño volviera a estar en las calles al anochecer, porque la comi era en esencia una puerta giratoria. Tenía suerte de seguir vivo, porque aún estábamos de muy mala uva por haber perdido a Albie Stark. Din-Din de hecho levantó el arma, pero el Gran Klew lo obligó a bajar el cañón y le dijo que dejara al niño en paz.

—La próxima vez que lo veamos, llevará un AK —dijo George—. Tendríamos que matarlos a todos. Putas cucarachas.

La cuarta casa era la más grande de la manzana, toda una finca. Tenía una cúpula en el tejado y un patio con palmeras en el interior para darle sombra. La choza de un baazista rico, sin duda. Circundaba el recinto una tapia de hormigón alta con un mural de unos niños jugando al balón y saltando a la comba y corriendo de acá para allá bajo la mirada de varias mujeres. Probablemente estas los observaban con aprobación, pero costaba saberlo, porque todas iban envueltas en sus abayas. También había un hombre, de pie a un lado. Nuestro terpre, Fareed, dijo que era el *mutaween*. Las mujeres vigilaban a los niños, explicó Fareed, y el *mutaween* vigilaba a las mujeres para asegurarse de que no hacían nada que pudiera incitar a la lujuria.

Fareed era la monda, porque tenía un acento tan cerrado que bien habría podido ser de Traverse City, Michigan. Muchos terpres hablaban como si fueran de Michigan, a saber por qué.

—Ese mural indica que los al'atfal, los chavales, pueden venir a jugar a esta casa.

—Es una casa de la risa, pues —dijo Nabo—. Vienen aquí a divertirse.

—No, dentro de la casa no se permite ninguna forma de diversión —dijo Fareed—. Solo en el jardín.

Nabo alzó la vista al cielo y rio con disimulo, pero nadie se rio abiertamente. Seguíamos pensando en Albie, y en que podría sido cualquiera de nosotros.

—Vamos, tíos —dijo Taco—. A por ellos. —Entregó a Fareed el megáfono, en cuyo costado se leía, escrito con rotulador, BUENOS DÍAS VIETNAM, y le dijo

2

A Billy lo arrancan de Faluya los pasos de Alice, que baja corriendo por las escaleras. Irrumpe en el apartamento, con el pelo ondeando a la espalda.

—¡Viene alguien! ¡Mientras estaba regando las plantas, he visto que entraba el coche en el camino de acceso!

Con solo mirarla a la cara Billy sabe que no debe perder el tiempo preguntándole si está segura. Se pone en pie y se acerca a la ventana periscopio.

—¿Serán ellos? ¿Los Jensen, que vuelven antes de lo previsto? ¡He apagado la tele, pero había tomado café, todavía huele en el piso, y hay un plato en la encimera! ¡Mecachis! ¡Sabrán que alguien ha estado...!

Billy descorre la cortina unos centímetros. Si el otro coche hubiera podido entrar hasta el final, no lo vería, porque el ángulo no lo permite, pero como su Fusion está en el camino de acceso, sí lo ve. Es un todoterreno azul con un arañazo en el costado. Por un momento no sabe dónde lo ha visto antes, pero le viene a la memoria incluso antes de que se apeee el conductor. Es Merton Richter, el agente inmobiliario que le alquiló el piso.

—¿Has cerrado con llave? —Billy señala hacia arriba con el mentón.

Alice niega con la cabeza, con los ojos muy abiertos y expresión de miedo, pero quizá no sea un problema. Podría no serlo incluso si Richter, al no recibir respuesta, abre y echa un vistazo dentro. Al fin y al cabo, los Jensen le pidieron que regara las plantas. Pero tal vez entre ahí, y Billy no lleva la peluca, ni, por supuesto, la barriga postiza. Viste su pantalón corto de deporte y una camiseta.

La puerta de la calle se abre y oyen entrar a Richter. Han limpiado el vómito, pero ¿percibirá el olor? No tuvieron la cautela de dejar abierto para ventilar el vestíbulo.

Billy preferiría esperar para ver si Richter sube a casa de los Jensen, pero sabe que no puede permitírselo.

—Enciende los ordenadores. —Abarca con un amplio gesto de la mano los AllTech. Y, maldita sea, Richter *no* sube, baja—. Eres mi sobrina.

No tiene tiempo para más. Baja la tapa del Mac Pro, corre hacia el dormitorio y cierra la puerta. Mientras se dirige al cuarto de baño, tras cuya puerta cuelga la barriga postiza, oye que llama Richter. Alice tendrá que abrir, porque el agente inmobiliario, después de ver el Fusion en el camino de acceso, sabrá que hay alguien en casa. Cuando abra, verá a una joven a quien Billy dobla la edad, magullada y aún sonrojada después de la carrera escaleras abajo. Solo que no es la clase de ejercicio que primero acudirá a la mente de Richter. Pinta mal.

Billy se coloca la barriga en la espalda para poder ajustar la correa, pero se le resbala la hebilla y la barriga cae al suelo. La recoge y lo intenta de nuevo. Esta vez consigue abrochársela, aunque se la ciñe demasiado y no puede desplazarse la barriga hacia la parte delantera ni aun encogiendo el abdomen. Cuando afloja la correa, el puto artilugio vuelve a caerse. Billy se golpea la cabeza con el lavabo, coge el accesorio, se obliga a serenarse y abrocha la correa. Hace girar la barriga para ponérsela en su sitio.

Al salir al dormitorio, oye el murmullo de voces. Alice deja escapar una risita, que parece fruto del nerviosismo más que verdaderas ganas de reír. Joder, joder, *joder*.

Se pone unos chinos a tirones y luego la sudadera, porque es más rápido que una camisa y también porque Alice tenía razón: los gordos creen que con ropa holgada se los ve menos gordos. La peluca rubia está en la cómoda. La coge y se la encasqueta sobre el cabello negro. En el salón, Alice vuelve a reír. Billy se recuerda que no debe llamarla por su nombre, ya que tal vez ella haya dado uno falso al visitante.

Respira hondo un par de veces para tranquilizarse, adopta una sonrisa que refleja bochorno —como si lo hubieran sorprendido haciendo sus necesidades—, o eso espera, y abre la puerta.

—Tenemos compañía, veo.

—Sí —dice Alice. Se vuelve hacia él con una sonrisa en los labios y una expresión de manifiesto alivio en los ojos—. Dice que te alquiló el apartamento.

Billy frunce el ceño, haciendo memoria, y acto seguido sonríe como si acabara de acordarse.

—Ah, sí, es verdad. El señor Ricker.

—Richter —corrige él, y le tiende la mano.

Billy se la estrecha, aún sonriente, intentando adivinar qué está pensando Richter. No lo consigue. Pero Richter habrá reparado en los hematomas en la cara de Alice y en su nerviosismo. Es imposible pasarlos por alto. ¿Y tiene Billy la mano sudorosa? Probablemente.

—Estaba en el... —Billy dirige un gesto distraído en dirección al dormitorio y el cuarto de baño.

—Descuide —dice Richter. Mira las pantallas de los portátiles AllTech, en las que aparecen sucesivamente los más diversos ciberanzuelos

precargados: los prodigios del azaí, dos trucos poco corrientes para eliminar las arrugas, los médicos te suplican que no comas esta verdura, mira cómo son ahora estos diez niños que en su día fueron estrellas—. Así que ¿se dedica a eso? —pregunta.

—Como actividad complementaria. Me gano el pan básicamente con mi trabajo de informático. Viajo mucho, ¿verdad, cariño?

—Sí —contesta Alice, y suelta otra de esas risitas entrecortadas.

Richter le lanza una fugaz mirada de reojo, y en ella Billy adivina que, al margen de lo que Alice le haya contado mientras él manipulaba con torpeza la puta barriga postiza, ese hombre cree que es la sobrina de Dalton Smith en igual medida que cree que la luna está hecha de queso verde.

—Fascinante —comenta Richter, que se inclina para mirar con los ojos entornados la pantalla en la que la verdura peligrosa (casualmente el maíz, que ni siquiera es una verdura) acaba de dar paso a diez asesinatos famosos sin resolver (encabezados por el de JonBenét Ramsey)—. Sencillamente fascinante. —Se yergue y mira alrededor—. Me gusta cómo tiene el piso.

Alice ha puesto un poco de orden, pero, por lo demás, el piso está igual que cuando Billy se mudó.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Richter?

—Verá, solo he venido para informarlo de un asunto. —Richter, de nuevo en el papel de agente inmobiliario, se alisa la corbata y adopta una sonrisa profesional—. Un consorcio llamado Southern Endeavor ha comprado los almacenes de Pond Street y las casas de esta calle, de Pearson Street, las pocas que quedan. Esta incluida. Tienen previsto abrir un nuevo centro comercial que debería revitalizar toda esta zona de la ciudad.

Billy duda que los centros comerciales pueden revitalizar nada en los tiempos de internet, ni siquiera a sí mismos, pero calla.

Alice se está calmando, y eso es bueno.

—En fin, me voy al dormitorio y los dejo con lo suyo —dice, y hace justo eso, se va a la habitación y cierra la puerta.

Billy se mete las manos en los bolsillos y se balancea, con lo que el vientre postizo se recorta un poco contra la sudadera.

—Van a demoler los almacenes y las casas, ¿es eso lo que quiere decir? Incluida esta, supongo.

—Sí, pero dispondrá de seis semanas para buscar un nuevo sitio donde vivir. —Richter lo dice como si le concediera un gran don—. Seis semanas es el plazo inamovible, me temo. Antes de marcharse, jefe, facilítame una dirección adonde enviarle el correo, y con mucho gusto le reembolsaré el alquiler que quede adeudado. —Richter suspira—. Ahora tendré que subir a decírselo a los Jensen. Eso puede ser más duro, porque llevan aquí más tiempo.

No es asunto de Billy informar a Richter de que Don y Beverly en cualquier caso buscarán una casa nueva, quizá de compra en lugar de alquiler, cuando regresen de su crucero. Pero sí le dice que los Jensen estarán fuera durante un tiempo y que él se ocupa de sus plantas.

—Bueno, mi sobrina y yo.

—Todo un detalle de buen vecino por su parte. Y la chica es encantadora. —Richter se lame los labios, quizá solo para humedecérselos, quizá no—. ¿Tiene un número de teléfono para ponerse en contacto con los Jensen?

—Sí. En la cartera. Si me disculpa un segundo.

—Cómo no.

Alice, sentada en la cama, lo mira con los ojos muy abiertos. Está pálida, con lo que los hematomas destacan aún más. «¿Qué?», dicen esos ojos. Y «¿Es grave?».

Billy alza una mano y da palmadas al aire: «Calma, calma».

Coge la cartera y vuelve al salón, recordando que debe andar como un gordo. Richter, inclinado sobre uno de los AllTech, con las manos apoyadas en las rodillas y la corbata colgando como un péndulo detenido, consulta las prodigiosas cualidades del aguacate, la verdura más perfecta de la naturaleza (una fruta, en realidad). Por un momento, Billy se plantea seriamente entrelazar los dedos y asestarle un golpe en la nuca con los dos puños, pero cuando este se vuelve, Billy se limita a abrir la cartera y extraer un papel.

—Aquí tiene.

Richter saca un bloc pequeño del bolsillo interior y anota el número con un lápiz plateado.

—Les haré una llamadita.

—Puedo llamarlos yo, si quiere.

—Claro, claro, pero yo tendré que llamarlos de todos modos. Forma parte del trabajo. Perdona las molestias, señor Smith. Lo dejo para que vuelva con... —Lanza una breve mirada a la puerta del dormitorio—. Con lo que sea que estaba haciendo.

—Lo acompaño —se ofrece Billy. Bajando la voz, añade—: Quiero comentarle una cosa sobre... —Ladea la cabeza en dirección al dormitorio.

—No es cosa mía, jefe. Vivimos en el siglo XXI.

—Lo sé, pero no se trata de eso.

Suben por las escaleras hasta el vestíbulo. Billy se rezaga, resollando un poco.

—Tengo que perder peso.

—Bienvenido al club —dice Richter.

—Esa pobre chica es hija de mi hermana Mary —explica Billy—. A Mary la abandonó su marido hace un año, y conoció a cierto individuo, un

fracasado... en un bar, creo. Bob no sé qué más. Ese hombre le iba detrás a la chica y le pegaba al ver que ella no se prestaba, no sé si me entiende.

—Lo capto. —Richter mira hacia la calle a través de la puerta del vestíbulo como si estuviera impaciente por volver a su coche. Quizá esas confidencias lo incomodan, piensa Billy. O quizá simplemente quiere alejarse de mí.

—He aquí la otra cuestión. Mary tiene muy mal carácter, no le gusta que se metan en sus cosas.

—Conozco a alguna así —dice Richter, mirando aún por la puerta—. Vaya que si la conozco.

—Me quedaré a mi sobrina aquí una semana, a lo mejor diez días, hasta que mi hermana se tranquilice un poco, y luego la llevaré y hablaré con ella sobre Bob.

—Entiendo. Le deseo suerte.

Se vuelve hacia Billy y le ofrece la mano junto con una sonrisa. La sonrisa parece sincera. Puede que Richter se haya creído la explicación; aunque también es posible que esté actuando como si su vida dependiera de ello, y acaso piensa que así es. Billy le da un firme apretón.

—¡Mujeres! —exclama Richter—. ¡No se puede vivir con ellas y no se las puede echar a tiros del estado de Alabama!

Es una broma, así que Billy se ríe. Richter le suelta la mano, abre la puerta y se gira otra vez.

—Veo que se ha afeitado el bigote.

Sobresaltado, Billy se lleva dos dedos al labio superior. En realidad, con las prisas, se ha olvidado de ponérselo, y quizá mejor así. El bigote tiene su complicación, necesita pegamento acrílico para adherírselo, y si se lo hubiera puesto torcido, o se hubiera visto el pegamento, Richter habría sabido que era postizo y se habría preguntado qué coño pasaba.

—Me cansé de sacarme restos de comida —dice Billy.

Richter se ríe. Billy no sabría decir si es una risa forzada. Podría serlo.

—Lo entiendo, jefe. Perfectamente.

Desciende por los escalones al trote hacia su todoterreno rayado, con los hombros un poco encorvados, quizá porque la mañana es fría, quizá porque teme que Billy le meta una bala en la nuca.

Se despide con un gesto antes de entrar. Billy le devuelve el saludo. Luego baja a toda prisa al sótano.

3

—Hoy voy a visitar a tu pretendiente, el de la cita que acabó mal. Mañana me largo de aquí.

Alice se lleva una mano a la boca, pero la baja al rozarse la nariz hinchada con el índice.

—Dios mío. ¿Te ha reconocido?

—No lo sé. La intuición me dice que no, pero es observador, se ha dado cuenta de que ya no llevo bigote...

—¡No me digas!

—Ha dado por sentado que me lo había afeitado, o sea que no hay problema. O al menos eso creo. Estoy dispuesto a tentar a la suerte un día más. ¿Le has dado algún nombre?

—Brenda Collins, mi mejor amiga del instituto. ¿Le has dado tu...?

—¿Un nombre distinto? No, solo he dicho que eras mi sobrina. Le he contado que el novio de tu madre te pega porque te niegas a acostarte con él.

Alice asiente.

—Buena idea. Lo abarca todo.

—Lo que no significa que él se lo crea. Las explicaciones son una cosa, lo que uno ve es otra. Lo que él ha visto ha sido a un gordo de mediana edad con una menor maltratada.

Alice se yergue, visiblemente ofendida. En otras circunstancias tal vez habría resultado gracioso.

—¡Tengo veintiún años! ¡Soy mayor de edad por ley!

—¿Te piden el carnet en los bares?

—Bueno...

Billy mueve la cabeza en un gesto de asentimiento, caso cerrado.

—Si de verdad tienes intención de... bueno... *encararte* con Tripp —dice Alice—, quizá no deberíamos esperar hasta mañana. Quizá deberíamos irnos ahora mismo.

4

Billy se queda mirándola. Se cree y a la vez no se cree que Alice haya usado la primera persona del plural. Y lo que es peor, ella lo mira como si fuese la conclusión inevitable.

—Joder —dice Billy—. Está *claro* que tienes síndrome de Estocolmo.

—No lo tengo porque no soy una rehén. Podría haberme marchado del piso de los Jensen en cualquier momento, solo habría tenido que bajar las escaleras sin hacer ruido. No te habrías dado cuenta, porque has estado absorto escribiendo.

Probablemente es verdad, piensa Billy. Y por otra parte...

Alice lo dice por él.

—Si tuviera intención de fugarme, podría haberlo hecho la primera vez que saliste. A por la píldora del día después. —Hace una pausa y añade—: Además, le he dado un nombre falso a ese tío.

—Porque tenías miedo.

Alice niega con la cabeza en un gesto vehemente.

—Tú estabas en la habitación de al lado. Podría haberle dicho en un susurro que eras William Summers, el que mató al hombre en el juzgado. Habríamos estado arriba y en su coche antes de que tú acabaras de ponerte eso. —Hinca el dedo en la barriga postiza.

—No puedes venir conmigo. Es un disparate.

Aun así, la idea empieza a penetrar, como agua en tierra seca. No puede acompañarlo hasta Las Vegas, eso queda descartado, pero si se les ocurre una tapadera que preserve la identidad de Dalton Smith, que ahora corre grave peligro, tal vez...

—Tal vez podrías irte solo si prescindieras de ir a por Tripp y sus amigos. Porque, si les pasa algo a ellos, lo relacionarán conmigo. Tripp y sus amigos, quiero decir. No acudirían a la policía, pero quizá decidieran hacerme daño.

Billy tiene que disimular una sonrisa. Alice está poniéndose en la piel de él, y lo hace francamente bien pese al poco tiempo transcurrido desde que se conocen. Representa todo un cambio con respecto a la chica semiinconsciente en plena vomitera a la que rescató de la lluvia, la que a veces padece ataques de pánico por la noche. Billy considera que es un cambio para mejor. Además, tiene razón: haga lo que haga a esos tres, lo relacionarán con ella. En el supuesto, claro, de que Alice sea la única mujer a la que violaron durante una cita la semana pasada, lo que parece probable.

—Sí —dice Alice, observándolo desde debajo de sus cejas, todavía metida de pleno en la piel de él—. Supongo que lo mejor es que los dejes

sin castigo.

Luego le pregunta por qué sonrías.

—Por nada. Es solo que me caes bien. Mi amigo Taco habría dicho que tienes don.

—No sé si lo entiendo.

—Da igual. Pero sí, esos tíos necesitan pagar por lo que hicieron. Tengo que pensarlo.

—¿Puedo ayudarte a hacer el equipaje mientras piensas? —pregunta Alice.

5

Es Billy quien hace el equipaje. No le lleva mucho tiempo. En su bolsa de viaje no cabe la ropa nueva de ella, pero encuentra una de plástico de Barnes & Noble, de esas con asas, en el estante superior del armario del dormitorio y mete ahí las cosas de Alice. Apila los AllTech y los lleva al Fusion.

Entretanto, Alice recorre el piso de los Jensen provista de un paño y un pulverizador con Lysol y agua, limpiando todas las superficies. Presta mayor atención al mando a distancia del televisor, que han utilizado los dos, y no se olvida de los interruptores de la luz. Cuando baja, Billy la ayuda a limpiar el apartamento del sótano, poniendo especial cuidado en el cuarto de baño: los muebles, el brazo de la ducha, el espejo, el tirador de la cisterna. Tardan alrededor de una hora.

—Creo que ya hemos terminado —dice Alice.

—¿Y la llave del piso de los Jensen?

—¡Uy! —exclama ella—. Todavía la tengo yo. La limpiaré y... ¿qué hago? ¿La paso por debajo de la puerta?

—Ya me encargo yo.

Billy lo hace, pero antes entra a por el Ruger de Don Jensen. Se lo coloca entre el cinturón y la piel, bajo la barriga de embarazada. La sudadera XL lo tapa. Es un revólver caro, de quinientos o seiscientos dólares, y Billy no dispone de esa cantidad en efectivo. Deja dos billetes de cincuenta y uno de cien en la mesilla junto con una nota que dice: *He cogido tu arma. Te enviaré lo que falta en cuanto pueda*. Si es que puede, más bien. Mientras tanto, ¿qué será de Daphne y Walter? ¿Se morirán de sed en el alféizar de la ventana? ¿Un Romeo y una Julieta del mundo vegetal? Es una estupidez planteárselo siquiera, en vista de sus otras muchas preocupaciones.

Es porque Bev les puso nombre, piensa. Las rocía una última vez para darse suerte. Se palpa el bolsillo trasero, donde lleva plegado y guardado el dibujo del flamenco de Shan.

Ya abajo, se saca el móvil de Alice del bolsillo y se lo entrega. Ha vuelto a insertar la tarjeta SIM.

Ella lo acepta con una mirada acusadora.

—No se perdió. Lo tenías tú desde el principio.

—Porque no me fiaba de ti.

—¿Y ahora sí?

—Ahora sí. Y conviene que en algún momento llames a tu madre. O se preocupará.

—Supongo que sí se preocuparía —dice Alice. Con un asomo de amargura, añade—: Al cabo de un *mes* o algo así. —Suspira—. Vale, ¿y qué le digo? Tengo un amigo, hemos hecho buenas migas tomando caldo de pollo con fideos y viendo *The Blacklist*.

Billy se detiene a pensarlo, pero no se le ocurre nada.

Alice, entretanto, despliega una sonrisa.

—¿Sabes qué? Voy a decirle que he dejado los estudios. Eso se lo creerá. Y que me marchó a Cancún con unos amigos. Eso también se lo creerá.

—¿De verdad se lo creerá?

—Sí.

Billy piensa que esa sola palabra encierra en sí misma toda una relación entre madre e hija, con llanto, reproches y portazos.

—Tienes que elaborar eso un poco más —dice—. Ahora hay que marcharse.

6

En la interestatal hay dos salidas a Sherwood Heights, y en ambas se concentran restaurantes de comida rápida, gasolineras autoservicio y moteles. Billy indica a Alice que busque un motel que no pertenezca a ninguna cadena. Mientras ella permanece atenta a los letreros, él se saca el Ruger del cinturón y lo esconde bajo el asiento. En la segunda salida, Alice señala el Penny Pines Motel y le pregunta qué opina. A Billy le parece bien. Utilizando una de las tarjetas de crédito de Dalton Smith, toma dos habitaciones contiguas. Alice espera en el coche, lo que lleva a Billy a pensar en una vieja canción de los Amazing Rhythm Aces, «Third Rate Romance».

Entran sus cosas. Billy saca el Mac Pro del maletín, lo deja en la única mesa de la habitación (tambaleante, necesitada de una cuña), vuelve a cerrar la cremallera del maletín y se la cuelga al hombro.

—¿Para qué necesitas eso?

—Tengo que hacer unas compras. Y mejora el aspecto. Queda profesional. ¿Cuál es tu número de teléfono?

Alice se lo da, y él lo añade a sus contactos.

—¿Tienes la dirección del edificio donde viven esos tíos? —Debería haberle hecho esa pregunta antes, pero han estado un poco ocupados.

—No sé el número, pero está en Landview Estates, en la Estatal 10. Es la última parada del autobús antes de llegar al aeropuerto e iniciar el trayecto de vuelta. —Alice lo agarra de la manga y lo lleva hacia la ventana. Señala—. Casi seguro que eso es Landview Estates, esos tres bloques de la izquierda. Tripp vive... *los tres* viven en el Edificio C.

—Segunda planta.

—Exacto. No me acuerdo del número de la puerta, pero está al final del pasillo. Hay que introducir un código para acceder al vestíbulo, y no lo vi mientras Tripp lo tecleaba. En ese momento no le di importancia.

—Entraré. —Billy confía en no equivocarse a ese respecto. Él es un experto en armas, no en la entrada a edificios con puertas de seguridad.

—¿Volverás aquí antes de ir allí?

—No, pero estaremos en contacto.

—¿Vamos a quedarnos aquí esta noche?

—No lo sé. Depende de cómo vayan las cosas.

Alice le pregunta si está seguro de que quiere hacerlo. Billy contesta que sí, y es cierto.

—Puede que sea mala idea.

Es posible, pero Billy se propone llevarla a cabo, si puede. Esos hombres tienen que pagar.

—Dime que no lo haga y lo dejaré correr.

En lugar de eso, Alice le coge una mano y le da un apretón. Ella tiene la piel fría.

—Ten cuidado.

Billy se marcha, pero hacia la mitad del pasillo se da la vuelta. Hay otra pregunta que se le ha olvidado hacer. Llama a la puerta y ella abre.

—¿Cómo es Tripp?

Alice saca el teléfono y le enseña una foto.

—Se la tomé la noche que fuimos al cine.

El hombre que le echó droga en una copa y la violó y luego, junto con sus dos amigos, la tiró de la vieja furgoneta como si fuera basura sostiene una bolsa de palomitas de maíz y sonríe. Le brillan los ojos. Tiene los dientes blancos y alineados. Billy piensa que parece el actor de un anuncio de dentífrico.

—Bien. ¿Y los otros dos?

—Uno era bajo y pecoso. El otro era mucho más alto, de piel aceitunada. No recuerdo cuál de ellos era Jack y cuál Hank.

—Eso da igual.

El centro comercial del aeropuerto está a un paso del motel por la carretera, enclavado junto a un Walmart aún más grande que el de Midwood. Billy cierra bien el coche, pensando en el arma oculta bajo el asiento del conductor, y hace sus compras. La máscara no representa el menor problema. Aún faltan semanas para Halloween, pero las tiendas siempre colocan sus chorradas para la fiesta con mucha antelación. También coge unos prismáticos baratos, un paquete de bridas resistentes, un par de

guantes finos, una batidora de mano Magic Wand y un limpiador para hornos Easy-Off. Fuera, un par de polis —auténticos, no guardias de seguridad de Walmart— toman café y hablan de motores fuera borda. Billy los saluda con la cabeza. «Buenas tardes, agentes.»

Ellos le devuelven el saludo y siguen con su conversación. Billy recorre un buen trecho del aparcamiento con andares de gordo y luego aprieta el paso hasta el Fusion. Pasa el arma y las compras al maletín del portátil y va en el coche a Landview Estates, a poco más de dos kilómetros. Es una urbanización bastante selecta, el lugar perfecto para solteros libertinos, pero no tan selecta como para disponer de una garita de seguridad con un vigilante, y a esta hora del día el aparcamiento situado delante del Edificio C está casi vacío.

Billy ocupa una plaza frente a la puerta, se quita la barriga postiza y espera. Al cabo de unos veinte minutos, aparca un Kia Stinger deportivo y salen dos mujeres jóvenes con bolsas de la compra. Billy levanta los prismáticos. Van hasta la puerta y pulsan unos botones en el panel numérico de la cerradura, pero una de ellas se sitúa en su línea de visión y Billy no ve nada. El siguiente en llegar, veinte minutos después, es un hombre... pero no de los que busca Billy. Este es un cincuentón. También se coloca entre Billy y el panel, con lo que los prismáticos no le sirven de nada.

Esto no va a dar resultado, piensa.

Podría tratar de entrar con un vecino legítimo («¿Podría aguantarme la puerta un segundo? ¡Gracias!»), pero eso seguramente solo funciona en las películas. Además, a esta hora del día hay poco movimiento. Solo han entrado dos personas en cuarenta minutos, y no ha salido nadie.

Billy se cuelga al hombro el maletín del ordenador y rodea el edificio hacia la parte de atrás. Lo primero que ve en el aparcamiento auxiliar de menor tamaño es la furgoneta. Ahora sí lee el adhesivo del parachoques: SI

ERES FAN DE LOS GRATEFUL DEAD, DAS PENA. A no ser que la furgoneta esté averiada, posibilidad que no puede descartarse, al menos uno de esos tarados está en casa.

A la izquierda de lo que debe de ser una puerta de servicio ve dos contenedores de basura grandes. A la derecha hay una silla plegable y una mesa pequeña oxidada con un cenicero encima. Alguien ha dejado la puerta entornada unos centímetros con ayuda de un ladrillo, porque es de esas puertas con picaporte de resbalón, y quien sea que sale ahí a fumar no quiere tomarse la molestia de abrir con llave cada vez que vuelve a entrar.

Billy se acerca y echa un vistazo por la abertura. Ve un pasillo en penumbra, vacío. Se oye música, Axl Rose gimiendo «Welcome to the Jungle». A unos diez metros hay puertas abiertas a la izquierda y a la derecha. La música procede de una a la derecha. Billy entra y recorre el pasillo con paso enérgico. Cuando uno está en un lugar donde no le corresponde estar, debe actuar como si le correspondiera. La habitación de la izquierda es una lavandería, con unas cuantas lavadoras y secadoras que funcionan con monedas. La de la derecha descende hacia el sótano.

Abajo alguien canta al ritmo de la música. Y no solo canta. Billy no lo ve, pero ve su sombra, y la sombra baila. Alguien, probablemente el encargado de mantenimiento del edificio, se ha tomado un respiro en la tarea que lo ha llevado ahí abajo —accionar el interruptor general de un cuadro eléctrico, buscar una lata de pintura para retoques— y se ha abandonado a la fantasía de que participa en *Bailando con las estrellas*.

Al final del pasillo hay un montacargas enorme, con las puertas abiertas y protectores acolchados para mudanzas en los laterales, pero Billy no se plantea siquiera utilizarlo. La maquinaria debe de estar en el sótano, y si el montacargas se pone en marcha, el bailarín que proyectaba la sombra lo oirá. Hay una puerta con el rótulo ESCALERAS a la izquierda del

montacargas. Billy sube hasta el descansillo de la segunda planta. Allí descorre la cremallera del maletín del portátil. Se pone los guantes y la máscara. Se guarda las bridas en el bolsillo del pantalón. Tiene el Ruger en la mano izquierda y el aerosol de limpiador para hornos en la derecha. Entreabre la puerta de la escalera y echa un vistazo al pequeño vestíbulo. Está vacío. Lo mismo que el pasillo más allá. Ve una puerta a la izquierda, una a la derecha y una al fondo. Esa debe de ser la del piso donde viven los violadores.

Billy recorre el pasillo. Hay un timbre, pero en lugar de utilizarlo, llama ruidosamente con el puño. Deja pasar un momento y vuelve a llamar, aún más fuerte.

Se acercan unos pasos.

—¿Quién es?

—La policía, señor Donovan.

—No está aquí. Solo soy un compañero de piso.

—No van a darle un premio por eso. Abra.

El hombre que abre la puerta es de piel aceitunada y al menos quince centímetros más alto que Billy. Alice Maxwell mide poco más de uno sesenta, y la idea de que este grandullón la forzara enfurece a Billy.

—¿Qué...? —El tipo se queda boquiabierto al ver a un hombre con una máscara de Melania Trump y un maletín de ordenador al hombro.

—Bájate las bragas —dice Billy, y le rocía los ojos con Easy-Off.

Jack o Hank, sea cual sea, retrocede a trompicones frotándose los ojos con los puños. La espuma le resbala por las mejillas y le gotea de la mandíbula.

Tropieza con un escabel colocado ante un sillón de mimbre con un respaldo alto abovedado a modo de caparazón —lo que, cree Billy, llaman «sillón bungalow»— y se desploma. Es sin duda un salón de solteros libertinos, con un sofá curvo para dos personas —ese sí sabe cómo se llama, es un «biplaza»— frente a un televisor de pantalla grande. Hay una mesa redonda con un portátil encima y un mueble bar ante una ventana amplia con vistas al aeropuerto. Billy ve despegar un avión, y está seguro de que si el tarado pudiera verlo, desearía estar a bordo. Billy cierra de un portazo. El tipo dice a gritos que se ha quedado ciego.

—No, pero te quedarás si no te enjuagas los ojos enseguida, así que presta atención. Tiende las manos.

—*¡No veo! ¡No veo!*

—Tiende las manos, y yo me ocupo de ti.

Jack o Hank rueda por el suelo sobre la moqueta. No tiende las manos e intenta incorporarse. En vista de lo grande que es, Billy no está dispuesto a andarse con contemplaciones. Deja el maletín del portátil y le asesta un puntapié en el estómago. El tipo suelta una bocanada de aire acompañada de una exclamación. Salpica de espuma la moqueta.

—¿Acaso he tartamudeado? Tiende las manos.

El otro obedece, con los párpados apretados, las mejillas y la frente de un rojo encendido. Billy se arrodilla, le junta las muñecas y se las inmoviliza con una brida antes de que el hombre tendido en el suelo sepa qué ocurre.

—¿Hay alguien más en el piso? —Billy está casi seguro de que no hay nadie. De ser así, los berridos de este individuo lo habrían atraído en el acto.

—*¡No hay nadie! ¡Dios, los ojos! ¡Me arden!*

—Levántate.

Jack o Hank se pone en pie como buenamente puede. Billy lo agarra por los hombros y lo orienta hacia el corto pasillo que lleva a la cocina.

—En marcha.

Jack o Hank no avanza dando pasos, sino a trompicones, agitando los brazos al frente por si hay algún obstáculo. Tiene la respiración acelerada y anhelante, pero no resuella por falta de aliento como Alice; no es necesario enseñarle la primera estrofa de «El picnic de los ositos de peluche». Billy lo empuja hasta que choca contra el fregadero con la hebilla del cinturón. El grifo lleva incorporado un rociador extraíble. Billy lo abre y apunta el rociador hacia el rostro de Jack o Hank. Él se moja también, pero no le importa. En realidad resulta refrescante.

—*¡Me arden! ¡Todavía me arden!*

—Se te pasará —dice Billy, y así será, pero cabe esperar que no demasiado pronto. Seguramente a Alice le ardió bastante. Tal vez todavía le arda—. ¿Cómo te llamas?

—¿Qué quieres? —Ahora está llorando. Debe de tener entre veinticinco y treinta años, es alto y pesa unos cien kilos, pero llora como un bebé.

Billy le hinca el Ruger en los riñones.

—Esto es un arma, así que no me obligues a preguntártelo otra vez. ¿Cómo te llamas?

—*¡Jack!* —casi grita—. ¡Jack Martinez! ¡Por favor, no me dis pares, *por favor!*

—Vamos al salón, Jack. —Billy lo hace avanzar a empujones frente a él—. Siéntate en el sillón de mimbre. ¿Lo ves?

—Un poco —responde Jack entre sollozos—. Está todo *borroso*, joder. ¿Quién eres? ¿Por qué...?

—Siéntate.

—Puedes quedarte mi cartera. No hay gran cosa, pero Tripp guarda un par de cientos en su habitación, en el primer cajón del escritorio. ¡Cógelos y márchate!

—Siéntate.

Agarra a Martinez por los hombros, lo obliga a darse la vuelta y lo lanza al sillón bungalow. Este se halla suspendido del techo mediante una combinación gancho-cordel e inicia un suave balanceo cuando el hombre cae en el asiento con todo su peso. Martinez escruta a Billy con los ojos inyectados en sangre.

—Quédate ahí quieto un momento y serénate.

En el mueble bar, junto a una cubitera, hay servilletas. De tela, no de papel, muy bonitas. Billy coge una y se acerca a Martinez.

—No te muevas.

Martinez se queda inmóvil, y Billy, enjugándole el rostro, retira los últimos chorretes de espuma. Luego retrocede.

—¿Dónde están los otros dos?

—¿Por qué?

—Las preguntas no las haces tú, Jack. Las hago yo. Tu tarea consiste en contestar, a menos que quieras que te rocíe de espuma otra vez. O que te meta una bala en la rodilla si me exasperas de verdad. ¿Entendido?

—¡Sí! —La entrepierna de los chinos de Martinez se ha oscurecido.

—¿Dónde están?

—Tripp ha ido a la UPRB a ver a su tutor. Hank está en el trabajo. Es dependiente en JossBank.

—¿Qué es JossBank?

—Joseph A. Bank, una tienda de ropa para hom...

—Vale, ya sé lo que es. ¿Y qué es el UPRB?

—La Universidad Pública de Red Bluff. Tripp es estudiante de posgrado. A tiempo parcial. Historia. Está haciendo un trabajo sobre la guerra entre Australia y Hungría.

Billy se plantea explicarle a ese idiota que Australia no tuvo nada que ver con la revolución húngara de 1848, pero ¿para qué? Ha venido a impartir otro tipo de lección.

—¿Cuándo vuelve?

—No lo sé. Creo que ha dicho que la reunión era a las dos. Después puede que pare a tomar un café, a veces lo hace.

—Para engatusar a alguna camarera, quizá —dice Billy—. Es decir, si ella acaba de llegar a la ciudad y tiene la esperanza de conocer a alguien agradable.

—¿Eh?

Billy le asesta una patada en la pierna. No muy fuerte, pero Martinez lanza un alarido y el sillón bungalow empieza a balancearse de nuevo. Es un columpio para tres compañeros de piso propensos a columpiarse.

—¿Y Hank? ¿Cuándo vuelve?

—Sale a las cuatro. ¿Por qué te...?

Billy levanta el bote de Easy-Off. Martinez aún debe de verlo borroso, pero sabe qué es y baja el tono.

—¿Y tú qué, Jack? ¿Cómo te ganas el pan?

—Me dedico al *trading* intradía.

Billy se acerca al portátil que hay en la mesa redonda. Por la pantalla se deslizan números, la mayoría verdes.

—¿La furgoneta de ahí atrás es tuya?

—No, de Hank. Yo tengo un Miata.

—¿Está averiada la furgoneta?

—Sí, se le ha roto una junta de culata. Esta semana Hank va al trabajo en mi coche. La tienda está en el centro comercial del aeropuerto.

Billy acerca una silla normal al sillón bungalow colgante. Se sienta delante de Martinez.

—Puede que haya terminado contigo, Jack. Si te portas bien. ¿Eres capaz de portarte bien?

—¡Sí!

—Eso significa que, cuando tus compañeros de piso lleguen a casa, te quedarás totalmente callado. No los avisarás a gritos. El que más me interesa es Tripp, pero si lo alertas, a él o a Hank, haré contigo lo que me proponía hacer con Tripp. ¿Me entiendes? ¿Queda claro?

—¡Sí!

Billy saca el teléfono y llama a Alice. Ella le pregunta si está bien, y Billy contesta que sí.

—Estoy con un tal Jack Martinez. Tiene algo que decirte. —Billy tiende el móvil a Jack—. Dile que eres un mierda inútil.

Jack no protesta, quizá porque está acobardado, quizá porque es así como se siente en este preciso momento. Billy espera que así sea. Espera que incluso los *traders* intradía sean capaces de aprender.

—Soy... un mierda inútil.

—Ahora di que lo sientes.

—Lo siento —dice Martinez por el teléfono.

Billy recupera el móvil. Parece que Alice está llorando. Le dice que tenga cuidado, y Billy le asegura que lo tendrá. Corta la llamada y devuelve la atención al hombre del rostro enrojecido sentado en el sillón bungalow.

—¿Sabes por qué te has disculpado?

Martinez asiente, y Billy decide que con eso basta.

Permanecen ahí sentados y el tiempo pasa. Martinez dice que aún le escuecen los ojos, así que Billy humedece otra servilleta en el fregadero del mueble bar y le enjuga la cara, prestando especial atención a los ojos. Martinez le da las gracias. Billy piensa que tal vez con el tiempo ese tipo recupere su andar chulesco a lo Make America Great Again, pero da igual, porque también cree que Martinez nunca volverá a violar a una mujer. Se ha rehabilitado.

A eso de las tres y media, alguien se acerca a la puerta. Billy se coloca detrás no sin antes mirar a Martinez con un dedo en los labios de la máscara de Melania. Martinez asiente. Tiene que ser Tripp Donovan, porque es demasiado temprano para Hank. La llave tintinea en la cerradura. Donovan está silbando. Billy sostiene el Ruger por el cañón y lo levanta a la altura de la cara.

Donovan entra, todavía silbando. Con sus vaqueros de diseño y su cazadora corta de cuero, tiene aires de joven mundano, imagen que completan a la perfección un maletín con las iniciales grabadas y una gorra irlandesa calada con desenfado sobre el cabello oscuro. Ve a Martinez maniatado en el sillón bungalow y deja de silbar. Billy da un paso al frente y lo golpea con la culata del arma. No muy fuerte.

Donovan se tambalea hacia delante, pero no se desploma como los personajes de las series de televisión cuando reciben un culatazo. Se da media vuelta, con los ojos muy abiertos y la mano en la parte de atrás de la cabeza. Ahora Billy lo encañona. Donovan se mira la mano. La tiene manchada de sangre.

—¡Me has pegado!

—Peor es lo que me ha hecho a mí —se queja Martinez en un tono rezongón que resulta casi gracioso.

—¿Por qué llevas esa máscara?

—Junta las manos. Muñeca con muñeca.

—¿Por qué?

—Porque, si no, te pego un tiro.

Donovan junta las manos, muñeca con muñeca, sin rechistar más. Billy se coloca el Ruger bajo el cinturón en la parte delantera. Donovan se abalanza sobre él, cosa que Billy preveía. Se aparta y, aprovechando el impulso del propio Donovan, lo estampa de un vigoroso empujón contra la puerta cerrada. Donovan deja escapar un grito. Billy lo agarra por el cuello de la moderna cazadora de cuero —quizá comprada en Joseph A. Bank— y tira de él hacia atrás a la vez que extiende una pierna para zancadillearlo. Tripp cae de espaldas. Le sangra la nariz.

Billy se arrodilla junto a él, no sin antes pasarse el arma de Don Jensen a la espalda para que Donovan no pueda alcanzarla, luego saca una de las bridas.

—Junta las manos, muñeca con muñeca.

—¡No!

—Te sangra la nariz, pero no la tienes rota. Junta las manos o pongo remedio a eso.

Donovan junta las manos. Billy le ciñe las muñecas y después llama a Alice para decirle que ya han caído dos y solo falta uno. No pone a Donovan al teléfono, porque da la impresión de que no está en situación de disculparse, al menos todavía.

Tripp Donovan, sentado en el biplaza, intenta una y otra vez entablar conversación con Billy. Dice que sabe qué lo ha llevado hasta ahí, pero lo que sea que esa Alice le haya dicho es una patraña para protegerse a sí misma. Estaba cachonda, lo deseaba, lo consiguió, todos se separaron tan amigos, y punto.

Billy asiente afablemente.

—La llevasteis a su casa.

—Exacto, la llevamos a su casa.

—En la furgoneta de Hank.

Ante eso se observa un cambio en los ojos de Donovan. Posee esa peculiar mezcla mágica de encanto y gilipollez, que le ha dado resultado toda su vida, y espera que le funcione también con el intruso oculto tras la máscara de Melania Trump, pero no le gusta esa pregunta. Es una pregunta de alguien que *sabe*.

—No, la Máquina del Amor está averiada en el aparcamiento de atrás.

Billy calla. Martinez calla, y Donovan no ve la mirada de su compañero de piso con la que dice: «La has cagado». Donovan está concentrado en Billy.

—¿Eso es un Pro? —Señala con la barbilla el maletín del ordenador en el suelo—. Una pasada de aparato, tío.

Billy calla. Está sudando bajo la máscara de plástico y se muere de ganas de quitársela. Se muere de ganas de poner fin al asunto y salir de ese picadero de solteros.

A las cinco y cuarto se oye el tintineo de otra llave en la cerradura y entra el tercer cerdito, un gorrino pequeño y peripuesto con un traje de tres piezas negro que realza la corbata, tan roja como la sangre que Billy limpió de los muslos de Alice Maxwell. Hank no causa problemas. Ve la sangre en

la cara de Donovan y los ojos hinchados de Martinez, y cuando Billy le ordena que tienda las manos, obedece sin más reacción que una protesta simbólica y permite que Billy le inmovilice las muñecas con la brida. Billy lo lleva a la mesa redonda.

—Aquí estamos —dice—. Todos en nuestros puestos, alegres y contentos.

—En mi mesa hay dinero —informa Donovan—. En mi habitación. Y también algo de coca. De primera, tío. Tres gramos y medio.

—Yo también tengo un poco de efectivo —añade Hank—. Solo cincuenta, pero... —Encoge los hombros como diciendo qué se le va a hacer. Este casi le cae bien a Billy. Es una estupidez teniendo en cuenta lo que hizo, pero no lo puede evitar. Tiene lívida la piel bajo los ojos y alrededor de la boca a causa del terror, pero se porta bien y salva las apariencias.

—Venga, ya sabéis que no es una cuestión de dinero.

—Ya te he dicho... —empieza Donovan.

—Lo sabe todo, Tripp —lo interrumpe Martinez.

Billy se vuelve hacia Hank.

—¿Cómo te apellidas?

—Flanagan.

—Y la furgoneta que hay atrás, la Máquina del Amor... es tuya, ¿no?

—Sí. Pero está averiada. La junta de culata...

—Se rompió, lo sé. Pero la semana pasada funcionaba, ¿verdad? ¿Llevasteis a Alice a su casa en esa furgoneta después de acabar con ella?

—¡No digas nada! —brama Donovan.

Hank no le presta atención.

—¿Tú quién eres? ¿Su novio? ¿Su hermano? Dios mío.

Billy calla. Hank exhala un suspiro. Es un sonido húmedo.

—Ya sabes que no la llevamos a su casa.

—¿Qué hicisteis con ella?

—¡No digas nada! —insiste Donovan. Parece que esa es su norma.

—Ese es un mal consejo, Hank. Cuéntalo y te ahorrarás mucho dolor.

—La dejamos en un sitio.

—¿La dejasteis en un sitio? ¿Así es como quieres describirlo?

—Vale, la dejamos tirada —dice—. Pero, tío... *hablaba*, ¿vale? Y sabíamos que tenía su móvil y dinero para un Uber. ¡*Hablaba!*

—¿Y se entendía lo que decía? —pregunta Billy—. ¿Podía mantener una conversación? Dime que sí si tienes cojones.

Hank no dice que sí. Se echa a llorar, lo que revela a Billy que la respuesta es muy distinta.

Billy llama a Alice. No obliga a Hank a decirle que es un mierda inútil, porque las lágrimas de este dejan claro que eso ya lo sabe. Solo le pide que se disculpe. Cosa que Hank hace con aparente sinceridad. Si eso sirve de algo.

Billy se vuelve hacia Donovan.

—Ya solo quedas tú.

Los libertinos compañeros de piso están amedrentados. Nadie va a echar a correr hacia la puerta, porque saben que el intruso de la máscara los derribaría si lo intentaran. Billy se acerca al maletín del ordenador y saca la batidora de mano Magic Wand. Es un cilindro de acero inoxidable estilizado, de unos veinte centímetros de largo. El cable eléctrico, enrollado,

forma un pulcro lazo que se halla sujeto mediante dos alambres plastificados.

—Veréis lo que he pensado —dice Billy—. Que los hombres no saben lo que es ser violados a menos que los violen a ellos. Tú, Donovan, estás a punto de probar una imitación aceptable de esa experiencia.

Donovan intenta levantarse al instante del sofá biplaza, y Billy lo obliga a sentarse otra vez de un empujón. Cuando cae, el cojín emite un sonido similar a un pedo. Martinez y Flanagan, inmóviles, se limitan a mirar la batidora con los ojos desorbitados.

—Lo que tienes que hacer es levantarte, bajarte los pantalones y los calzoncillos, y tumbarte boca abajo.

—¡No!

Donovan se ha quedado pálido. Tiene los ojos aún más abiertos que sus compañeros de piso. Billy no preveía una obediencia inmediata. Se saca el Ruger de debajo del cinturón. Se acuerda de Pablo Lopez, una de las bajas del pelotón en la Casa de la Risa. Lopez Pie Grande se sabía de memoria un diálogo de Harry el Sucio, aquel en el que Harry al final dice: «Tienes que hacerte una pregunta: ¿me siento con suerte? Pues bien, ¿te sientes así, desgraciado?». Billy no se acuerda de todo, pero sí de lo esencial.

—Esta arma no es mía —dice—. La he cogido prestada. Sé que está cargada, pero no sé cuál es la munición. No lo he comprobado. Si no te bajas los pantalones y te tumbas boca abajo, te dispararé en el tobillo. A quemarropa. Así que tienes que hacerte una pregunta: ¿punta hueca o redonda? Si las balas son de punta dura, probablemente volverás a andar, pero solo después de mucho dolor y terapia, y cojearás el resto de tu vida. Si son de punta blanda, despídete de la mayor parte del pie. O sea, este es el trato: o pruebas suerte con la bala o te dejas encular. Tú eliges.

Donovan balbucea. Sus lágrimas no despiertan compasión en Billy; le despiertan el deseo de darle un culatazo en la boca con el Ruger y ver cuántos de esos dientes de anuncio de dentífrico le saltan.

—Te lo diré de otra manera. O soportas un dolor y una humillación breves o arrastras el pie izquierdo durante el resto de tu vida. En el supuesto de que los médicos no te lo amputen. Tienes cinco segundos para decidirte. Cinco... cuatro...

Al llegar a tres, Tripp Donovan se pone en pie y se baja los pantalones. La polla se le ha quedado del tamaño de un fideo y los huevos apenas se le ven.

—Oye, ¿tienes que...? —empieza a decir Martinez.

—Cállate —dice Hank—. Se lo merece. Probablemente nos lo merecemos todos. —Dirigiéndose a Billy, dice—: Solo para que lo sepas, yo no se la metí, solo se la restregué en la barriga.

—¿Te corriste? —Billy conoce la respuesta a esa pregunta.

Hank baja la cabeza.

Donovan está tendido en la moqueta. Tiene el culo blanco, las nalgas apretadas.

Billy apoya una rodilla en el suelo al lado de la cadera del hombre.

—Te conviene quedarte quieto, Donovan. O al menos lo más quieto posible. Puedes darme las gracias por no enchufar esta cosa. Me lo he planteado, créeme.

—Te voy a joder —dice Donovan entre sollozos.

—El único al que van a joder hoy eres tú.

Billy apoya el extremo de la batidora en la nalga derecha de Donovan. Este se revuelve, con la respiración agitada.

—Mientras compraba, he pensado en llevarme algún mejunje... ya me entiendes, loción corporal, aceite de masaje o incluso vaselina... pero lo he

descartado. Alice no dispuso de lubricante, ¿verdad? A no ser que te escupieras en la mano antes de metérsela.

—No, por favor —suplica Donovan, sollozando.

—¿Eso dijo Alice? Seguramente no, seguramente estaba demasiado grogui para decir nada. Pero no me cabe duda de que lo habría dicho si hubiera podido. Allá vamos, señor Donovan. Quédate quieto. No voy a decirte que te relajes y disfrutes.

12

Billy no lo alarga tanto como se proponía. No tiene valor para seguir. Ni estómago. Al acabar, toma fotografías de Tripp y los otros dos con el móvil. A continuación extrae la batidora de Tripp, limpia las huellas y la tira al suelo. El cilindro rueda por debajo de la mesa redonda donde se encuentra el ordenador de Martinez.

—Quedaos todos donde estáis. Esto casi ha terminado, no la caguéis en el tramo final.

Billy entra en la cocina y coge un cuchillo de mondar. Cuando vuelve, ninguno de ellos se ha movido. Le dice a Hank Flanagan que tienda las manos. Hank obedece, y Billy corta la brida que se las sujeta.

—Oye —dice Hank, visiblemente cohibido—. Has perdido la peluca.

Es verdad. La peluca rubia está junto al zócalo, como un pequeño animal muerto. Un conejo, quizá. Debe de habersele desprendido cuando Donovan se ha abalanzado sobre él y Billy lo ha empujado contra la puerta. ¿Se ha acordado de asegurársela con adhesivo antes de salir del piso del sótano? Billy no lo recuerda, pero supone que no. No intenta ponérsela,

porque la máscara es una dificultad añadida; se limita a sostenerla en la mano con la que no empuña el Ruger GP.

—He tomado fotografías de todos vosotros, pero como Donovan es el único con una batidora metida en el culo, es la estrella del espectáculo. No creo que aviséis a la policía, porque tendríais que explicar por qué he entrado en esta casa y me he marchado sin llevarme dinero u objetos de valor, pero si *decidierais* inventaros alguna historia que no incluya una violación en grupo, esta foto aparecerá en internet. Junto con una explicación. ¿Alguna pregunta?

No hay preguntas. Es hora de que Billy se marche. Puede guardarse la máscara y ponerse la peluca de camino al vestíbulo de la segunda planta. Pero quiere decir una cosa más antes de irse. Se siente obligado. Lo primero que acude a su cabeza es una pregunta: ¿Ninguno de vosotros tiene hermanas? Y sin duda tienen madres, incluso Billy tuvo una, pese a que no hacía muy bien su trabajo. Pero sería una pregunta retórica. Predicar, no aleccionar.

—Debería daros vergüenza —dice Billy.

Se marcha. Mientras recorre el pasillo a toda prisa, se quita la máscara y la guarda en el maletín del ordenador sin cerrar. Piensa que en realidad él no es mucho mejor que esos hombres. Todos son harina del mismo costal. Pero pensar así no sirve de nada. Lo que se dice mientras se pone la peluca y trota escaleras abajo es que debe aceptarse tal como es y sacar el mayor provecho. Resulta un pobre consuelo, pero es mejor que nada.

Alice debía de estar esperándolo junto a la puerta de su habitación, porque cuando llama Billy, abre al instante. Y lo abraza. Él se sorprende un momento y hace ademán de apartarse, pero al ver la expresión dolida en la cara de Alice, le devuelve el abrazo. Salvo por algún que otro abrazo de camaradería sin ningún valor de personas como Nick y Giorgio, hace mucho tiempo que no recibe un abrazo de verdad. De pronto cae en la cuenta de que eso no es cierto: lo abrazó Shanice Ackerman. Esos eran buenos, y este, también.

Pasan adentro. Billy ya le ha dicho que estaba bien al llamarla desde el coche después de salir de Landview Estates, pero Alice vuelve a preguntárselo ahora y él repite la respuesta.

—¿Y te has... ocupado de ellos?

—Sí.

—¿De los tres?

—Sí.

—¿Me conviene saber cómo?

—Ninguno va a necesitar ir al hospital, pero los tres han pagado un precio. Dejémoslo en eso.

—Bien, pero ¿puedo hacerte una pregunta que ya te hice?

Billy dice que sí.

—¿Lo has hecho por mí o por tu hermana?

Billy se detiene a pensarlo y responde:

—Creo que por las dos.

Ella mueve la cabeza en un gesto de asentimiento, como dando el caso por cerrado.

—Se diría que por esa peluca ha pasado un huracán. ¿Tienes un peine?

Sí que tiene, en el neceser. Alice se acomoda la peluca sobre los dedos extendidos y empieza a peinarla con pasadas enérgicas.

—¿Vamos a quedarnos aquí esta noche?

Billy se ha planteado esa opción durante el corto camino de regreso.

—Creo que sería lo más conveniente. Dudo que haya que preocuparse por que los Tres Chiflados llamen a la poli. —Está pensando en las fotos del móvil—. Y empieza a hacerse tarde.

Alice deja de peinar y lo mira fijamente.

—Llévame contigo cuando te vayas. Por favor. —Confunde el silencio de Billy con renuencia—. Aquí no me retiene nada. No puedo volver a mis clases de gestión administrativa y a servir capuchinos. No después de todo esto. Tengo que largarme de esta ciudad. Tengo que empezar de cero en otro sitio. Por favor, Dalton. *Por favor.*

—De acuerdo. Pero llegará un punto en el que nuestros caminos se separarán. Eso lo entiendes, ¿no?

—Sí. —Sostiene en alto la peluca—. ¿Mejor?

—Pues sí. Y los amigos me llaman Billy. ¿Vale?

Ella sonríe.

—Vale.

Hay un Slim Chickens a quinientos metros por la carretera de servicio. Billy se acerca en coche y vuelve con comida y batidos. Le complace la forma en que ella mantiene la vista fija en su bocadillo de pollo y beicon, planeando el bocado siguiente mientras aún mastica el anterior. Billy no tiene la menor idea de por qué, pero le gusta. Ven las noticias locales. Solo en una se menciona el asesinato del juzgado. No es nada nuevo, apenas dos minutos de relleno antes del parte meteorológico. El mundo sigue adelante.

—¿Estarás bien esta noche?

—Sí. —Como para demostrarlo, le roba una patata frita.

—Si notas que te falta el aliento...

—«El picnic de los ositos de peluche», ya sé.

—Y si eso no da resultado, da unos golpes en la pared. Vendré.

—De acuerdo.

Billy se pone en pie y tira los restos de la cena.

—Entonces te doy las buenas noches. Tengo cosas que hacer.

—¿Vas a trabajar en tu historia?

Billy mueve la cabeza en un gesto de negación.

—Otras cosas.

Alice parece preocupada.

—Billy... no te largarías en plena noche y me dejarías aquí plantada, ¿verdad?

Es un giro tan extremo en la conversación que él no puede evitar reírse.

—No, no voy a hacer una cosa así.

—Prométemelo.

Él contrae el dedo pequeño como a veces hacía con Shan y a menudo con Cathy.

—El juramento del meñique.

Ella contrae el suyo, sonriente, y los entrelazan.

—Acuéstate temprano porque tendremos que madrugar. Será un largo viaje.

Ahora lo único que le queda por hacer es averiguar adónde irán.

3

En su habitación al otro lado de la habitación, escribe un mensaje a Bucky Hanson.

¿Puedo ir a donde estás tú? Mejor dicho, podemos, me acompaña una persona. Es de fiar, pero necesitará una nueva identidad. No nos quedaremos mucho tiempo. Cuando reciba el resto de lo que se me debe, tendrás lo que te prometí.

Lo envía y espera. Su relación con Bucky se remonta casi al principio. Billy confía plenamente en él y cree que la confianza es mutua. Además, un millón de dólares es mucha pasta.

Al cabo de cinco minutos, suena el móvil con un mensaje de texto.

SCOTS en directo Skipper's Smokehouse 2007 69 El Camino YT. Borrar y NC.

No se comunicaban de esa manera desde hacía años, pero Billy recuerda qué significa NC: «No contestar». Si Bucky se toma tantas molestias, quiere decir que está siendo muy muy cauto. Quizá se ha enterado de algo. Si es así, no es nada bueno.

Billy también sabe interpretar SCOTS. Se refiere a los Southern Culture on the Skids, el grupo preferido de Bucky. «69 El Camino» es una de sus canciones. Billy va a YouTube e introduce «SCOTS en directo en Skipper's

Smokehouse». Southern Culture on the Skids debe de haber actuado en ese local en concreto muchas veces a lo largo de los años, porque salen más de cuarenta vídeos de varias canciones. Cinco corresponden a «69 El Camino», pero solo hay uno de 2007. Billy lo selecciona, aunque no lo reproduce. Es un vídeo borroso grabado con un teléfono móvil, el sonido será lamentable, y lo que él anda buscando no es música.

Tiene poco más de cuatro mil visitas y cientos de personas han dejado comentarios. Billy los desliza hasta llegar al último, cuyo nombre de usuario es Hanson 199. Se ha publicado hace dos minutos.

Gran tema, dice el comentario. Los vi interpretar una versión de diez minutos de puta madre en el Edgewood Saloon de Sidewinder.

Billy añade su propio comentario, con el nombre Taco04. Es breve. **¡Espero verlos pronto!**

Borra su mensaje a Bucky y la respuesta de Bucky sobre el vídeo de los SCOTS y luego entra en Google. En el territorio continental de Estados Unidos solo hay un pueblo que se llame Sidewinder. Está en Colorado. No hay ningún Edgewood Saloon allí, pero sí una calle que se llama Edgewood Mountain Drive.

Envía un mensaje a Alice: **Salimos a las 5 h, ¿vale?**

La respuesta —**recibido**— llega de inmediato.

Billy descarga una aplicación en uno de los portátiles AllTech. Tarda un rato porque el wifi de Penny Pines da pena. Cuando se completa la descarga, lee durante una hora y luego se da una larga ducha con agua caliente. Pone la alarma del móvil antes de acostarse, pese a que sabe que no la necesitará. Sueña con Lalafaluyah. Nada nuevo a ese respecto.

Aún no ha amanecido cuando cargan sus escasas pertenencias en el asiento trasero del Fusion. Billy coloca uno de los AllTech baratos en la consola entre los asientos delanteros y lo enchufa a la toma de corriente.

—Ya sabía yo que alguna de estas baratijas sería muy útil tarde o temprano.

—¿En serio? —Alice aún parece medio dormida.

—No, pero a veces uno tiene suerte.

Mientras ella se pone el cinturón de seguridad, Billy abre la aplicación que descargó anoche. Se oye un chirrido, similar al que emitían los módems antiguos al conectarse. Baja el volumen.

—¿Para qué es eso?

Billy se inclina hacia delante y señala un discreto panel situado a la izquierda de la guantera, muy abajo.

—Eso es el OBD, el diagnóstico de a bordo. Hace todo tipo de cosas, y como esto es un coche de alquiler, una de las cosas que hace es indicar nuestra ubicación si alguien desea comprobarla desde el concesionario. Y la comprobarán en cuanto crucemos la línea divisoria del estado, porque está programado para enviar una notificación. La aplicación es un inhibidor de frecuencia. Si alguien lo comprueba, pensará que el OBD se ha escacharrado.

—O eso esperas tú que piense.

—Las probabilidades son altas —contesta Billy—. ¿Estás lista? ¿No quieres echar un último vistazo a la habitación?

—Estoy lista. —Ya está totalmente despierta—. ¿Adónde vamos?

—A Colorado.

—Colorado, Dios mío. —Por su tono de voz en ese momento, aparenta ser aún más joven—. ¿A cuánto está de aquí?

—Más de mil quinientos kilómetros. Dos días de viaje.

Alice sonríe.

—Entonces será mejor que nos pongamos en marcha.

—Entendido —dice Billy, y acciona la palanca de marchas del Fusion.

Al cabo de cinco minutos viajan por la autopista en dirección oeste.

5

Paran a repostar y a comprar comida en Muskogee, la ciudad que hizo famosa Merle Haggard. Alice ha estado entretenida con el AllTech e indica a Billy el camino para llegar al centro comercial Arrowhead. Una vez allí, señala un edificio con toldos de un color naranja vivo.

—¿Qué es Ulta? —pregunta Billy.

—Una tienda de maquillaje. Entra tú. Yo no quiero que me vean con esta cara.

A Billy no le extraña. Es una persona joven y sana, y los hematomas han empezado a diluirse, pero aún salta a la vista que alguien le ha puesto la mano encima en el pasado reciente. Alice le dice qué comprar y él lo compra. El producto básico es un maquillaje corrector llamado Dermablend. Es más barato que la píldora del día después, pero cuando añade la brocha y los polvos fijadores, la cuenta sube a casi ochenta pavos.

—Me estás saliendo cara —comenta cuando le entrega la bolsa.

—Espera a ver los resultados.

Adopta un tono coqueto. Eso a Billy le gusta. Alice ha recorrido un largo camino desde el día que no soportaba mirarse en el espejo... pero aún le queda un buen trecho para volver a ser la que era. Esa tarde se queda dormida mientras siguen viaje hacia el noroeste, y al cabo de una hora

aproximadamente la oye gimotear. Alza las manos en actitud defensiva. Golpea el salpicadero con una de ellas y despierta con un jadeo. Luego otro. Y un tercero, esta vez llevándose la mano al cuello.

—¡«El picnic de los ositos de peluche», enseguida! —dice Billy. Ya ha empezado a aflojar la marcha y desviarse hacia el arcén.

—Estoy bien, sigue. Ya estoy bien. Solo ha sido una pesadilla.

—¿Qué has soñado? —pregunta Billy al tiempo que quita el intermitente y se reincorpora al carril.

—No me acuerdo.

Miente, pero no pasa nada.

6

Paran a hacer noche en Protection, un pueblo de Kansas, porque se encuentra casi a medio camino, pero también porque a los dos les gusta la idea de alojarse en un motel llamado Protection. Esta vez Alice acompaña a Billy cuando va a recepción, y el hombre sentado tras el mostrador apenas la mira. Quizá una mujer sí se habría fijado en ella, piensa Billy. El maquillaje cumple su función y se lo ha aplicado con destreza, pero no es del todo perfecto. Le pregunta si quiere que vaya a comprar comida preparada y Alice mueve la cabeza en un gesto de negación. Está preparada para presentarse en público, y eso también es bueno. Comen en Don's Place, que es casi el único sitio de Protection en lo que se refiere a comida. El menú se reduce en esencia a hamburguesas y perritos calientes empanados.

—Ese hombre al que vamos a ver... —dice Alice—. ¿Cómo es?

—Bucky ya tiene entre sesenta y cinco y setenta años. Flaquísimo. Exmarine. Vive básicamente de cerveza, tabaco, cecina y rock and roll. Se le dan bien los ordenadores, tiene muchos contactos y ayuda a montar bandas.

—¿Bandas?

—Atracadores profesionales. Nada de críos, nada de yonquis, nada de pistoleros descontrolados. Es en parte representante, en parte cazatalentos.

—En los bajos fondos.

Billy sonríe.

—No sé si los bajos fondos aún existen. Creo que eso prácticamente se acabó con la era de la informática.

—Y encuentra trabajos a personas como tú. —Baja la voz—. Asesinos a sueldo.

Que Billy sepa, él es el único asesino a sueldo con el que trabaja Bucky, pero no lo desmiente. ¿Cómo iba a desmentirlo si es verdad? Podría repetirle que solo mata a personas que merecen morir, pero ¿para qué molestarse? Ella tal vez se lo ha creído, tal vez no. En cualquier caso, es una cuestión discutible. No puede cambiar su pasado, pero se propone cambiar su futuro. También tiene intención de cobrar su sueldo. Se lo ha ganado.

—Bucky tendrá documentos de identidad para ti, creo. Es una de las cosas a las que se dedica. Podrás ser una persona nueva. Si quieres.

—Sí quiero. —No se detiene a pensárselo—. Aunque en algún momento supongo que me gustaría volver a llamar a mi madre. —Deja escapar una breve risa y menea la cabeza—. ¿Sabes?, ni me acuerdo de la última vez que me llamó ella a mí. De verdad que no.

—Pero ¿has hablado con ella?

—Sí. Mientras estabas... hum, de visita en casa de Tripp y sus compañeros.

—No llegaste a decirle que te ibas a Cancún, ¿verdad?

Alice sonríe.

—Estuve tentada, pero no. Le dije que tenía un novio, y que rompimos cuando dejé los estudios, y que necesitaba un tiempo para pensar qué hacer a continuación.

—¿Y le pareció bien?

—Hace mucho tiempo que no le parece bien nada de lo que hago. ¿Podemos cambiar de tema, por favor?

7

Al día siguiente no hacen más que viajar, casi todo el tiempo por la I-70. Alice, recuperándose aún del trauma físico y psicológico, duerme mucho. Billy piensa en la parte correspondiente a Faluya de su relato, ahora guardado en un lápiz USB en el maletín del ordenador. Eso lo lleva a Albie Stark, que hablaba de sacar su Harley del almacén cuando llegara a casa y viajar de Nueva York a San Francisco. «Pero paso de carreteras secundarias y esas gilipolleces», decía. «Haría todo el camino por autopista. La pondría a ciento treinta, y caña.» Albie no tuvo ocasión de hacerlo. Albie murió detrás de un taxi viejo y oxidado en Faluya, y sus últimas palabras fueron: «No es nada, solo me ha rozado». Pero acto seguido empezó a costarle respirar, como a Alice durante los ataques de pánico, y no pudo cantar siquiera la primera estrofa de «El picnic de los ositos de peluche».

Paran a repostar y a comer en Quinter, un pueblo pequeño de Kansas. Van a un Waffle Delite, y cuando salen del Fusion y se acercan, ven a un

par de agentes de la policía estatal sentados a la barra. Alice vacila, pero Billy sigue adelante y todo sale bien. Los polis apenas los miran.

—Si actúas con normalidad, por lo general ni se fijan en ti —dice Billy mientras regresan al coche.

—¿Por lo general?

Billy se encoge de hombros.

—A cualquiera puede ocurrirle cualquier cosa. Uno se arriesga y espera lo mejor.

—Eres un fatalista.

Billy se ríe.

—Soy realista.

—¿Hay alguna diferencia?

Se detiene con la mano en el tirador del Fusion y la mira. Alice no para de sorprenderlo.

—Puede que seas demasiado lista para la gestión administrativa —dice —. Creo que podrías aspirar a algo más.

8

Alice se vuelve a dormir, con el buche lleno de gofres y beicon. Billy le lanza algún que otro vistazo. Cada vez le gusta más. Le gusta quien es. ¿Dar un portazo a una vida y abrir la puerta a otra nueva sin más? ¿Cuántas personas harían una cosa así aun teniendo la posibilidad?

A eso de las cuatro despierta, se despereza y ahoga una exclamación. Mira a través del parabrisas con los ojos muy abiertos.

—¡Por mi santo gorro!

Billy se echa a reír.

—Esa no la había oído nunca.

—¡Son las Rocosas! ¡Dios mío, *fíjate!*

—Son impresionantes, desde luego.

—Las había visto en fotos, pero no es lo mismo. O sea, *aparecen* así de pronto.

Es cierto. Han atravesado cientos de kilómetros de llanuras y de repente ahí están.

—Pensaba que a lo mejor llegábamos hoy a casa de Bucky, y supongo que aún podríamos, pero no quiero adentrarme en las montañas ya de noche por la 19. Probablemente es una carretera con muchas curvas. —Lo que no le dice es que no querría que Bucky viera detenerse unos faros en su camino de acceso entre las diez y las doce. No después de mostrar tanta cautela al comunicarle su ubicación—. A ver si encuentras un motel que no sea de una cadena al este de Denver.

Alice utiliza el teléfono de Dalton con la destreza de la gente muy joven.

—Hay un sitio llamado Pronghorn Motor Rest. ¿Te parece lo bastante alejado de una cadena?

—Pues sí. ¿A qué distancia está?

—A unos cincuenta kilómetros. —Vuelve a teclear y deslizar pantallas—. Está en un pueblo llamado Byers. Tienen una competición de tiro al blanco seguida de un gran baile, pero no es hasta noviembre. Imagino que nos lo perderemos.

—Una lástima.

—Bueno —dice ella—, cosas que pasan. La vida es una fiesta, y las fiestas se terminan.

Billy la mira de soslayo, un poco sorprendido.

—¿Eso es F. Scott Fitzgerald?

—Prince —responde Alice—. Qué pasada de montañas, vaya espectáculo. En la puesta de sol, creo que no miraré. Se me podría partir el corazón. Y la única razón por la que estoy aquí es que esos hombres me violaron y me dejaron tirada bajo la lluvia. Supongo que todo ocurre por algún motivo.

Billy ha oído ese comentario muchas veces y siempre lo saca de quicio.

—Eso no lo creo. *Ni* lo creeré nunca.

—Vale. Perdona. —Parece un poco asustada—. No era mi intención...

—Creer eso equivaldría a creer que alguien o algo que llegaría en el futuro era más importante que mi hermana. Lo mismo con respecto a Albie Stark. Taco. Johnny Capps, que nunca volverá a andar. No hay ninguna *razón* para nada de eso.

Alice no contesta. Cuando Billy la mira, ella tiene la vista fija en sus manos, firmemente entrelazadas, y lágrimas en las mejillas.

—Vamos, Alice, no quería hacerte llorar.

—No me has hecho llorar —dice ella al tiempo que se limpia las mejillas para eliminar la prueba.

—Es solo que si hay Dios —añade Billy—, está haciendo un trabajo de mierda.

Alice señala al frente, hacia los dientes azules de las Rocasas.

—Si hay Dios, hizo esas montañas.

En fin, piensa Billy, a la chica no le falta razón.

En el Pronghorn Motor Rest encuentran habitaciones contiguas sin problema; a juzgar por el número de coches que hay en el aparcamiento,

Billy calcula que podrían disponer de todas las habitaciones del pasillo para ellos solos. Comen en un Burger Barn cercano. De vuelta en el motel, Billy conecta el lápiz USB que contiene su relato. Abre el documento y va al punto donde lo dejó: Taco entrega a Fareed el megáfono con el rótulo BUENOS DÍAS VIETNAM. Luego vuelve a cerrarlo. No es que tema escribir sobre lo que ocurrió en la Casa de la Risa, no exactamente, pero prefiere no hacerlo por entregas. Quiere estar en un sitio tranquilo donde verterlo como veneno de un frasco. No cree que le lleve mucho tiempo, pero esas horas serán *intensas*.

Se acerca a la ventana y se asoma. Frente a cada unidad hay un par de hamacas baratas. Alice, sentada en una, contempla las estrellas. Billy la observa durante largo rato mientras ella mira. No necesita un psiquiatra para que le diga qué representa Alice para él; es una versión de Cathy, solo que mayor. Tal vez un psiquiatra también sostendría que es Robin Maguire, también conocida como Ronnie Givens, de la Casa de la Pintura Interminable, pero no sería cierto, porque él quería follarle a Robin, muchas noches se la peló con esa vana fantasía, y no quiere follarle a Alice. Siente afecto por ella, y eso significa más que follar.

¿Es peligroso ese afecto por ella? Claro que sí. ¿Es igual de peligroso el afecto que Alice ha acabado sintiendo por él, la forma en que confía en él, depende de él? Claro que sí. Pero verla ahí sentada, mirando a las estrellas, eso significa algo. Podría no ser así si las cosas se tuercen, pero en este momento es así. Él le ha entregado las montañas y las estrellas, no en propiedad, pero sí al menos para mirarlas, y eso significa mucho.

Salen temprano y circunvalan Denver a las ocho de la mañana. Es terreno llano. Cruzan Boulder a las nueve menos cuarto. También llano. De pronto, *pum*, están en las montañas. La carretera es tan tortuosa como Billy preveía. Alice permanece erguida, con la cabeza como una veleta y los ojos muy abiertos mientras contempla los profundos despeñaderos a su derecha y las escarpadas pendientes boscosas a su izquierda. Billy lo entiende. Es una chica de Nueva Inglaterra que ha hecho una excursión breve y, en última instancia, desagradable al medio sur, y todo esto es nuevo para ella, todo asombroso. Billy nunca creerá que tenía que acabar violada para llegar aquí, a las estribaciones de las montañas Rocosas, pero le alegra que ella pueda creerlo. Le gusta su asombro. No, le encanta.

—Podría vivir aquí —dice Alice.

Cruzan Nederland, un pueblecito que parece tan solo un anexo a un amplio centro comercial de los alrededores. El aparcamiento está abarrotado. Billy, que puede creérselo casi todo, tendría serias dificultades para creerse que a principios de la primavera del año siguiente ese aparcamiento estará casi vacío en un día laborable, con la mayor parte de las tiendas cerradas.

—Tengo que entrar ahí —dice Alice, y señala. Le asoman unas manchas de color a las mejillas—. En la farmacia.

Billy accede al aparcamiento y encuentra una plaza libre.

—¿Te pasa algo?

—No, pero voy a tener una visita de mi amiga. Se ha adelantado dos semanas, pero ya lo noto. Retortijones.

Billy recuerda el prospecto que acompañaba la píldora del día después.

—¿Seguro que no quieres que vaya yo...?

—No, ya voy yo. No tardaré. Dios, espero no mancharme estos pantalones.

—Si se te manchan, compraremos... —«Unos nuevos» es como pretendía acabar la frase, pero ella ya ha salido del coche y se dirige apresuradamente, casi corriendo, hacia Walgreens. Vuelve al cabo de unos minutos con una bolsa.

Billy le pregunta si se encuentra bien. Ella, casi con tono cortante, responde que está perfectamente. Fuera del pueblo llegan a un mirador y ella le pide que pare y estacione a cierta distancia de los otros pocos coches. Luego le dice que mire en otra dirección. Billy obedece y ve a un loco volar en ala delta por encima de un barranco profundo como una cuchillada. Desde esa distancia, el tipo parece casi inmóvil. La oye revolverse, bajarse la cremallera, los crujidos de la bolsa, más crujidos cuando retira el papel de lo que necesita —una compresa, supone él, no le convenía probar a ponerse un tampón, todavía no— y luego otra vez la cremallera.

—Ya puedes mirar.

—No, mira *tú* —dice Billy, y señala el ala delta. El tipo lleva un maillot de color rojo vivo y un casco amarillo que no le servirá para una mierda si se estampa contra la ladera de la montaña.

—¡Ay... *Dios...*! —Alice se protege los ojos del sol con la mano.

—Por no hablar de tu santo gorro.

Alice sonríe. Es una sonrisa de verdad. Muy grata de ver. Repite:

—Podría vivir aquí.

—¿Y hacer *eso*? —Billy señala.

—Quizá eso no. —Guarda silencio y se lo piensa—. Pero quizá sí.

—¿Preparada para ponernos en marcha? ¿Todo listo y a punto?

—Recibido, alto y claro —contesta Alice, espontánea a más no poder.

Billy se alegra de haber dejado el último tramo para hoy, porque les cuesta otras dos horas llegar a Sidewinder. Aquí no hay centro comercial, sino una sola calle llena de tiendas de souvenirs, restaurantes, tiendas de ropa con prendas del oeste y bares, muchos bares, con nombres como Rough Rider Saloon, Boots 'N Spurs, Homestead y 187. No hay ningún Edgewood Saloon, pero Billy tampoco lo esperaba.

—Un nombre curioso para un bar —comenta Alice, señalando el 187.

—Pues sí —coincide Billy, pero a juzgar por la fila de motos aparcadas delante, el nombre no le extraña en absoluto. El 187 es el número con el que se designa el asesinato en el Código Penal de California.

Alice utiliza el teléfono de Billy para navegar, porque el inhibidor bloquea tanto la señal del localizador como la del GPS del Fusion.

—Otro par de kilómetros o poco más. A la izquierda.

Al cabo de dos kilómetros salen del pueblo. Billy reduce la marcha y ve el indicador de Edgewood Mountain Drive. Gira. Pasan por delante de casas bonitas y chalets de estilo suizo alejados de la acera, muchos con cadenas en los caminos de acceso porque aún faltan seis semanas para la temporada de esquí. En el número 108 de Edgewood termina el asfalto. La carretera, antes lisa, pasa a estar primero salpicada de baches y después de verdaderos socavones. Billy toma una doble curva cerrada y atraviesa con el Fusion una hondonada allí donde el agua se ha llevado el paso sobre una alcantarilla. Esta vez el coche se balancea de tal modo que se les traban los cinturones de seguridad.

—¿Seguro que es por aquí? —pregunta Alice.

—Seguro. Buscamos el 199.

Alice consulta el teléfono.

—Aquí dice que ese número no existe.

—No me sorprende.

A menos de un kilómetro acaba la carretera de tierra y empieza un camino cubierto de hierba; en el lomo entre las roderas crecen flores silvestres. Billy piensa que quizá sea lo que queda de una antigua pista maderera. Los árboles se les echan encima. Las ramas azotan los costados del Fusion. La pendiente aumenta. Billy esquiva afloramientos de roca que dejó al descubierto la última glaciación. Alice parece cada vez más intranquila.

—Si esto queda cortado de pronto, vas a tener que volver marcha atrás tres kilómetros, porque no hay ningún sitio para...

Billy traza una curva aún más cerrada que las anteriores, y el camino *en efecto* termina. Justo enfrente se alza una casa de troncos cuyo extremo, sostenido en pilotes que parecen postes telefónicos aserrados, sobresale por encima de una cuesta pronunciada. Hay un Jeep Cherokee estacionado bajo un porche abierto. Billy oye el sonido de un generador, grave pero fuerte y uniforme, procedente de algún lugar en la parte de atrás.

Billy y Alice se apean y miran hacia el porche protegiéndose los ojos del sol con las manos. Bucky Hanson se levanta de la mecedora en la que estaba sentado y se acerca a la baranda, hecha también con troncos. Lleva una gorra de los Rangers de Nueva York y fuma un cigarrillo.

—Eh, Billy. Pensaba que te habías perdido.

—Ella también lo pensaba. Bucky, te presento a Alice Maxwell.

—Encantado de conocerte, Alice. Y vaya, Billy, dichosos los ojos. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos las caras?

—Cuatro años por lo menos —dice Billy—. Quizá cinco.

—Bueno, subid. La escalera está a un lado. ¿Tenéis hambre?

Billy temía que su mediador y agente desde hace tantos años pudiera tomarse a mal que llevara a una desconocida hasta este lugar, a todas luces un refugio para situaciones de emergencia, pero Bucky trata a Alice con amabilidad. No llega al punto de decir que los amigos de Billy, etcétera, pero lo deja claro, y ella, tras unos momentos iniciales de timidez (o acaso cautela), se relaja. Aun así, procura permanecer cerca de Billy.

La cocina, espaciosa y soleada, está en orden. Bucky calienta unos macarrones con queso en el microondas.

—Me encantaría prepararos unos huevos rancheros, no se me dan del todo mal, pero todavía no estoy instalado al cien por cien. Tengo que acabar de aprovisionarme. Después me apoltronaré sin más hasta que este asunto llegue a su conclusión. Una conclusión feliz sería lo ideal.

—Te he metido en un lío, y lo siento —dice Billy.

Bucky le resta importancia con un gesto.

—Yo medié en el trato y conocía los riesgos. —Coloca ante ellos sendos cuencos humeantes—. ¿Y tú qué cuentas, Alice? ¿Cómo conociste a este veterano de la guerra de Georgie Bush?

Alice baja la vista y la fija en sus macarrones con queso como si los encontrara fascinantes. Se sonroja.

—Supongo que podríamos decir que me recogió en la calle.

—¿Es así? Ya. ¿Te ha enseñado el número del tonto? Es digno de verse. Hazle una demostración, Billy.

A Billy no le apetece. Alice no tiene nada que ver con zoquetes como Nick y Giorgio. Pero Bucky les ha proporcionado un sitio donde quedarse durante un tiempo, y a Billy no le parece bien negarse a una petición tan sencilla. Sin embargo, puede ahorrárselo.

—Ya lo he visto. —Alice se interrumpe y luego añade—: Por así decirlo.

Antes de centrarse de nuevo en la comida, lanza a Billy una mirada, una fugaz, pero a él le basta para tener la certeza de que se refiere a la primera parte de su relato. La parte que escribió sabiendo que Nick o Giorgio probablemente leían por encima de su hombro.

—Es genial, ¿no? —dice Bucky. Va a por su propio cuenco y se sienta—. Billy se lee todos los libros difíciles, pero también es capaz de decirte los nombres de todos los chicos del instituto de Riverdale y cómo consiguió Batman la capa.

Qué demonios, piensa Billy, por una pequeña muestra no pasa nada. Agrandando los ojos y, hablando despacio, dice:

—Esa parte no la conozco, la verdad.

Bucky se ríe y señala a Billy con el tenedor, con un macarrón ensartado aún en una púa.

—Tío, no pierdes facultades.

Se vuelve hacia Alice.

—Te recogió en la calle, así sin más, ¿eh? ¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Que me salvó la vida.

Bucky enarca las cejas.

—¿Ah, sí? Quiero oír hasta el último detalle de esa historia. De esa historia y de todo lo demás, de hecho. En especial, qué salió mal.

Billy se detiene a pensarlo.

—Todo menos Alice —dice, y se echa a reír. No puede evitarlo.

Vuelve a empezar por el momento en que Frank Macintosh y Paulie Logan lo recogieron en el hotel, y sigue hasta el final, omitiendo solo la última parte, que zanja diciendo que unos individuos maltrataron a Alice y él se ocupó de ellos.

Bucky no le pregunta cómo. Se limita a recoger los platos, los lleva al fregadero y abre el agua caliente. La casita de la punta de Edgewood Mountain Drive tiene microondas y antena parabólica en el tejado, pero no lavavajillas.

—Ya los friego yo —se ofrece Alice al tiempo que se pone en pie.

—De eso nada —contesta Bucky—. Son solo unos pocos, y dejaré la cazuela en remojo. Ese queso endurecido es un horror. Billy, ¿hasta cuándo quieres quedarte? Lo pregunto solo porque, si vais a estar aquí mucho tiempo, tendré que hacer una escapada al King Soopers.

—No lo sé, pero con mucho gusto haré yo la compra.

—Yo también voy —dice Alice—. Solo tenéis que darme una lista. —Mira dentro de la nevera—. Hacen falta verduras.

Bucky no presta atención. Desde el fregadero, de espaldas a ellos, dice:

—Te van detrás, Billy. No solo la organización de Nick, sino también otras cuatro de la competencia, más Dios sabe cuántos independientes. Se trata de una de esas ocasiones, poco comunes pero no insólitas, en las que concuerdan los intereses de todas las partes. Eres uno de los principales temas de conversación en ciertos chats donde te llaman señor Summerlock.

—Combinación de Billy Summers y David Lockridge —deduce Billy.

—Exacto.

—¿Habla alguien de Dalton Smith en esos chats?

Dios mío, no, por favor, piensa.

—Por el momento, que yo sepa, Dalton Smith sigue a salvo, pero esos individuos tienen acceso a las mejores agencias de investigación, organizaciones que dejan al FBI como una panda de catetos, y si has dejado algún cabo suelto, el más mínimo, Dalton Smith está perdido.

Bucky se da la vuelta ante el fregadero y, mientras se seca las manos enrojecidas con un paño de cocina, mira fijamente a Alice. No tiene que decir nada para dejar claro lo que piensa.

—Ella no es un cabo suelto —asegura Billy—. Cuando me marche de aquí, seguirá su camino con otra identidad. Si tú puedes conseguirle la documentación, claro.

—Ah, eso sí puedo hacerlo. Ya me he puesto con ello. No hay nada como internet cuando está conectado a un equipo de última generación. —Vuelve a la mesa y se sienta—. ¿Cómo verías llamarte Elizabeth Anderson?

Alice parece sorprenderse, pero enseguida esboza una sonrisa vacilante.

—Bien, supongo. ¿No puedo escoger mi propio nombre?

—Mejor que no. Fácilmente elegirías uno que tuviera alguna relación con tu pasado. Tampoco lo he elegido yo. Ha sido el ordenador. Una web que se llama Name Generator. —Mira a Billy—. Si tú confías en ella, a mí me vale. ¿Y esos Jensen? ¿O el agente inmobiliario? ¿Tienen la menor sospecha de que en realidad no eras Dalton Smith?

Billy niega con la cabeza.

—Entonces estás limpio, y es bueno, porque han puesto precio a tu cabeza.

—¿Cuánto?

—En los chats se habla de seis millones de dólares.

Billy se queda boquiabierto.

—¿Estás de coña? ¿Por qué? ¡Solo me pagaban dos por hacer el trabajo!

—No lo sé.

Alice vuelve la cabeza de uno a otro como si estuviera viendo un partido de tenis.

Bucky dice:

—El asunto está en manos de Nick, pero no creo que sea su dinero, como tampoco lo era el dinero que se te prometió.

Billy apoya los codos en la mesa y se lleva a la cara los puños semicerrados.

—¿Quién paga seis millones de dólares por matar a un asesino a sueldo que mató a otro asesino a sueldo?

Bucky se ríe.

—Apúntate ese trabalenguas. Está a la altura de los tres tristes tigres.

—¿Quién? ¿Y por qué? Joel Allen no era *nadie*, que yo sepa.

Bucky mueve la cabeza en un gesto de negación.

—No lo sé. Pero seguro que Nick Majarian sí. Quizá tengas ocasión de preguntárselo.

—¿Quién es Nick Majarian? —pregunta Alice.

Billy exhala un suspiro.

—Benjy Compson. El tipo que me metió en este lío.

Lo que en cierto modo es mentira. Se metió en todo este lío él solo.

Al final Billy decide que Alice y él se quedarán con Bucky tres días, tal vez cuatro. Quiere acabar de escribir sobre la Casa de la Risa. Eso no le llevará mucho tiempo, pero también debe pensar en su siguiente paso. ¿Necesita otra arma larga, provista de mira, además del Ruger? No lo sabe. ¿Necesita otra arma corta, quizá una Glock con diecisiete balas, en lugar de esas

exiguas seis? No lo sabe. Pero un chupete para el Ruger podría venirle bien, pese a lo poco que le gustan. ¿Tendría ocasión de utilizarlo? Tampoco lo sabe, aunque Bucky le asegura que no le costaría conseguir un silenciador autoblocante para el GP. Si no le importa, claro, que sea de fabricación casera y pueda romperse después de unos cuantos disparos. Explica que en las montañas se encuentra toda clase de accesorios.

—Podría conseguirte un M249 si quisieras. Tendría que preguntar por ahí, pero conozco alguna gente a la que preguntar. Gente de fiar que puede mantener la boca cerrada.

En otras palabras, una ametralladora ligera de pelotón. Asalta a Billy un recuerdo breve pero vívido del Gran Joe Kleczewski de pie frente a la Casa de la Risa precisamente con esa arma. Niega con la cabeza.

—Quedémonos con el silenciador de momento.

—Silenciador para un Ruger GP, entendido.

Alice también dispondrá de sus papeles dentro de tres días, pero cuando Billy y ella van a Sidewinder a hacer la compra, Bucky le pide que compre tinte.

—Creo que para el carnet de conducir deberías teñirte de rubio. Pero déjate las cejas oscuras. Eso te quedaría bien.

—¿Tú crees? —Alice parece un tanto escéptica pero a la vez interesada.

—Sí. Estudiabas gestión administrativa, así que añadiré algún antecedente relacionado con eso. ¿Sabes taquigrafía?

—Sí. Hice un curso de verano en Rhode Island y aprendí bastante deprisa.

—¿Y sabes atender un teléfono? «Aquí Dignam, concesionario de Chevrolet, ¿con quién quiere que le ponga?»

Alice alza la vista al techo.

—Vale, al menos aptitudes básicas, y con la economía viento en popa, eso debería bastar. Añadamos ropa bonita, unos buenos zapatos y una sonrisa alegre, y no hay ninguna razón por la que Beth Anderson no pueda encontrar su espacio.

Pero a Bucky no le gusta la idea. Alice no lo percibe, pero Billy sí. Sencillamente no sabe por qué.

15

Van a hacer la compra, Billy con su peluca y unas gafas de sol que Bucky le encuentra en el revoltijo de cosas —lo que él llama equipaje de vagabundo— que todavía no ha sacado de las bolsas. En King Soopers, Billy paga en efectivo. Vuelven a Edgewood Mountain Drive, y a lo largo de los últimos tres kilómetros el Fusion avanza a trancas y barrancas y gruñe malhumorado.

Alice ayuda a Bucky a guardarlo todo. Él mira con ciertas reservas los plátanos que ella ha comprado, pero no dice nada. Una vez completada la tarea, Alice dice que ya está harta de reclusión y pregunta si hay algún problema en que dé un paseo. Bucky le dice que, si sale por la puerta de atrás, encontrará un camino que se adentra en el bosque.

—La pendiente es empinada, pero se te ve joven y fuerte. Puede que te convenga ponerte un poco de repelente de insectos. Mira en el cuarto de baño.

Alice vuelve aplicándose Cutter, remangada al estilo camionero. Las mejillas le brillan por efecto de la loción.

—No te preocupes por los lobos —comenta Bucky. A continuación, al ver la expresión de alarma de Alice, añade—: Es broma, chica. Los viejos

del lugar dicen que no se ven lobos por aquí desde los años cincuenta. Los cazaron a todos. A los osos también. Pero si llegas a poco más de un kilómetro y medio de aquí, encontrarás una vista espectacular. Al otro lado de un barranco de no sé cuántos kilómetros de ancho, verás un claro llano y amplio. Antes había un hotel, pero ardió hasta los cimientos hace muchas lunas. —Baja la voz—. Se contaba que estaba encantado.

—Vigila dónde pisas —aconseja Billy—. No vayas a romperte un tobillo.

—Iré con cuidado.

Cuando se va, Bucky se vuelve hacia Billy con una sonrisa.

—«Vigila dónde pisas, no vayas a romperte un tobillo.» ¿Tú qué eres, su padre? Desde luego tienes edad para serlo.

—No te me pongas freudiano. Solo somos amigos. No sabría explicarte cómo hemos llegado a eso exactamente, pero así es.

—Has dicho que la maltrataron. ¿Significa eso lo que yo creo?

—Sí.

—¿Todos?

—Dos. Uno de ellos se corrió en su barriga. O al menos eso dijo.

—Dios mío, se la ve tan... ya me entiendes, bien.

—No lo está.

—No. Claro que no. Es posible que nunca lo esté, no del todo.

Billy piensa que eso, como tantas ideas deprimentes, probablemente sea cierto.

Bucky coge dos cervezas y salen al porche delantero. Billy ha aparcado el Fusion debajo, morro con morro con el Cherokee.

—Al menos parece que está superándolo —comenta Bucky después de volver a acomodarse en su mecedora. Billy ha ocupado otra—. Tiene agallas.

Billy asiente.

—Sin duda.

—Y las caza al vuelo, como suele decirse. A lo mejor le apetecía dar un paseo, pero se ha marchado más que nada para que pudiéramos hablar.

—¿Tú crees?

—Sí. Puede ocupar la habitación libre mientras estéis aquí. He dejado ahí un montón de cosas mías, pero ya las sacaré. En la cama solo está el colchón y no sé si hay sábanas, pero he visto un par de mantas en un estante del armario. Para tres o cuatro noches bastará con eso. Como tú no duermes con ella, ocupa el desván. Ahí arriba la mayor parte del año te congelas o te asas, pero ahora mismo debe de ser perfecto. Tengo un saco de dormir en algún sitio. Quizá siga en la parte de atrás del Cherokee.

—Parece buen plan. Gracias.

—Es lo mínimo que puedo hacer por alguien que me ha prometido un millón de dólares. A no ser que hayas cambiado de idea al respecto.

—Eso sigue en pie. —Billy lanza una mirada de soslayo a Bucky—. No crees que vaya a conseguirlo.

—Quizá sí. —Bucky se saca un paquete de Pall Mall del bolsillo de la camisa (Billy no sabía que aún los vendieran) y se lo ofrece a Billy, que niega con la cabeza. Bucky se enciende el pitillo con un Zippo viejo con el emblema de la Infantería de Marina y el *Semper Fi* grabados en el costado—. Hace tiempo que aprendí a no subestimarte, William.

Permanecen un rato en silencio, dos hombres sentados en sus mecedoras en un porche. Billy pensaba que Pearson Street era un sitio tranquilo, pero, al lado de esto, Pearson Street era como el centro de una ciudad. A lo lejos alguien utiliza una sierra de cadena o tal vez sea una astilladora. Eso y el murmullo de una ligera brisa entre los pinos y los álamos son la única

banda sonora. Billy observa a un ave que planea con las alas inmóviles en el cielo azul.

—Deberías llevarla contigo.

Billy, sorprendido, se vuelve hacia él. Bucky tiene en el regazo un viejo cenicero de hojalata rebosante de colillas sin filtro.

—¿Cómo? ¿Estás loco? He pensado que podría quedarse aquí contigo mientras yo sigo la pista a Nick en Las Vegas.

—Podría, pero, en serio, deberías llevarla contigo. —Apaga el cigarrillo, deja el cenicero a un lado y se inclina hacia delante—. Ahora escúchame, porque no sé si antes me has prestado atención. *Hay tíos buscándote*. Tipos duros como ese Dana Edison al que has mencionado. Saben que la policía no te detuvo, saben que Nick te la pegó y saben que es muy probable que vayas en busca de lo que se te debe. Que se lo arrancarás de su propia carne si no puedes conseguirlo de otra manera.

—Como Shylock —susurra Billy.

—Eso no lo sé, no he visto la película, pero si crees que *eso* los despistará... —Echa una ojeada a la peluca rubia, que ciertamente está ya muy maltrecha y debe sustituirse—. Entonces es que se te ha secado la mollera. Saben que has cambiado de apariencia, si no, no habrías logrado salir de Red Bluff. Y si vas allí en coche, no hay muchas vías de acceso a Las Vegas. Estarán vigilándolas todas.

Todo eso tiene sentido, pero a Billy no le gusta la idea de poner a Alice en peligro. La idea era evitar que corriera peligro.

—Lo primero en lo que te convendría pensar es en la matrícula de ese coche tuyo. —Señala hacia el suelo y los vehículos aparcados debajo—. En esta zona del país se ven coches con matrícula del sur, pero no tantos.

Billy no contesta. Ha enmudecido al cobrar conciencia de su propia estupidez. Instaló el inhibidor de frecuencia para bloquear el ordenador de a

bordo del Fusion, pero ha exhibido esas llamativas placas por todo el Medio Oeste. Como un cartel que dijese: AQUÍ ESTOY.

Bucky no necesita leer el pensamiento, porque todo lo que ronda a Billy por la cabeza se refleja en su rostro.

—No te flageles por eso. Lo has hecho casi todo bien, y más para haber actuado tan deprisa.

—Basta con un error para acabar con la soga al cuello.

Bucky no discrepa. Se limita a encenderse otro cigarrillo y comenta que duda que estén buscando a Billy en sitios como Oklahoma o Kansas.

—Se concentrarán en el oeste. Eso lo tendrán bien controlado. Idaho, Utah, tal vez Arizona, pero sobre todo Nevada. Y en particular Las Vegas, ahí donde más.

Billy asiente.

—Además, si te hubieran visto y seguido el rastro, ya estarían aquí. — Bucky traza un gesto con la mano, dejando una estela de humo en el aire—. Un sitio aislado. Ideal para una cacería. Creo que estás a salvo, tienes las probabilidades de tu lado. Lo cual es bueno en otro sentido, porque los papeles de ese coche de alquiler están a nombre de Dalton Smith, ¿no?

—Sí.

—¿Tienes documentación con algún otro nombre?

Billy aún conserva su carnet de conducir y su Mastercard de David Lockridge, aunque de poco van a servirle.

—Nada que no esté quemado.

—Puedo proporcionarte algo, lo suficiente para salir del paso. Utilizaré Name Generator. Pero si te hago una tarjeta de crédito, no intentes utilizarla. Será solo para enseñarla. Y ni te plantees cambiar la matrícula, lo que necesitas es cambiar de vehículo. Ese coche puede quedarse aquí, en todo caso es horrendo.

—Pero cómodo —dice Billy, y bebe un poco de cerveza.

—¿Tienes dinero? Me hiciste una transferencia del diez por ciento de tu anticipo, o sea que imagino que sí.

—Unos cuarenta mil, pero no en efectivo. Cuentas en Money Manager, abiertas en Red Bluff.

—Pero a nombre de Dalton Smith, ¿no?

—Sí.

El cigarrillo de Bucky ya no es más que una colilla.

—En el lado este de Sidewinder hay un concesionario de coches de segunda mano, Ricky's. Un sitio no muy de fiar. Puedes comprar algo allí. Mejor aún, lo compraré yo. Pago con dinero contante y sonante, y tú me das un cheque de Dalton Smith por esa cantidad. Esperaré a hacerlo efectivo hasta que termines esta cagada de operación.

—Y si me matan, te quedarás colgado.

Bucky hace un gesto de indiferencia con la mano.

—No hablo de un BMW, solo algo que ruede durante el tiempo que necesites que ruede. Mil quinientos dólares, quizá dos mil. Puede que ni siquiera sea un coche. A lo mejor sería preferible una camioneta vieja, algo oxidado con malos amortiguadores pero un motor aceptable. —Alza la vista hacia el sol, mientras hace sus cálculos—. Y quizá uno de esos remolques pequeños abiertos como los que usan los jardineros para transportar sus cortacéspedes, barrederas y demás trastos.

Billy se lo imagina. Una camioneta con desconchones en las puertas, óxido en los faldones y masilla para carrocería alrededor de los faros. Unido a un sombrero de vaquero viejo y ajado en la cabeza, y sí, podría ser un buen camuflaje. Lo tomarían por un jornalero cualquiera.

—Aun así, buscarán a un hombre solo —añade Bucky—, y ahí interviene Alice. Entráis los dos en una cafetería de carretera donde un par

de cazarrecompensas toman café y vigilan la Carretera Federal 50, y no verán más que a un tipo y a su hija o sobrina en una Dodge o una F-150 para el arrastre.

—No voy a poner a Alice en una situación que pueda acabar con derramamiento de sangre. —Lo peor de eso es que tal vez ella iría.

—¿La llevaste contigo cuando fuiste a ocuparte de esos capullos que la violaron?

Claro que no, la dejó en un motel cercano, pero, antes de que pueda contestar, se abre la puerta de atrás. Alice ha vuelto.

16

Cuando Alice sale al porche, tiene más color, sonrío, y su cabello, levantado por el viento, parece un almiar, y Billy ve, solo con relativa sorpresa, que al menos hoy está ciertamente preciosa, por así decirlo.

—¡Aquello de allá arriba es una maravilla! —exclama—. Casi se me lleva el viento, pero, Dios, Billy, ¡se ve hasta el *infinito*!

—En días despejados —concluye Billy, sonriente.

Alice no capta la referencia al musical, o la desborda de tal modo lo que ha visto que ni siquiera es capaz de esbozar una sonrisa forzada.

—Había nubes en el cielo por encima de mí, pero también por *debajo*. He visto un pájaro enorme... no podía ser un cóndor, pero...

—Sí podía serlo —corrige Bucky—. Ahora los tenemos aquí arriba, aunque yo personalmente no he visto ninguno.

—Y al otro lado, lejos, aunque parezca *una locura*, creo que he visto ese hotel del que hablabas. Entonces he parpadeado... el viento soplabla de

tal forma que me lloraban los ojos... y cuando he vuelto a mirar, había desaparecido.

Bucky no sonríe.

—No eres la única persona que lo ha visto. Yo no soy supersticioso, pero no me acercaría al sitio donde estaba el hotel Overlook. All  ocurren desgracias.

Alice lo pasa por alto.

—La vista era una maravilla y el paseo ha sido una maravilla.  Y sabes qué, Billy? A menos de un kilómetro por el camino hay una cabaña de troncos.

Bucky asiente.

—Algo así como una casa de veraneo, supongo. Hace tiempo.

—Pues parece limpia y seca, y hay una mesa y unas sillas. Con la puerta abierta, entra un poco de sol. Podrías trabajar en tu historia all , Billy. —Titubea—. O sea, si quieres.

—A lo mejor sí. —Se vuelve hacia Bucky—.  Desde cuándo tienes esto?

Bucky se detiene a pensarlo.

— Unos doce años? No, diría que más bien catorce. Cómo pasa el tiempo,  eh? Procuro venir una semana o un fin de semana una o dos veces al año. Para dejarme ver por el pueblo. Conviene ser una cara conocida.

— Con qué nombre te presentas?

—Elmer Randolph. Mi auténtico nombre de pila y mi segundo nombre.

—Bucky se pone en pie—. Veo que habéis traído huevos, y creo que es buena hora para unos huevos rancheros.

Entra. Billy se levanta para seguirlo, pero Alice lo agarra del brazo justo por encima de la muñeca. Recuerda el aspecto que tenía cuando cruzó Pearson Street bajo el aguacero con ella a cuestas, sus ojos dos canicas

mortecinas asomando entre los párpados entrecerrados. Esta no es aquella chica. Esta es una chica mejor.

—Podría vivir aquí —repite.

Por deferencia a sus invitados, Bucky ha tomado por costumbre salir a fumar al porche, aunque flotan por toda la casa los fantasmas olfativos de los centenares de Pall Mall que ha fumado desde que abandonó Nueva York y se instaló aquí. A la mañana siguiente, Billy lo acompaña mientras Alice está en la ducha. Y además se la oye cantar, lo cual podría interpretarse como la mejor señal de recuperación hasta el momento.

—Dice que estás trabajando en un libro —comenta Bucky.

Billy se ríe.

—Dudo que llegue a tanto.

—Dice que quizá te apetezca trabajar en eso hoy en la casa de veraneo.

—Quizá.

—Dice que es una buena historia.

—No creo que tenga muchas referencias con las que compararla.

Bucky no le sigue el juego.

—He pensado que ella y yo podríamos ir de compras esta mañana, y así darte ocasión de ponerte con eso. Necesitas una peluca nueva y ella necesita algún que otro producto femenino. Aparte del tinte.

—¿Ya habéis hablado del asunto?

—A decir verdad, sí. Por lo general, me levanto a eso de las cinco, o más bien la vejiga me obliga a levantarme, y después de resolver esa cuestión, he salido a fumar, y ella ya estaba aquí. Hemos visto salir el sol juntos. Hemos charlado un rato.

—¿Cómo la has visto?

Bucky ladea la cabeza en dirección a la voz de Alice, que sigue cantando.

—Por lo que oyes, ¿tú qué crees?

—Bastante bien, la verdad.

—Eso mismo pienso yo. Puede que vayamos hasta Boulder, allí hay más donde elegir. A la vuelta, pararemos en el concesionario de Ricky Patterson. Para ver qué tiene. A lo mejor comemos en Handy Andy's.

—¿Y si te están buscando también a ti?

—Es a ti a quien tienen en la mira, Billy. Imagino que me buscaron en Nueva York, puede que visitaran la casa de mi hermana en Queens, y luego me dieron por perdido.

—Ojalá tengas razón.

—Te diré lo que haremos. Nuestra primera parada será en Buffalo Exchange o Common Threads. Compraré un sombrero de vaquero y me lo calaré hasta las orejas. Yija. —Bucky apaga el Pall Mall que se está fumando en ese momento—. Tiene un gran concepto de ti, ¿lo sabías? Piensa que tienes los cojones de un toro.

—Espero que no lo haya expresado así.

En el cuarto de baño aún corre el agua. Ella sigue cantando, lo cual está bien, pero Billy sospecha que le cuesta limpiarse como querría.

—En realidad —dice Bucky—, te ha llamado su ángel de la guarda.

Al cabo de media hora, cuando el vapor se ha disipado en el cuarto de baño, Alice se acerca a la puerta mientras Billy se afeita.

—¿No te importa que me vaya?

—Ni mucho menos. Diviértete, ten los ojos bien abiertos, y no tengas reparos en decirle que apague la radio cuando empiecen a vibrarte los empastes. Siempre ha tenido cierta tendencia a poner el volumen a tope cuando suenan los Creedence o Led Zeppelin. Dudo que haya cambiado.

—Quiero comprar un par de faldas y camisetas, además del tinte para el pelo y una peluca para ti. Unas zapatillas baratas. También algo de ropa interior que no sea tan... —Su voz se apaga gradualmente.

—¿Cómo esa que el torpe de tu tío podría elegirte en caso de necesidad? No temas herir mis sentimientos. Lo soportaré.

—Lo que me trajiste estaba bien, pero no me vendría mal algo más. Y un sujetador que no tenga un nudo en uno de los tirantes.

Billy se había olvidado de eso. Como de la matrícula del Fusion.

Aunque Bucky está otra vez en el porche, fumando y bebiendo zumo de naranja (Billy no se explica cómo tolera esa combinación), Alice baja la voz.

—Pero no tengo mucho dinero.

—De eso ya se ocupará Bucky, y de Bucky ya me ocuparé yo.

—¿Seguro?

—Sí.

Alice le coge la mano con la que no sostiene la maquinilla y le da un apretón.

—Gracias. Por todo.

El hecho de que le dé las gracias es delirante y a la vez del todo razonable. Dicho de otro modo, una paradoja. Esto se lo calla y le dice que no hay de qué.

3

Bucky y Alice se marchan en el Cherokee a las ocho y cuarto. Alice se ha maquillado y no se ve el menor rastro de las magulladuras. Incluso sin maquillaje pasarían casi inadvertidas, piensa Billy. Ha pasado más de una semana desde su cita con Tripp Donovan, y los jóvenes se curan deprisa.

—Si hace falta, llamadme —dice Billy.

—Sí, papá —responde Bucky.

Alice dice a Billy que lo hará, pero él percibe que ya tiene la cabeza en la carretera, charlando con Bucky tal como charla la gente normal (como si algo en esta situación fuera normal) y pensando en lo que verá en tiendas que son nuevas para ella. Quizá en probarse cosas. La única señal que Billy ha advertido esta mañana de la chica que fue violada es el largo rato que se ha oído la ducha.

En cuanto se marchan, Billy recorre el camino por el que Alice paseó ayer. Se detiene en la pequeña cabaña que Bucky llama casa de veraneo y mira dentro. Tiene el suelo de tablones sin pintar y los únicos muebles son una mesa y tres sillas plegables, pero ¿qué más necesita? Solo el ordenador y quizá una Coca-Cola de la nevera.

¡Vaya con la vida del escritor!, piensa, y se pregunta quién le dijo eso. Irv Dean, ¿no? El guardia de seguridad de la Torre Gerard. Parece que ha pasado una eternidad desde entonces, como si hubiera ocurrido en otra vida. Y así es. En su vida de David Lockridge.

Sigue hasta donde termina el camino y mira por encima del barranco hacia el claro, preguntándose si verá el hotel fantasma de Alice, pero solo ve unos cuantos montantes chamuscados donde antes se alzaba. Tampoco hay ningún cóndor.

Regresa a la casa a por el Mac Pro y esa lata de Coca-Cola. Deja lo uno y lo otro en la mesa plegable de la cabaña. Con la puerta abierta de par en par, la iluminación es buena. Se sienta con cuidado en una de las sillas, pero parece bastante sólida. Abre el archivo del relato y desliza el texto hasta el punto en el que Taco entregaba el megáfono del pelotón a Fareed, su terpre. Se dispone a reanudarlo donde lo dejó con la interrupción de Merton Richter cuando se da cuenta de que hay un cuadro en la pared. Se levanta para mirarlo de cerca, porque está colgado en el rincón más alejado —un sitio extraño para una pintura— y la luz de la mañana no llega allí del todo. Al parecer, representa unos cuantos setos podados en formas de animales. Hay un perro a la izquierda, un par de conejos a la derecha, dos leones en medio y lo que podría ser un toro detrás de los leones. O quizá sea un rinoceronte. La ejecución es deficiente, el verde de los animales demasiado intenso, y por alguna razón el artista ha dado un toque de rojo a los ojos de los leones para conferirles un aspecto demoníaco. Billy descuelga el cuadro y lo vuelve de cara a la pared. Sabe que, si no, atraerá continuamente su mirada. No porque sea bueno, sino porque no lo es.

Abre la lata de Coca-Cola, toma un largo trago y se pone manos a la obra.

—Vamos, tíos —dijo Taco—. A por ellos. —Entregó a Fareed el megáfono en cuyo costado se leía BUENOS DÍAS VIETNAM y le dijo que dirigiera a la casa el aviso habitual,

que en esencia venía a decir salid ahora y saldréis por vuestro propio pie, salid más tarde y saldréis en bolsas para cadáveres.

Fareed obedeció y no salió nadie. Normalmente ese era el momento en que entrábamos, después de entonar nuestro lema «Somos Caballo Oscuro, seguro seguro», pero esta vez Taco dijo a Fareed que repitiera el aviso. Fareed le lanzó una mirada de incompreensión, pero obedeció. Todavía nada. Tac le dijo que lo repitiera una vez más.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nabo.

—No lo sé —dijo Taco—. Es solo un mal presentimiento. Para empezar, no me gusta ese puto balcón que rodea la cúpula. ¿Lo veis? —Lo veíamos, desde luego. Tenía un parapeto bajo de cemento—. Ahí detrás podría haber muyíes, todos agachados. —Vio cómo lo mirábamos—. No, no me rajo, pero mosquea.

Fareed ya estaba soltando su rollo otra vez cuando se acercó el capitán Hurst, el nuevo comandante de la compañía, de pie en un jeep descubierto, con las piernas separadas como si se creyera el puto George S. Patton. En la otra acera de la calle se alzaban tres edificios de apartamentos, dos terminados y uno a medio construir, todos con una gran D pintada, que significaba que habían sido despejados. Bueno, en teoría. Hurst aún estaba muy verde y quizá no sabía que a veces los hajis volvían subrepticamente, y la cabeza del capitán, incluso a través de un visor de mala calidad, se vería tan grande como una calabaza de Halloween.

—¿A qué espera, sargento? —bramó—. ¡Estamos malgastando la luz del día! ¡Despeje esa puta finca!

—¡Señor, sí, señor! —dijo Taco—. Solo quería darles una oportunidad más para salir vivos.

—¡No se tome la molestia! —vociferó el capitán Hurst, y siguió adelante a toda velocidad.

—El tonto del culo ha hablado —dijo Lopez Pie Grande.

—De acuerdo —dijo Taco—. Manos unidas.

Formamos una piña, los Ocho Ases que antes éramos los Nueve Ases. Taco, Din-Din, Klew, Nabo, Pie Grande, Johnny Capps, Pildorero con su mochila médica llena de trucos. Y yo. En ese momento vi al grupo como si yo estuviera fuera. A veces me pasaba.

Recuerdo fuego esporádico. Una granada estalló en algún lugar a nuestra espalda en la Manzana Kilo, esa explosión grave tan característica, y por delante, en algún sitio, quizá en la Manzana Papa, se oyó la detonación de un lanzacohetes. Recuerdo que oí un heli a lo lejos. Recuerdo que algún idiota hizo sonar un silbato, *fiuuu-fiuuu-fiuuu*, sabe Dios por qué. Recuerdo el calor que hacía, el sudor que nos surcaba limpiamente el polvo de la cara. Y los niños en la calle, siempre los niños con sus camisetas de rock y rap, tan indiferentes al tiroteo y los estallidos como si no existieran, agachados, con costras en las rodillas, recogiendo casquillos para recargarlos y redistribuirlos entre los combatientes. Recuerdo que palpé la trabilla del cinturón en busca del zapato de bebé y no lo encontré.

Juntamos todas las manos por última vez. Creo que Taco lo presintió. También yo, desde luego. Quizá todos, no sé. Recuerdo sus caras. Recuerdo el olor a colonia English Leather de Johnny. Se ponía un poco cada día, racionándola, era su propio amuleto. Recuerdo que una vez me dijo que ningún hombre podía morir si olía a caballero, Dios no lo permitiría.

—Decidlo, chicos, que os oiga —instó Taco, y eso hicimos.

Era una estupidez, un acto pueril, como son estúpidas y pueriles tantas cosas en la guerra, pero nos subía la moral. Y si había muyíes esperándonos dentro de aquella gran casa abovedada, quizá les diera que pensar, un momento para mirarse unos a otros y preguntarse qué coño hacían allí y por qué iban a morir probablemente por la idea de Dios que tenía un anciano imán medio senil.

—*¡Somos Caballo Oscuro, seguro seguro! ¡Somos Caballo Oscuro, seguro seguro!*

Sacudimos una vez nuestras manos entrelazadas y nos erguimos. Yo llevaba un M4, más el M24 colgado al hombro. A mi lado, el Gran Klew sostenía la ametralladora ligera sobre un brazo, más de diez kilos con la carga completa, y la cartuchera en torno a aquel hombro descomunal como si fuera una corbata.

Nos agrupamos ante la verja del patio exterior. La cuadrícula de sombras que proyectaba el edificio de apartamentos inacabado de la otra acera convertía el mural de la tapia en un tablero de ajedrez: niños en algunas casillas, las mujeres que los vigilaban y el *mutaween* en otras. Pie Grande portaba su herramienta de apertura M870, una escopeta rompepuertas cuya finalidad era hacer añicos la cerradura de la verja. Taco se apartó para que Pie pudiera realizar su trabajo, pero cuando Pablo dio un empujón de prueba a la verja, esta se abrió con un chirrido de película de terror. Taco me miró y yo lo miré a él, pobres marines, ambos carne de cañón, con un solo pensamiento en la cabeza: ¿Qué chifladura es esta, joder?

Taco se encogió un poco de hombros como diciendo es lo que hay y luego nos precedió a la carrera a través del patio doblado por la cintura y con la cabeza gacha. Lo seguimos. En los adoquines había un balón de fútbol solitario. George Dinnerstein lo chutó con el interior del pie al pasar.

Cruzamos sin que saliera un solo disparo de las ventanas enrejadas de la casa y llegamos a la pared de cemento, cuatro de nosotros a cada lado de la puerta de dos hojas, que era de madera maciza y de unos dos metros y medio de altura. En cada hoja había labradas las cimitarras cruzadas sobre un ancla alada, el símbolo de los Batallones Baazistas. Otro mal augurio. Miré alrededor en busca de Fareed y lo vi atrás, junto a la verja. Él me vio mirarlo y se encogió de hombros. Capté la idea. Fareed tenía un trabajo y no era ese.

Taco señaló a Nabo y a Klew, y les indicó que se acercaran a la ventana del lado izquierdo para echar un vistazo al interior. Pie Grande y yo fuimos a la de la derecha. Me aventuré a lanzar una ojeada por la ventana con la esperanza de apartarme a tiempo si un muyí decidía volarme la cabeza, pero no había nadie y nadie me disparó. Vi una amplia

sala circular con alfombras, un sofá bajo, una estantería que en ese momento contenía únicamente un solitario libro en rústica, con una mesita al lado. Un tapiz de caballos al galope cubría una pared. El techo era casi tan alto como el de la nave de una iglesia católica de pueblo, alcanzando unos quince metros en el punto superior de la bóveda, iluminada por láseres de sol de aspecto casi sólido por efecto de las motas de polvo en movimiento.

Me eché atrás para que Pie Grande ocupara mi puesto. Como a mí no me habían volado la cabeza, él alargó un poco más el vistazo.

—Desde aquí no veo la puerta —me dijo Pie—. El ángulo es malo.

—Lo sé.

Nos volvimos hacia Tac. Hice oscilar las manos a un lado y al otro en un gesto que quería decir quizá sí, quizá no. Desde la otra ventana, Nabo transmitió el mismo mensaje con un encogimiento de hombros. Oímos más disparos, algunos lejanos y otros más cercanos, pero ninguno en la Manzana Lima. La gran casa abovedada estaba en silencio. El balón que había chutado Din-Din había ido a parar al rincón del patio. Probablemente allí no había nadie, pero yo no paraba de palparme la trabilla del cinturón en busca del puto zapato.

Los ocho nos reagrupamos junto a la puerta.

—Orden de entrada —dijo Taco—. ¿Quién va a por ellos?

—Yo —dije.

Taco negó con la cabeza.

—Tú has entrado el primero la última vez, Billy. Deja de escarbar en busca de hojalata y dale alguna oportunidad a otro.

—Voy yo —dijo Johnny Capps.

—A por ellos, pues —contestó Taco, y esa es la razón por la que yo hoy camino y Johnny no. Así de sencillo. Dios no tiene un plan, le gusta ver quién saca la pajita más corta.

Taco señaló a Pie Grande, luego la puerta de dos hojas. La de la derecha tenía un cerrojo enorme de hierro que asomaba como una insolente lengua negra. Pie lo tanteó, pero el cerrojo permaneció firme. El patio estaba abierto, quizá porque en tiempos mejores los niños entraban a jugar, pero la casa estaba cerrada con llave. Taco dirigió un gesto a Pie Grande, y este se echó al hombro la escopeta, cargada con cartuchos especiales para reventar puertas. Los demás nos pusimos en fila detrás de Johnny. Klew era el segundo, porque llevaba la ametralladora. Taco se colocó detrás de Klew. Yo era el cuarto. Pil iba en la cola, como siempre. Johnny hiperventilaba, se mentalizaba. Yo lo veía mover los labios: «A por ellos, a por ellos, joder, a por ellos».

Pie esperó a Taco y, cuando Tac dio la señal, voló la cerradura. Un buen trozo de la hoja derecha desapareció con ella. La puerta se abrió hacia dentro con un estremecimiento.

Johnny no vaciló. Embistió la hoja izquierda con el hombro e irrumpió en la sala al grito de:

—*Banzai, hijos de...*

No pasó de ahí, porque el muyí que esperaba detrás de ese lado de la puerta abrió fuego con un AK que apuntaba no a la espalda de Johnny sino a las piernas. El pantalón le ondeó como movido por una brisa. Johnny profirió un grito. De sorpresa, probablemente, porque aún no sentía el dolor. Klew entró de espaldas en la sala al tiempo que vociferaba:

—*¡Atrás, marines!*

Nos apartamos, y cuando despejamos el espacio, abrió fuego con la ametralladora. La tenía en el modo fuego rápido en lugar de sostenido, y la hoja de la puerta se estampó contra el individuo oculto detrás, a la vez que las cimitarras cruzadas se esfumaban en medio de una lluvia de astillas. El muyí cayó al suelo. Solo la ropa mantenía unido su cuerpo, y sin embargo trataba de coger una de las granadas que llevaba sujetas con cinta adhesiva al cinturón. La desprendió, pero se le resbaló entre los dedos con la espoleta todavía puesta. Klew la apartó de un puntapié. Yo veía a Johnny por encima del hombro de Taco. Ya estaba sintiendo el dolor. Chillaba y se movía haciendo eses, con la sangre empañándole las botas.

—Sácalo —ordenó Taco a Klew. Luego exclamó—: *¡Médico!*

Johnny dio un paso más y se desplomó.

—*¡Me han dado, Dios! ¡Me han dado de pleno!* —gritaba.

Klew empezó a avanzar, seguido de cerca por Taco, y fue entonces cuando abrieron fuego contra nosotros desde arriba. Deberíamos haberlo imaginado. Aquellos rayos de sol polvorientos en lo alto de la bóveda deberían habérmolos indicado, porque desde fuera no habíamos avistado ninguna ventana. Eran aspilleras abiertas en el hormigón, cerca de la base, donde el parapeto de un metro de altura en torno al balcón exterior las ocultaba.

Klew fue alcanzado en el pecho y retrocedió tambaleante, aferrado a la ametralladora. El chaleco de protección detuvo esa bala, pero la siguiente le dio en la garganta. Taco alzó la vista en dirección a los rayos de sol y acto seguido tendió la mano hacia la ametralladora. Una bala lo alcanzó en el hombro. Otras dos rebotaron en la pared. La cuarta le impactó en la parte inferior del rostro. Su mandíbula giró como si estuviera prendida de una bisagra. Taco se volvió hacia nosotros rociando sangre en abanico, indicándonos que retrocediéramos, y en ese momento desapareció la parte superior de su cabeza.

Alguien me embistió y por un segundo pensé que me habían disparado por la espalda, pero al instante Pil pasó corriendo junto a mí. Ya no llevaba la mochila médica en los hombros, sino en una mano, sujeta por una correa.

—*¡No, no, están arriba!* —exclamó Pie Grande. Agarró la otra correa de la mochila y obligó a retroceder al médico de un tirón, que es la única razón por la que Clayton Briggs alias Pildorero sigue aún en el mundo de los vivos.

Las balas impactaron contra el suelo de la amplia sala, y saltaron esquirlas de las baldosas. También contra las alfombras, y se elevaron nubes de polvo y fibra. Un orificio de bala apareció en el tapiz, traspasando el pecho de uno de los caballos al galope. Una bala alcanzó la mesita y la hizo bailar. Para entonces el fuego de los muyahidines del balcón era incesante. Vi que los cuerpos de Taco y Klew se sacudían una y otra vez mientras continuaban tiroteándolos, tal vez para asegurarse, tal vez para desahogar su cólera, o probablemente por ambas cosas. Pero no disparaban contra Johnny, que yacía en medio de la sala en un charco de sangre cada vez mayor. Y se desgañitaba. Podrían haberlo liquidado fácilmente, pero no era eso lo que querían. Johnny era su señuelo.

Todo esto, desde el momento en que Pie voló la puerta hasta que los muyies del balcón tirotearon los cuerpos de Tac y Klew, ocurrió en un minuto y medio. Quizá menos. Cuando las cosas se tuercen, no pierden el tiempo.

—Tenemos que ir a por Cappsie —dijo Nabo.

—Eso es lo que quieren —dijo Din-Din—. No son tontos, no lo seas tú.

—Morirá desangrado si lo dejamos ahí —dijo Pil.

—Yo lo traeré —dijo Pie, y cruzó la puerta a todo correr, prácticamente doblado.

Agarró a Johnny por el asa trasera del chaleco antibalas y empezó a tirar de él bajo una lluvia de balas. Llegó hasta el cuerpo del muyí muerto. Ahí recibió un balazo en la cara, y ese fue el final de Pablo Lopez de El Paso, Texas. Cayó de espaldas, y los insurgentes apostados arriba lo eligieron entonces a él para sus prácticas de tiro. Johnny siguió gritando.

—Yo puedo llegar a él —dijo Din-Din.

—Eso mismo ha pensado Pie —dijo Nabo—. Esos gilipollas disparan bien. —Se volvió hacia mí—. ¿Qué hacemos, Billy? ¿Pedimos apoyo aéreo?

Todos sabíamos que un misil Hellfire podía eliminar a los hajis del balcón, pero acabaría también con Johnny Capps.

—Yo me encargo de ellos —dije.

No me quedé a discutirlo. Ya no era momento para eso. Dejé el M4 en los adoquines y recorrí de nuevo el patio a toda prisa.

—¿Van a retirarse, jefe? —preguntó Fareed.

No contesté, me limité a cruzar la calle corriendo en dirección al edificio de apartamentos inacabado. No había puerta. El interior estaba en penumbra y olía a cemento húmedo. El vestíbulo acumulaba un tesoro oculto: comida en lata, bolsas de tentempiés y chocolatinas Hershey. Había un palet de Coca-Cola y una pila de revistas con un número de *Field & Stream* encima. Algún *tajir* iraquí emprendedor había instalado allí su establecimiento comercial.

Corrí escaleras arriba. En el primer tramo había mucha basura esparcida. En el rellano alguien había pintado con spray YANKEE GO HOME, uno de esos clásicos que nunca pierden su encanto. Aún oía los tiros al otro lado de la calle y los gritos de Johnny Capps.

No oí a Pete Cashman al caer, pero cayó. Según Din-Din, las últimas palabras de Nabo fueron: «Puedo llegar hasta él sin problema, ahora está muy cerca».

Las paredes terminaban en la tercera planta, y el sol me golpeó como un puño. Agachado, rodeé una carretilla llena de cemento endurecido, aparté una pila de tablas y seguí adelante. Jadeaba como un perro y sudaba a mares. La escalera acababa en la quinta planta, y eso ya me venía bien, porque quedaba a la altura de la cúpula de la otra acera y por encima del balcón.

Eran tres. Estaban arrodillados de espaldas a mí. Me enrollé bien la correa del M24 en torno al hombro derecho y apoyé el cañón en una oportuna varilla de encofrado que sobresalía de la pared inacabada. Los tres se reían y vitoreaban como si aquello fuera un partido de fútbol y ganara su equipo. Apunté a la cabeza del que estaba en medio. No era tan grande como una calabaza de Halloween, pero sí de tamaño más que suficiente. Apreté el gatillo y, abracadabra, adiós cabeza. Donde antes estaba el cráneo ya no quedaba más que una mezcla de sangre y sesos que resbalaban por el costado curvo de la cúpula. Los otros dos se miraron, perplejos: «¿Qué ha pasado?».

Eliminé al segundo, y el tercero se lanzó contra el parapeto de cemento pensando quizá que le serviría para cubrirse. No fue así. Era demasiado bajo. Lo alcancé en la espalda. Se quedó inmóvil. No llevaba chaleco antibalas. Probablemente creía que Alá lo protegería, pero ese día Alá tenía cosas que hacer en otro sitio.

Volví a bajar por las escaleras y crucé la calle corriendo. Din-Din y Pil estaban en la Casa de la Risa, Pil de rodillas junto a Johnny. Ya le había cortado las perneras del pantalón. Fragmentos de hueso asomaban a través de la piel de Johnny, con restos de tela adheridos. Din-Din vociferaba por el walkie-talkie de Pil, comunicando a alguien que teníamos bajas, muchas bajas, Manzana Lima, una casa grande con una cúpula, evacuación, evacuación, necesitamos un helicóptero, etcétera.

—*¡Duele!* —gritó Johnny—. *¡Dios mío, CÓMO DUELE, JODER!*

—Tómame esto —dijo Pil. Tenía los comprimidos de morfina.

—*¡Por Dios, ojalá estuviera muerto, ojalá me hubieran matado, DIOS MÍO, ACABA CON ESTO!*

Pil abrió la boca a Johnny con dos dedos y le echó los comprimidos.

—Mástícalos y verás a Dios.

—¿Qué ha pasado aquí, marines?

Miré alrededor y vi a Hurst. Todavía de pie con las piernas separadas, esmerándose en representar su número del general Patton, aunque estaba blanco como el papel.

—¿A usted qué le parece? —dijo Din-Din—. Cosas de Faluya. *señor.*

Pil dijo:

—Si no recibe una transfusión cuanto antes, va a

Lo que arranca a Billy de Irak podría haber formado *parte* de Irak, de la interminable banda sonora de Lalafaluya: los gruñidos de la guitarra de Angus Young en «Dirty Deeds Done Dirt Cheap». Bucky y Alice deben de haber regresado de hacer compras. Billy consulta su reloj y ve que son las tres y cuarto de la tarde. Lleva aquí desde hace horas, pero no tiene la sensación de que haya pasado el tiempo.

Termina esa última frase que ha dejado a medias, guarda el trabajo, mete el portátil en el maletín y se dispone a salir cuando, sin pensar, posa la mirada en el cuadro que ha descolgado y vuelto contra la pared para que no lo distrajeran esos intensos colores primitivos. Lo cuelga otra vez del gancho, quizá (probablemente) porque todavía está en actitud marine y recuerda la máxima del sargento Uppington alias A Tomar Por: «Al abandonar la zona, no dejéis ni rastro».

Examina la pintura con expresión ceñuda. El seto en forma de perro está a la derecha, los setos en forma de conejo están a la izquierda. ¿Antes no estaban al revés? ¿Y no parecen los leones más cerca?

Me confundo, así de sencillo, piensa, pero antes de salir de la casa de veraneo descuelga otra vez el cuadro. Sin olvidarse de volverlo de cara a la pared.

La música cobra volumen a medida que se acerca a la casa. Sin vecinos, Bucky puede ponerla a tope si le apetece. Debe de ser una recopilación,

porque cuando Billy se aproxima, AC/DC da paso a Metallica.

Han traído un vehículo nuevo —nuevo para ellos, al menos—, y Billy se detiene a echarle una ojeada antes de subir por los escalones. Como ya no queda espacio bajo el porche, lo han estacionado al final del camino de acceso. Es una Dodge Ram, el modelo de cuatro plazas de principios del siglo XXI, en otro tiempo azul, ahora básicamente gris. No tiene masilla para carrocería alrededor de los faros, pero el asiento ha sido remendado con una tira de cinta adhesiva negra y los faldones están muy oxidados. También lo está el fondo de la caja trasera, que contiene un cortacésped quizá más antiguo que la propia camioneta. Detrás lleva un remolque, de dos ruedas, bastante maltrecho, sin nada dentro.

Para cuando Billy empieza a subir los peldaños del porche, sustituye a Metallica la voz ronca de Tom Waits cantando «Sixteen Shells from a Thirty-Ought Six». Billy se detiene en el umbral de la puerta. Bucky y Alice bailan en medio del amplio salón. Ella viste una blusa sin mangas nueva, tiene el color subido y le brillan los ojos. Con el cabello recogido en una coleta —más bien una cola de caballo en realidad, ya que le cae hasta media espalda—, parece una adolescente. Ríe, se lo pasa en grande. Quizá porque Bucky baila de puta pena, quizá porque se divierte sin más.

Bucky dirige a Billy un doble signo de la victoria y sigue con su bailoteo. Ejecuta un giro y Alice rota en la otra dirección. Ella ve a Billy apoyado en el marco y, riéndose un poco más, se contonea, con lo que la melena recogida se le balancea. Termina Tom Waits. Bucky se acerca al estéreo e interrumpe a Bob Seger antes de que entre realmente en aquella canción sobre Betty Lou. Luego se deja caer en el sofá y se da unas palmadas en el pecho.

—Demasiado molido para mover el esqueleto.

Alice, a años de estar demasiado molida para mover el esqueleto, se vuelve hacia Billy, casi reventando de entusiasmo.

—¿Has visto la camioneta?

—Sí.

—Es perfecta, ¿no?

Billy asiente con la cabeza.

—Nadie la recordaría a los cinco minutos de cruzarse con ella. —Mira a Bucky por encima del hombro de Alice—. ¿Qué tal funciona?

—Según Ricky, está bien para ser una anciana que ya ha dado toda una vuelta al cuentakilómetros. Consume un poco de aceite, solo eso. Bueno, quizá más que un poco. Alice y yo la hemos probado y parece que va bien. La suspensión es un poco dura, pero lo que cabe esperar de una camioneta que ha rodado tanto como esta. Ricky nos la ha dejado por tres mil trescientos.

—Al volver, he conducido yo —dice Alice. Sigue exaltada por las compras o por el baile o por las dos cosas. Billy se alegra mucho por ella—. Es manual, pero yo aprendí con cambio manual. Me enseñó mi tío. La tercera, al frente y acelera; marcha atrás, a un lado la encontrarás.

Billy no puede evitar reírse. Él aprendió a conducir en la Casa de la Pintura Interminable, para poder ayudar más en las tareas cuando Gad —Glen Dutton en su relato— se alistó. El señor Stepenek —el señor Speck en su relato— le enseñó también con rimas.

—Te he traído una cosa —dice ella—. Ya verás.

Corre a la otra habitación a buscarlo, y Billy mira a Bucky. Bucky asiente con la cabeza y levanta los pulgares en un rápido gesto: «Va todo bien».

Alice regresa con una caja que lleva el rótulo DISEÑO DE ATREZO estampado en la tapa, en letra caligráfica. Se la entrega.

Billy la abre y saca una peluca nueva, probablemente el doble de cara que la que compró en Amazon. Esta no es rubia; es negra, salpicada de abundantes canas, y más larga que la de Dalton Smith. También más espesa. Lo primero que piensa es que, si lo para la policía y la lleva puesta, no coincidirá con la foto del carnet de conducir. Luego lo asalta otra idea, mucho más importante, que aparta de su mente cualquier otro pensamiento.

—No te gusta —dice Alice. Su sonrisa se desvanece.

—Claro que sí. Mucho.

Se arriesga a darle un abrazo. Ella se lo devuelve. Así que por ese lado todo bien.

7

El día que Billy y Alice llegaron parecía verano, pero durante su segunda noche en casa de Bucky refresca y el viento que ulula en torno a la casa es decididamente frío. Billy sube unos trozos de madera de arce de debajo del porche y Bucky enciende la pequeña estufa Jøtul de la cocina. Luego se sientan a la mesa a examinar las imágenes que ha imprimido Bucky, algunas de Google Earth y otras de Zillow. Muestran los jardines y las habitaciones, con todas las comodidades, de una casa situada en el número 1900 de Cherokee Drive, en la localidad de Paiute, que es en realidad un barrio de las afueras de Las Vegas, situado al norte de la ciudad. Es la residencia de un tal Nikolai Majarian.

Detrás de la casa se alzan los montes Paiute. Es blanca como la nieve y tiene cuatro plantas, cada una un poco más entrada que la de debajo, de modo que parece una escalera gigante. La vista del centro de Las Vegas

debe de ser todo un espectáculo por la noche, piensa Billy, sobre todo desde la azotea.

En Google Earth ven una tapia alta en torno a la finca, la verja principal y el camino de acceso —una carretera, en realidad, de casi dos kilómetros— que lleva al complejo. Hay un establo a unos doscientos metros de la casa. Un prado y una pista de ejercicio para los caballos cerca. Otros tres edificios anexos, uno grande y dos más pequeños. Billy piensa que el servicio doméstico y demás trabajadores deben alojarse en el de mayor tamaño, lo que en otros tiempos se habría llamado «barracón» y quizá todavía se llame así. Los otros dos se destinan probablemente a mantenimiento y almacenaje. No ve nada que pudiera ser un garaje y pregunta a Bucky al respecto.

—Construido bajo la primera pendiente, diría yo —aventura Bucky, tocando con el dedo la elevación boscosa que se alza detrás de la casa—. Solo que es posible que sea más bien como un hangar. Con espacio para una docena de coches. O más. Nick tiene debilidad por los clásicos, o eso he oído. Imagino que todo el mundo tiene caprichos que solo pueden comprarse con dinero.

Hay muchas cosas que el dinero no puede comprar, piensa Billy.

Alice está examinando las imágenes de Zillow.

—Dios, debe de tener veinte habitaciones. ¡Y mirad qué piscina hay atrás!

—Bonita —coincide Bucky—. No le falta detalle. Y puede que Nick haya incorporado más cosas, porque estas fotos deben de ser de antes de que él la comprara. Le costó quince millones. Lo vi en Zillow.

Y a mí me la pegó por un miserable millón y medio, piensa Billy.

Las fotos exteriores de Zillow muestran lo que Google Earth no puede enseñar. Las vistas del césped, de un verde brillante, salpicado de arriates.

El prado es igual de verde. Hay palmerales, algunos con muebles de jardín bajo la grata sombra. ¿Cuántos miles de litros de agua se necesitarán para mantener semejante Edén en el desierto? ¿Cuántos jardineros? ¿Cuántos criados? ¿Y cuántos rufianes pululan por ahí no vaya a ser que un asesino a sueldo llamado Billy Summers se presente a buscar el resto de su dinero manchado de sangre?

—Lo llama Promontory Point —explica Bucky—. He hecho indagaciones. Es asombroso lo que puedes averiguar hoy en día con un ordenador si sabes adentrarte en las regiones más oscuras. Nick lleva ahí desde 2007 y, como tiene las montañas a la espalda, nunca lo ha molestado nadie. Quizá se haya vuelto un poco descuidado, aunque yo no contaría con eso.

No, piensa Billy, no conviene contar con eso. Uno no puede tomarse a la ligera a una persona capaz de deshacerse de quien ha sido un valioso asociado desde hace muchos años como Giorgio Piglielli. Lo único que cabe suponer es que Nick lo anda buscando. Lo espera. Lo que quizá Nick no entienda es lo furioso que está Billy. Tenían un trato. Billy hizo su parte. Nick, en lugar de hacer la suya, se la pegó. Luego se proponía matarlo. Cara a cara, tal vez Nick lo negaría, pero Billy lo sabe. Los dos lo saben.

Con unos golpecitos, Bucky señala un punto en la foto aérea del jardín de Google Earth.

—Este pequeño cuadrado es la casa del guarda, y habrá alguien. Alguien que vigile. Cuenta con eso.

A Billy no le cabe la menor duda. Vuelve a preguntarse a cuántos hombres tendrá Nick protegiendo su pequeño reino. En una película de Sylvester Stallone o Jason Statham, serían docenas, armados con todo, desde ametralladoras ligeras de recarga accionada por gas hasta lanzacohetes con apoyo en hombro, pero esto es la vida real. Tal vez cinco,

tal vez solo cuatro, provistos de pistolas automáticas o escopetas o las dos cosas. Pero él es solo uno, y no es Sylvester Stallone.

Alice arrastra una de las fotos de Google Earth al centro de la mesa.

—¿Qué es esto? No lo veo en ninguna de las imágenes de Zillow.

Bucky y Billy miran. Es el sitio donde la tapia del lado oeste termina en una elevación rocosa. Al cabo de un momento, Bucky dice:

—Creo que será una entrada de servicio. Uno no se molestaría en enseñar ese detalle en una web inmobiliaria, como tampoco enseñaría el cobertizo donde se almacena la basura antes de recogerla. Las webs inmobiliarias se centran en el glamour. ¿Tú qué opinas, Billy?

—No lo sé. —Pero empieza a saberlo. Cuanto más piensa en esa camioneta vieja y destartalada, más le gusta. Y la peluca nueva. Eso también.

8

Después de la cena, Alice se apropia del cuarto de baño para teñirse el pelo. Cuando Bucky le ofrece una cerveza («Solo para conservar las fuerzas»), ella acepta. Los dos la oyen echar el pasador de la puerta al entrar. A Billy no le sorprende. Supone que a Bucky tampoco.

Bucky va a buscar otras dos botellas de cerveza a la nevera. Después de ponerse una chaqueta ligera y lanzar a Billy una sudadera, salen al porche y se acomodan en las mecedoras uno al lado del otro. Bucky choca el cuello de su botella contra el cuello de la de Billy.

—Por el éxito.

—Un buen brindis —dice Billy, y echa un trago—. Gracias otra vez por acogernos. Sé que no esperabas invitados.

—¿En serio quieres un silenciador para el Ruger?

—Sí, creo que sí. ¿Puedes conseguirme también una Glock 17 y munición para las dos armas?

Bucky asiente con la cabeza.

—No debería ser un problema, no por aquí. ¿Qué más necesitas?

—Un bigote a juego con la peluca que me ha comprado Alice. No tengo tiempo para dejármelo.

Hay otras cosas, pero a Alice ya se le ocurrirá cómo encontrarlas.

—¿Qué estás pensando hacer? Quizá sea el momento de contármelo, para que pueda intentar disuadirte.

Billy se lo cuenta. Bucky escucha con atención y al cabo de un rato empieza a asentir.

—Ir a su casa es arriesgado, por eso de desafiar al león en su guarida y tal, pero podría salir bien. Los cazarrecompensas que andan detrás de ti posiblemente estarán en el centro, sobre todo en las inmediaciones del casino de Nick. Double Deuce o como se llame.

—Double Domino.

Bucky se inclina hacia delante y lo mira.

—Oye, si te preocupa el dinero que me prometiste...

—No me preocupa.

—... déjalo correr. Ando bien de pasta, y me alegra haber salido de la ciudad. Para empezar, ni siquiera entiendo por qué me quedé allí tanto tiempo. El día menos pensado alguien hará estallar una bomba sucia en la Quinta Avenida, o llegará una enfermedad contagiosa que lo convertirá todo, desde Manhattan hasta Staten Island, en una placa de Petri gigante.

Billy piensa que Bucky ha estado escuchando demasiadas tertulias de radio, pero se lo calla.

—No se trata de tu dinero o del mío, aunque lo cogeré si lo tiene. Me engañó. Me *jodió*. Es mala persona. —Billy se percata de que está cayendo en las pautas discursivas de su *lado tonto* y le da igual—. Mató a Giorgio, u ordenó que lo mataran. Eso mismo pretendía conmigo.

—De acuerdo —dice Bucky en voz baja—. Lo entiendo. Una cuestión de honor.

—No de honor, de *honestidad*.

—Admito mi error. Ahora bébete la cerveza.

Billy echa un trago y ladea la cabeza en dirección a la casa, donde se oye correr el agua de la ducha. Otra vez.

—¿Cómo ha estado durante las compras? ¿Bien?

—En general, sí. Hasta que hemos entrado en Common Threads a comprarte un sombrero de vaquero... se ha olvidado de enseñártelo, es una puta maravilla... allí ha tenido un ligero problema respiratorio y ha cantado algo en susurros. No he distinguido la canción, pero después de eso se ha puesto bien.

Billy sabe qué canción era.

—En el concesionario ha arrasado. Ha visto esa camioneta y ha regateado con Ricky hasta conseguir que bajara a tres mil trescientos desde los cuatro mil cuatrocientos iniciales. Cuando él ha intentado mantenerse firme en tres mil quinientos, me ha agarrado y ha dicho: «Vámonos, Elmer, este hombre es amable, pero no es serio». ¿Te lo puedes creer?

—Pues sí —contesta Billy. Se ríe, pero Bucky no se ríe con él. Ha adoptado una expresión grave.

Billy le pregunta si hay algún problema.

—Todavía no, pero podría haberlo. —Deja la botella de cerveza y se vuelve para mirar a Billy a la cara—. Tú y yo somos forajidos, ¿no? Hoy en

día esa palabra ya no se usa mucho, pero es lo que somos. Alice no lo es, pero, si sigue contigo, lo será. Porque está enamorada de ti.

Billy deja su propia botella.

—Bucky, yo no tengo... no quiero...

—Ya sé que no quieres meterte en el catre con ella, y no creo que ella quiera meterse en el catre contigo, no después de lo que ha vivido. Pero le salvaste la vida y la ayudaste a recomponerse...

—Yo no la he ayudado a re...

—Vale, puede que no, pero le has dejado tiempo y espacio para empezar a conseguirlo por sí misma. Eso no cambia el hecho de que esté enamorada de ti y te seguirá mientras tú se lo permitas, y si se lo permites, la echarás a perder.

Después de exponer lo que, como ahora cree Billy, ha salido a decir, Bucky se interrumpe para tomar aliento, vuelve a coger la cerveza, se bebe la mitad y suelta un sonoro eructo.

—Rebátelo si quieres. Proporcionarte un sitio donde estar unos días no me da derecho a no escuchar argumentos en contra, así que adelante, rebáteme.

Billy no lo hace.

—Llévala a Nevada contigo. Busca un sitio barato donde alojaros en las afueras de la ciudad y déjala allí mientras resuelves el asunto. Si sales sano y salvo y con tu dinero, dale un fajo y mándala de vuelta al este. Dile que se pase a verme y recuérdale que esos documentos falsos son solo camuflaje a corto plazo. Puede volver a ser Alice Maxwell.

Levanta un dedo, que empieza a presentar las primeras torsiones y nudos de la artritis.

—*Pero solo si la mantienes al margen de esto. Capisce?*

—Sí.

—Si no sales sano y salvo, es probable que no salgas en absoluto. Para ella será difícil oírlo, pero tiene que saberlo. ¿Conforme?

—Conforme.

—Dile que, si pasan unos días y no ha tenido noticias tuyas, decide tú cuántos días, debe volver aquí. Le daré algo de dinero. Mil, mil quinientos.

—No tienes por qué...

—Quiero. Me cae bien. No es una quejica, y después de lo que le ha pasado, tendría derecho a quejarse. Además, sería dinero que ganaste tú para mí. Ahora eres mi único cliente. Lo eres desde hace cuatro años. Para el menda se acabó eso de financiar a atracadores. Sería muy fácil que uno me delatara si algo saliera mal, y ya soy viejo para ir a la cárcel.

—De acuerdo. Gracias. Gracias.

Se cierra el agua de la ducha. Bucky se inclina hacia Billy otra vez por encima del brazo de su mecedora.

—Como sabes, un gatito coge cariño a un perro que decide lamerlo en lugar de perseguirlo o comérselo. Demonios, hasta un patito lo haría. Es la impronta. Ella tiene tu impronta, Billy, y no quiero que salga mal parada.

La puerta del baño se abre y Alice sale al porche. Lleva un albornoz azul viejo que debe de ser de Bucky; es tan largo que le roza el empeine de los pies descalzos. Lleva el pelo en lo alto, sujeto por lo que parece una docena de pasadores y cubierto con plástico transparente. Se va a quedar lejos del rubio platino, quizá por lo oscuro que es su color natural, pero es un gran cambio de todos modos.

—¿Qué os parece? Ya sé que ahora mismo cuesta verlo, pero...

—Te queda bien —afirma Bucky—. Siempre he sentido debilidad por el rubio sucio. Mi primera ex tenía el pelo de un rubio sucio. La vi rondar junto a la gramola y supe que tenía que ser mía. Tonto de mí.

Alice le dirige una sonrisa distraída, pero es a Billy a quien mira, su opinión es la que cuenta. Billy sabe perfectamente a qué se refería Bucky. Recuerda un vídeo que vio en YouTube, uno en el que salía un pájaro bañándose en el plato de agua de un perro mientras el perro —un gran danés— lo observaba allí sentado. Y piensa en el viejo dicho de que si le salvas la vida a alguien, eres responsable de él.

—Estás espectacular —dice, y Alice sonríe.

Billy y Alice se quedan con Bucky cinco días. La mañana del sexto día — ese en el que cuentan que Dios creó a los animales de la tierra y las aves del cielo— cargan el equipaje en la Dodge Ram y se preparan para marcharse. Billy lleva la peluca amarilla y las gafas sin graduar. Como es el modelo de cuatro plazas, pueden colocar el escaso equipaje detrás del asiento corrido. El viejo cortacésped sigue en la caja de la camioneta. Esta vez lo acompañan una podadora, un soplador y una sierra de cadena vieja Stihl. El remolque, vacío la primera vez que Billy lo vio, contiene ahora cuatro bidones de cartón comprados en Lowe's. Los dos hombres los patearon durante un rato para conferirles el adecuado aspecto abollado y los llenaron de herramientas adquiridas por una miseria en una subasta de bienes embargados en Nederland. Los bidones van sujetos a los laterales del remolque mediante correas elásticas.

—Tienes que parecer una versión del siglo XXI de los vagabundos del oeste —dijo Bucky mientras jugaban a patear los bidones—. Sabe Dios que hay muchos en los Nueve del Oeste. Rondan de acá para allá, buscan algún trabajo y luego siguen adelante.

Alice le preguntó qué eran los Nueve del Oeste, y Bucky los enumeró: Colorado, Wyoming, Montana, Utah, Arizona, Nuevo México, Idaho,

Oregón y —por supuesto— Nevada. Billy piensa que la camioneta está bien. En todo caso, podría ser una precaución innecesaria en su viaje por carretera; Bucky tiene razón, los cazarrecompensas se concentrarán en el Área Metropolitana de Las Vegas. Sin embargo, más tarde, llegados a Promontory Point, el aspecto de la camioneta puede ser vital.

—Ha estado bien la visita —dice Bucky. Lleva un peto y una camiseta de Old 97's—. Me alegro de que hayáis venido.

Alice le da un abrazo. A la luz del sol, le queda bien el nuevo cabello rubio.

—¿Billy? —Bucky tiende la mano—. Ahora cuídate.

Billy está a punto de abrazarlo, así es como se hacen las cosas hoy en día, pero se abstiene. Nunca ha sido muy de abrazos fraternales, ni siquiera en el desierto.

—Gracias, Bucky. —Coge la mano de Bucky entre las suyas y le da un ligero apretón, consciente de su artritis—. Por todo.

—De nada.

Montan en la camioneta. Billy enciende el motor. Al principio emite un sonido ronco, pero luego se suaviza. Bucky ha accedido a buscar a alguien que lleve el Fusion a su lugar de origen, para proteger así el nombre de Dalton Smith. Otra cosa que poner a mi cuenta, piensa Billy.

Orienta el morro de la vieja camioneta hacia el camino. Justo cuando pone la primera, Bucky hace un gesto como diciendo «eh, eh» y se acerca al lado del acompañante.

—Quiero volver a verte por aquí —dice a Alice—. Mientras tanto, mantente al margen de los asuntos de Billy y no te metas en líos, ¿entendido?

—Sí —responde ella, pero Billy piensa que quizá solo está diciendo a Bucky lo que Bucky quiere oír. Lo cual ya está bien, piensa Billy. A mí me

escuchará. Espero.

Toca brevemente el claxon para despedirse y se pone en marcha. Al cabo de media hora, doblan al oeste por la I-70, en dirección a Las Vegas.

2

Paran a hacer noche en Beaver, Utah. Es otro motel de dudosa reputación, pero no está mal. En el Crazy Cow, toman unas cestas de pollo frito y en el camino de regreso compran un par de latas de Bud en Ray's 66. Después se sientan delante de sus habitaciones, contiguas, acercan las hamacas plegables de rigor y beben la cerveza fría.

—He leído el resto de tu historia durante el viaje —dice Alice—. Es muy buena. Estoy impaciente por seguir leyendo.

Billy frunce el ceño.

—No tenía previsto continuar después de Faluya.

—*Lalafaluya* —dice ella, y sonríe. Luego añade—: Pero ¿no vas a escribir sobre cómo pasaste al negocio de matar a gente por dinero?

Billy hace una mueca al oírla expresarlo de forma tan descarnada. Y con tal franqueza. Ella lo advierte.

—A mala gente, quiero decir. Y sobre cómo conociste a Bucky, eso me gustaría saberlo.

Sí, piensa Billy, podría escribir sobre eso, y quizá debería. Porque, cierto es, si aquel muyí que se escondía detrás de la puerta hubiera matado a tiros a Johnny Capps, en lugar de acribillarle las piernas sin más, Billy Summers no estaría ahora aquí. Tampoco Alice. De pronto piensa, como en una especie de revelación —aunque tal vez no debería ser así—, que si

Johnny Capps no hubiera sobrevivido, tal vez Alice Maxwell hubiera muerto a causa de la conmoción y el frío en Pearson Street.

—Quizá lo escriba. Si tengo oportunidad. Háblame de ti, Alice.

Ella se ríe, pero no es la risa libre y desenfadada que tanto ha acabado gustándole a él. Esta es una risa a la defensiva.

—Hay poco que contar. Nunca me he hecho notar. Estar contigo es lo único interesante que me ha pasado. Aparte de la violación en grupo, supongo. —Deja escapar un resoplido triste.

Pero Billy no va a conformarse con eso.

—Pasaste la infancia en Kingston. Tu madre os crio a ti y a tu hermana. ¿Qué más? Debe de haber algo más.

Alice señala el cielo, cada vez más oscuro.

—En la vida había visto tantas estrellas. Ni siquiera en casa de Bucky.

—No cambies de tema.

Alice se encoge de hombros.

—Vale, prepárate para aburrirte. Mi padre tenía una tienda de muebles y mi madre era su contable. Él murió de un infarto cuando yo tenía ocho años, y Gerry, mi hermana, tenía diecinueve e iba a la academia de estética. —Alice se toca el cabello—. Ella diría que esto está fatal.

—Puede que lo dijera, pero te queda bien. Sigue.

—En el instituto no era mala estudiante. Salí con algún que otro chico, pero no tuve novio. Había alumnos que caían bien a todo el mundo, pero yo no era de esos. Había alumnos que caían mal... ya sabes, los que siempre son blanco de burlas y bromas pesadas... pero yo tampoco era de esos. Básicamente hacía lo que me decían mi madre y mi hermana.

—Menos ir a la academia de estética.

—Estuve a punto de ceder también en eso, porque estaba claro que no iba a ir a una universidad para listos. No hice muchas de las materias que se

necesitan para eso. —Se detiene a pensar. Billy la deja—. Y una noche estaba en la cama, casi dormida, y me desperté del todo. *De golpe*. Casi me caigo de la cama. ¿Te ha pasado alguna vez?

Billy piensa en Irak y dice:

—Muchas veces.

—Pensé: Si hago eso, si hago lo que ellas quieren, siempre será así. Haré lo que ellas quieran durante el resto de mi vida, y un día, ya vieja, me despertaré aquí en la pequeña ciudad de Kingston. —Se vuelve hacia él—. ¿Y sabes qué dirían mi madre y Gerry si supieran lo que me pasó en el apartamento de Tripp y lo que estoy haciendo ahora aquí contigo? Dirían: Ya ves cómo has acabado.

Billy tiende una mano hacia ella. Alice se vuelve para mirarlo antes de que la toque, y Billy ve entonces a la mujer que puede llegar a ser, si el tiempo y el destino son benévolos.

—¿Y sabes qué diría yo? Diría: Me da igual, porque este es mi tiempo, *merezco* ser dueña de mi tiempo, y esto es lo que yo quiero.

—Vale —dice él—. Vale, Alice. Eso me parece muy bien.

—Sí. Está muy bien. Tenlo por seguro. Siempre y cuando no te maten.

Como eso es algo que Billy no puede prometer, opta por callar. Contemplan las estrellas durante un rato más y se beben sus cervezas y ella no pronuncia palabra hasta que le dice que se va a la cama.

Billy no se va a la cama. Ha recibido un par de mensajes de texto de Bucky. En el primero lo informa de que la empresa de paisajismo que trabaja en Promontory Point se llama Greens & Gardens. El capataz de la cuadrilla

podría ser Kelton Freeman o Hector Martinez, pero también podría ser cualquier otra persona. Es un sector con mucha rotación.

En el siguiente mensaje dice que, entre semana, Nick se aloja a menudo en el Double, pero siempre intenta regresar a su finca de Paiute para pasar el fin de semana. En especial el domingo. **Nunca se pierde un partido de los Giants durante la temporada de fútbol**, añade Bucky. **Todos los que lo conocen lo saben.**

Puedes sacar al chico de Nueva York, piensa Billy, pero no puedes sacar Nueva York del chico. Contesta: **¿Ha habido suerte con el garaje?**

Bucky responde enseguida: **No.**

Billy se ha llevado las fotos, tanto las de Google como las de Zillow. Las examina durante un rato. Después abre el portátil y consulta unas cuantas frases en español. No tendrá que decirlas cuando llegue el momento, si es que llega, pero las dice ahora, una y otra vez, memorizándolas. Casi seguro que no las necesitará todas. Puede que no necesite ninguna. Pero siempre es mejor estar preparado.

Me llamo Pablo Lopez.

Esta es mi hija.

Estos son para el jardín.

Soy sordo y mudo.

Vuelven al Crazy Cow para desayunar, luego cogen la carretera. Billy prefiere no forzar la vieja camioneta, y no tiene por qué hacerlo. Faltan poco más de trescientos kilómetros para Las Vegas, y no hará ningún

movimiento contra Nick hasta el domingo, cuando los profesionales juegan al fútbol y el complejo al final de Cherokee Drive posiblemente esté más tranquilo. Sin jardineros ni paisajistas ni, con suerte, rufianes. Ha consultado el horario, y los Giants se enfrentan a los Cardinals a las 16 horas en la costa este, que serán las 13 en Nevada.

Por pasar el rato, cuenta a Alice cómo entró en el oficio del que ahora se considera retirado. Johnny Capps fue el primer eslabón de la cadena que termina —hasta el momento, hay aún un eslabón más que forjar— en la Interestatal 70, dirección oeste.

—Es al que dispararon en las piernas en aquella casa. Al que dejaron vivo para intentar atraeros a los demás.

—Sí. Clay Briggs, el Pildorero, lo estabilizó y lo sacaron de allí por aire. Johnny pasó mucho tiempo en un hospital de veteranos de mierda y se enganchó a las drogas mientras trataban de rehabilitar lo que era imposible rehabilitar. Al final, el Tío Sam lo mandó de vuelta a Queens en su silla de ruedas, enganchado hasta las trancas.

—Qué triste.

Bueno, le dice Billy, al menos la parte de la adicción de la historia de Johnny tuvo un final feliz. Se puso en contacto con él su primo Joey, un tipo que había conservado el apellido italiano, Cappizano, aunque, claro, lo llamaban Joey Capps. Con el permiso de una de las organizaciones neoyorquinas más grandes —y, por supuesto, del cártel de Sinaloa, que controlaba el negocio de las drogas—, Joey Capps dirigía su propia organización, una tan pequeña y modesta que en realidad era más bien una pandilla. Joey ofreció a su primo, el guerrero herido, un trabajo como contable, pero solo si se desenganchaba.

—¿Y lo consiguió?

—Sí. Me contó toda la historia él mismo cuando retomamos el contacto. Entró en rehabilitación, a cuenta de su primo, y después fue a las reuniones de Narcóticos Anónimos tres o cuatro veces por semana hasta que murió, hace unos años. Se lo llevó un cáncer de pulmón.

Alice frunce el entrecejo.

—¿Iba a las reuniones de Narcóticos Anónimos para dejar las drogas pero trabajaba *moviendo* droga?

—Moviéndola no, contando y blanqueando el dinero del negocio. Pero sí, se reduce a lo mismo, y una vez se lo señalé. ¿Sabes qué dijo? Que por todo el mundo hay alcohólicos recuperados atendiendo detrás de una barra. Apadrinaba a otros adictos, dijo, y algunos se desenganchaban y reanudaban sus vidas. Así lo expresó él: reanudaban sus vidas.

—Dios mío, ahí sí que la mano izquierda no sabe lo que hace la derecha.

Billy le cuenta que estuvo a punto de incorporarse para otro período de servicio, pero llegó a la conclusión de que sería una locura —una locura suicida— y colgó el uniforme. Durante un tiempo fue de acá para allá, intentando decidir cuál era el siguiente paso para un hombre cuyo trabajo, durante muchos años, había consistido en disparar a otros hombres en la sesera. Fue entonces cuando Johnny se puso en contacto con él.

Había un tipo de Jersey, le dijo, aficionado a ligarse a mujeres en los bares y luego darles palizas. Probablemente tenía algún trauma infantil que intentaba superar, dijo Johnny, pero a la mierda los traumas infantiles, era un tío muy malo. Dejó en coma a la última mujer, que casualmente era una Cappizano. Solo prima segunda o quizá tercera, pero Cappizano en cualquier caso. El único problema era que ese tío, ese maltratador de mujeres, pertenecía a una organización más grande y poderosa cuyo cuartel general se hallaba en Hoboken, al otro lado del río.

Joey llevó a Johnny Capps a una reunión con el jefe de dicha organización, y resultó que la gente de New Jersey tampoco tenía en gran estima a ese tarado. Causaba problemas, un *stronzo madre* despreciable con anillos en los dedos de las dos manos, para dar de hostias a las mujeres en lugar de llevarlas a casa para follárselas como querría cualquier hombre normal, o incluso para *fottimi nel culo*, cosa que gustaba a algunos hombres e incluso a algunas mujeres. Pero a ninguna mujer le gusta que le destrocen la cara a golpes.

La conclusión fue que el *capo* no podía dar permiso a Joey Capps para liquidar al *stronzo madre*, porque habría represalias. Pero si se ocupara alguien de fuera, y si el pago corriera a cargo de las dos organizaciones —la de Hoboken y la mucho más pequeña de Queens—, podría sacarse esa espina. Diplomacia mafiosa, por llamarlo de algún modo.

—Y Johnny Capps te llamó a ti.

—Sí.

—¿Porque eras el mejor?

—El mejor que él conociera, al menos. Y conocía mi pasado.

—Lo del hombre que mató a tu hermana pequeña.

—Eso, sí. Investigué a ese tipo antes de aceptar el encargo, conseguí parte de su historial. Incluso fui a ver a la mujer a la que había dejado en coma. Estaba conectada a una máquina de soporte vital, y era evidente que no volvería nunca. El monitor... —Billy traza una línea recta por encima del volante—. Así que lo liquidé. En realidad, no fue muy distinto de lo que hacía en Irak.

—¿Te gustó?

—No. —Billy lo dice sin vacilar—. Ni en el desierto ni aquí. Nunca.

—¿El primo de Johnny te consiguió otros trabajos?

—Otros dos, y hubo uno que rechacé porque el tipo... no sé...

—¿No te pareció lo bastante malo?

—Algo así. Después Joey me presentó a Bucky, y Bucky me presentó a Nick, y en estas estamos.

—Me imagino que hay mucho más.

Imagina bien, pero Billy no desea contar más, y menos aún entrar en los detalles de los trabajos que hizo para Nick y para otros. Nunca ha hablado de eso, con nadie, y le horroriza la sola idea de oír esa parte de su vida expresada en voz alta. Es sórdida y estúpida. Alice Maxwell, estudiante de gestión administrativa y superviviente de una violación, viaja en una camioneta vieja con un hombre que se ganaba la vida matando a gente. Ese era su puto *oficio*. ¿Y va a matar a Nick Majarian? Si tiene ocasión, es muy probable. Eso plantea, pues, una duda: ¿matar por honor es mejor que matar por dinero? Seguramente no, pero eso no lo detendrá.

Alice guarda silencio durante un rato, mientras reflexiona. Finalmente dice:

—Me has contado eso porque crees que quizá no tengas ocasión de escribirlo. ¿No es así?

Es así, pero no quiere decirlo en voz alta.

—¿Billy?

—Te lo he contado porque querías saberlo —responde él por fin, y enciende la radio.

Se alojan en otro motel ajeno a las típicas cadenas. Hay muchos en el contorno más o menos circular de Las Vegas. Mientras Billy los registra en recepción como Dalton Smith y Elizabeth Anderson, Alice echa cuatro

dólares en una de las tragaperras del vestíbulo. Con el quinto, caen en la bandeja diez dólares de plata falsos con un repiqueteo, y ella chilla como una cría. El recepcionista le da a elegir: diez pavos o crédito en el motel por esa cantidad.

—¿Qué tal es el restaurante de aquí? —pregunta Alice.

—El bufet está bastante bien. —Luego baja la voz y añade—: Quédate con el dinero, encanto.

Alice acepta el dinero y compran comida para llevar en el Sirloin Super Burger de la carretera, cerca de allí. Insiste en invitar ella, y Billy no se opone.

De vuelta en la habitación de Billy, ella se sienta en el alféizar de la ventana y observa el tráfico incesante en dirección al centro, y las luces de los hoteles y los casinos a medida que se encienden.

—Ciudad del pecado —dice, maravillada—, y aquí estoy yo, en una habitación de motel con un hombre apuesto que casualmente me dobla la edad. Mi madre *se cagaría*.

Billy echa atrás la cabeza y se ríe.

—¿Y tu hermana?

—No se lo creería. —Señala con el dedo—. ¿Esos son los montes Paiute?

—Si eso es el norte, lo son. En realidad, las estribaciones, creo que se llaman. Si es que tiene alguna importancia.

Alice se vuelve hacia él, ya sin sonreír.

—Dime qué vas a hacer.

Billy se lo explica, y no solo porque necesita que lo ayude con los preparativos. Ella escucha con atención.

—Parece peligrosísimo.

—Si hay algo raro, doy marcha atrás y me lo replanteo.

—Si hay algo raro, ¿lo *sabrás*? ¿Como lo supo tu amigo Taco delante de aquella casa de Faluya?

—Te acuerdas de eso, ¿eh?

—¿Lo *sabrás*?

—Eso creo, sí.

—Pero probablemente entrarás de todos modos. Como entrasteis en la Casa de la Risa, y ya ves lo que pasó.

Billy calla. No hay nada que decir.

—Ojalá pudiera acompañarte.

Él calla de nuevo. Aun en el caso de que la idea no lo horrorizara, el plan fracasaría si Alice estuviera con él, y ella lo sabe.

—¿Hasta qué punto necesitas ese dinero?

—Podría pasar sin él, y en todo caso la mayor parte le corresponde a Bucky. El dinero no es la razón por la que voy. Nick me trató mal. Debe pagar por ello, del mismo modo que tenían que pagar los chicos que te violaron.

Esta vez es Alice quien guarda silencio.

—Hay otra cosa. No creo que fuese idea de Nick matarme una vez concluido el trabajo, y sé que no fue idea suya poner a mi cabeza un precio de seis millones de dólares. Quiero saber quién es esa persona.

—¿Y por qué?

—Sí. También eso.

Lo primero que hace Billy a la mañana siguiente es echar un vistazo a la caja de la vieja camioneta Dodge, porque las herramientas solo están sujetas

con correas, no bajo llave. Todo sigue en su sitio. No lo sorprende, en parte porque todo lo que hay en la parte de atrás de la camioneta y en el remolque es viejo y está bastante estropeado, pero también porque, como le ha enseñado la experiencia a lo largo de los años, la gran mayoría de la gente es honrada. No coge lo que no es suyo. Las personas que sí lo hacen —individuos como Tripp Donovan, Nick Majarian y quienquiera que esté detrás de Nick— lo sacan de quicio.

Está a punto de mandar un mensaje a Bucky para pedirle que averigüe qué automóvil tiene ahora Nick —probablemente el vehículo esté en la zona VIP del aparcamiento del Double Domino, sin duda un cochazo con matrícula personalizada—, pero lo descarta. Bucky sería bastante *capaz* de averiguarlo, y eso podría activar las alarmas. Nada más lejos de los deseos de Billy. Confía en que a estas alturas Nick haya empezado a relajarse.

En cuanto abren las tiendas, Alice y él van a la Ulta Beauty más cercana. Esta vez es él quien necesita maquillaje, pero deja que se ocupe Alice de la compra. Después ella quiere ir a un casino. Aunque es mala idea, se la ve tan entusiasmada que Billy no puede negarse.

—Pero no en los grandes hoteles ni en el Strip —advierete él.

Alice consulta su teléfono y da indicaciones a Billy para llegar al hotel y salón de juegos Big Tommy, en Las Vegas este. Le piden que enseñe su documentación antes de entrar, y ella muestra con aplomo su nuevo carnet de conducir a nombre de Elizabeth Anderson. Mientras Alice se pasea por allí, contemplando boquiabierta la ruleta, las mesas de dados y blackjack y la rueda de la fortuna, que nunca para de girar, Billy permanece atento por si alrededor hay tipos con determinado aspecto. No ve ninguno. Aquí, lejos del centro, la mayoría de la gente son matrimonios que pueden permitirse perder un poco de dinero.

Piensa de nuevo que Alice ya no es la chica a la que él rescató del aguacero. Va camino de ser mejor, y si lo que él está planeando sale mal y ella sufre aún más daño del que ya ha sufrido, él será el responsable. Se dice: Tendría que dejar correr esta mierda y llevarla de vuelta a Colorado. Entonces recuerda a Nick intentando venderle el supuesto «refugio», consciente en todo momento que el viaje a Wisconsin no se prolongaría más de diez kilómetros, hasta que Dana Edison le metiera una bala en la cabeza. Nick tiene que pagar. Y tiene que conocer al verdadero Billy Summers.

—¡Cuánto *ruido*! —exclama Alice. Tiene las mejillas encendidas e intenta abarcarlo todo con los ojos al mismo tiempo—. ¿Qué tengo que hacer?

Tras echar una ojeada a la mesa de la ruleta, Billy la guía hasta allí y compra fichas por valor de cincuenta dólares, sin dejar de repetirse «mala idea, mala idea». Ella tiene la suerte del principiante. En diez minutos ha ganado doscientos dólares y la gente la vitorea. Eso a Billy no le gusta, así que la lleva hasta una hilera de tragaperras de cinco dólares donde Alice se pasa media hora y gana otros treinta pavos. Después se vuelve hacia él y dice:

—Aprieta el botón y mira, aprieta el botón y mira, dale que dale. Es algo estúpido, ¿no?

Billy se encoge de hombros, pero no puede evitar sonreír. Recuerda a Robin Maguire diciendo que solo es una sonrisa cuando enseñas los dientes, y entonces no es nada más.

—Tú lo has dicho, no yo —responde. Y enseña los dientes.

Después del casino van al Century 16 y ven no una película sino dos, una comedia y una de acción. Cuando salen, es casi de noche.

—¿Y si comemos algo? —pregunta Alice.

—Si quieres que paremos en algún sitio, por mí encantado, pero yo estoy lleno de palomitas de maíz y gominolas.

—Solo un bocadillo, quizá. ¿Quieres oír algo agradable sobre mi madre?

—Claro.

—De vez en cuando, si me portaba bien, disfrutábamos de lo que ella llamaba «un día especial». Yo podía comer crepes con trocitos de chocolate para desayunar y después hacer prácticamente todo lo que quisiera, como tomarme un batido de nata y huevo en la farmacia Green Line o comprar un peluche si era barato o ir en autobús hasta el final del trayecto, como me gustaba hacer. Menuda boba, ¿eh?

—No —dice Billy.

Ella le coge la mano, con toda naturalidad, y se la mueve con un vaivén mientras se dirigen hacia la camioneta.

—Este día ha sido como aquellos. Especial.

—Me alegro.

Alice se vuelve hacia él.

—Más te vale que no te maten. —Lo dice con absoluta vehemencia—. Más te vale.

—No me matarán —asegura Billy—. ¿Vale?

—Vale —responde ella—. Todo bien.

Pero esa noche Alice no está bien. Billy duerme justo al borde de la vigilia, de lo contrario no la habría oído llamar a la puerta. El golpeteo es leve y vacilante, casi inaudible. Por un momento, Billy piensa que forma parte del sueño que está teniendo, algo sobre Shanice Ackerman, pero de pronto vuelve a hallarse en la habitación de un motel a las afueras de Las Vegas. Se levanta, se acerca a la puerta y echa un vistazo por la mirilla. Alice está ahí de pie, con el holgado pijama azul que compró cuando fue de tiendas con Bucky. Va descalza y tiene la mano en la garganta. Billy oye su respiración entrecortada. El resuello es más sonoro que el golpeteo en la puerta.

Abre, la coge de la mano que no tiene en la garganta y la hace entrar en la habitación. Mientras cierra la puerta, canta:

—Si hoy al bosque vas... Canta conmigo, Alice.

Ella niega con la cabeza y se obliga a tomar aire de nuevo.

—... no puedo...

—Sí puedes. Si hoy al bosque vas...

—Mejor que te pongas... —silbido— un dis... dis... —Silbido.

Se tambalea, al borde del desmayo. Billy piensa que es un milagro que no se haya desvanecido en el pasillo.

La sacude.

—No, está mal. Inténtalo otra vez. El verso siguiente.

—¿Una gran sorpresa te llevarás? —Aún jadea, pero ya no parece a punto de desplomarse.

—Bien. Ahora los dos juntos. Y no lo digas hablando, canta. Si hoy al bosque vas...

Ella lo acompaña.

—Una gran sorpresa te llevarás. Si hoy al bosque vas, mejor que te pongas un disfraz. —Respira hondo y deja escapar el aire con una sucesión de estremecimientos: *ah... ah... ah*—. Tengo que sentarme.

—Antes de que te caigas —coincide Billy.

Todavía le sujeta la mano. La lleva hasta la silla que hay delante de la ventana, ahora con la cortina corrida.

Alice se sienta, lo mira y se aparta de la frente el cabello recién teñido de rubio.

—Lo he intentado en mi habitación y no ha funcionado. ¿Por qué funciona ahora?

—Necesitabas a alguien con quien cantar a dúo. —Billy se sienta en el borde de la cama—. ¿Qué ha pasado? ¿Una pesadilla?

—Espantosa. Uno de esos chicos... esos *hombres*... me metía un paño de cocina en la boca. Para que dejara de chillar. O quizá hablaba a gritos. Creo que era Jack. No podía respirar. Estaba convencida de que iba a morir asfixiada.

—¿Te hicieron eso?

Alice meneaba la cabeza.

—No me acuerdo.

Pero Billy sabe que se lo hicieron, y ella también lo sabe. Él mismo ha experimentado esa clase de angustia, aunque no con la misma intensidad ni frecuencia que otros. No se ha mantenido en contacto con los marines a los que conoció en Irak —Johnny Capps fue la excepción—, pero hay páginas web y a veces los busca.

—Es normal, así se enfrenta al trauma la mente de los supervivientes del combate. O lo intenta.

—¿Eso soy? ¿Una superviviente del combate?

—Sí. Puede que la canción no siempre dé resultado. Una toalla húmeda sobre la cara puede que no siempre dé resultado. Hay otros trucos para superar los ataques de pánico, puedes verlo en internet. Pero a veces sencillamente se trata de esperar a que pasen.

—Creía que estaba mejor —susurra Alice.

—Lo estás. Pero ahora también estás en una situación de estrés. —Y en esta te he metido yo, piensa Billy.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche? ¿Contigo?

Billy está a punto de negarse, pero contempla su rostro pálido y suplicante, y vuelve a pensar: En esta te he metido yo.

—Vale. —Lamenta llevar solo unos bóxers holgados, pero tendrán que servir.

Ella se acuesta, y él se tumba a su lado. Los dos boca arriba. La cama es estrecha y sus caderas se tocan. Billy fija la vista en el techo y piensa: No voy a tener una erección. Que es como decirle a un perro que no persiga a un gato. Sus piernas también se tocan. La de ella es cálida y firme a través del algodón. No ha estado con una mujer desde Phil, y no quiere estar con esta, pero Dios santo.

—¿Puedo ayudarte? —Alice habla en voz baja pero sin timidez—. No puedo hacer el amor contigo... ya me entiendes, no de verdad... pero podría ayudarte. Me encantaría ayudarte.

—No, Alice. Gracias, pero no.

—¿Seguro?

—Sí.

—De acuerdo.

Ella se vuelve de costado, hacia la pared, apartándose de él.

Billy espera a oírla respirar tranquila y acompasadamente. Entonces va al cuarto de baño y se ayuda él mismo.

Pasan los días, solo unos pocos, casi como unas vacaciones, y ya casi ha llegado el momento. En la carretera, no muy lejos, hay un Target, y después del desayuno compran allí. Alice se lleva un bote enorme de loción hidratante y un pulverizador. También bañadores. El suyo de una sola pieza, recatado. El de él amplio, con un estampado de peces tropicales. También compra a Billy un peto prelavado, guantes de trabajo amarillos, un chaquetón de tela vaquera y una camiseta con un lema muy de Las Vegas.

Nadan en la piscina del motel, que, como descubren, es la mejor parte de su alojamiento actual. Alice juega al voleibol con unos niños mientras Billy descansa en una tumbona, observando. Todo resulta de lo más natural. Podrían ser padre e hija de camino a Los Ángeles, quizá en busca de trabajo, quizá en busca de familiares con los que ponerse en contacto para pedirles un préstamo a largo plazo o un techo bajo el que vivir.

El recepcionista del motel estaba en lo cierto acerca del bufet —abundan las hamburguesas con queso y el rosbif prehistórico en su jugo—, pero Alice, tras casi dos horas en la piscina, se acaba un plato a rebosar y vuelve a por más. Billy no puede seguirle el ritmo, aunque hubo una época —durante el período de instrucción, por ejemplo— en la que le habría dado cien vueltas. Después del almuerzo, Alice dice que necesita una siesta. A Billy no le sorprende.

A eso de las cuatro vuelven a ir de compras, esta vez a una tienda de jardinería y horticultura llamada Grow Baby Grow. El buen humor de Alice de esa mañana se ha ensombrecido, pero no hace el menor esfuerzo por inducirlo a cambiar de idea con respecto a sus planes para el día siguiente. Billy lo agradece. Cualquier intento de persuasión podría dar lugar a una discusión, y no hay nada que Billy desee menos que discutir con Alice. No en el que podría ser su último día juntos.

Cuando aparkan en el motel, Billy se lleva la mano al bolsillo trasero y saca un papel plegado. Lo despliega, lo alisa con delicadeza y luego lo pega al salpicadero con celo comprado en Target. Alice mira la niña pequeña abrazada al flamenco rosa.

—¿Quién es esa?

El cuidadoso dibujo de Shanice hecho con ceras se ha emborronado un poco, pero los corazones que se elevan desde la esquemática cabeza del flamenco hacia la niña se ven aún con suficiente claridad. Billy toca uno de ellos.

—La niña que vivía en la casa de al lado en Midwood. Pero mañana será mi hija. Si necesito que lo sea.

10

Billy confía en que la gente no robe, aunque solo hasta cierto punto. Las herramientas viejas y los bidones sucios están relativamente a salvo, pero alguien podría ver las cosas que han comprado en Grow Baby Grow y decidir afanar alguna, así que llevan las bolsas adentro y las guardan en el cuarto de baño de Billy. Hay cuatro sacos de veinte kilos de tierra para macetas Miracle-Gro, cinco bolsas de cuatro kilos de humus de lombriz Buckaroo y un saco de diez kilos de fertilizante Black Kow.

Alice deja a Billy acarrear el Black Kow. Arruga la nariz y dice que lo huele incluso a través de la bolsa.

Ven la tele en la habitación de Alice, y ella le pregunta si se quedará a pasar la noche allí. Billy contesta que sería mejor que no.

—No creo que pueda dormir sola —dice Alice.

—Tampoco yo creo que pueda, pero vamos a intentarlo los dos. Ven aquí. Dame un abrazo.

Ella le da un fuerte abrazo. Billy la nota temblar, no porque le tenga miedo a él, sino porque tiene miedo por él. No merece tener ningún miedo, pero si no queda más remedio, piensa Billy, mejor que sea ese. Mucho mejor.

—Pon la alarma del teléfono a las seis —dice él tras separarse de ella.

—No hará falta.

Billy sonríe.

—Ponla de todos modos. Podrías llevarte una sorpresa.

En su habitación, la contigua, Billy envía un mensaje a Bucky: **¿Has sabido algo de N?**

Bucky contesta de inmediato. **No. Probablemente está allí pero no lo sé seguro. Lo siento.**

Da igual, responde Billy, luego pone la alarma del teléfono a las cinco. Tampoco prevé dormir, pero *él* podría llevarse una sorpresa.

Sí duerme, un poco, y sueña con Shanice. La niña rompe el dibujo de Dave el Flamenco y dice: «Te odio te odio te odio».

Despierta a las cuatro, y cuando sale afuera con los guantes nuevos en una mano, Alice está sentada en la eterna hamaca de motel, arrebujada en una sudadera con el rótulo I LOVE LAS VEGAS y contemplando un cuarto menguante de luna.

—Hola —dice Billy.

—Hola.

Se acerca al borde del camino de cemento y restriega los guantes nuevos en la tierra. Cuando considera que ya tienen el aspecto adecuado, sacude el polvo y se incorpora.

—Hace frío —comenta Alice—. Eso te irá bien. Puedes ponerte el abrigo.

Billy sabe que las temperaturas subirán deprisa en cuanto salga el sol. Por más que sea octubre, están en el desierto. Se pondrá el abrigo de todos modos.

—¿Te apetece comer algo? ¿Una hamburguesa con huevo? El McDonald's de la carretera abre las veinticuatro horas.

Alice niega con la cabeza.

—No tengo hambre.

—¿Un café?

—Eso sí, estaría bien.

—¿Con leche y azúcar?

—Solo, por favor.

Va al vestíbulo vacío y sirve dos tazas de la eterna cafetera Bunn de motel.

Cuando regresa, Alice sigue contemplando la luna.

—Da la impresión de que está tan cerca que basta con alargar el brazo para tocarla. ¿No es preciosa?

—Sí, pero estás tiritando. Vamos adentro.

En la habitación de Billy, Alice se sienta en el sillón junto a la ventana y toma un sorbo de café; luego deja el vaso en la mesita y se queda dormida. La sudadera le viene grande y el cuello resbala hacia un lado, dejando a la vista el hombro desnudo. Billy piensa que es al menos tan preciosa como la luna. Se sienta, bebe café y la observa. Le gusta oírla respirar despacio, con inspiraciones largas. Pasa el tiempo. Tiene tendencia a pasar, piensa Billy.

Cuando la despierta a las siete y media, ella le reprocha que la haya dejado dormir.

—Tenemos que rociarte. Ese pringue tarda al menos cuatro horas en actuar.

—Hay tiempo. El partido empieza a la una, y no voy a ir a por él hasta la una y media como poco.

—Aun así, preferiría haberlo hecho hace una hora, solo para asegurarnos. —Exhala un suspiro—. Ven a mi habitación. Lo haremos allí.

Al cabo de unos minutos, él se ha quitado la camisa y está aplicándose la crema hidratante en las manos, los antebrazos y la cara. Alice le dice que no se olvide de los párpados y la nuca. Cuando Billy ha terminado, ella empieza con el espray de bronceado. La primera capa requiere cinco minutos. Cuando acaba, Billy entra en el baño y se echa un vistazo. Lo que ve es a un hombre blanco con un moreno del desierto.

—No es suficiente —dice.

—Ya lo sé. Ponte más crema hidratante.

Alice aplica el espray por segunda vez. Cuando Billy entra en el baño para examinarse de nuevo, se ve mejor, pero no queda del todo satisfecho.

—No sé —dice a Alice cuando sale—. Puede que no haya sido buena idea.

—Sí lo es. ¿Recuerdas lo que te dije? Seguirá oscureciéndose entre cuatro y seis horas después. Con el sombrero de vaquero y el peto... —Lo mira con ojo crítico—. Si no pensara que puedes pasar por chicano, te lo diría.

Ahora es cuando me pide otra vez que lo deje correr y vuelva a Colorado con ella, piensa Billy. Pero Alice no lo hace. Le dice que se ponga lo que llama «tu disfraz». Billy vuelve a su habitación y se pone la

camiseta, el peto, el abrigo (con los guantes de trabajo en los bolsillos) y el maltrecho sombrero de vaquero que Bucky y Alice compraron en Boulder. Se lo cala hasta las orejas y se recuerda que debe levantárselo un poco cuando llegue el momento, para enseñar ese largo cabello negro salpicado de gris.

—Se te ve bien. —Con actitud profesional, pese a tener los ojos enrojecidos—. ¿Has cogido el bloc y el lápiz?

Billy se da una palmada en el bolsillo frontal del peto. Es amplio, con espacio de sobra para el Ruger con silenciador además del material de escritura.

—Ya te estás oscureciendo. —Alice esboza una débil sonrisa—. No sé qué diría un guardián de la corrección política.

—Si no hay más remedio —dice Billy. Se lleva la mano al bolsillo lateral del peto, el que no contiene la Glock 17, y saca un fajo. Es todo el dinero que le queda aparte de un par de billetes de veinte.

—Ten esto. Considerémoslo un seguro.

Alice se lo guarda en el bolsillo sin rechistar.

—Si no recibes una llamada mía esta tarde, espera. No sé qué tal es la cobertura al norte de aquí. Si no he vuelto a las ocho de esta noche, las nueve como mucho, no volveré. Pasa aquí la noche, luego márchate, ve en Greyhound hasta Golden o Estes Park. Llama a Bucky. Irá a recogerte. ¿De acuerdo?

—No estaría de acuerdo, pero lo entiendo. Déjame que te ayude a llevar esos sacos a la camioneta.

Hacen dos viajes, y después Billy cierra el portón trasero. Se quedan mirándose. Unas cuantas personas de ojos soñolientos —un par de viajeros, una familia— cargan con su equipaje y se preparan para seguir camino.

—Si no tienes que estar allí hasta la una, puedes quedarte otra hora —dice Alice—. Incluso dos.

—Creo que será mejor que me vaya ya.

—Sí, puede que sea mejor —admite Alice—. Antes de que me venga abajo.

Billy la abraza. Alice le devuelve el abrazo con vehemencia. Él espera que le diga que se ande con cuidado. Espera que le diga de nuevo que no muera. Espera que le pida una vez más, quizá que le ruegue, que no vaya. Alice no lo hace. Alza la vista para mirarlo y dice:

—*Coge lo que es tuyo.*

Se separa de él y regresa hacia el motel. Cuando llega, se da la vuelta y sostiene el móvil en alto.

—Lláname cuando termines. No te olvides.

—No me olvidaré.

Si puedo, piensa él. Te llamaré si puedo.

A una hora al norte de Las Vegas por la Federal 45, Billy llega a un Dougie's Donuts contiguo a una gasolinera ARCO y un supermercado con el inverosímil nombre de Terrible Herbst. Es una parada de camiones rodeada de amplios aparcamientos, con enormes tráileres a un lado roncando como bestias dormidas. Billy reposta, compra una botella de zumo de naranja y un buñuelo, y después estaciona en la parte de atrás. Piensa en llamar a Alice, solo porque le gustaría oír su voz y cree que quizá a ella le gustaría oír la suya. Mi rehén, piensa. Mi rehén con síndrome de Estocolmo. Pero no es eso lo que es ahora, si es que alguna vez lo ha sido. Recuerda la forma en que ha dicho: «Coge lo que es tuyo». No con actitud temeraria, no se ha transformado en una especie de reina guerrera de cómic (al menos no todavía), pero sí con bastante fiereza. Con el móvil ya en la mano, recuerda que anoche Alice durmió tan poco como él. Si se ha vuelto a la cama con el cartel NO MOLESTAR colgado en la puerta, prefiere no despertarla.

Se bebe el zumo y se come el buñuelo, y deja pasar el tiempo. Dispone de suficiente para que lo asalten las dudas. En algunos sentidos —en muchos, a decir verdad— parece estar repitiéndose la situación de la Casa de la Risa, solo que sin pelotón que lo respalde. No puede tener la certeza

de que Nick esté de fin de semana en Promontory Point. Desconoce cuántos hombres lo acompañan si es que ha ido. Varios con toda seguridad, no cazarrecompensas de alguna otra organización, sino sus propios hombres, y Billy ignora dónde pueden estar apostados. Se ha formado una idea de la distribución interior de la casa a partir de las fotografías de Zillow, pero podría haber habido cambios después de que Nick comprara la finca. Si Nick *está* allí, animando a los Giants, Billy no sabe dónde estará viendo el partido. Ni siquiera sabe si podrá acceder por la entrada de servicio. Tal vez sí, tal vez no.

Hay una hilera de baños portátiles, y usa uno para evacuar el café y el zumo. Cuando sale, ve cerca a una chica negra con un top de escote halter y una falda vaquera tan corta que enseña la costura de las bragas. Da la impresión de que lleva en pie toda la noche y de que no ha sido una noche fácil. El rímel en torno a los ojos recuerda a Billy —al *lado tonto* de Billy— a los Golfos Apandadores de los antiguos cómics del pato Donald y el tío Gilito que a veces compra en los mercadillos y en las subastas de jardín.

—Eh, guapo —dice la buscona de aparcamiento—. ¿Quieres una cita conmigo?

Es una oportunidad tan buena como cualquier otra para poner a prueba su tapadera. Saca el cuaderno y el lápiz del bolsillo frontal del peto y escribe en español: «Soy sordo y mudo».

—¿Qué coño quiere decir eso?

Billy se toca las orejas con las dos manos y se da unas palmaditas en la boca.

—Déjalo —dice ella, y se da media vuelta—. No pienso chupársela a un espalda mojada.

Billy, complacido, la observa alejarse. Un espalda mojada, ¿eh?, piensa. No me convierte en John Howard Griffin precisamente, pero me vale.

Permanece aparcado detrás del Dougie's Donuts hasta las once. Durante ese rato ve a la chica negra y a unas cuantas compañeras de trabajo suyas charlar con camioneros, pero ninguna se acerca a él. Lo que a Billy ya le parece bien. De vez en cuando sale de la camioneta y finge revisar su mercancía, aunque en realidad solo quiere estirar las piernas y distenderse.

A las once y cuarto pone en marcha la camioneta (el interruptor de encendido falla a la primera, y Billy se asusta) y sigue hacia el norte por la 45. Las estribaciones de los Paiute se acercan. A ocho kilómetros ya ve Promontory Point. Es distinta de la casa que Nick alquiló en la ciudad donde Billy hizo su trabajo, pero exactamente igual de fea.

Cuando el GPS le indica que la salida hacia Cherokee Drive se encuentra a un kilómetro y medio de distancia, Billy llega a otra área de descanso, apenas un ensanchamiento de la carretera. Aparca a la sombra y utiliza otro baño portátil, pensando en la máxima de Taco Bell: «Nunca pierdas una oportunidad de mear antes de un tiroteo».

Cuando sale, consulta el reloj de pulsera. Las doce y media. En su finca blanca y grande, Nick probablemente esté acomodándose para ver la previa en compañía de un par de sus rufianes. Tal vez comiendo nachos y bebiendo cerveza Dos Equis. Billy activa a Siri, que le dice que se encuentra a cuarenta minutos de su destino. Se obliga a esperar un poco más y se obliga a no llamar a Alice. En lugar de eso, se apea, coge una palanca de uno de los bidones sucios y, a golpes, abre un par de agujeros en el silenciador de la Ram, ya antes en mal estado. Si se acerca a la entrada de servicio con la

vieja camioneta petardeando y humeando, tanto más convincente será el personaje.

—Muy bien —dice Billy.

Piensa en entonar la consigna de Caballo Oscuro y se insta a dejarse de ridiculeces. Además, la última vez que la entonaron todos juntos, cogidos de las manos (excepto Albie Stark), las cosas no salieron demasiado bien. Hace girar la llave. El interruptor de encendido patina y patina. Cuando empieza a ahogarse, Billy para, espera, pisa el acelerador una sola vez y vuelve a intentarlo. La Dodge arranca a la primera. Antes ya era ruidosa. Ahora lo es más.

Billy echa un vistazo al tráfico, se incorpora a la 45 y poco después se desvía por Cherokee Drive. Allí la pendiente se vuelve más pronunciada. Durante los primeros dos kilómetros poco más o menos, hay casas más modestas a ambos lados de la carretera, pero al cabo de un rato desaparecen y solo asoma Promontory Point, que se alza imponente al frente.

Estaba destinado a venir aquí, piensa Billy, e intenta reírse de la idea, que no solo es agorera, sino además pretenciosa. La idea no lo abandona, y Billy entiende que se debe a que es verdad. Estaba destinado a venir aquí. Sí.

Fuera de la cúpula de esmog de Las Vegas, el aire es puro y quizá incluso tiene un ligero efecto de aumento, porque, cuando Billy se aproxima a la verja principal del complejo, da la impresión de que la casa retrocede para no precipitarse sobre él. La tapia es muy alta y no se ve nada por encima,

pero sabe que hay un puesto de vigilancia justo al otro lado, y si hay alguien dentro, probablemente ya ha visto la vieja carraca de Billy por la pantalla.

Cherokee Drive termina en Promontory Point. Antes de eso, una pista de tierra se desvía hacia la izquierda. Dos carteles flanquean la pista. En el de la izquierda se lee: MANTENIMIENTO Y REPARTO; en el otro: SOLO VEHÍCULOS AUTORIZADOS. «SOLO» aparece en rojo.

Billy tuerce por la pista, sin olvidarse de subirse un poco el sombrero. También se palpa el bolsillo frontal del peto (Ruger con silenciador) y el bolsillo lateral (Glock). Calibrar las miras de las armas habría sido absurdo, las armas cortas solo sirven para el trabajo de cerca, pero cae en la cuenta de que no ha probado ninguna de las dos ni examinado los cargadores. Tendría su gracia, tratándose de él, que se viera obligado a utilizar la Glock y se le atascara. O que el silenciador del Ruger, tal vez fabricado en el garaje de algún adicto a la meta, obstruyera el cañón y el revólver le estallara en la mano. Ya es demasiado tarde para preocuparse de esas cosas.

La tapia del complejo queda a su derecha. A la izquierda, los pinos crecen tan cerca que las ramas rozan los costados de la camioneta. Billy se imagina vehículos más grandes —los camiones de la basura, de reparto de gas propano, de servicios de vaciado de fosas sépticas— abriéndose paso por allí, y a los conductores echando pestes cada vez que les toca ese recorrido.

Finalmente, la tapia dobla en ángulo recto y se acaban los árboles. También termina la pendiente de veinte grados. Ahora se encuentra en una explanada, que posiblemente se allanó en su día con buldóceres para la construcción de la casa y los jardines. La pista de mantenimiento se abre y luego gira de nuevo hacia la verja que busca Billy, mucho más modesta. Por encima de la tapia, ve los cinco metros superiores del establo, pintado de un

rojo rústico. El tejado es metálico y refleja el sol. Billy aparta la vista después de una rápida ojeada, para que el resplandor no le afecte a la visión.

La verja está abierta. Hay parterres a ambos lados. Ve una cámara de seguridad montada en la tapia, pero cuelga como un pájaro con el cuello roto. Eso complace a Billy. Pensaba que tal vez Nick se estuviese relajando, bajando un poco la guardia, y ahí tiene una prueba.

En el parterre de la izquierda, una mujer mexicana con un amplio vestido azul cava de rodillas en la tierra con un desplantador. Tiene al lado una cesta de mimbre a medio llenar de flores cortadas. Podría haber comprado los guantes amarillos en el mismo sitio donde Billy adquirió los suyos. Lleva un sombrero de paja tan grande que resulta cómico. Al principio se halla de espaldas a él, pero cuando oye la camioneta —¿cómo va a pasarla por alto?— se vuelve, y Billy ve que no es mexicana ni mucho menos. Tiene la piel bronceada y curtida, pero es blanca. Una blanca de cierta edad, dicho sea de paso.

Se pone en pie y, plantándose frente a la camioneta con los pies separados, le corta el paso. Solo se encamina hacia el lado del conductor cuando Billy aminora hasta parar y baja la ventanilla.

—¿Tú quién coño eres y qué quieres? —Y luego añade en español—: ¿Qué deseas? —Lo cual es otro detalle favorable, junto con la cámara de seguridad rota.

Billy alza un dedo —espere un momento— y saca el cuaderno del bolsillo frontal del peto. Se queda en blanco un momento, pero enseguida se acuerda y escribe: «Estos son para el jardín».

—Ya lo veo, pero ¿qué haces aquí en domingo? Háblame, Pedro.

Pasa una hoja y escribe: «Soy sordo y mudo».

—¿Ah, sí? ¿Entiendes el inglés? —pregunta la mujer, articulando las palabras de forma exagerada.

Lo escruta con unos ojos de un color azul oscuro, enmarcados por un rostro estrecho. A la cabeza de Billy acuden dos detalles. El primero es que posiblemente Nick haya bajado la guardia... pero no del todo. La cámara de seguridad está rota, y tal vez sus hombres ven el partido de fútbol con él dentro de la casa, pero esta mujer se encuentra aquí fuera, con su desplantador y su cesta de flores. Quizá sea lo que su vieja amiga Robin llamaba una coinquidinkia, pero quizá no lo sea, porque hay una botella de agua y un bocadillo envuelto en papel encerado a la sombra de un árbol cercano. Lo que apunta a que posiblemente tiene intención de quedarse un rato hasta que termine el partido y la releven.

Ese es uno de los detalles. El otro es que su cara le suena. Vaya que si le suena.

La mujer tiende el brazo hacia el interior de la cabina y chasca los dedos ante la nariz de Billy. Le apestan a tabaco.

—¿Lo entiendes? —pregunta en español.

Billy separa ligeramente el pulgar y el índice para indicar que sí, que lo entiende, pero solo un poco.

—Seguro que si te pidiera que me enseñaras el permiso de residencia, se te acabaría la puta suerte. —Suelta una risotada tan ronca como la voz con la que habla—. Veamos, pues, ¿qué haces aquí en domingo, mi amigo?

Billy se encoge de hombros y señala el establo que se alza por encima de la tapia.

—Sí, ya imaginaba que no venías a por té y galletas. ¿Qué tienes que dejar en el establo? Enséñamelo.

A Billy cada vez le gusta menos la situación. En parte porque podría mirar por sí misma en la caja de la camioneta y ver los sacos de material de jardinería, pero sobre todo por esa inquietante sensación de que la ha visto antes. Lo cual no puede ser cierto. Es demasiado mayor para ser uno de los

perros guardianes de Nick y, en cualquier caso, él nunca contrataría a una mujer para esa clase de trabajo. Nick es de la vieja escuela, y esa mujer es solo una vieja, una sirvienta a la que han mandado ahí fuera para que vigile la entrada de servicio mientras ellos ven el partido, y ella ha decidido matar el tiempo cortando unas flores para la casa. Aun así, no le gusta.

—¡Ándale, ándale!

Vuelve a chascar los dedos delante de su cara. Eso a Billy tampoco le gusta, aunque la presunción de superioridad de la mujer —su prejuicio trumpista, si se quiere— es otra señal de que el disfraz es convincente.

Billy se apea, dejando la puerta abierta, y la acompaña hasta la caja de la camioneta. Ella, indiferente al contenido de la caja, se acerca al pequeño remolque. Mira en los bidones, hace un gesto de desdén y luego retrocede para echar un vistazo dentro de la caja.

—¿Cómo es que solo traes un saco de Black Kow? ¿De qué va a servir eso?

Billy se encoge de hombros para indicar que no la comprende.

La mujer se pone de puntillas y da unas palmadas en el saco. Le aletea el sombrero.

—¡Solo uno! ¡Uno! ¡Solo uno! —repite en español.

Billy se encoge de hombros para indicar que él no es más que el repartidor.

La mujer deja escapar un suspiro y le hace una seña con la mano para darle paso.

—En fin, qué coño. Adelante. Siendo domingo por la tarde, no voy a llamar a Hector para preguntarle por qué envía a un sordomudo a entregar un mísero cargamento de mierda, seguro que también está viendo el puto partido. O algún otro.

Billy se encoge de hombros para indicar que sigue sin entender.

—Entra esa mierda. ¡Llévalo! Luego lárgate a la puta cantina más cercana, a lo mejor llegas a tiempo de ver la segunda parte.

Es en ese instante cuando él debería haberlo percibido. Algo en los ojos de esa mujer. Pero no lo percibe. Solo tiene suerte. La ve acercarse por el retrovisor del lado del conductor mientras entra en la cabina y se sienta al volante. Agacha el hombro para esquivarla justo a tiempo, y el desplantador solo le araña la parte superior del brazo por debajo de la camiseta que lleva bajo el peto. Cierra la puerta de golpe y le atrapa el brazo. El desplantador cae al suelo junto al pie izquierdo de Billy.

—¡Ay, joder!

La mujer libera el brazo con tal rapidez y fuerza que se golpea el sombrero y este le salta de la cabeza, dejando a la vista el cabello gris recogido en un moño alto. Es entonces cuando Billy cae en la cuenta de dónde la ha visto antes.

Se lleva la mano a uno de los amplios bolsillos laterales del vestido. Billy se apresura a salir de la camioneta y le propina un revés en el lado izquierdo de la cara. Ella cae de espaldas en el parterre. Lo que pretendía sacar del bolsillo va a parar al suelo. Es un móvil. Es la primera vez en su vida que pega a una mujer, y cuando ve asomar la magulladura en su mejilla piensa en Alice, pero no se arrepiente. Podría haber sido un arma.

Y lo ha reconocido. No al principio, pero sí, lo ha reconocido. Además, lo ha disimulado bien hasta el final. He ahí para lo que han servido el peto, el bronceador en aerosol, la peluca y el sombrero de vaquero. He ahí para lo que ha servido el dibujo de Shan pegado al salpicadero, el que debía permitirle escribir (con una sonrisa de orgullo paternal) que era obra de su hija. ¿Ha sido porque la mujer ha estudiado su foto además de haberlo visto en persona una vez en Red Bluff? ¿O ha sido porque es mujer, y las mujeres

tienden a descubrir antes lo que se oculta bajo un disfraz? Podría ser una chorrada sexista, pero por alguna razón Billy lo duda.

—Capullo de mierda. Eres tú.

Billy piensa: Y en la casa de alquiler de Nick parecía tan amable. Casi refinada. Aunque en aquel momento, claro, estaba en modo sirvienta. Recuerda ahora que Nick le entregó un fajo de billetes para Alan, el cocinero que flambeó el suflé Alaska, pero nada para ella. Porque ella estaba en nómina. De hecho, era de la familia. Muy gracioso.

Se la ve aturdida, aunque podría tratarse de otra estratagema. En cualquier caso, Billy se alegra de que el desplantador esté dentro de la camioneta. Le rodea los hombros con un brazo y la ayuda a sentarse. La mejilla se le está hinchando como un globo, lo cual lo lleva de nuevo a pensar en Alice, pero Alice nunca lo miró como esta mujer lo está mirando ahora. Si las miradas matasen, y tal.

Con la mano que no utiliza para sostenerla, Billy se saca el Ruger del bolsillo y apoya ligeramente la boca del arma en la frente arrugada de la mujer. A Frank Macintosh lo llaman (nunca delante de él) Frankie Elvis, o a veces Solar Elvis. El cabello muy alto en la parte delantera, como el de ella. El mismo pelo, el mismo rostro estrecho, el mismo pico entre las entradas. Billy piensa que, de no ser por el descomunal sombrero, tal vez habría establecido antes la conexión y se habría ahorrado muchos problemas.

—Hola, Marge. No eres tan educada como cuando nos serviste la cena aquella noche.

—Puto traidor —dice ella, y le escupe a la cara.

Billy siente un impulso casi incontenible de pegarle otra vez, pero no porque le haya escupido. Se limpia la cara con el brazo, dejando que se sostenga por sí sola. Se la ve perfectamente capaz. Puede que pase de los

setenta años y haya fumado toda su vida, pero no es de las que se rinden, eso Billy debe reconocérselo.

—Te confundes. El puto traidor es Nick. Yo hice el trabajo, y él, en lugar de pagarme, me dejó colgado y planeó matarme.

—Nick nunca haría una cosa así. Cuida de los suyos.

Tal vez sea verdad, piensa Billy, pero yo no soy uno de los suyos ni lo he sido nunca. Yo soy un simple trabajador autónomo.

—No discutamos, Marge. El tiempo apremia.

—Creo que me has roto el puto brazo.

—Y tú has intentado rajarme la yugular. En lo que a mí respecta, estamos en paz. ¿Cuántos hombres hay ahí dentro viendo el partido?

Ella no contesta.

—¿Está Frank ahí?

No responde, pero el parpadeo que Billy advierte en esos ojos de color azul oscuro le revela lo que necesita saber. Recoge el móvil, le sacude el polvo y se lo tiende.

—Llámallo y dile que ha venido un tipo de Greens & Gardens a dejar fertilizante y tierra para macetas. Nada de qué preocuparse. Dile...

—No.

—Dile que le has dicho al tipo que pase y lo deje en el establo.

—No.

Billy había bajado el cañón del Ruger. Ahora lo apoya de nuevo entre sus ojos.

—Díselo, Marge.

—No.

—Díselo u os volaré los sesos, primero a ti y luego a Frank.

Ella vuelve a escupirle a la cara. O al menos lo intenta, aunque no escupe gran cosa. Porque tiene la boca seca, piensa Billy. Está asustada,

pero no va a obedecer. Incluso si lo hace, los pondrá sobre aviso por la manera de hablar, o se jugará el todo por el todo y gritará: «Es él, es ese puto capullo, el traidor de Billy Summers».

Incapaz de no pensar en Alice pero recordándose que esta no es ella ni podría serlo nunca, golpea a Marge en la sien. Ella pone los ojos en blanco y vuelve a desplomarse entre las flores. Billy permanece a su lado un momento para asegurarse de que aún respira; luego lanza su teléfono a la camioneta. Se dispone a montar, pero, tras detenerse a pensar, aparta las flores cortadas de la cesta. Debajo hay un walkie-talkie y un revólver King Cobra de cañón corto calibre 357. Así que Marge no solo practicaba la jardinería. Y no la han apostado aquí como quien no quiere la cosa. Esta tiene redaños. Lanza el arma y el walkie-talkie a la camioneta.

El interruptor de encendido tarda diez largos segundos en responder, y Billy piensa por qué ahora, Dios mío, por qué ahora. Al final el motor arranca, y Billy accede a la finca. Tras entrar, se detiene a diez metros de la tapia y, dejando la camioneta en punto muerto, cierra la verja. Tiene un enorme cerrojo de acero. Desliza el doble pasador y se dirige de nuevo hacia la camioneta, que ruge a través del silenciador perforado. En su momento, hacer eso le pareció una buena idea. Ahora ya no tanto.

Cuando entra en la cabina, Marge Macintosh empieza a aporrear la verja y a gritar:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Es Summers! ¡El de la camioneta es Summers!

Billy duda que alguien pueda oírla incluso con el silenciador de la Dodge intacto, sin embargo lo asombra la vitalidad de la mujer. La ha golpeado con todas sus fuerzas, y ya vuelve a por más.

Solo que *no* le has pegado con todas tus fuerzas, piensa. Has pensado en Alice y te has contenido.

Ya es demasiado tarde, y no cree que importe. Tendría que rodear toda la tapia, esquivando los pinos, para alertar a quien sea que esté en la caseta de seguridad situada junto a la verja principal... en el supuesto de que haya alguien realmente.

Y, en efecto, lo hay. Cuando Billy pasa junto al establo y el prado, sale un hombre. Porta un rifle o una escopeta, pero de momento lo lleva colgado al hombro. Se lo ve relajado. Levanta las manos a la altura de los hombros con las palmas hacia fuera: ¿Qué pasa?

En lugar de dirigirse hacia la casa como tenía previsto, Billy se asoma por la ventanilla de su lado, levanta el pulgar en dirección al hombre y enfila el camino de acceso principal hacia la caseta.

Se detiene. El hombre se acerca a él con el arma —es una Mossberg— todavía al hombro. Billy cae en la cuenta de que lo conoce. Nunca ha estado aquí, pero sí ha visitado tres o cuatro veces el ático de Nick en el Double Domino, y en dos de ellas ese hombre estaba allí. Sal algo más, se llama. Pero Sal, a diferencia de la madre de Frank, con su fina vista, no lo reconoce.

—¿Qué pasa, socio? —pregunta—. ¿La vieja te ha dejado pasar?

—Sí. —Billy no intenta siquiera imitar un acento español, parecería el puto Speedy Gonzalez—. Traigo un papel que firmar. ¿Puede firmarlo usted?

—No lo sé —responde Sal. Empieza a vérselo preocupado. Billy piensa: Demasiado tarde, amigo, demasiado tarde—. A ver qué es.

El cuaderno de sordomudo de Billy asoma del bolsillo delantero del peto. Le da una palmada y dice:

—Lo tengo justo aquí.

Desliza la mano por detrás del cuaderno y empuña el Ruger de Don Jensen. Milagrosamente, sale sin problemas a pesar del silenciador en

forma de bombilla acoplado al extremo. Dispara. Un orificio aparece entre dos de los botones nacarados de la camisa de estilo vaquero de Sal. Se oye algo similar al reventón de un globo, ¿y qué ocurre? El silenciador se desprende en dos piezas humeantes, una cae a tierra y la otra en el interior de la cabina.

—¡Me has pegado un tiro! —dice Sal al tiempo que retrocede, tambaleante. Tiene los ojos muy abiertos.

Billy no quiere volver a disparar, porque la segunda detonación será mucho más ruidosa, y tampoco hace falta. Sal se dobla, hinca las rodillas en el suelo y agacha la cabeza. Parece que está rezando. Al cabo de un momento, cae de bruces.

Billy se plantea coger la Mossberg, pero decide dejarla. Como ha dicho a Marge, el tiempo apremia.

4

Se dirige en la camioneta hacia la casa principal. En la zona de estacionamiento hay tres coches aparcados: un sedán, un todoterreno compacto y un Lamborghini que debe de pertenecer a Nick. Billy recuerda que, según Bucky, Nick es aficionado a los coches. Apaga el motor de la ruidosa camioneta y se encamina hacia la escalinata principal. Sostiene en una mano el cuaderno de sordomudo. Oculta la Glock detrás. Acaba de matar a un hombre, y probablemente Sal era un mal tipo que había cometido muchas fechorías por orden de Nick, pero Billy no lo sabe con certeza. Ahora matará a más, en el supuesto de que no lo maten a él. Ya pensará en eso más tarde. Si hay un más tarde.

Acerca el dedo al timbre, pero vacila. ¿Y si acude a la puerta una mujer? Si eso ocurre, Billy no cree que sea capaz de dispararle. Incluso si todo se va al garete como consecuencia de eso, no cree que sea capaz. Le gustaría poder rodear la casa, observarla un poco, pero no hay tiempo. Mamá Elvis está en pie de guerra.

Tantea la puerta. Se abre. A Billy lo sorprende, pero no lo asombra. Nick ha decidido que Billy no va a presentarse aquí. Además, es domingo por la tarde, hace sol y es día de fútbol en Estados Unidos. Billy sospecha que los Giants acaban de anotar. La multitud prorrumpe en gritos, y también varios hombres. No muy cerca pero tampoco lejos.

Billy se guarda el cuaderno en el bolsillo delantero del peto y se dirige hacia el sonido. Entonces ocurre justo lo que temía. Por el pasillo principal se acerca una criada hispana, menuda y bonita, con una bandeja de salchichas de Frankfurt humeantes en panecillos sobre una nevera Igloo, probablemente llena de cervezas. Billy tiene tiempo de pensar en una vieja letra de Chuck Berry: «Con lo adorable que es, no puede tener ni un minuto más de diecisiete años». La chica ve a Billy, ve el arma, abre la boca, la Igloo se ladea, la bandeja con las salchichas empieza a deslizarse. Billy la coloca de nuevo en posición segura.

—Vete —dice, y señala hacia la puerta abierta—. Llévate eso y sal de aquí. Vete lejos.

Ella no pronuncia una sola palabra. Cargada con la bandeja, recorre el pasillo y sale a la luz del sol. Su postura, piensa Billy, es perfecta, y el reflejo del sol en su cabello negro lleva a pensar que quizá Dios no sea tan malo. Baja por los escalones, con la espalda recta y la cabeza erguida. No vuelve la vista atrás. Se oyen los vítores del público. También los de los hombres que ven el partido en la casa.

Alguien vocifera:

—¡Jodedlos, *Big Blue*!

Billy recorre parte del pasillo embaldosado. Entre dos reproducciones de Georgia O’Keeffe —mesetas a un lado, montañas al otro— hay una puerta abierta. A través del hueco entre las bisagras, Billy ve unas escaleras descendentes. Ponen un anuncio de cerveza. Billy se queda detrás de la puerta abierta, esperando a que la publicidad termine, para que vuelvan a centrar la atención en el partido.

Entonces se oye a Nick, desde el pie de las escaleras:

—¡Maria! ¿Dónde están esos perritos? —Al no recibir respuesta, añade —: ¡Maria! ¡Date prisa!

Alguien dice:

—Iré a ver.

Billy no está seguro, pero cree que ha sido Frank.

Sonoras pisadas escaleras arriba. Alguien sale al pasillo y dobla a la izquierda, en dirección a la cocina, cabe suponer. En efecto es Frank. Billy lo reconoce incluso de espaldas: el tupé con el que intenta tapar el panel solar. Sale de detrás de la puerta y lo sigue, caminando sobre los bordes de los pies; se alegra de haberse puesto zapatillas. Frank entra en la cocina y mira alrededor.

—¿Maria? ¿Dónde estás, cariño? Necesitamos...

Tras alzar mucho la Glock para ganar impulso, Billy le asesta un culatazo con toda su alma en la coronilla calva. La sangre salpica y Frank se desploma, dándose con la frente en la mesa de carnicero situada en el centro de la cocina. Su madre tenía la cabeza dura, y tal vez Frank haya heredado eso de ella junto con el pico entre las entradas, pero Billy no cree que se recupere de esto. Al menos no durante un rato, quizá nunca. En las películas, los personajes siempre reciben trastazos en la cabeza y se levantan al cabo de unos minutos con pocos daños o ilesos, pero en la vida

real las cosas no funcionan así. Frank Macintosh podría morir de un edema cerebral o de un hematoma subdural. Podría ocurrir al cabo de cinco minutos, o podría quedar en coma durante cinco años. También podría recobrar el conocimiento antes, pero probablemente no antes de que Billy termine la tarea del día. Aun así, se agacha y lo registra. No va armado.

Billy recorre de nuevo el pasillo con sigilo. El partido debe de haberse reanudado, porque el público brama otra vez. En la guarida de Nick, uno de los hombres exclama:

—¡Túmbalo, joder! ¡Sí! ¡De eso HABLO!

Billy desciende por las escaleras, ni de prisa ni despacio. Tres hombres ven el partido en un televisor que es grande no, lo siguiente. Dos ocupan butacas. Hay una tercera vacía, seguramente la de Frank. Nick está sentado en el centro del sofá con las piernas abiertas. Lleva un pantalón corto que es demasiado corto, demasiado ajustado y demasiado llamativo. La barriga le sobresale bajo una camiseta de los Giants de Nueva York y sirve de soporte a un cuenco de palomitas de maíz. Los otros dos disponen de sus propios cuencos de palomitas, lo cual está bien, porque tienen las manos ocupadas. Billy los conoce. A uno lo ha visto en el ático de Nick y en las oficinas del Domino. Un contable, quizá, un tío de números, eso sin duda. Billy no recuerda cómo se llama, Mikey o Mickey o tal vez Markie. El otro era uno de los falsos empleados del Departamento de Obras Públicas que iba en la furgoneta Transit. Reggie algo más.

—Bueno, has tardado lo tuyo —dice Nick. Los otros dos han visto ya a Billy, pero Nick solo tiene ojos para el partido en la televisión—. Déjalo en la...

Por fin registra las expresiones de alarma de sus acompañantes, vuelve la cabeza y ve a Billy a dos peldaños del suelo enmoquetado. El miedo y el asombro que se reflejan en el rostro de Nick producen a Billy una gran

satisfacción. No es el desquite total por los últimos cinco meses de su vida, ni por asomo, pero sí es un paso en la dirección correcta.

—¿Billy? —El cuenco en equilibrio sobre el vientre de Nick se vuelca y las palomitas se desparraman por la moqueta.

—Hola, Nick. Seguramente no te alegras de verme, pero yo sí me alegro de verte a ti. —Señala con la Glock al contable, que ya ha levantado las manos—. ¿Usted cómo se llama?

—M-Mark. Mark Abromowitz.

—Tiéndase en el suelo, Mark. Tú también, Reggie. Boca abajo. Los brazos y las piernas separados. Como quien hace ángeles de nieve.

Ellos no rechistan. Dejan a un lado los cuencos de palomitas —con cuidado— y se echan al suelo.

—Tengo familia —dice Mark Abromowitz.

—Me parece muy bien. Compórtese y volverá a verlos. ¿Alguno de los dos va armado? —No es necesario preguntar a Nick, porque con esa ridícula indumentaria de día de partido no tiene donde esconder un arma, ni siquiera una pistola en una funda tobillera.

Los dos hombres, boca abajo, niegan con la cabeza.

Nick repite el nombre de Billy, esta vez no en tono interrogativo, sino en una exclamación de júbilo. Se esfuerza por recuperar su antigua cordialidad de señor de la casa, sin mucho éxito.

—¿Dónde demonios te habías metido? ¡He estado intentando ponerme en contacto contigo!

Billy no se molestaría en responder a esa mentira absurda aunque no tuviera una preocupación más acuciante. Hay una cuarta butaca, y un cuenco de palomitas al lado.

«Mantienen el balón en tierra con la intervención de Barkley —dice el comentarista—, guiados por Jones, y...»

—Apágalo —ordena Billy.

Nick es el rey de la casa y el rey del sofá, así que naturalmente el mando a distancia está junto a él.

—¿Qué?

—Ya me has oído, apágalo.

Cuando Nick apunta el mando a distancia hacia el televisor, Billy advierte con satisfacción un ligero temblor en su mano. El partido desaparece. Ahora están solo ellos cuatro, pero esa cuarta butaca vacía con el cuenco de palomitas al lado indica que hay una quinta persona, ausente.

—¿Dónde está? —pregunta Billy.

—¿Quién?

Billy señala la butaca vacía.

—Billy, déjame explicarte por qué no pude ponerte en contacto contigo inmediatamente. Surgió un problema aquí. Fue...

—Cállate. —Qué placer decir eso, y qué placer no tener que hacerse el tonto—. ¡Mark!

El contable sacude las piernas como si acabara de recibir una descarga eléctrica.

—¿Dónde está?

Mark responde en el acto, lo cual es lo sensato.

—Ha ido al baño.

—Cállate, capullo —dice Reggie, y Billy le dispara en el tobillo.

No sabe que va a hacerlo hasta que ya lo ha hecho, pero sigue teniendo tan buena puntería como siempre y no lo lamenta más de lo que lamenta haber dejado tieso a Frank en la cocina. Reggie formaba parte del plan de deshacerse del tonto de Billy Summers. Hacerlo subir a la furgoneta del DOP falsa, llevarlo a unos cuantos kilómetros de la ciudad, meterle una

bala en la cabeza, asunto zanjado. Además, el trío de la guarida necesita saber quién está al mando.

Reggie lanza un grito y, tratando de agarrarse el tobillo, se vuelve cara arriba.

—¡Serás cabrón! ¡Me has pegado un tiro, joder!

—Cállate o te hago callar yo. Si no me crees, ponme a prueba. —Dirige el arma hacia Abromowitz, que lo mira con los ojos desorbitados—. ¿Dónde está el baño? Señálelo.

Abromowitz señala hacia detrás del sofá. Contra la pared hay tres máquinas del millón dispuestas en hilera, las luces destellan, pero tienen silenciados los pitidos y bocinazos para poder oír el partido. Poco más allá Billy ve una puerta de madera cerrada.

—Nick. Dile que salga.

—¡Sal, Dana!

Así que ese es el hombre ausente, piensa Billy. El compañero de Reggie en la furgoneta del DOP. El pelirrojo menudo del moño que me faltó al respeto en la Torre Gerard. Tal vez no fue él quien se deshizo de Ken Hoff, pero Billy piensa que es muy probable que sí. Tenía que ser Edison, naturalmente, porque todos los personajes de una narración han de utilizarse al menos dos veces: la norma de Dickens. Y la de Zola.

No sale.

—¡Vamos, Dana! —lo llama Nick—. ¡No pasa nada!

No hay respuesta.

—¿Va armado? —pregunta Billy a Nick.

—¿Cómo? ¿Estás de coña? ¿Te crees que cuando invito a unos amigos a ver un partido de fútbol se traen la pipa?

—Creo que eso vamos a averiguarlo —responde Billy—. Nick, ¿estos dos amigos tuyos tendidos en el suelo son conscientes de que sé disparar?

¿De que es a eso a lo que me *dedico*?

—Sabe disparar —dice Nick. Su piel, normalmente aceitunada, presenta ahora un color amarillento—. Aprendió con los marines. Es francotirador.

—Voy a acercarme al baño para convencer a Dana de que salga. Supongo que tú no puedes correr, Reggie, pero usted, señor Abromowitz, sí podría. Hágalo y lo mato. Lo mismo te digo a ti, Nick.

—No pienso ir a ningún sitio —asegura Nick—. Aclararemos este asunto. Solo tengo que explicarte por qué...

Billy le repite que se calle y rodea el sofá. Ahora Nick está de espaldas a él; su cabeza es un blanco fácil si Billy necesita disparar. Reggie y el contable quedan ocultos tras el sofá, pero Reggie tiene el tobillo hecho trizas y Billy no cree que Abromowitz, el padre de familia, vaya a causar problemas. Es Dana Edison quien le preocupa.

Billy se sitúa junto a la máquina del millón más próxima a la puerta cerrada. Dice:

—Sal, Dana. Si obedeces, puede que vivas. De lo contrario, no.

Billy no recibe respuesta, ni la espera.

—Vale, voy a entrar.

Y una mierda voy a entrar, piensa, pero se inclina, alarga el brazo y agarra el pomo de la puerta. En el instante mismo en que lo sacude, Edison dispara cuatro veces, con tal rapidez que Billy apenas distingue las sucesivas detonaciones. La puerta es delgada, y en lugar de aparecer orificios, saltan grandes astillas. Billy percibe movimiento a su espalda, pero no se vuelve. Puede que Nick y Abromowitz se den a la fuga, pero ninguno va a entrar en la línea de tiro de Edison para abalanzarse sobre Billy, del mismo modo que ninguno de esos dos panolis habría entrado en la Casa de la Risa para tratar de rescatar a Johnny Capps.

Edison esperará que Billy, si sigue con vida, vacile, así que este no se lo piensa dos veces. Se sitúa frente a la puerta astillada y descerraja media docena de tiros. Edison deja escapar un grito. A eso sigue el ruido de algo metálico al caer al suelo y después —solo la realidad genera esas situaciones absurdas— se oye la cadena del váter.

Con el rabillo del ojo, Billy ve correr a Abromowitz con brincos de gacela camino de la planta superior. Billy ignora qué está haciendo Nick, pero este no sigue a Abromowitz escaleras arriba, y no es momento para más comprobaciones. Levanta un pie y asesta una patada a la puerta junto a la cerradura. Se abre de par en par. Dana Edison yace sobre el inodoro, sangrando por la cabeza y el cuello. Su propia Glock está en el plato de la ducha, al lado de sus pequeñas gafas de montura al aire. Al parecer ha accionado la palanca del inodoro al desplomarse. Alza la vista para mirar a Billy.

—Mé... di... co...

Billy observa la sangre que resbala por el costado de la taza del váter. Un médico no va a ayudar a Dana. Dana ha comprado ya una parcela en lo que llaman el otro mundo. Billy se inclina hacia él, pistola en mano.

—¿Recuerdas lo último que me dijiste cuando viniste a mi oficina en la Torre Gerard?

Edison emite un resuello ronco. Brota de él un salpicón de sangre.

—Yo sí. —Billy apoya el cañón de la Glock en la sien de Edison—. Dijiste: «No falles».

Aprieta el gatillo.

Cuando sale, Reggie está de rodillas delante del sofá. Billy le ve la parte de arriba de la cabeza. Reggie ve a Billy y levanta una pequeña pistola plateada que debían de tener escondida bajo uno de los cojines. Así pues, Nick no estaba desarmado. Billy traspasa el respaldo del sofá con dos balazos antes de que Reggie pueda abrir fuego y este cae hacia atrás y se pierde de vista. Billy se acerca al sofá con tres rápidas zancadas. Reggie ha caído de espaldas y el arma está en la moqueta junto a una de sus manos, extendidas. Tiene los ojos abiertos y empiezan a ponérsele vidriosos.

Deberías haberte conformado con el tobillo destrozado, piensa Billy. Eso te lo podrían haber arreglado los médicos.

Algo cae al suelo al fondo de la guarida. Se rompe un cristal y se oye un juramento: «M'qifsh Karin!». Billy, agachado, corre en esa dirección. En la zona de detrás de la sala del televisor, las luces están apagadas, pero Billy ve a Nick en la penumbra. Está de espaldas. Pulsa unos botones en un panel iluminado junto a una puerta de acero. En el salón contiguo hay una mesa de billar y unas cuantas tragaperras antiguas, y un carrito de bebidas volcado entre destellos de cristales rotos y el intenso olor del whisky derramado.

Nick aporrea con desesperación los botones, jurando aún en albanés o en la lengua que fuera que aprendió de niño y que por lo demás ha olvidado. Solo se interrumpe cuando Billy le ordena que lo deje y se dé la vuelta.

Nick obedece. Parece un hombre a las puertas de la muerte, lo cual ya está bien porque es ahí donde se encuentra. Pero sonrío. Solo un poco, pero sí, eso es claramente una sonrisa.

—He tomado el camino equivocado. Debería haberme ido por la escalera, como Markie, pero... —Se encoge de hombros.

—¿Eso es tu habitación del pánico? —pregunta Billy.

—Sí. ¿Y sabes qué? He *olvidado* la puta combinación. —Entonces meneas la cabeza—. ¿Qué digo *olvidar*? Me he quedado en *blanco*. Son solo cuatro números y lo único que recuerdo es que el segundo es un dos.

—¿Y ahora? —pregunta Billy.

—6247 —contesta Nick, y de hecho se ríe.

Billy asiente con la cabeza.

—Pasa en las mejores familias.

Nick lo observa. Se humedece los labios, que le relucen por efecto de la saliva.

—Hablas de otra manera. Incluso tienes otro *aspecto*. Nunca has sido tan tonto como hacías ver, ¿a que no? Giorgio me lo dijo y no le creí.

—Antes de que ordenaras que lo mataran —dice Billy.

Nick abre los ojos en una expresión que Billy juraría que es sorpresa sincera.

—Giorgio no está muerto, está en Brasil. —Examina el rostro de Billy—. ¿No me crees?

—Después de la pirula que te has marcado, ¿por qué iba a creermelo nada que salga de tu boca?

Nick se encoge de hombros como para darle la razón.

—¿Puedo sentarme? Me flojean las piernas.

Billy señala con el cañón de la Glock los tres asientos para el público dispuestos junto a la mesa de billar. Nick avanza con paso vacilante hasta el del medio y se sienta. Echa la mano atrás y acciona un interruptor que enciende las tres lámparas colgantes situadas encima del fieltro verde.

—No debería haber aceptado el encargo. Pero todo ese dinero... me cegó.

Billy calcula que dispone de cierto tiempo. Sería un error alargarlo demasiado, pero puede que lo haga de todos modos. Porque quiere

respuestas. El dinero le parece secundario. Por no hablar de que es improbable que lo consiga. Solo en las películas el gángster tiene una montaña de dinero en su habitación del pánico. En los tiempos que corren, todo son transferencias por ordenador. El dinero casi no existe. El dinero se ha convertido en el fantasma en la máquina.

—Pigs tiene una enfermedad hepática. Con lo gordo que está, cualquiera habría apostado a que le fallaría el corazón, pero al final ha resultado que el problema era el hígado. Necesita un trasplante. Los médicos dijeron que de eso nada hasta que pierda un poco de peso, unos noventa kilos. Si no, morirá en el quirófano. Así que se fue a Brasil.

—¿A un centro de adelgazamiento?

—Una clínica especial. De esas en las que una vez que entras no puedes salir hasta que has alcanzado tu objetivo de peso y te *dejan* salir. Sabía que era la única manera, de lo contrario se largaría en cuanto tuviera antojo de una triple Whooper con queso.

Billy empieza a creérselo. Nick habla de Giorgio casi siempre en presente, y no ha tenido ningún desliz. En cierto modo es como cuando Edison ha tirado de la cadena del váter al caer herido de muerte. Algunas cosas son demasiado extrañas para no ser reales. Georgie Pigs en un gulag de adelgazamiento es sin duda una de esas cosas.

—Giorgio sabía que lo identificarían cuando tú mataras a Joel Allen, es una puta ballena, pero no le importaba. Dijo que así se aseguraba de que no se echaría atrás en el último momento, con hígado nuevo o sin él. Además, quería retirarse.

—¿En serio? —Billy habría dicho que Giorgio era de esos tíos que morían con las botas puestas.

—Sí.

—¿Y pasar el ocaso de la vida en Brasil?

—Creo que en Argentina.

—Parece una opción cara. ¿Qué incentivo para la jubilación recibió por ayudar a engañarme?

Nick titubea, luego dice:

—Tres millones.

—Tres para Giorgio y seis por liquidarme.

Nick abre mucho los ojos y se encorva en la silla. Piensa que si Billy sabe eso, acaba de evaporarse toda posibilidad que pudiera quedarle de salir con vida. Probablemente tiene razón.

—¿Y me la jugaste a mí por no pagarme el mísero millón y medio que me debías? Sabía que eras tacaño, Nick, pero nunca habría dicho que eras un estafador.

—Billy, no era nuestra intención...

—Sí lo era. Quiero oírtelo decir o te mato ahora mismo.

—Vas a matarme de todos modos —dice Nick, y aunque mantiene la voz relativamente firme, una única lágrima resbala por su rechoncha mejilla bien afeitada.

Billy no contesta.

—Vale, sí. Íbamos a matarte. Formaba parte del trato. Iba a ocuparse Dana.

—Yo iba a ser vuestro Oswald.

—No fue idea mía, Billy. Le aseguré al cliente que tú no te irías de la lengua en ningún caso. Él insistió, y como te he dicho, me cegó el dinero.

Billy podría preguntar cuánto recibió Nick, pero ¿quiere saberlo? No. ¿Quién es el cliente?

En lugar de responder, Nick señala la puerta que da a la habitación del pánico.

—*Tengo* dinero. No un millón y medio, pero al menos ochenta mil, probablemente casi cien mil. Te lo daré y te conseguiré el resto.

—Me creo eso a pies juntillas —dice Billy—. También creo que ganamos en Vietnam y que la llegada a la Luna fue un montaje. —Se acuerda de otra cosa—. ¿Sabías lo del incendio?

Nick parpadea ante el cambio de tema.

—¿Incendio? ¿Qué incendio?

—Aquellos flashpots no fueron la única táctica de distracción aquel día. Hubo un incendio en un almacén de un pueblo cercano no mucho antes de que yo disparara. Lo supe con antelación porque me lo dijo Hoff.

—¿Te lo dijo Hoff? ¿Ese *budalla*?

—¿Seguro que no lo sabías?

—No.

Billy lo cree, pero quería oírse lo decir y observarle la cara mientras lo decía. En todo caso, da igual. Ya es agua pasada.

—¿Quién era el cliente?

—¿Vas a matarme?

Debería, piensa Billy. Lo mereces sobradamente.

—¿Quién era el cliente?

Nick se lleva una mano al rostro y se la desliza poco a poco hacia abajo, enjugándose el sudor de la frente y más saliva de los labios. Su mirada refleja que ha perdido toda esperanza, y ya de entrada no tenía mucha.

—Si te lo digo, ¿me dejarás al menos rezar antes de matarme? ¿O no te basta con matarme? ¿Quieres que me pase la eternidad en el infierno? —Ahora corren más lágrimas por su cara.

—Puedes rezar. Pero primero el nombre del cliente.

—Roger Klerke.

Al principio Billy piensa que ha dicho «Clerk», como si se refiriese al dependiente de una tienda, pero a continuación Nick lo deletrea. A Billy le suena vagamente el nombre, pero no lo relaciona con el mundo de Nick. Ni con el de Bucky Hanson, a decir verdad. Se trata más bien de un nombre que Billy ha visto en los periódicos o los blogs o ha oído en algún pódcast. Tal vez en televisión. ¿Alguien de la política? ¿De los negocios? Billy tiene poco interés tanto en lo uno como en lo otro.

—World Wide Entertainment —dice Nick—. No es raro que no lo conozcas, WWE es solo uno de los cuatro mayores conglomerados mediáticos del mundo.

Nick intenta sonreír —un hombre en su lecho de muerte haciendo un chiste fácil—, pero Billy apenas se da cuenta. Está rebobinando, casi hasta el principio. Hasta su primer encuentro con Ken Hoff, quien desde luego no esperaba jubilarse en Sudamérica.

—Cuéntame.

Nick lo pone al corriente, y Billy está tan sumamente asombrado —y también horrorizado— por lo que oye que pierde la noción del tiempo. No recuerda que no ha neutralizado a todo el mundo en Promontory Point hasta que oye un alarido de desolación en la planta superior. Solo puede ser el gemido que emite una madre al descubrir a su hijo tirado en el suelo, inconsciente y tal vez moribundo. Quizá ya muerto.

—¿Quieres vivir, Nick? —Una pregunta retórica.

—Sí. ¡Sí! Si me dejas vivir, me encargaré de que recibas tu dinero. Hasta el último centavo. Es una promesa solemne. —Mientras contaba la historia, ha dejado de derramar lágrimas, pero ante la posibilidad de un indulto empiezan a manar de nuevo.

Billy no está interesado en las promesas de Nick, solemnes o no. Señala la puerta de acero sin adornos de la habitación del pánico. Arriba se oye

otro alarido, y después las palabras:

—*¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!*

—¿Hay armas ahí dentro?

Nick ya no es el hombre al mando, ya no es el perfecto anfitrión que acogió a Billy con los brazos abiertos hace cinco meses, ya no es el bebedor de champán que solo pretendía ayudar a Billy en la fuga. Ha quedado reducido a su humanidad básica, que consiste en el deseo de continuar respirando, y por tanto Billy acepta su expresión de sorpresa como auténtica.

—¿En la habitación del pánico? ¿Para qué iba a tener armas ahí dentro?

—Entra. Cierra la puerta. Consulta tu reloj. Espera una hora. Si sales antes, puede que me haya ido o puede que siga aquí. —Como si fuera a quedarme, piensa Billy—. Si sigo aquí, te mataré.

—No saldré. ¡No saldré! Y el dinero...

—Ya hablaremos de eso.

Quizá, piensa Billy. O quizá ya no lo quiera, teniendo en cuenta lo que hice y por quién lo hice. Que en su día no lo supiera puede que sea una excusa, pero no buena.

—Retira a los cazarrecompensas. Diles que he venido aquí, ha habido un tiroteo, y he muerto. Si todavía queda por ahí alguien con la intención de crearme problemas, más te vale que me mate, porque, si no, volveré aquí y te mataré. Cuéntale lo mismo a Klerke. Se lo preguntaré, y si dice algo distinto, volveré y te mataré. ¿Entendido?

—Sí. ¡Sí!

Billy señala en dirección a la zona del televisor de la guarida.

—Y limpia este desastre. Haz que desaparezca. ¿Entendido?

—*¡Ayuda, no despierta!* —Se oye desde arriba.

—¿Entendido?

—Sí. ¿Qué te propones...?

—Entra ahí.

Esta vez Nick no tiene la menor dificultad con la combinación. La puerta debe de estar sellada tan herméticamente como la cámara estanca de una nave espacial, porque emite un leve silbido al abrirse. Nick entra. Dirige a Billy una última mirada con unos ojos que ya no creen ser dueños de todo lo que ven, y tal vez eso sí sea venganza suficiente. O lo sería si durase. Billy sabe que no durará.

—Por una vez en tu vida, sé honrado —dice Billy.

Nick cierra la puerta y se oye un ruido seco cuando vuelve a encajarse. Billy ve una bolsa de estopilla llena de bolas de billar colgada de un gancho junto a las sillas. La coge y esparce las bolas por el fieltro verde de la mesa. Recoge la Glock de Edison del cuarto de baño y el arma oculta de Nick del sitio donde ha caído, junto a la mano muerta de Reggie. Mete las dos armas en la bolsa. A continuación, registra los bolsillos del pantalón de Reggie, una tarea ingrata que lleva a cabo porque no tiene intención de marcharse de aquí en la camioneta vieja con su motor de arranque poco fiable. Encuentra la llave del vehículo de Reggie.

Billy se ha guardado su propia Glock en el bolsillo del peto. Mientras sube por las escaleras, la saca. Ahora oye a la madre de Frank —en quien Billy ha empezado a pensar como la Novia de Terminator— al teléfono.

—¡En casa de Nick! Sí, idiota, en casa de Nick. ¿Por qué crees que te llamo a ti en vez de llamar al hospital?

Billy recorre el pasillo hasta la cocina, nuevamente caminando sobre los bordes de los pies. No ve a Marge, alias Mamá Elvis, pero ve su sombra pasearse de un lado a otro, y la sombra del cable del teléfono fijo. También ve una escopeta Mossberg junto a los pies separados de Frank Macintosh. Tiene que ser la que llevaba colgada al hombro Sal, el vigilante de la caseta.

Debería haberla cogido cuando he tenido ocasión, piensa Billy.

—¡Ven deprisa! ¡Apenas respira!

Billy se arrodilla y, tendiendo la mano, se inclina hacia delante. La mujer ha utilizado una toalla para absorber la sangre de la cabeza de Frank y la ha dejado bajo su nuca. Billy tira de la escopeta hacia sí lentamente por la guarda del gatillo, por miedo a que la mujer lo oiga y se vuelva. No quiere tener nada más que ver con Marge.

Siente un repentino cosquilleo frío en la nuca y sabe que es Nick. Al final sí que tenía un arma en la habitación del pánico. Ha salido, ha subido por las escaleras y ahora apunta a Billy en la nuca con el arma. Billy se vuelve y oye el crujido de su propio cuello, convencido de que será el último sonido que oiga, al menos en este mundo. Detrás no hay nadie.

Se pone en pie. Le crujen las rodillas. La madre de Frank lo oye, rodea la nevera (no tan grande como el televisor, pero casi) y fija la mirada en él. Su rostro es una magulladura enorme, y Billy vuelve a pensar en Alice. Marge todavía sostiene el teléfono, pero el cable, con la espiral ahora tensa, no da más de sí. Separa los labios con un gruñido.

Billy apunta la Glock a la figura caída de su hijo y después se lleva el cañón a los labios: *chis*.

El gruñido permanece, pero la mujer asiente.

Billy se marcha, retrocediendo por el pasillo hasta la puerta de entrada.

El todoterreno aparcado en el asfalto tiene en la calandra un logo de un triple rombo que coincide con el de la llave de Reggie. Cuando monta, todavía percibe el olor a coche nuevo, aunque este pugna en una batalla

perdida contra el olor al tabaco de su difunto dueño. En el salpicadero hay un molde de aluminio, lo que queda de una tarta Table Talk, lleno de colillas. Billy baja la ventanilla y lo tira. Otra cosa que tendrá que limpiar Nick.

Marge sale por la puerta. A la luz del sol, parece la imagen misma de la muerte.

—*¡Si mi hijo muere, iré a por ti!* —brama—. *¡Si muere, te seguiré hasta el fin del mundo!*

Y probablemente lo haría, piensa Billy, pero Frank ha recibido lo que se había ganado a pulso, y usted también, señora.

No ha tenido ocasión de enseñarle a Nick el eslogan de su camiseta, pero ahora se lo grita a ella.

Pasa en coche por delante del cadáver de Sal y cruza la verja abierta. En cuanto está en la Federal 45, llama a Alice y le dice que está bien. Contra todo pronóstico, es la verdad. La única herida que tiene es el arañazo que le ha hecho Marge con el desplantador.

—Gracias a Dios —dice Alice—. ¿Estás...? ¿Has...?

—Llegaré dentro de un par de horas, puede que antes. He mejorado mi vehículo. Ahora conduzco un Mitsubishi Outlander verde. Quiero que hagas el equipaje. Nos vamos. Ya te lo contaré todo por el camino.

No omitirá nada. Ella se merece conocer toda la historia, y más si va a pedirle que lo ayude con el resto. Todavía no ha tomado una decisión definitiva al respecto, su plan no es más que una vaga idea, aunque apunta en esa dirección. Dejará la decisión en manos de Alice, pero existen poderosas razones para querer que ella participe. Y ella lo entenderá, piensa Billy.

—¿Volveremos a... ya sabes, la casa de tu amigo?

—De momento, sí. Tú puedes quedarte allí o puedes volver al este conmigo para ponerle fin a este asunto. Tú eliges.

Alice contesta en el acto:

—Voy contigo.

—No lo decidas aún. Espera a saber adónde voy. Y por qué.

Corta la llamada. Frente a él aparece la cúpula de esmog de Las Vegas, que gustosamente dejará atrás. El eslogan de su camiseta, el eslogan de Las Vegas que no ha llegado a enseñar a Nick pero ha gritado a la madre de Frank es: SI QUIERES JUGAR, TIENES QUE PAGAR. Ahora otra persona tiene que pagar: Roger Klerke.

Es un hombre muy malo.

Cuando llega, Alice está esperándolo ante la plaza de aparcamiento que antes ocupaba la vieja camioneta. Lo abraza en cuanto sale del coche; en realidad se abalanza sobre él. Sin la menor vacilación. Billy le devuelve el abrazo con igual intensidad. Acto seguido, recibe la primera pregunta de Alice, que en parte le hace gracia y en parte lo entristece, porque procede de una joven que ahora vive con mentalidad de forajida.

—¿Es seguro viajar en ese coche? ¿No nos parará la policía?

—Es seguro. El localizador del vehículo ya estaba desactivado, cosa que no me ha sorprendido. —Además, el dueño ha muerto y Nick no va a avisar a la policía. Tendría que dar demasiadas explicaciones. Y Billy posee ahora información con la que podría hacer volar por los aires todo su negocio con él incluido.

—Ya lo he recogido todo. No había gran cosa.

—Muy bien. Vámonos. Por el camino, puedes reservar habitaciones en un motel de Wendover. Está poco más allá del límite de Utah.

Alice echa un vistazo alrededor a su actual alojamiento.

—No estoy muy segura de que los sitios como este tengan página web. A lo mejor, pero... —Se encoge de hombros.

—Reserva en un motel de alguna cadena. El nombre de Dalton Smith sigue limpio y ya no hay presión. No va a estar buscándonos nadie.

—¿Estás seguro?

Billy se detiene a pensarlo y decide que sí. Sus últimas palabras a Nick han sido: «Por una vez en tu vida, sé honrado». Y cree que Nick, que estaba convencido de que moriría en su guarida, lo será. Al menos durante un tiempo. Además hay otra cosa. Si Billy consigue acceder a Klerke, Nick Majarian quedará libre de peligro, y muy posiblemente con la recompensa de seis millones de dólares en una de sus cuentas numeradas.

Entretanto, Alice lo mira y espera.

—Estoy seguro. Vámonos.

2

Es una larga historia, pero hay cinco horas de viaje hasta Wendover y será tiempo suficiente para que Billy le cuente lo que sabe y lo que ha deducido. Sin embargo, antes de ponerse en marcha, enciende su móvil y busca en Google a Roger Klerke. Según su biografía abreviada, nació en 1954, y por tanto tiene sesenta y cinco años, pero en la foto que la acompaña aparenta diez años más como mínimo. Tiene la piel pálida y arrugada, el cabello ralo y las mejillas caídas. Sus ojos son animales pequeños y brillantes alojados en bolsas de carne. Es el rostro de una vida intensa y licenciosa.

—Este es el hombre que está detrás de toda esta mierda —dice Billy, y entrega el teléfono a Alice.

Ella teclea y desliza el dedo por la pantalla mientras Billy sale del aparcamiento y se dirige hacia la I-15. Alice se inclina sobre el móvil y se aparta el cabello de la cara con gesto impaciente.

—La hostia. Según Wikipedia, prácticamente es dueño del mundo entero, al menos en lo que se refiere a los medios.

Billy vuelve a acordarse de su primer encuentro con Ken Hoff, sentados ambos a una mesa en la terraza del Sunspot Café, bajo una sombrilla, justo enfrente del edificio desde donde al final Billy realizaría el disparo. Hoff con una copa de vino, Billy con un refresco bajo en calorías, Hoff emitiendo ya por entonces vibraciones de cierta desesperación. Pero a eso lo acompañaba, como un hermano gemelo, la actitud que lo había metido en tantos problemas y estaba a punto de meterlo en más aún. Tenía la convicción arraigada, tal vez inculcada en la infancia, de que era el protagonista de una película titulada *La fabulosa vida de Ken Hoff*, y por mal que se pusieran las cosas, al final se quedaría con la chica, con el reloj de oro y con todo.

—Periódicos, páginas web, unos estudios de cine, *dos* plataformas de *streaming*...

—Y la televisión —añade Billy—. No te olvides de eso. Incluido el Canal 6 de Red Bluff, la única cadena que consiguió imágenes del asesinato del juzgado.

—¿Estás pensando...?

—Sí.

—Joder —dice Alice en voz baja.

«Este año voy un poco justo de dinero —¿No era eso lo que había dicho Hoff?—. Tengo problemas de liquidez desde que compré acciones de WWE, pero, con tres filiales, ¿cómo iba a negarme?»

—Es el dueño de World Wide Entertainment —dice Alice—. Eso es una red de emisoras más alrededor de doce cadenas de televisión por cable. Una es ese canal de noticias que le gusta a Trump. Con esos comentaristas rabiosos...

—Ya sé de cuáles hablas.

Billy ha visto WWE News 24, como todo el mundo. La ponen continuamente en los vestíbulos de hotel y las terminales de aeropuerto. A veces se detiene unos minutos para impregnarse de las sandeces del algún comentarista de extrema derecha, y después sigue adelante o cambia a un canal de cine si tiene acceso al mando a distancia. Aunque ignoraba que tuvieran en franquicia canales de televisión locales. No entendió (al menos al principio) de qué le hablaba Hoff ni le importó. No le había atribuido la menor trascendencia. Pero la tenía. Y mucha. Fue el cauce por el que Hoff se metió en esto. Por eso la unidad móvil de los servicios informativos del Canal 6 no salió rápidamente a cubrir el incendio en Cody. Por eso Ken Hoff acabó muerto en su propio garaje.

—¿Este tío quería que mataras a Joel Allen? ¿*Este* tío? Es *viejo*. Y *rico*.

Sí, piensa Billy. Viejo y rico, y acostumbrado a ser emperador. Ken Hoff solo había creído que protagonizaba una película. El verdadero protagonista era Roger Klerke. Es el hombre que considera que se lo merece todo, y que no solo deben proporcionárselo, sino que además deben servírselo a la perfección. Lo que incluía imágenes de la muerte de Joel Allen.

Y yo fui quien se las sirvió, piensa Billy.

—Cuéntame qué ha pasado en Promontory Point.

Billy la informa, omitiendo lo que le ha dicho Nick antes de que Billy lo mandara a su habitación del pánico como a un niño malo al que castigan y encierran en su habitación. Cuando termina, ella dice:

—Has hecho lo que debías.

Eso es cierto, pero es el dictamen de una joven que apenas tiene edad suficiente para comprar alcohol legalmente. Está seguro de que Ken Hoff habría pensado lo mismo.

—Sí, pero fueron decisiones equivocadas las que me llevaron al *punto* en que no me quedaba más remedio que hacerlo.

—Esa vieja —dice Alice, y meneando la cabeza—. Increíble. ¿Crees que saldrá bien parada de esto?

—Si su hijo muere, no.

Lanza a Billy una mirada que en realidad él se alegra de ver. Si se siente lo bastante segura para enfadarse con él, probablemente todavía va camino de recuperarse.

—¿No crees que esa mujer es responsable en parte del trabajo que él hacía? ¿Al servicio de un gángster?

Billy no puede responder a eso.

—Ahora cuéntame lo que me estás ocultando. Lo que te ha dicho el gángster. Dime *por qué*.

Ya están en la interestatal. Las sombras empiezan a alargarse. El partido entre los Giants y los Cardinals habrá terminado. Un equipo habrá vencido y el otro, no. Una cuadrilla de limpieza irá camino de Promontory Point. Billy ha fijado el control de crucero justo por debajo de ciento diez.

—Nick contrató a Joel Allen para cometer un asesinato, pero Nick no era más que el intermediario. Incluso me lo dijo, aunque se definió como representante. Era Roger Klerke quien quería que se hiciera el trabajo, y pagó millones. Se reunieron en una isla del estrecho de Puget y llegaron a un acuerdo.

—¿A quién quería matar?

—A su hijo.

Alice da un brinco como quien se sobresalta al oír un portazo.

—¡Peter, Paul o algo así! ¡El que supuestamente iba a suceder a su padre!

—Patrick, ese era su nombre —corrige Billy—. ¿Lo sabías?

—Más o menos. Porque mi madre tiene News 24 puesta a todas horas.

La madre de Alice y probablemente el setenta por ciento de los adictos a las noticias de la televisión por cable en Estados Unidos, piensa Billy.

—Por lo general, me marchaba de la habitación, detesto esas burradas, pero no vale la pena discutir con ella. Solo que fue la noticia de cabecera durante casi una semana entera, incluso por delante de Trump. —Ella lo mira—. Ahora sé por qué. Klerke es el *dueño* de News 24.

—Exacto.

—Decían que era un asunto entre bandas y que confundieron a Patrick Klerke con otro.

—No fue un asunto entre bandas ni hubo ninguna confusión. El apartamento de Klerke estaba en un edificio con toda clase de sistemas de seguridad. El miembro de una banda no habría conseguido pasar de la caseta de seguridad, y menos acceder al edificio. Además, nadie oyó el disparo. Allen debió de usar un chupete.

—¿Un qué?

—Un silenciador.

—En News 24 repetían una y otra vez que la policía cogería al culpable, pero no lo consiguieron. Porque probablemente para entonces Allen ya estaba fuera de la ciudad.

—Sin duda, más allá de las montañas y muy lejos —coincide Billy—. Y si no hubiese disparado contra aquellos dos hombres por haber perdido un pastón en el póquer, posiblemente seguiría más allá de las montañas y muy

lejos. Quizá incluso de eso se habría librado de no ser porque regresó a Los Ángeles y tomó a una escritora por una fulana.

—¿Por qué Klerke... a su propio hijo? ¿*Por qué?*

—Solo puedo decirte lo que me ha contado Nick. Tal vez haya más, pero yo no tenía mucho tiempo.

—Porque andaba por allí la madre de ese hombre. Marge.

—Sí, Marge. Sabía que iría a la verja principal, tenía que suponer que conocía el código para abrirla, y yo había dejado al vigilante de la caseta...

—Sal.

—Sí, ese. Dejé allí su escopeta. Así que solo tenía tiempo para la versión abreviada.

—Pues cuéntame eso.

—Klerke era viejo. No *muy muy* viejo, pero viejo para su edad y con un sinfín de problemas de salud. Tenía que nombrar a un sucesor... para contentar a su consejo de administración, supongo... y casi todo el mundo esperaba que fuese Patrick, el hijo mayor. Pero Patrick era un drogadicto y un juerguista que, por lo general, se había gastado su asignación anual antes de finales de abril, y el primero de mayo acudía a papá para suplicarle que le diera más.

Alice sonrío.

—A lo mejor debería haber acudido a su madre. Las mujeres a veces son más comprensivas.

—La madre de Patrick murió de una sobredosis. Pastillas. O quizá fue un suicidio. A lo mejor incluso un asesinato. Klerke está divorciado de la madre del hijo menor. Ese es Devin.

—Me parece que también salió por televisión. Hizo una declaración o algo así.

Billy asiente.

—Lo que me ha contado Nick me ha recordado el cuento de la cigarra y la hormiga, con el factor añadido de un padre que tenía inteligencia suficiente para ver la diferencia. Patrick era la cigarra. Devin, cuatro años menor, era la hormiga. Trabajador e inteligente. Se batía el cobre. Arrimaba el hombro. Todo eso. Klerke llamó a sus dos hijos a la vez y les anunció su decisión. Patrick se enfureció. Desde su punto de vista, *él* era quien tenía las ideas brillantes necesarias para impulsar WWE, y su hermano no era más que un machaca de oficina.

Billy, recordando la fotografía de Klerke, piensa en sus ojillos de mirada penetrante y se lo imagina dejando caer alguna sutileza como: Casi todas esas ideas brillantes las has sacado de tus amigotes progres, esos amantes del postureo y hiphoperos, mientras esnifabas. Al margen de cómo lo expresara, su hijo mayor montó en cólera. En la mayoría de los casos, habría sido una cólera impotente, pero Roger Klerke tenía un talón de Aquiles, y Patrick, o bien ya lo sabía, o bien se enteró poco después.

—No sé *cómo* se enteró, Nick no me lo ha dicho. Quizá él tampoco lo sabía. Tal vez a Patrick le llegó alguna pista de alguien de su círculo de amigos en el entorno de los ricos y famosos. Quizá oyó algún comentario. Pero no era del todo tonto, porque fue capaz de seguir la línea de puntos hasta cierta casita de las afueras de Tijuana.

—Un burdel.

—No exactamente. Lo financiaba el propio Klerke a título particular, dijo Nick, para su uso exclusivo. Pagaba dinero a modo de tributo, mucho dinero, cada año, a los hermanos Félix, que en esencia controlaban el cártel de Tijuana. Puede que hubiera también otros incentivos. Blanqueo de dinero, supongo. Eso da igual. Nick me contó que Klerke nunca llevaba allí a amigos, porque se corre la voz.

—¿Tenía Patrick negocios con los cárteles? —pregunta Alice—. ¿Movía droga para ellos? Hay una palabra para eso.

—¿Si hacía de mula? —dice Billy—. Podría ser.

—A lo mejor fue así como se enteró. Tal vez sea ese el cabo suelto.

Billy le da unas palmadas en el hombro.

—Muy bien. Nunca lo sabremos con seguridad, pero tiene más sentido que la idea de que se lo contó un amigo.

Alice sonríe ante el cumplido, aunque solo un poco. Sabe hacia dónde apunta la historia, piensa Billy. Una chica algo menos inteligente quizá no lo sabría, una chica que no hubiera sido violada recientemente quizá no lo sabría, pero esta chica cumple los dos requisitos.

—Klerke tiene debilidad por las jovencitas.

—¿De qué edad? —pregunta ella.

—Según Nick, de trece o catorce años.

—Dios mío.

—La cosa aún es más grave. ¿Quieres oírlo?

—No, pero cuéntamelo igualmente.

—Al menos en una ocasión... aseguró a Nick que pasó solo una vez, pero vete a saber... hubo una chica mucho más joven.

—¿Doce? —Su expresión indica que, al margen de lo mierda que sea ese viejo verde de mejillas caídas, quiere creer que ese es el límite de su depravación.

—Según Klerke, no pasaba de diez, y Patrick tenía fotos para demostrarlo. Lo que Roger Klerke dijo a Nick durante su reunión en aquella isla fue que estaba «muy borracho y solo quería ver cómo era».

—Dios santo. —Da la impresión de que Alice siente náuseas.

—El resto es tan sencillo como piezas de dominó que caen unas tras otras. Patrick tenía las fotos en un lápiz USB. Juró que no había ninguna

otra copia, que el hombre que las había tomado estaba muerto y enterrado en el desierto. Dijo a su padre que quería ser el CEO de la empresa. También quería el traspaso a su nombre de la mayor parte de las acciones con derecho a voto de su padre, con lo que podría acallar cualquier objeción que el consejo planteara a la nueva orientación que pretendía dar a WWE. Quería que su hermano... «el gilipollas de mi hermano», así lo llamó, según Nick... fuese trasladado a las oficinas de Chicago, lo que en el mundo de los medios viene a ser, supongo, como Siberia. Quería que esos cambios entraran en vigor a partir del 1 de enero de 2019, y lo quería todo por escrito. Entonces y solo entonces entregaría el lápiz USB.

—¿Cómo podía estar seguro Klerke de que no había más fotos?

Billy se encogió de hombros.

—Quizá las hubiera. En cualquier caso, ¿qué opción le quedaba? Y Patrick debía de tener al menos cerebro suficiente para saber que, si las fotos salían a la luz, las acciones de la compañía se hundirían fuera quien fuese el CEO.

Alice se detiene a pensar en eso y dice:

—Como una destrucción mutua asegurada. En cierto modo.

—Supongo que sí. Lo que sé por Nick es que Klerke accedió, y una vez que su abogado hubo redactado una carta en la que se anunciaban sus intenciones de básicamente retirarse y ceder la empresa a su hijo mayor, y una vez publicada dicha carta en el acta del consejo, Patrick entregó el lápiz USB a su padre. Que lo destruyó. Patrick no previó que su padre acudiera a Nick Majarian y contratara a un hombre para matarlo. Su imaginación no llegaba tan lejos.

—Eso no es el cuento de la cigarra y la hormiga. Parece más bien una obra de Shakespeare. Una de las sangrientas.

—Con Patrick muerto, cuando Klerke deje el cargo... cosa que no tardará en ocurrir, dados sus problemas de salud... Devin tomará el relevo.

Para en una estación de servicio, porque el Mitsubishi necesita gasolina y porque tiene la garganta seca y le apetece beber algo frío. Alice echa un vistazo a los estantes de Quik-Pik y va al baño mientras él paga. Cuando vuelve al coche, está llorando.

—Lo siento. —Su compra está en una pequeña bolsa blanca. Saca un paquete de Kleenex, se suena la nariz e intenta sonreír—. Pero mientras estaba en el cuarto de baño he hecho una reserva en el Ramada Inn de Wendover. Parece que está bien.

—Estupendo. Y no tienes por qué disculparte.

—No me quito de la cabeza a ese hombre horrendo con una niña. Merece morir.

Billy piensa: Ese es el plan.

4

Para cuando termina —de nuevo entretejiendo lo que sabe por Nick y lo que ha deducido durante el camino de regreso desde Promontory Point—, en la carretera algunos coches llevan ya los faros encendidos.

—Klerke le dijo a Nick que quería al mejor para el trabajo, un hombre que lo hiciera, saliera de allí limpiamente y después no hablara del asunto. Nick dijo que conocía a un tipo...

—¿Tú?

—Dijo que primero pensó en mí, pero ni siquiera llegó a planteárselo a Bucky. Estaba casi seguro de que yo no aceptaría, porque quizá Patrick Klerke no fuera tan mala persona como para que yo venciera mis

escrúpulos de conciencia. Se lo propuso a Allen como si se tratara de un trabajo de limpieza normal y corriente.

—¿Así lo llamó? ¿*Limpieza*?

—Sí. La suma que acordaron fue ochenta mil dólares, veinte por adelantado y el resto después. En esencia, el mismo método de pago que se me prometió a mí, pero a menor escala.

Alice asiente.

—No quería que Allen supiera que era algo importante. Lo mucho que había en juego.

—Claro. Nick no vio ningún inconveniente, porque Allen era lo que yo siempre fingí ser, un simple mecánico que arreglaba los problemas con un arma en lugar de con llaves de tubo y un ordenador de diagnóstico. Facilitó a Allen fotos del edificio donde vivía Patrick, fotos del propio apartamento, el código de la entrada de servicio, el cambio de vehículo para cuando acabara el trabajo, todo lo que necesitara para hacerlo de forma rápida y limpia. —Billy se interrumpe—. Nick no me ha contado todo esto, pero he trabajado antes para él. Me conozco la rutina. Lo que no dijo a Allen era el porqué, y Allen no lo preguntó.

—Pero se lo preguntó a Patrick, ¿no? Antes de matarlo.

Billy reflexiona al respecto.

—Es posible, aunque parece improbable tratándose de un individuo como Joel Allen. Lo más probable es que se limitara a hacer el trabajo. Sin conversación, apuntar, disparar y punto.

—Tal vez Patrick le ofreció el lápiz USB a cambio de... —Alice se interrumpe—. Solo que no podía, ¿no? Ya lo había entregado. En cuanto el consejo anunció su nombramiento, pensó que ya lo tenía en el bote.

—Nick no sabe qué ocurrió, y Allen no puede contarnos cómo averiguó lo de Roger Klerke y la niña de Tijuana, pero yo me hago una idea. Pidieron

a Allen que simulara un robo, quizá cometido por algún otro drogadicto que conoció a Patrick en el ambiente de las drogas de Los Ángeles. Le dijeron que se llevara el dinero o las joyas que encontrara. Se suponía que tenía que tirar las joyas, los relojes, las cadenas de oro y esas mierdas, pero podía quedarse el dinero a modo de pequeña gratificación. Así que, después de matar a Patrick, registró el apartamento y tal vez encontró una foto, quizá más de una, que Patrick tenía en reserva. Al menos una que mostraba con toda claridad la cara de su padre mientras... hacía lo que estuviera haciendo. ¿Tiene sentido?

Alice mueve la cabeza en un gesto de asentimiento tan enérgico que se le agita el cabello.

—Seguro que fue así. Incluso si la foto o fotos estaban en una caja fuerte, Allen podría haber recibido la combinación junto con el resto de la información. ¿De verdad crees que habría reconocido al hombre de la foto?

Basándose en lo que sabe de Joel Allen, Billy no lo imagina viendo el canal de economía de WWE o leyendo los informes de Bloomberg.

—Al principio, probablemente no, pero no debió de costarle mucho averiguarlo. Le habrían bastado unas cuantas búsquedas en Google para descubrir que había matado al hijo de un multimillonario que casualmente era también un pederasta.

Alice lo escucha con atención. Ya está del todo metida en el asunto. Billy vuelve a pensar que, si hubiera seguido estudiando gestión administrativa en una escuela de poca monta de Red Bluff, se habría desaprovechado un gran potencial. Y no digamos en una academia de peluquería.

—Así que este asesino a sueldo, este mecánico, este *limpiador*, tenía dos cosas que valían dinero: que el padre casi con toda seguridad era quien había pagado por el asesinato del hijo y que el padre, además, había violado

a una niña. Porque «solo quería ver cómo era». —Parte de la luz de sus ojos se apaga cuando Alice dice eso.

—Dudo que intentara convertir en efectivo lo que sabía, aunque con el tiempo tal vez lo habría hecho. Debía de ser consciente de que chantajear a alguien tan rico y poderoso como Roger Klerke representaría un riesgo enorme. Creo que se lo guardó como as en la manga. Un as que al final tuvo que sacar no por dinero, sino por su propia estupidez.

Una doble estupidez, piensa Billy, si contamos a la escritora.

—Es casi como si quisiera que lo atraparan —dice Alice—. Les pasa a algunos asesinos en serie. —Rebobina lo que acaba de decir y apoya una mano en la muñeca de Billy—. Los que no tienen un código ético, quiero decir.

¿Así es como lo llamas?, se pregunta Billy.

—Dudo que Allen quisiera que lo atraparan. Y si fue capaz de deducir por qué esa foto era un bien tan valioso, supongo que tampoco era del todo estúpido.

—Si no era del todo estúpido, ¿qué lo llevó a matar a aquel hombre por una partida de póquer? ¿Y por qué agredió a aquella mujer en Los Ángeles?

Bueno, piensa Billy, Allen creyó que el tipo de la partida de póquer hacía trampas. Y la escritora lo roció con espray pimienta. Pero ni lo uno ni lo otro resuelve el núcleo de la pregunta de Alice.

—¿Mi conclusión? Pura arrogancia. ¿Quieres parar en algún sitio para cenar?

Ella niega con la cabeza.

—Vayamos directos y comamos al llegar allí. Quiero oír el resto.

Billy tiene mayor certeza acerca de esta otra parte pese a que no dejan de ser casi todo conjeturas. Cuando Allen fue detenido por agresión e intento de violación en Los Ángeles, debió de saber que lo relacionarían casi de inmediato con el asesinato e intento de asesinato en el este, en Red Bluff. En la cárcel del condado bullía el comercio de teléfonos móviles, en su mayoría desechables. Allen podía haber conseguido uno, haber llamado a Nick y haberle dicho que si tenía que volver a Red Bluff y ser juzgado por asesinato en un estado con pena de muerte, un hombre muy rico, cuyas iniciales eran RK, se pasaría el resto de su vida en prisión, posiblemente sodomizado por Harvey Weinstein. Y si algo le ocurría a Allen en la cárcel de Los Ángeles, RK iba a lamentarlo mucho mucho.

—Nick se puso en contacto con Roger Klerke. Klerke, casi seguro a través de un intermediario, contrató a un abogado caro para evitar la extradición. Nick y Klerke tuvieron otra reunión en otra isla y se plantearon distintas posibilidades. Imagino que tenían a esa lumbrera de la abogacía tan cara en marcación rápida. Si era así, debió de decirles lo que Nick probablemente ya sabía, que podía aplazar la extradición durante un tiempo, pero que al final meterían a Allen en un avión y lo enviarían de vuelta al este para someterlo a juicio. Porque el asesinato supera a una agresión con daños físicos.

—Fue entonces cuando te contrató Majarian.

—Más o menos por esas fechas, sí. Para colocarme donde, pasado un tiempo, pudiera disparar contra Allen. Por entonces habían aislado a Allen del resto de la población reclusa porque alguien lo había atacado. De manera acordada, supongo. Quizá fuera idea suya, o más probablemente de su abogado. En cualquier caso, acabó disponiendo de alojamiento privado mientras proseguía el recurso contra la extradición. Se reunía de vez en

cuando con el abogado caro, que le aseguraba que todo estaba bajo control. O lo estaría, en cuanto volviera al este. O bien se organizaría una fuga, con una identidad totalmente nueva, o bien se engrasarían ciertos resortes, se untaría a ciertos testigos, desaparecerían ciertas pruebas clave, y Allen saldría en libertad siendo él mismo.

—Y no tenía razones para dudar de eso.

Billy niega con la cabeza.

—Las personas como Allen dudan de todo. Pero no tenía otra opción.

—¿Y la foto? ¿O las fotos? ¿Su as en la manga?

—Supongo que tanto Nick como Klerke tenían a gente buscando mientras se intentaba evitar la extradición. Esa era una de las razones de *por qué* seguía adelante el recurso contra la extradición. Y creo que al final la o las encontraron. Lo único que sé seguro es que ningún agente federal se ha presentado para detener a Roger Klerke.

—A lo mejor nos presentamos nosotros antes —dice Alice.

A Billy le horroriza ese pronombre, la primera persona del plural, pero no se lo corrige. Tiene solo un atisbo de plan, y cuando todo esté más claro, quizá pueda excluir a Alice. Recuerda lo que Bucky dijo: «Está enamorada de ti, y te seguirá mientras tú se lo permitas, y si se lo permites, la echarás a perder».

6

—¡Oooh, mira... es un palacio! —Eso dice Alice cuando paran en el Ramada Inn de Wendover a las nueve menos cuarto de la noche de ese domingo—. O sea, en comparación con los últimos tres moteles.

Sus habitaciones contiguas distan mucho de ser palaciegas, pero no están mal, y da la impresión de que hayan pasado recientemente la aspiradora por la moqueta del pasillo.

—¿Podrás dormir? —pregunta ella.

—Sí. —En realidad no lo tiene tan claro.

Alice lo mira fijamente.

—Dormiré contigo, si quieres.

Billy piensa en la debilidad de Roger Klerke por las jóvenes —en una ocasión especialmente funesta, una como mínimo, por una *muy* joven— y niega con la cabeza.

—Es un ofrecimiento amable y te lo agradezco, pero mejor no.

—¿Seguro?

Sigue mirándolo a la cara, ¿y se siente tentado? Claro que sí.

—Gracias, Alice, pero no. ¿Tú podrás dormir?

—¿Mañana estaremos ya en casa de Bucky?

—Deberíamos.

—Entonces podré dormir. Me cae bien. Parece, ya sabes, de fiar.

Billy no sabe hasta qué punto opinaría lo mismo si conociera la mitad de los tratos en los que Bucky, alias Elmer Hanson, ha intervenido a lo largo de los años, pero entiende a qué se refiere y cree que tiene razón. Bucky y ella han conectado.

—Buenas noches. —Billy la besa por primera vez, en la comisura de los labios.

—Buenas noches. Ah, y aquí tienes. —Alice le entrega la bolsa blanca de Quik-Pik—. Aceite para bebé y toallitas. Límpiate ese pringue tanto como puedas y luego métete en la ducha. No te lo quitarás todo, pero sí la mayor parte. —Se acerca a la puerta, utiliza su tarjeta llave y de pronto se

da media vuelta—. Y deja una buena propina, porque el resto se quedará en las sábanas.

—Vale. —A él no se le habría ocurrido, aunque probablemente lo habría pensado por la mañana, al ver la cama.

Cuando Alice se dispone a entrar, lo mira por encima del hombro. Tiene una expresión solemne pero serena.

—Te quiero.

Billy ni se plantea mentir. Le dice que él también la quiere y entra en su habitación.

7

Llama a Nick. No sabe si contestará, pero contesta.

—¿Quién es? —Y a continuación, sin esperar respuesta—: ¿Eres tú?

—Soy yo. ¿Estás poniendo las cosas en orden ahí?

—Mañana estará todo resuelto.

—No he liquidado a nadie a quien no tuviera que liquidar.

Un largo silencio en el que solo se oye la respiración. Luego Nick dice:

—Lo sé.

—¿Cómo está Frank?

—En el hospital. Su madre ha avisado a mi médico de confianza. El doctor Rivers ha mandado una ambulancia privada. Ella se ha ido con él.

—Es una mujer de armas tomar.

—¿Marge? —Nick deja escapar una breve risotada—. No lo sabes bien.

Me parece que sí lo sé, piensa Billy. Si le hubiera pegado a ella en la cabeza con la Glock en lugar de a Frank, probablemente la pistola habría rebotado.

—¿Está aún nuestro gordo amigo en el mundo de los vivos?

—Lo estaba hace una hora, cuando lo he llamado para contarle lo que ha pasado. Según él, debería haberte tomado más en serio. Le he dicho que si no le parecía bastante serio tener aquí a cuatro hombres de confianza, más Marge. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Le conseguía él las chicas al señor K cuando iba a Las Vegas? Parece la clase de tarea que delegarías en él.

—Eres *mucho* más listo de lo que yo pensaba —dice Nick, como si hablara consigo mismo—. Más listo de lo que pensaba *nadie*. Excepto Pigs, quizá.

—¿Lo hacía o no?

—Bueno, sí. Más o menos. Pigs se reunía con Judy Blatner cuando sabía que K iba a venir. Repasaban sus álbumes de fotos e intentaban encontrar a alguna que pudiera gustarle a K. Hace diez o doce años quería dos, pero su vigor decayó. No es lo que llamaríamos un caballero, aunque las prefiere rubias.

—Y tienen que ser jóvenes.

—Hombre, claro —dice Nick—. Pero las chicas con las que estaba en Las Vegas nunca eran menores de dieciocho años. Judy lleva mucho tiempo en el negocio y dirige un servicio de acompañantes legal. Eso significa que no puede decir que las chicas son para el sexo, aunque no hace falta. Todo el mundo lo sabe. Pero huye de las menores. Como si fueran veneno. Que lo son.

A Billy se le revuelve el estómago de pensar en lo que ese sapo de mejillas caídas hace con chicas incluso de la edad de Alice.

—Cuando quería menores, cruzaba la frontera.

—Exacto.

—Quiero el número de teléfono del gordo. ¿Me lo darás?

—¿Vas a ir a por el señor K?

Eso es lo que va a hacer, pero no piensa decirlo ni siquiera a través de un teléfono desechable y a sabiendas de que Nick se asegura de que el suyo particular está limpio como una patena. Se limita a insistir en que le dé el número de Giorgio. Nick se lo da.

—¿Hablará conmigo?

—Si yo se lo digo, sí. Si le digo que lo ves como un asunto de trabajo. Nunca se habría prestado a esto si no fuera porque algo lo ha obligado a cambiar de forma de vida. Si quieres culpar a alguien, culpame a mí. Yo no necesitaba perder noventa kilos para que los médicos me dieran un hígado nuevo. Como te he dicho, me cegó el dinero.

Billy piensa que Nick no hará una confesión más sincera que esa en su vida.

—Dile que lo veo como un asunto de trabajo. Joel Allen es agua pasada.

—¿Cuándo le digo que espere tu llamada?

—Esta noche no, quizá tarde un poco. ¿Cuándo está previsto el trasplante?

—No lo está, ni lo estará hasta diciembre como mínimo. Pigs tiene que beber muchos batidos de proteínas y comer mucho kale entre ahora y entonces.

—De acuerdo. —Billy guarda el número de móvil en su cartera de Dalton Smith, detrás de las tarjetas de crédito de Dalton Smith—. Cuídate, Nick.

—Un momento.

Billy espera, sintiendo curiosidad por lo que Nick quiere añadir.

—No fue porque K no quisiera pagarte el millón y medio. Para él eso es calderilla. Fue porque insistió en que se te eliminara una vez hecho el

trabajo. Dijo que no estaba dispuesto a cometer el mismo error que con Allen. Eso lo entiendes, ¿no?

—Sí. —Y Nick le siguió la corriente. Eso también lo entiende.

—¿Todavía está operativa tu identidad de Edward Woodley? ¿La cuenta en Barbados?

—Sí. —Aunque ha estado inactiva salvo por depósitos y retiradas simbólicos desde 2014 o 2015.

—Consulta el saldo mañana. Menos mal que no mataste a Mark Abromowitz. No es extraordinario ni de confianza, pero es lo que tengo desde que Pigs se marchó a Sudamérica. Lo único que puedo transferir ahora mismo sin riesgo son trescientos mil, pero añadiré más cuando pueda. Al final tendrás tu millón y medio.

«Por una vez en tu vida, sé honrado», le dijo Billy a Nick al devolverle la vida, y vaya si lo está intentando, de la única manera que sabe. Con dinero.

—No vas a darme las gracias, y tampoco lo necesito —dice Nick—. Eres un buen trabajador, Billy. Cumpliste con el encargo.

Billy pulsa el botón de FIN DE LA LLAMADA sin despedirse de Nick.

Se limpia lo mejor que puede con las toallitas y el aceite para bebé; luego se ducha hasta que el agua marrón que se va por el desagüe es casi transparente. Pero todavía pringa las dos toallas de baño que usa para secarse.

Alice le ha preguntado si podría dormir y él ha dicho que sí, pero le cuesta mucho. El tiempo que ha pasado en Promontory Point —quizá solo

una hora, puede que incluso menos, aunque se le han antojado cinco— sigue reproduciéndose en su cabeza. En especial el momento en que ha ido a por Edison. Las astillas de la puerta al salir volando. La cadena del váter.

«Le he dicho que si no le parecía bastante serio tener aquí a cuatro hombres de confianza», ha comentado Nick, pero Sal, el vigilante de la verja, ni siquiera se ha descolgado la Mossberg del hombro, Frank no se ha dado la vuelta, y Reggie, desarmado, ha tenido que recurrir a la pistola escondida del jefe. El único que iba en serio era Dana Edison; se ha llevado el arma al váter consigo. Y Marge también, eso desde luego. Ella iba *muy* en serio y, pese al disfraz, ha reconocido a Billy casi de inmediato.

Deja una buena propina para la camarera, piensa. Un billete de veinte.

Se vuelve de costado en la cama y, cuando está a punto de vencerlo el sueño, acude a su pensamiento algo que no le gusta y se tiende otra vez boca arriba, con la mirada fija en la oscuridad. No, no le gusta en absoluto. Ha dejado el dibujo que hizo Shan, el de Freddy el Flamenco —alias Dave el Flamenco—, pegado con cinta adhesiva al salpicadero de esa camioneta vieja. Ha tenido tiempo para retirarlo, pero ni se le ha pasado por la cabeza. En ese momento lo único que quería era largarse.

Olvídalo, se dice. No significa nada.

Puede que sea verdad, pero eso no lo ayuda. Porque es —*era*, supone que ahora es el tiempo verbal correcto— rosa como el zapato de bebé de Faluya. El que echó en falta cuando les tendieron la emboscada en la Casa de la Risa. Ha perdido otro buen amuleto. Puede decirse a sí mismo que no es más que superstición, no muy distinta de la creencia de que había fantasmas en aquel viejo hotel de Sidewinder que ardió, pero le causa malestar. Y aparte de todo, alguien hizo ese dibujo para él con amor.

Duérmete, capullo, piensa Billy.

Finalmente lo consigue, pero se despierta a altas horas de la madrugada, con la boca seca, los puños apretados. El sueño era tan vívido que al principio no sabe bien si está en un Ramada Inn o en su oficina de la Torre Gerard. Estaba trabajando en el relato y debía de ser durante los primeros días, porque aún escribía a la manera de su *lado tonto*. Llamaban a la puerta. Él contestaba, pensando que sería Ken Hoff o Phil Stanhope, más probablemente Hoff. Pero no era ninguno de los dos. Era Marge, con el amplio vestido azul que llevaba cuando él se acercó a la entrada de servicio de Promontory Point. Solo que, en lugar de un sombrero de paja, llevaba calada sobre el pelo una gorra de los Golden Knights de Las Vegas y, en lugar de un desplantador, empuñaba la Mossberg de Sal.

—Te olvidaste el flamenco, puto gilipollas —decía, y levantaba la escopeta. La boca del cañón parecía tan grande como la entrada del túnel Eisenhower.

He salido del sueño antes de que disparara, piensa Billy cuando se dirige hacia el baño. Mientras orina, se acuerda de Rudy Bell, alias Taco Bell. Las pesadillas eran moneda corriente en Irak, sobre todo durante la batalla por Faluya, y Taco creía (o decía creer) que, si uno se moría en una pesadilla, podía morir de verdad en el catre.

—Morirse de miedo, tío —decía Tac—. Vaya manera de irse de este mundo, ¿eh?

Pero yo he salido de esta antes de que ella apretara el gatillo, piensa Billy mientras regresa trabajosamente a la cama. En todo caso, era una mujer de cuidado. En comparación, Dana Edison, con su remilgado moño, parecía un matón de barrio.

En la habitación hace frío, pero no se molesta en encender la calefacción, porque probablemente vibre; las unidades de pared de los

moteles *siempre* vibran. Se acurruca bajo las mantas y se duerme casi de inmediato. No tiene ningún otro sueño.

9

Alice vota por unos sándwiches de huevo frito en algún autoservicio en lugar de sentarse allí a desayunar, porque quiere salir ya a la carretera.

—Quiero ver las montañas otra vez. La verdad es que me encantan, pese a que me costó respirar hasta que me acostumbré a la altitud.

—De acuerdo, en marcha —dice Billy, y sonríe.

Poco después de cruzar la línea divisoria de Colorado, Billy oye el *ding dong* de su portátil por primera vez desde hace... no recuerda cuánto. Quizá años. Se detiene en el siguiente apartadero, lo coge del asiento de atrás y lo abre. El *ding dong* significa que ha recibido un correo electrónico de una de sus distintas cuentas secretas, en este caso woodyed667@gmail.com. El mensaje es de Travertine Enterprises. Es una empresa de la que nunca ha oído hablar, pero no le cabe duda de quién se esconde detrás. Hace doble clic y lee.

—¿Qué pasa? —pregunta Alice.

Billy se lo enseña. Travertine Enterprises ha ingresado trescientos mil dólares en la cuenta de Edward Woodley en el Royal Bank de Barbados. El concepto dice simplemente: «Por servicios prestados».

—¿Eso viene de quien yo creo que viene? —pregunta Alice.

—Sin duda —responde Billy.

Reanudan la marcha. Hace un día magnífico.

Llegan a casa de Bucky a eso de las cinco de la tarde. Billy ha llamado con antelación desde Rifle para informar de la hora de llegada prevista y el nuevo vehículo en que viajan, y Bucky está de pie en el jardín delantero esperándolos. Vestido con unos vaqueros y una chaqueta de forro polar, no se parece en nada al hombre que vivía y trabajaba en Nueva York. Quizá aquí sale lo mejor de él, piensa Billy. Le consta que es el caso de Alice.

Ella salta del coche casi antes de que Billy pare del todo. Bucky abre los brazos y exclama:

—¡Eh, tesoro!

Ella se abalanza sobre él y se ríe mientras la estrecha.

Fíjate, piensa Billy. Tú fíjate.

Se instalan con Bucky en su refugio de la montaña, el tiempo suficiente para quedar aislados por la nieve (durante un día) a causa de un temporal temprano. La intensidad de la tormenta asombra, deleita y aterroriza a un tiempo a Alice. Sí, dice, ha visto nieve en Rhode Island, mucha, pero nunca nieve como esta, que se acumula a una altura por encima de su cabeza. Cuando deja de nevar, Bucky y ella salen y hacen ángeles de nieve en el jardín trasero. Después de súplicas prolongadas, el marine veterano y asesino a sueldo se une a ellos. Al cabo de dos días, las temperaturas vuelven a subir por encima de quince grados y la nieve empieza a derretirse. En el bosque se oyen los trinos de los pájaros y el sonido del agua de deshielo.

Billy no tenía intención de quedarse tanto tiempo. Es obra de Alice. Le dice que tiene que terminar el relato. Sus palabras son una cosa. Otra muy distinta, y más persuasiva, es el tono de convicción que emplea. Ya es tarde para echarse atrás, insiste, y Billy, tras reflexionar al respecto, decide que tiene razón.

En la cabaña donde escribió sobre la Casa de la Risa y lo que ocurrió allí no hay luz eléctrica, de modo que lleva a rastras un calefactor a batería que caldea el espacio lo suficiente para poder escribir. Al menos si se deja

la cazadora puesta. Alguien ha colgado de nuevo el cuadro de los setos con formas animales, y Billy juraría que ahora los leones están más cerca, que tienen los ojos más rojos. El toro está entre ellos, y no detrás.

Ya era así antes, insiste Billy. Tenía que ser así, porque los cuadros no cambian.

Eso es cierto, en un mundo racional *tiene* que ser cierto, pero, con todo, el cuadro sigue sin gustarle. Lo descuelga (otra vez) y lo vuelve de cara a la pared (otra vez). Abre el archivo del relato y desliza el texto hasta el punto donde lo dejó. Al principio avanza despacio y echa frecuentes vistazos al rincón opuesto, como si esperase que el cuadro volviera a aparecer colgado por arte de magia. El cuadro sigue en el suelo, y al cabo de media hora ya solo captan su atención las palabras de la pantalla. La puerta de la memoria se abre y Billy la cruza. Durante la mayor parte de octubre, pasa sus días al otro lado de esa puerta, yendo de forma trabajosa a la cabaña con unas botas que Bucky le prestó el día de la gran nevada.

Escribe sobre el resto de su período de servicio en el desierto y lo que lo llevó a decidir —casi literalmente en el último momento— no reengancharse. Escribe sobre la conmoción cultural de volver a Estados Unidos, donde a nadie le preocupaban los francotiradores ni los artefactos explosivos improvisados y nadie se llevaba las manos a la cabeza sobresaltado si un coche petardeaba. Era como si la guerra en Irak no existiese y las cosas por las que sus amigos murieron no importasen. Escribe sobre ese primer encargo, el asesinato en Jersey de un tipo al que le gustaba maltratar a las mujeres. Escribe sobre cómo conoció a Bucky y escribe sobre todos los trabajos posteriores. No se presenta a sí mismo mejor de lo que era y lo escribe todo demasiado deprisa como para que salga un texto limpio, pero en general así es como sale. Sale como el agua que corre monte abajo a través del bosque cuando se derrite la nieve.

Cobra cierta consciencia de que Bucky y Alice han formado un vínculo sólido. Piensa que para Alice es como encontrar un buen sustituto del padre que perdió a una edad temprana. Para Bucky es como si ella fuera la hija que nunca tuvo. Billy no detecta la menor vibración sexual entre ellos, y no le sorprende. Nunca ha visto a Bucky con una mujer, y si bien —es cierto— nunca había visto a Bucky cara a cara tan a menudo, rara vez hablaba de mujeres cuando estaban juntos. Billy piensa que Bucky Hanson tal vez sea gay, a pesar de sus dos matrimonios. Lo único que sabe, lo único que le importa, es que Alice es feliz.

Pero la felicidad de Alice no es su prioridad durante el mes de octubre. Lo es el relato, y el relato ahora es un libro. De eso no hay duda. El hecho de que nadie vaya a verlo (excepto Alice Maxwell quizá) trae sin cuidado a Billy. Lo importante es escribirlo, ella tenía razón en eso.

Más o menos una semana antes de Halloween, un día de sol radiante y de fuertes vientos tierra adentro, Billy escribe sobre cómo Alice (ha cambiado su nombre por Katherine) y él llegaron a la cabaña de Bucky (nombre cambiado por Hal), y cómo Bucky abrió los brazos —«¡Eh, tesoro!»— y ella se abalanzó sobre él. Es tan buen punto donde dejarlo como cualquier otro, piensa.

Guarda el texto en un lápiz USB, cierra el portátil y, cuando se dispone a apagar el calefactor, se queda inmóvil. El cuadro de los setos con formas animales vuelve a estar colgado en la pared en el rincón del fondo de la cabaña, y los leones se han acercado aún más. Juraría que es así. Esa noche, durante la cena, pregunta a Bucky si ha vuelto a colgarlo. Bucky contesta que no.

Billy mira a Alice, que dice:

—No sé ni de qué hablas.

Billy pregunta de dónde ha salido ese cuadro. Bucky se encoge de hombros.

—Ni idea, pero creo que en su día esos setos con formas animales estaban delante del viejo Overlook, el hotel que se quemó. Diría que el cuadro ya estaba en la cabaña cuando compré esto. Apenas voy por allí cuando vengo. Lo llamo la casa de veraneo, pero siempre la encuentro fría, incluso en verano.

Billy ha notado lo mismo, aunque lo ha atribuido a lo avanzado de la estación. Aun así, ha hecho un trabajo increíble allí, casi cien páginas. A pesar de ese cuadro escalofriante. Quizá un ambiente frío sea lo ideal para escribir un relato estremecedor, piensa. Es tan buena explicación como cualquier otra, puesto que, en todo caso, el proceso mismo es un misterio para él.

Alice ha preparado una tarta de melocotón de postre. Mientras la lleva a la mesa, pregunta:

—¿Has terminado, Billy?

Él abre la boca para decir que sí, pero cambia de idea.

—Casi. Me quedan algunos cabos sueltos que atar.

2

Al día siguiente hace frío, pero cuando Billy llega a la cabaña no enciende el calefactor ni descuelga el cuadro. Ha decidido que la casa de veraneo, como Bucky la llama, está embrujada. Nunca ha creído en esas cosas, pero ahora sí. No es por el cuadro, o no solo por el cuadro. Ha sido un año embrujado.

Se sienta en la única silla y reflexiona. Pese a que no quiere utilizar a Alice en lo que tiene por delante —el final de este asunto—, en esta habitación fría de ambiente extraño ve que no le queda más remedio. Ve otra cosa también. Ella querrá participar, porque Roger Klerke no solo es un hombre malo; es casi con toda seguridad el peor de todos aquellos a quienes Billy ha eliminado en sus encargos. El hecho de que esta vez se encargue el asesinato a sí mismo es irrelevante.

«No me quito de la cabeza a ese hombre horrendo con una niña —dijo Alice—. Merece morir.»

No deseó la muerte a Tripp Donovan, y tal vez no habría deseado tampoco la muerte de Klerke si este se hubiera limitado a chicas de diecisiete o dieciséis años, quizá incluso quince. Habría deseado que pagara por ello, eso sí, pero no el precio más alto. Solo que Klerke no se limitó a chicas de esas edades. Klerke había querido «ver cómo era».

Billy permanece sentado con las manos en las rodillas y los dedos cada vez más ateridos, despidiendo vaho cada vez que exhala. Imagina a una niña no mucho mayor que Shanice Ackerman a la que llevan hasta esa casita de Tijuana. La imagina abrazada a un animal de peluche en busca de consuelo, probablemente un osito en lugar de un flamenco rosa. La imagina oyendo unos pasos sonoros que se acercan por el pasillo. No quiere imaginar nada de eso, pero lo imagina. Quizá lo necesita. Y tal vez esta habitación embrujada, con su cuadro embrujado en la pared, lo ayuda a imaginarlo.

Saca la cartera y busca el papel donde anotó el número de teléfono de Giorgio. Llama a sabiendas de que tiene pocas probabilidades de contactar con él. Puede que esté en el gimnasio de su cárcel de adelgazamiento o en la piscina o muerto de un infarto. Pero Giorgio contesta cuando el timbre suena por segunda vez.

—¿Sí?

—Hola, señor Agente de Nueva York. Soy Dave Lockridge. ¿Sabes qué? He terminado el libro.

—¡Billy, Dios santo! Puede que no lo creas, pero me alegro de que estés vivo.

Que me parta un rayo si no se le nota más joven, piensa Billy. Y también más fuerte.

—Yo también me alegro de estar vivo —dice Billy.

—Yo no quería joderte de esa manera. Tienes que creerme. Pero...

—Tenías que tomar una decisión y la tomaste —dice Billy—. En cuanto a mí, ¿me gustó que me jodiera alguien en quien confiaba? ¿Me gusta ahora? No. Pero le dije a Nick que eso era agua pasada, y lo es. Solo que estás en deuda conmigo, y espero que seas lo bastante hombre para saldarla. Necesito cierta información.

Se produce un breve silencio. A continuación:

—Mi teléfono es seguro. ¿Y el tuyo?

—Con el mío no hay problema.

—Me fiaré de ti. Estamos hablando de Klerke, ¿no?

—Sí. ¿Sabes dónde está?

—Ya no va a Las Vegas, así que debe de estar en Los Ángeles o en Nueva York. Puedo averiguarlo. No es difícil seguirle el rastro.

—¿Sabes quién le proporciona chicas en Los Ángeles y Nueva York?

—Antes de retirarme, nos ocupábamos Judy y yo. —Lo dice sin que Billy detecte el menor remordimiento.

—¿Judy Blatner? Dice Nick que no quiere saber nada de menores.

—Así es. Nada por debajo de los dieciocho. Y eso ya le venía bien a Klerke. De pronto las quiso más jóvenes. Llamaba. Decía que quería yogurines. Ese era el nombre en clave.

Yogurines, piensa Billy. Por Dios.

—Judy conoce a individuos dispuestos a buscar chicas como esas. A veces trataba con Klerke yo directamente. A veces se encargaba ella misma.

—¿Judy conoce también a individuos de Tijuana?

Giorgio baja la voz pese a que su teléfono es seguro.

—Estás pensando en aquella niña. Eso no tuvo nada que ver con Judy ni con Nick ni conmigo. Eso lo organizó el cártel. A petición de Klerke.

—A ver si lo he entendido bien. Si estuviera en Los Ángeles y le entrara un antojo de yogurín, os llamaría a Judy o a ti, y uno de vosotros lo pondría en contacto con otra persona de allí. Solo que en realidad estamos hablando de un chulo. —Billy busca la expresión que necesita. Una que tiene cierta afinidad con «yogurín», lo cual no es de extrañar—. Un macarrón.

—Exacto. Y si está en la costa este, en su casa de Montauk Point, hablaría con el tío de Nueva York. En cuanto al número de citas que puede haber pedido Klerke desde que me fui, no lo sé.

Citas, piensa Billy.

—¿Recibe un servicio de atención personal completo?

—Podrías llamarlo así. Es por lo que paga. Cambia de manos mucho dinero, Billy.

Ahora viene la gran pregunta:

—¿Judy lo llama a *él* alguna vez? Por ejemplo, si se entera de alguien que podría interesarle.

—Ocurre de vez en cuando, sí, claro. Más a menudo ahora que él ha llegado a una edad en la que le cuesta un poco más conseguir que se le levante el pito.

—Si llamaras a Judy y le dijeras que tienes a una chica que a él le gustaría, alguien *muy* especial, ¿pasaría ella el mensaje?

Se produce un silencio mientras Giorgio se para a pensarlo. Luego dice:

—Lo haría. Le olería a chamusquina... tiene un olfato que podríamos calificar de exquisito... pero lo haría. Judy detesta a ese tipo por lo de Tijuana, y si pensara que alguien se propone joderlo, quizá incluso se prestaría a organizarlo, lo celebraría. Yo siento más o menos lo mismo.

Aunque eso no te impidió hacer negocios con él, piensa Billy. Ni a ella.

—Vale. Volveré a llamarte.

—Aquí estaré. No tengo a donde ir, y tampoco quiero irme. Al principio odiaba esto, pero ahora me encanta. Como a los alcohólicos les encanta estar sobrios cuando lo tienen controlado, supongo.

—¿Cuánto peso has perdido?

—Cincuenta —dice Giorgio, quizá con orgullo justificado—. Necesito perder otros cuarenta.

—Se te nota bien. No resuellas tanto. A lo mejor si pierdes todo ese peso, te libras de la operación.

—No. Tengo el hígado hecho polvo y no se va a recuperar. Han programado la operación para dos días después de feliz Navidad —dice en español—, así que mejor será que des por concluido cualquier asunto pendiente conmigo antes de esa fecha. El médico de aquí es tan sincero que es brutal. Según él, mis probabilidades de salir adelante son de sesenta-cuarenta.

—Volveré a llamarte. —Pero no me molestaré en rezar por ti, piensa Billy.

—Espero que te cargues a ese pervertido violador de menores.

Para el que trabajabas, vuelve a pensar Billy.

No necesita decirlo, porque Giorgio lo dice por él:

—Ya, yo hice la vista gorda cuando le presté mis servicios. Era mucho dinero, y quería vivir.

—Lo entiendo. —Billy piensa: Pero el infierno te estará esperando de todos modos, Georgie. Y si ese sitio existe, probablemente tú y yo nos veamos allí. Tomaremos una copa. Azufre con hielo.

—Siempre sospeché que te hacías pasar por tonto pero no lo eras, ¿sabes?

—Eso me dijo Nick. Hablamos pronto.

—No tardes mucho —dice Giorgio.

3

Ha llegado el momento de poner a Alice al corriente de lo que le ronda la cabeza, y Bucky merece tomar parte en la conversación. Los informa sentados a la mesa de la cocina, con un café delante. Cuando termina, aconseja a Alice que se lo piense. Alice contesta que no le hace falta, que cuente con ella.

Bucky dirige a Billy una mirada de reproche con la que dice «al final la has pasado al lado oscuro», pero se calla.

—Dijiste que en los bares te pedían el carnet, ¿no? —le pregunta Billy.

—Sí, pero solo he estado en un par. Cumplí los veintiuno un mes antes de que tú... ya sabes, me conocieras.

—¿No tenías un carnet falso?

—No le habría servido —tercia Bucky—. O sea, mírala.

Los dos la observan. Alice se sonroja y baja los ojos.

—¿Qué edad le echarías? —pregunta Billy a Bucky—. O sea, si no lo supieras.

Bucky se detiene a pensarlo.

—Dieciocho. Diecinueve como mucho. Veinte ni por asomo.

Billy dice a Alice:

—¿Qué edad podrías llegar a *aparentar*? Si te propusieras en serio quitarte años.

La pregunta despierta en Alice suficiente interés para olvidar que dos hombres la están examinando, tanto la cara como el cuerpo. ¿Cómo no va a despertarle interés? A los veintiún años, sin duda se ha planteado cómo ofrecer un aspecto más sofisticado y aparentar más edad, pero ¿menos? ¿Para qué?

—Podría utilizar una banda de compresión elástica para que las tetas se me vieran más pequeñas, supongo. Como las que usan los transexuales. —Vuelve a ruborizarse—. Ya sé que tampoco las tengo muy grandes, pero con una venda parecería casi, ya me entendéis, plana. ¿No es eso lo que le gusta a Klerke? En cuanto al pelo... —Se lo recoge con una mano—. Podría cortármelo. No a lo elfo, pero sí lo suficiente como para hacerme una coleta pequeña. Como una estudiante de instituto.

—¿Y la ropa?

—No lo sé. Tendría que pensármelo. Sin maquillaje o con muy poco. A lo mejor un carmín rosa chicle...

—¿Crees que podrías aparentar incluso quince? —pregunta Billy.

—Imposible —afirma Bucky—. Diecisiete, *tal vez*.

—Quizá consiguiera bajar de diecisiete —dice Alice, y se pone en pie—. Disculpadme, necesito un espejo.

Cuando se va, Bucky se inclina sobre la mesa y habla en voz muy baja:

—No hagas que la maten.

—No planeo hacerlo.

—Los planes se tuercen.

Al día siguiente vuelve a llamar a Giorgio desde la gélida casa de veraneo. Se le ha ocurrido que tal vez no tenga que recurrir siquiera a Alice. Al fin y al cabo, es francotirador, y su especialidad son las grandes distancias. Mantiene la vista en el cuadro mientras hablan, casi esperando que los setos con formas animales se muevan. No se mueven.

Para empezar, pregunta a Giorgio si existe alguna posibilidad de sacar partido a su destreza como francotirador en el asunto de Roger Klerke.

—Ni remotamente. Su casa de Montauk Point está en una finca de más de quince hectáreas. En comparación, la que tiene Nick en Nevada parece un pisito.

Eso frustra las esperanzas de Billy, aunque no lo sorprende.

—¿Es ahí donde está ahora?

—Es ahí donde está. Klerke llama a aquello Eos, por una diosa griega. Según la web Page Six del *Post*, seguirá allí hasta poco antes de Acción de Gracias, y entonces llamará con un silbido a su Gulfstream y volverá a LaLa Land para pasar el puente con el hijo y heredero que le queda.

Lalafaluya, piensa Billy.

—¿Llevará séquito?

Giorgio se ríe y la risa degenera en un resuello, así que tal vez no sea un hombre *totalmente* nuevo después de todo.

—¿Como hace Nick, quieres decir? Nada de eso. Klerke tiene un televisor en cada habitación, según me han contado, todos en silencio, sintonizados en canales distintos. *Ese* es su séquito.

—¿Sin servicio de seguridad? —A Billy le cuesta creerlo. Klerke es uno de los hombres más ricos de Estados Unidos.

—¿Tíos en la finca, quieres decir? No si piensa que has muerto. Y, además, que él sepa, tú no tenías la menor idea de quién pagó por el trabajo de Allen.

—Pensaría que fui a casa de Nick solo a buscar mi paga.

—Exacto. Seguro que tiene contratada alguna empresa de seguridad a la que llama si la necesita, y probablemente en su casa haya un botón del pánico, pero el único hombre a jornada completa es su ayudante. William Petersen. Ya sabes, como el tío de *CSI*.

Billy ha oído hablar de la serie, pero nunca la ha visto.

—¿Es Petersen guardaespaldas además de ayudante?

—No sé si sabe judo y krav magá, o cosas de esas, pero es joven y está en forma, y puedes dar por hecho que se le dan bien las armas de fuego. Aunque quizá en la finca en realidad no lleve pistola en la cintura o al hombro.

Billy toma nota de esa información.

—Te diré lo que necesito de ti. Tendrás que enviar una cosa. Hazlo y estamos en paz.

—Un momento... vale. —Adopta una actitud profesional—. Haré lo que quieres si puedo. Si no, te lo diré. Dime.

Billy se lo dice. Giorgio escucha y hace un par de preguntas, pero no plantea ningún problema que Billy no haya previsto.

—Puede que funcione, en el supuesto de que tengas a una chica que pase la inspección. Tendré que enviar unas cuantas fotos por correo electrónico. Mejor manda unas veinte, de hecho. Sobre todo de la cara, alguna que otra de cuerpo entero pero vestida pudorosamente. Elegiré aquellas en las que se la vea más joven. —Se interrumpe—. No estamos hablando de una verdadera adolescente, ¿no?

—No —responde Billy. Solo *casi* adolescente, una cuya única experiencia sexual fue una pesadilla amortiguada (gracias a Dios, muy probablemente) mediante reinales o alguna droga similar.

—Bien. El hombre de Judy en Nueva York es Darren Byrne. Klerke ya ha hecho negocios con él, así que obviamente no puedes hacerte pasar por él, pero podrías ser su hermano. O su primo.

—Sí. Podría. —Aunque imagina que tendrá que buscar alguna justificación que resulte apropiada para un chulo—. ¿Esperará Klerke que ella pase allí la noche?

—No, por Dios. Tú aparcas y esperas. Él hace lo suyo, en el supuesto de que la Viagra funcione... y, acto seguido, ella sale y vuelve al coche. Una hora, dos como mucho.

No será tanto, piensa Billy. Ni de lejos, y la Viagra que tome será un desperdicio.

—Vale. Iremos hacia el este desde donde estamos ahora...

—¿Bucky y tú?

—La chica y yo. Cuando estemos instalados en algún lugar cerca de Montauk...

—Probad en Riverhead. El Hyatt o el Hilton Garden Inn.

No has perdido reflejos, piensa Billy. Casi espera que Giorgio se ofrezca a reservar las habitaciones.

—Cuando estemos instalados, te llamo.

—Vale, pero empieza por enviarme unas cuantas fotos de tu plan.

—¿Mi plan?

—La *chica*, Billy. Y tiene que ser la clase de chica adecuada. Joven, sí, pero también saludable. Si tiene pinta de golfa, olvídate.

—Entendido. —Se le ocurre otra cosa—. ¿Sabes algo de Frank Macintosh? Estaba vivo cuando me marché, pero le pegué bastante fuerte.

—El doctor Rivers consiguió estabilizarlo, pero después de eso no pudo hacer nada más. Tenía una hemorragia cerebral y, por lo que dijo Nick, quizá también un paro cardíaco. Su madre lo llevó a Reno. Está en un centro para enfermos de larga duración. Cuidados paliativos, lo llaman.

—Lamento oírlo —dice Billy, y no miente.

—Margie ha alquilado un apartamento cerca. Nick corre con los gastos de todo.

—¿Está en coma?

—Quizá sería mejor que lo estuviera. Según le contó Marge a Nick, duerme mucho, pero cuando vuelve en sí, no dice más que incoherencias. Tiene ataques y grita mucho.

Billy guarda silencio. No se le ocurre nada que decir.

—Debiste de pegarle *muy* fuerte —añade Giorgio, y no sin admiración—. Elvis ha perdido la chaveta.

5

Billy, Bucky y Alice van a Boulder, donde Alice recorre tres centros comerciales y compra en tiendas con nombres como Deb, Forever 21 y Teen Beat. Comenta cada una de las prendas que elige con Bucky, que tomará las fotos que Giorgio (o Judy Blatner) enviará a Klerke. Billy, en esencia, se limita a seguirlos, atrayendo miradas suspicaces de algunas dependientas. Alice compra una parka acolchada ligera, cuatro faldas, dos camisetas, una blusa y tres vestidos. Uno de los vestidos tiene escote barco, pero eso es lo más sexy de todo. Bucky descarta unos zapatos de tacón bajo en favor de unas zapatillas deportivas.

También veta unos vaqueros de cintura baja que a ella le gustan, al menos para las fotos.

—Cómprate los vaqueros para ti si quieres, pero él preferirá verte con un vestido.

Una vez terminadas las compras, cuatrocientos dólares en total, Alice se corta el pelo en Great Clips. Mientras ella está ocupada en eso, Billy compra zapatos, pantalones y una cazadora bomber con bolsillos interiores. Enseña a Bucky una camisa de seda verde lima y Bucky se lleva las manos a la cabeza.

—No has de ir con pinta de chulo de esquina. Servicio de atención personal, ¿recuerdas?

Billy deja la camisa verde en el estante y elige una gris. Bucky la examina y asiente con la cabeza.

—El cuello es un poco a lo Rick James para mi gusto, pero pase.

—¿Rick qué?

—Déjalo.

Mientras vuelven a Great Clips, los dos cargados con bolsas, Alice sale dando brincos. Lleva el pelo más corto y modelado. Luce una gorra de los Rockies de Colorado, de la que asoma, por detrás, una coleta. Echa a correr, con la coleta agitándosele, y Billy piensa: Dios Santo, esto podría funcionar de verdad.

—La estilista ha intentado disuadirme de cortármelo. Me ha preguntado por qué quería perder un pelo tan bonito, que debe de haber tardado años en crecerme. Pero ¿sabéis lo mejor? Me ha preguntado si me gustaba tanto el instituto que quería dar la impresión de que seguía allí.

Se ríe y levanta la mano, con la palma hacia fuera. Bucky le choca los cinco. Billy lo imita, pero su entusiasmo es falso. Con la emoción de las compras, Alice ha olvidado *por qué* están de compras. Piensa que Bucky lo

ha olvidado también, dejándose arrastrar por la felicidad de ella. Pero Billy sí se acuerda. Está pensando en la niña de Tijuana, aferrada a un juguete y escuchando unos pasos que se acercan.

6

Alice quiere hacerse las fotos en cuanto vuelven, pero Bucky insiste en que es mejor esperar hasta la mañana siguiente, cuando se la verá más joven y lozana. Lo describe como el «aspecto mañana de septiembre».

—Neil Diamond, ¿no? —pregunta Alice—. Mi madre es una gran fan. —Y dirigiéndose a Billy, añade—: Ni se te ocurra preguntarme, la llamé anoche.

Tal vez Bucky esté pensando en Neil Diamond, pero Billy piensa en Paul Chabas, y en la niña de la casa de las afueras de Tijuana, y en Shanice Ackerman. En su cabeza, ha emparejado a las dos niñas.

7

A la mañana siguiente Bucky organiza su pequeña sesión fotográfica. Quiere utilizar la ventana orientada al este para tener luz natural. Ahí está el sofá, pero dice que deben apartarlo y poner una silla en su lugar. Cuando Billy pregunta por qué, Bucky explica que los sofás remiten al sexo, y esa no es la apariencia que buscan. La apariencia que buscan es la de una joven inocente. Que quizá se vende solo esta vez para ayudar a su pobre madre en la ruina.

Cuando Alice sale con una de sus faldas y camisetas nuevas, Bucky le dice que vuelva al cuarto de baño y se quite casi todo el maquillaje.

—Basta con un poco de colorete en las mejillas, y rímel solo lo justo para realzar las pestañas. Más un toquecito de carmín. ¿Entendido?

—Entendido. —Alice está entusiasmada, una niña jugando a disfrazarse.

Cuando se va, Billy pregunta a Bucky cómo es que sabe tanto de esas cosas.

—No me malinterpretes, me alegra porque yo no podría hacer tan buen trabajo ni remotamente. La ropa por sí sola es ya un gran paso para que esto cuele...

—No —dice Bucky—. La ropa cuenta, pero el pelo es lo más importante. La coleta.

—¿Dónde has aprendido todo eso? Tú ni siquiera... —La voz de Billy se apaga de manera gradual. En realidad, ¿qué sabe él de Bucky Hanson? Que es agente de atracadores, que se le da bien sacar a fugitivos del país, que tiene contactos en la abogacía y tal vez incluso en las altas esferas del sistema judicial neoyorquino. Si es así, Billy no conoce la identidad de ninguno de esos contactos. Bucky es discreto, probablemente una de las razones por las que sigue vivo.

—¿Quieres saber si he tomado alguna vez fotografías de jóvenes vestidas para parecer menores? No, pero durante un tiempo fue tendencia en las revistas porno como *Penthouse* y *Hustler*. Allá en los ochenta, cuando *había* revistas porno. En cuanto a lo de la fotografía, aprendí de la mano de mi padre.

—¿No me dijiste una vez que tu padre dirigía una funeraria? ¿En algún lugar de Pennsylvania?

—Así era, y por eso también aprendí mucho sobre maquillaje de la mano de mi padre. La fotografía era una actividad complementaria: fotos para anuarios y bodas, sobre todo. A veces lo ayudaba. En los dos trabajos.

—He acudido a la persona adecuada —dice Billy, sonriente.

—Pues sí. —Pero Bucky no le devuelve la sonrisa—. No metas a esa joven en ninguna situación de la que pueda salir mal parada, Billy. Y si lo haces, no vuelvas aquí, porque te encontrarás la puerta cerrada.

Antes de que Billy tenga ocasión de contestar, Alice regresa. Con la blusa blanca, la falda azul y unos calcetines hasta la rodilla, parece ciertamente muy joven. Bucky la sienta en la silla y le inclina la cabeza a un lado y a otro hasta que la tenue luz de la mañana le ilumina el rostro como él quiere. Utiliza el móvil de Billy para tomar las fotos. Dice que tiene una Leica y le encantaría usarla, pero quedaría un poco demasiado profesional. Tal vez Klerke no advirtiera ese detalle y no sospechara, pero tal vez sí. Al fin y al cabo, la televisión y el cine son una parte importante de su negocio.

—Vale, que empiece la fiesta. Nada de grandes sonrisas, Alice, pero una discreta estaría bien. Recuerda nuestro objetivo: dulce y recatada.

Alice intenta adoptar una pose dulce y recatada, y de pronto sucumbe a un ataque de risa.

—Vale —dice Bucky—, eso está bien. Relájate, y luego recuerda que el hombre que va a ver estas fotos es un puto pederasta.

Al oír eso, Alice recupera la seriedad y Bucky se pone manos a la obra. Pese a su exagerada atención a los detalles previa a la sesión, la parte fotográfica en sí no le lleva mucho tiempo. Toma dieciséis o dieciocho imágenes de Alice con la coleta y distintos conjuntos (pero siempre con las zapatillas, incluso cuando se pone el vestido de escote barco). Toma una docena más de Alice con un pasador en el pelo y termina con una docena de Alice con una cinta en el pelo. Saca tres juegos de 20 × 25 con su impresora

a color para poder verlas juntas. Bucky pide a Billy y a Alice que elijan las cinco o seis que consideren mejores y les dice que él hará lo mismo. En cierto momento Alice deja escapar una exclamación que es mitad júbilo, mitad consternación:

—¡Dios, en esta parece que tengo catorce!

—Márcala —dice Bucky.

Cuando acaban, han coincidido en tres de las tomas. Bucky añade otras dos y dice a Billy que envíe esas cinco a Giorgio por correo electrónico.

—Él ya ha hecho de chulo para ese viejo verde repulsivo, así que seguramente sabrá si Klerke picará o no.

—Todavía no —responde Billy—. Las mandaré cuando estemos en la carretera camino de Nueva York.

—¿Y si Klerke le dice a Giorgio que no le interesa?

—Iremos de todos modos y buscaré una manera de entrar.

—*Buscaremos* —corrige Alice—. Esta vez no vas a dejarme en un motel.

Billy no contesta. Piensa que tomará esa decisión cuando llegue el momento, si es que llega. Luego piensa en aquello por lo que ha pasado Alice, y lo que Klerke ha hecho a chicas aún más jóvenes que ella, y comprende que la decisión no le corresponde a él.

8

Esa noche llama a Nick por última vez.

—Todavía me debes un millón doscientos.

—Lo sé, y lo tendrás. Nuestro amigo ha pagado. Que él sepa, estás muerto.

—Añade otros doscientos mil. Considéralo un plus por el follón en el que me metiste. Y envíaselos a Marge.

—¿La madre de Frank? ¿En serio?

—Sí. Dile que son de mi parte. Dile que los destine a los cuidados de Frank. Dile que hice lo que tenía que hacer, pero lo siento.

—No creo que tu disculpa le haga mucha mella. Marge es... —Suspira—. Marge es Marge.

—También podrías decirle que lo que le ha pasado a su hijo es, en último extremo, responsabilidad tuya, no mía, pero en realidad no espero que lo hagas.

Se produce un silencio de unos segundos, y luego Nick pregunta por el resto de su deuda con Billy. Este le explica cómo quiere que se distribuya exactamente. Tras una breve discusión, Nick accede. ¿Significa eso que cumplirá su palabra si Billy ya no está en este mundo para asegurarse de que así sea? Billy tiene sus dudas, porque ignora cuánto tiempo durará la gratitud de Nick por haberle perdonado la vida. Pero se propone asegurarse de que se respeten sus deseos, porque no tiene intención de morir en Nueva York. Es Roger Klerke quien va a morir.

—Suerte —dice Nick—. Lo digo en serio.

—Ajá. Tú ocúpate de que Frank esté bien atendido. Y de lo otro.

—Billy, solo quiero decirte...

Billy cuelga. No tiene interés en oír lo que Nick quiere decirle. Las cuentas están saldadas. Nick y él han terminado.

Billy está preparado para salir a primera hora de la mañana siguiente, pero Bucky le pide que espere hasta las diez, porque tiene un recado que hacer. Mientras Bucky se ocupa de eso, Billy visita la casa de veraneo por última vez. Descuelga el cuadro de los setos con formas animales y lo lleva al final del camino. Mira por encima del barranco durante uno o dos minutos, hacia el lugar donde se alzaba un hotel presuntamente embrujado. A Alice le pareció verlo, pero Billy no ve más que unas ruinas chamuscadas. Tal vez, piensa, el lugar sigue hechizado. Tal vez por eso nadie ha vuelto a construir ahí, pese a que la ubicación parece inmejorable.

Tira el cuadro al precipicio. Se asoma al borde y ve que ha quedado prendido de la copa de un pino unos treinta metros más abajo. Que se pudra ahí, piensa, y vuelve a la casa. Alice ha cargado su escaso equipaje en el Mitsubishi. No hay ninguna razón para no viajar en él hacia el este. Es un buen vehículo, no puede localizarse, y Reggie no lo echará en falta.

—¿Adónde has ido? —pregunta Alice.

—A dar un paseo. Quería estirar las piernas.

Están sentados en las mecedoras del porche cuando Bucky vuelve.

—He ido a ver a un amigo y te he comprado un regalito de despedida —dice, y entrega una pistola a Alice—. Una Sig Sauer P320 subcompacta. Diez balas en el cargador más una en la recámara. Con lo pequeña que es, puedes llevarla en el bolso. Está cargada, así que cuidado con cómo la coges si tienes que sacarla.

Alice la mira, fascinada.

—Nunca he disparado un arma.

—Es muy sencillo: apunta y dispara. De todos modos, a menos que estés muy cerca, seguramente no darás en el blanco, pero podrías ahuyentar a alguien. —Mira a Billy—. Si tienes algún problema con que ella vaya armada, dilo.

Billy niega con la cabeza.

—Una cosa, Alice. Si necesitas usarla, *úsala*. Prométemelo.

Alice se lo promete.

—Muy bien, ahora dame un abrazo.

Ella lo abraza y se echa a llorar. Billy piensa que en realidad es bueno. Está sintiendo sus sentimientos, como dicen en los grupos de autoayuda.

Es un abrazo largo y fuerte. Bucky se desprende al cabo de unos treinta segundos y se vuelve hacia Billy.

—Ahora tú.

Pese a lo poco que le gustan los abrazos entre hombres, Billy se presta. Bucky ha sido un colaborador profesional durante años, pero a lo largo del último mes se ha convertido en un amigo. Les ha dado cobijo cuando lo necesitaban e interviene en lo que tienen por delante. Y, más importante aún, se ha portado bien con Alice.

Billy se sienta al volante del Mitsubishi. Bucky rodea el coche hasta el lado del acompañante. Con los vaqueros y la camisa de franela, tiene todo el aspecto de un hombre de Colorado. Hace un movimiento de rotación con la mano y Alice baja la ventanilla eléctrica. Bucky se inclina hacia dentro y la besa en la sien.

—Quiero volver a verte. Asegúrate de que así sea.

—Me verás —responde Alice. Lloro otra vez—. Cuenta con ello.

—Bien. —Bucky se yergue y retrocede—. Ahora id a por ese hijo de puta.

Billy para en el Walmart Supercenter de Longmont, acercándose lo máximo posible al edificio para disponer de una mejor conexión wifi. Con su portátil personal, equipado con VPN, envía las fotos de Alice a Giorgio y le pide que se las mande a Klerke lo antes posible.

Dile que la chica se llama Rosalie. Tiene un margen de tiempo. Ese margen empieza dentro de tres días y termina cuatro días después. El precio es negociable, pero el mínimo son ocho mil dólares por hora. Dile que Rosalie es «material de primera». Dile que, si tiene alguna duda, lo consulte con Judy Blatner. Dile que, si quiere, lo organizarás todo de forma gratuita para compensarlo por las inevitables complicaciones del encargo de Allen. Dile que hará la entrega el primo de Darren Byrne, Steven Byrne. Infórmame en cuanto tengas noticias.

Firma con una B.

Esa noche se alojan en el Holiday Inn Express de Lincoln, Nebraska. Billy está entrando el equipaje en un carrito de cortesía cuando su teléfono emite el aviso de mensaje de texto. Observa, sin la menor nostalgia, que es de su antiguo agente literario.

—¿Giorgio? —pregunta Alice.

—Sí.

—¿Qué dice?

Billy le entrega el teléfono.

GRusso: La quiere. 4 de noviembre, 20 h. Montauk Highway, 775. Contéstame con el icono del pulgar arriba o abajo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? Tú decides, Alice.

Ella busca  y lo envía.

Salimos de Lincoln temprano y nos dirigimos al este por la I-80. Durante la primera hora o algo así apenas hablamos. Alice llevaba mi portátil abierto e iba leyendo todo lo que había escrito en la casa de veraneo. En las afueras de Council Bluffs, un coche tocó la bocina al adelantarnos; en el asiento de atrás viajaban un payaso y una bailarina, que nos miraron. El payaso saludó con la mano. Le devolví el saludo.

—¡Alice! —dije—. ¿Sabes qué día es hoy?

—¿Jueves? —No apartó la vista de la pantalla. Me recordó a Derek Ackerman y su amigo Danny Fazio, allá en Evergreen Street, hipnotizados por lo que fuese que miraban en sus móviles.

—No un jueves cualquiera. Es Halloween.

—Vale. —Siguió sin alzar la vista.

—¿Tú de qué te disfrazabas? ¿Cuál era tu disfraz preferido, quiero decir?

—Hummm... una vez fui de Princesa Leia. —Siguió sin apartar la vista de lo que estaba leyendo—. Mi hermana me llevó por todo el barrio.

—En Kingston, ¿no?

—Sí.

—¿Conseguiste un gran botín?

Por fin levantó la mirada.

—Déjame leer, Billy, ya casi he terminado.

Así que la dejé leer y continuamos adentrándonos en Iowa. Allí no había grandes cambios en el paisaje, solo kilómetros de llanura. Por fin cerró el ordenador. Le pregunté si lo había leído todo.

—Solo hasta el punto donde entré yo en la historia. La parte donde vomité y estuve a punto de asfixiarme. Me costaba leerlo, así que lo he dejado. Por cierto, te has olvidado de cambiarme el nombre.

—Tomo nota.

—Lo demás ya lo sé. —Sonríe—. ¿Recuerdas *The Blacklist* en Netflix? ¿Y cómo regábamos las plantas?

—Daphne y Walter.

—¿Crees que sobrevivieron?

—Seguro que sí.

—Anda ya. No sabes si sobrevivieron.

Reconocí que era cierto.

—Yo tampoco. Pero, si queremos, podemos creer que sobrevivieron, ¿no?

—Sí —dije—. Podemos.

—Esa es la ventaja de no saber. —Alice miraba por la ventanilla los kilómetros de maizales, todos parduzcos ya, esperando el invierno—. La gente puede optar por creer lo que le apetezca. Yo prefiero creer que llegaremos a Montauk Point y haremos lo que venimos a hacer y nos saldremos con la nuestra y viviremos felices para siempre.

—Vale —dije—, yo también prefiero creer eso.

—Al fin y al cabo, a ti aún no te han cogido nunca. Todos esos asesinatos, y has salido impune.

—Siento que hayas tenido que leer sobre eso. Pero dijiste que debía escribirlo todo.

Se encogió de hombros.

—Eran malas personas. Todas tenían eso en común. No mataste a ningún sacerdote ni médico ni... ni guardia en el cruce de un colegio.

Eso me hizo reír, y Alice sonrió un poco, pero advertí que estaba pensando. La dejé con lo suyo. Seguimos haciendo kilómetros.

—Volveré a las montañas —dijo por fin—. Incluso puede que viva un tiempo con Bucky. ¿Qué te parece eso?

—Creo que a él le gustaría.

—Solo al principio. Hasta que encuentre trabajo y consiga mi propia casa y empiece a ahorrar para volver a estudiar, porque puedes matricularte en la universidad siempre que quieras. A veces la gente no se matricula hasta pasados los cuarenta o incluso los sesenta, ¿no?

—Vi un programa en la tele sobre un hombre que empezó a los setenta y cinco años y se tituló a los ochenta. Mi intuición de Spiderman me dice que no es en gestión administrativa en lo que estás pensando.

—No, una carrera. Quizá incluso en la Universidad de Colorado. Podría vivir en Boulder. Esa ciudad me gustó.

—¿Tienes idea de lo que quieres estudiar?

Vaciló, como si se le hubiera ocurrido algo y hubiera cambiado de idea.

—Historia, creo. O Sociología. Quizá incluso Artes Dramáticas. —A continuación, como si me hubiera opuesto a la idea, añadió—: No para ser actriz, eso no me interesa, sino para

lo demás: escenarios e iluminación y todo eso. Hay muchas cosas por las que siento curiosidad.

Dije que eso era bueno.

—¿Y tú, Billy? ¿Cómo harás para ser feliz para siempre?

Yo no tuve ni que pensarlo.

—Puestos a soñar, me gustaría escribir libros. —Toqué el portátil, que aún sostenía ella

—. Hasta que escribí eso no supe si era capaz. Ahora ya lo sé.

—¿Y qué pasará con esta historia? Podrías retocarla, convertirla en ficción...

Negué con la cabeza.

—Aparte de ti, no la leerá nadie más, y ya me parece bien así. Ha cumplido su función.

Ha abierto la puerta. Y no tengo por qué ponerte un alias.

Alice se quedó en silencio durante un rato. Luego dijo:

—Esto es Iowa, ¿no?

—Sí.

—Qué aburrido.

Me eché a reír.

—Seguro que la gente de Iowa no piensa lo mismo.

—Seguro que sí. Sobre todo los chavales.

Eso no podía discutirse.

—Dime una cosa.

—Te lo diré si puedo.

—¿Por qué un hombre de sesenta años quiere estar con una chica tan joven como se supone que es Rosalie? No lo entiendo. Me parece... no sé... grotesco.

—¿Por inseguridad? ¿O quizá por conectar con la vitalidad que ha perdido? ¿Por tender la mano hacia su propia juventud e intentar conectar con ella?

Alice reflexionó sobre estas ideas, aunque apenas un momento.

—A mí todo eso me parecen chorradas.

A mí también me lo parecían, en realidad.

—O sea, piénsalo. ¿De qué le hablaría Klerke a una chica de dieciséis años? ¿De política? ¿La situación en el mundo? ¿Sus cadenas de televisión? ¿Y de qué le hablaría ella a él? ¿Sus experiencias como animadora y sus amigos de Facebook?

—No creo que busque una relación a largo plazo. El trato era ocho mil por una hora.

—Entonces es follar por follar. Apropiarse de algo por apropiarse. A mí me parece muy vacío. Mucho. Y esa niña de México...

Se quedó en silencio y vio pasar Iowa. A continuación dijo algo, pero en voz tan baja que no lo distinguí.

—¿Qué?

—Monstruo. —Seguía contemplando los kilómetros de maíz muerto—. He dicho monstruo.

Pasamos la noche de Halloween en South Bend, Indiana, y el primero de noviembre en Lock Haven, Pennsylvania. Cuando estábamos en recepción, sonó el aviso de un mensaje de texto de Giorgio.

GRusso: Petersen, el ayudante de RK, quiere una foto del primo de Darren Byrne para poder identificarlo. Envíala a judyb14455@aol.com. La hará llegar sin ningún coste. Le encantaría que RK tuviera un poco de mala suerte.

El hecho de que Petersen quisiera una foto era preocupante pero no sorprendente. Al fin y al cabo, ejercía como guardia de seguridad in situ de Klerke, además de como ayudante.

Alice me dijo que no me preocupara. Añadió que cortaría y remodelaría la peluca negra que me había puesto para ir a Promontory Point («A veces es bueno tener una hermana peluquera», dijo). Fuimos al Walmart. Alice encontró unas gafas de estilo aviador y una crema facial que, según ella, me daría una palidez irlandesa. También un pequeño pendiente de oro de clip, no demasiado ostentoso, para la oreja izquierda. De vuelta en el motel, me peinó la peluca negra hacia atrás desde la frente y me dijo que me la probara junto con las gafas de aviador.

—Como si pensaras que eres una estrella de cine —dijo—. Súbete el cuello de la camisa. Y recuerda que, que sepan Klerke y ese tal Petersen, Billy Summers ha muerto.

Tomó la foto contra un fondo neutro (la pared de ladrillo del Best Western donde nos alojábamos) y la examinamos juntos, y detenidamente.

—¿Te parece bastante buena? —preguntó Alice—. O sea, a mí no me pareces el mismo, y menos con esa sonrisa sarcástica, pero ojalá tuviéramos aquí a Bucky para ayudarnos.

—Yo creo que es buena. Como has dicho tú, ayuda el hecho de que piensen que estoy enterrado en las estribaciones de los montes Paiute.

—Tenemos en marcha toda una pequeña conspiración —comentó Alice mientras volvíamos a entrar—. Bucky, tu supuesto agente literario y ahora una madama de altos vuelos de Las Vegas.

—No te olvides de Nick —dije.

Se detuvo en el pasillo a medio camino de nuestras habitaciones con el entrecejo fruncido.

—Si cualquiera de ellos llamara a Klerke y le dijera lo que está pasando, seguramente sacaría un buen dinero. No Majarian o el señor Piglielli, y Bucky ni pensarlo, pero ¿y esa tal Blatner?

—Ella tampoco —dije—. En esencia, están todos hartos de él.

—Eso esperas.

—Lo sé —dije, y esperé no equivocarme.

En cualquier caso, iba a presentarme allí, y cada vez parecía más probable que Alice me acompañara.

Pasamos la noche del 2 de noviembre en New Jersey. La noche siguiente nos alojamos en el Riverhead Hyatt, a ochenta kilómetros de Montauk Point. Giorgio en efecto había reservado habitaciones desde su cárcel de adelgazamiento de Sudamérica. Como sabía que yo no tenía ningún documento de identidad a nombre de Steven Byrne, hizo la reserva a nombre de Dalton Smith. Y como ese sitio era bastante más elegante que los moteles donde nos habíamos hospedado anteriormente, Alice tuvo que enseñar su nuevo carnet de Elizabeth Anderson. Giorgio, quizá más delgado pero tan sagaz como siempre, había reservado también una habitación doble, pagada previamente, para Steven Byrne y Rosalie Forester. Klerke no lo comprobaría, esas tareas estaban por debajo de él, pero Petersen quizá sí. Si el recepcionista decía a Petersen que Byrne y Forester aún no habían ocupado la habitación, a Petersen no le preocuparía demasiado. Los chulos no se distinguían por ceñirse a rajatabla a un horario.

Antes de abandonar la recepción, pregunté si había llegado un paquete para mí. Resultó que sí, de Fun & Games Novelties de Las Vegas. Una empresa inexistente, sin duda. Giorgio lo había encargado a petición mía. Lo abrí en mi habitación delante de Alice. Contenía un pequeño aerosol sin marca del tamaño de un tubo de desodorante de bola. Esta vez nada de limpiador para hornos.

—¿Qué es?

—Carfentanil. En 2002, los rusos echaron una versión de esto en un teatro donde cuarenta o cincuenta rebeldes chechenos mantenían a setecientos rehenes. La intención era dormir a todo el mundo y poner fin así al asedio. Dio resultado, pero el gas era demasiado potente. Unos cien rehenes no solo se durmieron, sino que murieron. Dudo mucho que a Putin le importara un carajo. Se supone que esto es la mitad de potente. Es a Klerke a por quien vamos. No quiero matar a Petersen si no es necesario.

—¿Y si no le hace efecto?

—Entonces haré lo que tenga que hacer.

—Haremos —dijo Alice.

El 4 de noviembre fue un día largo. Los días de espera siempre lo son. Alice se había llevado el bañador y nadó en la piscina. Más tarde dimos un paseo y compramos comida en un puesto de perritos calientes. Alice dijo que quería echarse una siesta. Yo lo intenté

también y no pude. Después, mientras ella arreglaba de nuevo la peluca para que quedara como en la foto, admitió que tampoco ella había podido dormir.

—Y anoche apenas pegué ojo. Ya dormiré cuando esto termine. Entonces dormiré *mucho*.

—A la mierda —dije—. Quédate aquí. Deja que me encargue yo.

Alice esbozó una sonrisa.

—¿Y qué le dirías a Petersen cuando te presentaras sin la chica valorada en ocho mil dólares?

—Ya se me ocurrirá algo.

—Puede que ni consiguieras entrar. Si entraras, tendrías que matar a Petersen. Eso no quieres hacerlo, y yo no quiero que lo hagas. Voy a ir.

Quedó decidido, pues.

Salimos a las seis. Alice tenía una foto de la finca sacada de Google Earth e indicaciones sobre cómo llegar allí en el GPS. Tan avanzado el año, el tráfico era fluido. Le pregunté si quería parar en algún sitio de comida rápida en las afueras de Riverhead, y ella dejó escapar una risa tensa.

—Si comiera, lo vomitaría todo encima de mi bonito vestido nuevo.

Era el de escote barco, morado con florecitas blancas. Llevaba la parka nueva pero con la cremallera baja, a fin de enseñar el nacimiento del pecho. Ahí delante no había mucho más que ver, porque se había puesto una banda de compresión elástica de tamaño medio en lugar de sujetador. Tenía el bolso en el regazo. Dentro estaba la Sig. Yo llevaba mi bomber nueva. Tenía la Glock en uno de los bolsillos interiores; el aerosol, en el otro.

—Montauk Highway forma un anillo —dijo Alice. Yo ya lo sabía. Había estudiado el trazado en mi portátil esa tarde al no poder dormir la siesta, pero dejé que hablara. Estaba combatiendo el nerviosismo, intentando aplacarlo—. Tienes que pasar por delante del Museo del Faro y doblar la primera a la izquierda. Eos no está en la orilla del mar. Debí de cambiar eso por la vista, supongo. Dudo que a su edad haga esquí acuático o bodysurfing, en todo caso. ¿Tienes miedo?

—No. —Al menos no por mí.

—Ya tendré miedo yo por los dos, entonces. Si no te importa. —Alice consultó otra vez el mapa en su móvil—. Parece que el número 775 está más o menos a un par de kilómetros tierra adentro, justo después de la Montauk Farm Store. Eso le queda a mano. Para comprar verduras frescas y demás. Se te ve bien, Billy, irlandés como el que más, ¿y puedes parar en algún sitio? Me muero de ganas de mear.

Paré en un restaurante llamado BreezeWay Diner, más o menos a medio camino entre Riverhead y Montauk. Alice entró a toda prisa y yo me planteé marcharme sin ella. Todo lo

que Bucky había intentado disuadirme de hacer con ella —a ella— estaba haciéndolo. Pronto Alice sería cómplice del asesinato de un hombre rico y famoso, y eso solo si las cosas salían bien. Si no, podía acabar muerta. Pero me quedé. Porque necesitaba que ella participara, sí, pero también porque ella tenía derecho a decidir.

Salió sonriente.

—Esto ya está mucho mejor. —Y mientras yo me reincorporaba a la carretera, dijo—: Pensaba que igual me dejabas.

—Ni se me ha pasado por la cabeza —contesté.

A juzgar por la mirada que me lanzó, supo que mentía.

Se irguió en el asiento y se tiró del dobladillo del vestido hacia las rodillas. Tenía el aspecto de una alumna de instituto pudorosa y remilgada, de esas que, al parecer, ya no existen.

—Vamos allá.

Dejamos atrás el Museo del Faro y encontramos el desvío a la izquierda a menos de cien metros. Ya era de noche. En algún lugar a la derecha se oía el océano. Una luna en cuarto creciente titilaba entre los árboles. Alice se inclinó hacia mí, me retocó brevemente la peluca y volvió a recostarse en el asiento. No hablamos.

En Montauk Highway los números empezaban en el 600, por alguna razón que probablemente solo conocían unos urbanistas que se habían marchado ya hacía tiempo en busca de su recompensa final. Las casas, pese a verse bien conservadas, eran corrientes, cosa que me sorprendió. En su mayoría eran bungalows y construcciones de estilo Cape Cod que no habrían desentonado en Evergreen Street. Incluso había un parque de caravanas. Uno bonito, claro está, con farolas antiguas y caminos de grava, pero un parque de caravanas es un parque de caravanas.

Montauk Farm Store, en realidad poco más que un tenderete de frutas y verduras con pretensiones, estaba cerrado y a oscuras. Unas cuantas calabazas solitarias formaban una pirámide junto a la puerta y había algunas más en la parte de atrás de un camión de caja abierta con barandillas laterales en cuyo parabrisas se leía, a un lado, en venta y, al otro, funciona bien, escrito con jabón.

Alice señaló un buzón más allá de la tienda.

—Es ahí.

Reduje la marcha.

—Última oportunidad. ¿Estás segura? Si no, podemos dar media vuelta.

—Estoy segura. —Permanecía muy erguida en el asiento, con las rodillas juntas y las manos entrelazadas sobre la correa del bolso. La mirada al frente.

Torcí por un caminucho de mierda donde un cartel indicaba camino particular. Enseguida quedó claro que el caminucho era puro camuflaje para disuadir a turistas curiosos. Superada la primera cuesta, se convirtió en una carretera asfaltada con anchura suficiente para dos vehículos. Avancé despacio con ayuda de las largas, pensando que era mi segunda visita a la finca de un hombre malo. Confié en que esta fuese más rápida y eficiente.

Doblamos una curva. Más allá, una valla de lamas de madera de un metro ochenta o dos metros de altura impedía el paso. Había un intercomunicador en un poste de hormigón, iluminado por un plafón con rejilla metálica. Me detuve al lado, bajé la ventanilla y pulsé el botón.

—¿Hola?

Había pensado (Alice y Bucky coincidieron conmigo) que tratar de imitar un dejo irlandés podía tener consecuencias desastrosas. Y no había razón alguna para que Byrne tuviera acento, no si se había pasado toda la vida en Nueva York.

Entretanto el intercomunicador del poste no me contestaba.

—¿Hola? Soy Steve Byrne. El primo de Darren. ¿Eo? Traigo algo para el señor K.

Siguió el silencio, lo que me dio motivos —también a Alice, a juzgar por su expresión— para pensar que algo había salido mal y no íbamos a entrar. Al menos no de esa manera.

De pronto el intercomunicador crepitó y un hombre dijo:

—Salga del coche. —Voz monótona e inexpresiva. Podría haber sido la de un policía—. Los dos, usted y la joven. Verá una X en el suelo delante de la verja, justo en medio. Colóquense ahí y miren a la izquierda. Muy juntos.

Miré a Alice y ella me miró a mí con los ojos muy abiertos. Me encogí de hombros y asentí. Nos apeamos y nos acercamos a la verja. La X, quizá en otro tiempo azul pero para entonces gris de tan descolorida, se hallaba en un recuadro de hormigón. Nos apretujamos los dos encima y miramos a la izquierda.

—Arriba. Miren hacia arriba.

Alzamos la vista. Era una cámara, por supuesto.

Oí un leve murmullo de voces, y luego quienquiera que estuviese pulsando el botón del intercomunicador desde la casa —Petersen, supuse— lo soltó y se hizo el silencio. Sin viento, y ya demasiado avanzado el año para el canto de los grillos.

—¿Qué pasa? —preguntó Alice.

Yo no lo sabía, pero pensé que seguramente estaban escuchando, así que le dije que callara y esperara. Abrió mucho los ojos, pero enseguida comprendió y, con una vocecilla dócil, dijo:

—De acuerdo, señor.

El intercomunicador emitió un chasquido y la voz dijo:

—Veo un bulto en el lado izquierdo de su cazadora. ¿Va armado?

Aquella cámara era excelente. Si contestaba que no, con toda certeza la barrera permanecería cerrada, por más que Klerke deseara a la chica.

—Sí, llevo arma —dije—. Solo por protección.

—Sáquela y sosténgala en alto.

Saqué la Glock y la sostuve en alto ante la cámara.

—Déjela en la base del poste del intercomunicador. Aquí no necesita protección y nadie va a robársela. Puede recogerla cuando salga.

Obedecí. Como el aerosol era mucho más pequeño, ese lado de la cazadora no abultaba, y si lograba inmovilizar al hombre a quien pertenecía la voz del intercomunicador, Klerke no sería problema. O eso esperaba.

Empecé a retroceder hacia el recuadro de hormigón, pero la voz del intercomunicador me detuvo.

—No, señor Byrne. Quédese donde está, por favor. —Se produjo una pausa y luego la voz añadió—: De hecho, quiero que retroceda dos pasos. Por favor.

Di dos pasos atrás hacia el coche.

—Ahora uno más —dijo la voz, y comprendí. Me quería fuera del ángulo de visión de la cámara. Klerke deseaba evaluar la mercancía y decidir si de verdad le apetecía comprar, o si, por el contrario, nos despachaba. La cámara emitió un ligero zumbido. La observé y vi que asomaba el objetivo. Acercando la imagen.

Pensé que a continuación la voz pediría a Alice que enseñara a la cámara el contenido del bolso, y la Sig acabaría en la base del poste del intercomunicador junto a la Glock, pero no fue así.

—Levántese la falda, señorita.

Era la voz de Petersen, pero sería Klerke quien mirase. Unos ojos ávidos en unas cuencas arrugadas.

Con la vista fija en el suelo, no en la cámara, Alice se recogió la falda hasta los muslos. Los hematomas habían desaparecido hacía tiempo. Tenía las piernas tersas. Jóvenes. Detesté a esa voz. Los detesté a los dos.

—Más arriba, por favor.

Por un momento pensé que ella se negaría. Entonces se levantó la falda hasta la cintura, aún sin alzar la mirada. Su humillación era inequívoca, y a mí no me cupo duda de que Klerke estaba regodeándose.

—Ahora mire a la cámara.

Alice obedeció.

—Manténgase la falda en alto. El señor Klerke quiere que se lama los labios.

—No —dije—. Ya basta.

Alice se bajó la falda y me lanzó una mirada como preguntándome qué demonios estaba haciendo.

Volví a colocarme ante la cámara y alcé la vista.

—Ya han visto suficiente, ¿vale? Lo demás tendrá que ser dentro. Aquí fuera hace un frío de cojones. —Pensé en lanzar otro *Eo*, pero lo descarté—. Y quiero el dinero en mi mano antes de que ella cruce la puerta. En cuanto entre, el tiempo empieza a correr. ¿Entendido?

Siguió un silencio de unos treinta segundos, quizá. Yo volví a recelar.

—Vámonos —dije a la vez que la cogía del brazo—. A la mierda, nos abrimos.

Pero entonces la verja comenzó a deslizarse sobre unas pequeñas ruedas de goma. La voz del intercomunicador dijo:

—Hay un kilómetro y cuarto, señor Byrne. Tendré su dinero.

Alice montó en su lado y yo en el mío. Ella tiritaba.

Subí la ventanilla antes de decirle, en poco más que un susurro, que lamentaba lo ocurrido.

—Me da igual que me hayan visto las bragas. Lo que temía era que me obligaran a abrir el bolso y vieran el arma con esa maldita cámara.

—Eres una cría —dije. Miré por el retrovisor y vi que la verja se cerraba lentamente a nuestra espalda—. Dudo que la posibilidad de que vayas armada se les haya pasado siquiera por la cabeza.

—Luego he pensado que no nos dejarían entrar. He pensado que ese hombre diría: «Tú no tienes dieciséis años, lárgate de aquí y no nos hagas perder el tiempo».

Farolas antiguas flanqueaban la carretera. Al frente vi las luces de la casa que el viejo había llamado Eos, por la diosa de dedos rosados del amanecer.

—Será mejor que me des el arma —dije.

Alice negó con la cabeza.

—La quiero yo. Tú aún tienes el espray.

No había tiempo para discutir. La casa —la *mansión*— ya estaba a la vista. Era una amplia estructura de piedra en un jardín de una hectárea por lo menos. El parque de juegos de un rico, sin lugar a dudas, pero de una elegancia con la que no podían competir los sitios que le gustaban a Nick. Delante había una rotonda. Me detuve frente a una escalinata de piedra que ascendía hasta una entrada circular. Alice tendió la mano hacia el tirador de la puerta.

—No. Déjame que dé la vuelta alrededor del coche y te abra yo, como un auténtico caballero.

Rodeé el capó del Mitsubishi, abrí la puerta y la cogí de la mano. Estaba muy fría. Tenía los ojos muy abiertos y los labios apretados.

Mientras la ayudaba a bajarse, le musité al oído:

—Ponte detrás de mí y para a los pies de esa escalinata. Va a ser todo muy rápido.

—Tengo mucho miedo.

—No temas exteriorizarlo. Es probable que a él le guste.

Nos acercamos a la escalinata. Eran cuatro peldaños. Alice se detuvo en el primero. Se encendió la luz exterior y vi que su sombra se alargaba, con las manos aún aferradas al bolso. Sosteniéndolo ante sí como si pudiera protegerla de lo que iba a ocurrir en los siguientes trescientos segundos poco más o menos. La gran puerta se abrió y la luz interior proyectó un rectángulo a mi alrededor. El hombre que estaba allí de pie era alto y de complexión atlética. Con la luz a su espalda, no pude calcular su edad o distinguir su rostro siquiera, pero sí le vi la funda de un arma en la cadera. Una pistolera pequeña para un arma pequeña.

—¿Qué hace ella ahí abajo? —preguntó Petersen—. Dígale que suba.

—Primero el dinero —contesté. Y por encima del hombro—: No te muevas, chica.

Petersen se llevó la mano al bolsillo delantero —en el lado opuesto al de la pistolera, sin duda forrada de plástico para desenfundar deprisa y con facilidad en caso necesario— y sacó un fajo. Me lo entregó y dijo:

—No tiene acento irlandés.

Me reí y empecé a contar los billetes pasándolos con el pulgar. Eran todos de cien.

—Tío, después de cuarenta años en Queens, eso espero. ¿Dónde está el gran hombre?

—No es asunto suyo. Haga venir a la chica, aparque allí junto al garaje y quédese en el coche.

—Sí, ya, pero ahora me ha hecho perder la cuenta, joder.

Empecé otra vez. A mi espalda, Alice dijo:

—¿Billy? Me está entrando frío.

Petersen se tensó un poco.

—¿Billy? ¿Por qué le llama Billy?

Me reí.

—Tío, lo hace continuamente. Así se llama su novio. —Le dirigí una sonrisa—. Él no sabe que está aquí, ¿entiende?

Petersen calló. No pareció convencido. Acercó la mano lentamente a la pistolera de extracción rápida.

—Esto cuadra, tío, es la guita acordada —dije.

Me metí el dinero en el bolsillo de la bomber y saqué el aerosol. Quizá él lo vio o quizá no, pero en todo caso hizo ademán de sacar la pequeña pistola. Cerré el puño de la mano libre y lo descargué contra la suya, como un niño jugando a piedra, papel o tijera. Acto seguido, lo rocié. Una nube blanca de gotitas lo alcanzó en la cara. Era una dosis mínima, pero el resultado fue satisfactorio. Se tambaleó dos veces y se desplomó. La pistola cayó ante la puerta y escapó un disparo, con una detonación similar a la de un pequeño petardo. Eso no suele ocurrir, así que debía de haberla manipulado de algún modo. Sentí que la bala me pasaba cerca del tobillo y me volví para asegurarme de que no había alcanzado a Alice.

Ella subió corriendo los escalones, visiblemente consternada.

—Perdona, perdona, ha sido una estupidez, me he olvidado de quién...

Desde el interior de la casa, una voz cascada de fumador exclamó:

—¿Bill? ¡Bill!

Estuve a punto de contestar, pero de pronto recordé que el hombre tendido en el vestíbulo también era un Billy. Es un nombre bastante corriente.

—¿Qué ha sido eso? —Una tos blanda y húmeda, seguida de un carraspeo para aclararse la garganta—. ¿Dónde está la chica?

Se abrió una puerta hacia la mitad del pasillo. Klerke salió por ella. Vestía un pijama de seda azul. Llevaba el cabello blanco peinado hacia atrás en un tupé que me recordó a Frank. Empuñaba un bastón en una mano.

—Bill, ¿dónde está la chi...?

Se detuvo y nos miró con los ojos entornados. Bajó la vista y vio a su hombre caído en el suelo. Se volvió de inmediato y, renqueante, se dirigió hacia la puerta por la que había salido, encorvado sobre su bastón, agarrándolo con las dos manos, casi como si lo usara a modo de pértiga. Para su edad y su estado, caminaba más rápido de lo que me habría esperado. Corrí tras él, recordando que debía contener la respiración al cruzar el vestíbulo, y lo alcancé cuando intentaba cerrar la puerta. La empujé contra él y lo derribé. El bastón salió despedido.

Se incorporó y me miró. Nos hallábamos en una sala de estar. La alfombra sobre la que se había desplomado parecía cara. Quizá turca, quizá una Aubusson. En las paredes colgaban cuadros que parecían igual de caros. Los muebles eran de madera maciza, tapizados con terciopelo. Una cubitera de pie cromada contenía una botella de un champán sin duda caro sobre un lecho de hielo.

Arrastrándose sobre el trasero, se apartó de mí y buscó a tientas el bastón. Su cuidadoso peinado comenzaba a deshacerse y el cabello le caía a mechones alrededor de la cara, fofa y arrugada. El labio inferior, reluciente por la saliva, le sobresalía como en un mohín. Olí su colonia.

—¿Qué le ha hecho a Bill? ¿Lo ha matado? ¿Eso ha sido un disparo?

Cogió el bastón y, allí sentado con las piernas separadas, lo blandió hacia mí. El pantalón del pijama se le había bajado parcialmente, dejando a la vista una cadera carnosa y un vello púbico gris.

—¡Quiero que se marche de aquí! Pero, por cierto, ¿quién es usted?

—Soy el hombre que mató al hombre que mató a su hijo —dije.

Abrió los ojos como platos y me lanzó un bastonazo. Agarré el bastón, se lo arranqué de la mano y lo tiré a la otra punta de la sala.

—Usted encargó a alguien que provocara aquel incendio en Cody. Lo organizó para que la unidad móvil de su canal de televisión fuera la única ante el juzgado cuando se realizara el trabajo. ¿Verdad?

Me miró fijamente mientras su labio superior subía y bajaba. Parecía un perro viejo malhumorado.

—No sé de qué me habla.

—A mí me parece que sí lo sabe. Esa táctica de distracción no era por mí, empezó demasiado pronto. ¿Por qué, pues?

Klerke se puso de rodillas y avanzó a gatas hacia el sofá, enseñándome la raja del culo con mucha más claridad de la que me habría gustado. Se tiró en vano de la cinturilla del pantalón. Casi sentí lástima por él. Solo que no llegué a sentirla. «El señor Klerke quiere verte las bragas. El señor Klerke quiere que te lamas los labios.»

—¿Por qué? —repetí, como si no lo supiera—. Tiene que contestarme.

Se agarró al brazo del sofá y tiró de él para levantarse. Respiraba con dificultad. Le vi el botón de color carne de un audífono en una oreja. Se sentó con un ruido sordo y una exclamación ahogada.

—Está bien. Allen intentó chantajearme y yo quería verlo morir.

No lo dudo, pensé. Y seguro que lo vio una y otra vez, tanto a velocidad normal como a cámara lenta.

—Usted es Summers. Majarian me aseguró que había muerto. —Acto seguido, con una indignación absurda y aterradora, añadió—: ¡Pagué una millonada! ¡Me ha robado!

—Debería haber pedido usted una fotografía. ¿Por qué no lo hizo?

No contestó, ni yo necesitaba respuesta. Había sido emperador durante tanto tiempo que no concebía la posibilidad de que lo desobedeciesen. «Graba la ejecución. Mata al verdugo. Levántate la falda y enséñame las bragas. Esta vez quiero una muy muy joven.»

—Le debo dinero. ¿Por eso ha venido?

—Dígame otra cosa. Dígame qué sintió al contratar a un asesino para que liquidara a alguien que era carne de su carne.

Volvió a levantar el labio, dejando a la vista unos dientes demasiado perfectos para el rostro que los enmarcaba.

—Se lo merecía. No iba a parar. Era un... —Klerke se interrumpió y miró por detrás de mí con los ojos entornados—. ¿Quién es esa? ¿Es la chica por la que he pagado?

Alice entró en la sala y se situó a mi lado. Sostenía el bolso en la mano izquierda. Empuñaba la Sig con la derecha.

—Quería saber cómo era, ¿no?

—¿Qué? No sé de...

—Violar a una niña. Quería saber cómo era.

—¡Estás loca! No tengo la menor idea...

—Probablemente le dolió. Como esto. —Alice disparó contra él. Creo que apuntaba a los huevos, pero le hirió en el estómago.

Klerke lanzó un grito. Un grito muy sonoro. Eso ahuyentó a la arpía que se había adueñado de Alice y había apretado el gatillo. Dejó caer el bolso y se llevó la mano a la

boca.

—*¡Me duele!* —exclamó Klerke. Se sujetaba el estómago. La sangre le manaba entre los dedos y corría por el regazo de su pijama de seda—. *¡Dios mío, me DUEEELE!*

Alice se volvió hacia mí con los ojos desorbitados y llorosos, la boca abierta. Susurró algo que no alcancé a oír porque la detonación de la Sig Sauer había sido mucho más estruendosa que la de la pequeña pistola de Petersen. Tal vez dijera: «No lo sabía».

—*¡Necesito un médico, DUEEELE!*

Para entonces sangraba a borbotones. Él mismo aceleraba la hemorragia con los gritos. Cogí el arma de la mano flácida de Alice, apoyé el cañón en la sien izquierda de Klerke y apreté el gatillo. Se desplomó contra el respaldo del sofá, estiró la pierna una vez y cayó al suelo. Sus días de violar a niñas, asesinar a hijos y sabe Dios qué más habían terminado.

—No he sido yo —dijo Alice—. Billy, no he sido yo quien ha apretado el gatillo, te lo juro.

Pero sí había sido ella. Algo en su interior había despertado, un ser desconocido, y tendría que convivir con su presencia, porque también era ella. Lo vería la próxima vez que se mirara en el espejo.

—Vamos. —Me deslicé la Sig bajo el cinturón y le colgué del hombro la correa del bolso—. Tenemos que irnos.

—Yo solo... ha sido como si estuviera fuera de mí, y...

—Ya lo sé. Tenemos que irnos, Alice.

—Ha sonado muy *fuerte*. ¿No ha sonado muy fuerte?

—Sí, muy fuerte. Vámonos.

La guie por el pasillo, y solo entonces me fijé en que se sucedían tapices de caballeros y bellas damas y, por alguna absurda razón, molinos de viento.

—¿Él también ha muerto? —Miraba a Petersen.

Me arrodillé junto a él, pero no necesité tomarle el pulso. Oí su respiración acompasada.

—Está vivo.

—¿Avisará a la policía?

—Llegado el momento, sí, pero aún tardará lo suyo en recobrar el conocimiento, y después pasará un buen rato hecho una mierda.

—Klerke lo merecía —dijo Alice mientras bajábamos los escalones de la entrada. Se tambaleó, tal vez porque había inhalado un poco de gas, tal vez porque estaba en shock, tal vez por ambas cosas. Le rodeé la cintura con un brazo. Ella alzó la vista y me miró—. ¿No?

—Creo que sí, pero la verdad es que ya no lo sé. Lo que sé es que los hombres como él están por encima de la justicia en la mayoría de los casos. Excepto la clase de justicia que le hemos administrado nosotros. Por la niña de México. Y por el asesinato de su propio hijo.

—Pero era un hombre malo.

—Sí —dije—. Muy malo.

Montamos en el coche y circundamos la rotonda. Me pregunté si el monitor desde el que los dos hombres habían estado observando también nos habría grabado. Si era así, las imágenes solo mostrarían a un hombre de cabello negro y a una chica joven que se había levantado la falda pero había alzado la cabeza solo dos veces, y brevemente. Cuando se deshiciera del pelo rubio, sería casi imposible identificarla. Me preocupaba más la verja. Si requería un código para abrirla, teníamos un problema. Pero cuando nos acercamos, el coche traspasó un rayo invisible y la verja se abrió lentamente. Paré después de cruzarla, dejé el coche en punto muerto y abrí la puerta.

—¿Por qué paras?

—Mi arma. Me ha obligado a dejarla al pie de ese poste. Tiene mis huellas.

—Dios mío, es verdad. Qué tonta.

—Tonta no, aturdida. Y en estado de shock. Se te pasará.

Alice se volvió hacia mí, aparentando entonces más años de los que tenía.

—¿De verdad? ¿Me lo prometes?

—Se te pasará, y sí, te lo prometo.

Salí del coche y lo rodeé por delante. Me hallaba aún bajo el resplandor de los faros, como un actor en un escenario, cuando la mujer salió de entre los árboles a tres metros de la verja. Vestía un pantalón y una cazadora de camuflaje en lugar de un vestido azul, sostenía en la mano una pistola en lugar de un desplantador, no tenía por qué estar en ese lado de los Estados Unidos continentales ni en ningún sitio salvo junto al lecho de su hijo con lesiones cerebrales, pero supe quién era. No lo dudé ni un segundo. Levanté la Sig, aunque ella fue más rápida.

—Puto capullo —dijo Marge, y disparó.

Yo disparé un segundo después, y ella echó atrás la cabeza con una sacudida. Cayó de espaldas, y sus zapatillas quedaron asomando en la carretera.

Alice gritaba y corría hacia mí.

—¿Estás herido? Billy, ¿estás herido?

—No. Ha fallado. —Entonces sentí el dolor en el costado. Así que no había fallado del todo.

—¿Quién era esa?

—Una mujer enfadada llamada Marge.

Se me antojó gracioso, porque sonaba como el título de una de esas películas que la gente culta va a ver a los cines de arte y ensayo. Me reí, y el costado me dolió aún más.

—¿Billy?

—Debió de adivinar adónde vendría. O quizá Nick le habló de Klerke, pero no lo creo. Me parece que simplemente sabía aguzar el oído mientras servía la comida y la cena.

—¿La mujer que hacía de jardinera cuando te acercaste a la entrada de servicio?

—Sí. Esa.

—¿Está muerta? —Alice se había llevado las manos a la boca—. Si no lo está, por favor, no la mates como has... como has...

—No voy a matarla si todavía está viva.

Pude asegurárselo porque sabía que no lo estaba. Era obvio por la forma en que había echado atrás la cabeza con una sacudida. Me arrodillé a su lado, aunque apenas un instante.

—Ha muerto. —Hice una mueca de dolor al levantarme. No pude evitarlo.

—¡Has dicho que no te había dado!

—Eso me ha parecido con la tensión del momento. Pero es una herida superficial.

—¡Quiero verla!

Yo también quería, pero no allí.

—Antes tenemos que marcharnos de aquí. Cinco disparos son cuatro de más. Ve a recoger mi Glock de donde la he dejado.

Mientras Alice se ocupaba de eso, cogí el arma que Marge había utilizado —una Smith & Wesson ACP— y la sustituí por la Sig Sauer, que antes limpié con la camisa; luego cerré los dedos muertos de Marge alrededor. Limpié el aerosol, grabé las huellas de Marge en él y se lo metí en un bolsillo de la cazadora. Cuando me erguí por segunda vez, el dolor en el costado era un poco más intenso. No atroz, pero notaba brotar la sangre que me manchaba la camisa de chulo de altos vuelos. Usada una sola vez y ya estropeada, pensé. Qué lástima. Quizá debería haberme quedado con la verde.

—Esto ya está —dije—. Larguémonos de aquí.

Regresamos a Riverhead, parando en el camino a comprar tiritas, un rollo de gasa, esparadrapo, agua oxigenada y Betadine en pomada. Alice entró en el Walgreens mientras yo esperaba en el coche. Para cuando llegamos al hotel, sentía un entumecimiento considerable en la cintura y el brazo izquierdo. Alice abrió la puerta lateral con su llave. En mi habitación, tuvo que ayudarme a quitarme la bomber. Examinó el orificio en la tela y luego el lado izquierdo de mi camisa.

—Dios mío.

Le dije que probablemente no era tan grave como parecía. La mayor parte de la sangre se había secado.

Me ayudó con la camisa e invocó a Dios de nuevo, pero esta vez con la voz algo apagada, porque se había tapado la boca con la mano.

—No es solo un *rasguño*.

Cierto. La bala me había abierto una brecha justo por encima del hueso de la cadera, separando la piel y la carne. La herida tendría algo más de un centímetro de profundidad. Manaba sangre nueva.

—Al cuarto de baño —dijo—. Si no quieres dejarlo todo manchado de sangre...

—Ya casi no sangra.

—¡Chorradas! Cada vez que te mueves empieza otra vez. Tienes que desnudarte y quedarte de pie en la bañera mientras te vendo la herida. Cosa que no he hecho en la vida, por si te interesa saberlo. Aunque mi hermana me vendó a mí una vez después de que estrellara la bici contra el buzón de los Simeckis.

Entramos en el cuarto de baño y me senté en la tapa del váter mientras ella me quitaba los zapatos y los calcetines. Al levantarme, la sangre manó otra vez, y ella me desabrochó el cinturón del pantalón. Quería quitármelo yo mismo, pero no me dejó. Me obligó a sentarme de nuevo en el váter y, arrodillándose, me lo quitó tirando de las perneras.

—Los calzoncillos también. El lado izquierdo está empapado.

—Alice...

—No discutas. Tú me has visto desnuda a mí, ¿no? Plantéatelo como una manera de equilibrar la balanza. Métete en la bañera.

Me levanté, dejé caer los calzoncillos y me metí en la bañera. Alice me sujetó por el codo para que no me cayera. La sangre me resbalaba por la pierna izquierda hasta la rodilla. Tendí la mano hacia la ducha y ella me la apartó.

—Quizá mañana. O pasado. Esta noche no.

Abrió el grifo de la bañera. Humedeció una toalla de tocador y me limpió con ella, evitando la herida. Sangre y pequeños coágulos se fueron por el desagüe.

—Dios santo, te ha hecho un buen tajo. Como una cuchillada.

—En Irak vi cosas peores —dijo—, y al día siguiente los hombres estaban de nuevo despejando manzanas.

—¿Eso es verdad?

—Bueno... al cabo de dos días. Quizá tres.

Escurió la toalla y la tiró a la papelera forrada de plástico. Luego me entregó otra para que me enjugara el sudor de la cara. La cogió y la tiró junto con la primera.

—Esas se vienen con nosotros.

Me secó con delicadeza usando una toalla de manos, que tiró también a la papelera, y me ayudó a salir de la bañera. Me costó más salir de lo que me había costado entrar.

Alice me acompañó a la cama, donde me senté con sumo cuidado intentando permanecer erguido de cintura para arriba. Me ayudó a ponerme mis últimos calzoncillos limpios; luego desinfectó la herida, lo que me dolió más que recibir el balazo. Las tiritas no servían de nada. La herida era demasiado larga y los bordes se habían separado, con lo que se había creado una especie de surco con forma de cuña en mi costado. Para cubrirla,

usó, pues, la gasa y el esparadrapo. Al acabar, se sentó en cuclillas. Tenía los dedos manchados de mi sangre.

—Esta noche procura quedarte quieto —dijo—. Túmbate boca arriba. No te des la vuelta o se te abrirá y mancharás las sábanas de sangre. Quizá deberías acostarte encima de una toalla.

—Puede que sea buena idea.

Fue a buscar una, esta vez de baño. También cogió la bolsa de plástico con las otras toallas.

—Llevo Tylenol en el bolso. Te daré dos y dejaré otros dos para más tarde, ¿vale?

—Sí. Gracias.

Me miró a la cara.

—No hay de qué. Haría cualquier cosa por ti, Billy.

Deseé pedirle que no dijera eso, pero me callé. Dije:

—Tenemos que marcharnos de aquí mañana. Temprano. Nos queda un largo viaje de vuelta hasta Sidewinder, y...

—Más de tres mil kilómetros —dijo Alice—. Lo he mirado en internet.

—... y no sé cuánto tiempo voy a poder conducir.

—Lo ideal es que no conduzcas, al menos al principio. A no ser que quieras que se te abra otra vez la herida. Necesitas unos puntos, pero con eso no me atrevo.

—No espero que lo hagas. Puedo vivir con alguna cicatriz. Cuatro o cinco centímetros más adentro, y habría tenido un verdadero problema. Marge. Por Dios. La puta Marge. No retires la colcha, Alice, dormiré encima. —Si podía dormir, claro. El escozor del agua oxigenada había pasado, y el dolor no era tan intenso, pero sí constante—. Solo extiende la toalla.

Alice la extendió y después se sentó donde poco antes estaba yo sentado.

—Quizá debería quedarme. Dormir al otro lado.

Negué con la cabeza.

—No. Tráeme el Tylenol y vete a dormir a tu habitación. Necesitas dormir si vas a conducir tú. —Consulté mi reloj y vi que eran las once y cuarto—. Me gustaría estar fuera de aquí a las ocho, como muy tarde.

Salimos a las siete. Alice condujo hasta el área metropolitana de Nueva York y allí, con alivio manifiesto, me cedió el volante. Cruzamos New Jersey y entramos en Pennsylvania. En el área de servicio de bienvenida situada nada más cruzar la línea divisoria del estado, cambiamos de asiento de nuevo. Volvía a sangrarme la herida, y antes de que parásemos a pasar la noche —en otro motel que no pertenecía a una cadena— tendríamos que

conseguir más gasas. Me recuperaría, pero ya serían dos mis cicatrices de guerra: esa y el medio pulgar del pie perdido. Y esta vez no me concederían el Corazón Púrpura.

Esa noche nos alojamos en los «bungalows de carretera Jim and Melissa, con un diez por ciento de descuento por pagar en efectivo». Al día siguiente me encontraba mejor, con el costado menos rígido y dolorido, y pude conducir parte del camino. Paramos en las afueras de Davenport, en un motel destartado llamado Bide-A-Wee.

Yo me había pasado la mayor parte del día pensando y decidiendo cuál era el paso siguiente. Tenía dinero repartido en tres cuentas, y a una solo podía acceder yo con mi identidad de Dalton Smith, que (gracias a Dios) seguía limpia. Al menos que yo supiera. Habría más en la cuenta de Woodley si Nick cumplía, y creía que cumpliría. Al fin y al cabo, se había resuelto su problema con Roger Klerke, y con un gran beneficio económico para él.

Antes de que Alice entrara en su habitación, la abracé y le besé las dos mejillas.

Me miró con esos ojos azul oscuro que yo había empezado a amar, tal como amaba los ojos de color castaño oscuro de Shan Ackerman.

—¿Y eso a qué ha venido?

—Me apetecía, sin más.

—Vale. —Se puso de puntillas y me besó en los labios, firme y prolongadamente—. Y a mí me apetecía esto.

No sé cuál fue mi expresión, pero le arrancó una sonrisa.

—No vas a dormir conmigo, eso lo entiendo, pero *tú* tienes que comprender que no soy tu hija, y mis sentimientos por ti no son ni mucho menos filiales.

Empezó a alejarse. No iba a volver a verla, pero necesitaba una cosa más de ella.

—Eh, ¿Alice? —Cuando se volvió, pregunté—: ¿Cómo lo llevas? ¿Lo de Klerke?

Alice se paró a pensarlo al tiempo que se deslizaba una mano por el cabello. Lo tenía negro otra vez.

—Estoy en ello —contestó—. Intentándolo.

Decidí que con eso bastaba.

Esa noche puse la alarma del teléfono a la una, cuando ya ella llevaría rato dormida. Al levantarme, me examiné la venda. No sangraba y apenas me dolía. El dolor había dado paso al intenso picor seco propio de la cicatrización. En el Bide-A-Wee no había material de papelería, naturalmente, pero yo llevaba en la maleta un cuaderno Staples de la Torre Gerard. Arranqué un par de hojas y escribí mi carta de despedida.

Querida Alice:

Para cuando leas esto, me habré ido. Una de las razones por las que quería hacer noche aquí es la parada de camiones, Happy Jack's, que hay a poco menos de un

kilómetro carretera adelante. Seguro que allí encuentro algún tráiler independiente que acceda a llevarme por cien dólares. Tiene que ser al oeste o al norte, me viene bien tanto lo uno como lo otro, pero no al sur ni al este. He estado allí y he hecho eso.

No te estoy abandonando. Créeme.

Te rescaté cuando aquellos tres hombres malos y estúpidos te dejaron tirada a un lado de Pearson Street, ¿no? Ahora te rescato otra vez. O al menos lo intento. Bucky me dijo algo que no he olvidado. Me advirtió de que me seguirías mientras yo te lo permitiera y de que, si te lo permito, te echaría a perder. Después de lo que hemos hecho en la finca de Klerke en Montauk Point, sé que tenía razón en cuanto a lo de seguirme. *Creo* que también tenía razón en lo de echarte a perder, pero me parece que aún no ha ocurrido. Al preguntarte cómo llevabas lo de Klerke, *tú* me has dicho que lo estabas intentando. Sé que es así, y estoy seguro de que con el tiempo conseguirás dejarlo atrás. Pero espero que no sea demasiado pronto. Klerke gritó, ¿verdad? Gritó que le dolía, y espero que esos gritos te persigan hasta mucho después de que hayas superado mi marcha. Puede que ese hombre mereciera el dolor después de lo que hizo a la niña de México. Y a su propio hijo. Y a las otras chicas, también a ellas. Pero el hecho de infligir dolor a alguien, no un poco de dolor, como el de mi herida a medio curar en el costado, sino un disparo mortal, deja una cicatriz. No en el cuerpo, sino en la mente y el espíritu. Así debe ser, porque no es un asunto menor.

Tengo que dejarte porque también yo soy un hombre malo. Es una idea que hasta ahora he apartado de mi corazón, casi siempre con la ayuda de los libros, pero no puedo apartarla más tiempo y no me arriesgaré a contaminarte más de lo que ya te he contaminado.

Ve con Bucky, pero no te quedes con Bucky. Cuidará de ti y te tratará bien, pero también él es un hombre malo. Te ayudará a empezar una vida nueva como Elizabeth Anderson, si es eso lo que quieres. Hay dinero en la cuenta de un hombre llamado Edward Woodley, y si Nick cumple, habrá más. También hay dinero en el Bank of Bimini, a nombre de James Lincoln. Bucky tiene las dos contraseñas y toda la información de las cuentas. Él te informará de cómo transferir el dinero a tu propia cuenta y te pondrá en contacto con un asesor fiscal. Esa parte es muy importante, porque el dinero que no puede justificarse es una trampa que puede abrirse bajo tus pies cuando menos te lo esperas. Parte del dinero es para Bucky. El resto es para ti, para tus estudios y para iniciarte en la vida como una buena persona y una mujer independiente. Que es lo que eres, Alice, y lo que serás.

Quédate en las montañas si quieres. Boulder está bien. También Greeley y Fort Collins y Estes Park. Disfruta de la vida. En algún punto, quizá cuando rondes los cuarenta y yo los sesenta, puede que recibas una llamada mía. Podemos salir a tomar una copa. ¡Que sean dos! Puedes brindar por Daphne, yo brindaré por Walter.

He acabado queriéndote, Alice. Mucho. Si tú también me quieres a mí, como has dicho, aporta ese amor al mundo como algo real llevando una vida excelente y provechosa.

Tuyo,

BILLY

P. D.: Me llevo el portátil —es un viejo amigo— pero te dejo el lápiz USB con mi relato. Está en mi habitación, junto con las llaves del todoterreno. El relato termina cuando partimos hacia Montauk Point, pero quizá podrías acabarlo tú. ¡Sin duda a estas alturas debes de estar muy familiarizada con mi estilo! Haz con él lo que quieras, pero deja fuera el nombre de Dalton Smith. Y el tuyo.

Doblé la nota en torno a la llave de mi habitación, escribí su nombre en mayúsculas y la pasé por debajo de su puerta. Adiós, Alice.

Me colgué el portátil al hombro, cogí la bolsa de viaje con la mano derecha y salí por la puerta lateral. A menos de un kilómetro por la carretera, me detuve para descansar y para hacer otra cosa. Abrí la bolsa y saqué las dos armas: mi Glock y la ACP con la que me había disparado Marge. Las descargué y las arrojé tan lejos como pude. Las balas las tiraría a una de las papeleras de la parada de camiones.

Resuelto eso, seguí caminando hacia las luces, los grandes camiones y el resto de mi vida. Tal vez incluso hacia una especie de expiación, si no es mucho pedir. Probablemente lo sea.

Es 21 de noviembre de 2019, a una semana de Acción de Gracias, pero los ocupantes de la casa situada al final de Edgewood Mountain Drive no están de humor para Acción de Gracias. Fuera el día es frío —más frío que la hebilla del cinturón de un pocero, dice Bucky— y va a nevar. Ha encendido fuego en la estufa de la cocina y está sentado en una de las mecedoras que ha entrado del porche, con los pies enfundados en unos calcetines y apoyados en el parachispas. Mantiene en equilibrio sobre los muslos un ordenador portátil abierto, bastante rayado y maltrecho. Se abre una puerta a su espalda y se acercan unos pasos. Alice entra en la cocina y se sienta a la mesa. Está pálida y ha perdido al menos cinco kilos desde la primera vez que Bucky la vio. Tiene las mejillas hundidas, lo que le confiere el aspecto de una modelo famélica.

—¿Has terminado o aún estás leyendo?

—He terminado. Solo releía el final. Esa parte no tiene mucho sentido.

Alice no dice nada.

—Porque, si te dejó el lápiz USB, la parte en que se va a pie por la carretera y tira las armas no podría estar ahí.

Alice no dice nada. Desde que llegó con Billy a casa de Bucky, apenas ha hablado, y Bucky no la ha presionado. Lo que ha hecho Alice, sobre

todo, es dormir y escribir en el ordenador que ahora Bucky cierra y sostiene en alto.

—Un MacBook Pro. Un buen aparato, pero este ha rondado lo suyo.

—Sí —dice Alice—. Supongo que sí.

—Así que en la historia Billy se llevó el portátil, pero aquí lo tenemos. Si a eso añadimos la parte que por lógica no puede estar en el lápiz USB, pasa a ser una especie de historia de ciencia ficción.

La joven, sentada a la mesa de la cocina, no dice nada.

—En cualquier caso, se sostiene. No hay ningún motivo para que la gente que la lea no crea que se marchó sin más y ahora está viviendo en algún lugar del oeste. Quizá escribiendo un libro. Otro. Siempre andaba hablando de eso, aunque nunca se me ocurrió que fuese a hacerlo de verdad.

La mira. Alice le devuelve la mirada. Fuera sopla un viento frío y parece que va a nevar, pero en la cocina se está caliente. En la estufa estalla un nudo de la leña.

Por fin Bucky dice:

—¿Lo *leerá* la gente, Alice?

—No lo sé... Tendría que cambiar los nombres...

Bucky menea la cabeza.

—El asesinato de Klerke salió en las noticias de todo el mundo. Aun así... —Percibe la decepción de ella y se encoge de hombros—. Quizá piensen que es un *roman à clef*. Eso es francés. Lo aprendí de él. Lo dijo cuando me vio leyendo un libro de bolsillo viejo que compré en el Strand. *El valle de las muñecas*, se titulaba. —Vuelve a encogerse de hombros—. Siempre y cuando a mí me dejes fuera, me da igual. Llámame Trevor Wheatley o algo así, y sitúame en Saskatchewan o Manitoba. En cuanto a Nick Majarian, ese cabrón puede cuidarse solo.

—¿Es una buena historia? ¿Tú qué crees?

Bucky deja el portátil —el viejo ordenador de confianza de Billy— en la mesa de la cocina.

—Creo que sí, pero yo no soy crítico literario.

—¿Parece de él?

Bucky se echa a reír.

—Cariño, nunca he leído nada escrito por él, así que no puedo decirlo con seguridad, pero desde luego parece su voz. Y la voz es la misma de principio a fin. Digámoslo así: no distingo el punto donde tú retomaste la narración.

Las sonrisas han escaseado desde que Alice regresó, pero ahora le dedica una.

—Eso está bien. Creo que es lo más importante.

—¿También te has inventado eso de que soy un hombre malo?

Ella baja la vista.

—No. Lo dijo él.

—Has escrito lo que desearías que hubiera ocurrido —dice Bucky—. El héroe de la historia se aleja hacia el futuro cargado con su bolsa de viaje. Ahora cuéntame qué pasó de verdad.

Ella se lo cuenta.

Vuelven en coche a Riverhead, parando a medio camino para comprar tiritas, un rollo de gasa, esparadrapo, agua oxigenada y Betadine en pomada. Alice entra en el Walgreens mientras Billy espera en el coche. Al hotel acceden por la puerta lateral. Cuando están en la habitación de él, Alice lo ayuda a quitarse la bomber. Tiene un agujero, igual que la camisa.

No un desgarrón sino un agujero, y no en el costado, como le ha dicho él. Más adentro.

—Ay, Dios mío —dice Alice, con la voz apagada porque se ha tapado la boca con la mano—. Eso no es un *rasguño*; es en el *estómago*.

—Supongo que sí. ¿O quizá un poco más abajo? —Parece desconcertado.

—Al cuarto de baño —dice Alice—. Si no quieres dejarlo todo manchado de sangre.

Pero cuando él está dentro y ella lo ayuda a quitarse la camisa, ve que el orificio negro rojizo apenas sangra. Puede taponarlo con una tirita después de aplicar agua oxigenada y un poco de Betadine.

Tiene que ayudarlo a volver a la cama. Billy camina despacio e inclinado hacia la derecha. Una pátina de sudor le cubre el rostro.

—Marge —dice—. La puta Marge.

Se sienta, pero ahoga una exclamación al doblar el cuerpo. Alice le pregunta si le duele mucho.

—No demasiado.

—¿Mientes?

—No —contesta él—. Bueno, un poco.

Ella le toca el abdomen a la derecha del orificio, y él ahoga otra exclamación.

—Eso no.

—Tenemos que llevarte a un hos... —Alice se interrumpe—. No podemos, ¿verdad? Es una herida de bala, y tienen que informar a la policía.

—Por mi culpa, ya piensas como una forajida —dice Billy, y sonrío—. De verdad.

Alice niega con la cabeza.

—Es solo que veo demasiada tele.

—Me pondré bien. En Irak vi cosas peores, y al día siguiente los hombres estaban de nuevo despejando manzanas.

Alice niega con la cabeza.

—Es una hemorragia interna. ¿No es así? Y la bala sigue dentro.

Billy no contesta. Mira la tirita. Queda absurda. Como algo que uno pondría sobre un araño.

—Esta noche procura no moverte. Tumbate de espaldas. ¿Quieres Tylenol? Llevo un poco en el bolso.

—Si es lo que tienes, tomaré Tylenol.

Alice le da dos pastillas y lo ayuda a incorporarse para que pueda tomarlas con agua. Billy tose, ahuecando la mano en torno a la boca. Ella le coge la mano y se la mira. No ve sangre en la palma. Quizá sea bueno. Quizá no. No lo sabe.

—Gracias.

—No hay de qué. Haría cualquier cosa por ti, Billy.

Él aprieta los labios.

—Tenemos que salir de aquí por la mañana. Temprano.

—Billy, no podemos...

—Lo que no podemos hacer es quedarnos.

—Llamaré a Bucky. Él tiene contactos. Puede que alguno sea un médico de Nueva York capaz de tratar una herida de bala.

Billy niega con la cabeza.

—Eso podría pasar en una serie de televisión. No en la vida real. Bucky no se ocupa de esas cosas. Pero si conseguimos llegar a Sidewinder, la tierra de las armas, podrá buscar a alguien.

—¡Está a más de tres mil kilómetros de aquí! ¡Lo he mirado en Google!
Billy asiente.

—Tendrás que conducir parte del tiempo, quizá incluso casi siempre, y es necesario que lleguemos lo antes posible. Si hay temporal, que Dios nos proteja.

—¡Más de tres mil kilómetros! —Alice siente una especie de peso sobre los hombros.

—Pues métele caña.

—Por mucha caña...

—No hagas caso, es broma. Es solo que me ha venido a la cabeza el título de una obra de teatro: *Métele caña*. —Con una mueca de dolor, se lleva la mano al bolsillo posterior, saca el billetero y se lo entrega—. Busca la tarjeta. Hay un cajero en el entresuelo. Mi clave es 1055. ¿Te acordarás?

—Sí.

—El cajero te dejará sacar cuatrocientos dólares. Mañana por la mañana, antes de irnos, puedes sacar otros cuatrocientos.

—¿Por qué tanto?

—Eso ahora da igual. En cualquier caso, es posible que lo que estoy pensando no funcione, pero seamos optimistas. Busca la tarjeta.

Alice recorre el contenido de la cartera con el pulgar y la encuentra. El nombre que lleva impreso es Dalton Curtis Smith. La sostiene en alto con las cejas enarcadas.

—Ve, chica.

La chica va. En el entresuelo no hay nadie. Se oye el tenue sonido del hilo musical. Alice introduce la tarjeta y pulsa la clave. En parte espera que la máquina se la trague, quizá incluso que se active una alarma, pero vuelve a salir y sale también el dinero. Todo en billetes de veinte, nuevos y sin arrugar. Los dobla y guarda el fajo en el bolso. Cuando regresa a la habitación de Billy, él está tendido.

—¿Qué tal? —pregunta Alice.

—No muy mal. He podido ir al baño a mear. Sin sangre. Quizá sea bueno que la bala siga ahí dentro. A lo mejor detiene la hemorragia.

A Alice le parece improbable, como cuando su abuela dice que para aliviar el dolor de oído hay que soplar dentro un poco de humo de tabaco, pero se lo calla. Rebusca en el bolso y saca el frasco de Tylenol.

—¿Y si te tomas otro de estos?

—Sí, por Dios.

Alice va a buscarle un vaso de agua al baño, y cuando regresa, Billy está sentado y se aprieta el costado con la mano. Se toma la pastilla y, con una mueca, se vuelve a tumbar.

—Voy a quedarme contigo. Ni se te ocurra discutírmelo.

Billy no rechista.

—Me gustaría estar fuera de aquí a las seis. A las siete como mucho. Así que duerme un poco.

3

—¿Y eso hiciste? —pregunta Bucky—. ¿Dormir?

—Un poco. No mucho. Dudo que él pegara ojo. Yo no sabía lo grave que estaba, hasta dónde había penetrado la bala.

—Supongo que le perforó los intestinos. Quizá el estómago.

—¿Podrías haberle encontrado un médico? ¿Si te hubiera llamado?

Bucky se detiene a pensarlo.

—No, pero podría haberme puesto en contacto con alguien que quizá habría conseguido ponerse en contacto con alguien sin aviso previo. Alguien con conocimientos médicos.

—¿Eso Billy lo sabía?

Bucky se encoge de hombros.

—Sabe que tengo muchos contactos en distintos ámbitos.

—Entonces ¿por qué no me dejó al menos intentarlo?

—Tal vez no quería —dice Bucky—. Tal vez, Alice, solo quería traerte aquí y dar el asunto por acabado.

4

Salen del hotel a las seis y media. Billy consigue ir a pie hasta el coche sin ayuda. Dice que, tras tomarse un par más de comprimidos de Tylenol de Alice, el dolor es bastante tolerable. Ella quiere creerlo y no puede. Billy cojea y se aprieta el costado izquierdo con la mano. Sube al asiento del acompañante con la lentitud y el cuidado, casi la fragilidad, de un anciano con artritis en la cadera. Alice arranca el motor y pone la calefacción para combatir el frío de la mañana. Luego entra otra vez apresuradamente para sacar otros cuatrocientos dólares del cajero. Coge un carrito para el equipaje y lo arrastra hasta el coche.

—En marcha —dice Billy al tiempo que intenta abrocharse el cinturón de seguridad—. Mierda, no puedo.

Alice se lo abrocha, y a continuación se ponen en marcha.

Deben ir por la Federal 27 hasta la autovía de Long Island y por esta hasta la I-95. En la autovía, el tráfico es cada vez más denso, y Alice conduce muy erguida en el asiento, aferrada al volante con las manos en la posición de las dos menos diez, nerviosa por el río de coches que pasan por su izquierda y su derecha. Tiene el carnet desde hace poco más de tres años y nunca ha conducido en medio de semejante tráfico. En su imaginación ve cinco o seis accidentes a punto de ocurrir a causa de su inexperiencia. En el

peor, los dos mueren al instante en un choque en cadena de cuatro vehículos. En el segundo peor, sobreviven, pero los policías, al acudir al lugar de los hechos, descubren que su acompañante tiene una bala en las tripas.

—Desvíate por la siguiente salida —indica Billy—. Cambiaremos de asiento. Yo conduciré en el área metropolitana y luego en New Jersey. En cuanto estemos en Pennsylvania, puedes coger el volante otra vez. Allí no tendrás problemas.

—¿Estás en condiciones?

—Totalmente. —Se dibuja en sus labios esa sonrisa forzada que a ella no le gusta. Billy vuelve a tener el rostro húmedo, con el sudor corriéndole en hilillos y las mejillas enrojecidas. ¿Puede ser ya efecto de la fiebre debido a una infección? Alice no lo sabe, pero sí sabe que no lo curará el Tylenol—. Con un poco de suerte, puede que incluso consiga hacerlo con relativa comodidad.

Alice cambia de carril para tomar la salida. Alguien toca la bocina, y se sobresalta. El corazón le da un vuelco. El tráfico es *demencial*.

—Ha sido culpa suya —dice Billy—. El muy hijo de puta no respeta la distancia de seguridad. Seguro que es hincha de los Yankees. Allí... ¿ves ese letrero? Eso es lo que buscamos.

El letrero muestra a un camionero que saluda con la mano y salta atrás y adelante sobre un enorme tráiler delineado con neón rosa. Debajo, también en letras de neón rosa, se lee: PARADA DE CAMIONES HAPPY JACK'S.

—Lo vi cuando pasamos por aquí. En un día mejor que este, antes de que Marge me perforara.

—Llevamos el depósito casi lleno, Billy.

—No es gasolina lo que necesitamos. Rodea y para allí al fondo. Y guárdate esto en el bolso. —De debajo del asiento saca la Smith & Wesson

ACP.

—No la quiero. —Eso es absolutamente cierto. No quiere tocar otra arma en la vida.

—Lo entiendo, pero cógela de todos modos. No está cargada. Las probabilidades de que tengas que enseñarla siquiera son de una entre cien.

Ella la coge, la mete en el bolso y rodea hasta donde ve docenas de tráileres en hilera, la mayoría ronroneando plácidamente.

—No hay busconas de aparcamiento. Deben de estar durmiendo.

—¿Qué son busconas de aparcamiento? ¿Putas? ¿Putas de parada de camiones?

—Sí.

—Muy bonito.

—Tienes que pasearte cerca de esos camiones, como cuando fuimos a aquellos centros comerciales donde te compraste la ropa. Porque lo que estás haciendo es ir de compras.

—¿No pensarán que soy una buscona?

Esta vez lo que asoma a los labios de Billy no es la sonrisa forzada, sino la otra, la que a ella le encanta. Él le examina los vaqueros, la parka y sobre todo la cara, sin maquillar.

—Imposible. Quiero que busques un camión con la visera bajada. Tendrá algo de color verde, como un trozo de papel o celuloide. O quizá lleve una cinta en el tirador de la puerta. Si el camionero está en la cabina, acércate y llama con los nudillos a la ventana. ¿Me sigues?

—Sí.

—Si el conductor no te echa sin más, si baja la ventanilla, le dices que estás haciendo un viaje largo, de costa a costa, por ejemplo, y tu novio tiene una contractura en la espalda. Dile que estás conduciendo tú la mayor parte del tiempo y que esperas encontrar algún calmante más potente que la

aspirina o el Tylenol para él y algún estimulante más potente que el café o el Monster Energy para ti. ¿Entendido?

Alice comprende ahora las dos visitas al cajero automático.

—Mi esperanza es que encuentres OxyContin, pero el Percocet o el Vicodin servirían. Si es Oxy, dile que le pagarás diez por las de diez, u ochenta por las de ochenta.

—No entiendo.

—Diez pavos por comprimidos de diez miligramos, ochenta por los de ochenta miligramos... los verdes. Si intenta soplarte el doble... —Billy cambia de posición en el asiento y hace una mueca—. Mándalo a paseo. Para ti estimulantes. El Adderall está bien; el Provigil puede estar incluso mejor. ¿Te queda claro?

Alice asiente.

—Antes necesito entrar a mear. Estoy muy nerviosa.

Billy asiente y cierra los ojos.

—Echo el seguro, ¿vale? No estoy en condiciones de pelearme con un ladrón de coches.

Alice orina, compra algo de picar y unas bebidas en la tienda, y luego sale y empieza a pasearse cerca de los camiones del fondo. Alguien le silba. Ella hace oídos sordos. Está buscando una visera bajada con algún indicativo verde, o una cinta ondeando en el tirador de una puerta. Lo que encuentra, cuando está a punto de darse por vencida, es un estruendoso Peterbilt con un Jesús verde pegado al salpicadero. Está asustada, piensa que el hombre sentado al volante probablemente se reirá de ella o la mirará como diciendo «tú estás loca», pero a Billy lo atormenta el dolor, y ella hará cualquier cosa por él.

Se acerca y llama con los nudillos. El camionero baja el cristal. Es un tipo de aspecto escandinavo, rubio pajizo, con una barriga enorme. Le

dirige una mirada inexpresiva con unos ojos de color azul hielo.

—Si buscas ayuda, encanto, llama a la asistencia en carretera.

Le cuenta lo de la contractura en la espalda y el largo viaje, y añade que puede pagar si no sale muy caro.

—¿Cómo sé que no eres poli?

La pregunta es tan inesperada que Alice se ríe, y eso resulta convincente. Regatean. Al final ella se desprende de quinientos de los ochocientos dólares por diez Oxys de diez miligramos, uno de ochenta (uno de los verdes, como lo ha llamado Billy) y una docena de comprimidos de color naranja de Adderall. Está casi segura de que el camionero le ha cobrado de más como si tal cosa, pero le trae sin cuidado. Vuelve corriendo al Mitsubishi con una sonrisa. En parte de alivio. En parte por la hazaña en sí: su primera compra de drogas. Quizá realmente piensa ya como una forajida.

Billy dormita con la cabeza hacia atrás y el mentón hacia el parabrisas. Se le ve demacrado. El asomo de barba en sus mejillas tiene zonas grises. Abre los ojos cuando ella golpea el cristal con los nudillos y, con una mueca de dolor, se inclina para quitar el seguro de las puertas. Tiene que sujetarse al volante para volver a enderezarse en el asiento, y Alice piensa que no será capaz de conducir ni tres kilómetros, mucho menos cruzar Nueva York y New Jersey con tráfico denso.

—¿Lo has conseguido? —pregunta Billy mientras ella se sienta al volante.

Abre el pañuelo en el que ha envuelto las pastillas. Él las mira y dice que servirán, que lo ha hecho bien. Ella se alegra de oírlo.

—¿Has tenido que enseñar el arma?

Alice niega con la cabeza.

—Ya imaginaba que no haría falta. —Coge la verde—. Reservaré el resto para más tarde.

—¿Eso no te dejará grogui?

—No. La gente que lo utiliza para colocarse se adormece. Yo no voy a utilizarlo para eso.

—¿De verdad podrás conducir? Porque puedo intentar...

—Dame diez minutos, y vemos.

Pasan quince. Entonces él abre la puerta del acompañante y dice:

—Cambiemos de sitio.

Billy rodea el coche sin cojear demasiado y se acomoda al volante sin la menor mueca.

—Johnny Capps tenía razón, esto es mágico. Es lo que lo hace tan peligroso, claro.

—¿Estás bien?

—En plena forma —contesta Billy—. Al menos durante un rato.

Sale de la parte de atrás del aparcamiento, donde duermen los grandes camiones, y se incorpora a la autovía de Long Island sin dificultad, encajándose limpiamente detrás de una camioneta que arrastra un remolque para embarcaciones y delante de un volquete. Alice piensa que ella habría vacilado durante minutos, que se habría formado a su espalda una larga cola de vehículos en la vía de acceso y todos habrían tocado la bocina enloquecidos, y cuando por fin se hubiese atrevido a realizar la maniobra, la habrían embestido por detrás. Pronto circulan a ciento cinco, y Billy sorteja el tráfico lento sin titubeos. Alice espera que el fármaco empiece a limitar su coordinación. Pero no ocurre.

—Pon noticias en la radio —dice Billy—. Prueba en 1010 WINS, en la AM.

Alice encuentra WINS. Hablan de una fuga en una cañería en Dakota del Norte, un accidente aéreo en Texas y un tiroteo en un colegio de Santa Clara. No dicen nada del asesinato de un magnate de los medios de comunicación en su finca de Montauk Point.

—Eso está bien —dice Billy—. Cuanto más margen tengamos, mejor. Forajidos sin lugar a dudas, piensa ella.

Para cuando se atisba en el horizonte el perfil urbano de Nueva York, Billy vuelve a sudar, pero continúa conduciendo con firmeza y seguridad. Acceden a New Jersey por el túnel Lincoln. Siguiendo las indicaciones que le da Alice con ayuda del GPS, Billy accede a la I-80. Sin embargo, no logra llegar hasta la línea divisoria de Pennsylvania. Sale en una pequeña área de descanso en Netcong Borough.

—No puedo más —dice—. Te toca. Tómate un Adderall ahora y probablemente otros dos a eso de las cuatro, cuando empieces a desfallecer. Entonces sigue conduciendo tanto como puedas. Procura aguantar hasta las diez. Para entonces habremos recorrido casi mil trescientos kilómetros.

Alice mira la pastilla naranja.

—¿Qué efectos tiene esto?

Billy sonríe.

—Estarás bien. Confía en mí.

Alice traga la pastilla. Billy abandona lentamente el asiento del conductor, rodea el Mitsubishi y, al llegar al capó, se tambalea y tiene que apoyarse. Alice se apresura a salir y lo ayuda.

—¿Estás muy mal?

—No mucho —responde Billy, pero ella no aparta la mirada, y él añade—: La verdad es que bastante mal. Voy a subir a la parte de atrás y me estiraré en el asiento como pueda. Dame dos de esas Oxys de diez miligramos. Quizá consiga dormir.

Alice lo acompaña hasta la puerta de atrás, sosteniéndolo en la medida de sus posibilidades, y lo ayuda a entrar. Quiere levantarle la camisa y examinar la zona en torno a la tirita, pero Billy no se lo permite, y Alice no insiste, en parte porque sabe que él quiere que siga adelante y en parte porque sabe que a ella misma no le gustaría lo que viera.

La pastilla empieza a hacerle efecto. Al principio Alice piensa que son imaginaciones suyas, pero la manera en que se le acelera el corazón no es imaginaria, como tampoco lo es la forma en que parece despejarse la visión. En torno a los baños públicos de ladrillo del área de descanso hay hierba, y Alice ve la sombra que proyecta cada tallo. Una bolsa de patatas fritas arrastrada por el viento le parece —no hay otra palabra para expresarlo— *deliciosa*. De pronto descubre que *quiere* conducir, quiere ver cómo el Mitsubishi devora los kilómetros.

Billy le lee el pensamiento o sabe por experiencia cómo está afectando el Adderall a una chica que jamás ha tomado un estimulante más fuerte que el café de la mañana.

—A ciento cinco —dice él—. Ciento quince si tienes que adelantar a un tráiler. No queremos ver los destellos de ninguna luz azul, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—En marcha.

—Vaya que si nos pusimos en marcha —dice Alice—. Se me secó la boca y me acabé tanto mi Coca-Cola Light como su Sprite, pero tardé muchísimo en tener ganas de hacer pis. Era como si me hubiera dejado la vejiga en la parada de camiones Happy Jack's.

—Ese efecto tienen los estimulantes —comenta Bucky—. Seguramente tampoco tenías ganas de comer.

—No tenía ganas, pero sabía que debía hacerlo. Paré a eso de las tres a comprar unos bocadillos. Billy seguía en la parte de atrás. Dormía, y preferí no despertarlo.

Bucky duda mucho que Billy estuviera dormido, no con una hemorragia interna y una infección cada vez más extendida, pero calla.

—Tomé otras dos pastillas y volví a la carretera. Paramos a pasar la noche en un motel anónimo, nuestra especialidad, en las afueras de Gary, Indiana. Para entonces Billy estaba despierto, pero me pidió que entrara yo en recepción. Tuve que ayudarlo a llegar a la habitación. Apenas podía andar. Le dije que tomara más OxyContin y respondió que le convenía reservarlo para el día siguiente. Lo acosté y examiné la herida. Él no quería, pero a esas alturas, débil como estaba, no pudo impedírmelo.

Alice mantiene la voz firme mientras cuenta todo esto, pero se seca los ojos con la manga del jersey una y otra vez.

—¿Se había ennegrecido? —pregunta Bucky—. ¿Estaba necrótica?

Alice asiente.

—Sí, e hinchada. Dije que teníamos que buscar ayuda y se negó. Dije que iba a buscarle un médico y que no podía impedírmelo. Contestó que eso era verdad, pero, si lo hacía, tenía muchas posibilidades de pasar treinta o cuarenta años en la cárcel. Para entonces ya había salido en las noticias. Lo de Klerke. ¿Crees que solo pretendía asustarme?

Bucky niega con la cabeza.

—Quería protegerte. Si la poli... y el FBI, que también intervendría... podían relacionarte con lo que pasó en la casa de Klerke, te habría caído una condena muy larga. Y en cuanto la policía te situase con Billy en aquel Hyatt, la relación estaría clara.

—Lo dices para que me sienta mejor.

Bucky le lanza una mirada de impaciencia.

—Claro que sí, pero da la casualidad de que además es verdad. —
Guarda silencio un momento—. ¿Cuándo murió, Alice?

6

Ninguno de los dos pega ojo, Billy por el dolor, que debe de ser insoportable, Alice porque se halla aún bajo los efectos residuales de las pastillas estimulantes que su organismo no ha conocido hasta entonces. A eso de las cuatro y media de la madrugada, mucho antes de la primera luz del amanecer, él le dice que tienen que emprender viaje. Añade que Alice tendrá que ayudarlo a llegar al coche, y que preferiría que eso ocurriese antes de que el mundo despierte.

Se toma cuatro de los ocho Oxys que le quedan y va al baño. Ella entra después de él. Billy ha tirado de la cadena para limpiar la mayor parte de la sangre, pero aún queda en el borde de la taza y en las baldosas. Lo limpia y se lleva la bolsa de plástico de la papelera: mentalidad de forajido.

Para entonces los calmantes ya le han hecho efecto, pero, con todo, les cuesta casi diez minutos llegar hasta el coche, porque tiene que descansar cada dos o tres pasos. Apoya todo su peso en ella y jadea como un hombre que acaba de correr un maratón. Tiene el aliento fétido. A Alice la aterroriza la posibilidad de que se desmaye y tenga que llevarlo a rastras (porque sería incapaz de cargar con él), pero lo consiguen.

Lentamente, con una serie de parcos gemidos que ella detesta oír, Billy logra entrar en la parte de atrás. No obstante, cuando se acomoda en el

asiento lo mejor posible, con la cabeza apoyada en un brazo, se las arregla para lucir una sonrisa asombrosamente radiante.

—La puta Marge. Si me hubiera dado solo un centímetro más a la izquierda, nos habríamos ahorrado toda esta locura.

—La puta Marge —coincide Alice.

—Mantente a ciento cinco excepto para adelantar. A ciento veinte en cuanto lleguemos a Iowa y Nebraska. No queremos ver los destellos de ninguna luz azul.

—Nada de destellos, entendido —dice Alice, y le dirige un saludo militar.

Billy sonríe.

—Te quiero, Alice.

Alice se toma dos Adderall. Tras pensárselo mejor, añade un tercero. Luego se pone en marcha.

Al sur de Chicago, el tráfico es espantoso, seis u ocho carriles en ambos sentidos, pero Alice, con el Adderall en el cuerpo, se abre paso sin ningún miedo. Al oeste del área metropolitana, la circulación es un poco más fluida, y van quedando atrás las sucesivas poblaciones: LaSalle, Princeton, Sheffield, Annawan. El corazón le late de firme. Está absorta, pisando a fondo como un camionero en una canción country. Cada tanto lanza una mirada al retrovisor y a la silueta tendida y doblada en el asiento trasero. Y cuando dejan Davenport atrás y entran en las amplias llanuras de Iowa, los campos ahora grises y quietos, en espera del invierno, Billy empieza a hablar. Sin sentido; con todo el sentido del mundo. Está sumido en la oscuridad, piensa Alice. En la oscuridad y el dolor, y busca una escapatoria. Ay, Billy, cuánto lo siento.

Habla mucho de Cathy. Le dice que no meta las galletas en el horno, que espere hasta que mamá vuelva a casa para ayudarla. Dice a Cathy que

alguien ha hecho daño a Bob Raines y que este volverá a casa de mal humor. Dice que Corinne dio la cara por él, fue la única que lo hizo. Habla de Shan. Dice algo sobre una barraca de tiro. Habla de un tal Derek y de un tal Danny. Dice a esos fantasmas que no se lo pondrá fácil solo porque ellos sean niños y él un adulto. Alice piensa que habla del Monopoly, porque dice «date prisa y echa los dados y los ferrocarriles son una buena compra, pero las empresas de servicios públicos no». En una ocasión grita, y ella, sobresaltada, da un volantazo. «No entres ahí, Johnny —dice—, hay un muyí detrás de la puerta, lanza antes una granada aturdidora y hazlo salir.» Habla de Peggy Pye, la niña de la casa de acogida donde vivió después de que su madre perdiera la custodia. Dice que solo la pintura sostiene ese puñetero caserón. Habla de la chica de la que se enamoró, llamándola a veces Ronnie y a veces Robin, que, como Alice sabe, era su verdadero nombre. Dice algo sobre un Mustang descapotable y algo sobre una gramola («Sonaba toda la noche si le dabas un golpe en el sitio adecuado, Tac, ¿te acuerdas?»), habla del pulgar del que perdió un trozo y del zapato de bebé que perdió del todo, y de Bucky y de Alice y de una tal Thérèse Raquin. Vuelve una y otra vez a su hermana y al policía que lo llevó a la Casa de la Pintura Interminable. Habla de miles de coches con los parabrisas resplandecientes bajo el sol. Dice que eran belleza hecha añicos. Está desgranando su vida en el asiento trasero de ese coche robado, y a ella se le rompe el corazón.

Finalmente se queda en silencio, y al principio Alice piensa que se ha dormido, pero a la tercera o cuarta vez que echa una ojeada al retrovisor y lo ve allí tendido, tan quieto, con las rodillas en alto, piensa que ha muerto.

Ahora están en Nebraska. Alice se desvía por la salida de Hemingford Home y toma una carretera rural de dos carriles que avanza recta como un cordel entre muros de maíz ya abandonado hasta el próximo año. El día casi

ha terminado. Recorre unos dos kilómetros y llega a un camino de tierra. Sigue por ahí, adentrándose lo suficiente para que no la vean desde la carretera. Sale y abre la puerta de atrás. Al principio siente alivio al ver que él la mira, y luego terror ante la idea de que ha muerto con los ojos abiertos. De pronto Billy parpadea.

—¿Por qué hemos parado?

—Necesitaba estirar las piernas. ¿Cómo estás, Billy?

Una pregunta estúpida, pero ¿qué va a decir, si no? ¿Sabes quién soy o crees que soy tu hermana muerta? ¿Vas a estar en tu sano juicio durante un rato? Y, por cierto, ¿ya es demasiado tarde? Alice cree que conoce la respuesta a esta última pregunta.

—Ayúdame a sentarme.

—No sé si es buena...

—Ayúdame a sentarme, Alice.

Así que lo sabe. Y está con ella, al menos de momento. Alice le coge las manos y lo ayuda a sentarse con los pies apoyados en un camino de tierra sin nombre en un pueblo llamado Hemingford Home. En las montañas de Colorado casi habrá oscurecido. Aquí en las llanuras la tarde se alarga hasta el crepúsculo pese a que están en noviembre. La luz roja vespertina propia del oeste se derrama sobre el maíz, que susurra movido por la tenue brisa. Billy tiene las manos calientes y le arde la cara. Le han salido ampollas en los labios a causa de la fiebre.

—Estoy casi acabado.

—No, Billy. No. Tienes que aguantar. Te daré dos Oxys, y aún quedan un par de esas pastillas estimulantes. Conduciré toda la noche.

—Ni hablar.

—Puedo hacerlo, Billy. De verdad que sí.

Él mueve la cabeza en un gesto de negación. Ella aún le sujeta las manos. Piensa que si se las suelta, caerá de espaldas en el asiento y la camiseta se le remangará, y ella le verá el vientre, ahora de un gris negruzco, con las volutas de la infección extendiéndose hacia el pecho. Hacia el corazón.

—Ahora escúchame. ¿Me escuchas?

—Sí.

—Te rescaté cuando aquellos hombres te dejaron tirada, ¿verdad? Ahora estoy rescatándote otra vez. O al menos intentándolo. Bucky me dijo que me seguirías mientras yo te lo permitiera, y si te lo permitía, te echaría a perder. Tenía razón.

—No me has echado a perder, me has salvado.

—Calla. Todavía no te he echado a perder, eso es lo importante. Estás bien. Lo sé porque cuando te pregunté cómo llevabas lo de Klerke, dijiste que estabas intentándolo. Supe lo que querías decir, sé que eres capaz, y que con el tiempo lo superarás. Salvo en tus sueños.

La luz roja resplandece cada vez más. Tiñe el maizal. Aquí el silencio es profundo, y las manos de Billy arden en las de ella.

—Klerke gritó, ¿verdad?

—Sí.

—Gritó que le dolía.

—Para, Billy, es horrible, y tenemos que volver a la autopsia...

—Quizá merecía ese dolor, pero, cuando infliges dolor, deja una cicatriz. Una cicatriz en la mente. Una cicatriz en tu *espíritu*. Y así debe ser, porque hacer daño a alguien, *matar* a alguien, no es un asunto menor. Te lo dice alguien que lo sabe bien.

La sangre le resbala en un hilillo de la comisura de los labios. No, de las dos comisuras. Alice desiste de impedirle hablar. Sabe qué es esto, es la

declaración de un moribundo, y su obligación es escucharlo mientras él pueda hablar. Guarda silencio incluso cuando él le dice que es un hombre malo. Ella no lo cree, pero no es momento de discutir.

—Ve con Bucky, pero no te quedes con él. Cuidará de ti y te tratará bien, pero también él es un hombre malo. —Tose y le sale sangre a borbotones de la boca—. Te ayudará a empezar una nueva vida como Elizabeth Anderson, si es lo que quieres. Hay dinero, bastante. Una parte en la cuenta de un hombre llamado Edward Woodley. También hay dinero en el Bank of Bimini, a nombre de James Lincoln. ¿Te acordarás?

—Sí. Edward Woodley. James Lincoln.

—Bucky tiene las contraseñas y toda la información de las cuentas. Te explicará cómo traspasar el dinero a tu propia cuenta bancaria para que no atraiga la atención de Hacienda. Eso es importante, porque es el paso en el que hay más posibilidades de que te descubran. Los ingresos no declarados son una trampa. ¿Ent...?

Más tos. Más sangre.

—¿Entiendes?

—Sí, Billy.

—Parte del dinero es para Bucky. El resto es para ti. Suficiente para ir a la universidad y emprender luego tu vida. Él te tratará bien. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Quizá ahora deberías tenderte.

—Eso voy a hacer, pero si intentas conducir toda la noche, te espera un accidente. Busca en tu móvil el siguiente pueblo lo bastante grande para que haya un Walmart. Aparca donde estén las autocaravanas. Duerme. Por la mañana estarás fresca y a última hora de la tarde habrás llegado a casa de Bucky. En lo alto de las montañas. Te gustan las montañas, ¿no?

—Sí.

—Prométemelo.

—Te prometo que pararé durante la noche.

—Todo ese maíz —dice, y mira por encima del hombro—. Y el sol. ¿Has leído a Cormac McCarthy?

—No, Billy.

—Pues deberías. *Meridiano de sangre*. —Le sonríe—. La puta Marge, ¿eh?

—Y que lo digas. La puta Marge.

—Anoté la contraseña de mi portátil en un papel y lo metí en tu bolso.

Dicho esto, Billy le suelta las manos y cae de espaldas. Alice le levanta las pantorrillas y consigue meterle las piernas en el coche. Si le duele, no da la menor señal. La mira.

—¿Dónde estamos?

—En Nebraska, Billy.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—Da igual. Cierra los ojos. Descansa.

Billy frunce el ceño.

—¿Robin? ¿Eres tú?

—Sí.

—Te quiero, Robin.

—Yo también te quiero, Billy.

—Vamos al sótano a ver si quedan manzanas.

En la estufa estalla otro nudo. Alice se levanta, se acerca a la nevera y coge una cerveza. Desenrosca el tapón y se bebe la mitad.

—Fue lo último que me dijo. Cuando aparqué junto a las autocaravanas en el Walmart de Kearney, aún estaba vivo. Lo sé porque lo oí respirar. Una respiración ronca. Cuando desperté a las cinco de la mañana siguiente, ya había muerto. ¿Quieres una cerveza?

—Sí. Gracias.

Alice le lleva una cerveza y se sienta. Se la ve cansada.

—«Vamos al sótano a ver si quedan manzanas.» Quizá hablaba con Robin o con su amigo Gad. No gran cosa como frase final. La vida sería mejor si la escribiera Shakespeare, creo yo. Aunque... si pensamos en *Romeo y Julieta*...

Apura la cerveza y asoma a sus mejillas algo de color. Bucky piensa que su aspecto ha mejorado un poco.

—Esperé hasta que abrió el Walmart, entonces entré y compré unas cosas: mantas, almohadas, un saco de dormir, creo.

—Sí —dice Bucky—. Había un saco de dormir.

—Lo tapé y volví a la autopista. Sin superar en más de diez kilómetros el límite de velocidad, tal como él me dijo. En cierto momento, un coche de la policía del estado de Colorado se acercó por detrás con las luces encendidas, y pensé que ya la había cagado, pero siguió de largo y se alejó, a toda pastilla. Llegué aquí. Y lo enterramos, junto con casi todas sus cosas, que no eran muchas. —Hace una pausa—. Pero no demasiado cerca de la cabaña de veraneo. A él no le gustaba. Trabajó allí, pero, según él mismo, nunca le gustó.

—A mí me dijo que pensaba que estaba embrujada —comenta Bucky—. ¿Cuál va a ser tu siguiente paso, cariño?

—Dormir. Tengo la sensación de que nunca dormiré lo suficiente. Pensaba que me sentiría mejor cuando acabara de escribir su historia,

pero... —Alice se encoge de hombros y se levanta—. Ya me lo plantearé en otro momento. Sabes lo que dijo Escarlata O'Hara, ¿no?

Bucky Hanson sonríe.

—«Pensaré en eso mañana, porque mañana será otro día.»

—Exacto. —Alice se dirige hacia el dormitorio donde ha pasado la mayor parte del tiempo desde que regresó, escribiendo y durmiendo, pero de pronto se da la vuelta. Sonríe—. Seguro que Billy odiaba esa frase.

—Puede que tengas razón.

Alice suspira.

—Nunca podré publicarlo, ¿verdad? Su libro. Ni siquiera como *roman à clef*. Ni dentro de cinco años ni de diez. No tiene sentido que me engañe.

—Probablemente no —coincide Bucky—. Sería como si D. B. Cooper escribiera su autobiografía y la titulara *Así lo hice*.

—No sé quién es ese.

—Nadie lo sabe, esa es la cuestión. El tío secuestró un avión, se embolsó un montón de dinero, saltó en paracaídas, y no se volvió a saber de él. Más o menos como Billy en tu versión de su historia.

—¿Crees que él se alegraría de que le haya puesto ese final? ¿De que lo haya dejado vivir?

—Joder, Alice, le encantaría.

—Yo también lo creo. Si *pudiera* publicarlo, ¿sabes cómo lo titularía? *Billy Summers: La historia de un hombre perdido*. ¿Qué te parece?

—A mí me suena bastante bien.

Por la noche nieva, solo cuatro o cinco centímetros, y ya ha parado cuando Alice se levanta a las siete, con el cielo de la mañana tan claro que casi parece transparente. Bucky todavía duerme; lo oye roncar incluso a través de la puerta del dormitorio. Pone la cafetera a calentar, entra leña de la pila amontonada junto a la casa y enciende el fuego en la estufa. Para entonces el café ya está listo, y se toma una taza antes de ponerse el abrigo, las botas y un gorro de lana que le tapa las orejas.

Entra en la habitación reservada para ella, toca el portátil de Billy, y luego coge el libro que hay al lado y se lo guarda en el bolsillo de atrás de los vaqueros. Sale y recorre el camino. Se ven huellas de ciervo en la nieve recién caída, muchas, y las extrañas huellas en forma de mano de uno o dos mapaches, pero la nieve ante la casa de veraneo permanece llamativamente intacta. Los ciervos y los mapaches han eludido ese lugar. Alice también lo evita.

No muy lejos de donde termina el camino se alza un viejo álamo con el tronco partido. Es su punto de referencia. Alice se adentra en el bosque y cuenta los pasos en voz baja. Eran doscientos diez el día que llevaron allí a Billy, pero como esta mañana el suelo está un poco resbaladizo, da doscientos cuarenta antes de llegar al pequeño claro. Para acceder a él, tiene que encaramarse a un pino contorto caído. En el centro del claro hay un recuadro de tierra marrón sobre el que se han esparcido una mezcla de agujas de pino y hojas caídas. A pesar de la ligera capa de nieve que se ha añadido a las agujas y las hojas, es bastante evidente que se trata de una tumba. Eso lo resolverá el tiempo, le ha asegurado Bucky. Sostiene que el próximo noviembre un excursionista podría pasar casualmente por encima sin saber qué yace debajo.

—Aunque no pasará ninguno. Estas son mis tierras, y hay carteles que prohíben la entrada. Quizá cuando yo no estaba aquí, la gente se

aprovechaba. Posiblemente usaban el camino para mirar hacia el sitio donde estaba el Overlook, pero ahora estoy aquí y tengo previsto quedarme. Gracias a Billy, me he retirado. Soy solo un viejo montañés más. Los hay a miles entre esto y la Vertiente Occidental, dejándose crecer el pelo hasta el culo y escuchando sus discos viejos de los Steppenwolf.

Ahora Alice está al pie de la tumba y dice:

—Qué hay, Billy. —Le parece de lo más natural hablar con él, o relativamente natural. Antes no estaba muy segura de que fuera a ser así—. He terminado tu historia. Le he puesto un final distinto. Dice Bucky que no te habría importado. Está en el lápiz USB que utilizabas tú cuando la empezaste en aquel edificio de oficinas. Cuando llegue a Fort Collins, alquilaré una caja de seguridad en un banco y lo guardaré con mis documentos de identidad a nombre de Alice Maxwell.

Vuelve al pino contorto caído y se sienta en él, pero antes se saca el libro del bolsillo y se lo pone en el regazo. Le complace estar aquí. Es un sitio apacible. Antes de envolver el cadáver en una lona, Bucky le hizo algo. Prefirió no contarle qué, pero dijo que no olería mucho cuando volviera el calor, si es que olía. Los animales no lo molestarían. Bucky dijo que era así como se hacían las cosas en los viejos tiempos de las caravanas y las minas de plata.

—Fort Collins es donde he decidido estudiar. En la Universidad del Estado de Colorado. He visto las fotos y es un sitio precioso. ¿Recuerdas cuando me preguntaste qué quería estudiar? Dije que a lo mejor Historia, a lo mejor Sociología, a lo mejor incluso Artes Dramáticas. Me daba

vergüenza decirte lo que de verdad quería hacer, pero imagino que lo adivinas. Quizá lo adivinaste ya entonces. Lo pensaba a veces cuando estaba en el instituto, porque Lengua y Literatura fue siempre mi asignatura preferida, pero al terminar tu historia vi que era una posibilidad.

Se interrumpe, porque el resto es difícil expresarlo en voz alta incluso estando sola. Parece presunción. Su madre diría que estaba «picando demasiado alto». Pero ella necesita decirlo, se lo debe a él.

—Me gustaría escribir mis propias historias.

Se interrumpe de nuevo y se enjuga los ojos con la manga de la cazadora. Aquí hace frío. Pero la quietud es exquisita. A estas horas tan tempranas incluso los cuervos duermen.

—Mientras lo hacía, mientras... —Titubea. ¿Por qué esa palabra es tan difícil de pronunciar? ¿Por qué ha de serlo?—. Mientras *escribía*, me olvidé de la tristeza. Me olvidé de preocuparme por el futuro. Me olvidé de dónde estaba. No sabía que eso podía ocurrir. Podía simular que estábamos en el motel Bide-A-Wee en las afueras de Davenport, Iowa. Solo que no era simular, a pesar de que ese sitio no existe. Veía las paredes de madera de imitación y la colcha azul y el vaso del cuarto de baño en su bolsa de plástico con un rótulo que decía: HIGIENIZADO POR SU SALUD. Pero eso no era lo más importante.

Se enjuga los ojos, se enjuga la nariz, observa alejarse las vaharadas blancas de sus exhalaciones.

—Podía simular que Marge, la puta Marge, en realidad solo te había rozado. —Sacude la cabeza como para despejársela—. Pero eso no es exacto. Sí te rozó. Tú sí me escribiste aquella nota y la pasaste por debajo de mi puerta mientras yo dormía. Fuiste a pie hasta la parada de camiones de la carretera pese a que la parada de camiones estaba en Nueva York y seguiste adelante desde allí. *Sigues* adelante. ¿Sabías que eso podía ocurrir?

¿Sabías que puedes sentarte delante de una pantalla o un cuaderno y cambiar el mundo? No dura mucho, el mundo siempre vuelve, pero, antes de que vuelva, la sensación es impresionante. Lo es todo. Porque puedes hacer que las cosas sean tal como quieres, y yo quiero que tú sigas vivo y en la historia lo estás y siempre lo estarás.

Alice se pone en pie y se acerca al recuadro de tierra que Bucky y ella cavaron juntos. En el mundo real, él está ahí abajo. Se arrodilla y deja el libro sobre la tumba. Quizá lo cubra la nieve. Quizá se lo lleve el viento. No importa. En su cabeza siempre seguirá ahí. El libro es *Thérèse Raquin*, de Émile Zola.

—Ahora sé de quién hablabas —dice.

10

Alice se acerca al lugar donde el camino termina en el valle cortado a cuchillo y mira, al otro lado, el terreno llano donde antes se alzaba el viejo hotel; el hotel supuestamente embrujado, según Bucky. En otra ocasión pensó que lo veía de verdad, sin duda una alucinación causada por el hecho de no estar acostumbrada al aire enrarecido de estas alturas. Hoy no ve nada.

Pero podría hacer que estuviera allí, piensa. Podría hacer que estuviera allí tal como hice que estuviera allí el Bide-A-Wee, junto con todos los detalles que no añadí, como el vaso en la bolsa en el cuarto de baño o la mancha, más o menos de la forma de Texas, en la moqueta. Podría hacer que estuviera allí. Podría incluso llenarlo de fantasmas si quisiera.

Permanece en pie mirando por encima del abismo de aire frío entre este lado y el otro, con las manos en los bolsillos, pensando que podría crear

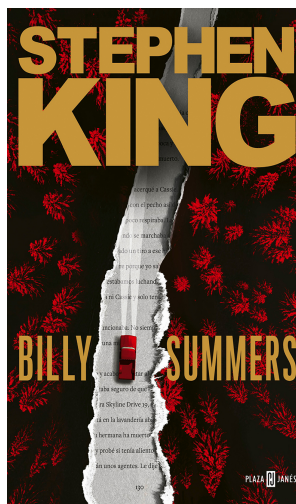
mundos. Billy le brindó esa posibilidad. Ella está aquí. Ha sido hallada.

12 de junio de 2019 – 3 de julio de 2020

Agradecimientos

Robin Furth y Myke Cole me ayudaron con la investigación, detectaron los errores de continuidad y aportaron valiosas sugerencias editoriales. Les expreso a ambos mi agradecimiento. Eso viene acompañado de la habitual *advertencia*: si hay aquí algún error, el responsable soy yo, no ellos. También quiero dar las gracias a Bing West por *No True Glory*, su extraordinaria narración de las dos batallas de Faluya. Me sirvió de gran ayuda.

Stephen King, el narrador legendario de imaginación incontenible, nos regala una espectacular novela sobre un buen tipo con un trabajo muy malo.



Billy Summers es un asesino a sueldo y el mejor en lo suyo, pero tiene una norma: solo acepta un encargo si su objetivo es realmente mala persona. Ahora Billy quiere dejarlo, pero todavía le queda un último golpe. Y siendo uno de los mejores francotiradores del mundo, un veterano condecorado de la guerra de Irak, un auténtico Houdini cuando toca desaparecer después de finiquitar un trabajo, ¿qué podría salirle mal? Todo.

«Ver al indiscutido rey del terror adentrarse en el territorio de los thrillers *noir* es la prueba de que Stephen King todavía es capaz de sorprendernos y dejarnos sin palabras.»

Esquire

«Otra lectura adictiva de un maestro de mente proteica.»

Kirkus

Stephen King es autor de más de sesenta libros, todos ellos best sellers internacionales. Sus títulos más recientes son *Después*, *La sangre manda*, *El Instituto*, *Elevación*, *El visitante* (cuya adaptación audiovisual se estrenó en HBO en enero de 2020), *La caja de botones de Wendy* (con Richard Chizmar), *Bellas durmientes* (con su hijo Owen King), *El bazar de los malos sueños*, la trilogía Bill Hodges (*Mr. Mercedes*, *Quien pierde paga* y *Fin de guardia*), *Revival* y *Doctor Sueño*. La novela *22/11/63* (convertida en serie de televisión en Hulu) fue elegida por *The New York Times Book Review* como una de las diez mejores novelas de 2011 y por *Los Angeles Times* como la mejor novela de intriga del año. Los libros de la serie *La Torre Oscura* e *It* han sido adaptados al cine, así como gran parte de sus clásicos, desde *Misery* hasta *El resplandor* pasando por *Carrie*, *El juego de Gerald*, *Cementerio de animales* y *La zona muerta*. Entre otras distinciones, *It* destaca por ser la película de terror más taquillera de todos los tiempos.

En reconocimiento a su trayectoria profesional, le han sido concedidos los premios Audio Publisher Association Lifetime Achievement Award en 2020, el PEN American Literary Service Award en 2018, la National Medal of Arts en 2014 y la National Book Foundation Medal for Distinguished Contribution to American Letters en 2003.

Vive en Bangor, Maine, con su esposa Tabitha King, también novelista.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros



Título original: *Billy Summers*

Edición en formato digital: octubre de 2021

© 2021, Stephen King

Publicado por acuerdo con el autor,
representado por The Lotts Agency, Ltd.

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2021, Carlos Milla Soler, por la traducción

Adaptación del diseño de portada de Will Staehle / Unusual Corporation: Penguin Random House
Grupo Editorial

Imagen de portada: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el
conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición
autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir
ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los
autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a
CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita
reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02637-9

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguincrimen

Twitter: [penguincrimen](#)

Instagram: [penguinlibros](#)

Spotify: [penguinlibros](#)

YouTube: [penguinlibros](#)

Índice

Billy Summers

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Stephen King

Créditos